

La recepción y usos de Antonio Gramsci en el nacionalismo popular pedagógico y la nueva izquierda pedagógica, 1959-1976

Autor:

Gomez, Sebastián

Tutor:

Naidorf, Judith

2015

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Ciencias de la Educación

Posgrado



Universidad de Buenos Aires
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Tesis doctoral

La recepción y usos de Antonio Gramsci en el nacionalismo popular pedagógico y la nueva izquierda pedagógica, 1959-1976

Autor: Mgr. Gómez, Sebastián

Directora: Dra. Naidorf Judith

Agradecimientos

A Judith, por su generosidad y confianza;

A mi mamá, que aunque no ha dejado de sospechar que la tarea de investigación sea verdaderamente un trabajo, siempre la sentí a mi lado, contagiándome, desde muy pequeño, el compromiso social y la constancia;

A mi viejo, por su cariñoso acompañamiento y perseverante optimismo en que la educación algo puede hacer por una sociedad justa;

A mis hermanos y hermana, que junto con interesantes aportes a la tesis me enseñaron, también desde pequeño, a comprender el valor del estudio, la crítica y la rebeldía;

A mi compañera, Magdalena, que además de contribuir con innumerables e incansables sugerencias, siempre me acompañó con su ternura e imborrable sonrisa;

A mis compañeras/os de militancia, quienes, por primera vez, me hablaron de un tal Antonio Gramsci y su importancia.

Resumen

La presente tesis es producto de un proceso de investigación desarrollado en un campo de intersección entre la sociología de la educación y la historia intelectual. El objeto de estudio se delimita al intentar comprender la recepción y usos de Gramsci en el nacionalismo popular pedagógico y la nueva izquierda pedagógica durante el período 1959–1976. El inicio de la pesquisa lo marca la irrupción de la Revolución cubana, que, ligado a otros procesos históricos locales, catalizó la radicalización político–intelectual; su cierre el advenimiento del último golpe cívico–militar, que clausuró dramáticamente las elaboraciones y experiencias políticos–pedagógicas críticas.

El diseño metodológico ha sido de carácter exploratorio, es decir, estuvo especialmente orientado a obtener una familiarización con los fenómenos que comprenden el objeto de estudio, construir categorías teóricas de análisis y describir su comportamiento a nivel empírico, y generar estrategias sistemáticas de recolección y análisis. Se ha trabajado con una fuente primaria y secundaria de datos y con una muestra intencional conformada por intelectuales y revistas de la época que emplearon el acervo gramsciano para reflexionar sobre asuntos educativos. Los datos fueron recolectados mediante una guía de indagación documental y entrevistas semi–estructuradas, mientras que su análisis ha sido de tipo cualitativo y hermenéutico.

Se asume la recepción y usos de autores/as como un proceso activo, sólo inteligible a través de sus modalidades y condiciones histórico–sociales de producción. Desde esta perspectiva, el itinerario de Gramsci es abordado a la luz de dos corrientes: el nacionalismo popular pedagógico y la nueva izquierda pedagógica. En el primer caso, la cuestión educativa asumió la forma de *derivas pedagógicas*. Juan José Hernández (1913–1974) y Horacio González (1944) realizaron reflexiones sobre temas educativos que resultaron un corolario de elaboraciones sociológicas, políticas o filosóficas. En estas derivas pedagógicas, acudieron al acervo gramsciano. Respecto a J. J. Hernández Arregui, la investigación estructura un debate con la interpretación de Puiggrós (1997) sobre su obra pedagógica, quien le atribuye una apropiación significativa de Gramsci. Por el contrario, se señala que la influencia del comunista no resultó decisiva sino *tangencial*. En cuanto a H. González, se indaga en sus escritos elaborados en el marco de las Cátedras Nacionales y la revista *Envido* (1970–1973), puntualmente en sus usos pedagógicos de Gramsci al diseñar una

estrategia política destinada al regreso de Perón al poder. En el caso de la nueva izquierda pedagógica, Gramsci recorrió tres sendas: a) J. C. Portantiero (1934–2007), un asiduo lector de la obra del comunista italiano, refirió a la categoría gramsciana *kulturkampf* para analizar la Reforma universitaria de 1918 y señalar su errático deseo de devenir hegemónica; b) la revista *Los Libros* (1969–1976), en la que la pedagogía resultó un segmento asiduo de reflexión, reprodujo un artículo de la filósofa francesa Christine Buci–Glucksmann (n° 32, octubre–noviembre de 1973) consagrado al pensamiento pedagógico de Gramsci. El escrito, en tensión con la lectura dispuesta por L. Althusser de Gramsci, inscribió al comunista italiano en los dos ejes del proyecto crítico–pedagógico de la publicación: desmenuzar la dominación ideológico–educativa y fundamentar una intervención pedagógica transformadora; c) J. C. Tedesco (1944) publicó en 1970 *Educación y Sociedad en la Argentina (1880–1900)* donde apeló al comunista italiano para fundamentar la tesis central del libro: en su origen el sistema educativo argentino adquirió una *función política* antes que económica. Asimismo, el autor dirigió la *Revista Ciencias de la Educación* (1970–1975) que en su último número (n° 13–14, enero–septiembre de 1975) incluyó un artículo de Sara Morgenstern (1941), de marcado raigambre gramsciano, titulado “Hegemonía y educación”. Influenciada por las contribuciones de Raymond Williams, la autora empleó el concepto de hegemonía del revolucionario sardo para explicar la contradictoria dinámica escolar.

Entre los propósitos de la tesis, destaca contribuir a la reconstrucción plural del itinerario de la pedagogía crítica en nuestro país, a partir de un autor decisivamente influyente en la teoría educativa contemporánea: Antonio Gramsci (1891–1937).

Palabras clave: recepción – Gramsci – pedagogía – nueva intelectualidad

Índice

1. Introducción general al tema de investigación	8
1.1. La persistencia de Antonio Gramsci y los desafíos de la reafiliación político– intelectual	8
1.2. Sobre la delimitación temporal.....	25
2. Estado de la cuestión	39
2.1. Estudios sobre intelectuales, política y pedagogía en el período 1955-1976 ...	39
2.2. Estudios sobre el itinerario de Gramsci en Argentina (1959-1976)	55
2.3. Delimitación del objeto de estudio en base a sus antecedentes	70
3. Marco teórico	72
3.1. En torno a la recepción de autores/as y la perspectiva historiográfica	72
3.2. Las tensiones de la nueva intelectualidad y las líneas político–teóricas del nacionalismo popular pedagógico y la nueva izquierda pedagógica	80
3.2.1. La formación de la nueva intelectualidad en su laberinto	80
3.2.2. Aspectos identitarios del nacionalismo popular	98
3.2.3. Las características y la extensión de la nueva izquierda. Una izquierda pedagógica más allá del liberalismo y el nacionalismo popular.....	111
3.3. Gramsci en la polémica y contienda entre el historicismo marxista y el estructuralismo althusseriano	124
3.3.1. Las principales coordenadas del estructuralismo althusseriano	127
3.3.1.1. <i>El althusserianismo clásico de los años 60</i>	127
3.3.1.2. <i>La modalidad de lectura del estructuralismo marxista del legado gramsciano</i>	131
3.3.1.3. <i>La filosofía marxista en la versión althusseriana. Sus consideraciones sobre el concepto de sociedad civil</i>	140
3.3.1.4. <i>Delimitaciones y entrecruzamientos entre ciencia, ideología y sujeto en el estructuralismo althusseriano</i>	147
3.3.1.5. <i>El tratamiento del Estado y la hegemonía gramsciana en N. Poulantzas. Su noción de bloque en el poder</i>	157
3.3.2. Los principales rasgos del historicismo marxista.....	168
3.3.2.1. <i>A modo de introducción</i>	168
3.3.2.2. <i>La filosofía según el historicismo marxista</i>	171

3.3.2.3. <i>La madeja estructura–superestructura y sociedad civil–sociedad política en Gramsci</i>	177
3.3.2.4. <i>La ideología y el conocimiento en el historicismo marxista</i>	186
3.3.2.5. <i>Interpretaciones y disputas por el maquiavelismo gramsciano</i>	190
4. Enfoque metodológico	197
4.1. Problema de investigación y objetivos	197
4.1.1. Objetivos generales	198
4.1.2. Objetivos específicos	198
4.2. Abordaje metodológico y tipo de diseño	199
4.3. Universo, unidades de análisis y muestreo intencional	202
4.4. Fuentes e instrumentos de construcción de datos	207
4.5. Consideraciones sobre el análisis y tratamiento de los datos	215
5. El derrotero de Juan José Hernández Arregui, su legado político-pedagógico y tangencial gramscismo	218
5.1. El itinerario político intelectual de J. J. Hernández Arregui	218
5.2. Algunas hipótesis sobre las vías de acceso de J. J. Hernández Arregui a Gramsci. De “escritor extranjero” a su posterior empleo	231
5.3. El legado político-pedagógico de J. J. Hernández Arregui y su tangencial gramscismo	240
6. El pensamiento político–pedagógico de Horacio González y su querella por Antonio Gramsci	256
6.1. El derrotero de las Cátedras Nacionales y de la revista <i>Envido</i> como marco de la gesta teórica de Horacio González	256
6.2. La universidad como terreno y Gramsci como objeto de disputa	273
6.3. ¿Qué hacer (con Gramsci)? Las derivas político–pedagógicas gramscianas de H. González	283
7. El recorrido político-intelectual de Juan Carlos Portantiero y su abordaje de un objeto pedagógico: la Reforma Universitaria	306
7.1. El itinerario político–intelectual de J. C. Portantiero: del comunismo a la nueva izquierda bajo la persistencia del historicismo marxista	306
7.1.1. El PCA como un refugio que se volvió sofocante	306

7.1.2. Las búsquedas por fuera del comunismo, la Sociología como intervención política y los posicionamientos sobre el “hecho maldito burgués”: el peronismo.....	321
7.2. La Reforma Universitaria en Argentina como un capítulo del desgarramiento entre la intelectualidad y el pueblo–nación	343
8. El derrotero de Los Libros (1969–1976), su proyecto crítico y los usos pedagógicos de Gramsci.....	365
8.1. El periplo de <i>Los Libros</i> (1969–1976) y la permanencia de la crítica cultural..	365
8.2. Gramsci en el proyecto crítico–pedagógico de <i>LL</i>	387
8.3. La exégesis de Gramsci en <i>LL</i> desde el ángulo pedagógico	400
9. Gramsci en la trama de las Ciencias de la Educación. El caso de la Revista de Ciencias de la Educación (1970–1975).....	411
9.1. La modernización cultural y la radicalización política I: Juan Carlos Tedesco y el primer uso gramsciano desde la teoría educativa argentina.....	411
9.2. La modernización cultural y la radicalización política II: el recorrido de la Revista de Ciencias de la Educación (1970–1975).....	428
9.3. La educación desde la hegemonía gramsciana. Una contribución original en el ocaso de la Revista de Ciencias de la Educación	449
10. Conclusiones.....	464
Bibliografía	472
Anexo 1: entrevistas.....	500
Entrevista a Sara Morgenstern	500
Entrevista a Horacio González	512
Entrevista a Juan Carlos Tedesco.....	521
Anexo 2: matriz de análisis	533

Capítulo 1. Introducción general al tema de investigación

Se debe rechazar lo que el presente ha criticado “intrínsecamente” y esa parte de nosotros mismos que le corresponde. ¿Qué significa esa cosa? Que debemos tener conciencia exacta de esta crítica real y dar una expresión, no sólo teórica sino también política. O sea, que debemos adherirnos más al presente que nosotros mismos contribuimos a crear, teniendo conciencia del pasado y de su continuidad (y revivirlo).

Antonio Gramsci

Las notas contenidas en este cuaderno, como en los demás, han sido escritas apresuradamente para constituir un memorial. Hay que revisarlas todas y controlarlas detalladamente porque contienen, sin duda, inexactitudes, enfoques falsos, anacronismos.

Han sido escritas sin disponer de los libros a que se hace referencia y es posible que después del control haya que corregirlas radicalmente porque lo que resulte cierto sea precisamente lo contrario de lo que se ha escrito.

Antonio Gramsci

1.1. La persistencia de Antonio Gramsci y los desafíos de la reafiliación político–intelectual

La presente investigación indaga sobre la recepción y usos pedagógicos de Gramsci a partir de dos corrientes político–intelectuales características de la década del 60 y principios de los años 70: el nacionalismo popular pedagógico y la nueva izquierda pedagógica. Inscrito en la sociología de la educación y la historia intelectual, este estudio aborda el itinerario del comunista italiano en relación a los intelectuales y revistas de aquella época que apelaron a su acervo para reflexionar sobre cuestiones de orden pedagógico.

La delimitación del tema no fue sencilla. En una primera instancia traté de realizar un estudio sobre *La recepción y usos de Antonio Gramsci en la carrera de Ciencias de la Educación, Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, 1955–1976*, pero la vacancia

observada desde el inicio hizo necesario un estudio algo más introductorio. En otras palabras, el itinerario de Gramsci en Argentina, abordado en distintos planos, se caracterizaba por la escasez de estudios específicos en materia pedagógica y universitaria. Si bien, en primer término, me decidí por concentrarme en la institución universitaria, se reveló más apremiante una reconstrucción global sobre la recepción pedagógica de Gramsci. De esta forma, opté por realizar un estudio que diera cuenta de las principales filiaciones y usos gramscianos en materia educativa entre la nueva intelectualidad crítica de la década del 60 y principios de los 70. En el escrito sugiero algunos pasajes de los usos pedagógicos gramscianos en el seno de las universidades durante el período. No obstante, resta emprender un estudio específico y profundo en este sentido.

El objeto, en varias fases de la investigación, se tornó *escurridizo*. Más allá de la odisea que implica cualquier emprendimiento detallista y minucioso, la falta de una política nacional de archivo volvió ardua la iniciativa. Aunque las ediciones facsimilares de distintas revistas de la década del 60 y 70, publicadas por la Biblioteca Nacional hace unos pocos años, facilitaron en buena medida la tarea, lo cierto es que el objeto parecía discurrir por espacios interminables: la Biblioteca del Congreso de la Nación Argentina, el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierda en Argentina (CEDINCI), el Centro Cultural de la Cooperación (CCC), las bibliotecas de la FFyL–UBA y de la Facultad de Ciencias Sociales–UBA, la Biblioteca Nacional, la Biblioteca de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO, sede Argentina), la Biblioteca de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), entre otros. Agradezco, por supuesto, a estas instituciones, que me facilitaron la reconstrucción de los debates de época, así como el hallazgo de fuentes. Hago lo propio con las distintas personas que generosamente aportaron documentos imposibles de encontrar en cualquier biblioteca¹. No sin esfuerzo, estimo que finalmente pude contar con los documentos de interés para el estudio, así como también con la bibliografía especializada sobre el tema.

Quizás uno de los primeros motivos que me llevaron a emprender esta investigación se asiente en una incongruencia vivida durante mis años juveniles de formación. Siempre a caballo entre la academia y los espacios de militancia, o sea, entre las lecturas prescritas y las propias, observaba un hiato elocuente. Concretamente registraba un contrastante marcado entre la interpretación gramsciana

¹ Agradezco especialmente a María Teresa Sirvent, Elisa Lucarelli, Silvia Llomovatte y Natalia Bustelo.

dispuesta por Hugues Portelli, en su ya clásico *Gramsci y el bloque histórico*, tan presente en los programas académicos, y aquel lejano, querido y recordado regalo familiar, estudiado junto con compañeros/as de militancia: la *Antología* de Manuel Sacristán, que compilaba varios escritos gramscianos (desde su juventud hasta los *Cuadernos*) junto con algunos datos sobre su vida. Por esa época leía una y otra vez la interpretación ya casi canónica (al menos en el medio local) ofrecida por H. Portelli, que se centraba sólo en *Cuadernos de la Cárcel*, y contrastaba esta obra con la propia voz del revolucionario sardo a la largo de su vida a través de M. Sacristán. La incongruencia era pronunciada. En el primer caso, Gramsci aparecía como una suerte de frío politólogo preocupado por descifrar las superestructuras del capitalismo avanzado; en el otro, un militante comprometido por la transformación radical. ¿Cuál era entonces el verdadero Gramsci? Fue uno de los primeros juveniles (e ingenuos) interrogantes que me planteé. Con el paso del tiempo esta misma pregunta se fue transformando –resignificando, mejorando y precisando su contenido–, pero su núcleo central persistió y me acompañó durante todos estos años.

El segundo motivo: la figura y recorrido de Antonio Gramsci siempre me causaron un gran impacto. nunca dejó de inspirarme admiración tanto su vocación de renovar el marxismo, su voluntad de repensar nudos significativos de la teoría social y de estructurar estrategias políticas, como su persistencia para enfrentar las duras condiciones carcelarias que le fueron impuestas por el fascismo y mantener sus ideales, aferrándose a su voluntarismo historicista. Me apasionó desde muy joven su capacidad para pensar a *contramano*, no sólo del capital sino de sus propios camaradas, de su partido, así como su valentía al desafiar dogmas e instar a la autonomía de los hombres. Es cierto que Gramsci ha pasado tristemente a la historia como parte del cuantioso número de mártires revolucionarios/as, pero la conjunción de su deslumbrante ingenio intelectual, su pensamiento antidogmático, su condición de máximo referente comunista de las masas italianas de la década del 20, su pretensión por superar innumerables apremios (políticos y personales), el estrecho vínculo que mantenía con el pueblo y, a pesar de todo ello, su muerte en soledad (su féretro sólo fue acompañado en coche por su cuñada Tatiana Schucht y su hermano Carlo), nunca ha dejado de conmoverme. Además de su entrañable figura y pensamiento, el recorrido posterior de su obra, plagado de censuras y apropiaciones diversas y polémicas, también contribuyó a mi interés. Es sabido que las primeras traducciones y estudios sobre el pensamiento del comunista italiano en el mundo

tuvieron lugar en Argentina (después de Italia), por lo que mi interés echaba raíces en una historia local signada tanto por su presencia como por la disputa de su legado.

Por último, un motivo más obvio y palpable: la necesidad de reconstruir (aunque, al mismo tiempo, sea una creación–construcción) de forma plural la cultura pedagógica crítica en nuestro país. Los “olvidos” impuestos por las duras derrotas, así como las esperanzas del presente, siguen reclamando trabajos historiográficos capaces de cuestionar el extendido conformismo de nuestras sociedades. En este sentido, el revolucionario sardo y sus recorridos pedagógicos locales pueden ser un gran aporte para desandar tales urgencias.

Es sabido que la última dictadura cívico–militar en nuestro país inauguró un ciclo de derrotas para los movimientos emancipatorios. Este ciclo se ahondó a la luz de las experiencias y abrupto final de los mal llamados “socialismos reales” y la expansión del capitalismo en su versión neoliberal, que anunció el fin de la historia y de los/as intelectuales. No sólo se pusieron en cuestión las condiciones para el cambio social, sino también su sentido. Distintas reflexiones han enfatizado las consecuencias económicas, sociales, políticas y teóricas de estas derrotas. Hacia la década del 80, se registró un desencanto masivo de la intelectualidad crítica con el marxismo, decretándose en algunos casos su defunción y el pasaje a posiciones liberales o posmarxistas en el marco del denominado posmodernismo, el fin de la historia y la instauración de un nuevo modelo de acumulación capitalista. Este proceso es conocido, pero quisiera aquí enfatizar en otro aspecto no tan tematizado. Hay un hilo (si no quebrado, al menos fisurado) indudablemente difícil de reconstruir en parte porque no ha sido abordado en profundidad, concretamente: las condiciones para el diálogo político–teórico de las nuevas camadas con la generación de intelectuales críticos de la década del 60 y 70 y, fundamentalmente, con la tradiciones teóricas marxistas o nacionalistas–populares.

La decisión de José Aricó (1931–1991) de no proseguir con la colección Cuadernos de Pasado y Presente (marzo de 1968–febrero de 1983) podría ser sintomática de esta interrupción del diálogo teórico–crítico entre las nuevas generaciones y el legado de las anteriores. Una colección que habilitó el acercamiento de innumerables teóricos/as y militantes populares al conocimiento de los debates y novedades del marxismo en las décadas del 60 y 70 en la Argentina (y también en América Latina):

La propuesta de los Cuadernos me parece hoy [1986] insuficiente (...) Debido a causas que no fueron originadas solamente por la censura y la represión, la tradición marxista es hoy mucho más débil en la Argentina. Advierto la presencia de una suerte de ruptura de tradiciones que, de estar en lo cierto, debería llevarnos a analizar con más cuidado la fastidiosa reproducción en las jóvenes generaciones de los viejos discursos. Es como si el olvido o el opacamiento de esta tradición, transformara a los viejos discursos en palabra muerta, en un redoble de tambores que impide al lenguaje ser un medio de comunicar ideas. Esta tradición, tan fuerte en los hombres de mi generación, o aún más jóvenes, pareciera importar hoy muchos menos, como algo que por no vivido no es suficientemente conocido. Las jóvenes generaciones de izquierda no conocen hoy esas figuras en torno a las cuales debatimos tantos años... Es posible que enterados de la existencia de Lenin, ni hayan oído hablar de Rosa Luxemburgo, o de Gramsci, para no hablar ya de Kautsky, o de Juan B. Justo o de José Carlos Mariátegui. Una izquierda nueva intenta medirse con los problemas que le plantea una sociedad apelando a un discurso viejo, anacrónico ¿Pero hay otro al que pueda recurrir? (Aricó, 1986/1999:33).

De modo interesante, Horacio Crespo (2011) liga esta reflexión con la renuncia de J. Aricó a editar *Nueve lecciones de economía y política en el marxismo*, obra elaborada durante su exilio mexicano entre 1976 y 1977 y corregida antes de su regreso a Buenos Aires en 1984. El texto, destinado inicialmente a alumnos/as de posgrado del Colegio de México, condensaba un conjunto de nudos temáticos extremadamente relevantes para la teoría marxista, y asumía un asunto vital en la renovación del movimiento teórico emancipatorio: el destino histórico del capitalismo. En franco debate con la concepción determinista, J. Aricó, siguiendo a Gramsci, fundamentaba la autonomía de la política respecto a las instancias estructurales. El autor nunca lo publicó en vida. De hecho fue editado recientemente, en 2011, después del hallazgo de sus originales.

“El papel histórico del capitalismo es destruir la historia, cortar todo vínculo con el pasado y orientar todos los esfuerzos y toda la imaginación hacia lo que está a punto de ocurrir” (Berger, 1979:278). ¿No habrá sido ésta una de las consecuencias más ásperas y crudas de las derrotas del movimiento popular? ¿No es acaso una

consecuencia que desnuda y marca la fragilidad de los movimientos contestatarios? Walter Benjamin (1940/2007) ha insistido en que la fuerza disruptiva anida en la unidad de la generación presente con su pasado emancipatorio derrotado, y no con el futuro ideal de los descendientes liberados. Las reflexiones de J. Aricó señalaban la ruptura con una cultura teórica de búsqueda obstinada y persistente, empeñada en poner a prueba el pasado teórico con las demandas del presente, en cotejar el marxismo con lo más avanzado de la cultura contemporánea. Tampoco se trata de idealizar o cubrir con un manto romántico a esa generación o a las prácticas políticas anteriores a la última dictadura cívico–militar. Nada más lejos que eso. De hecho, me inclino a pensar que la cultura política teórica descrita por J. Aricó tuvo eco sólo en determinadas corrientes o figuras.

Ahora bien, el escenario que condujo a J. Aricó a no publicar *Nueve lecciones de economía y política en el marxismo* en la década del 80 parece haberse modificado parcialmente en los últimos años. Las nuevas generaciones militantes, como fruto de innumerables luchas, demandas por la memoria histórica y proyectos emancipatorios, se ven compelidas a preguntarse por los elementos que establecen un hilo conductor con sus tradiciones derrotadas, en particular con las acaecidas en los 60 y 70. La revuelta popular de 2001 que inundó de gente las calles de nuestro país supuso la irrupción de nuevos/as activistas que, poco a poco, fueron nutriendo las filas organizativas de la clase trabajadora, el pueblo y el movimiento estudiantil. Así surgieron o se fortalecieron organizaciones, algunas de las cuales se reivindicán y (auto)denominan como “nueva izquierda”. También el ciclo inaugurado por el kirchnerismo, en particular, después del denominado conflicto entre la fuerza gubernamental y la fuerza encabezada por sectores oligárquicos en nuestro país durante 2008 (desatado por la intención del gobierno de aumentar las retenciones a los sectores agroexportadores a través de la Resolución N° 125 del Ministerio de Economía), tuvo como uno de sus corolarios la recuperación del pensamiento nacionalista popular de los años 60 y 70. Cuando el peronismo parecía perimido luego del ciclo menemista, el kirchnerismo lo hizo reflotar en la escena política y, fundamentalmente, al calor de sus disputas con sectores oligárquicos, reavivó el interés de franjas de la juventud por los intelectuales nacionalistas populares de los años 60 y 70. La noción nacional–popular, condenada al ostracismo hasta no hace muchos años, emerge ahora como una categoría de uso frecuente y reiterada para ubicar afinidades y trazar perspectivas político–teóricas, entre tantas otras derivas.

Estos avances reintroducen debates y preguntas en un escenario en el que el rearme político–teórico es una necesidad tan imperiosa como estratégica. La presente tesis se inscribe en este marco en el que la historia intelectual de la década del 60 y 70 es (re)interrogada, intentando superar las claves analíticas que la reducían e identificaban únicamente con la violencia armada y con los problemas de la izquierda para conseguir vertebrar una estrategia democrática. En las pretensiones de reafiliación político–intelectual de las nuevas generaciones, es decir, en esa búsqueda por establecer algún diálogo con el pasado teórico a partir de los desafíos del presente, el nacionalismo popular y la nueva izquierda ofrecen dos grandes modalidades o vías. En otras palabras, las franjas juveniles del nacionalismo popular y de la nueva izquierda, que aspiran hoy a mantener una discusión con el legado político–teórico de aquellos años, se encuentran con distintas opciones sostenidas por parte de las generaciones mayores.

Por un lado, la corriente nacional–popular ha encontrado en los últimos años un resurgimiento en el estudio del pensamiento intelectual de autores/as como John William Cooke, Juan José Hernández Arregui o Arturo Jauretche, entre otros/as, rescatándose tanto sus reflexiones como sus figuras y trayectorias. En este sentido, algunos intelectuales de esta corriente que protagonizaron las décadas del 60 y 70 se muestran como mediadores a través de la edición de libros y artículos, la organización de conferencias, la impartición de asignaturas en las casas de estudio y la fundación de centros de investigación. En el caso de la nueva izquierda el asunto resulta más opaco. En general, la generación ligada a tendencias intelectuales de la nueva izquierda de los 60 y 70 parece esgrimir un discurso añejo y culpable a la luz de las nuevas generaciones, un discurso que no reivindica sus búsquedas teóricas de aquellos años y que está signado por la rectificación. El otro extremo está marcado por un romanticismo acrítico que, en lugar de instar a la reflexión autónoma y crítica sobre los 60 y 70, se preocupa por construir un vínculo místico con aquel pasado. Fenómeno este último del que, evidentemente, el nacionalismo popular no está exento.

Ahora bien, algunas franjas de aquella “vieja generación” que animó la década del 60 en la actualidad no desean promover ligazones de la teoría crítica de esos años con las nuevas generaciones. Esto se traduce en un cúmulo de desafíos y problemas. ¿Si las nuevas generaciones de hoy pretenden retomar los proyectos y deseos por un cambio social de raíz, no deberían desembarazarse de franjas de la “vieja generación”, que en su momento eran la *nueva intelectualidad* pero que ahora, en

algunos casos, reniegan de ese pasado político–teórico? ¿Cómo se procesa el cambio de esa “vieja” generación que en su momento fue “nueva”? ¿Acaso las nuevas generaciones no se encuentran frente a problemas similares a los que afrontó la *nueva intelectualidad* en la década del 60, la cual llegó a asumirse como una “generación sin maestros”? ¿Cuáles son los faros político–teóricos que iluminan a las nuevas generaciones críticas? ¿Quiénes comandan o contribuyen al diálogo de las nuevas generaciones con el pasado teórico–crítico? Tal vez, entre otras diferencias, existan dos de tipo cualitativo entre la nueva generación y aquella nueva intelectualidad de los años 60. Por un lado, las nuevas generaciones no han sufrido directamente, en “carne propia”, la dura derrota de los 70. Se podría argüir que esto conlleva elevadas cuotas de ingenuidad y un optimismo desmesurado. Es innegable, pero cualquier empresa teórica renovadora radical debe afincarse en esperanzas, y no haber sufrido de modo directo la derrota puede llegar a propiciar mayor audacia e invención teórica. Por otro lado, la izquierda argentina no contó con una tradición político–teórica local de envergadura más allá de los cánones impuestos por el dogmatismo. No obstante, qué duda cabe, algunas franjas de los años 60 marcaron una discontinuidad, un corte. ¿No encontramos en ese terreno algunas pretensiones o voluntades de trabajo intelectual dignas de retomar y discutir para las nuevas generaciones? ¿No hay aquí hitos o pistas a reexaminar?

Más allá de las mediaciones entre el pasado teórico y las viejas generaciones provenientes de la nueva izquierda o del nacionalismo popular, existe un problema para las nuevas camadas: ¿cómo apropiarse de una herencia sin caer en un incauto romanticismo? Como bien sugiere Gramsci, la tradición teórica es frecuentemente transmitida o asumida como muerta, inerte. No por casualidad escribió sus *Cuadernos* en clave de apuntes que demandaban revisiones y estudios subsiguientes, concibió su empresa como un “libro viviente”, e insistió en que sus afirmaciones había que entenderlas, quizás, hasta de manera opuesta a cómo él las expuso. Esta reclamación de precisiones sobre cualquiera de sus tesis no era sólo producto de las condiciones carcelarias en las que fueron escritas. Más bien se trataba de un modo de mantener vivo el pensamiento marxista, una invitación al permanente examen crítico. El revolucionario sardo entabló un diálogo vivo con su pasado teórico y fue reacio a considerarlo en términos de un dogma o cuestión del ayer. Siguiendo este filón crítico, un modo de vivificar lo aparentemente perimido en el plano teórico, esto es, las gestas intelectuales de las décadas del 60 y 70, consiste en recomponer los debates, las trayectorias, las filiaciones o las preocupaciones.

Teniendo en cuenta todo lo dicho, esta tesis se propone reconstruir el diálogo con el pasado crítico local de una manera viva. Aunque, ¿por qué anclar en Gramsci esta reconstrucción? Esta pregunta demanda, al menos, dos niveles de fundamentación para una tentativa de respuesta: 1) el papel y los aportes del comunista italiano en el desarrollo de la teoría crítica y educativa; 2) la relevancia del revolucionario sardo en los debates políticos y elaboraciones educativas actuales.

El primer nivel reedita una pregunta reiterada en los estudios sobre la obra de Gramsci. Portantiero (1975/1977), Aricó (1988/2005), Jones, (2006), Acanda González (2007), Gadotti (2011), Bidussa (2011) entre tantos otros/as, esgrimieron esa misma pregunta: ¿Por qué Gramsci? ¿Por qué rescatar un pensamiento elaborado fundamentalmente en condiciones desastrosas de producción y aplastado tanto por la derrota del movimiento obrero europeo como por la burocratización de la URSS? Estudiar a Gramsci parece reclamar una fundamentación previa, una fundamentación que lo eleve más allá de su entereza político-moral y demuestre, como Lowy (1978:24) ha sugerido, que fueron justamente aquellas condiciones de encierro y soledad las únicas que hicieron posible emerger un pensamiento renovador. En otras palabras, un abordaje del revolucionario sardo capaz de demostrar que las conocidas intenciones del fiscal fascista Michele Isgró, quien acusó a Gramsci junto con otros veintidós camaradas tratando “de impedir durante veinte años que este cerebro funcione”, finalmente se volvieron en su contra.

Si bien la obra de Gramsci atravesó distintas etapas², los *Cuadernos* están claramente escritos en un contexto de derrota política y, me atrevo a decir, con el

² Considero de interés la clásica periodización establecida por Portantiero (1975/1977) respecto a la producción de Gramsci a partir de las coyunturas políticas:

a) De ofensiva. Básicamente se refiere a los años de la Revolución Bolchevique (1917) y a la experiencia de los Consejos de Fábrica en el norte de Italia durante el bienio rojo (1919–1920). En este período sus escritos tienen preponderantemente una impronta periodística. Son artículos publicados en *La Città Futura*, *Il Grido del Popolo*, *Avanti!* o en la primera serie del periódico *L'Ordine Nuovo* (1919–1920). Muchos de ellos elaborados, en sus propias palabras, para que “mueran al día siguiente de ser publicados”.

b) De reflujo o defensiva, producto de las distintas derrotas del movimiento obrero en Europa (1921–26). Gramsci continúa con su tarea periodística a través de la segunda y tercera serie de *L'Ordine Nuovo* (1921–1922, 1924–1925), y escribe documentos en el marco del Partido Comunista Italiano (PCI) y la III Internacional. Entre ellos destacan *La Tesis de Lyon* y *La cuestión meridional*. De Felice, P. y Parlato, V. (1966), Fiori (1966/2009) y Pizzorno (1967/1970) sitúan al *Ensayo sobre la cuestión meridional* (escrito elaborado en 1926, no concluido por su detención) como un instancia bisagra o transicional entre el momento “consejista” y el “carcelario”. En este escrito incompleto, donde realiza un análisis de la realidad social y política italiana, se vislumbran conceptos que luego profundiza y desarrolla en *Cuadernos*. Esto supone un giro teórico en Gramsci. El documento fue publicado por primera vez en enero de 1930 en París por *Lo Stato operaio*, año IV, n°1. *Lo Stato operaio* era la

autor embebido en una *decepción optimista*. Con esto último quiero decir que Gramsci registraba la agudeza de la crisis del movimiento revolucionario de su tiempo, y que no tenía perspectivas inmediatas en su recuperación. Había perdido contacto con los dirigentes del Partido Comunista, era crítico con las orientaciones políticas del stalinismo y anhelaba su salida de la cárcel para regresar a su querida Cerdeña (Fiori, 1966/2009; Infrancia, 2014) o para reencontrarse con sus hijos y esposa en la URSS (Kanoussi, 2003), aunque en ambos casos sumido en un aislamiento político absoluto³. Gramsci estaba decepcionado con el curso que había tomado la lucha de clases y por la relación de fuerzas resultante. Sin embargo, esta decepción inmediata convivía bien con un optimismo de largo alcance, un optimismo fundado en la renovación del marxismo, en repensar problemas acuciantes, en un rearme político-teórico. Dedicó todos sus años carcelarios a esta empresa. No por casualidad, Gramsci elevó a máxima las palabras de Romain Rolland (que lideró la campaña por su liberación): “Con el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad”. Obviamente esta premisa era un modo de enfrentar la vida carcelaria, aunque, por qué negarlo, también era un modo de sostener su actividad teórica militante: escribir más allá de una coyuntura signada por la derrota y el pesimismo, aportando, en una tarea de largo aliento, a la renovación del marxismo.

revista del PCI, fundada en 1925 por P. Togliatti, que se publicó en París entre 1927–1939, y circuló clandestinamente en Italia debido a la censura fascista.

c) Doble derrota. Además del avance del fascismo, la Internacional Comunista se hunde en el stalinismo (1929, cuando Gramsci comienza a escribir los *Cuadernos* hasta 1935, año en que los deja de lado debido a su enfermedad; falleció en abril de 1937). Aquí las urgencias ceden y apunta a problemáticas de largo alcance. En 1927, en la cárcel de San Vittore (Milán), a la espera del proceso, Gramsci sostiene, parafraseando a Goethe, que se necesitaría hacer algo *für ewig* (para la eternidad) (2004b:36).

Con esta periodización, de todos modos, no pretendo soslayar el momento “consejista” gramsciano. De hecho, me inclino a pensar que el núcleo filosófico marxista expresado allí presenta hilos de continuidad con los *Cuadernos* y, aunque en su último momento no refirió a los consejos, el revolucionario sardo nunca subestimó, más bien lo contrario, la relevancia de la autoactividad de las masas en el proceso emancipatorio (claro está, bajo la tensión tradicional con la dirección consciente del partido). Para otros criterios de delimitación temática de la obra de Gramsci, remitirse a R. Mondolfo (1973:137–139) u Ouviaña (2000: 187–189).

³ Para biografías sobre la vida de Gramsci remitirse a Radice, L. y Carbone, G. (1952), Spriano (1988) (quienes abordan las relaciones del Gramsci encarcelado, con su familia, el partido y el Comintern), Lepre (1998) y Fiori (1966/2009), el cual más tarde matizó algunas de sus aseveraciones sobre las consideraciones de Gramsci en torno al stalinismo y el vínculo con su familia (Fiori, 1991). Desde luego, existen numerosos trabajos sobre la obra de Gramsci que ofrecen apuntes biográficos sobre su vida, entre tantos otros Paggi (1970) y Vacca (1995). Vale señalar que las investigaciones históricas relativas a la vida de Gramsci en la cárcel fueron enriquecidas por la apertura de los archivos ex soviéticos en 1992, de donde el Instituto Gramsci pudo recuperar 279 documentos de la dirección del Comintern (Kanoussi, 2003).

No es éste el lugar para exponer de un modo exhaustivo los aportes de Gramsci a la teoría crítica. Bastaría con revisar las respuestas de los propios autores/as mencionados en torno a la pregunta “¿Por qué Gramsci?”. Me centraré sólo en indicar cuáles son, a mi entender, sus puntos principales y más originales. Quizás la riqueza de Gramsci estriba en su vocación totalizadora. Por lo general, al comunista italiano se lo encuentra en fragmentos, en retazos, con sus categorías sueltas, o bien reducido al “teórico de las superestructuras”. Pero su obra y, en particular los *Cuadernos*, tienen una huella integral en el sentido de que aprehende sistemática y globalmente un conjunto significativo de temas⁴. Existen reconocimientos que tienen la fecundidad de rescatar los dos terrenos fundamentales e inseparables en el revolucionario sardo: filosofía y política.

György Lukács subrayó que en los años 20 lucharon, junto a Gramsci y Karl Korsch, contra el mecanicismo heredado de la Segunda Internacional Comunista y añadió que el genio sardo quizás fuera “el mejor dotado de los tres”, aunque ninguno pudo resolverlo (Lukács, 1971:51). El comunista italiano prosiguió y ahondó en aquello que autores como Antonio Labriola y Rodolfo Mondolfo, entre otros/as, intentaron: aprehender el marxismo como una filosofía de la praxis, lejos de su versión positivista. Esto contribuyó al desarrollo del marxismo en el terreno filosófico, aunque tal proceso siempre estuvo ligado al terreno político. Por su parte, Eric Hobsbawm (1980) ha insistido en la importancia de los aportes políticos de Gramsci. Lo calificó como “el pensador más original de Occidente desde 1917”, siendo su principal contribución a la teoría crítica la elaboración de una teoría marxista de la política. Con todo, ambos reconocimientos, hechos por autores de la talla de G. Lukács y E. Hobsbawm, subrayan dos aspectos, la filosofía y la política, indivisibles en el revolucionario sardo. Tampoco se trata de fetichizar a Gramsci. Su línea de trabajo, de hecho, se inscribe en lo que se ha venido a denominar el “marxismo olvidado” (Lowy, 1978), esto es, un conjunto de autores/as dentro del marxismo que, con sus

⁴ En 1927, en la cárcel de San Vittore (Milán), bajo el propósito de escribir “para la eternidad”, se propone el siguiente plan de estudios: “a) Estudiar a los intelectuales italianos, sus orígenes, sus grupos de acuerdo a las corrientes culturales, sus distintos modos de pensar, etc., etc. (...); b) Un estudio de lingüística comparada; c) Un estudio sobre el teatro de Pirandello y sobre la transformación del gusto teatral que éste representó y a cuya determinación tanto contribuyó; d) Un ensayo sobre folletines y el gusto popular en literatura” (2004b: 35–36). Luego, comenta: “Bien mirado, en estos cuatro temas existe cierta homogeneidad: el espíritu popular creador a través de sus distintas manifestaciones y grados evolutivos resulta de igual importancia en sus cimientos” (Ibíd.:36) A comienzos de 1929, cuando le conceden la autorización para escribir, formula un nuevo plan de estudios: a) la historia italiana del siglo XIX (con especial atención a los grupos intelectuales); b) la teoría y la historia de la historiografía; c) el americanismo y el fordismo.

diferencias y matices, expresaron una orientación heterodoxa, crítica, abierta y antidogmática. Entre otros se podría situar a modo tan sólo ilustrativo a Rosa Luxemburgo, Leon Trotsky, György Lukács, Karl Korsch, Ernest Bloch, José Carlos Mariátegui y Ernesto Guevara. En muchos casos, sus elaboraciones fueron sepultadas por las derrotas de los movimientos emancipatorios o la burocratización de los llamados “socialismos reales”.

Avancemos en especificidad. ¿Cuáles han sido los principales aportes de Gramsci a la teoría crítica? En el conjunto del itinerario de la teoría marxista, el comunista italiano condensa una enorme riqueza. A contramano del marxismo occidental, que guardó silencio sobre asuntos clásicos de envergadura como son el análisis de la maquinaria política del Estado burgués y la estrategia en las luchas sociales, el conjunto de la obra de Gramsci profundizó estos aspectos (Anderson, 1979/1987; 1986). Los principales temas, preocupaciones y enfoques del autor podrían resumirse en el siguiente listado (aunque se podría ampliar): el marxismo como un historicismo absoluto; la aprehensión del marxismo como un movimiento que debe renovarse a través de enfrentar y dialogar con lo más avanzado de la cultura contemporánea; la “traducción” abierta y compleja de conceptos marxistas a distintas realidades; el poder como una relación de fuerzas sociales que debe ser modificada; la inscripción y desarrollo del concepto de hegemonía en la densidad de la dominación en las sociedades capitalistas avanzadas o periféricas, otorgándole un sentido novedoso en la historiografía marxista; el reconocimiento de la pluridimensionalidad organizativa de las clases subalternas y su propuesta de articulación en un movimiento único con “espíritu de escisión” de la clase dominante; el papel protagónico de las masas, de su cultura e instituciones propias en el proceso de conquista del poder y en la construcción de la hegemonía proletaria; la revolución como un acontecimiento inscrito en el desarrollo de cada historia del pueblo–nación; la fundamentación de una estrategia de poder específica para los países occidentales; una teoría de la crisis del capitalismo que recupera la autonomía y singularidad del momento político. Como argumenta Massardo (1999), Gramsci escribió fundamentalmente pensando en Italia pero varias de sus reflexiones, con las mediaciones oportunas en cada caso, mostraron una profunda fecundidad al ser aplicadas en otras regiones o contextos. Seguramente el comunista argentino Héctor Agosti (1911–1984) haya sido el primero en demostrar las semejanzas entre la formación social estudiada por Gramsci y la de nuestro país, y por tanto, el primero también en poner de manifiesto la potencialidad de *traducir* sus categorías para el análisis local.

En el plano educativo también sus aportes han sido elocuentes. De los pensadores marxistas clásicos, Gramsci fue el autor que más páginas dedicó específicamente a la educación. Aunque no contiene una teoría pedagógica precisa o sistemática, sino más bien un discurso político sobre el tema, sus aportes han sido decisivos en la constitución de la pedagogía crítica (Rigal, 2011:124). Entre sus contribuciones se destacan: la aprehensión del *rapport* pedagógico en clave hegemónica, política, histórica y, por tanto, susceptible tanto a la reproducción como a la transformación; la fundamentación de una pedagogía que niegue, supere e integre las tradiciones pedagógicas expresadas por el espontaneísmo rousseauiano y el autoritarismo jesuita (o el americanismo de Frederick Taylor y Henry Ford); la necesidad, retomando la IIIª Tesis de Marx sobre Feuerbach, de que el educador sea educado, fundamentando así un vínculo pedagógico democrático; el reconocimiento de núcleos progresivos en los saberes populares y la crítica a la concepción burguesa de la cultura, o sea, a la concepción aristocrática e intelectualista que supone la negación de la cultura popular o bien la transmisión en migajas de la “Cultura”; la asunción del rol de los docentes y educadores como intelectuales; la propuesta de una pedagogía capaz de formar un hombre nuevo, omnilateralmente desarrollado a través de la unidad del trabajo manual e intelectual, de la formación humanístico–histórica junto con la tecnológica (“especialista + político”), es decir, de la unificación cultural del género humano; la inscripción de la institución educativa dentro de un Estado capitalista *ampliado* o *pleno*. Como se observa, los aportes de Gramsci fueron extensos y profundos, contribuyendo de esta forma a la renovación y despliegue de la teoría crítica educativa.

De todos modos, tal y como manifesté anteriormente, no se busca canonizar a Gramsci. Existen también en él algunos puntos que han sido cuestionados, entre otros: su concepción del partido político en los *Cuadernos* que guarda, anclando en el modelo leninista, elementos autoritarios y derivas instrumentales (Mondolfo, 1959, 1973); posiciones políticas entre 1923–1924 en la III Internacional Comunista que prosiguieron ciertas tesis stalinistas (Massari, 1996); su silencio sobre los problemas económicos, a pesar de su entrañable amistad con Piero Sraffa (1898–1983), uno de los más originales economistas marxistas de la posguerra, quien sirvió de intermediario en su correspondencia con el Partido Comunista Italiano (PCI) durante los últimos años de su encierro (Anderson, 1979/1987).

Ahora bien, lo descrito más arriba evidencia la relevancia de Gramsci en términos de aportes a la teoría crítica y educativa. Como se puede observar, los mismos fueron

tan elocuentes como fructíferos, pero también existe otro plano que fundamenta la presente investigación: la relevancia de Gramsci en la actualidad. No es ninguna novedad sostener que sus ramificaciones han sido múltiples, tanto en el terreno académico como en el político. Advertido tempranamente por Portantiero (1975/1977), en el ámbito de la política, sus usos continuaron extendiéndose⁵ y sumando un heterogéneo recorrido académico. En autores/as de amplia difusión académica como Nico Poulantzas, Louis Althusser, Raymond Williams, Ernesto Laclau o algunos autores pertenecientes a la escuela de Frankfurt, la presencia gramsciana es marcada. A su vez se ha sugerido una suerte de “influencia negada” del comunista italiano en autores de indudable trascendencia académica como Pierre Bourdieu (García Canclini, 1990:29; Burawoy, 2014:2) y Michel Foucault (Kohan, 2004:25), lo que también señalaría, aunque implícitamente, la relevancia gramsciana. La incidencia académica del revolucionario sardo ha crecido considerablemente en las últimas décadas en disciplinas como sociología, antropología, historiografía, filosofía, crítica literaria, ciencia política y pedagogía. Como sostienen Infranca (2003:2) y Modonesi (2013:3), Gramsci, fundado en su originalidad y agudeza teórica, es el autor marxista (después de Marx) más leído y estudiado fuera de Europa, sobre todo, en América Latina. Desde luego, como ha apuntado Anderson (1997/1981:3), entre otros, el precio de una admiración tan ecuménica o universal es, forzosamente, la ambigüedad y, por tanto, interpretaciones múltiples e incompatibles⁶.

Comenzaré por apuntar la vigencia e influencia de Gramsci en la teoría educativa crítica actual. Son innumerables las producciones que pretenden fundamentar y

⁵ En la actualidad, algunas vertientes del trotskismo, maoísmo, nacionalismo popular, entre otras corrientes en la Argentina, aluden al revolucionario sardo para fundamentar o reflexionar sobre su política en una marcada disputa por su legado. Del primero son ilustrativos los artículos publicados desde el Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS) en su revista *Ideas de Izquierda* a manos de Dal Masso, J. y Rosso, F. (2014a; 2014b); del segundo, las resoluciones del XII Congreso del Partido Comunista Revolucionario (PCR) realizado en San Luis en junio del 2013 contienen categorías gramscianas como “bloque histórico”; en el nacionalismo popular la presencia gramsciana es extendida, valga como ejemplo reciente el trabajo de Della Roca (2013). También en América Latina su presencia es palmaria. Basta detenerse en el Socialismo del Siglo XXI y, específicamente, en los discursos de su fundador, Hugo Chávez, quien aseguraba inspirarse en Gramsci y hasta citaba párrafos de memoria de los *Cuadernos*.

Recientemente, el libro de Peter Thomas (2009) consagrado al pensamiento de Gramsci, de amplia difusión en los ámbitos de la izquierda académica y política en Inglaterra y Francia, se convirtió en un acontecimiento intelectual destacado, lo cual resulta una ilustración más de la persistencia del comunista italiano.

⁶ Aun atendiendo únicamente a los *Cuadernos*, los intérpretes de Gramsci ubican distintas categorías gramscianas para abordarlos: por ejemplo, Bobbio (1967) se centra en la categoría sociedad civil; Portelli (1972) en el bloque histórico; Kanoussi (2003) en la hegemonía y la revolución pasiva, etc.

desarrollar el paradigma educativo crítico asumiendo categorías o perspectivas teóricas del autor en las últimas décadas. Basta observar las contribuciones de autores de la envergadura y ascendencia como M. Apple (1996, 1997); H. Giroux (1987, 1992, 1996, 1997, 2003); H. Giroux y S. Aronowitz (1987); H. Giroux y P. Mc. Claren (1998); y C. Torres (1996, 2006, 2008). La influencia gramsciana es tan marcada que en algunos casos asumen su posición teórica como neogramsciana (por ejemplo, Apple, 1997:48). En general, estos referentes destacados de la teoría educativa crítica elaborada desde Norteamérica articulan a Gramsci con los desarrollos de la escuela de Frankfurt, en tanto relectura hegeliana de Marx y esfuerzo por reinterpretar la teoría marxista a la luz de los avances del siglo XX. A esta prolífica producción se le podrían sumar un conjunto significativo de reflexiones teóricas escritas en (o traducidas al) castellano durante las últimas décadas sobre la obra de Gramsci, también en relación a la educación (Broccoli, 1987; Coben, 2001; Torres y Morrow, 2002⁷; Mayo, 2003; Hillert, et.al., 2011; Ouviaña, 2013). El empleo de ciertas categorías teóricas gramscianas para la reflexión o análisis educativos en la Argentina y Latinoamérica es extenso (Tamarit, 1992; Gadotti, 1996; Gentilli, 1997; Boron, 2008; Follari, 2008; Neves, 2009; Naidorf, et. al, 2010; Donaire, 2012, entre tantos trabajos) en diversos terrenos: política educacional, sociología de la educación, pedagogía, etc. Quizás lo más significativo y sintomático de la presencia gramsciana en la teoría educativa crítica sea la naturalidad en el empleo de sus conceptos. “Sentido común”, “intelectuales”, “hegemonía”, “crisis orgánica”, etc. operan como moneda corriente, en algunos casos sin necesidad de referirse al revolucionario sardo porque su alusión se asume como obvia.

En perspectivas historiográficas educativas críticas la presencia gramsciana también es palmaria. Así, sólo a modo de ejemplo, basta con revisar los estudios de Southwell (1997) y Suasnábar (2004), que forman parte de los antecedentes de esta investigación. Southwell, en su reflexión sobre las articulaciones entre el espiritualismo y el tecnocratismo durante 1955–1976, asumió como marco teórico la concepción de Gramsci sobre la educación como práctica hegemónica. Antes de la referencia puntual al revolucionario sardo, expresó su empleo reiterado: “Esto

⁷ Estos autores contrastan, por ejemplo, las posturas de Entwistle (1979) y Adamson (1980) en torno a la interpretación del legado educativo gramsciano. Mientras el primero considera que Gramsci defendía un plan de estudios escolar capaz de condensar el bagaje cultural universal como camino para que la clase obrera desarrolle la hegemonía proletaria, el segundo considera que el revolucionario sardo jerarquizaba los objetivos políticos y los contextos educativos en el empoderamiento de la clase trabajadora (2002:197–208).

recuerda –una vez más– la concepción de Gramsci...” (1997:137). “Una vez más” ilustra la incidencia más general del marco teórico gramsciano en los estudios historiográficos del equipo Programa Alternativas Pedagógicas y Prospectiva Educativa de América Latina (APPEAL), donde se inscribió el estudio de Southwell. Creado por Adriana Puiggrós y actualmente dirigido por Lidia Rodríguez, APPEAL surgió en México en 1981 y cuatro años más tarde también se radicó en Argentina. En la perspectiva historiográfica educativa impulsada por Puiggrós, de amplia difusión por cierto, las huellas gramscianas son elocuentes. Entre ellas se destacan el trabajo y aprehensión del concepto de hegemonía en los términos sugeridos, fundamentalmente, por el clásico trabajo de E. Laclau y Ch. Mouffe (1985/1987), y del *rapport pedagógico* en clave histórica, dinámica, abierta y política⁸. Suasnábar, por su parte, abordó los vínculos entre política y pedagogía abrevando del marco teórico gramsciano, al afirmar que toda acción hegemónica es una acción pedagógica. El político es un pedagogo, pero también el pedagogo, en tanto intelectual de la educación, pretende una intervención política. Partiendo de esa premisa, como se verá, buscó analizar la relación histórica particular que se estableció entre educación y política en el período 1955–1976.

Además de su vigencia en la política de izquierda y en la teoría crítica educativa, existe otro aspecto de la presencia de Gramsci en la actualidad: su conformación como un fantasma subversivo para sectores militares y eclesiásticos. Si bien este fenómeno fue característico con el retorno de la democracia, también llega hasta nuestros días. La obra del comunista italiano tuvo una amplia repercusión y difusión en sectores de izquierda o progresistas durante el exilio (fundamentalmente mexicano) y al regreso de la democracia, ya que habilitó a comprender las derrotas populares y diseñar nuevas líneas de intervención. Algunos sectores conservadores alertaron sobre la nueva estrategia subversiva pos dictadura anclada en Gramsci. Una estrategia basada ya no en la vía armada sino en la creación de una nueva cultura y moral revolucionaria que suponía una renovada infiltración en las instituciones burguesas. Es sabida la sensibilidad del neoconservadurismo por los aspectos

⁸ Una temprana, vigente e interesante crítica a este tratamiento del concepto de hegemonía gramsciano se encuentra en A. Borón y C. Cuellar (1983), basados en diversos artículos de E. Laclau y Ch. Mouffe que luego tuvieron su expresión sistemática en el trabajo citado. Algunas reflexiones sobre la influencia althusseriana en el empleo de la hegemonía gramsciana propuesta por E. Laclau y Ch. Mouffe he intentado apuntar (Gómez, 2013). No es ninguna novedad afirmar la frecuente interpretación pos estructuralista de la obra de Gramsci y, en particular, de su concepto de hegemonía (por ejemplo, Hall, 2000; Bhabha, 2002) de marcada presencia en los estudios educativos.

culturales y morales. Gramsci, en tanto fundamento de una nueva ofensiva basada en una “profunda reforma moral e intelectual”, fue caracterizado por aquel entonces como una suerte de demonio subversivo. Quizás la primera expresión en ese sentido fueron las declaraciones a Radio Continental, el 21 de noviembre de 1985, del monseñor Ítalo Di Stéfano que se pronunció en contra de la introducción de elementos ideológicos marxistas en cursos universitarios, rechazando con particular vehemencia “la propagación de las ideas de ese comunista italiano llamado Antonio Gramsci” (citado en Aricó, 1988/2005:171). En diciembre de 1987, en el marco de la Conferencia de los Ejércitos Americanos realizada en Argentina, se consideró que junto con los adherentes a la Teología de la liberación, los grupos seguidores de Gramsci eran, ya aplastada la guerrilla, los nuevos enemigos.

Por su parte, el ex dictador Jorge Rafael Videla (1925–2013), en su defensa durante los juicios celebrados en Córdoba a fines de 2010 por delitos de lesa humanidad, atacó la ideología anclada en el revolucionario sardo y certificó que aquellos enemigos pos dictadura que encarnaron dicha ideología, finalmente, triunfaron:

No necesitan de la violencia para acceder al poder, porque están en el poder [en referencia al gobierno nacional de Cristina Fernández de Kirchner] y, desde él, intentan la instauración de un régimen marxista a la manera de Gramsci, tomando como rehenes a las instituciones de la República y haciendo de ellas una simple expresión verbal ajena a lo que prescribe nuestra Constitución Nacional. Gramsci puede estar satisfecho de sus alumnos⁹.

En el mismo sentido se expresó en una entrevista concedida a la revista española *Cambio 16*, el sábado 16 de marzo de 2013 (entrevista realizado por Angoso, 2013). Así, para el neoconservadurismo, Gramsci emerge como el nuevo ideólogo de la subversión; de una subversión que, más allá de haber perdido la “guerra entre 1976–1983”, finalmente triunfó sin necesidad de recurrir a las armas. El comunista italiano brota como uno de los artífices de la victoria. Los genocidas vencedores de 1976 no salen de su asombro: a pesar del fascismo que intentó silenciarlo en los años 20, su

⁹ Disponible en <http://www.youtube.com/watch?v=tbTv27k9OQw>. El subrayado es propio.

cerebro continuó funcionando y, como un fantasma, ataca al propio neofascismo local y contemporáneo¹⁰.

Tal y como se registra, la presencia de Gramsci en la escena contemporánea es evidente, lo cual justifica, parafraseando a Hobsbawm (2011:344), el estudio histórico de su recepción. La presente investigación, inscripta en los estudios de la sociología de la educación y la historia intelectual propone indagar, para una reconstrucción plural del itinerario local del comunista italiano, las condiciones socio–históricas que enmarcaron sus empleos pedagógicos, así como también las operaciones significantes sobre su obra.

1.2. Sobre la delimitación temporal

Pasaré a otro plano en la fundamentación del estudio. ¿Por qué reparar en Gramsci en el período 1959–1976? ¿Cuál es la especificidad de su itinerario en la teoría educativa crítica local durante ese período que lo convierte en un autor digno de estudio? Desde luego, una parte de la respuesta descansa en su relevancia y vigencia actuales, tal y como se ha descrito. Aunque hay un contraste claro entre el pasado y el presente: Gramsci no tuvo en el período 1959–1976 la ascendencia que tiene hoy en día. No constituyó una referencia central. De todas formas, es posible rastrear algunas querellas, disputas y usos pedagógicos del revolucionario sardo, como intentaré mostrar a lo largo del estudio. Se pueden distinguir al menos tres momentos en la periodización del itinerario de Gramsci en Argentina: a) comienzo de los años 50 hasta 1959; b) 1959–1976; c) de 1976 en adelante¹¹.

¹⁰ No deja de llamar la atención la asunción del marco teórico gramsciano por el neoconservadurismo. El general Osiris Villegas, unos de los principales intelectuales de las Fuerzas Armadas en la década del 60 y 70, analizó (y defendió), en su libro *Temas para leer y meditar* (1993), la dictadura militar de Jorge Rafael Videla a través del arsenal teórico gramsciano (Kohan, 2000a:191).

¹¹ Esta periodización guarda deudas con Burgos (2004). El autor, anclado en el estudio de la experiencia del grupo *Pasado y presente*, establece el inicio del segundo período en 1963, cuando el colectivo es expulsado del PCA. A los fines de esta investigación, considero apropiado situar el comienzo del segundo período en 1959, en tanto integra las (re)lecturas de Gramsci en el marco de una radicalización político-intelectual más vasta que estructuró a las dos corrientes que indago: el nacionalismo popular y la nueva izquierda.

Por otra parte, luego de 1976 comienza una lectura de Gramsci básicamente de cuño socialdemócrata. Se podría plantear la pregunta de si el rescate del pensamiento de Gramsci en las últimas décadas por parte de nuevas organizaciones y activistas populares, especialmente a partir del 2001, no ha inaugurado un nuevo ciclo en tensión con las interpretaciones socialdemócratas.

En el primer período, la recepción y usos de Gramsci en América Latina comenzó y transcurrió fundamentalmente a través de H. Agosti, Secretario de Cultura del Partido Comunista Argentino (PCA)¹². Para ello, H. Agosti tuvo que ganar cuotas de autonomía y permanecer en tensión con la dirección del Partido (Victorio Codovilla o Rodolfo Ghioldi). En 1951 el autor realizó la primera producción de inspiración gramsciana en Argentina y América Latina bajo el título *Echeverría*. Así, la recepción de Gramsci en Argentina expresó un desfasaje entre traducción (de su obra) y producción (con su obra). A su vez, en la Primera Reunión Nacional de Intelectuales Comunistas que presidió, celebrada un año después del derrocamiento del general Perón en septiembre de 1956, recomendó a sus camaradas que frecuentasen los escritos de Gramsci “porque me parecen uno de los modelos más eminentes de la crítica marxista” (Altamirano, 2011a:180–181).

Probablemente sus principales aportes a la difusión de Gramsci provinieron del trabajo de edición. La editorial *Lautaro* (vinculada al PCA y con influencia de H. Agosti) realizó, tres años después de la edición original en italiano (1950), la primera publicación en idioma extranjero de las *Cartas desde la cárcel* (traducción de Gabriela Moner, con prólogo de Gregorio Bermann). Fue impulsada por un joven editor de escasos 30 años, Gregorio Weinberg, director de la colección Crítica y polémica (donde fue incluida), y referente, como se verá, de algunos/as intelectuales de la nueva izquierda pedagógica local¹³. *Cartas desde la cárcel* había ganado el Premio Varregio, conocido como “el Nobel de las letras italianas”, en 1947¹⁴. Recuérdese que

¹² En el plano latinoamericano probablemente la primera mención de Gramsci ocurrió en julio de 1921. J. C. Mariátegui, en un artículo escrito desde Roma para el periódico *El Tiempo* de Lima, calificó a Gramsci como uno de los dos intelectuales más notables del PCI, junto con Umberto Terracini (Massardo, 1999). También en la década del 30, con la edición en español del libro de Trotsky *Literatura y revolución*, llevada a cabo por la editorial española Aguilar, circuló en América Latina la “Carta del camarada Gramsci sobre el futurismo italiano” (cuyo título original fue: “Carta a Trosky sobre el movimiento futurista”, fechada en 1922), que fue incluida originalmente por el revolucionario ruso al final de su libro. Gramsci era rescatado para comprender el futurismo italiano y su vinculación con el movimiento obrero turinés, protagonista del *bienio rojo*.

¹³ Aunque dirigida por la militante comunista Sara Jorge, *Lautaro* estuvo desde su fundación en 1942 vinculada a intelectuales ajenos al aparato partidario, como era el caso de Gregorio Weinberg. La editorial fue la única ligada al mundo comunista que, además de publicar a Gramsci, hizo lo propio con autores italianos de la posguerra, como Italo Calvino y Alcides Cervi (Petra, 2010a)

¹⁴ Ernesto Sábato escribió un artículo para la revista *Realidad* (1947–1949), Año II, n°6, noviembre–diciembre de 1947, pp. 409–413, a propósito de las *Cartas desde la Cárcel*. Este artículo fue una de las primeras noticias aparecidas en el país acerca de la obra del comunista italiano, rescatando su figura como pensador y hombre de ideales. Dirigida por el filósofo Francisco Romero, *Realidad* ocupó un lugar destacado en la difusión de las novedades

la publicación italiana de las *Cartas* estuvo a cargo de Palmiro Togliatti, cuya pretensión era conformarse como una introducción a la posterior edición temática de los *Cuadernos*. Tal y como precisa Aricó (1988/2005:227), dado el silenciamiento de los aportes teóricos de Gramsci por parte del movimiento comunista internacional, esta edición de las *Cartas* fue expurgada de toda referencia peligrosa por parte del Partido Comunista Italiano (PCI). Sólo en 1965 se pudo contar con una versión cuasi definitiva (porque no se descartaba la aparición de más cartas)¹⁵. Aunque constituyó un hecho literario relevante, lo cierto es que la publicación de las *Cartas* por parte de la editorial Lautaro tuvo escasa repercusión en los medios intelectuales.

No sucedió lo mismo cuando la misma editorial publicó en castellano parte de la edición temática de los *Cuadernos*, dispuesta y elaborada también por P. Togliatti – con la colaboración de Felice Platone, entre otros miembros del partido– durante 1948–1951, y que tuvo supresiones notables¹⁶. P. Togliatti recibió los manuscritos carcelarios una vez que la cuñada de Gramsci, Tatiana Schucht, se las ingenió para sacar los *Cuadernos* subrepticamente de la habitación. Lautaro reprodujo cuatro de los seis libros de la edición comunista de los *Cuadernos*: *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* (Buenos Aires: Lautaro, 1958, traducción de Isidoro Flaumbaun, prólogo de Héctor Agosti); *Los intelectuales y la organización de la cultura* (Buenos Aires: Lautaro, 1960, traducción de Raúl Sciarreta); *Literatura y vida nacional* (Buenos Aires: Lautaro, 1961, traducción de J. Aricó, prólogo de H. Agosti); *Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado moderno* (Buenos Aires: Lautaro, 1962, traducción y prólogo de J. Aricó). Burgos (2003:42) vincula la ausencia de los dos restantes volúmenes, *Pasado y Presente* y *El Risorgimiento*, con la expulsión en 1963 del núcleo gramsciano del PCA y con las tensiones ocurridas en el seno del partido en torno a la figura de Gramsci (ver Capítulo siete). Ambos volúmenes fueron publicados

filosóficas italianas a través, por ejemplo, de la participación de exiliados antifascistas, como R. Mondolfo (Petra, 2010a).

¹⁵ Seguramente J. Aricó se refiere a la publicación italiana de *Cartas*, por Einaudi, y a cargo de Sergio Caprioglio y Elisa Fubini, quienes revisaron la edición anterior e incorporaron 119 cartas inéditas. El trabajo por una nueva edición lo había comenzado P. Togliatti en 1955 publicándose en 1965, un año después de su muerte. Vieron la luz, por ejemplo, las notas de Gramsci dirigidas al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista que P. Togliatti, quien en ese momento residía en Moscú, mantuvo ocultas durante 40 años. Para ahondar en el periplo de la publicación de las *Cartas* remitirse a Dora Kanoussi (2003), quien realiza una exhaustiva labor al respecto.

¹⁶ La edición italiana a manos de la editorial Einaudi comprendió los siguientes volúmenes: *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce* (1948); *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura* (1949); *Il Risorgimento* (1949); *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno* (1949); *Letteratura e vita nazionale* (1950); *Passato e presente* (1951).

en español en 1974, por la editorial Granica (traducción de Manlio Macri) con sedes en Buenos Aires y en Barcelona¹⁷. Durante mucho tiempo gran parte de los escritos precarcelarios de Gramsci fueron desconocidos en lengua española (ver Capítulo cinco)¹⁸.

Esta labor de dar a conocer a Gramsci adoleció de mantenerse ajena a la tradición y cultura comunista local, comprometiendo sólo a un sector muy limitado de sus intelectuales (Aricó, 1988/2005). La aceptación de su figura transcurrió a expensas del virtual desconocimiento de la especificidad de su obra. La difusión del comunista italiano a través de Lautaro denota su marginalidad partidaria, pues las editoriales dedicadas específicamente a la difusión de los “clásicos” del marxismo y de la literatura oficial, como Cartago o Anteo, no reprodujeron ninguna obra del revolucionario sardo. El PCA nunca renegó, oficialmente, de la obra política y teórica de Gramsci, pero tampoco usó sus conceptos. Tal y como advierte J. Aricó (Ibíd.:34), una de las máximas figuras del partido, Orestes Ghioldi, había descalificado privadamente al dirigente italiano, refiriéndose a él como “un pobre jorobado enamorado de la cuñada”. También Waldo Ansaldi (entrevistado por Burgos, 2004:44)

¹⁷ Como argumenta Guillermo David (2008) en el prefacio a la reedición del *El Risorgimento*, este volumen supone la génesis y elaboración de categorías centrales en el recorrido posterior del pensamiento político gramsciano, al tiempo que profundiza en reflexiones realizadas en sus últimos escritos precarcelarios: *Las tesis de Lyon* (1926) y *La Cuestión Meridional* (1926). El problema de la tardía traducción del *El Risorgimento* no es menor, pues el escrito dio lugar a innumerables polémicas en Europa (Pizzorno, 1967/1970), unas polémicas que por cierto no se reprodujeron en Argentina. El volumen *Pasado y Presente* es una suerte de compilación de las notas no contempladas en el resto de los volúmenes, por lo que no guarda un criterio temático.

En los años 70 la editorial mexicana Juan Pablos Editor reprodujo los cuatro volúmenes de la edición original de Lautaro, y completó la traducción al español de la edición Einaudi, publicando los dos volúmenes restantes: *Pasado y Presente* (traducción de Gabriel Ojeda Padilla, 1977) y *El Risorgimento* (traducción y notas de Stela Mastrángelo, 1980). Esta edición no incluyó todos los prólogos de la edición *Lautaro*.

¹⁸ La editorial Einaudi también publicó escritos precarcelarios: *L'Ordine nuovo 1919–1920* (1954), *Scritti giovanilli* (1958), *Sotto la Mole* (1960). Estos últimos agrupaban textos de crítica literaria y teatral escritos por Gramsci. Por su parte, la editorial Rinascita de Roma, publicó en 1952 *Alcuni temi della Questione meridionale*. Este ensayo fue incluido, además, en el volumen I de 2000 pagine di Gramsci, Milano: Il Saggiatore, 1964, vol. I y Salinari, C.; Spinella, M. (1957). *Antología popolare degli scritti e delle lettere*. Roma: editori Riuniti.

Recientemente, las traducciones al español de Cristina Marés (2011) de *La ciudad futura* (1917 y 1918), “Los obreros de Fiat” (de la colección *Socialismo y fascismo*, Turín: Einaudi, 1966) y el discurso ante la Cámara de Diputados en 1925, (publicado en *l'Unità*), o el trabajo de Hernán Ouviaña (2011), que tradujo algunas notas periodísticas de Gramsci sobre la educación, así como la edición italiana de *Cronache torinesi* (1913–1917) o la labor de Patricia Dip (2014), que reunió textos periodísticos de Gramsci, contribuyeron a zanjar este vacío local sobre los escritos precarcelarios.

afirmó que en la universidad los militantes del PCA eran furibundamente antigramscianos¹⁹.

Cuadernos de Cultura, principal revista del PCA dirigida por H. Agosti, fue uno de los espacios por los que discurrieron trabajos de inspiración gramsciana en la década del 50. Como recuerda J. Aricó (Ibíd:65), la revista se caracterizó más por su apertura a la cultura italiana en los años 50 y a los usos de Gramsci (siempre asumido como figura central), y no tanto por incluir escritos del genio sardo. De hecho, en la colección de *Cuadernos de Cultura*, desde su primer número de la tercera época (agosto de 1950) hasta el 66 –cuando la polémica en torno al pensamiento de Gramsci se cerró con la expulsión de los miembros de *Pasado y presente* (ver Capítulo siete)– se observa que Gramsci es mencionado o citado con frecuencia, pero sólo fue publicado un artículo suyo: una breve crónica teatral sobre Pirandello (n° 29, mayo de 1957, pp. 104–107). De todos modos, en su número 9–10 de febrero de 1954 (pp. 38–59), *Cuadernos de Cultura* publicó una conferencia de uno de los principales dirigentes comunistas de la época, P. Togliatti, pronunciada en 1952 bajo el título: “El antifascismo de Antonio Gramsci”. La publicación de la misma presentaba dos novedades (Burgos, 2004:33–4). Por un lado, su edición fue precedida por un texto de H. Agosti, “Noticias sobre Gramsci”, que daba cuenta por primera vez de una pequeña biografía política del revolucionario sardo. El texto de H. Agosti, a su vez, reeditaba la tesis de su libro *Echeverría*, planteando la similitud de algunos problemas de la cultura en Italia y Argentina, específicamente, en lo referido a la formación nacional de la cultura. Por otro lado, la conferencia de P. Togliatti contrastaba el abordaje liberal de Benedetto Croce y la posición metodológica de Gramsci sobre el fascismo. Mientras el primero entendía el fascismo como una peste intelectual y moral en términos, no de clase, sino de sentimientos, imaginación y voluntad humana, el segundo pretendía buscar en la historia italiana las razones del hundimiento de la sociedad en el fascismo. La perspectiva gramsciana se constituirá, tiempo después, en una fuente privilegiada para la explicación no liberal del peronismo por los fundadores de *Pasado y Presente* (Aricó, 1988/2005:50–1). Esta intensa actividad de una parte del PCA en la difusión y uso de Gramsci, sumada al escaso recorrido

¹⁹ A nivel latinoamericano, la cultura comunista en los años 50 y 60 reconocía, básicamente, la figura de Gramsci por su conjugación moral y política, pero esto no implicaba un camino a explorar en su legado teórico. Sintomático de este desconocimiento, Ernesto Che Guevara (tributario de un marxismo heterodoxo, abierto y con una actitud sagaz en la lectura de libros), cuando un periodista de la *Stampa* (periódico italiano) en los años 60 le preguntó si había leído a Gramsci, él respondió: “no todavía” (Aricó, 1988/2005:40).

académico en esos años, permite concluir que en nuestro país la divulgación local de la obra del autor italiano tuvo un origen político, antes que académico (Kohan, 2000a:181).

La inauguración del segundo período del itinerario de Gramsci en el país, y desde donde comienza la investigación, es posible ubicarla en la Revolución cubana (1959). De inicio, esta referencia permite encontrar un relativo punto de encuentro para aprehender el despliegue de la nueva izquierda pedagógica y del nacionalismo popular pedagógico, y situar así, en su curso, los usos de Gramsci. Si bien cualquier delimitación no escapa a la arbitrariedad, existen algunas razones significativas para hacerlo.

La Revolución cubana constituyó un acontecimiento novedoso y original de vasta importancia para la intelectualidad crítica de la época y, en particular, para la formación de la nueva izquierda local y el nacionalismo popular. Existe un marcado consenso historiográfico sobre la relevancia y ascendencia de la revolución en la radicalización político-teórica en nuestro país. Aricó (1988/2005:111) denomina la década del 60 como *los años de Cuba* en el sentido de que los debates estuvieron marcados por los temas heredados de la revolución²⁰; para Sigal (1991:207) esta *divina sorpresa* conformó un terreno común de comunicación entre las corrientes nacionalistas de izquierda y el marxismo, como también un *anclaje providencial* ante la desilusión desarrollista; Kohan (2000c:220) arguye que el proceso revolucionario cubano implicó un *efecto distorsionador* de ortodoxias y fidelidades ideológicas en nuestro país; en palabras de Altamirano (2001:88), la Revolución cubana introdujo un *nuevo horizonte* para el conjunto de la izquierda latinoamericana, incluida la Argentina, marcado ya no por la reforma sino por la transformación radical; en la perspectiva de Gilman (2003:28), creó una *nueva paideia* para los intelectuales latinoamericanos; Burgos (2007:119) califica a la Revolución cubana como un *huracán* que alcanzó a todos los colores del espectro ideológico de izquierda e introdujo nuevas temáticas y expectativas; Terán (2012:289) la considera *omnipresente* para la

²⁰ En 1964 también J. Aricó ilustra la influencia de la Revolución cubana en sus rupturas con el stalinismo del PCA desde las páginas de *Pasado y Presente*: “La Revolución cubana, esa revolución intrusa, ese hecho inesperado, desconcertante, que venía a derrumbar los perfectos y aburridos esquemas transformistas de quienes ya habían decidido postergar las revoluciones para las calendas griegas, nos conmovió profundamente” (Aricó, J. “Examen de conciencia”, *Pasado y Presente*, año II, nº 4, enero-marzo de 1964, p. 248). E. Laclau coincide en su recuerdo de aquellos años sobre la preponderancia y efecto de la revolución cubana en el derrotero político-intelectual: “La gran divisoria de aguas en ese momento fue la Revolución cubana. Eso es lo que modifica drásticamente la relación de fuerzas” (entrevistado por Toer, 1988:70).

intelectualidad crítica local; según Tortti (2012a:115; 2015:22) facilitó notablemente la *incorporación de ideas revolucionarias* y alimentó expectativas de un cambio rápido y radical tanto en la izquierda como en el peronismo; la Revolución cubana, para Acha (2012:22), produjo una *explosión conceptual* que reconfiguró las piezas en las explicaciones marxistas y nacional populares del país posperonista. Si bien se inscribió en un proceso caracterizado por la reinterpretación del fenómeno peronista, la resistencia peronista, la decepción con salidas reformistas o desarrollistas, la crisis del stalinismo, el conflicto chino-soviético, la Revolución cubana sobredeterminó este curso. Ahondó la radicalización de amplias franjas intelectuales críticas y actuó como marco de rupturas y tensiones al interior de la izquierda tradicional (fundamentalmente del PCA y del Partido Socialista).

La Revolución cubana profundizó pues los vínculos y diálogos entre los sectores nacionalistas populares y la nueva izquierda. Si bien es cierto que a la luz de la reinterpretación del fenómeno peronista comenzó, de manera borrosa, a configurarse un espacio político de articulación, la Revolución cubana lo potenció aún más. La experiencia era socialista, antiimperialista y latinoamericana, otorgaba centralidad a la temática del “tercermundismo” y a los procesos de liberación nacional, emergía como alternativa al stalinismo mostrando la viabilidad de la revolución sin la intervención de los PCs, hundía (y construía) sus raíces en tradiciones nacionales, enfatizaba el elemento subjetivo y vanguardista en los procesos históricos. Bajo estos atributos, en algunos casos actuó como *punte* entre sectores de la izquierda y el nacionalismo popular, al mostrar que no eran los partidos de la izquierda tradicional los que hacían las revoluciones sino los movimientos nacionales (como el peronismo), siempre que contaran con un “ala izquierda” o, en su defecto, se los dotara de ella (Sigal, 1991; Artaraz, 2011). Provocando admiración y defensa global, la gesta cubana se erigió como punto de referencia ineludible y ofreció un espacio temático común para el debate entre las corrientes de nuestro interés. Pero este terreno común no fue aséptico. La Revolución también se conformó como un objeto de disputa cuya recepción se expresó mediante distintos énfasis por parte del nacionalismo popular y la nueva izquierda.

Desde luego, el hecho de emplear la Revolución cubana como punto de partida del estudio sólo pretende enfatizar la radicalización político-intelectual de determinadas franjas. Esto no significa soslayar las importantes implicancias del derrocamiento (y sus lecturas) del peronismo. Tampoco implica desestimar procesos históricos locales e internacionales significativos en la sedimentación de la nueva izquierda. Enfatizar la

importancia de lo que ocurrió en Cuba habilita a aprehender de manera unitaria el derrotero de nacionalismo popular pedagógica y la nueva izquierda pedagógica y, en general, el comienzo de un ciclo de la radicalización político–intelectual en nuestro país. Dentro de este ciclo sobresale un hecho de talante gramsciano. En 1963 fue expulsado del PCA el grupo editor de la revista *Pasado y Presente*. En la promoción del autor italiano, H. Agosti había contado con la ayuda de miembros de la juventud comunista como José Aricó, Héctor Schmucler y Oscar del Barco (ver Capítulo siete). Seducidos por el marxismo filosófico italiano y por la Revolución cubana, abandonaron su adhesión al stalinismo. Se enfrentaron así con el dogmatismo de la dirección del PCA, que reivindicaba a Gramsci como mártir pero no como teórico marxista, en tanto la obra de Lenin condensaba lo sustancial, siendo el resto mero revisionismo. El legado de Gramsci fue central en la ruptura y expulsión del grupo editorial. Aunque la principal difusión, estudio y traducción de la obra de Gramsci había transcurrido en el seno del PCA, con la expulsión del grupo *pasadopresentista* el revolucionario sardo ya no fue retomado por la izquierda tradicional en el período considerado, corriendo su acervo a partir de entonces por franjas de la nueva izquierda y del nacionalismo popular.

Durante este segundo período, fue reeditada parte de la versión temática de los *Cuadernos*. La editorial Lautaro se disolvió en 1966 y vendió los derechos de la traducción a la editorial Nueva Visión que, bajo la dirección de José Sazbón, reimprimió años más tarde tres de los cuatros libros sin los prólogos comunistas: *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* (1971); *Los intelectuales y la organización de la cultura* (1972); y *Notas sobre Maquiavelo, sobre Política y sobre el Estado moderno* (1973). *Literatura y vida nacional* no fue reimpresso.

Recuérdese que recién en 1975 se realizó una edición cronológica de los *Cuadernos*, en versión italiana (editorial Einaudi) dirigida por Valentino Gerratana²¹, y que en 1981, 1984 y 1986 se publicaron en español (México: Ediciones ERA) cuatro tomos de una edición planificada en seis, aunque la iniciativa no llegó a concluirse. Recién en 2001, a través de un trabajo dirigido por la especialista greco–mexicana

²¹ Gramsci, A. *Quaderni del carcere*. Edizione crítica dell'Istituto Gramsci a cura di Valentino Gerratana. Einaudi Editore. Esta nueva edición crítica se decidió originalmente en 1961 y fue publicada en italiano en 1975 (en cuatro tomos), gracias al trabajo de Valentino Gerratana.

La edición en francés, prevista en cinco volúmenes bajo la dirección de Robert París, se inició en 1978 con un volumen (cuaderno del 10 al 13) y se publicó otro en 1983 (cuadernos del 6 al 9). Sin embargo, no se prosiguió la labor. Aricó (1988/2005:34) sostuvo que esta parálisis se debía a la desconfianza del Partido Comunista Francés, quien debía motorizar la empresa, en el marxismo italiano.

Dora Kanoussi, la editorial, junto con la Universidad Autónoma de Puebla, publicó la edición crítica completa en seis volúmenes (con traducción de Ana María Palos y revisión de José Luis Acanda González) (Kohan, N. y Bologna, M., 2003). Por tanto, los/as autores/as que apelaron a Gramsci en el período considerado en el estudio (1959–1976) lo hicieron sobre un legado fragmentado (sólo tomando en consideración los *Cuadernos*, dado que suerte semejante atravesaron los escritos gramscianos precarcelarios). Es preciso no subestimar este hecho. La edición crítica de los *Cuadernos* en 1975 sacó a relucir “una imagen radicalmente nueva del pensamiento gramsciano”, abrió un nuevo camino para la literatura sobre Gramsci (Vacca, 1985:7). Por último, para dar cuenta de los límites en la disponibilidad de los escritos del revolucionario sardo en la década del 50, 60 y principios de los 70, es interesante recurrir a J.C. Portantiero, erudito en la obra del italiano. Hacia fines del período del estudio, en su clásico *Los usos de Gramsci* elaborado en 1975 y publicado en México en 1977 (reeditado en 1981 y 1987), sostenía:

Recién hoy [con la edición cronológica de los *Cuadernos*] estamos en condiciones de conocer en forma completa sus “cuadernos de la cárcel”, porque las anteriores ediciones [en referencia a la edición temática] estuvieron sometidas a filtros de censura partidaria (...) Pero el conocimiento parcializado sigue abarcando a sus artículos publicados en la prensa comunista entre 1921 y 1926. Hasta 1966 los mismos no habían empezado a ser recopilados en volumen: en ese año es editado un primer tomo y en 1971, un segundo. Ambos son, además, incompletos. No hace mucho que está al alcance de todos la correspondencia intercambiada entre Gramsci, Togliatti y otros dirigentes del PCI entre 1923 y 1924, ni la carta dirigida por Gramsci al Comité Central del PC de la URSS en 1926, acerca de las luchas internas entre el stalinismo y la oposición de izquierda. (...) Por fin, hasta las cartas enviadas por Gramsci desde la cárcel han sido retaceadas: recién en 1965 se tiene una edición ampliada, aunque la misma no es tampoco completa. La primera, de 1947, había sido zafadamente recortada: no estaban en ella las cartas que podían disgustar a la historia oficial del PCI, las que podían comprometer las relaciones con la URSS y ni siquiera aquellas que pudieran dar la imagen de un hombre desalentado, solo y enfermo, que enfrenta a la cárcel con

una voluntad admirable pero que es capaz, también, de desfallecimientos y de angustias íntimas (Portantiero, 1975/1981:68–69)²².

Más allá de la imposición de estos límites a la hora de conocer la totalidad de la obra de Gramsci entre 1959–1976, sus escritos contaron con una progresiva difusión en Argentina durante ese período. Asumido como propio por un sector de los comunistas argentinos que accedían directamente a los originales en italiano (señalando la limitada difusión del revolucionario sardo en los años 50) a lo largo de la década del 60 y, sobre todo, a principios de los 70, el acervo gramsciano fue crecientemente atendido y disputado por franjas de la nueva intelectualidad crítica. La querrela se inscribió en una polémica más vasta ligada al tratamiento estructuralista o historicista del marxismo. Ambas vertientes animaron la renovación de la intelectualidad crítica y sugirieron lecturas e interpretaciones del marxismo, y específicamente de Gramsci, que aun alejadas del stalinismo o el economicismo, guardaban serias discrepancias. La reconstrucción de esta polémica (ver Capítulo tres) resulta vital para enmarcar y comprender los usos del revolucionario sardo en franjas del nacionalismo popular pedagógico y la nueva izquierda pedagógica.

El cierre de este período se ubica en la irrupción de la dictadura cívico–militar en 1976, que supuso la recomposición del dominio burgués y el cierre de las expectativas revolucionarias que caracterizaron los años 60 y, especialmente, los 70. Además, el golpe de Estado constituyó un punto de inflexión en la recepción y usos de Gramsci. Así, por ejemplo, parte del grupo editor de *Pasado y Presente* se exilió en México e impulsó nuevas lecturas del revolucionario sardo marcadas por el signo y la problemática de conformar una estrategia política de izquierda “democrática”. Vale precisar que la Revolución cubana marcó el período en términos de radicalización y debates intelectuales, pero su referencia e influencia no fue constante. A fines de los 60, el apoyo cubano a la invasión rusa de Checoslovaquia, la actitud de gobierno de la isla frente al Mayo francés o el proceso de institucionalización y alineamiento con la Unión Soviética y el bloque del Este (por ejemplo, a través de la incorporación formal

²² Respecto a los escritos en la “prensa comunista”, presumiblemente J. C. Portantiero se refiere a los dos (de un total de cinco) volúmenes publicados por la editorial turinesa Einaudi: *Socialismo e fascismo: L'Ordine Nuovo (1921–1922)*, publicado en 1966, y *La costruzione del Partito Comunista (1923–1926)*, publicado en 1971 que compilaba una serie de escritos de Gramsci en el marco de la III Internacional Comunista, entre los que aparecían las divergencias con P. Togliatti y la dirección del PCUS (Morgestern, 2000). Fue traducido al español en 1978, por la editorial Dédalo (Madrid).

de la isla al Consejo para la Ayuda Económica Mutua, que unía a los países del Este), condujeron al desencanto generalizado (Mangone, 1997). En el plano cultural, sin dudas, el caso *Padilla* fue decisivo en la ruptura de algunos sectores de la intelectualidad crítica con la isla. Poeta y entusiasta defensor y constructor de la Revolución en sus inicios, Heberto Padilla fue asumiendo una posición desilusionada ante el régimen, que se expresó en primer término en noviembre de 1968, a través de su escrito *Fuera de Juego* (que en el medio de una polémica obtuvo el Premio Julián del Casal de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, UNEAC). Un tiempo más tarde, el 20 de marzo de 1971, fue detenido junto con su esposa, Belkis Cuza Malé, al leer *Provocaciones* en el recital ofrecido en la Unión de Escritores. Luego de más de treinta días de reclusión, H. Padilla fue obligado a una humillante retracción pública: leyó en la Unión de Escritores su famosa *Autocrítica*, en la que renegó de sus obras e ideas expresadas anteriormente. Las acusaciones de stalinismo al castrismo comenzaron a extenderse entre la nueva izquierda internacional. Este giro de los intelectuales (por ejemplo de personalidades de la talla de Jean–Paul Sartre y Simone de Beauvoir) fue criticado abiertamente por el propio Fidel Castro quien los describió como “una mafia de pseudointelectuales burgueses de izquierda y agentes de la CIA” durante el Congreso Cultural de 1971 en La Habana, que, a diferencia de otros años, no sólo no tuvo invitaciones a intelectuales extranjeros sino que en él se criticó duramente a antiguos “amigos” de la revolución como Kewes Karol y René Dumont (Artaraz, 2011:182). Hacia la década del 70 ya no era Cuba el lugar donde se depositaron la atención y las esperanzas de la intelectualidad crítica latinoamericana, sino, fundamentalmente, en el proceso de emancipación chileno, encabezado por la Unidad Popular y liderado por Allende²³.

Los años 60 y primeros años de la década del 70 conformaron en sí mismos una época (Gilman, 2003:36). La época se define por un campo común de lo que es públicamente decible y aceptable en cierto momento histórico y goza de la más amplia legitimidad y escucha. Aquellos años, en tanto una época, contuvieron un espesor histórico propio y límites más o menos precisos. ¿En qué consistió este “espesor”? Una de sus características distintivas residió en la percepción compartida de la transformación social como cercana y el intenso interés por la política, ligada, en algunas ocasiones, a la lucha armada. Además de la novedad cubana, el proceso de

²³ También *La Revolución de los Claveles* en Portugal en 1974, que provocó la caída de la dictadura salazarista (dominaba el país desde 1926), generó nuevas expectativas y debates en la intelectualidad revolucionaria.

descolonización africana, la guerra de Vietnam, la rebelión antirracista en los Estados Unidos, las diversas rebeldías estudiantiles o las experiencias guerrilleras, conformaron la base de esta percepción, entre tantas otras manifestaciones históricas de radicalización. La política se convirtió en el espacio dador de sentido de las diversas prácticas, entre ellas, la teórica. En el terreno intelectual las posiciones fueron tributarias de este marco y se caracterizaron por una acalorada polémica, motivada por la necesidad de tomar partido. A su vez, los años 60 y principios de los 70 anudaron la radicalización descrita con la modernización cultural, conformando nuevas condiciones de mercado y consumo, entre ellos, de los productos culturales. Se desataron así, como se verá a lo largo del estudio, tensiones entre los procesos de modernización cultural y radicalización política que signaron itinerarios y experiencias político–intelectuales.

Entre las singularidades del itinerario de Gramsci durante el segundo período, vale señalar el tardío abordaje de su legado en clave pedagógica. A fines de la década del 60 y principios de los 70 se multiplicaron las obras de exégesis sobre el comunista italiano en distintas ramas. La veta pedagógica de Gramsci fue uno de los últimos terrenos explorados, y el trabajo de Angelo Broccoli publicado en Italia en 1972, uno de los primeros en inaugurar dicha veta. Así lo ilustró en la apertura de su libro:

Esta investigación procura ser un intento de reconstruir las líneas fundamentales de la teoría educativa gramsciana sobre la base de la profundización del concepto de hegemonía. Una propuesta de trabajo que si bien está adelantada en otras ramas de los estudios gramscianos, puede considerarse casi completamente desatendida en el ámbito más restringido de la reflexión pedagógica (Broccoli, 1972/1987:11).

Aun cuando comenzaba la exploración educativa de su legado, la nueva izquierda y el nacionalismo popular se remitieron a Gramsci para reflexionar sobre la cuestión pedagógica durante la década del 60 y principios de los 70. No se asistió a un trabajo sistemático, pero sí que existieron ciertas tematizaciones o preocupaciones que utilizaron o apelaron al acervo gramsciano para pensar fenómenos educativos. El hecho de evidenciar la cuestión pedagógica en el nacionalismo popular y en la nueva izquierda pretende iluminar o acortar un espacio temático de indagación. En este sentido, la cuestión pedagógica configuró una serie de temas: las tendencias a la

reproducción y transformación de aparato escolar, el papel de los docentes y otros actores del sistema educativo, el lugar asignado a los saberes populares en la propuesta pedagógica, los antecedentes de radicalización del movimiento estudiantil o la universidad como un terreno de disputa, entre otros. Aunque es cierto que, en varias ocasiones, estos temas pedagógicos permanecieron imbuidos de debates o posturas de otro orden. Por eso fue necesario reconstruirlos para aprehender y comprender las reflexiones educativas. Aunque las fronteras temáticas de la pedagogía son siempre permeables y borrosas, en los años 60 y 70 se volvieron sensiblemente porosas. De ahí que muchos asuntos pedagógicos permanecieron atados, solapados o atravesados por otras inquietudes y elaboraciones. A modo de resumen, en la presente investigación la cuestión pedagógica, vinculada a los usos de Gramsci, tuvo un heterogéneo tratamiento: asumió la forma de *derivadas pedagógicas* en Juan José Hernández Arregui (Capítulo cinco) y Horacio González (Capítulo seis). Esto quiere decir que la reflexión sobre la temática educativa surgió no del terreno pedagógico sino que fue una suerte de corolario de elaboraciones filosóficas, políticas o sociológicas; alguna temática del contorno educativo se volvió *objeto específico* de indagación dentro de un proyecto político-intelectual más vasto, como fue el caso de Juan Carlos Portantiero, que abordó la Reforma universitaria de 1918 (Capítulo siete); la pedagogía se convirtió en un *capítulo* importante dentro de una publicación periódica, concretamente la revista *Los Libros* (Capítulo ocho); desde el seno del *espacio pedagógico* se abordó el asunto educativo, especialmente con las reflexiones de Juan Carlos Tedesco y de los miembros o articulistas de la *Revista de Ciencias de la Educación* que, en su mayoría egresados/as de carreras de Ciencias de la Educación, indagaron específicamente sobre temas educativos (Capítulo nueve).

El amplio abanico de asuntos temáticos trabajados supuso una aprehensión relativamente común por parte de los/as intelectuales y las publicaciones consideradas. El nacionalismo popular y la nueva izquierda, en su versión pedagógica, compartieron una especificidad que los remitió a un lugar singular en el campo pedagógico de los años 60 y 70: la perspectiva crítica. Como este paradigma indica, pretendieron la exploración o elucidación de las determinaciones, constricciones y restricciones de la vida social y educacional, para ampliar las posibilidades de intervención y cambio (Popkewitz, 1988; Tadeu Da Silva, 1993). Estaban guiados/as por el componente utópico (Sacristán, 1978) característico de la pedagogía crítica, en el sentido de buscar la apertura de canales para la intervención político-pedagógica transformadora (Silber, 2005). Cabe decir que más allá del lugar

central o marginal que ocuparon en el campo educativo durante el período, conformaron posiciones que animaron la reflexión educativa y perseveraron una utopía político–pedagógica, que no era más que la utopía de una época; una época en que las ansias de un profundo cambio social estructuraron la producción de la intelectualidad crítica.

Capítulo 2. Estado de la cuestión

2.1. Estudios sobre intelectuales, política y pedagogía en el período 1955-1976

El estado actual de la historia intelectual sobre la década del 60 y 70 se caracteriza por la pluralidad de objetos. En este capítulo presentaré los principales trabajos que abordan el recorrido de la intelectualidad crítica durante el período 1955-1976, los cuales buscan explicar las condiciones del vertiginoso proceso de radicalización de una parte significativa de la intelectualidad y del discurso pedagógico en Argentina¹. Para ello aludiré a las investigaciones que exponen coordenadas, polémicas y características insoslayables en la historia de las franjas intelectuales críticas durante este período². En los últimos años se han multiplicado las reflexiones que abordan estos distintos temas. Es el caso, por ejemplo, de revistas, de experiencias político-pedagógicas como las Cátedras Nacionales o de trayectorias intelectuales durante las décadas del 60 y 70. Es cierto que algunos de estos temas son pertinentes para la investigación, pero por razones de extensión, he decidido concentrarme en los estudios dedicados a evidenciar las polémicas centrales de la época. Por eso, al principio de cada capítulo mencionaré estudios o reflexiones pertinentes sobre temas afines y puntuales (como por ejemplo el itinerario de las revistas indagadas). No obstante, y a pesar de la gran proliferación de trabajos que analizan las características y recorridos de la intelectualidad crítica durante los años 60 y 70, los estudios de Terán (1991) y de Sigal (1991) continúan siendo los más importantes, por lo que su referencia es ineludible³.

¹ El período que comprendo es 1955-1976. La razón es que gran parte de los estudios establecen como punto de inicio de sus indagaciones el derrocamiento del peronismo.

² Cabe indicar que, en términos de estrategias metodológicas de análisis, la mayoría de los estudios optan por la indagación documental. Sólo algunos casos también se valieron de entrevistas en su indagación. Asimismo, hay varios trabajos en los que las opciones metodológicas no son explicitadas, lo que dificulta una reconstrucción precisa de su metodología. De todos modos, cuando sea posible, intentaré mencionarlas.

³ Aunque no constituyen el centro de interés de esta tesis, al menos es preciso mencionar algunos trabajos que se centran en los partidos u organizaciones de izquierda en nuestro país. Si bien estas referencias no son exhaustivas (ni en términos de corrientes políticas, ni de investigaciones al respecto), permiten una aproximación inicial. Sobre el trotskismo remitirse a Coggiola (1985) y Tarcus (1996); el reciente trabajo de Tortti (2009) analiza la historia del Partido Socialista Argentino; el recorrido del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) puede reconstruirse, junto con otras, a través de la obra de De Santis (2010) y Pozzi (2013); aunque hay una deuda pendiente de trabajos históricos sobre el derrotero del Partido Comunista Argentino (PCA), se pueden encontrar aproximaciones en ese sentido en

El primero aborda la formación de la *nueva izquierda intelectual* en la Argentina durante el período 1955-1966. Se centra en la historia de las ideas de la intelectualidad crítica de la época, concretamente en los intelectuales que definen sus intereses por una marcada direccionalidad de sus discursos hacia los aspectos sociales y políticos de la realidad argentina, compartiendo así un mapa temático entre ellos. Describe y analiza una serie de núcleos ideológicos constituidos en el ámbito cultural argentino entre 1956-1966 que fueron sostenidos por un conjunto de intelectuales críticos. La periodización se basa en el hecho de que los acontecimientos políticos nacionales que tuvieron lugar en ese lapso son cruciales para comprender el sentido que tomaron las diversas prácticas, entre ellas, la teórica. Para el autor, las condiciones de producción intelectual destinadas a dar cuenta de la realidad nacional fueron altamente sensibles a los acontecimientos políticos. Ignorar el contexto de fractura del orden constitucional en septiembre de 1955, supone mutilar la comprensión de todo lo que se comenzó a escribir a partir de entonces. Una producción a la cual el nuevo golpe de Estado de 1966 le impuso un límite algo más que funcional. Son de particular interés los análisis realizados por Terán en tanto que arrojan luz sobre las trayectorias y debates de la nueva izquierda en general, así como los pasajes, superposiciones y préstamos entre la figura del intelectual comprometido de la década del 60 (que se dirigió a sus pares) y la figura del intelectual orgánico de fines de los 60 (que se dirigió al pueblo o a la clase obrera para apoyarse en ellos y cumplir su misión). Su estudio es un destacado precedente, ya que contribuye a la reconstrucción de los debates protagonizados por una generación que se asumió huérfana de maestros⁴.

Sigal (1991) abarca el mismo período de estudio y aborda el recorrido de la nueva intelectualidad crítica, más concretamente *su lugar en la política y el lugar de la política* para esta franja intelectual. El centro de su tesis doctoral, producida en Francia, se asienta en los discursos y prácticas apoyados en la posesión de un saber para legitimar pretensiones de intervención en la esfera social (ideológica o política). Aborda este asunto desde una doble óptica: la relación entre campo político y campo cultural, y la figura específica de los/as intelectuales. En el primer enfoque la autora

Campione (1996), Tortti (1999) y Camarero (2009); para un viejo estado de la cuestión de la historiografía sobre este mismo partido hay que dirigirse a Cernadas, J., Pittaluga, R., y Tarcus, H. (1996); sobre Montoneros existen, entre tantos otros, los trabajos de Giussani (1984), Gillespie (1987) y Flaskamp (2002).

⁴ Sus líneas de análisis sobre la década del 60 prosiguen en sus posteriores reflexiones (Terán, 2006 y 2012, entre otros trabajos).

trabaja con el concepto teórico de campo del sociólogo francés Pierre Bourdieu. De esta forma comprende las reglas y mecanismos específicos de funcionamiento del campo cultural y sus vínculos con el campo político. A través del segundo enfoque analiza el contenido ideológico o político en disputa dentro del campo cultural. La noción de campo bourdiana permite, según la autora, evidenciar el sentido práctico de las instancias y estrategias de legitimación, consagración y promoción intelectual, pero restringe la posibilidad de aprehender los contenidos político ideológicos de los enfrentamientos por reducirlos a una lógica de disputas intracampo. Se corre así el riesgo de una “ceguera de los productores”. Con todo, Sigal busca identificar los discursos y prácticas de la nueva intelectualidad legitimadores de las pretensiones de intervenir en la esfera política a partir de la posesión de un saber sobre el orden social. Entre los resultados de su tesis destaca el carácter restringido de la conformación de un campo intelectual autónomo en el citado período, de acuerdo a los principios bourdianos de la teoría de campo. La actividad intelectual se vio sometida, sin mediaciones, tanto a los acontecimientos políticos como a los cambios de humor ideológico de las “capas cultas”. Los conflictos intelectuales debilitaron cualquier institucionalidad del campo, y ya entrada la década del 60, existió una transcripción demasiado directa de lógicas ideológico-políticas no mediadas por criterios culturales consensuales (Ibíd.:36)⁵.

Como mencioné, Terán y Sigal centran su atención en el período posperonista hasta 1966, y no se adentran en los conflictivos años 70, aunque es cierto que sus conclusiones han sido sumamente influyentes en el abordaje de ese período. Tanto en Terán como en Sigal sobrevuela la sospecha de un creciente peso del plano político sobre el cultural hacia la década del 70. En otras palabras, en la década del

⁵ Para este trabajo en base a la noción bourdiana de campo, Sigal se apoya en el análisis de la constitución del campo literario realizado por Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo (1983). En el prólogo a la primera edición del libro, Altamirano expresa con claridad la exigencia de “reajustes” que implicó el concepto de campo bourdiano para el abordaje de la literatura argentina: “(...) el estudio concreto de ciertos problemas y obras de la literatura argentina fue, antes que instancia de confirmación positiva de ideas e hipótesis preliminares (que lo fue), momento de reajuste y ‘recomposición’, por así decirlo, de los propios conceptos. Fue lo que ocurrió, por poner un ejemplo, con la idea de *campo intelectual*, tomada del sociólogo francés Pierre Bourdieu. Este concepto, extremadamente útil para aprehender la constitución y el funcionamiento de las élites intelectuales y su cultura en las sociedades burguesas, nos pareció más comprensivo que el de *profesionalización* para dar cuenta de los procesos de modernización de la figura y la condición social del escritor argentino en las primeras décadas de este siglo. No obstante, un conocimiento menos genérico de algunos momentos del proceso literario nacional nos volvió más precavidos con respecto al carácter demasiado sistemático del concepto de campo intelectual, cuyo alcance como esquema ordenador, sobre todo si se lo ponía en relación con una cultura como la nuestra, debía rodearse de acotaciones” (1983:10).

60 parecen encontrarse las razones de la *sobrepolitización* posterior y la clausura del proyecto modernizador en el terreno intelectual. Para estos/as autores/as en los 60 existió una primera fase de modernización cultural que se distingue de la segunda, ligada a la fracturada institucional producida por el golpe de 1966 y el *Cordobazo* (1969), donde predominó la aseveración “todo es política”. En la primera fase, la política estuvo presente representando a una comunidad, como signo de reconocimiento público de los intelectuales. De ahí que la figura del militante cultural, cuya actividad típica en esos años era la publicación de revistas, cobrara tanto protagonismo. Existía una separación entre la necesaria actividad política y la cultural que se regía por criterios específicos sin resumirse al terreno ideológico-político (Sigal, 1991:196). Luego, en una segunda fase, desde lo político se comenzaron a promover principios de clasificación de la obra cultural, subordinando así el espacio cultural.

Aunque ambos/as autores/as intentan evadir conclusiones taxativas, en el sentido de una lineal y creciente reducción de la cultura a la política, su preocupación, como ha indicado Acha (2010:110-160), es explicar la modernización fallida del campo cultural, a causa del advenimiento de una politización que fraguó el camino de la modernización cultural ya en curso. De hecho, una de las conclusiones de Sigal (1991:252) estriba en que la voluntad de someter el plano cultural al político constituyó un ejemplo de la capacidad de elaboración cultural autónoma, erigiendo e imponiendo criterios políticos nacidos en el seno de los mismos agentes culturales, de los propios intelectuales radicalizados que declaraban renunciar a la academia y someter sus prácticas a lo político, colocándose, de facto y en el imaginario, en los puestos de comando de la política. La proliferación de esos partidos y proyectos políticos de la intelectualidad argentina recortaba un campo ideológico que hasta ese momento había sido, en realidad, tan autónomo de la política como del campo cultural. Se desenvolvía en un terreno sin límites ni sujeciones externas, sin mediaciones, y gozaba de una extraordinaria impunidad política propiciada por el hecho de que sus decisiones no eran sometidas a ningún tipo de verificación. Así, la fusión del espacio vital de las unidades ideológicas provenía no tanto de la política, en sentido estricto, sino de la *representación de lo político* construida por los propios intelectuales y la juventud movilizada.

El trabajo de Sarlo (2001), *La batalla de las ideas*, forma parte de un proyecto compartido con Altamirano (2001), *Bajo el signo de las masas*. La iniciativa de una labor mancomunada fue promovida por Tulio Halperín Donhi, quien solicitó a ambos el

estudio del proceso de las ideas y la vida pública argentina durante el período 1943-1973. Emprendido en un principio de manera conjunta, el proyecto resultó en dos trabajos con una “autonomía relativa”. La razón tiene que ver con el enfoque de ambos/as autores/as: Altamirano abordó el pensamiento político, específicamente de militares, sindicalistas, partidos y figuras políticas, mientras que Sarlo ahondó en los recorridos intelectuales y en sus pretensiones por intervenir en la esfera pública. Si bien ambos resultan de interés (al fin y al cabo sus temas se solapan), la producción de Sarlo se acerca más al objeto del presente estudio.

La autora continúa la tesis avanzada más arriba: ya pasados los años 60 y entrados en la década del 70 el terreno cultural se vio subsumido a las exigencias políticas. Se dio, asegura, un giro desde soluciones reformistas hacia propuestas revolucionarias, y esto caló tanto en la izquierda marxista y peronista como en la iglesia y en las universidades. A fines de los 60 y principios de los 70 los discursos intelectuales acusaron una pérdida progresiva de especificidad en relación a los grandes (y sensibles) tópicos: ciencia y técnica (de la investigación a la denuncia de las condiciones dependientes del saber); literatura y artes (del compromiso al arte político, de la modernidad y la vanguardia a la revolución); universidad (el fin de la cuestión universitaria y el pasaje a una universidad para la revolución); catolicismo y socialcristianismo (de las encíclicas a la Teología de la liberación). De hecho, la autora concluye que entre fines de los 60 y principio de los 70, la propia “cuestión intelectual” fue descartada como tema específico en el arco de la izquierda y resuelto (disuelto) en la política.

Las tesis doctorales de De Diego (2001) y Gilman (2003) también ahondan la perspectiva y énfasis de Sigal, en una doble dirección: el trabajo historiográfico a través de la noción bourdiana de campo (con los reparos señalados con anterioridad), y la delimitación de dos etapas en las relaciones entre intelectuales y política en las décadas del 60 y 70⁶. Respecto a esto último, se considera que el período 1955-1969 estuvo marcado por la autonomía de la cultura respecto de la política, mientras que

⁶ La aprehensión unitaria de ambos trabajos se debe a la reseña que le dedicó Starcenbaum (2013a). Allí mostró la afinidad que había entre sus intereses y perspectivas. Además, De Diego en el prólogo a la 3ª edición del libro fruto de su tesis doctoral, *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, aseveraba: “(...) quiero destacar la publicación del libro de Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Aunque su libro se detiene por los años en el que el mío arranca, y aunque mi objeto se limite al caso argentino y el de Gilman a Cuba y América Latina, numerosas coincidencias interpretativas entre uno y otro permiten pensarlos como un corpus único, sucesivo, articulado” (2007:13).

entre 1969 y 1976, el campo cultural fue anulado y subordinado a la política debido a la primacía que esta última adquirió, dándose así por finalizadas las mediaciones entre el campo literario y el político. De Diego aborda un conjunto de problemas y tensiones ligadas a la relación entre los intelectuales y la política en Argentina, centrándose en las transformaciones sucedidas en el campo intelectual y el campo literario desde 1970 hasta 1986. En los 70 se produjo una simbiosis entre el escritor y el revolucionario, entre el campo cultural y el campo político, a partir de la teoría sartreana del compromiso y la profesionalización del escritor (que reclamaba la consolidación de un público lector y un mercado editorial), mientras que en los años 80 se revirtió la relación entre los campos mediante una progresiva autonomización de la cultura. Así, los años 70 se caracterizaron por la creciente politización de las intervenciones de unos escritores progresivamente devenidos intelectuales políticos. En esos momentos era imposible hablar de un texto literario o hacer una crítica prescindiendo de las posiciones políticas que adoptaba el autor.

Si bien Gilman abordó un objeto de estudio más amplio (los intelectuales latinoamericanos, especialmente en el ámbito de la literatura y sus articulaciones conflictivas con la política), también realizó vastas aportaciones sobre el contexto y la intelectualidad crítica argentina. Es de interés resaltar su reflexión sobre la transición producida hacia fines de la década del 60 entre el modelo del intelectual comprometido y la figura del intelectual revolucionario. A principios de los años 60 el compromiso se extendió de la obra a la vida del autor y, con ello aumentó la difusión de conductas y vigilancias autoimpuestas por los escritores latinoamericanos. Así, el compromiso se deslizaba entre dos polos: el compromiso de la obra y el compromiso del autor. El primero implicaba un hacer específico en el terreno de la cultura y en los programas estéticos, mientras que el segundo requería que las intervenciones del autor trascendiesen más allá de su obra y se tradujesen en intervenciones en la esfera pública. Esto condujo a los escritores a posicionarse y fundamentar su relevancia en el campo político para poder seguir escribiendo literatura: obra y vida se unificaban⁷. Pero a fines de los 60 y principios de los 70, el compromiso intelectual y

⁷ Como la propia autora explicita, esta tesis matiza la aseveración de Sigal (1991), que sostiene la existencia de una escisión entre comportamientos en el campo cultural y opciones en el campo político en la primera fase de expansión del espacio cultural en los años 60, lo cual dio lugar a un perfil de intelectual comprometido pero insertado, al mismo tiempo, en un sistema de criterios culturales específicos, irreductibles al terreno ideológico político. Según Gilman (2003:146-7), en la agenda de la mayor parte de los escritores latinoamericanos figuró la tarea del compromiso con la modernización cultural. La modernización de la cultura era una tarea auténticamente comprometida.

su rol crítico en la sociedad fueron considerados insuficientes y empezó a difundirse el modelo del intelectual revolucionario, con sus derivadas cargas antiintelectualistas y subordinación a las dirigencias políticas. Las crecientes exigencias de participación revolucionaria devaluaron la noción de compromiso. Se puso el acento en los requerimientos revolucionarios (ya no sólo estéticos) de la práctica intelectual, afectando así los criterios de legitimidad y validez de dicha práctica que debía regirse por el objetivo de contribuir a la obra común. Se borraba la especificidad de la tarea intelectual en pos de la adscripción política y, por tanto, ganaban terreno las posiciones antiintelectualistas. Al igual que Sarlo, concluye que fue la propia esencia de la actividad intelectual la que se puso en cuestión.

Ponza (2010) llega a conclusiones similares sobre este período, al caracterizar el escenario en términos de *politización de los ámbitos culturales y culturalización* de algunos espacios y prácticas políticas. Aunque en este caso su objeto de estudio es más amplio: indagó sobre el papel que jugaron los intelectuales críticos y sobre las condiciones de posibilidad de sus discursos públicos acerca de la cultura, la política y la lucha armada. El período comienza con el bombardeo de la Plaza de Mayo el 16 de junio de 1955, y finaliza con la restitución de las elecciones sin proscripción el 11 de marzo de 1973. Articulando la investigación con la realización de entrevistas y retomando líneas de interpretación sobre el período (la ilegitimidad del orden democrático, la asunción de la revolución cubana como modelo de liberación con sus cargas de pragmatismo y centralidad de la vía armada, etc.), el autor hace un recorrido articulando los acontecimientos políticos generales con los debates intelectuales. Expone tres corrientes políticas en la esfera intelectual: *nacionalismo popular, marxismo humanista y cristianismo postconciliar*. Si bien su abordaje parte de una definición vaga del marxismo, lo que lo inhabilita al ahondar en sus tensiones y polémicas, sus reflexiones sobre estas corrientes, en particular las dos primeras, son de sumo interés para el presente estudio. El autor también reedita la tesis sobre la transformación del rol del intelectual de ese período en el marco de la radicalización política: de expertos a intelectuales críticos, y de éstos a intelectuales orgánicos.

La caracterización de los años 70 como una época con un exceso de politización y una sobredeterminación del momento político en lo referido a las producciones intelectuales es habitual en la historiografía local. De allí se sostiene la clausura de discursos específicos sobre objetos culturales iniciada la década del 70. Sin soslayar la relevancia de la política en las intervenciones intelectuales, es válido preguntarse si esta caracterización resulta fecunda para dar cuenta de los debates o elaboraciones

político-pedagógicas singulares de aquellos años. Así, por ejemplo, ¿cómo es susceptible comprender las tensiones con el denominado crítico-reproductivismo y la recuperación de Gramsci a mediados de la década del 70 por parte de sectores de la nueva izquierda pedagógica en un escenario de *sobrepolitización* que habría renunciado a la atención de objetos culturales? Quizás la predisposición crítica hacia los posicionamientos y producción intelectual en la década del 70 condujo a la historiografía local a plantear la reducción de la producción cultural a lo político, lo cual, aplicado al plano pedagógico, podría invisibilizar ciertos procesos.

La compilación de F. Neiburg y M. Plotkin (2004) demuestra los límites de la escisión entre intelectuales y expertos cuando se trata de abordar la constitución del conocimiento social en Argentina. Se suele reducir al intelectual a un tipo de formación más general, mientras que el experto evocaría especialización y entrenamiento académico. Lejos de esta dicotomía, la compilación expone, a través de estudios empíricos y de casos particulares, cómo ambas figuras conformaron un espacio (definido por el Estado, la universidad, el mercado, el campo intelectual) de intersección productiva para el conocimiento de la sociedad. Así, en lugar de consagrar la separación entre ámbitos de acción (entre “dentro” y “fuera” del Estado o de la academia, por ejemplo), los distintos trabajos compilados subrayan los pasajes y la circulación de individuos, ideas, modelos institucionales y formas de intervención para asir la singularidad de un conjunto de procesos históricos vinculado a la producción del conocimiento en Argentina. Al igual que Sigal (1991), se distancian de la noción bourdiana de campo, de su pretendida “autonomización” y reglas propias para asir la producción del conocimiento social en países periféricos como Argentina, donde históricamente las fronteras entre los campos han sido porosas. Asimismo, los autores esgrimen una sugerente perspectiva: la historia de la constitución de los saberes no se resume o coincide con la historia institucional, por ejemplo, de la universidad. Sugerente porque, como en el caso del presente estudio, el recorrido de las tradiciones político-pedagógicas indagadas ha sido errático e incapaz de proseguir linealmente los avatares institucionales. La compilación de F. Neiburg y M. Plotkin comprende una vasta franja temporal: desde finales del siglo XIX hasta la década de 1970. A lo largo de este período va señalando los nudos que definen y establecen hitos en el complejo proceso de constitución del conocimiento social en nuestro país. Entre el conjunto de trabajos compilados son de interés aquellos que comparten el período de la presente tesis, no sólo para enmarcar las condiciones político-intelectuales de producción, también para identificar espacios de pasajes e

intercambio entre las instituciones (universidades, centros de investigación, etc.) y otros ámbitos de la vida intelectual del país.

Kohan cuenta con una obra prolífica sobre la década del 60 y 70 que abarca innumerables experiencias de la intelectualidad crítica. Interesa comentar aquí *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano* (2000a), donde abordó diversas tradiciones que alimentaron y conformaron los “marxismos” latinoamericanos. Anclado en un espacio de articulación de la historia de las ideas, la sociología de los intelectuales y la historia de la cultura política, Kohan pretende contribuir a la reconstrucción plural de la cultura de izquierdas en la Argentina. De los aportes de este autor interesa, no sólo el *racconto* que hace de distintas tradiciones político-teóricas o de itinerarios intelectuales (como Héctor P. Agosti y J. Aricó, entre otros/as), sino también la puesta en evidencia de los esfuerzos por parte de la intelectualidad crítica en sus disputas con los sectores dominantes. Quizás la singularidad de Kohan, en lo referido a los estudios de historia intelectual sobre la década del 60 y 70, sea que muestra, en sintonía con Tarcus (1996), las peripecias y complejidades de las figuras del pensamiento crítico decididas a enfrentar, además del orden dominante, los propios dogmatismos de la izquierda tradicional y los guardianes del orden universitario.

El estudio de Altamirano (2001, reeditado en 2011) reúne distintos ensayos de su autoría en los que entrelaza historia política e historia intelectual, centrando fundamentalmente su análisis en las disputas por el significado del “hecho peronista”. En línea con la producción ya aludida del autor, Altamirano abarca en este trabajo el período que se extiende desde los orígenes del peronismo hasta la irrupción de la última dictadura cívico-militar. Al igual que Neiburg (1998), Altamirano se centra en las controversias e implicancias que la interpretación del peronismo tuvo dentro de la cultura de izquierda. Es de interés su abordaje de esta cultura en términos de un ámbito que importa y adopta significados procedentes de otras zonas, dando lugar a sincretismos. En base a las disputas por la interpretación del peronismo, el autor se esfuerza en mostrar los pasajes y ambivalencias que experimentó la cultura de izquierda. Junto con sus consideraciones sobre la historia intelectual y política de nuestro país durante la segunda mitad del siglo XX, también resulta relevante el abordaje de las interpretaciones del peronismo. Si bien la presente investigación no se centra en las polémicas sobre el peronismo, se verá que la contienda animó las elaboraciones y controversias del nacionalismo popular pedagógico y de la nueva

izquierda pedagógica, por lo que el trabajo de Altamirano se presenta como un antecedente insoslayable.

En la historiografía sobre los vínculos intelectuales y la política de ese período existe, en general, una asimilación del itinerario de Gramsci con la experiencia de *Pasado y Presente* (atendiendo al curso previo del revolucionario sardo por el PCA y al marco de la posterior ruptura del sector comandado por J. Aricó). Retomemos los trabajos historiográficos ineludibles del período. Tanto Terán (1991) como Sigal (1991) realizan un vasto análisis de la intelectualidad crítica de la época enfatizando en el escenario y debates filosóficos (Terán), así como en los vínculos entre política y cultura al interior de la nueva intelectualidad (Sigal) durante el período 1955-1966. Aluden al recorrido de Gramsci en la intelectualidad crítica de la época, pero explícita o implícitamente ese recorrido se ve reducido al grupo *Pasado y Presente*. Terán, al sostener que Gramsci (como Hegel, Sartre, Althusser y otros) fue un referente para la intelectualidad crítica, se refiere concretamente a la experiencia *pasadopresentista*. En Sigal la operación es semejante, aunque las referencias a la recepción de Gramsci por parte de la nueva intelectualidad son más difusas. Se inscribe al comunista italiano en reflexiones sobre problemáticas específicas: el vínculo intelectuales-pueblo o la importancia del trabajo revolucionario en materia cultural, pero sin hacer referencia a los autores/as que realizan dichas reflexiones, aunque presumiblemente toma como punto de partida *Pasado y Presente*⁸.

Una de las principales referencias en torno a los vínculos entre intelectuales y política en el terreno pedagógico es el trabajo de Suasnábar (2004). Su objeto de estudio remite al proceso de configuración del campo pedagógico universitario en las décadas del 60 y 70, señalando la problemática relación entre pedagogía y política como clave analítica para comprender el rol de los intelectuales de la educación. A

⁸ Esta línea se reedita en otros trabajos. Ponza (2010:109) sólo registra dos orientaciones en los usos de Gramsci en la intelectualidad crítica: a) el abordaje de la cuestión peronista y la construcción de un puente que estrechó las relaciones entre izquierda marxista y nacionalismo popular; b) la fundación de una nueva lectura de los vínculos entre los campos cultural y político que permitiera repensar las conflictivas relaciones entre intelectuales y pueblo a lo largo de la historia. Al igual que Sigal (1991), sólo menciona el campo temático en que se inscribió a Gramsci, pero *Pasado y presente* parece emerger como eje de referencia. Es llamativo que el trabajo de Valdés (2003/2008), *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX*, que abarca el período 1950-1990, sólo haga referencia al itinerario de Gramsci en América Latina en el marco del exilio mexicano, específicamente, en el seminario *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina* coordinado por Julio Labastida y José Aricó, y organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México en Morelia (Estado de Michoacán), donde la obra de Gramsci, y, sobre todo, su concepto de hegemonía, se vincula con la problemática de la democracia.

través de la indagación documental y la realización de entrevistas, aborda el terreno pedagógico universitario, específicamente las carreras de Ciencias de la Educación de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional de La Plata en el período 1955-1976. Su análisis abarca el variopinto abanico de posiciones que asumieron los intelectuales del ámbito pedagógico universitario por aquellos años. Suasnábar se centra en explorar los posicionamientos, contenidos y prácticas que caracterizaron las intervenciones discursivas de los distintos individuos y/o grupos en una doble dirección: a) reconstruir los diferentes debates político-educativos así como también las discusiones generadas en el campo pedagógico fomentadas por la recepción y apropiación de nuevas corrientes de pensamiento; b) analizar las diferentes formas y modalidades de intervención intelectual que estos individuos y/o grupos asumieron en los debates, específicamente, a partir del vínculo entre política y pedagogía, delineando modelos de intelectual en el ámbito de la educación: técnicos, académicos, especialistas, intelectuales críticos, pedagogos nacionales y populares, etc. La noción de intelectual es desarrollada en sintonía con Sigal (1991) (que prosigue a Bourricaud), ofreciendo una definición descriptiva: “agentes de circulación de nociones comunes que conciernen al orden” (Suasnábar, 2004:20). Esto es, agentes que se apoyan en la posesión de un saber para legitimar pretensiones de intervención en la esfera social, ideológica o política. Por ello, se interesa en los agentes que intervinieron en el campo pedagógico bajo la pretensión de gravitar en la esfera pública. De manera interesante Suasnábar introduce en su estudio la denominación “nueva izquierda pedagógica” para enmarcar ciertas expresiones (como la *Revista de Ciencias de la Educación*), que el estudio retoma.

Como el propio autor reconoce, su labor se inscribe dentro de un estado incipiente sobre los estudios de la historia intelectual reciente en el campo educativo. Dentro de este campo embrionario, Southwell (1997), ha explorado principalmente las vinculaciones, articulaciones o pasajes entre las corrientes espiritualistas y el desarrollismo en el pensamiento pedagógico de ese período, identificando las líneas de tensión entre las visiones católicas, conservadoras y aquellas más influidas por la impronta modernizadora del desarrollismo. Quizás el estudio de Puiggrós (1997) sea una de las principales producciones dedicadas a reconstruir los debates político-pedagógicos del período 1955-1976. La autora plantea los diversos itinerarios y las expresiones de tendencias en el terreno pedagógico, demostrando sus insuficiencias para la formación de nuevas utopías y proyectos político-educativos con cierta capacidad hegemónica durante las décadas del 60 y el 70: científicistas y

espiritualistas sostuvieron disputas y combinaciones dispersas sin poder constituir un proyecto pedagógico con posibilidades de imponer su hegemonía; los proyectos liberales democráticos que intentaron la reconstrucción del sistema escolar reparando la antigua estructura no tuvieron éxito; la propuesta peronista revolucionaria de los años 70 no alcanzó a desarrollar una opción completa, pero tuvo efectos relevantes; el normalismo ingresó en una paulatina pero constante crisis de sentido a partir de 1955 debido al creciente abandono de la educación pública por parte del Estado.

Existen dos líneas de reflexión en el trabajo de Puiggrós que son particularmente interesantes para la tesis. En primer lugar, el recorrido general de las tendencias político-pedagógicas y, en particular, sus vínculos o ligazones con las carreras de Ciencias de la Educación. En segundo lugar, sus consideraciones sobre las corrientes pedagógicas nacionales-populares y de izquierda liberal. Ambas líneas son terreno fértil para la reconstrucción del campo educativo en términos de corrientes político-pedagógicas durante el período. En el marco teórico de la presente tesis sugiero que el trabajo de Puiggrós al conceptualizar el campo crítico pedagógico en términos nacionales-populares o de izquierda liberal, soslaya la categoría nueva izquierda pedagógica. Por otra parte, resulta interesante para esta investigación la indagación de la autora de los usos pedagógicos de Gramsci por J. J. Hernández Arregui. Discutiré esta cuestión más adelante (ver Capítulo cinco)⁹.

También Puiggrós señala que hacia la década del 70, la pedagogía nacionalista popular tuvo articulaciones con la pedagogía freiriana, que a su vez se urdió en la trama del cristianismo revolucionario y la Teología de la liberación. Por esta razón, el registro y la articulación fueron distintos respecto al legado pedagógico de A. Jauretche y J. J. Hernández Arregui. Durante los gobiernos de Héctor Cámpora y Juan Domingo Perón, el Ministerio de Educación, a cargo del Dr. Jorge Taiana, resultó un campo de disputas entre los sectores que suscribían al peronismo desde el laicismo y la izquierda, y otros que mantenían lazos con la hegemonía eclesiástica. En lo referido a la Dirección Nacional de Educación del Adulto (DINEA) predominaron sectores católicos, universitarios laicos de izquierda y franjas de la izquierda

⁹ Otras corrientes durante este período han sido mencionadas por Nassif (1981) en su *racconto* sobre las pedagogías críticas durante el ciclo 1960-1980. Puntualmente presenta el pensamiento pedagógico de P. Freire y las tendencias “desescolarizantes” elaboradas en el Centro Intercultural de Documentación (CIDOC), fundado en 1961 por Ivan Illich y Everett Reimer en Cuernavaca, México. Como el propio autor reconoce, sus reflexiones son genéricas y pretenden esbozar un mapa que precisará reelaboraciones posteriores, aunque no deja de llamar la atención la ausencia de referencias al denominado crítico-reproductivismo pedagógico.

peronista. Sobre los procesos acontecidos en las universidades durante el período 1973-1974, Puiggrós (1997) sostiene que allí confluyeron de manera desigual y compleja liberalismos laicos, marxismos y tendencias varias del nacionalismo popular.

El trabajo de Rodríguez (1997) aborda la experiencia de la DINEA así como también la Campaña Mundial Contra el Hambre (CMCH). Ambas iniciativas propusieron programas educativos destinados a adultos desde mediados de los años 60 hasta la irrupción de la última dictadura cívico-militar. Es en la CMCH donde se dio un marcado protagonismo de sectores católicos, como lo demuestra la presencia de jóvenes voluntarios vinculados a Democracia Cristiana. Más adelante éstos viraron, en su mayoría, hacia el peronismo de izquierda, habiéndose nutrido del trabajo de P. Freire en el gobierno demócrata cristiano conducido por Eduardo Frei en Chile. A raíz de la Campaña se formaron grupos voluntarios que comenzaron a desarrollar la “metodología Freire”, tomando como eje principal su perspectiva crítica y su concepción de la praxis. Los “grupos Freire” adquirieron una doble dirección: formar por un lado los cuadros de militantes sociales que iban a trabajar en los barrios y, por el otro, a los militantes de las agrupaciones políticas peronistas de izquierda. Las lecturas del pedagogo brasilero se articularon con otras: F. Fanon, J. J. Hernández Arregui, R. Puiggrós, A. Jauretche, J. W. Cooke y la Conferencia Episcopal de Medellín de 1968, entre otras. Rodríguez comenta algunas de las polémicas que mantuvieron estos grupos en torno al legado de P. Freire. Por otra parte, la autora demuestra la presencia de la Pedagogía de la liberación freiriana en la experiencia de la DINEA durante el período 1973-1974¹⁰.

Existen estudios sobre la recepción de autores o corrientes que contribuyen a caracterizar los debates político-pedagógicos de la década del 60 y 70. Las aproximaciones o reflexiones sobre la recepción de P. Bourdieu, por algunas franjas de la pedagogía crítica en la década del 60 y principios de los 70, resultan de sumo interés. Baranger (2009 y 2010) se centra en su recorrido en los ámbitos de la sociología y la antropología desde los años 50. El derrotero del sociólogo francés estuvo marcado por la fragilidad institucional de ambas carreras, que siempre permanecieron trastocadas por el ir y venir de la coyuntura política. Destaca que los primeros artículos de P. Bourdieu en español que circularon por las librerías

¹⁰ En la tesis de maestría de Juan Pablo Nardulli, *Militancia y educación de adultos. Los alcances y los límites de la experiencia de la DINEA (1969-1976)*, algunos maestros refieren que las instancias de formación de la campaña de Reactivación Educativa de Adultos para la Reconstrucción (CREAR) contemplaban lecturas de Gramsci. Un interesante mención que reclama indagaciones específicas.

argentinas a fines de la década del 60 fueron: “Campo intelectual y proyecto creador” (1966); “El sentimiento de honor en la sociedad de Cabilia” (1968); “Condición de clase y posición de clase” (1969). El primer libro de P. Bourdieu que se difundió en Argentina, con escasa repercusión, fue *Los Estudiantes y la cultura* (1964, primera edición en español, 1968), producido con Jean-Claude Passeron, mientras que *La reproducción* (1970) se difundió bien entrada la década del 70 (la primera traducción es de 1977), aunque ya se habían hecho algunas lecturas locales en su versión original en francés a inicios de los 70. Un apunte interesante en relación a esto: la editorial Siglo XXI de Argentina, a cargo por entonces de J. Aricó, puso el foco en la obra de P. Bourdieu. Ya en 1972, J. Aricó le propuso a B. Sarlo la traducción de *El Oficio del Sociólogo*, pero ella rechazó la oferta por tratarse de una “ardua tarea”. Así, recién en 1975, con otros traductores y contando siempre con el impulso de J. Aricó, el libro se publicó en Buenos Aires, con una tirada inicial de 4.000 ejemplares, siendo la primera traducción a nivel mundial. Baranger señala una característica en la recepción de P. Bourdieu hacia fines de la década del 60 y principios de los 70: la asimilación con la obra de L. Althusser, y por tanto, su inscripción como un “estructuralista” en el terreno académico. Centrado en el recorrido de P. Bourdieu por la sociología y antropología, es lógico que Baranger no mencione los usos del sociólogo francés en el plano pedagógico de la época, como también lo es que no considere la *Revista de Ciencias de la Educación* como difusora de su obra.

Precisamente estos itinerarios han sido estudiados recientemente por Amar (2013) en su tesis de maestría: *Las apropiaciones y usos intelectuales de la obra de Pierre Bourdieu en el campo educativo argentino (1971-1989)*. El autor abordó la producción de conocimiento a partir de las apropiaciones intelectuales o “lecturas de autor” efectuadas por algunos agentes y agencias del campo educativo argentino en el período 1971-1989. Para ello siguió una perspectiva bourdiana con el fin de indagar sobre los primeros usos sociales y las continuidades, rupturas y/o reformulaciones de la sociología de P. Bourdieu en los debates político-pedagógicos abiertos con la “transición democrática” en Argentina. En sintonía con los trabajos de Suasnábar (2004), Amar enmarca la recepción de P. Bourdieu en autores/as del espacio educativo local que pretendieron intervenir en la esfera pública, específicamente a través de la legitimación de una visión científica aplicada a las relaciones entre el Estado, la sociedad y la educación opuesta a la tecnocracia educativa de orientación cristiana y/o “liberal modernizadora”.

El estudio de Amar es un destacado antecedente, al menos por dos razones. En primer lugar, analiza documentos y entrevista a intelectuales de interés para la pesquisa. Profundizó en el recorrido de la *Revista de Ciencias de la Educación (RCE)* y entrevistó al director de la misma, J. C. Tedesco. Si bien adopta las consideraciones y periodizaciones de Suasnábar sobre la *RCE*, gana en alcance al estudiar el recorrido de P. Bourdieu. Sostiene que en la revista se emplearon por primera vez los usos del denominado crítico- reproductivismo bourdiano–passeroniano. A contrapelo de la visión educativa tecnocrática que abordaba las relaciones pedagógicas escolares de manera endógena, los aportes de P. Bourdieu difundidos por esta publicación permitieron señalar el papel del sistema educativo en la reproducción de las desigualdades de origen social. En segundo lugar precisa, amplía y sitúa en el campo educativo la tesis de Baranger sobre la hibridación en la recepción de la obra del sociólogo francés con el marxismo estructuralista althusseriano. Argumenta que la temprana lectura de P. Bourdieu se hizo de una manera “ecléctica e irregular”. Según Amar, el desconocimiento local de la diversidad de la obra producida por el sociólogo francés, la disponibilidad irregular de sus textos o traducciones, y las urgencias político-pedagógicas que tenían intelectuales del campo educativo por contrarrestar el dominio ejercido por el pensamiento tecnocrático, generaron las condiciones objetivas para usos y apropiaciones eclécticas de la obra bourdiana. A su vez, la *RCE* generalmente articuló las reflexiones educativas bourdiano-passeronianas con el estructuralismo marxista althusseriano que operaba como marco teórico principal para fundamentar la radicalización del pensamiento pedagógico.

M. Caruso y G. Fairstein (1991) desarrollan una serie de hipótesis en torno a la recepción de la psicogénesis y el constructivismo piagetiano en el campo pedagógico argentino entre 1950 y 1980. En línea con el presente estudio, los/as autores/as no buscan dar cuenta de la fidelidad o falta de fidelidad de las lecturas hechas de la obra piagetiana, sino comprender sus condiciones y modalidades. Distinguen distintos momentos del itinerario de Jean Piaget en el campo pedagógico argentino. Entre éstos, separan la lectura en clave estructuralista en los años 60, de su posterior problematización a principios de los 70 bajo la pretensión de elaborar propuestas. Así a inicios de los 70, se establecieron vínculos entre J. Piaget y la teoría freiriana (la Pedagogía de la liberación). Además, Emilia Ferreiro había realizado su estudio de doctorado en Ginebra con J. Piaget, y a su regreso a la Argentina en 1971, difundió una lectura del constructivismo piagetiano que quebraba la fascinación estructuralista. Esta impronta se vehiculizó a través de distintas instancias: el dictado en 1973 de un

seminario de posgrado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; en 1974 con la materia Aprendizaje en el Departamento de Ciencias de la Educación de la misma universidad, y la materia Psicología y Desarrollo de la Inteligencia en la Carrera de Psicología, también en la UBA. A su vez, Emilia Ferreiro, Rolando García y Gregorio Klimosvsky dirigieron el Instituto de Investigaciones de Psicología y Epistemología (IPSE). La experiencia fundada y promovida por García, reunió entre otros y otras a José Antonio Castorina, Susana Fernández y Alica Lenzi, y entre sus preocupaciones destacaba la problematización, desde el saber psicológico o epistemológico piagetiano, del fenómeno del fracaso escolar. El IPSE acompañó este cuestionamiento de la dinámica escolar bajo una pretensión por generar propuestas alternativas destinadas al fortalecimiento de la izquierda peronista.

En 1975, E. Ferreiro se sumaba al abordaje de la obra de J. Piaget por parte de Lucien Goldman: no era marxista, pero se ubicaba (más allá de sus intenciones) en la línea de los pensadores dialécticos que incluía a Kant, Hegel y Marx. La orientación de las reflexiones de E. Ferreiro, la articulación de algunas de las fundadoras del Instituto con Montoneros, la ligazón del psicólogo ginebrino con el materialismo histórico y el escenario de radicalización política de principios de los 70, contribuyó a la construcción de la figura de un J. Piaget “izquierdista”. Con el avance de la Triple A y el sangriento golpe cívico-militar de 1976, estas articulaciones fueron suturadas. En la intervención de 1975 de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, el nuevo decano designado, el clérigo Sánchez Abelenda, convocó a desterrar del espíritu de la casa de estudio los fantasmas de “Freud, Marx y Piaget”. Por otra parte, el trabajo de M. Caruso y G. Fairstein, sobre el itinerario de J. Piaget en el campo pedagógico encuentra coordenadas comunes con experiencias de la nueva izquierda pedagógica indagadas por el presente estudio. Como en el caso de las publicaciones *Los Libros* y la *Revista de Ciencias de la Educación*, se evidencia la gravitación del estructuralismo en franjas de la intelectualidad crítica, pero también las tentativas de demarcación del mismo en pos de elaborar propuestas político-pedagógicas.

Como ya anticipé, el *racconto* realizado en clave de estado del arte, hasta aquí, se ha centrado en ilustrar los principales debates, desarrollos y polémicas, estableciendo una suerte de cartografía sobre la historia intelectual pedagógica reciente, más que ofrecer exhaustividad y, por tanto, una pormenorizada reconstrucción de los múltiples objetos abordados en el período. Como también señalé anteriormente, al inicio de los

capítulos dedicados al análisis del recorrido de Gramsci por el nacionalismo popular pedagógico y la nueva izquierda pedagógica explicitaré la afinidad temática o puntual con determinados trabajos que anteceden este estudio (por ejemplo, en el caso de reflexiones sobre itinerarios político-intelectuales o de revistas).

2.2. Estudios sobre el itinerario de Gramsci en Argentina (1959-1976)

Existen distintas investigaciones o reflexiones sobre el itinerario de Gramsci en Latinoamérica (Portantiero, 1975/1977, 1991; Aricó, 1987/2005; Burgos, 1997; Massardo, 1999; Burgos R. y Pérez C., 2002; entre otros)¹¹ y en nuestro país (Aricó, 1988/2005; Kohan, 2000a, 2000b, 2000c; Burgos, 2004, 2007, 2010, 2012; Della Rocca, 2013; entre otros) que coinciden a la hora de dar cuenta del carácter conflictivo del periplo de Gramsci en la región y en el medio local.

Sin duda, el trabajo de J. Aricó (1988/2005) *La Cola del diablo, itinerario de Gramsci en América Latina* es un antecedente de gran relevancia. El autor efectúa un análisis del recorrido gramsciano en América Latina, y fundamentalmente en Argentina, reconstruyendo además las peripecias intelectuales y políticas del grupo

¹¹ Se podría decir que los estudios sobre la recepción de Gramsci en América latina tienen un carácter disperso, por lo que sería necesario un programa de investigación específico. Unas primeras reflexiones tuvieron lugar en el seminario internacional en Italia, organizado por el Instituto Gramsci, *Transformaciones políticas en América Latina: la presencia de Gramsci en la cultura latinoamericana* en 1985. Si bien las actas no se llegaron a publicar, se pueden encontrar algunos de los ensayos en la recopilación de Carlos Nelson Coutinho y Marco Aurélio Nogueira (1988). También se publicaron algunos de estos artículos (en español) en el Suplemento/4 de la revista *La ciudad futura* (Buenos Aires, agosto de 1987).

Por supuesto, los mencionados trabajos de Portantiero (1975/1977, 1991) y Aricó (1988/2005) sobre el itinerario y usos de Gramsci en América Latina continúan siendo un punto de referencia central. Si bien atravesados por la experiencia Argentina, aportan claves de lectura para ahondar en la trayectoria de Gramsci en el resto de la región. En este mismo sentido se inscriben otras producciones (Burgos, 1997; Massardo, 1999; Burgos, y Pérez, 2002), las cuales presentan líneas o periodizaciones generales que permiten arrojar algo de luz sobre la trayectoria global del autor en la región. Sin embargo, como ya señalé, resta aún un proyecto de investigación que ahonde y articule las distintas producciones sobre la recepción de Gramsci en América Latina.

También existen distintos trabajos que se centran en el recorrido de Gramsci por países latinoamericanos. A modo de aproximación y poniendo el foco en las principales referencias: en Cuba se encuentran los trabajos de Acanda (2000); en Brasil de Coutinho (1986; 1988, como coordinador); en Chile de Fernández (1987; 1996), en México de Córdova (1987); y en Colombia de Herrera Zgaib (2009). Un planteo reciente sobre el recorrido de Gramsci en América Latina lo podemos encontrar en Rodríguez Sánchez (2014), aunque en lo fundamental da continuidad a las tesis ya conocidas de Aricó (1988/2005) y Burgos (2004). Para un interesante *racconto* de los estudios sobre Gramsci en América Latina, ver Bórquez (2013).

Pasado y Presente que hacia fines de los años 50 se había propuesto “encarar la difusión de sus escritos y la apropiación del riquísimo flujo de ideas que de ellos emanaba” (Íbid.:25). Entre otros planos, J. Aricó reseña el recorrido de la obra gramsciana (antes de la reedición por parte del PCA de sus escritos carcelarios) en el área de la cultura democrática próxima al Partido Socialista. El autor sostiene que en los medios liberal-democráticos, Gramsci no fue conocido hasta los años 60, siendo más respetado por su condición de preso político del fascismo italiano que por sus obras (con la excepción del filósofo italiano Rodolfo Mondolfo). J. Aricó apunta tres trayectos en la figura y la obra de Gramsci por fuera de la cultura comunista y ligados al espacio de la izquierda liberal. En primer lugar, el artículo de Ernesto Sábato ya comentado en la introducción al estudio, escrito para la revista *Realidad* (1945-1947) que hacía referencia a la publicación y edición togliattiana de *Cartas desde la Cárcel*. En segundo lugar, la *Revista Sur* (1931-1992), de corte liberal y dirigida por Victoria Ocampo, que tuvo su apogeo entre 1931 y 1966 (cuando se editaron 305 números, mientras en los siguientes años sólo se publicaron 67). En 1953, se incluyeron algunas de las cartas de Gramsci en un número especial dedicado a las letras italianas que, sin embargo, no eran las más representativas de su altura teórica e ideológica. Las cartas seleccionadas buscaban la aprehensión de Gramsci como una figura civil, portador de un extraordinario testimonio moral. En tercer lugar, la reedición a través de la editorial Raigal del libro de Rodolfo Mondolfo (1912), *El materialismo histórico en Federico Engels* (Buenos Aires, 1956) que incluía como apéndice un ensayo dedicado a Gramsci (en el marco teórico aludo a este escrito).

En los estudios o reflexiones historiográficas locales sobre el recorrido de Gramsci (Aricó, 1988/2005; Kohan, 2000a, 2000c; Burgos, 2004, 2007, 2010, 2012; Campione, 2007) existe un marcado consenso sobre el significativo rol del PCA en lo referido a la recepción y difusión del revolucionario sardo, así como sobre el carácter conflictivo que esta recepción y difusión trajo consigo. Fue en el seno del PCA, y concretamente a través de su Secretario de Cultura Héctor Agosti, donde aconteció la primera recepción de Gramsci en Argentina durante los años 50. Los trabajos de Kohan (2000a, 2000c) ahondan en el rol que jugó y las tensiones que atravesó H. Agosti frente a la dirección partidaria, de corte stalinista, en su labor con el acervo gramsciano. El PCA reivindicaba a Gramsci como mártir pero no como teórico. El autor aborda la producción de inspiración gramsciana de H. Agosti en los años 50: *Echeverría* (1951), *Nación y cultura* (1959) y *Mito liberal* (1959). Si bien a la largo del trabajo refiero a estas producciones del Secretario de Cultura del PCA (especialmente

en el capítulo dedicado a la obra de J. J. Hernández Arregui), Kohan introduce una consideración particular al reflexionar sobre *Echeverría*. Publicado en el marco de una campaña de revalorización del legado de Echeverría, que agrupó en esos años a todo el frente cultural antiperonista, el ensayo de H. Agosti constituyó la primera recepción productiva de Gramsci en Argentina y América Latina. Mientras Aricó (1988/2005:51) y Burgos (2004:47) destacan la recuperación de H. Agosti del análisis gramsciano del *Risorgimento*, esto es y “traduciendo” a Gramsci a la escena doméstica, la burguesía argentina no supo ampliar el movimiento emancipador para transformarla en una revolución plena, en una revolución democrática burguesa asentada en la movilización de las masas agrarias para la eliminación de los residuos feudales, Kohan aduce que también la labor de H. Agosti se inspiró en el *maquiavelismo* gramsciano. Al igual que en la interpretación gramsciana de Maquiavelo, el *Echeverría* de H. Agosti se presentaba como un intelectual nacional-popular que formuló un programa histórico para una clase impotente: la burguesía argentina. Echeverría, identificado con el realismo político de Maquiavelo, era el máximo intelectual de una fracción política radicalizada sin poder ni ascendencia sobre las masas, es decir, una fracción de clase impotente. Así, H. Agosti le atribuye un “jacobinismo a medias” a la burguesía argentina¹².

Los orígenes de los conceptos gramscianos usados por H. Agosti en *Echeverría* no son claros o explícitos. J. Aricó (1988/2005.:53) liga este hecho a la “veleidad intelectual” del autor comunista. Burgos (2004:47), en cambio, se pregunta si no se trataba de una operación consciente para sortear las resistencias de la dirección del PCA a los posicionamientos teóricos fundamentados en Gramsci. Además de abordar las tensiones entre H. Agosti y la dirección partidaria, así como los rasgos gramscianos de sus producciones, Kohan da cuenta del trabajo editorial del PCA en la edición temática de los *Cuadernos* y de las polémicas protagonizadas por las nuevas camadas del partido (entre ellos, J. Aricó, O. del Barco), quienes apelaron al acervo gramsciano para la renovación político-cultural del partido en una escenario de

¹² Aricó (1988/2005:53) reprochaba a H. Agosti un “abuso en la analogía histórica”, dado que para Gramsci, las condiciones que posibilitaron la audacia jacobina existían en Francia pero no en Italia (mientras que para el Secretario de Cultura del PCA la posibilidad de forzar situaciones era inherente a la voluntad jacobina). Por su lado, Rodolfo Puiggrós, aunque sin mencionar la polémica en el uso de Gramsci, también puso en cuestión la vinculación de Bernadino Rivadavia con el jacobinismo. Realizó anotaciones de puño y letra al libro de H. Agosti: “¿Rivadavia jacobino?” (ejemplar en el archivo de Rodolfo Puiggrós) (Kohan, 2000a:176). Un abordaje de la trayectoria política e intelectual de Puiggrós en clave gramsciana se puede encontrar en Caviaasca (2011).

radicalización ante la irrupción de la Revolución cubana. Indudablemente, los trabajos de Kohan permiten una reconstrucción general del conflictivo itinerario de Gramsci en el PCA y constituyen un insumo de vasto interés para el estudio.

El trabajo de Bulacio (2006) también aborda la “experiencia gramsciana” en el PCA a fines de los años 50 y principios de los 60. A las ya conocidas interpretaciones, el autor añade un nuevo ángulo: las históricas relaciones dispuestas por el comunismo internacional con los intelectuales. Desde este prisma expone un *racconto*, internacional y local, para luego situar el heterodoxo trabajo de H. Agosti con la obra de Gramsci en el interior del partido. Con el comienzo de la Guerra Fría y el alineamiento del PCA detrás de la política zhdanovista, el Comité Central se erigió como el responsable de establecer los alcances y límites de la creación artística y cultural, al tiempo que se desvalorizaban las potencialidades de la labor intelectual. En el sentido inverso, H. Agosti emprendió una línea político-cultural en la cual Gramsci se constituyó como una contribución decisiva: los intelectuales no sólo formaban parte de la fuerza social revolucionaria, sino que además tenían la ardua e importante tarea de forjar, organizar y transmitir la ideología comunista. Lejos de concebirlos como un mero aliado o del desprecio habitual del partido, para H. Agosti los intelectuales, inspirándose en Gramsci, tenían un rol manifiesto y destacado en la lucha comunista. Además, el Secretario de Cultura, formado en el sector partidario vinculado al ámbito universitario que lideraban Aníbal Ponce y Emilio Troise, promovió una lectura del marxismo caracterizada por el rigor y la profundidad, alejado de cualquier reducción manualística. El genio sardo también contribuyó a esta tentativa.

Bulacio realiza un recorrido por varios escritos de H. Agosti y busca las huellas de Gramsci. Junto con clásicos del autor, como *Echeverría, Nación y Cultura* y *El Mito liberal*, reflexiona sobre otras intervenciones que han sido escasamente estudiadas: conferencias, informes a Congresos partidarios, y los prólogos de H. Agosti a la edición temática local de los *Cuadernos*. De su análisis sobre el legado del autor por aquellos años, destaca la voluntad de H. Agosti de jerarquizar, entrando en conflicto con el “obrerismo” del PCA, el rol de los intelectuales en la batalla contracultural. Asimismo, Bulacio introduce una sugerente interpretación en torno a la polémica partidaria con los futuros fundadores de *Pasado y presente*: inscribe el “Prólogo” de J. Aricó a *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno* en el contexto de disputa que su compañero O. del Barco mantenía, en el plano filosófico y también anclado en Gramsci, en la revista partidaria, *Cuadernos de Cultura*, contra la dirección político cultural del partido (ver Capítulo siete). Aún escribiendo ceñido a los

cánones partidarios, J. Aricó reflexionó sobre tres categorías analíticas de Gramsci, a las que hasta ese momento no se había profundizado y que, de forma implícita, generaban una clara tensión con la línea partidaria: hegemonía, teoría del partido, Oriente y Occidente.

En *Los gramscianos argentinos*, Burgos (2004) profundiza y amplía los vetas abiertas por la labor de Aricó y Kohan, al emprender un exhaustivo estudio sobre la experiencia del grupo *Pasado y Presente*. Su trabajo es un antecedente de enorme importancia. El colectivo *Pasado y presente*, además de representar una típica expresión de la nueva izquierda intelectual local, animó la labor y difusión de Gramsci, configurándose como punto de referencia en las polémicas y elaboraciones acerca del revolucionario sardo durante el período de estudio. Como el propio Burgos explicita, su proyecto original era hacer “un estudio del itinerario de las ideas de Gramsci en la Argentina” (Íbid.:13), pero concluyó que la experiencia *pasadopresentista* ocupaba el conjunto de su investigación, por lo que decidió centrarse en el periplo de *Pasado y presente*, desde sus tensiones con el PCA a principios de los 60, hasta la muerte de su principal animador, J. Aricó, en 1991. El trabajo de Burgos profundiza en aquello que otros trabajos historiográficos mencionan: el recorrido de Gramsci en *Pasado y Presente*. Hace un agudo análisis de una experiencia significativa en el itinerario del comunista italiano, e inspira preguntas relacionadas con las mediaciones entre esta experiencia y otros terrenos (como el pedagógico), así como con otras corrientes que el autor menciona (como el nacionalismo popular). Su labor se apoya fundamentalmente en dos tipos de fuentes: documentos (materiales bibliográficos y publicaciones periódicas) y entrevistas a actores de la época realizadas por el propio autor. En su análisis, Burgos articula estas fuentes y ofrece un estudio que reconstruye profundamente una experiencia vital en el curso de Gramsci en nuestro país.

Entre los objetos privilegiados de Burgos se encuentra la revista *Pasado y presente*, que se escribió y publicó en dos etapas: una primera entre abril de 1963 y septiembre de 1965 (nueve números en seis volúmenes), y una segunda muy breve entre abril y diciembre de 1973 (tres números en dos volúmenes). Apareció en Córdoba como una publicación del PCA, y en el marco de la polémica que los jóvenes protagonistas de la publicación mantenían, anclados en Gramsci, con la dirección comunista en las páginas de la revista partidaria *Cuadernos de cultura*. Luego del primer número, el grupo impulsor de *Pasado y Presente* (J. Aricó y O. del Barco, entre otros) fue expulsado del partido. De esta forma, la aparición de la revista y la polémica

en *Cuadernos de cultura* representaron, después de las reflexiones de H. Agosti, el segundo hecho crítico de impronta gramsciana al interior del PCA. La publicación *Pasado y presente* adquirió rápidamente importancia a nivel nacional, siendo particularmente influyente en el ámbito intelectual. Burgos (Íbid.:81) señala las razones de la amplia difusión de una revista que perdió rápidamente su marco orgánico y no perteneció al centro cultural del país (Buenos Aires): a) la noticia en el seno de la izquierda sobre la ruptura del grupo editor de *Pasado y Presente* con el PCA que constituyó el primer fraccionamiento después de las divisiones en los años 20 y 30, al tiempo que la primera división de la era pos-peronista que visto retrospectivamente anunciaba un conjunto de rupturas dentro del partido; b) la calidad, originalidad y diversidad del material publicado por *Pasado y Presente*, inédito en el ambiente de las revistas de izquierda; c) la ciudad de Córdoba, lugar histórico de rebeldías y presencia de un sindicalismo combativo, aglomeró el interés de corrientes de izquierda.

Los diversos autores ponen el énfasis en factores distintos para explicar el cierre de la primera etapa de publicación. Burgos (Íbid.:98) sostiene que se produjo fundamentalmente por los problemas derivados de la forma de intervención del espacio, en especial, por la dificultad de resolver su anclaje político. Por su lado, H. Crespo (2009:176) repara en las condiciones generadas por el golpe militar de 1966, la debilidad del grupo fundador de la revista y la necesidad de proseguir con la renovación del marxismo a través de la colección Cuadernos de Pasado y Presente que emergió, según el autor, como una propuesta “sustitutiva” de la revista.

Burgos (2004:149-164) manifiesta la deuda pendiente de estudios acerca de los proyectos editoriales que impulsaron algunos miembros del grupo *Pasado y Presente*. Es el caso de: a) Editorial Eudecor (una editorial universitaria de Córdoba), fruto de una aproximación entre el núcleo dirigente de la Federación Universitaria de Córdoba y el grupo de *Pasado y Presente*; b) la Editorial Garfio, que surgió a raíz de la disolución de Eudecor y de la aparición de los Cuadernos de Pasado y Presente; c) la editorial Signos, fundada en 1970, entre otros por miembros de *Pasado y Presente*, que en su efímera existencia editó, además de algunos Cuadernos, trece libros en total; d) Siglo XXI que sustituyó a la editorial Signos y se convirtió en una de las principales editoriales de América Latina por aquel entonces. Publicó hasta el número 65 de los Cuadernos de Pasado y Presente, y llevó adelante, entre otros, dos proyectos ambiciosos encabezados por J. Aricó en la colección Biblioteca del pensamiento socialista: *El Capital* y la primera traducción al español de los *Grundrisse*

(*Elementos fundamentales de la crítica de la economía política*)¹³; e) revista *Los Libros*. Si bien esta revista no fue impulsada por el grupo *Pasado y Presente*, contó con el trabajo de uno de sus fundadores, H. Schmucler. La revista publicó innumerables artículos de autores vinculados al grupo *Pasado y Presente*. Burgos señala la falta de estudios al respecto, pero tal y como se verá en el Capítulo ocho, donde abordó la recepción pedagógica de Gramsci en *Los Libros*, los trabajos sobre esta experiencia se multiplicaron más tarde.

Entre los proyectos editoriales del colectivo, Burgos (Íbid.:154-157) destaca la fundación de la editorial *Pasado y Presente*, cuyo exponente principal fue la publicación de los denominados Cuadernos de Pasado y Presente. Esta publicación contó con 98 libros editados entre 1968 y 1983 (publicados regularmente cada 45 días), conformando un total de 900.000 ejemplares. La difusión de los Cuadernos resultó extensa -muchos números se reeditaron-. El propio autor reconoce que el estudio de este emprendimiento excede el alcance de su labor. La principal conclusión de Burgos en torno a los proyectos editoriales de los miembros de *Pasado y presente* se centra en la persistente apuesta por el trabajo editorial como intervención político-teórica, sin llegar a resolver su anclaje político aún en el marco de la creciente radicalización de la izquierda. A su vez, sugiere que la influencia de *Pasado y Presente* en la intelectualidad crítica local es preciso rastrearla en la difusión de la revista y, fundamentalmente en los Cuadernos de Pasado y Presente, así como también en su vinculación con el movimiento estudiantil, especialmente, el cordobés.

La vacancia en el examen de los Cuadernos también es reconocida por H. Crespo (2009), quien a pesar de aceptar la necesidad de un proyecto específico de investigación, propone ciertas líneas de trabajo. En una atractiva interpretación, sostiene que los proyectos editoriales de J. Aricó, entre ellos los Cuadernos, fueron contruidos a la manera de su admirado *Libro de los Pasajes* de W. Benjamin, es decir, siguiendo la clave de lectura de Theodor Adorno, intentando hacer emerger las significaciones a partir del montaje del material y renunciando a todo comentario

¹³ En relación al pensamiento gramsciano, los Cuadernos publicaron algunos libros cruciales durante el período: *Gramsci y las ciencias sociales*. Buenos Aires: Pasado y Presente, 1970 (nº 19 de Cuadernos de Pasado y Presente, con textos de Gramsci, A. Pizzorno, L. Gallino, N. Bobbio y R. Debray); *Antonio Gramsci/Antología*, volumen preparado por Manuel Sacristán. México: Siglo XXI, 1970; *Consejos obreros y democracia socialista*. Buenos Aires: Pasado y Presente / Siglo XXI, 1972 (nº 33 de Cuadernos de Pasado y Presente con textos de A. Gramsci, V. Gerratana, L. Magri, M. Salvadori, Y. Boudet, F. Ferri, L. Foa, E. Collotti, S. Garavini y la introducción de José Nun); Portelli, H. *Gramsci y el bloque histórico*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1973; Macciocchi, M. A. *Gramsci y la revolución de occidente*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1975.

explícito. Los breves prólogos y el prodigioso andamiaje propio de un erudito que se revela al analizar la selección y ordenamiento de los textos publicados, así como las notas editoriales, constituían un metatexto fundamental de entradas y correspondencias múltiples. H. Crespo vincula esta sugestiva interpretación con el propósito central de los Cuadernos de Pasado y Presente: una propuesta de lectura plural y abierta de la tradición marxista, en contraposición a la lectura escolástica cerrada y ortodoxa que primaba en la época¹⁴.

H. Crespo (Íbid.:190-192) establece tres períodos en la publicación de los Cuadernos: a) 1968-1970, números de 1 al 12, en Córdoba; b) 1970-1975, números del 13 al 65, en Buenos Aires; c) 1976-1983, números del 63 al 98, en México. En el primer período, junto con la definición general del proyecto, sus presupuestos teóricos y políticos, se incursionó en ciertas temáticas que luego ya no fueron retomadas una vez trasladada la experiencia a la capital del país, especialmente aquellas vinculadas con el análisis de procesos políticos y coyunturas internacionales agudas (por ejemplo, el Mayo francés). H. Crespo se aventura a decir que la razón de esta selección temática seguramente fue poder contar con materiales para una inmediata discusión con su espacio de influencia: el movimiento estudiantil cordobés. En el segundo período en Buenos Aires, la característica principal fue la búsqueda de un anclaje político, algo que consiguieron relativamente hacia 1973 con el movimiento Montoneros y específicamente con la relación privilegiada con Roberto Quieto (ver Capítulo siete). Los temas que se trataron por el apremio de estas necesidades y tensiones fueron: teoría del partido político, teoría del imperialismo, problemas de los consejos obreros y de la movilización política del movimiento obrero. El tercer período estuvo marcado por el exilio mexicano y se centró en otras preocupaciones: la teoría marxista y su validez para analizar los cambios en la sociedad contemporánea, las partes problemáticas y no convencionales en las obras de los clásicos, los problemas filosóficos del marxismo, la historia del movimiento socialista internacional y algunas incursiones en la historiografía latinoamericana sobre el comunismo y el socialismo. Al

¹⁴ En la tarea de edición de los Cuadernos de Pasado y Presente participaron, además de J. Aricó y O. del Barco, dos jóvenes que no figuraron en el Consejo de Redacción de la revista en su primera etapa (1963-1965): Santiago Funes (presidente del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba y militante del grupo Praxis junto con Jorge Tula, quien también presidió el Centro en 1965) y Juan José Varas (estudiante de la Universidad Nacional de Córdoba, más tarde militante de la izquierda peronista, subsecretario de Hacienda del gobernador de Córdoba Ricardo Obregón Cano y asesinado en 1974 a manos de la Triple A) (Crespo, 2009:189).

desdibujarse la relación entre vida nacional y teoría de transformación, los Cuadernos se limitaron a un registro más estrictamente teórico que político.

El primer y segundo período de los Cuadernos tuvieron en común las ansias de echar raíces en una vertiginosa y efervescente realidad política, enunciando problemáticas relevantes, otorgándoles formas posibles de renovación y suministrando materiales para el debate sobre la práctica política de una izquierda en rápida expansión. El ciclo mexicano supuso un drástico cambio en el modo de intervención en la escena política. Entre las conclusiones de H. Crespo (Íbid.:195) destaca que la tentativa de los Cuadernos de Pasado y Presente supuso, no una enciclopedia del marxismo, sino una cuidadosa elaboración, una inusual y compleja lectura de la tradición marxista atenta al vínculo con la sociedad y la práctica política revolucionaria. Si bien resulta en extremo complejo introducir criterios temáticos para la agrupación de los Cuadernos, dada la heterogeneidad de temas tratados, sí existe, en línea con la reflexión de J. C. Torre y C. Altamirano (2002), una impronta homogénea: el legado de Gramsci. Esto no sólo por la más que evidente filiación gramsciana del título de la publicación, sino fundamentalmente porque el comunista italiano, al igual que en la revista *Pasado y Presente*, era nuevamente la autoridad teórica necesaria para fundamentar la articulación del marxismo con lo más novedoso y avanzado de las corrientes teóricas de la época. Sin duda, la carencia de estudios sobre el contexto y los propósitos específicos de los Cuadernos de Pasado y Presente, sumada a sus repercusiones e influencias, así como a la falta de una edición crítica de los mismos, suponen importantes vacíos para el presente estudio.

En un artículo posterior, aunque siguiendo las principales tesis y utilizando la construcción empírica en *Los gramscianos argentinos*, Burgos (2012) expone prismas que caracterizaron la recepción de Gramsci en el grupo *Pasado y Presente*. Distingue dos grandes matrices en nuestro período de estudio: “la matriz filosófica, el Gramsci de la filosofía de la praxis” y la “matriz maquiavélico-jacobina”. La primera no transcurrió en la revista sino que fue el hito fundacional de la misma. El autor se refiere a la ya mencionada polémica filosófica que O. del Barco encabezó en el seno de la revista oficial del PCA, *Cuadernos de Cultura*, apoyándose en Gramsci para criticar la versión stalinista del marxismo-leninismo, lo que le valió su expulsión del partido. La segunda matriz respondía a una visión de cuño leninista que impregnó al grupo durante la década del 60 y principios de los 70. Esta matriz tuvo distintos momentos: a) el voluntarismo gramsciano-guevarista (1963-1964). El “Gramsci de la voluntad política nacional popular”, creador de nuevos Estados, y la interpretación del

partido revolucionario en clave de *príncipe moderno*, desencadenó una tensa e híbrida combinación con la tradición guevarista. Combinación que se materializó en un vínculo operativo y efectivo con la guerrilla del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) comandada por Jorge Ricardo Massetti; b) el “Gramsci de la temática nacional popular” (1964-1966). Depurada del voluntarismo foquista, la temática nacional popular sirvió aquí para pensar la cuestión de las masas, la compleja experiencia del peronismo y la grieta entre pueblo y pensamiento socialista; c) el “Gramsci consejista” (1966-1973), que permitió pensar experiencias de la clase obrera, especialmente en Córdoba (comparada por J. Aricó con la ciudad de Turín del *bienio rojo* italiano), y que se articuló con la interpretación del peronismo y el tratamiento de la cuestión nacional popular por parte del grupo.

El empleo de “gramscianos argentinos” para denominar la experiencia del colectivo *Pasado y Presente* trajo consigo algunas polémicas. Como el propio Burgos (2004) reconoce, la expresión provenía del nacionalismo popular. En la revista *Izquierda Nacional*, dirigida por Abelardo Ramos, se publicó un artículo de Ricardo Videla, “Gramsci y los ‘gramscianos’”¹⁵, quien apoyándose en un artículo de Juan Carlos Portantiero publicado en la revista *Táctica* (el primero después de la ruptura con el PCA¹⁶), y en otro de J. Aricó que inauguró la publicación de *Pasado y Presente*¹⁷, se preguntaba: “¿para dónde van los jóvenes gramscianos?”¹⁸. Se ha planteado que proseguir con esta denominación puede conducir a institucionalizar una identidad teórica (Gramsci), que si bien fue importante, no resultó la única ni tal vez la principal, dado que la experiencia *pasadopresentista* estuvo teñida de heterogéneas adscripciones teóricas (Starcenmabum, 2011; Acha, 2014). De alguna manera, atribuirle una significativa marca gramsciana al colectivo en la década del 60 y principios de los 70, nos llevaría a tejer una linealidad con la experiencia del exilio, cuando efectivamente Gramsci fue una referencia medular. En otras palabras, la denominación “gramscianos argentinos” implicaría adscribir el conjunto de actores de

¹⁵ *Izquierda Nacional*, año I, n° 4, octubre de 1963, pp. 22-23.

¹⁶ Portantiero, J.C. (1964) “Crisis en la izquierda argentina”, *Táctica*, año I, n° 1, enero-febrero de 1964, pp. 15-21.

¹⁷ Aricó, J. (1963) “Pasado y presente”, *Pasado y presente*, año I, n° 1, abril-junio de 1963, pp. 1-17.

¹⁸ Según la sospecha de J. Aricó, bajo el nombre del articulista Ricardo Videla se escondía una figura que devino central en el itinerario e interpretación contemporánea de Gramsci: “¿Por qué me empecino en creer que detrás del seudónimo pudo haber estado la persona de mi amigo Ernesto Laclau, por esos años integrado a la revista?” (1988/2005:93).

Pasado y Presente en una corriente teórica, cuando en realidad su itinerario estuvo atravesado por diferentes articulaciones.

Este recaudo es posible fundamentarlo en las propias consideraciones de J. Aricó, quien limitó los alcances del título “gramscianos” del grupo *Pasado y Presente* a la pretensión de desarrollar un marxismo abierto, susceptible de dialogar y debatir con lo más avanzado de la cultura político-teórica de la época:

Estuvimos así en condiciones de recibir y de analizar a partir del marxismo corrientes tales como el existencialismo sartreano y la fenomenología de Husserl, Claude Lévi-Strauss y el estructuralismo, Braudel y la nueva historia, y hasta las corrientes modernas del Psicoanálisis que giraban en torno de un sol apenas conocido por estas tierras: Jacques Lacan, sin comprometernos con ningún ismo. Y pudimos hacerlo porque encontramos en el marxismo italiano, y en Gramsci en particular, un punto de apoyo, el suelo firme desde el cual incursionar, sin desdecirnos de nuestros ideales socialistas y de la confianza en la capacidad crítica del marxismo, en las más disímiles de las construcciones teóricas. (...) En este sentido, y creo que sólo en él, por lo menos desde una perspectiva grupal, fuimos “gramscianos” y como tales reivindicamos nuestra identidad en el ámbito del debate argentino (Aricó, 1988/2005:91)¹⁹.

En un registro similar, al reseñar el libro de Burgos, Kohan (2005) reconoce potencialidades en la obra, pero cuestiona su hipótesis central: la presunción de una continuidad ininterrumpida de *Pasado y Presente* a la largo de sus cuatro décadas fundada en el vínculo entre política y cultura. La persistencia de este vínculo no resiste los cambios político-ideológicos ni los posicionamientos políticos de actores del grupo (Partido Comunista Revolucionario, Montoneros, socialdemocracia, etc.), por lo

¹⁹ Tampoco es posible para el autor (1988/2005:43) hablar de “gramscismo” en Latinoamérica, en tanto que a pesar de la utilización de categorías de Gramsci en distintos espacios (movimientos de base católicos, agrupaciones de izquierda, etc.), sus recorridos han sido heterogéneos, siempre en contacto e hibridación con otras perspectivas teóricas

que Burgos, según Kohan, termina por quedarse anclado en la historiografía oficial construida *a posteriori* por los protagonistas a modo justificativo²⁰.

El trabajo de Petra (2010b) de alguna manera prosigue este filón crítico al reflexionar sobre la experiencia del colectivo *Pasado y Presente*. La autora trata de evadir el peso que las autorepresentaciones han tenido sobre este colectivo al quedar fuertemente ligadas al relato que uno de sus protagonistas, J. Aricó, hizo en *La Cola del diablo*. Analiza, no el conjunto de la experiencia, sino más bien su génesis, el trayecto preliminar por el PCA y, luego, la primera etapa de la revista. Si bien no rehúye a la gravitación de Gramsci en la experiencia, se esfuerza por señalar otros trazos, pensando esta experiencia intelectual en relación con una constelación de elementos contextuales. Entre estos elementos, destaca el cambio en la morfología del espacio intelectual del PCA hacia fines de los 50 y la influencia de la cultura comunista italiana. En sintonía con el trabajo ya aludido de Bulacio (2006), sugiere que el derrocamiento del peronismo supuso el agotamiento de la identidad antifascista que hasta entonces había definido la relación entre los intelectuales y el partido. Entró en crisis una línea de pensamiento que, por un lado, ligaba la “defensa de la cultura” con la recuperación de una matriz liberal amenazada por la barbarie fascista-peronista, y por otro, había otorgado a los intelectuales un lugar central como baluartes de los valores de la razón y la humanidad. En la práctica esto se tradujo en un modelo de intervención donde el intelectual servía más como blasón de legitimidad o figura de prestigio para las iniciativas frentistas en el campo cultural que como componente esencial de un partido ligado a la clase obrera. Tanto la matriz interpretativa “civilización o barbarie” como este lugar asignado a la intelectualidad comenzaron a resultar cuestionados a fines de los años 50. Estos cambios morfológicos fueron en parte debidos al ingreso de nuevas camadas militantes al partido, cuyos itinerarios no correspondían al modelo intelectual partidario y que a su vez provenían en gran medida de los sectores medios formados en la universidad. Emergía junto al intelectual *de partido*, en sintonía con los procesos acaecidos en la mayor parte de los partidos comunistas occidentales a inicios de los 60, una nueva

²⁰ En otro registro Kohan señala la ausencia en el libro de Burgos de la publicación *La Rosa Blindada*, sin la cual “no se puede comprender a fondo el contexto de *Pasado y Presente*”. Burgos (2010), aludiendo a la reseña, asume la relevancia de la publicación, pero critica la impronta gramsciana de este emprendimiento político-cultural sugerido por Kohan a partir de las colaboraciones de José Aricó con José Luis Mangieri (director de la revista). También sostiene que no es ininteligible la experiencia *pasadopresentista* sin aludir a *La Rosa Blindada*. Otra reseña del libro de Burgos la realiza Ponza (2008), el cual sintetiza y describe los principales aspectos de la obra.

especie: el intelectual *en el* partido, dispuesto a reclamar un rol específico en la elaboración de la estrategia teórica y política de la organización.

Bajo este signo, Petra sitúa el surgimiento de *Pasado y presente*: una empresa de reforma doctrinal cuyo núcleo estratégico fue el despliegue de todo aquello que ellos conocían y el partido ignoraba. Desde su primer número, la publicación incorporó una notable cantidad de traducciones de textos en torno al pensamiento marxista y manifestó interés por aspectos teóricos y metodológicos que ingresaban de lleno en la categoría de lo “nuevo”. De entre todos estos influjos renovadores, la cultura italiana comunista fue tenida en cuenta especialmente. El fenómeno de influencia del mundo intelectual italiano de posguerra en el país, también comprendió a franjas del PCA hacia fines de los 50. A las nuevas camadas, la cultura italiana le permitió cumplir la función modernizadora que se proponía sin renunciar a la potencialidad política que esa misma cultura demostraba. El movimiento cultural y filosófico italiano se constituyó para *Pasado y Presente* en un modelo desde el cual legitimarse para emprender una crítica a las prescripciones del PCA en materia cultural. La hipótesis de la hibridación entre radicalización y modernización para explicar la génesis de la experiencia *pasadopresentista* también la sugirió H. Crespo en un breve artículo de 1997. *Pasado y Presente* se inscribió, según el autor, en una tensión entre radicalización y modernización que fue característica de la ciudad cordobesa por aquellos años. Esta tensión alcanzó su punto álgido entre 1950 y 1975, aunque se fue desplazando hacia el segundo polo. En este vertiginoso ciclo de modernización y radicalización de la ciudad mediterránea, emergió el crítico colectivo de editores cordobeses.

El artículo de Starcenbaum (2011) también contribuye a abrir la gesta *pasadopresentista* a otros influjos que exceden al gramscismo, impugnando por lo tanto la nominación “gramscianos argentinos” retomada por Burgos. Específicamente rastrea la influencia althusseriana en el proceso de relectura de la tradición marxista emprendida por el colectivo de intelectuales nucleados en la revista *Pasado y Presente*, tanto en su revista (1963-1965 y 1973), como en los Cuadernos de Pasado y Presente (1968-1983). La conclusión principal del autor es un aporte decisivo para el estudio: demuestra puntos de contacto y enlace entre la tradición althusseriana y gramsciana, en sentido contrario a la interpretación historiográfica canónica que las opone o las conjuga de manera despreciativa. De este modo, matiza la extendida presunción de un enfrentamiento abierto entre la obra de Gramsci y L. Althusser en las décadas del 60 y 70 en el medio local. La grieta abierta por Starcenbaum

contribuye a fundamentar la inscripción de la nueva intelectualidad crítica de entonces en la polémica sobre el tratamiento estructuralista o historicista del marxismo como marco para abordar las disputas y usos del legado gramsciano.

Como mencioné antes, en los estudios sobre la recepción de Gramsci en la Argentina o, más en general, sobre recorridos político-intelectuales de las décadas del 60 y 70, el itinerario de la obra del revolucionario sardo está vinculado al colectivo *Pasado y Presente*. Es indudable la relevancia de este grupo en el recorrido, pero el énfasis reiterado se puede tornar reduccionista. El trabajo de Tarcus (1996) centrado en los itinerarios de Silvio Frondizi y Milcíades Peña, habilita a trazar otros trayectos. Ambos, aunque no sea su influencia central, leyeron al comunista italiano, específicamente los volúmenes de los *Cuadernos* publicados por la editorial italiana Einaudi. S. Frondizi comenzó la lectura de Gramsci hacia principios de los 60. Sostenía que la transformación de la sociedad implicaba la integración del conjunto de los oprimidos en una concepción amplia y superadora del orden actual; no bastaba una organización política o el uso de la fuerza, era necesario un nuevo estilo de vida. También en su manuscrito de 1961²¹, que supuso un gran viraje y una crisis en la orientación del Movimiento de Izquierda Revolucionario Praxis (MIR – Praxis, grupo fundado y comandado por S. Frondizi), Tarcus (1998:366) encuentra huellas del concepto de hegemonía gramsciano. En 1964, en un manifiesto que retomó la orientación del artículo antes citado²², S. Frondizi definió la crisis argentina en sintonía con el concepto de crisis orgánica y profundizó en la noción nacional y popular gramsciana. El autor considera que esta última línea argumentativa fue reapropiada años más tarde por parte de amplios sectores de la nueva izquierda argentina en su integración al populismo. Respecto a Milcíades Peña, Tarcus (Íbid.:342, 345, 387) destaca diversos planos en los que se inspiró en Gramsci, siempre en yuxtaposición o combinación con otros autores/as: la comprensión de la clase social como una configuración que se realiza a partir de las posiciones estructurales; la aprehensión del marxismo como filosofía de la praxis; intuiciones sobre la relativa autonomía del Estado.

Vale señalar que, en base al escaso empleo de Gramsci por parte del nacionalismo popular en la década del 60 y principios de los 70, los esfuerzos de indagación han sido puntuales. A la mención del comunista italiano por la revista *Izquierda Nacional*

²¹ Frondizi, S. (1961) *Bases y puntos de partida para una solución popular*. Buenos Aires: Ciencias Políticas.

²² Frondizi, S. (1964) *Manifiesto de la Reconstrucción Nacional*. Buenos aires, s/e.

apuntada por J. Aricó (1988/2005:91-2), es posible añadir la polémica, estudiada por Burgos (2004:179-205), entre “Cátedras Nacionales y Cátedras Marxistas” donde Gramsci fue un objeto de disputa, y las reflexiones de Amaral (2010:15-51) sobre la presencia de Gramsci en el pensamiento de John William Cooke. A estas consideraciones, de enorme importancia para la pesquisa, le queda pendiente aún un estudio sistemático sobre el recorrido de Gramsci por el nacionalismo popular durante aquellos años. El reciente libro de Della Rocca (2013), *Gramsci en la Argentina*, prosigue las interpretaciones ya solidificadas sobre la recepción del autor en nuestro país, y el sugerente título del capítulo “El legado nacional, popular y socialista”, no aporta ningún insumo para divisar el derrotero del comunista italiano en esa vertiente, sino que se limita a ahondar en su pensamiento²³.

Aunque el terreno es pantanoso y polémico, puede resultar de interés la hipótesis de E. Jozami sobre la escasa influencia de Gramsci durante la década del 60 y 70 en las organizaciones políticas revolucionarias: el pensamiento político de Guevara *desplazó* al comunista italiano²⁴. En la corriente nacional popular, E. Jozami lo ilustra con la obra de J. W. Cooke. La impronta guevarista primó en la conceptualización de su estrategia política, con un buen conocimiento del revolucionario sardo, pero sin ningún empleo relevante. De entre todos los/as autores/as, es Amaral (2010) el que más se ha esforzado en mostrar las articulaciones entre el legado de Guevara, la revolución cubana y los escritos de Gramsci en la estrategia política de J. W. Cooke, llegando a sintetizarlo como un “foquismo de masas”. Por otra parte, la hipótesis de E. Jozami bien podría contemplar al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)

²³ Tal vez, el principal aporte del autor al periplo de Gramsci en Argentina sean sus consideraciones sobre el “Documento de Santa Fe II: una estrategia para América Latina en la década de 1990”, escrito en 1998 y destinado a contrarrestar corrientes ideológicas en la región. En el documento, señala el autor (2013:69-70), intelectuales ligados al presidente George W. Bush llamaban la atención de la gravitación de Gramsci en la reformulación de la estrategia revolucionaria, concentrada, ahora, en la batalla cultural.

²⁴ En otro trabajo, Burgos (2007) también ilustra el peso del guevarismo en términos políticos en la experiencia de *Pasado y Presente*. El primer momento del grupo (1963-1976) se caracterizó por la presencia conflictiva de “dos almas”: el alma (necesaria) gramsciana (en tanto matriz de apertura teórica) y el alma (contingente) guevarista. Por lo menos hasta 1973 en términos de estrategia política, el guevarismo (el esquema del foco guerrillero nutrido de campesinos que presionan y catalizan la organización urbana) o el maoísmo (el cerco de la ciudad por el campo) contemplados como “castrismo” en la época, primaron en la elaboración de la estrategia política de *Pasado y Presente*, desplazando a Gramsci. Recién en 1973, a través de las editoriales de los dos números de la revista *Pasado y Presente* se registró la inclinación del colectivo por una estrategia política anclada en Gramsci que será luego profundizada (y también revisada) durante el exilio mexicano.

encabezado por Roberto Santucho²⁵. De todos modos, el asunto es espinoso y reclama una específica investigación que rastree la presencia gramsciana en las organizaciones políticas de ese período.

La producción de Suasnábar es una referencia central en los estudios historiográficos educativos locales sobre el período y presenta afinidad con la pesquisa, entre otras razones, porque menciona a Gramsci como parte de los autores/as incorporados por la nueva izquierda pedagógica. A través del análisis del trabajo de J. C. Tedesco, *Educación y Sociedad en la Argentina (1880-1900)* de 1970, y la *Revista de Ciencias de la Educación* (1970-1975), reflexiona sobre la recepción del revolucionario italiano en el ala marxista educativa. En particular, interesa su mención de una pieza clave para el presente estudio: la aparición en el último número de la revista del artículo de Sara Morgenstern, “Hegemonía y educación”, que siguiendo a Gramsci se proponía renovar la perspectiva crítica educativa²⁶. Sin embargo, al no ser el objeto de su estudio, las reflexiones sobre el itinerario pedagógico del comunista italiano resultan introductorias.

2.3. Delimitación del objeto de estudio en base a sus antecedentes

Como se ha intentado mostrar, existen estudios sobre el recorrido de la intelectualidad crítica local y específicamente de corrientes pedagógicas como así también del itinerario de Gramsci en los años 60 y 70. Sin embargo, se hace notoria una doble vacancia.

Primero: dentro de la denominada *nueva intelectualidad*, las derivas o desarrollos pedagógicos del nacionalismo popular o la nueva izquierda han sido parcialmente atendidos. Mencionadas algunas figuras, experiencias o recorridos, es posible

²⁵ Cazes Camarero, destacado dirigente del PRT, sostiene: “Santucho no leía a Gramsci porque no le preocupaba el tema del consenso” (entrevista realizada por Seoane, 1997:164). Otros militantes están de acuerdo en que Mario Roberto Santucho conocía la obra de Gramsci, pero lo visualizaba como un “hombre del acuerdo histórico” (con la democracia al estilo de Palmiro Togliatti). Gramsci era contemplado en la formación teórica del PRT “aunque no era demasiado frecuentado”, siendo los principales autores Marx, Engels, Lenin, Mao, Ho Chi Min y, obviamente, Guevara (Kohan, 2000a:285). En la historia del PRT-ERP realizada por Pozzi (2013) no se menciona a Gramsci como fuente teórica. En este sentido, seguramente el concepto de hegemonía utilizado por el PRT tuvo, fundamentalmente, un anclaje leninista más que gramsciano.

²⁶ Morgenstern, S. (1975) “Hegemonía y educación”, *Revista de Ciencias de la Educación*, año V, n° 13-14, enero-septiembre, pp. 30-42.

ahondar las tentativas. Desde luego, las referencias al legado gramsciano en ambas tradiciones no se han ahondado. De este modo, surge la necesidad de potenciar los esfuerzos en pos de una historia intelectual de la pedagogía crítica en nuestro país. Segundo: como se ha visto, la recepción de Gramsci en Argentina ha sido ampliamente estudiada, pero restan ámbitos por indagar. Entre ellos, se encuentran las elaboraciones político-pedagógicas. Conocidas las principales querellas por la obra de Gramsci en los años 60 y 70, no obstante, sus contiendas o implicancias pedagógicas son prácticamente ignoradas. Asimismo, el nacionalismo popular ha sido frecuentemente abordado como corriente política, pero su recepción y trabajo con la obra del revolucionario sardo en los años 60 y 70 demanda trabajos específicos. En general, tal y como ya se ha anticipado, la obra de Gramsci se ha estudiado en relación a la experiencia de la nueva izquierda, en particular, del colectivo *Pasado y Presente*, por lo que una investigación singular sobre la trayectoria del autor a través del nacionalismo popular sigue siendo una deuda pendiente. Es indudable que las huellas gramscianas son tenues o escasas en esta corriente política durante el período, pero no inhibe el esfuerzo de búsqueda.

Respecto a las estrategias metodológicas de análisis en las investigaciones que conforman el estado del arte y anteceden por tanto a esta tesis, destaca la opción por la indagación documental, apoyándose, en algunos casos, el estudio en entrevistas hechas a los protagonistas de aquellos años. Ésta es una interesante línea de trabajo que se prosigue: privilegiar el momento de la indagación documental para luego, enmarcar y realizar la recopilación de testimonios orales. El argumento se funda, no sólo en la evidente necesidad de reconstruir la escena política e intelectual para diagramar entrevistas, sino también en lo acontecido con el desenlace traumático de la década del 60 y 70, algo aún presente en los entrevistados/as y en su memoria histórica. Más allá de la riqueza de los significados atribuidos por parte de los actores al pasado vivido, el anclaje en el momento documental permite establecer, de alguna manera, los alcances y límites de la recuperación oral en el afán de la reconstrucción aguda del sentido dirimido en un período histórico.

Con todo, los antecedentes descritos enmarcan las principales características y polémicas de la intelectualidad crítica, así como el recorrido de la obra del comunista italiano en las décadas del 60 y 70. Atendiendo a ellos, la tesis analiza el itinerario de la obra de Gramsci en dos corrientes: la nueva izquierda pedagógica y el nacionalismo popular durante los convulsionados años 60 y principios de los 70.

Capítulo 3. Marco teórico

En la tradición metodológica el término “marco” es el más consolidado a la hora de señalar los contornos del enfoque teórico asumido. Para sortear equívocos, la presente investigación sostiene esta denominación. Aunque es necesario precisar que, en rigor, el “marco” está lejos de ser un mero marco, el cual haría referencia a una construcción rígida cuya función se reduce a “cercar”, “delimitar” o “encuadrar” el objeto de estudio. Lejos de eso, su función es dejar asentado un enfoque teórico que habrá de adaptarse y a partir del cual se derivarán los problemas y objetivos de investigación. De ahí que se haya sugerido como metáfora más ajustada la expresión “trama teórica”, que supone un entretejido a partir del cual emerge el propio posicionamiento en el tema (Ynoub, 2015:206). Esta metáfora ilustra de una manera más apropiada las características del trabajo teórico para la presente investigación, ya que se han vinculado y articulado un conjunto de perspectivas y lineamientos desde los cuales ha sido indagado el objeto en cuestión. Siguiendo la delimitación del marco teórico ofrecida por Sautu (2003:43), este primer apartado de la trama teórica responde a lineamientos epistemológicos, mientras que el segundo y tercer apartados presentan una serie de polémicas y categorías que hacen referencia al contenido sustantivo del tema investigado.

3.1. En torno a la recepción de autores/as y la perspectiva historiográfica

El elemento destructivo o crítico en la historiografía se hace patente cuando hace saltar la continuidad histórica. La historiografía auténtica no elige su objeto con ligereza. No lo toma, lo extrae haciéndolo saltar del curso histórico. Este elemento destructivo en la historiografía debe entenderse como una reacción a una constelación de peligros que amenaza tanto a lo transmitido en la tradición como a su receptor.

Walter Benjamin

De entre la amplia variedad de trabajos que abordan la recepción de las obras de autores/as, resulta especialmente interesante la perspectiva planteada por Tarcus (2007a). El autor distingue analíticamente las siguientes etapas en el despliegue de

un cuerpo de pensamiento: producción, difusión, recepción y apropiación de las ideas. La tercera etapa (recepción) se refiere al desembarco de un conjunto de ideas en un campo de producción distinto del original. Se trata de un proceso activo a través del cual determinados individuos o grupos intentan adaptar la teoría a su campo, empleando mecanismos heterogéneos: reedición de obras, traducción, elaboración de prólogos. Se establece en este punto una demarcación y una interpretación. Por otra parte, es preciso explicar las ausencias de ciertas categorías o nociones. En efecto, la inclinación sólo por el paradigma de la presencia supone una ontología que privilegia la referencia e ignora que la no alusión a determinados aspectos de un pensamiento también reclama su abordaje. Desde luego, este tránsito entre producción y recepción está repleto de intereses en pugna (Bourdieu, 1997; 1999; Williams, 1997). La cuarta etapa (apropiación de ideas) remite al “consumo” de un cuerpo de ideas por parte del supuesto lector “final”, el cual, a su vez, es posible que también asuma el papel de difusor, receptor o incluso productor a partir de este cuerpo de ideas.

La lectura tiene un carácter productivo. La relación entre un texto y su lector responde a la vinculación de la pregunta y la respuesta; esto es, se lee en un texto aquello que responde a la pregunta que el lector/a le plantea pero, asimismo, la incompletitud de la respuesta plantea al lector/a nuevas preguntas. En esta línea, Hans Jauss (1978, 1992) ha sido el promotor de una “estética de la recepción” en la que el foco se pone en el “horizonte de expectativas”, es decir, en los comportamientos, conocimientos e ideas preconcebidas acerca de una obra en el momento de su aparición, elementos mediante los cuales la obra es valorada. La importancia y el valor de una obra resultan de su ubicación en la “cadena de recepciones”, donde incluso la primera lectura suele no ser decisiva para el destino posterior de la misma. La lectura es, fundamentalmente, un acto de significación que otorga sentido pero que a la vez se apoya en un plano social. La recepción del texto, por tanto, es una experiencia tanto estética como social, lo cual quiere decir que esta recepción sólo es posible inscrita en una cultura y en base a pautas, modelos de identificación y reglas sociales de funcionamiento particulares. En una línea similar, se sostiene que la recepción es una noción contradictoria (Asson, 1997). Por un lado, remite a padecer, a sentir, a dejar entrar. Esto ubica a aquel que recibe en una posición de apertura pasiva, de “receptáculo”. Por otro lado, en tanto acto, la recepción implica tomar posesión de aquello mismo que es dado, ofrecido o transmitido, releyéndolo e incluso modificándolo. Así, la recepción puede ocurrir sin que necesariamente el “emisor” haya hecho acto de transmisión; el o la que recibe

puede hacer acto de recepción independientemente de toda habilitación o legitimación de la transmisión. Por tanto, la apropiación de un “bien” que se encuentra en cierto modo sustraído es un rasgo característico de la recepción. El lector, concebido como parte activa, capta en cada obra la respuesta a una pregunta elaborada en pasado, pero actualizada como presente en el proceso de recepción.

El concepto “usos de Gramsci” conduce inevitablemente al trabajo de Portantiero (1975/1977), quien subrayó las disímiles y productivas lecturas políticas realizadas del disperso legado gramsciano. Sobre la base de las limitaciones para el conocimiento integral de su obra, los aportes de Gramsci se habrían configurado como un “espacio vacío”, apto para recibir cualquier contenido y adecuarse a las necesidades políticas del momento. En estos usos tiene lugar una mutación. Tal y como argumenta De Certau (1990), los usos suponen una operación sobre el texto, una incorporación del lector en el lugar del autor. El texto se vuelve un objeto prestado, susceptible de usos diversos y productivos. Es de interés su noción de “trayectorias indeterminadas” que arroja luz sobre los múltiples usos posibles de los objetos asumidos por los lectores. En algunas ocasiones, estas trayectorias pueden devenir “insensatas”, en tanto no resultan coherentes respecto al espacio construido, escrito y prefabricado hasta entonces, conformando usos originales o disruptivos.

La faceta productiva de la lectura o la recepción enfatizada por estos planteos reclamaba articularse con su radical historicidad. Es preciso huir del carácter inmanente que podría derivarse del acto de recepción, dando cuenta del espacio socio–histórico del sujeto articulador de la lectura y de su empleo (Caruso, M. y Faistein, G., 1997). En el análisis de la recepción y usos de los autores, el foco se centra en abordar las condiciones sociales constituyentes y conflictivas de los empleos teniendo en cuenta el carácter significativo de la realidad y el texto. No se trata de develar empleos correctos o incorrectos en referencia a una interpretación válida, sino de comprender modalidades y condiciones de posibilidad socio–histórica de determinados usos. Esto implica situar los usos encarnados por franjas intelectuales en su localización específica, en el clima político–intelectual de ese período. La pregunta no es sólo *qué* hicieron determinados intelectuales con el legado gramsciano, sino también *por qué* hicieron lo que hicieron. Así, el desafío transcurre en dos planos intrincados: asir la singularidad de los usos pedagógicos de Gramsci, sin reducirlos a sus meras condiciones externas, al tiempo que inscribir dichos usos en las condiciones históricas en que se producen para volverlos inteligibles.

La preocupación por abordar y “hacer hablar” al pasado nos remite a problemas epistemológicos e historiográficos propios de la llamada historia intelectual. Adhiero a que la historia se escribe desde una crítica del presente con el objetivo de alterarlo. Se indaga en ella para cuestionar el pasado pero, ante todo, al propio presente. La escritura sobre el pasado está marcada por las incomodidades del ahora. Y ese pasado amenaza con desaparecer con todo presente que no se reconozca aludido por él (Benjamin, 1940/2007:79). Por tanto, en la construcción del pasado se dirimen serias disputas. Como apuntó Hobsbawm (1983/2002), los historiadores contribuyen, consciente o inconscientemente, a la creación, desmantelamiento y reestructuración de las imágenes del pasado. En ese sentido, sugirió que las tradiciones no son meras sobrevivencias del pasado en el presente, sino más bien creaciones hechas sobre el pasado desde el propio presente; no son una herencia, sino una *invención*. En una línea similar, Raymond Williams (1977) sostuvo el concepto de *tradicción selectiva*. Según el autor galés, las tradiciones se constituyen bajo una versión intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y de un presente preconfigurado. Por esta razón, tienen una vasta capacidad y gravitación en los procesos de definición e identificación cultural y social. Con todo, la inclusión en el pasado del nacionalismo popular pedagógico y de la nueva izquierda pedagógica no es fortuita. Es una versión intencionalmente selectiva del pasado, una modalidad de invención, una construcción de una identidad político–pedagógica que reclama religaciones contemporáneas. En definitiva, una apuesta político–intelectual.

Asimismo, el concepto de *formaciones culturales* acuñado por Williams (1977) resulta de sumo interés para el estudio de las corrientes delimitadas en el presente estudio. Estas formaciones, esgrime el autor, son reconocibles como tendencias y movimientos conscientes en la vida intelectual y artística que no pueden ser identificables o reductibles a las instituciones formales. Más bien, hay que atender al hecho de que en la relación entre formaciones e instituciones existe una gran variabilidad histórica. Las formaciones indican los movimientos, los círculos, las escuelas, etc., es decir, una variada gama de formas de agrupamiento intelectual, a través de cuya existencia y actividad se manifiestan algunas tendencias de la producción intelectual, artística y literaria. Además, suponen, a diferencia de las instituciones, un carácter relativamente laxo. Carecen de reglas definidas para las relaciones entre sus miembros (o al menos es difícil percibir las), y así se distinguen de los cuerpos regulados (como la universidad o las asociaciones profesionales). Según Williams, lo significativo es asir tanto la propia “conciencia” del emprendimiento por

parte de los miembros del grupo (el modo explícito en que el grupo se identifica a sí mismo, las actividades a través de las cuales se afirma, sus evidentes estrategias de diferenciación), como aquellas significaciones que aparecen más difusamente, ya sea porque son asumidas como obvias, o porque se hallan corporeizadas en las formas de autoorganización, o en el estilo y el tono de las tomas de posición. De ahí que la unidad intelectual y estética de un movimiento, aquello por lo cual sus miembros se reconocen, por lo cual reconocen a sus “próximos” y toman distancia respecto de los “otros”, no tiene necesariamente la forma de unidad de una doctrina artística o ideológica (Altamirano, C. y Sarlo, B., 1983:98).

Resulta fecunda la noción de *formaciones* porque las vertientes político-pedagógicas tuvieron un derrotero que no se fundó o condensó en las instituciones. Más bien, su itinerario permaneció marcado por vínculos tensos y conflictivos con la universidad y los partidos de la izquierda tradicional. Su indagación en tanto *formaciones* reclama detenerse en la vida cultural e intelectual del país, y no necesariamente en su encarnación institucional. Desde ya, este sinuoso despliegue vuelve imperioso, no sólo reconstruir los debates político-intelectuales, sino también rastrear sus presencias en innumerables y dispersos documentos de la época, especialmente en las revistas culturales. En el capítulo metodológico del estudio se fundamenta la viabilidad de aprehender también, en tanto *formaciones*, las revistas comprendidas en el estudio, a la vista, entre otros aspectos, de su conflictivo derrotero respecto a instituciones como la universidad. De este modo, el concepto de *formaciones* contribuye a asir el carácter colectivo de cualquier emprendimiento individual. Como se verá, aun en los casos en que se analiza el legado político-intelectual de una figura, su inclusión en una *formación*, concretamente en una revista cultural, permite elucidar la trama colectiva que lo cobijó y bajo la cual su obra adquiere un cabal sentido. El itinerario de determinadas figuras guarda, con mayor o menor grado de explicitación y conciencia, rasgos compartidos con otros compañeros/as de ruta, solidaridades y proyectos grupales que eran expresados en muchas ocasiones en las revistas de las que participaron. Estas publicaciones estuvieron atravesadas por ciertos códigos o presupuestos comunes que se fueron resignificando, precisando o bien entrando en marcado conflicto. El análisis de sus periplos se torna pues condición y parte de la indagación de la intelectualidad en el período estudiado.

El conformismo dominante amenaza y somete constantemente a las tradiciones derrotadas. Los “vencedores” asignan a esas tradiciones un lugar en el olvido, o lo

que es parecido, las abrigan con prejuicios y desconocimientos. El conformismo proyectado en el pasado sólo se mueve con el inconformismo del presente. No se trata de reconstruir el pasado sino de, siguiendo a W. Benjamin, apoderarse de un recuerdo que tal como éste relumbra en un *instante de peligro*, o sea, de atrapar una imagen del pasado tal como ésta se le presenta de repente al sujeto histórico en el instante del peligro, en el instante anterior a resultar vencido. El *instante de peligro* invita a divisar el cúmulo de opciones disponibles para los sujetos históricos, aunque el derrotero histórico se haya inclinado en una determinada dirección. Se trata pues de *cepillar* la historia a *contrapelo* (Benjamin, 1940/2007:28), de romper con verdades conformistas e inmovilizantes que pesan sobre el pasado derrotado y asir así la historia desde el punto de vista de los vencidos. “Tampoco los muertos están a salvo del enemigo, si éste vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer” (Ibíd., 1940:26). La historia, desde el punto de vista de los vencidos, no es una acumulación gradual de conquistas sino más bien una serie de derrotas catastróficas (Lowy, 2001/2012).

No obstante, esta historia a *contrapelo* no debe sucumbir, como lo hace en nuestros medios, a lo que se ha venido a llamar *progresismo historiográfico* (Acha, 2012). A partir del llamado “retorno a la democracia” en 1983, y como parte de los efectos de la última dictadura cívico–militar, la agenda historiográfica se vio signada por el problema de la modernización. La tarea historiográfica se basa en destacar las irregularidades, desigualdades y obstáculos en esta senda modernizante y modernizadora. Las palabras claves de esta historiografía progresista son democracia, ciudadanía, derechos humanos, movilidad social y distribución del ingreso, entre otras. Sus horizontes son: inclusión social, Estado benefactor y reconocimiento cultural. Se presupone un sentido histórico, un proceso objetivo, caracterizado por la modernización. La historia es concebida bajo el prisma de la modernización, lo cual implica rupturas, derrotas, discontinuidades o debilidades. Así, se investiga por qué no hubo una institucionalización democrática perdurable y sólida, por qué el capitalismo local se oligarquizó o por qué el sistema educativo se volvió elitista. La historia a *contrapelo* benjaminiana sufre algunas alteraciones. Es asimilada bajo una lógica “contributiva”: se valora la incorporación de los ausentes en la historia. Así, por ejemplo, se hace una historia de “los de abajo” o de manifestaciones populares para conformar una imagen más compleja o completa del pasado, pero esta historia contributiva no es más que un apéndice de una estética del conflictivo progreso histórico. La emergencia de estos actores se inscribe en la matriz

modernizante, es decir, en la prolongada maduración de la inclusión y de la democracia en nuestro país.

Tal vez las décadas del 60 y 70 y la figura de Antonio Gramsci sean dos casos paradigmáticos del asedio historiográfico progresista. Dejando a un lado los estudios en clave liberal que se basan en marcar los “excesos” y la “primacía de la violencia”¹, otras reflexiones en torno al derrotero intelectual de esos años no escapan a la matriz modernizadora. Impulsados por muchos de los intelectuales protagonistas de los años 60 y 70, sus reflexiones están envueltas en la problemática democrático-modernizadora pos 83. La matriz de lectura consiste en una elaboración crítica (y en algunos casos autocrítica) del desempeño de las organizaciones políticas y los intelectuales. En torno a la historia intelectual domina la idea, como señalé en el estado del arte, de que la sobrepolitización en los 60 y 70, en particular después del *Cordobazo*, corrompió la autonomía del campo intelectual. Esta sobrepolitización tuvo distintas expresiones. Una se tradujo en el aumento de las actividades guerrilleras durante el período 1969–1976, las cuales, hasta entonces, habían sido marginales². Luego del *Cordobazo*, continúa ese razonamiento, la cultura se vio reducida al plano político, alejándose así de la senda modernizadora. El campo intelectual no logró consolidarse con reglas propias y autónomas debido a las invasiones y demandas de la política. Por otra parte, en las relecturas de ese período, Gramsci y sus categorías son un lugar común³. El comunista italiano ofrece un acervo conceptual para demostrar y preguntarse por la ausencia de una estrategia democrática en la izquierda por aquellos años ¿Por qué los sectores radicalizados no lograron vertebrar una propuesta democrática que valorizase las mediaciones institucionales en los 60 y 70? Gramsci es el autor de referencia para desandar este interrogante. Así, el legado gramsciano se juega en las derivas historiográficas progresistas y parece lamentarse el “descubrimiento” posterior (sobre todo, en el exilio mexicano) del revolucionario

¹ Una expresión nítida y contemporánea, en este sentido, la expresa la última producción de Hilb (2013), que continúa y retoma la perspectiva historiográfica elaborada junto con Lutzky (1984).

² Por ejemplo, el Comando UTURUNCO (1959) de las Fuerzas Armadas Peronistas y el Ejército Guerrillero del Pueblo (1964) tuvieron un escaso impacto político-social. En cambio, a principios de los 70, hubo al menos 17 agrupaciones políticas armadas, 5 de ellas de alcance nacional: las Fuerzas Armadas Peronista (FAP), las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), Montoneros y el Partido Revolucionario de los Trabajadores–Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) (Pozzi, 2013).

³ Un temprano e ilustrativo caso en el terreno pedagógico: Puiggrós, A. “Universidad en la Argentina de 1973-74”, *Revista Controversia*, año I, n° 1, octubre de 1979, pp. 11-12.

sardo, es decir, se indaga el pasado para detectar la ausencia de tradiciones democráticas y del pensamiento gramsciano.

Esta investigación pretende sortear ambos enredos. Situar a Gramsci bajo el signo de la radicalización político–teórica permite, además de encontrarse con usos pedagógicos habitualmente olvidados, visitar la creciente sobrepolitización o absorción de la cultura (podría agregarse también los debates pedagógicos) por parte del ámbito político a fines de los 60 y principios de los 70. Contribuye a colocar en crisis la matriz modernizadora que en general da por hecho que Gramsci fue un gran “olvidado” por aquellos años o que fue desplazado por el estructuralismo althusseriano. En otras palabras, el desafío es abordar las singularidades de algunos espacios de producción intelectual pedagógicos en la década del 60 y 70, sin caer en la culpabilización por la modernización inmadura de las franjas intelectuales, y desnudando presencias pedagógicas gramscianas alejadas de la clave democratizadora posterior.

La pretensión por *cepillar* la historia a *contrapelo* de la corriente historiográfica progresista, supone también no desembocar en el problema inverso: el romanticismo incauto sobre los años 60 y 70. Ciertamente el fetichismo de dichos años es sumamente problemático, no sólo porque conduce a la falta de un sustancioso balance crítico de lo actuado, sino también porque pretende encontrar allí las huellas de un destino histórico revolucionario que se detuvo con la última dictadura cívico–militar. De lo que se trataría es de retomar y potenciar ese curso de la historia. Las palabras claves de esta historiografía son: fuerzas sociales, trabajadores/as, alienación y su horizonte, es decir, el socialismo (aunque sin los resabios burocráticos a los que nos acostumbró). Al igual que en la historiografía progresista, sufrimos la presencia de una historiografía signada por la teleología. Allá, el curso histórico lo marcan los procesos modernizadores; aquí, los procesos revolucionarios.

Es preciso conformar una historiografía sin teleología (Acha, 2012). No se trata de situar los acontecimientos en un sentido suprahistórico, asimilador y disolvente. Hay que desajustar la historia del progreso histórico, sin que esto suponga evadirse de la dinámica social general y contradictoria del capital. Es sabido que el posmodernismo ha hecho de la historia un conjunto yuxtapuesto de singularidades. El énfasis en la multiplicidad y la fragmentación ha desconocido la imposición desigual y combinada del capital como dinámica mediadora de las prácticas sociales. La particularidad del acontecimiento ha sido desembarazada de la universalidad del dominio, al tiempo que se han jerarquizado los juegos del lenguaje (Lowy, 2001/2012).

Teniendo en cuenta lo dicho, el estudio de la recepción de Gramsci en las vertientes pedagógicas aludidas pretende huir tanto de una historiografía teleológica (ya sea progresista o revolucionaria) que le asigne un sentido histórico, como de una historiografía posmoderna que se vea limitada por parcialidades. Más bien, se intentará enmarcar los usos pedagógicos de Gramsci en la trama político-intelectual de los años 60 y 70. La nueva izquierda pedagógica y el nacionalismo popular pedagógico pueden officiar de mediadores entre la singularidad del uso pedagógico gramsciano y la movilidad del escenario político–intelectual de aquellos años. Un escenario que tuvo su desenlace, pero que careció de sentido o direccionalidad histórica inmanente. Las intenciones y móviles de las franjas intelectuales consideradas se han fundado en búsquedas dignas de comprensión por fuera de cualquier teleología histórica.

3.2. Las tensiones de la nueva intelectualidad y las líneas político–teóricas del nacionalismo popular pedagógico y la nueva izquierda pedagógica

3.2.1. La formación de la nueva intelectualidad en su laberinto

Hacia fines de los años 50, en Argentina se produjeron renovaciones en el campo político-intelectual de izquierda. En general, estas renovaciones se desarrollaron en tensión y ruptura con la vieja izquierda en distintos planos, conformándose lo que Sigal (1991) denomina nueva intelectualidad. Vale mencionar, para evitar equívocos, que en gran parte de los estudios se suele asociar nueva intelectualidad a nueva izquierda –por ejemplo, Terán aborda a la “nueva izquierda intelectual”–. En el estudio las distingo. Denomino nueva intelectualidad a un amplio conjunto de tendencias político–intelectuales renovadoras surgidas a fines de los años 50 en ruptura con la vieja izquierda. Al interior de este movimiento distingo dos corrientes: la nueva izquierda que presenta una filiación marxista crítica y el nacionalismo popular⁴. De

⁴ Sería apropiado indagar las articulaciones de Gramsci con otras corrientes que también animaron la nueva intelectualidad, como es el caso de la Teología de la liberación en los años 60 y 70. En su difundido trabajo en América Latina, *Teología de liberación* fechado en 1972, Gustavo Gutiérrez apeló al comunista italiano al comienzo de su libro para referir que la filosofía, lejos de anclarse en una casta intelectual, era susceptible de ser desarrollada por todos los hombres –en tanto, siguiendo a Gramsci, “todos los hombres son filósofos”–, así como para concebir al teólogo en clave de un nuevo tipo de “intelectual orgánico”. Estas

igual modo, interesa retener el concepto de nueva intelectualidad porque da cuenta de un conjunto de cuestiones y nudos comunes que atravesaron tanto a la nueva izquierda como al nacionalismo popular.

Como parte de las determinaciones locales de la nueva intelectualidad, es significativo reparar en las reflexiones sobre el peronismo y las rupturas operadas con la vieja izquierda. Tal y como se ha analizado en distintos trabajos (Sigal, 1991; Terán, 1991; Altamirano, 2011b, entre tantos/as), el derrocamiento de Perón en 1955 abrió e impulsó un terreno de recolocación y revisión sobre las lecturas del fenómeno peronista. Durante el gobierno peronista existió un bloque opositor nucleado en la Unión Democrática y compuesto por sectores liberales y de la izquierda tradicional (PCA y PS). Con el derrocamiento del General, comenzó a estructurarse un espacio intermedio entre las posturas liberales, la izquierda tradicional y la ortodoxia peronista. Este espacio estuvo conformado fundamentalmente por grupos o militantes provenientes del comunismo o el socialismo con los que ingresaron en crisis o rupturas. La alianza entre sectores liberales y de izquierda comenzó a resquebrajarse adquiriendo centralidad el debate sobre la lectura del peronismo. El campo liberal prosiguió con su interpretación que lo reducía a un fenómeno episódico, artificial; a un movimiento promovido por una demagogia operada desde el Estado que, una vez carente de ese Estado, habilitaba un desmantelamiento de sus efectos más relevantes sobre las masas. En términos generales, la línea oficial del PCA y el PS persistió en la interpretación de la disponibilidad de las masas con la caída del peronismo y, por tanto, la lectura de éste como un fenómeno pasajero⁵. En ruptura con esta interpretación, algunas franjas de la izquierda –que luego animaron la nueva intelectualidad– ensayaron otras lecturas. Bajo una estructura de culpabilización (Terán, 1991:54) por haber permanecido ciegos frente a la impronta popular del peronismo, algunos sectores de la izquierda comenzaron a cuestionar la estrecha vinculación del peronismo con el fascismo. El recuerdo de la Unión Democrática se volvía insoportable y reclamaba tanto una profunda autocrítica de la izquierda como una rectificación en la línea política. Entre estas renovadas lecturas, se encontraba la promovida por la revista *Contorno* (fundada en 1953 por Ismael Viñas y publicada

apelaciones explícitas bien demandan un trabajo específico, capaz de analizar las influencias gramscianas en esta corriente.

⁵ De todos modos, tal y como precisa Altamirano (2011b:23–28) existieron virajes en el posicionamiento oficial del PCA sobre el hecho peronista. El Partido Socialista, aunque mantuvo una oposición más homogénea o compacta en torno al fenómeno, también experimentó algunas tensiones internas (Tortti, 2009: 32–39; Altamirano, 2011b:20–23).

hasta 1959). En el campo político, su interpretación del peronismo daba cuenta de una crisis definitiva entre algunos intelectuales de izquierda y las organizaciones políticas tradicionales –como el PCA– en las que ya no se sentían representados y, correlativamente, una reexamen de la experiencia peronista, que en pocos años dejó de ser considerada una versión criolla de los fascismos europeos para transformarse en un movimiento de masas de seductores ribetes antiimperialistas. *Contorno* articuló categorías nacional–populares, sartreanas y marxistas para sostener que el peronismo había representado tanto a una burguesía industrial y a una política de industrialización liviana y de tipo subsidiario como una experiencia vital que desnudó viejos males del país. En particular, J. J. Sebrel (1956), a través de conceptos sartreanos, calificó al peronismo como “bastardo”, como un movimiento antiburgués capaz de desafiar al imperio de las costumbres, a los valores estables, a los clisés morales. *Contorno* se alejó tanto del liberalismo antiperonista como de los partidos de la izquierda tradicional, en particular del PCA que, por entonces, continuaba ejerciendo una marcada influencia en los medios intelectuales (Sigal, 1991; Terán, 1991).

Otras lecturas propias de la nueva intelectualidad provinieron de la revista de impronta trotskista y coordinada por Milcíades Peña: *Fichas de Investigación Económica y Social* (que publicó diez números desde abril de 1964 hasta junio–julio de 1966). Desplegó una lectura alternativa a la izquierda tradicional, aunque sin la estructura de culpabilización. Ensayó una radical impugnación del peronismo, el cual fue caracterizado como un bonapartismo que fracasó en su intento por colocarse por sobre las clases sociales. En el fondo, su contenido de clase era evidente, aunque intentó ocultarlo: un gobierno conservador que aparecía como revolucionario; políticas de estancamiento y sumisión al capital extranjero que aparecían como industrializadoras y soberanas. Además, el peronismo había bloqueado las perspectivas revolucionarias y combativas de la clase obrera al canalizar en el Estado parte de sus demandas. Otras lecturas del peronismo tuvieron un registro gramsciano. La revista *Pasado y Presente* compartió, aunque sin citarlas, algunas de las tesis de M. Peña en la caracterización del peronismo (Tarcus, 1996). Sin embargo, disentían en otras, en particular, en lo referido a los efectos de la experiencia peronista sobre el pueblo. En la relectura del peronismo, *Pasado y Presente* cuestionó el conglomerado político de la Unión Democrática en tanto cabal manifestación del desencuentro entre pueblo e intelectuales de izquierda. La identificación de la clase obrera con el peronismo resultaba inconmovible y capaz de resistir los intentos integracionistas de

las clases dominantes. Este escenario abría un amplio campo de desafíos para la izquierda (Portantiero, 1963; Aricó, 1964).

Desde luego, existieron otras lecturas renovadoras del hecho peronista por parte de la nueva intelectualidad. No importa aquí exponer una *racconto* de las mismas como subrayar el carácter innovador y de ruptura respecto a la izquierda liberal con que el peronismo comenzó a ser valorado por una nueva intelectualidad crítica. Si bien no es el objeto de este estudio, es preciso realizar un breve repaso del recorrido de la “Revolución libertadora” y del posterior ascenso de A. Frondizi como parte de las condiciones políticas del surgimiento de esta nueva intelectualidad. En la heterogénea coalición que había derrocado a Perón en 1955, existían tres tendencias en torno al tratamiento de la cuestión peronista: la radicalizada –entre otros el PS– que pretendía erradicar el aparato totalitario fascista y reeducar a los sectores populares; la optimista –conformada por una fracción radical que luego constituyó la Unión Cívica Radical del Pueblo, UCRP– que consideraba al peronismo como un fenómeno destinado a desaparecer, sin necesidad de realizar innovaciones económicas o político–constitucionales; la tolerante –encabezada por frondizistas que más adelante conformaron la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), y el PCA, entre otros– que asumía al peronismo como un proyecto de cambio económico y social malogrado por el estilo político de Perón (Torti, 2009).

Cuando en noviembre de 1955 Lonardi fue reemplazado por el General Aramburu en la presidencia, comenzó un marcado proceso de desperonización de la vida social. El gobierno de la “Revolución libertadora” asumió dos tareas contradictorias e irresolubles entre sí: el rumbo que debía asumir la economía y la manera de asimilar a las masas peronistas. El objetivo de desperonizar la economía se tradujo en medidas concretas –como devaluación de la moneda– que perjudicaban a los mismos trabajadores/as a quienes supuestamente deseaban integrar. El marcado cariz antipopular del régimen alejó rápidamente a los intelectuales que lo habían comprendido como una solución a los “excesos” del peronismo. De simpatizantes pasaron ahora a víctimas de persecuciones y encarcelamientos. Estas políticas, junto con la represión a las expresiones peronistas (profundizada luego del fallido alzamiento cívico–militar del 9 de junio de 1956 que buscó restituir al peronismo en el poder) fueron parte de las condiciones sociales y políticas para que franjas de la intelectualidad crítica local comenzasen un proceso de viraje y revisión hacia posiciones antiliberales. En este marco, A. Frondizi y los círculos en torno al director

de la revista *Qué*⁶, Rogelio Frigerio, comenzaron a delinear un perfil y un programa político destinado a superar los límites de la “Revolución libertadora” y a aglutinar un conjunto disímil de fuerzas. Levantó un programa político industrialista y desarrollista sostenido en un papel activo del Estado en articulación y auspicio de la iniciativa privada, teñido por un discurso antiimperialista. La figura de A. Frondizi aunó fuerzas políticas en oposición durante años anteriores -como era el caso de peronistas y PCA- y catalizó tensiones internas de diferentes partidos en torno a su apoyo (Tortti, 2009). El denominado “pacto” entre Perón y A. Frondizi –a través de J. W. Cooke y R. Frigerio–, posibilitó al último ganar las elecciones presidenciales de 1958 con el 45% por la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) (Altamirano, 2001).

Entre expectativas y desconfianzas, el gobierno de A. Frondizi tomó una serie de medidas en los primeros meses de gobierno: aumento salarial, promulgación de las leyes de amnistía –aunque no incluyó a Perón ni al peronismo, como se había “pactado”– y de las asociaciones profesionales –que restituyó la normativa vigente durante el peronismo–, pero también otras como la denominada “batalla del petróleo” –que en su afán de alcanzar el autoabastecimiento, resultó, para distintos sectores, “entreguista” al dar amplias concesiones a empresas privadas estadounidenses– y la ley *Domingorena* que permitió a la iniciativa universitaria privada expedir títulos habilitantes. Con estas últimas medidas comenzó a hablarse de la “traición” de A. Frondizi en los sectores progresistas y de izquierda que habían apoyado al gobierno – en la misma UCRI se produjeron disidencias⁷–. Además, el “pacto” con el peronismo comenzó a evaporarse con rapidez. Ya en octubre de 1958, las 62 organizaciones declararon un paro y, un año más tarde, el propio Perón revelaba públicamente la ruptura del pacto. El giro conservador prosiguió en los años posteriores: por ejemplo, en 1960 se puso en marcha el Plan Conintes (Conmoción Interna del Estado), siendo los principales blancos de ataque los sectores peronistas y la izquierda radicalizada (Potash, 1980).

⁶ La revista se creó en 1946, fue clausurada un año después y reapareció en 1956. Participaron o colaboraron en la revista, entre otros: Ernesto Sábato, Ricardo Ortiz, Mario Amadeo, Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz. Dada la jerarquía de estas figuras, la revista obtuvo amplia difusión, apodado como “la Biblia” por los círculos intelectuales universitarios (Sigal, 1991:152). Para un estudio del rol de la revista en la conformación ideológica del movimiento que llevó a A. Frondizi a la presidencia, remitirse a Babini (1984).

⁷ Ya en 1959, I. Viñas, otrora impulsor y adherente de la fuerza política encabezada por A. Frondizi, publicó un artículo en *Marcha*, titulado “La generación traicionada”. También Risieri Frondizi, al asumir un nuevo rectorado de la UBA, en 1958, consideraba que el país atravesaba “una situación entremezclada de servilismo y traición” (citados en Terán, 1991:131–132).

El balance del gobierno de A. Frondizi y su “traición” produjo hacia fines del 50 un momento de profunda incertidumbre en el arco del nacionalismo popular y la izquierda, los cuales, casi en su totalidad, habían apoyado a A. Frondizi. La introducción a cargo de Carlos Strasser al libro *Las izquierdas en el proceso político*, que aglutinó al pensamiento de la naciente nueva intelectualidad a fines de los años 50, ilustra muy bien el estado incierto de aquella circunstancia: “El decisivo momento histórico que vive el país está signado, ante todo, por el desconcierto de gran parte de los sectores intelectuales, universitarios y más o menos politizados” (Strasser, 1959:7)⁸.

Si en 1959 se asistía a este estado de perplejidad por parte de la naciente nueva intelectualidad, la Revolución cubana conformó un renovado anclaje político. En sus comienzos, dicha revolución contó con dispares avales y adhesiones en Argentina, pero al iniciarse su proceso de radicalización, las posiciones se reordenaron y la nueva intelectualidad encontró en Cuba una referencia ineludible. Así, para la intelectualidad de izquierda, la intempestiva irrupción cubana inauguró una nueva época. Como ya se anunció en la introducción al estudio, aunque se inscribió en un proceso caracterizado por la reinterpretación del fenómeno peronista, la Resistencia peronista, la decepción por las salidas reformistas o desarrollistas, la Revolución cubana sobredeterminó este curso, ahondando el filón crítico de franjas intelectuales y catalizando rupturas y tensiones al interior de la vieja izquierda (PCA y PS). A las novedades introducidas por la Revolución cubana, junto con la “traición de Frondizi” y otros aspectos ya señalados, se sumó una característica común para la nueva intelectualidad en el período de estudio: la asunción de la democracia gubernamental bajo un mero carácter formal o como un velo que ocultaba la realidad (Terán, 1991). El nuevo golpe militar de 1962 reafirmó esta caracterización, que se vio reforzada durante el período de estudio por los subsiguientes golpes de Estado y la persistente proscripción al peronismo.

⁸ Por aquellos años otras publicaciones que expresaron colectivamente a la nueva intelectualidad fue el periódico *Soluciones*. En 1959, había reunido fragmentos de la UCRI (entre ellos, Ismael Viñas), peronistas (J. W. Cooke) e intelectuales cercanos al PCA. También *El Popular*, dirigido por C. Strasser, reunió un espectro considerable de colaboradores de variadas tendencias: nacionalismo, fracciones no comunistas de la izquierda y peronismo. Entre otros que colaboraron o participaron en la revista: Ismael Viñas, José Nun, Ernesto Sábato, Arturo Jauretche, Fermín Chávez, Juan José Hernández Arregui, Rodolfo Puiggrós. Además de estos emprendimientos, Sigal (1991:210) señala los diálogos y polémicas entre las corrientes en distintas revistas de esos años (Ibíd.:211).

La nueva intelectualidad albergó un conjunto de tendencias. Sintomático de esto fue el rótulo de “neoizquierda” atribuido por el comunismo local a un amplio espectro de tendencias que perseguían la renovación político–teórica y no podían ser encasillados como una variante de derecha. Paradojas de la historia, el posterior animador de la nueva izquierda, J. C. Portantiero (ver Capítulo siete) desde las páginas de *Cuadernos de cultura*, cuestionó a sectores de izquierda que habían apoyado al gobierno de A. Frondizi, calificándolos, despectivamente y en sintonía con la denominación orquestada por el PCA, con el rótulo “neoizquierda”:

El Frondizismo (no sólo como fracción interna de la UCR sino sobre todo como estado de conciencia extendido en las capas medias) absorbió, después de Setiembre del 55, a vastos sectores de la neoizquierda, salvo a aquellos ubicados definitivamente en una posición trotskista (...) Subió al poder, el 1° de Mayo de 1958, un sector importante de la neoizquierda. Su rendición incondicional, la nueva religión de los conversos en el gobierno, vino a comprobar otra vez que la neoizquierda de extracción y contenido pequeño burgués no puede ya, en la Argentina, conducir la revolución democrática (1960:70).

Así, en 1960 el PCA arremetió contra las nuevas expresiones político–intelectuales y situó como expresión de la neoizquierda a un amplio abanico de figuras: J. A. Ramos, J. W. Cooke, J. J. Hernández Arregui, al “grupo Contorno”, al ala izquierdista del Partido Socialista Argentino, a los díscolos “compañeros de ruta” del revista *El escarabajo de Oro* (1961-1974, dirigida por Abelardo Castillo) o al trotskismo de Silvio Frondizi (expresado por su organización MIR Praxis). El PCA reunía este conglomerado bajo dos tendencias (Tortti, 1999:229). Por un lado, lo que denominaba “izquierda nacional”. Ésta, subordinada al peronismo y sosteniendo posiciones movimientistas, expresaba un eclecticismo ideológico, renunciaba a la construcción del “partido de la clase obrera” y desviaba a los trabajadores de sus objetivos socialistas tras consignas nacionalistas. Por otro lado, el “ultraizquierdismo”, que marcado por la impaciencia y el “verbalismo revolucionario”, carecía de una aprehensión de la realidad del país y no comprendía el carácter de la revolución ni acertaba en la estrategia. De ahí su pretensión de reemplazar la unidad de los sectores populares y antiimperialistas por un reducido “frente de izquierda”. En

conjunto, el PCA resumía estas dos tendencias como la aspiración de sectores radicalizados de la intelectualidad pequeñoburguesa que pretendían sustituir a la clase obrera en la dirección del proceso revolucionario.

Hay distintos trabajos sobre el período que han considerado a la nueva intelectualidad –también nombrada como nueva izquierda– bajo un carácter amplio, esto es, cobijando diversas tendencias criticadas por el PCA. Presumiblemente los estudios de Terán (1991) y Sigal (1991) operaron como un antecedente fundacional en los trabajos historiográficos de corte intelectual posteriores sobre el período. Bajo la denominación nueva izquierda intelectual (Terán) o nueva intelectualidad (Sigal), reunieron un vasto conjunto de corrientes teóricas que compartían rupturas con la vieja izquierda y un afán de renovación crítica. Otros trabajos, aunque no necesariamente ligados al devenir intelectual, también han definido a la nueva izquierda en un sentido general. Por ejemplo, Pucciarelli (1999) y Tortti (1999) asumen a la nueva izquierda en términos del lenguaje y estilo político que se fue compartiendo “de hecho” por parte de grupos provenientes del peronismo, de la izquierda, del nacionalismo y de sectores católicos ligados a la Teología de la liberación. Conformó una heterogénea y potente fuerza renovadora que se expresó como movimiento social y actor político crítico del orden y acarrió, en la mayoría de los casos, rupturas con la vieja izquierda. La propia autora reconoce el carácter difuso que supone este empleo de la categoría nueva izquierda, asumiéndola como “provisoria”. En otros trabajos, Tortti (2012b:108; 2015:17) continúa el carácter genérico de la categoría englobando al conjunto de fuerzas sociales y políticas que protagonizaron un intenso proceso de protesta y radicalización que incluyó, desde el estallido espontáneo y la revuelta cultural, hasta el clasismo en el movimiento obrero y el accionar guerrillero. La autora vuelve a marcar la impronta heterogénea y sin dirección unificada de la nueva izquierda, así como también la unidad en “los hechos” de este movimiento que cuestionó el viciado régimen político y el orden social. Burgos (2004) también articula la formación de la nueva izquierda argentina en la década 60 con los procesos ocurridos, fundamentalmente, en el seno de dos grandes corrientes políticas del siglo XX: el peronismo y las viejas corrientes de izquierda. Las primeras aglutinaciones de lo que fue la nueva izquierda se hallaron en los grupos intelectuales

y revistas de fines de la década del 50, bajo la intención de comprender el fenómeno peronista e interpretar los problemas del marxismo y de la izquierda⁹.

Se observa pues que la noción de nueva izquierda ha sido empleada para nominar tanto a un amplio movimiento que abarcó, heterogéneamente y sin unidad política ni una agenda compartida, a distintas expresiones renovadoras del campo de la izquierda como a ciertas manifestaciones intelectuales. A los fines del estudio, asumo importante determinar sus contornos en el plano intelectual (como haré más adelante en este capítulo). Como decía, parto de distinguir entre la nueva intelectualidad y la nueva izquierda intelectual. Asumo a la primera en clave de un amplio movimiento de renovación político-intelectual local hacia fines de los 50, mientras la segunda constituyó una de sus corrientes.

En vistas a determinar a esta nueva intelectualidad, resulta de interés el trabajo de Tarcus (1996) que en su afán de distinguir las trayectorias y pensamiento de S. Frondizi y M. Peña, la desglosa en un conjunto de rasgos. Más que la delimitación con el nacionalismo popular –con quienes S. Frondizi y M. Peña discutieron ampliamente–, Tarcus se empeña en diferenciarlos de expresiones de la nueva izquierda como *Contorno, Pasado y Presente*, entre otras¹⁰. Me esforzaré en mostrar que las tensiones y características atribuidas a S. Frondizi y M. Peña bien pueden servir para divisar aspectos de las trayectorias de intelectuales y revista que abordo en el estudio, esto es, de actores y experiencias nucleadas en el nacionalismo popular pedagógico y

⁹ C. Hilb y D. Lutzky (1984) también define a la nueva izquierda en un sentido extenso, incluyendo grupos peronistas y no peronistas, aunque su preocupación no es adentrarse en el recorrido ideológico complejo sino dar cuenta del procesamiento de las organizaciones de la nueva izquierda de asuntos como la política y la democracia, y la ligazón de dicho procesamiento con su inclinación por la lucha armada y violenta. Los criterios para delimitar la nueva izquierda reposan en dos aspectos compartidos. Por un lado, el período: surge desde la Revolución cubana hasta poco después del *Cordobazo* y su momento de mayor crecimiento cuantitativo se extiende desde el *Cordobazo* hasta la caída del gobierno de H. J. Cámpora. Por otro, temático: aprehensión de la revolución como un acontecer cercano y práctico, accesible a través de la lucha armada; identificación de la política con engaño o mentira; poder reducido al Estado.

¹⁰ Desde luego, existen otros trabajos específicos sobre S. Frondizi que lo vinculan con la nueva izquierda, por ejemplo, Amaral (2005). Asume a S. Frondizi como partero local de la nueva izquierda al promover, hacia fines de la década del 50, el Movimiento Izquierda Revolucionaria (MIR) Praxis. Tuvo complejos, atractivos, tempranos y singulares análisis sobre tres fenómenos de marcada importancia para los trayectos posteriores de la nueva izquierda: el peronismo, el frondizismo y la Revolución cubana. En particular, *La realidad argentina*, compuesto por dos tomos (escritos en 1953 y 1954 y publicados, respectivamente, en 1955 y 1956) fue un antecedente insoslayable en los procesos de ruptura con la vieja izquierda por parte de nuevas camadas intelectuales.

en la nueva izquierda pedagógica. En otras palabras, Tarcus esboza tensiones que, a mi entender, contribuyen a abordar derroteros de franjas de la nueva intelectualidad.

Tarcus arguye que S. Frondizi y M. Peña dinamizaron un lugar intermedio y equidistante entre la izquierda tradicional y la nueva izquierda, conformando así una tradición singular. Con relación a la nueva izquierda, a S. Frondizi y M. Peña los acercaba un similar espíritu de cuentas con la izquierda tradicional y vocación por el conocimiento de la realidad argentina. Pero ambos buscaban ajustarse más al modelo del intelectual orgánico que al modelo sartreano del intelectual comprometido. A su vez, la creciente influencia en franjas de la nueva izquierda del nacional-populismo, cuyo crecimiento fue paralelo al del antiintelectualismo, no tuvo su correlato en S. Frondizi y M. Peña. A estas diferencias, Tarcus le añade un punto nodal en su fundamentación: ambos compartían una *visión trágica* del mundo contemporáneo, una visión trágica de la política en S. Frondizi y una visión trágica de la historia en M. Peña: “Para su pesimismo de la inteligencia (...) las agudas contradicciones que desgarran el tejido social no están en vías de resolverse positivamente en síntesis superiores, llámense el Pueblo, la Nación, la Revolución, el Proletariado, o tan siquiera el Partido” (Tarcus, 1996:29).

S. Frondizi y M. Peña estaban desencontrados con su tiempo: eran los políticos entre los intelectuales y los teóricos entre los políticos. No pudiendo anclar o construir una organización política de envergadura que habilitase un diálogo con las masas. Por ello, Tarcus se refiere a la trayectoria de los autores en términos de la *precaria unidad de la praxis*. No corresponde aquí discutir si efectivamente S. Frondizi y M. Peña conformaron una tradición propia. Lo que interesa es debatir las características que Tarcus le atribuye a la nueva intelectualidad. Comenzaré por un punto singular marcado por el autor: la *visión trágica*. Me inclino por considerar que ésta también es susceptible de hallarse en algunas franjas de la nueva intelectualidad. No es tan marcado o paradigmático como en los casos analizados por Tarcus, pero es posible rastrearlo. La ruptura o animosidad de la nueva intelectualidad con la vieja izquierda también supuso en algunos casos una nítida ruptura con la visión teleológica y objetivista. Desde ya, el terreno es áspero, con innumerables matices. Pero también existen evidencias claras. José Aricó, marcado representante de la nueva izquierda local por entonces, en un trabajo sobre Mao Tse-Tung para el Centro Editor de América Latina en 1973 (más tarde republicado en tres colecciones de tiradas masivas: “Transformaciones”, “Transformaciones en el Tercer Mundo” y “Hechos y

hombres del Tercer Mundo”), daba cuenta de una visión trágica de la política. Allí sostenía:

Nada existe en la vida de definitivo, y la lucha contra la opacidad del mundo es permanente. La voluntad humana sólo tiene sentido si el pesimismo de la conciencia la ilumina. Resulta difícil para los hombres hacer suya esta idea trágica del mundo, puesto que muchas veces los condena al silencio y a la incomprensión (1973:32).

Al no reducir la visión trágica de la política o la historia a S. Frondizi y M. Peña, se permite iluminar recorridos y elaboraciones propias de la nueva intelectualidad. En rigor, Tarcus expone en dos líneas la impronta trágica de S. Frondizi y M. Peña. Por un lado, la comentada visión trágica del mundo. Por otro, sus trayectorias político–intelectuales signadas por el drama y la perplejidad. En el presente estudio proseguiré esta clave analítica. Emplearé la tragedia para caracterizar determinadas trayectorias, aunque en alguna ocasión también mencionaré la visión trágica que atravesó a determinados pensamientos político–pedagógicos. Comparto con Petruccelli (2009) la fecundidad de la hipótesis trágica introducida por Tarcus para el análisis historiográfico argentino; expresa un interesante enfoque para abocarse a la historia de una tradición, como la teoría crítica, caracterizada por su tragedia. Por ello, Petruccelli lamenta que Tarcus no haya continuado trabajando con esta hipótesis en sus posteriores producciones, inscribiendo sólo en la tradición de marxistas trágicos a S. Frondizi y M. Peña.

En torno a la cuestión de la tragedia y su vínculo con la política, es interesante apelar a *la experiencia de lo trágico* (Grüner, 2002:305–316; Rinesi, 2011:12), que permite asir trayectorias de los intelectuales y revistas consideradas en el estudio. La tragedia es un modo de lidiar con el conflicto, con el antagonismo, característicos y constitutivos de la política. Lejos de suponer una resolución del conflicto como ha intentado gran parte de la filosofía política moderna, *la experiencia de lo trágico* insta a pensar el conflicto como irresoluble e integrante de la política. Ilumina el desgarramiento, el quiebre, la pérdida de los sentidos guiadores de la tarea. En este sentido, se pueden aprehender trayectorias de intelectuales y revistas en clave de una *experiencia de lo trágico*. O sea, ligar la imposibilidad de resolver ciertos nudos (por ejemplo, el vínculo intelectual–política), como parte de una experiencia intelectual

signada por lo trágico. Se trata pues de colocar a la tragedia como un modo de habitar y practicar la tarea intelectual; como un modo de convivir con los conflictos agudos y agónicos que emanaban de los dramáticos intentos de articular política, intelectualidad y pedagogía en escenarios de radicalización y sin estructuras orgánicas –al estilo de los partidos políticos– que los vehiculicen; como un modo de transitar el enfrentamiento perpetuo e irreconciliable entre el discurso y el orden de lo *real*, entre la articulación simbólica y el *afuera*.

Como señalé, otro argumento de Tarcus en la delimitación del recorrido y pensamiento de S. Frondizi y M. Peña reposa en la creciente influencia del nacionalismo popular hacia principios de los 70, en paralelo a la creciente posición antiintelectual de la nueva intelectualidad. Fenómenos que no habrían repercutido en los autores estudios por Tarcus. Respecto a la preponderante ascendencia del nacionalismo popular, creo que resulta reduccionista inscribir al conjunto de las tendencias de la nueva intelectualidad en esos parámetros. Como el propio Tarcus reconoce, las expectativas que generaba el frente peronista encabezado por Héctor Cámpora y Solano Lima eran enormes, conllevando agudas presiones sobre la izquierda, que pretendía presentar una opción político–electoral propia. Tal y como apunta el autor, ante el fracaso de las negociaciones de los sindicalistas clasistas Agustín Tosco y Armando Jaime y, por tanto, ante la ausencia de referencia electoral del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) –que llamó a votar en blanco–, S. Frondizi decidió aceptar la propuesta del Frente de Izquierda Popular (FIP), presentándose como candidato extrapartidario a senador. Abrió una tregua con el nacional–populismo de izquierda. Pero, ¿no son estas razones parecidas a las que llevaron a *Pasado y Presente* a apoyar al Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) en 1973? Los miembros de *Pasado y Presente* también enfrentaron teóricamente al nacionalismo popular, pero utilizaron una táctica en una coyuntura marcada de presiones¹¹. La comprensión de Tarcus (1996:122) del recorrido de *Pasado y Presente* en términos de una matriz de corte gramsciano que comenzó por leer en clave “nacional–popular” la realidad nacional y que desembocó a principios de los años 70 en un alineamiento con el peronismo montonero, contrasta con el intrincado camino descrito por Burgos (2004) para quien el apoyo *pasadopresentista* al FREJULI

¹¹ El calor del debate no era menor. El apoyo o no del FREJULI generó rupturas en el campo popular. Del Peronismo de Base se desprendió el Peronismo de Base 17 de Octubre y del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) se escindió una fracción que se denominó ERP 22 de Agosto dirigida por Víctor Fernández Palmeiro, que llamó a votar a las fórmulas peronistas en las dos elecciones nacionales de 1973.

se basó en la pretensión de influir en tendencias internas minoritarias de Montoneros¹². *Pasado y Presente* tampoco sucumbió ante el antiintelectualismo. Continuó con su labor teórica e intelectual, al tiempo que rechazó posturas vanguardistas. En definitiva, el argumento descansa en que la reducción de las franjas de nueva intelectualidad a un final antiintelectual y populista, hace que la categoría pierda capacidad para el análisis de los años 70. A nuestros fines, interesa abrir el escenario permitiendo englobar otras decisiones (al populismo–antiintelectualismo) en el ocaso del período.

De todos modos, el asunto del antiintelectualismo para caracterizar a la nueva intelectualidad del período demanda precisiones. También aquí Tarcus se basa en conceptos esgrimidos por Terán (1991) y Sigal (1991). Éstos consideran que el creciente movimiento politizador de la cultura de la época fue potenciado por una descalificación sobre el quehacer intelectual. Aquí reside el sesgo antiintelectualista. Se constituía un vacío de legitimidad para la práctica intelectual que se pretendió resolver con la búsqueda del fundamento en la política fuera del campo intelectual. Se produjo, y la Revolución cubana lo alimentó, una progresiva idealización de los modelos humanos directamente vinculados con la práctica política. El quehacer intelectual debía excusarse o solicitar permiso para su desarrollo ante las tareas más importantes y urgentes de la práctica política¹³.

En una línea similar, Gilman (2003:164–187) define al antiintelectualismo como un conjunto de valorizaciones negativas sobre la identidad intelectual tendientes a destacar el carácter de *posesión* que implicaba toda competencia cultural, a glorificar los trabajos y saberes populares, a disminuir la importancia política de la práctica

¹² Se podrá objetar que el apoyo al FREJULI supuso una subordinación al nacionalismo popular, mientras que la propuesta del FIP permitía mantener cierta distancia. Pero este argumento sería rebatible al menos en dos sentidos. En primer lugar, la objeción del FIP a apoyar la fórmula Héctor Cámpora–Solano Lima se resumía a la primera vuelta, dado que en caso de una segunda, el FIP había anunciado su apoyo a dicha fórmula. En segundo lugar, en base a los magros resultados electorales (el FIP obtuvo 0,41% mientras el FREJULI 49,56%), las profundas críticas recibidas por una política electoral cercana a la política de la “izquierda cipaya”, en las elecciones del 23 de septiembre de 1973 el FIP apoyó la fórmula Juan Perón–Isabel Martínez de Perón.

¹³ El sentido del aspecto antiintelectual en la nueva izquierda o la nueva intelectualidad por parte de Terán y Sigal, se distancia del sentido otorgado por Caletti (1979) y C. Hilb y D. Lutzky (1984). Estos últimos, analizando las organizaciones de la nueva izquierda del período (y no determinados trayectos o debates intelectuales), anudan la antiintelectualidad con el culto a la acción y al heroísmo, borrando complejidades argumentativas que tanto Sigal como Terán reconocen y analizan. Por ello, el antiintelectualismo atribuido a la nueva izquierda por parte de Caletti (1979), así como de C. Hilb y D. Lutzky (1984), supone un efecto ausente en Terán y Sigal: la vulgarización de sus elaboraciones teóricas.

simbólica en pos de la eficacia práctica y adscribir a las direcciones políticas revolucionarias. La validez del mensaje del intelectual se medía en términos de su capacidad para influir sobre la sociedad. Sin dudas, las exigencias y jerarquización de la actividad política sobre el quehacer intelectual fue una demanda de la época, pero entiendo que su resolución no fue homogénea. Existieron distintas expresiones político–culturales que no sucumbieron linealmente al antiintelectualismo, esforzándose por permanecer e intervenir en la política a través de la intervención teórica. Es relevante precisar entonces los alcances de la categoría antiintelectualismo para arrojar algo de luz sobre trayectorias, en particular, de sectores de la nueva izquierda pedagógica y del nacionalismo popular pedagógico. Asimismo, es preciso el recaudo de no reeditar a través del antiintelectualismo la hipótesis de una sobrepolitización de la escena cultural. Me inclino, pues, por asir al antiintelectualismo como un modo, entre otros, de lidiar y resolver la conflictiva relación política–cultura, pero no como una mera absorción por parte de la política del momento cultural o intelectual.

Si bien el antiintelectualismo implicó el cuestionamiento a la validez de la universidad, ya sea como instancia de desarrollo o consagración intelectual, no significó un descrédito generalizado. Algunos sectores del nacionalismo popular arremetieron contra la universidad en tanto espacio relegado a las clases medias, lugar histórico de la oligarquía y de saberes extranjerizantes. Esta clave interpretativa dirigida a sectores liberales reformistas, también comprendió a la izquierda tradicional y a la nueva izquierda. Se conformó una simbiosis entre la figura del intelectual y las corrientes liberales. También en el seno de la nueva izquierda existieron debates entre aquellos que se mantenían por fuera de la institución y quienes no descreían, al menos de hecho, de la validez de la institucionalización (Terán, 1991:158). Sin embargo, sería erróneo ligar el antiintelectualismo con la deslegitimación global de la universidad como instancia de producción y circulación del saber en el período. Además de las demandas por la actividad política, el antiintelectualismo adquirió otros rasgos. Uno, que ya se ha esbozado, resulta interesante: un modo de situarse críticamente en el campo intelectual. La nueva intelectualidad adscripta al antiintelectualismo recurrió a él no sólo para justificar su trabajo intelectual despegado de la política. También fue un modo de criticar los cánones y expresiones dominantes y liberales en el terreno intelectual. La expresión más clara de la descalificación del quehacer intelectual fue comandada por sectores del nacionalismo popular. Su defensa de lo nacional se inscribía en una reacción no contra la Cultura sino contra

cierta cultura, pero para ello se requería demostrar previamente la posesión de esa Cultura, condición para fundar una posición de enunciación legítima. No puede dejar de recordarse que durante las dos primeras presidencias de Perón, existió un hostigamiento permanente de los intelectuales de renombre al peronismo. De algún modo, el antiintelectualismo era una reacción contra la intelectualidad reconocida y, en general, a la clase media o pequeña burguesía alineada con la oligarquía. La línea argumentativa antiintelectual se remontaba a los años 40 y se profundizó en el curso del gobierno peronista. A. Jauretche, máximo representante de este desprecio y crítica, por ejemplo, en *Los profetas del odio* (1957), a través de un registro didáctico y coloquial –opuesto al academicismo– adjudicaba a lo que despectivamente denominaba la *Intelligentzia* las marcas negativas de la extranjería, el eterno divorcio con la realidad nacional, su carácter colonizado, su formalismo, su inscripción con una tradición libresca. La contrapartida se inscribía en la inteligencia práctica, condensada en la figura del “paisano” que razonaba según una relación de transparencia con el orden natural, sin las desfiguraciones impuestas por la Ilustración. Se depositaba en el pueblo cierto saber natural superior al saber rebuscado e inoperante de la cultura letrada y, por tanto, se rechazaban las mediaciones propias del intelectual (Sigal, 1991; De Diego, 2007). A su vez, este movimiento se integraba en otro más amplio: la crítica a la especialización corporativa intelectual. Se buscaba instalar y trabajar sobre temas de interés no sólo para los pares intelectuales.

Al antiintelectualismo, entendido como modo de posicionarse en el campo político-cultural, es posible atribuirle la pregunta sobre su carácter de mito para la propia nueva intelectualidad (Kohan, 2000a). En otras palabras, atendiendo a los intelectuales enrolados en el nacionalismo popular –en el seno del cual se condensó de manera más nítida el antiintelectualismo–, bien se podría sugerir que algunos de sus trayectos y producciones estuvieron marcados, con las tensiones del caso, por la erudición, el reconocimiento académico y el desprecio a los códigos intelectuales dominantes. Como se verá en el Capítulo cinco, el caso de J. J. Hernández Arregui es bien ilustrativo de ese argumento. Galardones académicos, un lenguaje en extremo exigente, convivían con un fervoroso discurso antiintelectualista. ¿No será, entonces, el antiintelectualismo una creación propia de los intelectuales? ¿No será un modo de procesar, a través del mito, el intrincado y complejo problema de la unidad intelectuales–pueblo o bien de ubicarse en el campo intelectual de una manera crítica,

pero sin poder salir de la propia lógica del campo?¹⁴ En definitiva, el antiintelectualismo no impidió en absoluto que la tarea intelectual fuera asumida con un alto nivel de ahínco y de calidad teórica. La tarea lejos estaba de asumirse como un bien prescindible. En todo caso, es preciso contemplar al antiintelectualismo como un modo de dirimir las demandas políticas de la época que no corrompió necesariamente la empresa teórica.

Finalmente, Tarcus considera a la figura del intelectual orgánico como más propicia para comprender las trayectorias de S. Frondizi y M. Peña que la figura del intelectual comprometido. Sin embargo, tanto Sigal como Terán concluyen que la nueva intelectualidad, al calor de la politización, se fue aferrando a la figura del intelectual orgánico, además de mostrar los profundos problemas que experimentó, en términos de la unidad teoría–práctica o la unidad intelectuales–masas. Hacia fines de los 60 la disyunción o separación entre prácticas culturales y prácticas políticas se suturó y fue la figura del intelectual quien las unificó (Sigal, 1991:196). Tal vez en M. Peña y S. Frondizi el trayecto resultó más homogéneo, no encontrándose el tránsito o tensión entre intelectual comprometido y orgánico –como en otros casos–, pero la problemática desgarradora de la imposibilidad de anudar teoría y práctica política atravesó a estos intelectuales del mismo modo que al conjunto de la nueva intelectualidad aunque con distintas resoluciones y caminos. Resulta productivo retener la figura del intelectual orgánico para aprehender el itinerario de la nueva intelectualidad en términos de una vocación, intención o idea reguladora de esta intelectualidad –más allá de su efectivización o no–, habilitando así a divisar el lazo tenso y conflictivo entre la elaboración intelectual y las demandas por la intervención política. En otras palabras, la noción intelectual orgánico vislumbra una exigencia, una demanda para la nueva intelectualidad a partir de la radicalización de la escena

¹⁴ El antiintelectualismo no resolvía la conflictiva unidad intelectualidad–pueblo sino que era, entre otras posibilidades, un modo de dirimirla. Sería desacertado suponer que el nacionalismo popular no estuvo atravesado por este clásico problema de la nueva intelectualidad. Galasso (1983:118) ha llamado la atención sobre la escisión entre intelectuales y pueblo y la raíz pequeñoburguesa de miembros impulsores de experiencias nacionalistas populares del período. A modo sólo ilustrativo y en franjas del nacionalismo popular no adherente al antiintelectualismo, el autor considera que el semanario *Lucha Obrera* perteneciente al Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN), que reapareció el 30 de septiembre de 1964 bajo la dirección de Ernesto Laclau, fue incapaz de anclarse en las masas, logrando una muy pequeña difusión fuera del grupo: “La diversa situación política explica los resultados disímiles aunque quizás también influyan las limitaciones de E. Laclau, cuya clara inteligencia le permite volcar en el semanario las posiciones correctas, pero cuyo estilo –donde se refleja su desvinculación del mundo de los trabajadores– conspira contra la difusión a nivel popular” (Ídem).

política, condensando así un abanico de temas o problemas que la nueva intelectualidad dirimió de modo heterogéneo. Vale aclarar que la figura del intelectual orgánico aludida no implica, a diferencia del tratamiento asignado por Terán y Sigal, una mera preocupación política, una mera ligazón militante con la clase trabajadora o el pueblo en detrimento del diálogo con sus pares. Los/as autores/as sostienen que a fines de los años 60 se operó un tránsito del “intelectual comprometido” –que aludía, siguiendo la teoría sartreana, a un intelectual comprometido con su obra dirigida a sus pares y a la sociedad en general, sin integración orgánica partidaria- al de un compromiso militante con la clase o el pueblo. Éstos eran sus interlocutores, no sus pares. Por mi parte, retengo la categoría intelectual orgánico para graficar un haz de demandas, aspiraciones y deseos que animaron la producción intelectual pero que, incluso en escenarios de radicalización política, no supusieron la pérdida de diálogo con sus pares, reteniéndose el valor de las obras más allá de la específica ligazón popular.

Vale señalar el errático o “inorgánico” trayecto de la nueva intelectualidad. Como han mostrado Sigal y Terán, la nueva izquierda intelectual se caracterizó por formar o pertenecer a pequeños grupos, sin incidencia política de peso, pretendiendo formar parte de la dirección intelectual y moral del pueblo. Ni la universidad, por los constantes quiebres institucionales, ni los partidos políticos tradicionales fueron, en general, receptivos con la nueva intelectualidad. Así se desarrolló la paradoja señalada por Sigal (1991) de una débil inserción institucional de la nueva intelectualidad, pero presentes, a través de sus discursos, en la sociedad y en la política, desde donde defendían crecientemente su identidad. La nueva intelectualidad era activa en la vida ideológica, siendo su clientela primordial los sectores medios urbanos, más que una fuerza de significación en la arena política (Altamirano, 2011b:70). Como también observa Tarcus (1996), el marxismo argentino no se ancló en partidos políticos, y los partidos de la vieja izquierda, a diferencia del marxismo occidental, no fueron contemplativos con las disidencias, empujando a itinerarios obligados a refundar sus adscripciones políticas¹⁵. José Aricó (1988/2005:37) recuerda que hasta la década del 60, existió un vínculo histórico entre el PCA e intelectuales radicalizados; era a través de dicho partido cómo se dirimía el vínculo

¹⁵ Tarcus (1996) señala distintos casos para argumentar la potencialidad creativa del marxismo argentino que transcurrió, no sin dificultades y costos elevados, al romper con las estructuras políticas que los limitaban. Así E. Laclau (luego de su alejamiento del FIP liderado por J. A. Ramos), R. Puiggrós (a partir de la ruptura con el PCA) o M. Peña (con su distanciamiento de *Palabra Obrera*) desplegaron sus estudios y reflexiones.

con la política. Su ruptura con la organización partidaria le implicó un problema que bien caracterizo a la nueva intelectualidad: la reafiliación del vínculo con la política.

En suma, el trabajo de Tarcus es de interés porque desglosa aspectos de la nueva intelectualidad en su afán de fundar la singularidad de trayectorias y visiones de S. Frondizi y M. Peña. Más allá de si éstos conformaron o no una tradición propia, ha pretendido retener y exponer asuntos y rasgos compartidos por la nueva intelectualidad del período. De este modo, busqué delinear dimensiones para analizar las trayectorias de intelectuales y revistas consideradas en el estudio atendiendo a los distintos modos de resolver cuestiones espinosas que marcaron a la nueva intelectualidad. A los rasgos de esta intelectualidad se podría añadir el culto a la juventud y sus tareas redentoras. Traducido al plano teórico, la nueva intelectualidad supuso un corte con la vieja izquierda y, por tanto, con la generación precedente. Se volvía un fenómeno *sui generis* destinado a resolver y renovar los problemas teóricos ocultados por la generación antigua. De ahí las consideraciones de Terán (1991:97; 152) sobre la nueva izquierda intelectual como “una generación sin maestros locales” que deambulaba entre la desolación y una indisimulado orgullo; o bien el recorrido del nacionalismo popular que pretendió conformar una tradición en la época, construyendo su propia filiación y recorrido político–teórico.

El argumento de la ruptura generacional apunta a evidenciar un desarrollo teórico singular y renovado, sin deudas y en oposición. Como sostiene Altamirano (2011b:71), el concepto de generación empleado como criterio de diferenciación, agrupamiento y periodización en los estudios de trayectorias intelectuales, posee un carácter aproximativo y delimita un conjunto de fronteras un tanto inciertas y algo móviles. Aludo a la generación en clave no de una franja etaria de quince o veinte años que, supuestamente, compartió patrones culturales y experiencias comunes, sino para mostrar la existencia de un mapa de polémicas y temas relativamente compartidos que establecieron las coordenadas de un discurso común. En este sentido, es de sumo interés el argumento de J. Aricó (1988/2005:96) que liga esta ruptura generacional con el problema adicional de la falta de una tradición político–teórica de izquierda en la Argentina. La nueva intelectualidad local que rompió amarras con el dogmatismo, debía, al mismo tiempo, construir sus propios maestros, sus propias referencias político–teóricas, sus referentes externos de consagración, sin contar con faros locales. Nuevamente, el recuerdo de J. Aricó tal vez contribuya a ilustrar la perplejidad que atravesó a la nueva intelectualidad:

Estábamos frente a la necesidad de desandar un camino para recorrer otros sin ningún maestro que nos guiara, sin tradiciones en las que apoyarnos, sin una corriente ideal lo suficientemente amplia y diferenciada como para corregir en la propia acción política una inexperiencia que nos era congénita (1988/2005:101).

He intentado señalar una serie de rasgos y asuntos espinosos que surcaron a la nueva intelectualidad y que habilitan a circunscribir el análisis de las trayectorias de los/as intelectuales y las revistas abordadas en el estudio. El modo en que la intelectualidad dirimió la relación con la política –ya sea con organizaciones políticas, con la clase trabajadora o el pueblo-, su lugar ocupado en el campo cultural –por ejemplo, el valor otorgado a su obra-, el vínculos con otros intelectuales y publicaciones, son sólo algunas dimensiones analíticas de interés para la investigación¹⁶.

Ahora bien, para comprender las elaboraciones teóricas y específicamente los usos pedagógicos de Gramsci, resulta vital distinguir conceptualmente en el seno de la nueva intelectualidad dos corrientes: la nueva izquierda y el nacionalismo popular. Si con el presente apartado traté de fundamentar ciertas dimensiones para el análisis de las trayectorias de los/as intelectuales y revistas, en los próximos buscaré aprehender sus elaboraciones conceptuales y filiaciones políticas.

3.2.2. Aspectos identitarios del nacionalismo popular

Si bien, como señalé, la nueva izquierda y el nacionalismo popular contuvieron rasgos comunes, el andamiaje teórico y algunas de sus preocupaciones fueron disímiles. En adelante, expongo coordenadas generales sobre ambas vertientes, a modo de fundamentación del posterior análisis.

La distinción entre las tendencias en cuestión también es conveniente porque no sólo la nueva izquierda asumió como una corriente adversaria al nacionalismo popular sino porque también éste se distinguió explícitamente de aquella. A. Jauretche sostenía:

¹⁶ En el anexo correspondiente a la matriz de datos se encuentra un despliegue exhaustivo.

Sepan, sí, que la captación que buscan los ilusos, que su intento de polarizar la lucha entre dos extremismos es ajeno a las masas actuales que no lo quieren y no por miedo a la violencia o al extremismo, sino porque no corresponden ni a su composición ni a sus aspiraciones. Esto no está escrito para la gente de la nueva izquierda sino para los peronistas y es para advertirles que *la nueva izquierda tiene que aprender de ellos y no ellos de la nueva izquierda*, aunque la nueva izquierda hable un lenguaje muy vistoso, el de la ideología y el peronismo tartamudee la escasa lengua del aprendiz. Pero éste es el aprendiz del país real y no de los libros que dan prestigio pero lo ocultan con una visión extraña. El mejor argumento es el de los hechos ¿Dónde estuvieron los ideólogos en los tiempos de Perón, Yrigoyen, o Rosas? ¿Dónde el pueblo? ¿Por qué acertábamos los ignorantes y se equivocaban los sabios? (citado en Suasnábar, 2004:258).

En rigor, la anterior cita es posible inscribirla en una crítica reiterada y aguda al conjunto de la intelectualidad no peronista por parte del nacionalismo popular, siempre reducida a “cipaya”¹⁷, antinacional, desapegada del pueblo. Sectores de la nueva izquierda fueron, así, situados en esos parámetros de desconfianza político–intelectual. Desconfianza que se registró de manera temprana en el nacionalismo popular. Carlos Strasser, en la introducción al libro ya comentado, *Las izquierdas en el proceso político argentino*, marcaba los límites de la iniciada renovación en franjas de la “izquierda cipaya”:

Es verdad que, a partir del golpe de septiembre de 1955 y en las juventudes de algunos partidos de “izquierda”, quieren soplar vientos de renovación; que se intenta *comprender* al peronismo; de los equipos dirigentes de esos partidos denuncian “brotes frondizistas” (!); el PS se escinde, antes lo ha hecho la UCR. Pero los revisionistas y rebeldes se satisfacen, no en una cirugía profunda y seria de su irreal inteligencia, no en una autocrítica de raíz, no en un regreso a fojas uno para volver a

¹⁷ Cipaya era el modo de nombrar a los regimientos de nativos que en la India permanecían al servicio de los ingleses.

empezar el estudio, sino en un reacondicionamiento, en una refacción de los viejos esquemas, de los que no llegan a deshacerse (1959:18).

También, J. J. Hernández Arregui arremetía contra franjas de la izquierda que aspiraban a la renovación político-teórica. Si bien valoraba avances en el pensamiento de la pequeña burguesía, continuaba reprochando su falta de perspectiva nacional e ilación con la realidad. En su último libro *Peronismo y Socialismo* de 1972, sostenía:

La ideología de la pequeña burguesía no es coherente. En ella se mezclan un tibio reconocimiento del peronismo como movimiento de masas, un izquierdismo (en sus capas más avanzadas), más o menos inspirado en la Revolución cubana y en Mao Tse-Tung, que conserva algo de ese rasgo, típico de la intelectualidad de izquierda, que es la inclinación hacia todo lo que venga de afuera. (...) En medio del descrédito del Partido Comunista, las figuras de Ernesto Guevara, Fidel Castro o Mao no son desechables. Más bien, esta adhesión prueba que la pequeña burguesía ha descubierto la cuestión nacional. Pero no todavía desde un ángulo nacional pleno. También, estos pequeños partidos y grupos hablan de socialismo, pero no lo ligan al peronismo sino viniendo no se sabe de dónde. Es la conocida intelectualización de la realidad de la clase media (...) [Los grupos estudiantiles alistados en la izquierda] se proclaman revolucionarios. Pero en la teoría desconectada de la práctica (...) La práctica son las masas. Las masas tal cual son. Y las masas son peronistas. No masas maoístas o castristas. (...) Los ejemplos de China, Cuba, Argelia, etc., son aprovechables. Pero mucho más aprovechable es la experiencia iniciada el 17 de octubre de 1945 (1972/2011:71-73).

El nacionalismo popular y la nueva izquierda guardaron serias discrepancias y polémicas cruzadas. En ese sentido, resulta significativa su distinción y tratamiento particular.

Respecto al arco de la izquierda, el nacionalismo popular partió de una caracterización singular del fenómeno peronista. Si bien las lecturas de este

movimiento histórico fueron variando y encontrando matices entre sus miembros en el período que va de 1955 a 1976, globalmente el peronismo fue abordado en clave de un momento necesario y susceptible de superación en el proceso de formación de una conciencia nacional, condición para la realización de un socialismo nacional con arraigo de masas. Asimismo, denotó un tratamiento similar de cuestiones medulares como la nación y el pueblo. Su objetivo común era expresar y construir la nación en articulación con la organización popular y en contraposición al imperialismo y el nacionalismo oligárquico. La cuestión nacional se imbricaba con la redención popular y se oponía a la versión de la nación sustentada por la oligarquía. En países coloniales o semicoloniales, el hecho nacional podía cumplir un papel progresivo al ligarse con las luchas populares y la cultura popular. El nacionalismo popular abogaba por un reconocimiento y rescate de las características nacionales y populares locales, históricamente avasalladas por el imperialismo y la oligarquía vernácula. La principal contradicción histórica y social transcurría entre el imperialismo –con sus aliados locales– y la nación –con sus expresiones populares–. A su vez, el movimiento peronista significaba una experiencia de vasta importancia para las masas que se encontraba identificadas cultural y políticamente con dicho movimiento. De este modo, cualquier tentativa revolucionaria debía atender y trabajar con el ineludible hecho peronista.

Vale aclarar que la mención del nacionalismo, en tanto “ismo” para nominar a esta corriente, no implica un tratamiento fundamentalista de la cuestión nacional. Es decir, el asunto nacional se volvió un referente identitario central y estratégico para esta franja intelectual, pero no operó de modo reduccionista respecto a otras identidades y procesos. No se convirtió en una aplicación doctrinaria sin fisuras o mediaciones. Sí optó por sostener la nominación, más allá de este posible equívoco, es tanto porque la literatura especializada recurre a este significante (Galasso, 1983; Kohan, 2000a; Suasnábar, 2004; Acha, 2009; Ponza, 2010, entre tantos) como porque durante el período este nombramiento operó con frecuencia¹⁸.

Dentro del nacionalismo popular establezco, siguiendo a Acha (2009:303), una diferenciación entre la izquierda nacional y la izquierda peronista. Es cierto que J. J. Hernández Arregui intentó condensar el amplio espectro de esta corriente bajo la

¹⁸ Sólo a modo ilustrativo, la nominación fue empleada por Laclau, E. “El nacionalismo popular”, *Los libros*, año I, n° 8, mayo de 1970, pp. 16–17; por Portantiero, J. C. (1973:370); o bien por J. J. Hernández Arregui quien llamaba a distinguir entre “Un nacionalismo ligado a las clases privilegiadas y un nacionalismo que se expresa en la voluntad emancipadora de las grandes masas populares” (1969/2011:13).

denominación “izquierda nacional” –denominación de la que se arrogó su paternidad en *La formación de la conciencia nacional* de 1957–. Sin embargo, esta denominación resulta difusa u opaca a sabiendas de las diferencias a su interior. Por ello, parece de interés la delimitación propuesta por Acha¹⁹. Existe una discrepancia estratégica, aduce el autor, que sobredeterminó las comunicaciones y discrepancias entre ambas corrientes. La izquierda nacional pretendía introducir, en el arco del movimiento peronista, la teoría marxista como vector de una radicalización anticapitalista que el nacionalismo popular no podía lograr. Mantenía un margen de exterioridad y autonomía respecto al movimiento peronista, defendía una representación independiente del proletariado, ya que el peronismo era una ideología policlasista. Los miembros de la izquierda nacional no se asumían peronistas, sino más bien “socialistas revolucionarios nacionales”, “nacionalistas populares”²⁰. La identidad socialista de los militantes del nacionalismo popular también se fundaba en los nombres de los partidos de esta corriente forjados en las décadas del 50 y 60 que reivindicaban su carácter socialista: Partido Socialista de la Revolución Nacional (1953) y Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN) (1962).

Avizoraban al peronismo como un movimiento del que debía participarse, en tanto movimiento de masas y momento necesario en la formación de la conciencia popular nacional, pero con independencia política de las masas trabajadoras para intervenir y

¹⁹ La gravitación de esta delimitación también ha sido señalada por García Moral (2008), aunque sin enunciar los términos izquierda peronista e izquierda nacional. La autora reconstruye algunos de los debates entre J. A. Ramos y J. J. Hernández Arregui al respecto: mientras el primero pregonaba la transformación de la izquierda nacional en movimiento político, el segundo defendía una ubicación intraperonista de la izquierda nacional. De allí que en el curso de la década del 60 y con la creación del Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN) por parte de J. A. Ramos en 1962, J. J. Hernández Arregui planteó reparos y reticencias en su patrocinio e identificación con la “izquierda nacional”. De parte de J. A. Ramos provinieron críticas a J. J. Hernández Arregui, calificándolo de peronista, negando su carácter marxista y su inclusión en la “izquierda nacional”. Por ejemplo, Ramos, J. A., “La izquierda nacional y sus amables interlocutores. Revista de la prensa no adicta”, *Izquierda Nacional*, n° 6, abril de 1964, pp. 21–24 y “Lecturas críticas”, *Izquierda nacional*, n° 26, octubre de 1973, pp. 47–48.

²⁰ Por ejemplo, *Frente Obrero*, uno de los órganos de difusión del Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN) sostenía en su editorial de octubre de 1954: “Fuerzas que hace 20 años pugnan por romper la losa de infamia que la oligarquía, el imperialismo y la burocracia soviética colocaron sobre la clase obrera y el país, encuentran hoy en este periódico, la ocasión de manifestarse. Eso sólo basta para dar un mentís a los que pretenden enlodarnos llamándonos ‘peronistas’. No nos sentiríamos manchados con el nombre del que se siente orgullosa la totalidad de la clase obrera argentina. Pero no somos peronistas. Somos, nada más y nada menos, que socialistas revolucionarios” (*Frente Obrero*, año 1, n° 1, octubre de 1954 citado en Galasso, 1983:106). La principal identidad de la izquierda nacional remitía al socialismo revolucionario, aunque éste, obviamente, se trataba de un socialismo antagónico al “cipayo”.

forjar su rumbo hacia el socialismo nacional. En este sentido, el vínculo de la izquierda nacional con el peronismo y, en particular, con la figura de Perón estuvo atravesado por innumerables tensiones²¹. Concebía al peronismo como una experiencia de nacionalización del pueblo en la época del imperialismo, pero sólo preparatoria de un poder obrero y popular más vigoroso.

La izquierda peronista, en cambio, conservaba la soberanía del peronismo y el marxismo era procesado al interior de este movimiento. No existía una preeminencia del socialismo sobre el populismo; su horizonte último era el socialismo nacional. En el extremo, se propugnaba una superación del peronismo dentro del propio devenir del movimiento. Desarrollaba sus posiciones en el seno del peronismo porque el sujeto de la política era el pueblo, en cuya totalidad la clase obrera resultaba la parte más consecuente en la liberación nacional. No reconocía otro sujeto político legítimo fuera del propio y ambivalente peronismo –con su líder Perón–, por lo que tildaba como vanguardista y sectaria a la izquierda nacional que proponía un diálogo crítico y, en cierta medida desde afuera, con este movimiento histórico. El peronismo representaba la posibilidad objetiva del socialismo, aun cuando subjetivamente no se reclamase como tal y, por tanto, había que trabajar en su seno y bajo el liderazgo de Perón. Si bien asumió, igual que la izquierda nacional, la contradicción principal entre imperio–nación, la izquierda peronista añadía una dicotomía central: peronismo/antiperonismo. Se obraba dentro de esa división y hostilidad excluyente.

Aunque cualquier clasificación siempre se vuelve errante, como parte de la izquierda nacional sería posible ubicar a autores como J. A. Ramos, R. Puiggrós, J. Spilimbergo, entre otros/as, mientras en el peronismo de izquierda a J. J. Hernández Arregui, J. W. Cooke, R. Ortega Peña, L. Duhalde, entre otros/as²².

²¹ Un marcado ejemplo fue el manual del socialismo revolucionario elaborado en 1969 por el PSIN bajo la pluma José Luis Madariaga –un importante dirigente del partido que conducía por entonces la publicación *Lucha Obrera* en la Capital Federal– y titulado *¿Qué es la izquierda nacional?*: “El mismo sentido tiene la actitud de quienes cifran en el peronismo todas sus esperanzas. Para éstos, el peronismo es en sí mismo, y prescindiendo de su caracterización de clase, un movimiento revolucionario y, Perón, la expresión suprema de la revolución argentina. En lugar de considerar críticamente los aspectos progresivos del peronismo en diversas etapas de su historia y señalar sus limitaciones y capitulaciones, se reducen a simplificar su naturaleza social y política, glorificándolo con la misma indiferencia con que los condenan los elementos cipayos” (1969:62).

²² Acha (2009: 307–309) reconoce autores de difícil encuadre en una u otra de las corrientes delimitadas: Arturo Jauretche, Fermín Chávez y José María Rosa. Desde luego, la delimitación de Acha no esconde su veta polémica. Por ejemplo, Galasso (2012) ha fundamentado otro linaje para J. J. Hernández Arregui, marcando su paso del peronismo al socialismo. También, existen otros criterios de demarcación del arco nacionalista de izquierda. Kohan (2000a:224–

Aunque la distinción entre izquierda nacional y peronismo de izquierda es analíticamente fecunda, en el estudio conservo y empleo la categoría más abarcativa de nacionalismo popular. A los dos intelectuales que abordo de esta corriente, Juan José Hernández Arregui y Horacio González, sería posible ubicarlos dentro de la izquierda peronista, aunque hacia mediados de los años 70 mantuvieron ciertas incertidumbres en torno a la figura y papel de Perón. En este sentido, la inscripción de estos miembros de la izquierda peronista y polemistas de la izquierda nacional en el arco general del nacionalismo popular encuadra de manera más atinada sus itinerarios.

A la delimitación entre izquierda peronista e izquierda nacional, le corresponden historias distintas. Es posible rastrear el recorrido de la izquierda nacional con antelación al peronismo, mientras que la izquierda peronista es inmanente al peronismo y a su derrotero. Es decir, en tanto esfuerzo por constituirse como tradición, la izquierda nacional puede rastrearse a partir de mediados de los años 40. Siguiendo a Galasso (1983) existen distintos hitos en la formación de la izquierda nacional. Uno de los más importantes fue la aparición del n° 1 de *Frente Obrero* (segunda época) en septiembre de 1945, órgano de difusión del *Partido Obrero de la Revolución Socialista*. El partido de raigambre trotskista, fundado en octubre de 1941, nucleaba un conjunto de difusas tendencias, entre ellas a sectores que, lentamente, consolidaron una perspectiva de izquierda nacional, puntualmente, la fracción encabezada por Aurelio Narvaja (cuyo seudónimo era Carbajal) y Ángel Perelman (Kohan, 2000a). El relanzamiento de *Frente Obrero* en septiembre de 1945 constituyó uno de los documentos básicos de la izquierda nacional. Escrito fundamentalmente por A. Narvaja, se podría resumir la publicación en los siguientes conceptos identitarios de la izquierda nacional: el yrigoyenismo fue un primer movimiento nacional y el peronismo su continuación; carácter semicolonial de los países latinoamericanos; necesidad de completar la revolución democrático–burguesa en esos países, que en la época del imperialismo se formulaba como una revolución de liberación nacional; esta revolución en los países atrasados suponía la doble tarea de liquidar la herencia feudal y de lograr la soberanía política; postulaba la independencia política de la clase trabajadora frente a la Secretaría de Trabajo y Previsión conducida por Perón. Éste último aspecto, se reeditó en el n° 2 del *Frente Obrero* que apareció

270) señala discrepancias entre lo que denomina izquierda nacional (representada por J. A. Ramos y A. Narvaja), nacionalismo popular (ligado a J. J. Hernández Arregui) y un nacionalismo revolucionario (vinculado a R. Puiggrós, A. Eguren y J. W. Cooke).

luego de los acontecimientos del 17 de octubre: se adhería al movimiento nacional emergente, pero se conservaba su independencia y espíritu crítico al tiempo que se criticaba a la “izquierda cipaya”, siempre situada al margen de las masas. Con todo, a través de *Frente Obrero* nació la izquierda nacional, aunque existía una prehistoria signada por la lucha en la izquierda contra la política del frente popular, contra la guerra imperialista, contra los métodos burocráticos del stalinismo y el socialismo reformista (Galasso, 1983:57).

La línea de trabajo condensada en los dos números de *Frente Obrero* fue proseguida por otras publicaciones, como la revista *Octubre* que apareció en noviembre de 1945 y contó con la colaboración –bajo el seudónimo Víctor Guerrero– de quien a la postre fue uno de los principales baluartes de la izquierda nacional: J. A. Ramos. El n° 2 de *Octubre* apareció como órgano de difusión de La Liga Comunista Revolucionaria (fundada en base a un acuerdo entre J.A. Ramos y Niceto Andrés). Más allá de las tensiones, matices y acercamientos entre *Frente Obrero* y *Octubre* (que se extendió hasta el n° 5, noviembre de 1947), lo cierto es que ambas publicaciones fueron nodales en la consolidación de la perspectiva de la izquierda nacional. Luego, entre mayo de 1949 y julio de 1953, la Editorial Indoamérica de *Frente Obrero* publicó dos títulos: *Lenin, juventud*, de Leon Trotsky y *Concepción materialista de la cuestión judía*, de Abraham León. Recién en agosto de 1953 las publicaciones se multiplicaron²³. Junto con este trabajo editorial y de propaganda, la izquierda nacional irrumpió, con el beneplácito de Perón, en la escena política a través del Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN) en los inicios de 1953, donde confluyeron antiguos socialistas (como Enrique y Emilio Dickmann, Joaquín Coca, Oriente J. Cavaliere y Juan Unamuno, entre otros/as), integrantes de *Frente Obrero* (como E. Rivera), personalidades de la izquierda antinacional (como Esteban Rey y Nahuel Moreno), J. A. Ramos y J. Spilimbergo. Ante el derrocamiento de Perón, el PSRN tuvo un rol destacado, en particular a través de la publicación del semanario *Lucha Obrera* bajo la dirección de Esteban Rey, que contó con ocho números entre el 10 de noviembre de 1955 y el 25 de Enero de 1956, con un tirada de 140.000 ejemplares. Finalmente, después de la aparición del octavo número, la “Revolución

²³ Así, entre 1953 y 1955 se publicaron entre otros: *El porvenir de América Latina*, de Manuel Ugarte con prólogo de J. A. Ramos (1953); *Trotsky ante la revolución nacional latinoamericana*, escrito por A. Narvaja y A. Perelman (1953); primer tomo de *Historia de la Revolución Rusa* de L. Trotsky (1954); *Crisis y resurrección de la literatura argentina* de J. A. Ramos (1954); *Stalin y la burocracia contrarrevolucionaria* de Hugo Sylvester (1954); *Diego Rivera y el arte en la revolución mejicana* de J. Spilimbergo (1954).

libertadora” clausuró definitivamente la publicación, encarceló a su director –durante 6 meses– y luego decretó la disolución del PSRN y la prohibición de sus actividades en todo el país. En la conformación de la izquierda nacional fue relevante la recuperación de las interpretaciones historiográficas del revisionismo histórico, conformando un relato histórico cuyos hitos fueron Juan Manuel de Rosas, Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón. El puente entre éstos dos últimos lo representó el grupo Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA), olvidado durante el peronismo y revalorizado en los años posteriores²⁴.

En 1962 se conformó el Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN) que retomó el programa y la perspectiva del PSRN. Parte de sus debates transcurrieron por la evaluación del modelo revolucionario cubano y su viabilidad o no para nuestro país. A contramano del fetichismo a la vía cubana adjudicado a miembros de la precoz nueva izquierda expresada en el Partido Socialista Argentino (A. Latendorf, E. Hidalgo, E. Semán, entre otros), algunos sectores de la izquierda nacional nucleados por entonces en ese partido sostuvieron que el fidelismo exultante resultaba un grave obstáculo para la aprehensión nacional del socialismo, cayendo en el traslado de tácticas y métodos aplicados en una realidad distinta. En esta polémica entre sectores de la nueva izquierda y el nacionalismo popular, repercutieron los ecos del debate entre Stalin y Trotsky. Para refutar a los fidelistas que los descalifican por trotskistas, la izquierda nacional le imputó a los otros estar al servicio de Nikita Kruschev (primer secretario del Partido Comunista de la URSS entre 1953 y 1964). Finalmente, esta franja de la izquierda nacional se retiró del Partido Socialista Argentino, y en junio de 1962 fundó el PSIN (Galasso, 1983:106)²⁵.

²⁴ FORJA fue fundada en 1935. Actuó dentro de la esfera de la Unión Cívica Radical y se disolvió en 1945. Creada dos años después de la muerte de Hipólito Yrigoyen, buscó impulsar una postura política "yrigoyenista" en confrontación con los gobiernos que asumieron el poder a partir del golpe de 1930. Desarrolló una propuesta fuertemente nacionalista de denuncia y oposición al neocolonialismo. Entre sus animadores se destacaron: J. B. Fleitas, M. Ortiz Pereyra, A. Jauretche, H. Manzi, L. Dellepiane, G. Del Mazo, A. García Mellid, J. Del Río, R. Scalabrini Ortiz.

²⁵ Su revista denominada *Izquierda Nacional* apareció en noviembre de 1962 y fue dirigida, inicialmente, por J. Spilimbergo. Desde allí se criticaron las tesis guerrilleras de Ernesto Che Guevara y se rebatió la generalización de la experiencia cubana (insistiendo en los límites de la teoría del foco y la guerrilla rural para nuestro país). *Izquierda Nacional* también difundió tesis centrales del nacionalismo popular y publicó artículos como “Marx y el humanismo”, “Gramsci y los gramscianos”, entre otros. Con esta revista teórica, al que se agregó a partir del 30 de septiembre de 1964 el semanario *Lucha Obrera*, el PSNI se constituyó como el principal portavoz de la izquierda nacional, aunque su inserción de masas fue escasa y no logró captar al conjunto de adherentes y referentes de la izquierda nacional (Galasso, 1983).

El derrocamiento de Perón, junto con las experiencias de la “Revolución libertadora”, el frondizismo y la Revolución cubana, produjeron un replanteo en varias franjas intelectuales, enmarcando la multiplicación de las publicaciones tanto de la izquierda nacional como de la izquierda peronista entre 1956 y 1962. Estas publicaciones sentaron las bases para realizar una lectura del peronismo fuera de los parámetros liberales, así como para fundar una perspectiva historiográfica revisionista, expresar las premisas del socialismo nacional, o debatir sobre la articulación teórica o no del marxismo con movimientos de emancipación nacional. Tanto la izquierda nacional como la naciente izquierda peronista abonaron a estos debates, multiplicándose las producciones por esos años: J. J. Hernández Arregui a través de *Imperialismo y cultural* (1957) y *La formación de la conciencia nacional* (1960); Ramos, J. A. *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* (1957, con varias reediciones), *Historia política del ejército argentino* (1959) y *De Octubre a Septiembre* (1959) que se añadieron a *Crisis y resurrección de la literatura argentina* (1954); Jauretche, A. *El Plan Prebisch. Retorno al Coloniaje* (1956), *Los profetas del odio* (1957), *Ejército y política* (1958), *Política Nacional y Revisionismo Histórico* (1959), *Prosa de hacha y tiza* (1960) y *FORJA y la década infame* (1961); Chávez, F. *Civilización y barbarie* (1956); Puiggrós, R. *Historia Crítica de los partidos políticos argentinos* (1956), libro fundamental en la relectura del peronismo y, luego, *El proletariado en la revolución nacional* (1958); Esteban Rey publicó, entre otros trabajos, *¿Es Frondizi un nuevo Perón?* (1957), donde analizó las limitaciones del frondizismo y el origen político alvearista y conciliador de A. Frondizi, completado en 1959, con *Frigerio y la traición de la burguesía industrial*; Spilimbergo, J. *Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario* (1958); Rivera, E. *Peronismo y Frondizismo* (1958), donde comprendió ambos movimientos desde la perspectiva de la izquierda nacional. También los siete números de la revista *Política* (aparecida entre octubre y diciembre de 1958) bajo la dirección de J. Spilimbergo y J. A. Ramos, que analizó la coyuntura política bajo el gobierno frondizista abonó a la formación de la izquierda nacional. A estas publicaciones, es preciso agregar el trabajo de la editorial Coyoacán –nominación en referencia a la ciudad mexicana que acobijó a Trosky hasta su asesinato–, montada por J. A. Ramos, que editó 38 volúmenes entre 1961 y 1963 (Galasso, 1983:60–74); Terán, 2012:274; Sigal, 1991:128; Tarcus, 1996:123)²⁶.

²⁶ Entre ellos se destacan: *La Patria Grande y Reconstrucción de Hispanoamérica* de Manuel Ugarte; *Juan B. Justo y El socialismo cipayo* y *La revolución nacional en Marx* de J. Spilimbergo; *Prosa de hacha y tiza*, *El paso de los libres* y *FORJA y la década infame* de A.

En conjunto, la consolidación teórica del nacionalismo popular fue uno de los fenómenos característicos en los años posteriores a la caída de Perón y a la “traición” de A. Frondizi. Sin embargo, con sus diferencias, matices y tensiones, esta abundante producción político–ideológica del nacionalismo popular pretendía nacionalizar la inteligencia argentina a través de una delimitación con la izquierda “cipaya”–liberal y construir una tradición nacional–popular. Algunas de las coordenadas de esta corriente fueron: el antiliberalismo, el antiimperialismo, el antiintelectualismo, la centralidad del tercermundismo y el nacionalismo popular –opuesto al nacionalismo elitista–, una lectura historiográfica nacional, calificada por Halperín Donghi (1985) como “neorevisionista revolucionaria” (para diferenciarla del revisionismo de los años 30)²⁷. Este “neorevisionismo” suponía desenmascarar el proyecto civilizatorio de las elites locales, mediante una inversión de la historia liberal: allí donde se habían leído derrotas, se debían festejar triunfos; allí donde se habían ensalzados héroes, se descubrían traidores; allí donde el país había avanzado, en verdad retrocedió (De Diego, 2007:44).

Es de interés subrayar el vínculo nación–pueblo dispuesto por esta corriente. Existía una nítida separación entre dos tipos de nacionalismos. El nacionalismo oligárquico y el nacionalismo popular. El primero, tributario del liberalismo y de la clase dominante local y proseguido por la izquierda tradicional o “cipaya” –como el PCA o el PS–, se basaba en rechazar la especificidad local, adhiriendo a modelos e ideas imperialistas o europeizadas bajo el mote de “la civilización”. Para ciertos sectores de la izquierda nacional los planteos de Marx suponían un destierro de la cuestión nacional. Al asumir el asunto como una reivindicación burguesa, no contemplaban la posibilidad del socialismo en los países atrasados. Esta matriz había conformado a la socialdemocracia y al comunismo vernáculo, incapaces de divisar en profundidad el fenómeno imperialista. Por ello, su mentado “internacionalismo” resultaba tan abstracto como desprovisto de una genuina comprensión de la cuestión nacional. El segundo, el nacionalismo popular, recuperaba otros aportes del

Jauretche; *La izquierda nacional en la Argentina* de Methol Ferré, J. J. Hernández Arregui, A. Jauretche y otros; *La revolución permanente, La Revolución rusa, La Burocracia Soviética y Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina* de Trotsky. Recuérdese que la teoría de L. Trotsky sobre el desarrollo desigual y combinado de las formaciones económico–sociales, expuesta primero en 1905 y luego en *Historia de la Revolución Rusa*, resultó de suma importancia para algunas franjas del nacionalismo popular.

²⁷ De todos modos, como ha apuntado Devoto (2004:107), se debe asumir con serias reservas la impronta unitaria que denota la apreciación de Halperín Donghi ya que el nacionalismo popular estuvo compuesto por diferencias significativas, aun en el plano historiográfico.

marxismo, en particular de Lenin. A partir del análisis del imperialismo comprendía que el mundo se dividía en países opresores y oprimidos, adquiriendo centralidad el asunto de la liberación nacional. Lenin había enriquecido las fórmulas de Marx, desplazando el eje de la revolución desde los grandes países hacia los países subyugados con su recordada frase: “La cadena se rompe por el eslabón más débil”.

De todos modos, es errado reducir los aportes de Lenin a este terreno o bien suponer un desplante genérico del marxismo por parte de esta corriente. En varias franjas del nacionalismo popular Marx –y las distintas vertientes del marxismo– animaron las reflexiones. Para el nacionalismo popular se trataba de consolidar corrientes socialistas auténticas, genuinas, nacionales en cada país, capaces de reconocer y llevar hasta las últimas consecuencias las tareas nacionalistas democráticas y de liberación nacional, propias de países dependientes. Es de sumo interés que sectores del nacionalismo popular se separaron claramente del stalinismo y de su concepción del “socialismo en un solo país”. Recuperando los planteos de Trotsky, consideraron las tesis de Stalin como una deformación nacionalista reaccionaria del socialismo, en tanto otorgaba un contenido exclusivamente ruso a las revoluciones en cada semicolonias. El stalinismo, al hegemonizar la IIIª Internacional, condujo al desconocimiento de la cuestión nacional, al carácter satelital y satélite²⁸ de los PCs respecto a la URSS y a reducir el marxismo a una colección de consignas capaces de justificar los inusitados cambios tácticos. Así, como la nueva izquierda, sectores del nacionalismo popular se distinguieron del stalinismo como del movimiento trotskista que, despegado de ciertos planteos de Trotsky, culminaron por negar el problema nacional.

Los movimientos de liberación de la década del 50 y 60 en los países del tercer mundo (Argelia y Vietnam, entre otros) fueron fuentes de reflexión teórica para el nacionalismo popular como así también algunas de sus figuras deslumbrantes, particularmente, Frantz Fanon (1925–1961). Nacido en la isla de Martinica –colonia francesa en esa época–, protagonista de las luchas de liberación de su país –fue miembro del *Frente de Liberación Nacional* argelino–, y seguidor del existencialismo sartreano, F. Fanon dejó un legado teórico de gran influencia. Resultaba atractivo para el nacionalismo popular porque expresaba, además, el valor de una producción teórica autóctona de los países dependientes, así como un acentuado

²⁸ Con el concepto “cultura satélite”, el nacionalismo popular refería a la difusión, a través del sistema educativo, la prensa y otras instituciones, de ideas y pautas culturales propias de los grandes países capitalistas.

antiintelectualismo. Si bien aceptaba que, en ciertos casos, algunos intelectuales podían emanciparse del sistema colonial, era pesimista de aquellos que no participaban suficientemente de la lucha debido al ascendiente que podía ejercer sobre ellos la burguesía –su clase natural– (Ponza, 2010:129; Artaraz, 2011:244). Al igual que otros revolucionarios del tercer mundo e inscriptos en procesos de liberación nacional, como Amílcar Cabral –quien proponía el “suicidio” de clase de los intelectuales–, desconfiaba de la intelectualidad.

La expansión del nacionalismo popular hacia fines de la década del 50 se amplió y fortaleció entre 1960–1962, contando con nuevos adherentes. Los ocho números del semanario *Política*, publicados entre febrero y abril de 1961 bajo la dirección de J. A. Ramos y que contó con la participación de autores como A. Jauretche, A. Methol Ferré, J. J. Hernández Arregui, J. Spilimbergo, C. Strasser, entre otros, es ilustrativa de ello. Entre los temas abordados se destacaron: la crisis de la vieja izquierda y la cuestión nacional; el ejército nacional y la viabilidad de una política de inclusión en la estrategia de liberación nacional; el problema de la cultura nacional, a través de una polémica entre E. Sábato y J. A. Ramos; la caracterización y expectativas del modelo revolucionario cubano; la revisión histórica desde una perspectiva federal provinciana (Galasso, 1983:97–98). De todos modos, las tensiones, matices y diferencias fueron marcadas, siendo dicho semanario, junto la revista *El Popular*, una de las reducidas experiencias de trabajo mancomunado entre izquierda nacional e izquierda peronista.

El *racconto* realizado habilita a situar histórica y teóricamente las elaboraciones pedagógicas del nacionalismo popular. Como sostiene Puiggrós (1997), el nacionalismo popular pedagógico no tuvo un peso destacado, pero sí configuró una posición nítida dentro del discurso educativo de la época. Si bien existieron distintas expresiones pedagógicas de la corriente, en términos de historia intelectual la autora repara en las reflexiones de dos íconos del nacionalismo popular: A. Jauretche y J. J. Hernández Arregui. Las consideraciones de Puiggrós sobre el costado pedagógico de J. J. Hernández Arregui las expongo y discuto en el Capítulo cinco. Respecto A. Jauretche, la autora se centra en sus elaboraciones vertidas en *Los profetas del odio (y la Yapa)* y en *La colonización pedagógica*. Entre otras reflexiones, enfatiza la categoría “colonización pedagógica” que provenía del filósofo alemán Eduard Spranger. Aunque advirtiendo el sesgo imperialista de este filósofo, A. Jauretche aplicó la categoría para explicar lo que denominó “un siglo de dictadura espiritual oligárquica” y el proceso de devastación de las nuevas generaciones. Por fuera de la escuela existía un país, una nación, una cultura popular que era negada por la

institución. Se concurría a una disyunción vida y escuela. Ante esta colonización pedagógica, A. Jauretche proponía una ofensiva contracultural signada por el renacimiento de lo propio y la fe en la genuinidad nacional. También, destaca Puiggrós, el autor cuestionó la corriente reformista que había asumido la dirección de las universidades en 1955. Renegaba del reformismo que, históricamente ligado al yrigoyenismo, se tornó antiperonista y promovió la oposición de los estudiantes al peronismo. Sostenía así que la supuesta universidad reformista de 1955 era profundamente antinacional y antipopular, en otras palabras, tecnocrática, científicista, despolitizada. A cambio, abogaba por una universidad profundamente politizada, anclada en la comunidad y dispuesta a inscribir la técnica como parte de un proyecto político y no como un fin en sí mismo.

En suma, el rápido recorrido expuesto sobre el nacionalismo popular pretende inscribir y enmarcar a los usos pedagógicos de Gramsci dinamizados por esta corriente. Aunque los/as reconocidos/as intelectuales y revistas nacionalistas populares no se centraron durante el período en el plano pedagógico, existen algunos casos de interés para la investigación como J. J. Hernández Arregui y H. González.

3.2.3. Las características y la extensión de la nueva izquierda. Una izquierda pedagógica más allá del liberalismo y el nacionalismo popular

La categoría nueva izquierda intelectual resulta difusa. De hecho, su carácter evanescente, contradictorio y amorfo, llevó tempranamente a considerarla como poco apropiada (Ellis, 1969). Este carácter se expresa también en el escaso acuerdo en la literatura sobre los orígenes de la expresión nueva izquierda (Artaraz, 2011). Reconociendo la impronta imprecisa de la categoría, es sustancial determinar sus contornos para tornarla fecunda desde el punto de vista heurístico. De ahí que la tarea debe comenzar por determinar a la vieja izquierda que atravesaba por una profunda crisis política e intelectual hacia fines de los años 50 y que operó como contraste en la construcción de la identidad de esta nueva izquierda.

Si bien desde temprano existieron críticas al régimen, el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) celebrado en 1956, luego de la muerte de Stalin (1953), condensó un vasto conjunto de denuncias y críticas: asesinatos a los viejos bolcheviques a manos del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos – abreviado en ruso, NKVD–, sometimiento de la oposición política a campos de

concentración –*gulags*–, el culto a la personalidad, etc. El Congreso influyó profundamente en los futuros animadores de la nueva izquierda local²⁹. Parte de la crisis del stalinismo se expresó también en levantamientos contra la URSS, por ejemplo, la Revolución húngara en 1956 –catalizada por el conocimiento de las denuncias en el XX Congreso del PCUS– o, más adelante, la Primavera de Praga (1968) o, en otro orden, el conflicto chino–soviético que comenzó a fines de los años 50 y se extendió en la década del 60.

Como manifestación de la crisis del comunismo en el plano local, hacia década del 60 la vieja izquierda perdió el monopolio en la producción crítica marxista. Durante las décadas del 30 y del 40, la cultura marxista estuvo ligada fundamentalmente al PCA. En los años 50 este monopolio persistía. A través del partido se produjeron infinidad de libros y se publicaron clásicos del pensamiento científico y filosófico. El PCA contaba con innumerables editoriales, ya sea oficiales u oficiosas: Lautaro, Fundamentos, Platina, Proteo, Procyon, Problemas, Capricornio, Anteo, Futuro, Partenón, Argumentos y Arandú (Tarcus, 1966:330). Además, durante la década del 50 tuvieron lugar publicaciones ligadas, en mayor o menor medida al PCA, como *Mar Dulce* –en el ámbito universitario–, y literarias, como *Gaceta Literaria*, *Plática*, *Nueva Expresión* y *Hoy en la Cultura* (Sigal, 1991:129; *Ibíd.*:195). Este monopolio en la publicación o elaboración teórica de izquierda se fue perdiendo hacia la década del 60 con la multiplicación de revistas y otros canales de expresión de la nueva intelectualidad.

Aunque se corra el riesgo de vulgarizar las posturas, sintetizo algunas coordenadas teóricas principales de la vieja izquierda: asunción del marxismo de manera dogmática; apego al modelo marxista–leninista; disociación entre el plano objetivo y el subjetivo; desatención a las especificidades históricas locales. Como decía, incluyo dentro de la vieja izquierda al Partido Comunista y al Partido Socialista, pero también al trotskismo. El asunto supuso imprecisiones en la historiografía local³⁰. Me inclino por las reflexiones de Tarcus (1996) y Weisz (2004). Ambos sugieren que el trotskismo vernáculo asumió características de la izquierda tradicional, en el sentido

²⁹ Como apunta De Ípola (2005:12) sobre la trayectoria de J. Aricó, su marxismo “como el de sus amigos intelectuales es un marxismo ‘post 1956’, post XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS)”.

³⁰ Por ejemplo, C. Hilb y D. Lutzky (1984) comienzan por introducir al trotskismo local dentro de la nueva izquierda, específicamente a Política Obrera y el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) (partidos encabezados, respectivamente, por Jorge Altamira y Nahuel Moreno), pero en el curso de su trabajo deciden excluirlos, dada sus críticas a la lucha armada y sus lecturas de la coyuntura del país a inicios de los 70.

de una escasa predisposición al estudio específico de la historia argentina, sus tradiciones políticas o las estructuras de las clases, concentrándose en los debates ideológicos internacionales o en la defensa de la tradición marxista frente al stalinismo. Su linaje histórico se remontaba al marxismo europeo de fines del siglo XIX y asumía como paradigma el modelo de la Revolución rusa. Aunque contaba, en comparación con el stalinismo, con apertura teórica y buscaba alejarse de una aprehensión dogmática o economicista del marxismo, en el plano local no resultó receptivo, ni formó parte de las nuevas tendencias políticas y teóricas críticas que se inauguraron hacia las décadas del 50 y 60.

La nueva izquierda buscó renovar al marxismo. Además de repensar la cuestión nacional desde un prisma marxista, busco su desenvolvimiento teórico por fuera de la polémica principal que lo atravesaba, por entonces, entre el stalinismo y el trotskismo. Ricardo Piglia, un representante de la nueva izquierda por aquellos años, desde la revista que comandó, *Literatura y Sociedad* (de tan sólo un número), lo exponía con claridad en 1965:

La actividad de la neoizquierda termina con el monopolio que, del marxismo, ejercían el PC y los grupos socialistas; borra la artificiosa línea que dividía la estrategia revolucionaria entre el trotskismo y el marxismo ortodoxo, reflejo de una polémica internacional ajena a la realidad de nuestra clase obrera. Replantea la necesidad del camino nacional para el marxismo en la Argentina (Piglia, 1965:5).

Si bien parte de los contenidos de la nueva izquierda estuvieron sujetos a procesos nacionales, existieron coordinadas teóricas comunes (Artaraz, 2011). Entre las semejanzas se destacó su antistalinismo y antidogmatismo. Aprehendo a la nueva izquierda intelectual en términos amplios, es decir, como un constructo que comprende distintas corrientes y énfasis bajo el afán común de adscribir y renovar el marxismo, construir una tercera vía ante el autoritarismo stalinista y la moderación socialdemócrata, desmenuzar la complejidad de la dominación en sociedades capitalistas avanzadas, aprehender la especificidad de las formaciones capitalistas – sin desembocar necesariamente en posturas nacionalistas–, o diseñar nuevas estrategias políticas para el cambio social.

Una de las características globales, aunque con matices y tensiones importantes, de la nueva izquierda reposó en asumir la actividad intelectual sin desembocar en posturas antiintelectualistas. En algunos casos, la vieja izquierda, específicamente el stalinismo, fue acusada y asumida como expresión del antiintelectualismo dado que reducía la labor intelectual al apoyo y legitimidad de las tácticas del Partido, a la aplicación de la interpretación burocrática del modelo revolucionario ruso a todas las latitudes. En suma, se podría argumentar que, aunque tensionada por el clima de politización de la época, la nueva izquierda, a diferencia de franjas del nacionalismo popular, en términos generales no asumió al antiintelectualismo como modo de posicionarse en el campo cultural de la década del 60 y 70.

La extensión de la nueva izquierda es fruto de polémicas. Algunos autores/as sólo enfatizan el aspecto humanista del marxismo reivindicado por la nueva izquierda (Hirsch, 1981; McLellan, 1999), lo que implica alejar al estructuralismo althusseriano. Así, la nueva izquierda es ligada a aquellas elaboraciones que, entre otros aspectos, jerarquizaron los escritos del *joven Marx* (especialmente, sus *Manuscritos económicos y filosóficos, de 1844*), centraron la elaboración del marxismo en torno a la problemática de la alienación, estrecharon el pensamiento de Marx con Hegel, situaron la praxis del hombre en el centro de su interés, partida y elaboración teórica y política. De igual modo, considero, como fundamentaré más adelante, que dentro de la nueva izquierda es posible cobijar una interpretación humanista e historicista del marxismo como una versión estructuralista.

De la primera, y en términos locales, tal vez la inicial expresión haya sido el folleto *Política y vida cotidiana* de Marcos Kaplan publicado en 1960. Es de interés especial el folleto por las características atribuidas a la nueva izquierda. El autor se centró en el plano subjetivo para mostrar el estancamiento y crisis de lo que denominaba “vieja izquierda” –socialismo, comunismo, trotskismo–. Fundamentalmente, dirigió tres impugnaciones a este espectro: a) su fracaso para responder con nuevos análisis y formas de acción a las condiciones históricas del capitalismo avanzado; b) su racionalismo y reducción de la lucha revolucionaria al terreno político o económico, desconociendo las condiciones de vida reales de los sujetos; c) las formas alienadas de la organización y la vida militante de la vieja izquierda. Al mismo tiempo, el folleto pretendía la fundación de una nueva izquierda bajo las siguientes coordenadas: el partido como anticipación de la sociedad futura, la búsqueda del “militante integral”, la crítica de la vida cotidiana, el abandono del sustituisimo o del paternalismo sobre las masas, la promoción de las prácticas colectivas y autogestivas en la sociedad y en el

partido, superación del objetivismo fatalista como el optimismo dogmático (Tarcus, 1996: 146–147). La crítica al estilo de vida consumista, rutinario y alienado, la aprehensión de un conjunto de opresiones no reductibles al vínculo capital–trabajo, la complejidad y densidad de aparatos culturales burgueses ligados al momento de la producción, pero con mecánicas específicas –por ejemplo, en el terreno educativo–, fueron aspectos que marcaron a corrientes de la nueva izquierda.

Es preciso situar la producción de Marcos Kaplan dentro de tendencias político–teóricas internacionales. Hacia fines de 1960, Wright Mills escribió una *Carta abierta a la nueva izquierda –Open letter to the New Left–* con la pretensión de impulsar y evidenciar una nueva corriente político–teórica. La carta tuvo gran impacto entre los jóvenes intelectuales de izquierda y fue fuente de inspiración para la creación de la reconocida revista *New Left* ese mismo año. En el plano teórico, los trabajos de la época, por ejemplo, de Wright Mills de 1951, *El Cuello Blanco: Las clases medias estadounidenses*, o de Marcuse en 1954 (traducido al español en 1965), *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, difundidos en el ámbito local, fueron algunos de los trabajos rescatados por la corriente humanista de la nueva izquierda local (Matusevicius, 2013). A su vez, esta corriente se esforzó en rastrear el pensamiento de autores marxistas “marginados”, ya sea por las derrotas ante la burguesía o bien por la burocratización de los procesos revolucionarios. Estos autores, se argüía, eran portadores de un afán común de renovación del marxismo, críticos del dogmatismo. Por ejemplo, de la década del 20 se retomaron los escritos de K. Korsch, G. Lukács y Gramsci, críticos de las versiones mecanicistas del marxismo y centrados en la elaboración del marxismo en clave humanista e historicista.

Ahora bien, si se asume, a la nueva izquierda intelectual en un sentido amplio, colocando como central y distintiva la ruptura con el stalinismo y la socialdemocracia en la pretensión de renovar al marxismo, adhiero a la incorporación de autores como L. Althusser y N. Poulantzas en ella (Oelgart, 1970; Thwaites Rey, 2007). Aunque en el próximo apartado desarrollo los fundamentos teóricos del estructuralismo althusseriano, es preciso argumentar aquí por qué se sitúa a L. Althusser de una manera crítica y tensa con el stalinismo. Se podría sostener que el filósofo francés, al permanecer en el Partido Comunista Francés, continuó con la vieja izquierda. Aún más, en sus argumentos teóricos de la década del 60 no se registró una ruptura abierta con el stalinismo, sino más bien una reivindicación parcial de algunos de sus aspectos y centralmente de otros como la separación entre ciencia e ideología. Pero

mantener al estructuralismo althusseriano en los confines del stalinismo implica, tanto una lectura simplista de sus tesis y trayectos, como también anular el derrotero del althusserismo en la nueva izquierda local y su incidencia en la elaboración teórica³¹.

Resulta ilustrativa de su influencia en la nueva izquierda local la “Advertencia a la primera edición” del grupo político editorial *Pasado y Presente* en el cuaderno n°4, septiembre 1968, *La Filosofía como Arma de la Revolución*, consagrado al pensamiento althusseriano:

Aunque estamos, sin duda, frente a un pensamiento teórico en proceso de elaboración (...) ya podemos verificar los enormes efectos positivos que ha provocado en el actual debate teórico marxista. Constituye ya una escuela interpretativa del pensamiento de Marx que se despliega en multitud de campos de trabajo y que influye de manera decisiva en la cultura francesa y europea actual. Pero además, y esto aparece superficialmente como un hecho paradójico, aunque las elaboraciones althusserianas se mantienen en el plano epistemológico, concitan la adhesión y hasta el entusiasmo de los jóvenes intelectuales revolucionarios (1968/2011:8).

L. Althusser construyó un vínculo tenso con el PCF (Anderson, 1985; De Ípola, 2012). Buscó impulsar una renovación de la teoría marxista al interior del partido, al tiempo que acataba públicamente la orientación política de su organización, sin dejar pasar ciertas oportunidades para exponer críticas rotundas (como en 1978, a través de su libro *Lo que no puede durar en el partido comunista*)³². Optó por evitar

³¹ Para una lectura inversa, que jerarquice la inscripción de L. Althusser en los parámetros stalinistas, remitirse a Edward P. Thompson (1978).

³² La distancia del PCF respecto a la producción de L. Althusser se expresó claramente en su texto “Théorie, pratique théorique et formation théorique. Idéologie et lutte idéologique” de 1966. No recibió nunca respuesta a la solicitud de publicación en la revista teórica del partido, *Cahiers du communisme*, y fue enfáticamente repudiado por Roger Garaudy al interior del PCF en el marco del Congreso de Argenteuil en 1966. El texto se publicó ese año en la revista *Casa de las Américas*. De allí lo tomó *Pasado y Presente* para incluirlo en su volumen de 1968, *La Filosofía como arma de la revolución*, de amplia repercusión y difusión en los grupos de la nueva izquierda argentina (Burgos, 2004; Starcenbaum, 2013b). Pero la condena de sus tesis no implicó otras sanciones porque L. Althusser era ya una figura teóricamente prestigiosa; más prestigiosa que sus críticos. También, el PCF acogió con un frío silencio las principales obras de L. Althusser por entonces: *La revolución teórica de Marx* y *Para Leer el Capital*. Esta relación tensa de L. Althusser con el partido, contrastaba con su lugar en la *École*

confrontar abiertamente con las directivas del partido en pos de mantener su actividad en el principal nucleamiento de la clase obrera francesa. El PCF se distanció de la lectura estructuralista del marxismo cuando el althusserianismo se conformó como soporte teórico de la disidencia maoísta al interior del Partido durante la década del 60. Existieron vastas articulaciones entre el maoísmo y el althusserianismo. De hecho, L. Althusser, a modo provocativo, fundamentó parte de sus planteos en las tesis filosóficas de Mao Tse–Tung. Así, su artículo “Contradicción y sobredeterminación” aparecido en 1962, de vasta repercusión y con evidentes filiaciones maoístas, suscitó inmediatas réplicas por parte de los oficialistas Gilbert Mury y Roger Garaudy, en particular por su rechazo a la clásica tesis de que Marx había invertido en sentido materialista el método dialéctico idealista de Hegel.

Es sabido que el maoísmo fue una de las corrientes que animó a la nueva izquierda. Entre otros aspectos, expresó una renovación en la estrategia revolucionaria –la denominada *Guerra popular y prolongada*–, la voluntad de pensar lo propio –lo nacional– y en el plano filosófico, por ejemplo, complejizó la noción de contradicción en el marxismo. Además, las acusaciones que el maoísmo profería a la Unión Soviética y a su Partido Comunista de implicar un retorno al capitalismo y de practicar el “revisiónismo”, abonaron futuras rupturas, crisis y tensiones en el seno del comunismo. A nivel local, desde 1963, en el marco de la polémica entre el comunismo soviético y el chino, la sección argentina se posicionó a favor de Moscú. De ahí que las únicas referencias del comunismo local a China en los 60 se resumieron en advertir el peligro desviacionista –izquierdista, nacionalista y trotskista– representado por el maoísmo para la izquierda argentina (Celentano, 2013). Camadas intelectuales de la nueva izquierda se apoyaron reiteradamente en Mao Tse–Tung para fundamentar sus reflexiones y, en algunos casos, sus rupturas con la vieja izquierda (ver Capítulo siete). De este modo, L. Althusser aparecía vinculado a un pensamiento y tradición crítica del marxismo stalinista.

Como bien apunta Anderson (1985:118), el conflicto chino–soviético en las décadas del 50 y 60 fue el trasfondo político de la obra de L. Althusser por esos años. De hecho, en 1961–1962 el filósofo francés publicó artículos (por ejemplo, “Sobre el joven Marx”) que mostraban simpatía hacia China y críticas a la línea soviética a nivel internacional y a nivel nacional contra gran parte de la cultura oficial del PCF. La simpatía por el proceso revolucionario chino se ahondó en 1966 con la Revolución

Normale Supérieure, donde tenía un rol central en el debate y polémica con los/as estudiantes de filosofía (De Ípola, 2007).

cultural: el partido comunista chino pareció ofrecer no sólo una crítica teórica de la Unión Soviética sino también un modelo práctico, una experiencia alternativa y superior de construcción socialista, regida por la lucha contra el economicismo y el derecho a la rebelión contra los privilegios y las imposiciones burocráticas³³. A este clima de crisis del marxismo soviético y sus PCs, es posible añadir la invasión de la antigua Checoslovaquia por parte de la URSS a fines de los años 60. Bajo este marco histórico se desplegó la aceptación del althusserianismo por parte de nuevas camadas de intelectuales adherentes al marxismo que pergeñaban una alternativa al stalinismo.

Desde luego, la renovación emprendida por L. Althusser también era tensa en sí misma. Por momentos, el autor exhibió una ortodoxia más segura de sí misma que la de sus críticos, lo que desorientaba a los miembros del PCF. Su proyecto inconcluso era reemplazar los manuales stalinistas de formación marxista –intención proseguida en América Latina por su discípula Marta Harnecker– (Starcenbaum, 2013b). Renovar el marxismo, aunque sin caer en el revisionismo. L. Althusser parecía caminar por esta tensión en sus escritos de la década del 60. Criticaba el mecanismo marxista, pero asumía puntos relevantes del stalinismo. Por otra parte, en línea con las características de la nueva izquierda, la labor teórica era vivida por L. Althusser en clave de una empresa sin maestros y, por tanto, profundamente innovadora³⁴. Es imposible comprender el estructuralismo althusseriano sin mencionar, al menos, la crisis en que se encontraba el comunismo a partir del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Entre las vías de escape propuestas para esta crisis se encontraban el eclecticismo teórico y el humanismo religioso de Roger Garaudy o el reformismo práctico. L. Althusser planteó un retorno y recuperación de Marx para debatir los problemas del comunismo. Buscó aprovechar la crisis del stalinismo para abrir otras lecturas del marxismo, en la pretensión de una transformación, por un lado,

³³ En Francia, por ejemplo, durante los años 1966 y 1967 se produjo una convergencia entre jóvenes maoístas y el marxismo estructuralista althusseriano. A mediados de los años 60, Roger Establet formaba parte de una célula importante del PCF en la École Normale Supérieure (ENS), conocida como *Cercle d'Ulm*. Era una célula disidente de la línea oficial del partido; convergían en ella la propuesta de renovación del marxismo por parte de L. Althusser y el descubrimiento del maoísmo. De esta convergencia nació la *École Parisienne de Formation Théorique*, grupo de relectura de los clásicos de la tradición marxista que trabajaba de acuerdo a los protocolos de lectura althusserianos y que constituyó la base de la compilación *Lire Le Capital* (Starcenbaum, 2013b).

³⁴ “¿Dónde están nuestros teóricos? Alemania tuvo a Marx, Engels y al joven Kautsky; Polonia, a Rosa Luxemburgo; Rusia, a Plejanov y Lenin; Italia, a Labriola que se escribía de igual a igual con Engels, luego con Gramsci. ¿Dónde están nuestros teóricos?” (Althusser, 1965/2004:15).

por izquierda y desde adentro, del PCF, y, por otro, de corte general, de la teoría marxista con repercusiones y derivaciones políticas imprevisibles. El proyecto era fundamentalmente teórico, o mejor, a través de un “rodeo teórico” buscaba definir y desarrollar, en su especificidad, la política marxista.

De Ípola (2007), testigo privilegiado por su formación doctoral en la década del 60 en Francia bajo influencias althusserianas (y uno de los principales difusores de la obra del filósofo francés a nivel local junto con Mauricio Malamud), ilustra de manera clara esta pretensión de disputa y renovación del marxismo desde los confines del PCF:

Althusser y sus discípulos pensaban que esta transformación era posible. Por lo demás, opinaban o sentían que, más allá de su chatura, su obediencia servil a la Unión soviética y su total ausencia de espíritu revolucionario, no había alternativa política posible fuera del PC, el partido obrero francés por excelencia (2007:43)

Desde otro costado, el legado althusseriano animó polémicas en la nueva izquierda en América Latina. Se conformó como una de las referencias principales e ineludibles en la pretensión de la renovación del marxismo en la década del 60 (Aricó, 1988/2005:20). Sus escritos fueron ampliamente conocidos por la nueva intelectualidad en América Latina. A fines de los años 60, siglo XXI publicó en Argentina y México *La revolución teórica de Marx y Para leer El Capital; Los conceptos elementales del materialismo históricos*, de Marta Harnecker, una suerte de divulgación de la perspectiva althusseriana que tuvo amplia repercusión; el libro de Karsz S., *Lectura de Althusser* (1970, y en 1972, se reeditó en Buenos Aires con una introducción de L. Althusser); *Cuadernos de Pasado y Presente* publicó escritos de L. Althusser (además de otros prominentes althusserianos como Nicos Poulantzas y Alain Badiou), entre ellos *La Filosofía como arma de la revolución* en 1968 (el cuaderno con mayores reediciones, incluyó en su sexta edición de 1974 el famoso artículo del filósofo francés “Ideología y aparatos ideológicos de Estado”).

El declive de L. Althusser como referente teórico comenzó en la década del 70 en relación con la crisis del marxismo y con las derrotas de los movimientos populares. El proceso de autocritica y rectificación del filósofo francés fue acompañado de profundas acusaciones hacia su obra y su recorrido político, y a oponer el

estructuralismo marxista a todo proceso de radicalización política comunista (Starcenbaum, 2011b; 2013b). Si bien es cierto que L. Althusser ocupó un espacio relativamente desligado o conflictivo con la práctica política –por ejemplo, calificó el Mayo francés como izquierdista e infantilista³⁵–, su referencia teórica fue central en el período de estudio.

En el plano local, el pensamiento althusseriano fue rechazado por el PCA. Los debates en el seno del PCF entre grupos maoístas, fundados en lecturas de L. Althusser y en la línea oficial, llevaron al PCA a calificar a los maoístas franceses de jóvenes ultraizquierdistas en la década del 60. El maoísmo era una corriente que tendía al teoricismo, lo que implicaba remontar la lucha política a las ideas del utopismo pedagógico y del humanismo idealista (Starcenbaum, 2011b; 2013b). El rechazo del PCA al althusserianismo y su apropiación por parte de franjas de la intelectualidad crítica es otra razón de peso para inscribir al filósofo francés dentro de las corrientes que animaron a la nueva izquierda local.

Bajo una definición amplia de la nueva izquierda que atiende al vínculo político–teórico tenso entre L. Althusser y el stalinismo, a su afán de renovación del marxismo y a su articulación con las polémicas y debates de la nueva intelectualidad local, incluyó al estructuralismo marxista como una de sus vertientes. De este modo, distingo dos tendencias teóricas al interior de la nueva izquierda: una caracterizada por realizar fundamentalmente una lectura humanista e historicista del marxismo y otra que emprendió una versión estructuralista. No obstante, esto no niega la presencia de otras variantes teóricas dentro de la nueva izquierda en el período (entre tantas otras, el existencialismo sartreano).

La nueva izquierda pedagógica, al igual que el nacionalismo popular, es tributaria de las perspectivas, conceptos y preocupaciones atribuidos más arriba a la nueva izquierda. Reconocida como corriente en el plano político o teórico, su veta pedagógica aparece como extraña a nivel local. Más allá de la dificultad para su constitución o institucionalización, los estudios histórico–educativos locales del período no suelen ofrecer su delimitación. Seguramente, como señalé en el estado de

³⁵ En rigor, si se atiende a la carta de L. Althusser a María Antonietta Macciocchi del 15 de Marzo de 1969 (recientemente, traducida al español por Valentín Huarte, 2014), el filósofo criticaba no sólo al movimiento estudiantil por su sesgo izquierdista y pequeñoburgués sino también al PCF por su pérdida de todo contacto ideológico y político con los estudiantes y jóvenes intelectuales. Una crítica a la permanencia de L. Althusser en el PCF, en mayo de 1968, fue dinamizada por uno de sus discípulos: Jacques Rancière (1970), *La lección de Althusser*. Barcelona: Galerna. La edición en español se publicó cuatro años antes de la edición en su lengua materna (1974).

la cuestión, una excepción sea el trabajo de Suasnábar (2004) que apela a la categoría para aprehender ciertas trayectorias. Por su parte, en los trabajos de Puiggrós no se enuncia esta corriente. Sostiene que los teóricos de la pedagogía marxista en la Argentina –ya sea el PS o el PCA– siguieron la herencia de Aníbal Ponce, redujeron la educación socialista al modelo soviético, se identificaron con el progresismo o adoptaron tempranamente el reproductivismo pedagógico. Como resultado, no produjeron propuestas atentas a las particularidades nacionales. De alguna manera, los trayectos de la izquierda pedagógica en el período son enmarcados en parámetros liberales.

Esta línea es profundizada por la nota al pie preparada por Caruso para el trabajo de Puiggrós. El autor marca la férrea oposición del Partido Socialista (PS) al peronismo, que permitió la unidad de dos tipos de expresiones de fuerte divergencia hasta 1955 y luego su escisión a fines del año 1957: un ala derecha, liberal, positivista y un ala difusa, izquierdista. La primera, personificada en Américo Ghioldi, profesor normalista, líder parlamentario durante la década del 30 y profesor de la cátedra Política Educacional de la carrera de Ciencias la Educación, FFyL–UBA en 1956. Para A. Ghioldi, el socialismo no se definía como la fidelidad al sujeto obrero sino que se presentaba a sí mismo como tributario de la letra normativa estatal, la Constitución. Había una fetichización del orden constitucional que lo llevó a presentarse como fiel seguidor de la normatividad, como gran disciplinador. Su propuesta político-educativa suponía un pasado idealizado a restaurar: la escuela de la ley 1.420, el bachillerato mitrista, la escuela normal normalizadora y la universidad liberal. Así, conformó un tenso y difícil vínculo con los sujetos generacionales y sociales del posperonismo, conduciéndolo hacia la derecha del espectro político. La línea general de A. Ghioldi fue proseguida por Héctor Félix Bravo, quien participó en la cátedra de Política Educacional hasta 1966 cuando renunció y siguió su trabajo en el Centro de Investigaciones en Ciencias de la Educación (CICE) del Instituto Torcuato Di Tella (ITDT).

La segunda expresión del socialismo analizada por Caruso fue encabezada por Alfredo Palacios. Mantuvo una posición absolutamente opositora al peronismo, pero no ante la clase obrera. Sostenía que la clase trabajadora era envilecida por el peronismo y suscribía al vínculo que el poeta alemán Heinrich Heine proponía con el pueblo: amar a las masas, pero no estar cerca de ellas, amarlas en idealismo pero no en su cultura concreta. Esta posición se distinguía de la condena generalizada y hasta por momentos racista de A. Ghioldi. La postura de A. Palacios resultó ambigua.

Aunque admirador de la Revolución cubana y de impecables vínculos con la izquierda política, su extensa trayectoria universitaria lo condujo a posiciones academicistas. Cuando en 1958 se formó una coalición político-curricular alrededor de la figura de Risieri Frondizi, A. Palacios apoyó al liberal conservador Alejandro Ceballos en su postulación al rectorado de la UBA. Con todo, Caruso concluye que el positivismo constitucionalista de A. Ghioldi y el academicismo de A. Palacios no conformaron espacios capaces de articular políticas educativas alternativas y que la faceta educativa del socialismo se constriñó al liberalismo.

Por su parte, el PCA tuvo dificultades para redefinirse frente a la presencia peronista. Intentó producir un esquema conceptual para su comprensión recurriendo a varias versiones de teorías sociales que continuaron desarrollándose en el periodo abierto en 1955. El esquema conceptual tuvo dos orientaciones. En primer lugar, el trabajo de H. Agosti, de quien Caruso destaca el descubrimiento de la obra de Gramsci. En las décadas del 40 y del 50 produjo una posición y estrategia cultural denominada por el autor como *jacobinismo*. Ante la imagen esencialista de la nación sustentada por el peronismo, tanto H. Agosti como la pedagoga comunista Berta Braslavsky propondrán, en relación a este aspecto, el elemento jacobino y la imagen de la hibridación cultural a través de la inmigración. A su vez, H. Agosti, en debate con el socialismo, sostenía que el posperonismo sería superado con una mirada hacia el futuro y no hacia el pasado. De todos modos, Caruso sostiene que en la editorial de *Cuadernos de Cultura* de agosto de 1955 el programa educativo era liberal: la limpieza de los contenidos peronistas de enseñanza, el laicismo, la libertad de cátedra universitaria, entre otros puntos animaban la propuesta. Al igual que el socialismo, el comunismo quedaba preso del liberalismo.

La segunda orientación del PCA se caracterizó por una suerte de desarrollismo comunista, amparado en el éxito del desarrollo del sistema educativo soviético y sobre la base de la tradicional figura marxista de la educación multilateral. El modelo educativo era la escuela soviética que el stalinismo consagró con formas didácticas y curriculares tradicionales. En base a este modelo, se desplegó un discurso donde la preeminencia residía en lo funcional, productivo o técnico por encima de lo crítico. El máximo referente de esta tendencia a nivel local fue Ernesto Giudici, militante universitario. En suma, Caruso concluye que, al igual que el PS, tanto el jacobinismo educativo –desconfiado de las vanguardias pedagógicas y estéticas, por ejemplo, de la Pedagogía de la liberación– así como el desarrollismo comunista, no estuvieron en

condiciones de acompañar el camino de la radicalización cultural del período y, por tanto, de presentar formaciones renovadoras.

Tanto en Puiggrós como en Caruso, la izquierda pedagógica suele ligarse a la izquierda tradicional y, por tanto, a los parámetros liberales. Es indudable que en los casos abordados el liberalismo atravesó y animó a las posiciones pedagógicas. Ahora bien, en aquellas oportunidades que franjas de la izquierda pedagógica apelaron al crítico-reproductivismo pedagógico, también suelen ser inscriptas en unos parámetros liberales. En definitiva, habrían sido incapaces de aprehender las características del país y de elaborar propuestas. A lo largo del trabajo intentaré mostrar que en el plano pedagógico local se conformó una nueva izquierda reticente a la izquierda tradicional y tributaria de un marxismo alejado del liberalismo. Si autores como L. Althusser o Gramsci resultaban indigeribles para el PCA durante el periodo del estudio, algunas franjas de la izquierda los retomaron para cuestionar los saberes y dinámicas escolares o para ensayar propuestas capaces de subvertir el orden educativo. Autores como P. Bourdieu también contribuyeron en esta orientación. Lejos del liberalismo de izquierda que asumía los saberes populares en clave denigrante, al tiempo que entronizaba la cultura burguesa, la nueva izquierda pedagógica buscó elucidar la dominación del aparato escolar burgués y pretendió conformar propuestas capaces de potenciar las disputas intrainstitucionales, el protagonismo de los actores educativos o los conocimientos plebeyos, y conformar así una nueva institucionalidad. Estas tentativas, a su vez, se desarrollaron en crítica y oposición al nacionalismo popular, así como también en tensión con el crítico-reproductivismo. ¿Cómo nominar a estas franjas pedagógicas críticas que se alejaron tanto de la izquierda liberal o vieja izquierda como del nacionalismo popular? ¿Las elaboraciones político-pedagógicas provenientes de la *Revista de Ciencias de la Educación*, *Los Libros* o de J. C. Portantiero son reductibles a la izquierda tradicional o bien conforman otro registro dentro del arco de la izquierda? ¿Existió una izquierda pedagógica más allá de los cánones liberales y nacionalistas populares durante las décadas del 60 y 70? ¿Los autores o autoras marcados/as por la ruptura o tensión con la izquierda tradicional y que apelaron al acervo gramsciano sólo reprodujeron en el plano pedagógico los postulados de dicha izquierda, o también introdujeron innovaciones significativas durante el período?

3.3. Gramsci en la polémica y contienda entre el historicismo marxista y el estructuralismo althusseriano

En las décadas del 60 y 70, el marxismo fue atravesado por una polémica entre el estructuralismo althusseriano y el historicismo marxista que comprometió a las franjas intelectuales dispuestas a la renovación de la teoría crítica. Ambas corrientes se asumieron en tensión o ruptura con el stalinismo y la socialdemocracia, y tuvieron asidero o vinculación con los partidos comunistas más importantes de occidente – importantes en términos de popularidad, crecimiento y prestigio en sectores de la intelectualidad crítica– durante los años posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial: el PC Italiano y el PC Francés. Vale aclarar que tanto el historicismo como el estructuralismo althusseriano excedieron a estos partidos, pero parte del debate transcurrió por sendos agrupamientos. Esta polémica general también traspasó y animó los debates, disputas y usos de la obra de Gramsci en los años 60 y principios de los 70. Cada una de las corrientes reclamó para sí el legado gramsciano.

Las propias advertencias que el colectivo *Pasado y Presente* realizó a modo de presentación de algunos de sus Cuadernos ilustran el peso, el debate y la querrela del historicismo y el estructuralismo marxista sobre el legado de Gramsci por aquel entonces. La introducción a A. Badiou y L. Althusser, *Materialismo histórico y materialismo dialéctico*, Cuadernos de Pasado y Presente, n° 8, julio 1969, ponía al día “la confrontación entre marxistas franceses e italianos alrededor del pensamiento de Gramsci en relación con el de Althusser (...) Hemos querido ampliar el material presente con una discusión que tiene enormes implicancias políticas” (1969:8).

También en la advertencia al Cuaderno n° 19, *Gramsci y las ciencias sociales*, octubre de 1970, el colectivo editor aseveraba:

Este volumen retoma un tema que, aunque de manera lateral, había comenzado a plantearse en un Cuaderno anterior [el n° 8]. Allí la discusión utilizaba a Gramsci como estímulo (o pretexto) para la confrontación entre dos versiones del pensamiento marxista contemporáneo: por un lado, la propuesta por Louis Althusser y sus discípulos, identificable –pese a cualquier querrela acerca de los rótulos– como estructuralistas; por el otro, la formulada por la escuela italiana, predominante entre los cuadros intelectuales del comunismo peninsular,

que acentúa los aspectos historicistas de la tradición marxista, en lo que podría considerarse la línea gramsciana (1970:4).

Por último, en la advertencia al Cuaderno n° 39, mayo 1973, *El concepto de formación económico-social*, se exponía la gravitación del debate historicismo-estructuralismo:

La modalidad propia del condicionamiento económico y la eficacia específica de la lucha política, la causalidad estructural objetiva que preside el movimiento de la sociedad capitalista y el papel de los fines subjetivos, de las ideologías, de la acción y voluntad política orientadas a su reproducción o a su quiebra revolucionaria, tienden a presentarse, como términos escindidos y excluyentes en la antinomia protagonizada por la polémica entre las interpretaciones historicistas y estructuralistas del marxismo, que ha marcado muchas de las investigaciones y de los debates de los últimos años en el marxismo (1973:8).

Es de interés, pues, exponer las principales líneas de las tendencias teóricas en cuestión para conformar un marco susceptible de aprehender e interpretar la recepción de Gramsci en el nacionalismo popular pedagógico y en la nueva izquierda pedagógica. Durante los años 60, la obra de Gramsci estuvo atravesada, tensionada o disputada por el estructuralismo althusseriano y el historicismo. Es preciso, por tanto, exponer la polémica como marco de análisis del itinerario del comunista italiano en la pedagogía crítica del período. Si en el apartado anterior trabajé en fundamentar la definición y extensión del nacionalismo popular y la nueva izquierda, ahora se trata de fundamentar tendencias político-filosóficas que los atravesaron en su recepción pedagógica del genio sardo. Son dos planos distintos del marco teórico, pero que se reclaman. Desde luego, la polémica excede los parámetros pedagógicos, aunque sin ella, los usos pedagógicos de Gramsci se vuelven ininteligibles. Tal y como postulé en el apartado sobre la perspectiva de la recepción de autores/as, la explicitación de ambas vertientes del marxismo pretende comprender modalidades de empleo, y no evaluarlas en relación a una interpretación válida del acervo gramsciano.

Por otra parte, la reciente indagación de Starcenbaum (2011) sobre los rasgos althusserianos en la experiencia de los denominados “gramscianos argentinos”, el

colectivo *pasadopresentista*, iluminó aspectos frecuentemente opacados. Su reflexión, comentada en el estado del arte, pretendía impugnar una extendida interpretación historiográfica basada en la oposición entre gramscismo y althusserianismo durante los años 60 y 70, llamando la atención sobre los puntos de encuentro y solapamiento. Lejos de expresar el historicismo gramsciano y el estructuralismo althusserianos, corrientes antagónicas e inarticulables por la intelectualidad crítica de las décadas del 60 y 70, los usos del revolucionario sardo, en algunos casos, permanecieron tamizados por elaboraciones de corte althusseriano. En base a este filón crítico propuesto por el autor, la exposición de las coordenadas del althusserianismo y del historicismo contribuye a divisar la manera en cómo intelectuales y publicaciones de la época dirimieron la polémica y, específicamente, los nudos, tanto de contacto como de oposición, que establecieron entre ambos al emplear el legado gramsciano.

Entre las razones de la lectura historiográfica impugnada por Starcenbaum (2011) sobresale un argumento: el tratamiento extremadamente crítico de L. Althusser sobre Gramsci en sus escritos de la década del 60, especialmente *La Revolución teórica de Marx y Para Leer el Capital* (escrito junto con Étienne Balibar)³⁶. Las acusaciones del autor francés sobre el italiano habrían sido tan rotundas que condujeron al desprestigio de Gramsci en la década del 60, constituyendo un *bloqueo* o *contaminación* en su itinerario en América Latina y Argentina. Ante este común argumento, opondré el siguiente: el estructuralismo marxista, lejos de una crítica rotunda y despectiva al legado gramsciano, realizó una atenta, singular y productiva lectura, apropiándose en muchos casos explícitamente, de aportes gramscianos. Este argumento es relevante porque, situados en el plano teórico, habilita a iluminar zonas de recepción y usos frecuentemente suturados.

³⁶ Vale subrayar que la edición local a manos de Siglo XXI de *Para Leer el Capital* se hizo en base a la segunda versión corregida del escrito en francés de 1967 (la primera fue en 1966). En la misma se revisaron algunos aspectos, se eliminaron las colaboraciones de J. Rancière, P. Macherey y B. Establet, y se introdujeron dos textos: *La filosofía como arma de la revolución* (una entrevista a L. Althusser del diario del PC italiano L'Unità), y *Acerca de Gramsci* (Carta a Dal Sasso).

3.3.1. Las principales coordenadas del estructuralismo althusseriano

3.3.1.1. El althusserianismo clásico de los años 60

A continuación expongo las coordenadas centrales del marxismo estructuralista. Me centraré en determinado momento de la obra de L. Althusser y luego desarrollaré algunos de los aportes de N. Poulantzas sobre el plano político que se asentaron en el althusserianismo. Si bien el asunto es espinoso, resulta productivo establecer un corte relevante en el pensamiento de L. Althusser, en particular en sus producciones de las décadas del 60 y 70. En los escritos *La revolución teórica de Marx* (1965), *Para Leer el Capital* (1967)³⁷, *La filosofía como arma de la revolución* (1968) e *Ideología y aparatos ideológicos de Estado* (1969) existió una marcada preocupación político–epistemológica (en los primeros tres) o se profundizó, en el último, el tratamiento de conceptos como ideología o sujeto bajo la impronta sugerida en los anteriores³⁸.

En los escritos político–epistemológicos, para L. Althusser la filosofía poseía una función central: fundamentaba la ciencia marxista, el materialismo histórico. El filósofo francés buscó consolidar y desarrollar una nueva filosofía: el materialismo dialéctico, para, desde él, pensar la totalidad de las prácticas histórico–político–sociales. Así pregonó la separación, aunque la primera resultaba el pliegue de la segunda, entre el materialismo dialéctico –como filosofía– y el materialismo histórico –como ciencia, escindida de la ideología– (Lezama, 2012:63). Es cierto que en otros escritos de fines

³⁷ Ambos libros fueron traducidos al español por Marta Harnecker. El primero, titulado *Pour Marx* fue traducido por *La revolución teórica de Marx*.

³⁸ Las líneas de comunicación de *Ideología y aparatos ideológicos del Estado* con los trabajos mencionados, se expresan además en, por ejemplo, la continuación y desarrollo del concepto de totalidad marxista, así como en la indagación de los clásicos del marxismo a través del análisis de sus aportes legados en *estado práctico*.

Esta agrupación temática fue compartida por sectores de la nueva izquierda local. Los editores de *Pasado y Presente* inauguraban la advertencia a la primera edición del Cuaderno n° 4 (septiembre de 1968), *La Filosofía como arma de la revolución*, con las siguientes palabras: “Los ensayos del marxista francés Louis Althusser que hoy publicamos tienen una evidente unidad de temas y propósitos y expresan nuevas elaboraciones de los puntos de vista expuestos en *La revolución teórica de Marx* y *Para leer el Capital*. Muestran la continuidad de un trabajo teórico empeñado en establecer las coordenadas fundamentales de la filosofía marxista, concebida como una ‘Teoría de la producción de conocimientos’” (1968:1).

La repercusión del Cuaderno n° 4 fue vasta. Contó con 20 ediciones entre 1968 y 1994, un número sólo superado por el Cuaderno n° 1, *Introducción general a la crítica de la economía política* de Marx (con 24 ediciones entre marzo de 1968 y septiembre de 1996). En nuestro período de estudio, tuvo 6 reediciones, con una tirada entre octubre de 1972 (5ª edición) y septiembre de 1974 (6ª edición) de 10.000 ejemplares (Burgos, 2004:407).

de los años 60, como *Curso de filosofía para científicos* (1967) o *Lenin y la filosofía* (1968), existió un desplazamiento desde este interés primigenio por establecer el modo de articulación entre filosofía y conocimiento hacia un análisis de la relación entre filosofía y política, inscribiendo así al materialismo dialéctico en el juego de fuerzas sociales y enfatizando su papel práctico-político en términos de crítica al espontaneísmo de la clase obrera. Sin embargo, no fue una ruptura central. El artículo *Ideología y aparatos ideológicos de Estado* (1969), publicado en *La Pensée* en junio de 1970, es, siguiendo a De Ípola (2007:64–199), el último del denominado *Althusser clásico*, del *Althusser estructuralista* y, su epílogo (1970), el primero de una larga serie de artículos, prefacios a reediciones de obras propias o ajenas, conferencias, etc., en las cuales fue desplegando un amplio abanico de rectificaciones y autocríticas³⁹. Aunque algunos discípulos prosiguieron a L. Althusser en su intento de reformulación, el althusserianismo *clásico*, como proyecto colectivo y escuela de pensamiento, ofreció señales claras de agotamiento hacia fines de los 60 y principio de los 70.

La dirección de la reformulación se basó en condenar el uso indebido de una terminología estructuralista que se prestaba a confusión, el “teoricismo”, y, fundamentalmente, del “olvido de la lucha de clases”. Con *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, entre otras cosas, L. Althusser cerró el círculo de la teoría de la ideología elaborada en su momento *clásico* mientras que continuó los planteos político-epistemológicos en *La Revolución Teórica de Marx* y *Para leer el Capital*. En el epílogo de 1970 (Althusser, 1970/2005), un año después de la redacción del artículo, retomó y corrigió algunas de sus tesis. Introdujo un elemento prácticamente ausente hasta el momento: la lucha de clases. Asumió como abstractas sus tesis anteriores, distinguiendo entre ideología “en general” e ideología “concreta”, o sea, entre los mecanismos invariables o “eternos” y los mecanismos históricamente variables. Así, precisó sus tesis. Continuó considerando la posibilidad teórica de la lucha de clases en los *Aparatos Ideológicos de Estado* (AIE), pero, agregó que la misma desbordaba a los AIE en tanto provenía de otra parte: de las condiciones de existencia, de las experiencias de la práctica de lucha. Si bien L. Althusser se limitó a estas indicaciones, sin desarrollarlas, sin afectar su teoría de la ideología, eran una

³⁹ Un punto de condensación de estas rectificaciones fue en 1974, cuando se publicó en París, Althusser, L. *Éléments d'autocritique*. Su traducción al español fue al año siguiente, Barcelona: Ed. Laia.

expresión del momento de rupturas o rectificaciones althusserianas que abarcó gran parte de la década del 70⁴⁰.

Con todo, resulta interesante para la investigación el denominado *Althusser clásico*, de reconocida ascendencia en la década del 60 en la intelectualidad crítica local. Es común encuadrar este momento de L. Althusser en términos de estructuralismo marxista. Si bien aquí también el asunto es espinoso, entre otras razones, porque el propio autor rechazó dicho encuadre⁴¹, la *problemática* en que se inscribió el proyecto declarado del autor prosiguió la axiomática global del estructuralismo *levistraussiano* (De Ípola, 2007:127). El proyecto de L. Althusser heredó no sólo los conceptos sino también los problemas del estructuralismo. Desde luego, la asunción de la perspectiva *levistraussiana* no podía ser cómoda para L. Althusser, fundamentalmente, por la distancia de Lévi–Strauss respecto al marxismo–leninismo. Pero aun con sus tensiones, la comunión con dicha perspectiva fue evidente, como por ejemplo, en su antihistoricismo y antihumanismo. Con todo, L. Althusser *clásico* inscribió y desarrolló al marxismo–leninismo en clave estructuralista. Para ello se valió también de los aportes del psicoanálisis lacaniano y de Roman Jakobson desde la lingüística.

¿Cuáles eran los rivales político–teóricos del estructuralismo althusseriano? ¿Contra quién se desarrolló el estructuralismo marxista? Excede al apartado ofrecer una precisa escena de los adversarios. Quisiera sólo remarcar dos grandes tendencias que el althusserianismo *clásico* combatió. En primer lugar, el dogmatismo y economicismo marxista, expresado, fundamentalmente, por el marxismo oficial de la época stalinista. La caída del dogmatismo filosófico, las denuncias de “culto a la

⁴⁰ Un corolario de estas revisiones fue el trabajo de N. Poulantzas. Mientras sus producciones a finales de la década del 60 se inscribían en la *problemática* althusseriana *clásica*, su último libro, *Estado, poder y socialismo* (1978, primera edición en español 1979, editorial Siglo XXI), aunque reflexionaba sobre temáticas similares, hacía énfasis y seguía tendencias distintas, en particular, jerarquizando el rol de la lucha de clases que desbordaba y penetraba al Estado, así como también criticando el abstracto formalismo del estructuralismo marxista en el análisis de las formaciones sociales.

La centralidad de la lucha de clases para el análisis de la formación social y el Estado capitalista, también puede encontrarse en la entrevista que Henri Weber hizo en junio de 1977 a N. Poulantzas, y que fue publicada originalmente en *Critique Communiste*, n° 16, “El Estado y la transición al socialismo”.

En definitiva, las últimas producciones de N. Poulantzas se plegaban y fundaban en las críticas y autocrítica del althusserianismo *clásico*, situándose más allá de éste.

⁴¹ “La teoría de Marx no puede ser reducida, de ninguna manera, a una combinatoria formalista. El marxismo no es un ‘estructuralismo’. Creemos que la tendencia profunda de nuestros textos no proviene, a pesar de algunas resonancias en nuestra terminología, de la ideología ‘estructuralista’. Esperamos que el lector tenga a bien retener este juicio, ponerlo a prueba y rectificarlo” (Althusser, 1968/2006:4).

personalidad” condensadas en el XX Congreso del PCUS, entre otros procesos históricos, abrieron, según L. Althusser, la posibilidad de *volver* a Marx y construir la filosofía marxista en su integralidad. Aunque, y éste fue el segundo rival de envergadura, a la caída del dogmatismo le había sucedido, según el filósofo francés, el oportunismo basado, fundamentalmente, en lecturas humanistas de Marx, basadas en las *Obras de juventud* de Marx y, especialmente, *Los manuscritos económicos filosóficos de 1844* (que vieron la luz en lengua francesa en 1962). Esta corriente idealista, subjetivista, historicista, voluntarista, contaba, según L. Althusser, con amplia trayectoria y diseminados teóricos –al interior o por fuera del PCF⁴²–. El foco se colocaba en el hombre y en temáticas ligadas a su alienación, enajenación, liberación. El humanismo socialista, promovido por la propia URSS, se ponía de moda como alternativa al dogmatismo de la época stalinista. Entonces, mientras el período del culto de la personalidad retrajo el desarrollo de la teoría marxista, la alternativa surgida ante al calor de la crisis del comunismo no resultaba fructífera al situar al marxismo como una ideología idealista y no como una ciencia. En suma, L. Althusser trató de combatir la pareja economicismo–historicismo/humanismo (1968/2011:19)⁴³.

⁴² Uno de los representantes de esta corriente era J. P. Sartre. Ya en 1962, Lévi–Strauss polemizó con éste. Al primado de la conciencia y la praxis individual sartreana oponía la eficacia del inconsciente, la potencia incoercible de las estructuras, su carácter determinante respecto de la acción y el pensamiento humano (De Ípola, 2007:47). Sabido es que autores como L. Althusser, M. Foucault, P. Bourdieu, entre otros, desarrollaron en los años 60 su teoría en debate y polémica abierta con Sartre que ocupaba un sitio central en la *Escuela Normal Superior* y era una referencia ineludible en la intelectualidad crítica. Bourdieu en su último libro, *Autoanálisis de un Sociológico*, ilustró la ascendencia sartreana en el ámbito intelectual francés de los años 60: “época en la que todo el campo intelectual estaba dominada por la figura de Jean–Paul Sartre y en la que los cursos preparatorios (...) y la propia oposición de ingreso en la ENS, con su tribunal compuesto en un momento dado por Maurice Merleau–Ponty y por Vladimir Jankélévitch, eran, o podían parecerlo, lugares cumbre de la vida intelectual” (Bourdieu, 2006:19)

⁴³ El término pareja no es fortuito. Alude a que para L. Althusser, tanto el economicismo como el historicismo/humanismo contenían una lógica interna común, una misma *problemática*: “desde el punto de vista de su *problemática teórica* y no de sus intenciones y de su acento político, este materialismo humanista e historicista encuentra los principios teóricos de base en la interpretación economicista y mecanicista de la II Internacional. Si esta problemática teórica puede sostener una política de inspiración diferente, una fatalista, la otra voluntarista, una pasiva y la otra consciente y activa, se debe a los recursos de ‘*juego*’ teórico que contiene, como toda ideología, esta problemática teórica ideológica. De hecho, es confiriendo a la infraestructura, los atributos más activos de la superestructura política e ideológica como un tal historicismo pudo oponerse políticamente a la tesis de II Internacional. Esta operación de transferir atributos puede concebirse bajo diferentes formas: afectando, por ejemplo, la práctica política con los atributos de la filosofía y de la teoría (el espontaneísmo), cargando a ‘la praxis’ económica todas las virtudes activas, incluso explosivas, y a la determinación política el determinismo de lo económico (el voluntarismo) (...) En estas dos maneras se juega sólo una estructura de identificación: aquella de la problemática que identifica *teóricamente*, reduciendo el uno al otro los niveles en presencia” (1967/2006:151).

3.3.1.2. La modalidad de lectura del estructuralismo marxista del legado gramsciano

Como decía, el althusserianismo propuso un complejo modo de lectura de la obra de Gramsci. Para demostrar este argumento comenzaré por considerar los planteos de L. Althusser, aún en los escritos asumidos como más críticos, sobre el comunista italiano y luego, junto con el desarrollo de las coordenadas político–teóricas del estructuralismo marxista, señalaré sus apropiaciones, resignificaciones y distancias de conceptos gramscianos. Partiré por contemplar el artículo del filósofo francés “El marxismo no es un historicismo”, publicado en la revista italiana *Trimestre* en 1966 y tendré en cuenta su otro artículo “Acerca de Gramsci (carta a Dal Sasso)”. Éste último fue una respuesta a la crítica realizada por el PCI bajo la pluma de Dal Sasso en su revista *Rinascita* el 1 de diciembre de 1967 en referencia a las apreciaciones de L. Althusser sobre Gramsci⁴⁴. Ambos escritos fueron compilados en *Para Leer el Capital*, de amplia circulación en la intelectualidad crítica local de los años 60. Las críticas althusserianas a las tesis de Gramsci fueron vastas. Se podrían resumir en: la supresión del término clásico de “materialismo dialéctico” por sus resonancias positivistas, pero sin discernir su contenido específico, esto es, la relación de la filosofía con la ciencia; la absorción de la filosofía y la ciencia de la historia –cuya teoría general es el materialismo histórico– bajo la expresión única de filosofía de la praxis y, por tanto, anulando su distinción; la consideración de la ciencia bajo una impronta instrumental –como guía para la acción, soslayando así lo propiamente distintivo, la producción de conocimiento– y como una práctica social más, inscripta en la superestructura; la indistinción ciencia e ideología.

Como contraparte, L. Althusser indicó caminos teóricos particulares para trabajar y rescatar los aportes auténticos de Gramsci del peligro de las ideologías relativistas burguesas del conocimiento. Los principales aportes gramscianos reposaban en: la afirmación de la naturaleza política de la filosofía; la tesis del carácter histórico de las formaciones sociales –y de los modos de producción que las componen–; la tesis

⁴⁴ En Badiou–Althusser, *Materialismo histórico y materialismo dialéctico*, Cuadernos de Pasado y Presente, n° 8, Córdoba, 1969, se recopiló parte del debate entre L. Althusser y miembros de la escuela italiana en torno a la interpretación de Gramsci. Se encuentra la respuesta de L. Althusser a Dal Sasso (aunque con otro título: “La filosofía, la política y la ciencia”) y respuestas de marxistas italianos aparecidas en el semanario comunista italiano, *Rinascita*, n° 11 (15 de marzo 1968), n° 13 (5 de abril 1968) y n° 14 (28 de marzo 1969).

correlativa de la posibilidad de la revolución; la exigencia de la unión de la teoría y la práctica; el papel práctico en la historia real de la ideología o las concepciones del mundo; sus apuntes sobre la complejidad del Estado burgués⁴⁵. L. Althusser llevó a cabo una crítica y balance del legado gramsciano, por un parte, de corte epistemológico y, por otra, centrada en el materialismo histórico, atendiendo a la relevancia de sus reflexiones en torno a la hegemonía, la superestructura, la ideología, etc. (línea, como se verá, ahondada por su discípulo N. Poulantzas)⁴⁶.

⁴⁵ Para una postura que enfatice el carácter demoledor en la aprehensión de L. Althusser de la obra de Gramsci, ver Jessop (2007). Para el énfasis inverso y el rescate de la ambigüedad, ver Buci Glucksmann (1975/1978).

⁴⁶ Existe otra línea de diálogo de L. Althusser con el legado gramsciano que bien transcurrió durante nuestro período de estudio (y recién fue publicada en años posteriores), o bien se produjo con inmediata posterioridad al cierre del período. Me refiero al trabajo del filósofo francés sobre Maquiavelo. Vale señalar que en 1972 como parte de su revisión del momento clásico, L. Althusser retomó, en sus lecciones, el trabajo sobre *El Príncipe Moderno* de Maquiavelo. La lección de 1972 fue incluida en la introducción al ensayo *Maquiavelo y Nosotros* (1976/2004). También la labor del autor francés sobre *El Príncipe moderno* se expresó en una conferencia dictada en 1977 (publicada en alemán en 1987 con el título "Die Einsamkeit Machiavelli's" –"La soledad de Maquiavelo"–, en un compilación de escritos de Althusser titulada: *Schriften, Band 2, Machiavelli, Montesquieu, Rousseau – Zur, politischen Philosophie der Neuzeit*, Berlín: Argument). En estos trabajos, haciendo hincapié en la autonomía de la política, en la voluntad ante las constricciones estructurales, en la interpretación del *Príncipe moderno* en clave de manifiesto profético constructor del pueblo, entre otros puntos, L. Althusser aludió explícita y centralmente a Gramsci.

Si bien son nítidas las huellas gramscianas en el trabajo de L. Althusser sobre Maquiavelo, resulta polémico situar con precisión en qué prosiguió el autor francés al comunista italiano y en qué innovó. Para una lectura que enfatiza la centralidad del acervo gramsciano en la labor althusseriana sobre Maquiavelo, ver Kanoussi (2012); para un énfasis en la novedad, ver Negri (2004).

Digo que L. Althusser retomó su trabajo sobre *El Príncipe moderno*, porque la primera interpretación data de 1962 en sus lecciones en la *Escuela Normal Superior*. Las notas de las lecciones permanecieron inéditas y sólo salieron a la luz luego de su muerte. Estas notas expresaban una línea de trabajo distinta a la posterior sobre Maquiavelo, en tanto no se situaban en su revisión del momento clásico sino que más bien precedieron a dicho momento. El eje se colocaba en la ruptura que significaba Maquiavelo respecto a la filosofía política clásica. No era un pensador *de* lo político, sino un pensador *en* lo político; suponía otro fundamento de lo político, manteniéndose alejado del discurso sobre la teoría de las formas de poder, las tipologías de las acciones y de las funciones del príncipe, y centrándose en el despliegue de una acción potente.

A su vez, el curso presentó una singularidad: incorporó, seguramente por primera vez al ámbito francés, los *Cuadernos de la cárcel* como parte de reflexiones sobre *El Príncipe* de Maquiavelo. En sus notas del curso también puede hallarse, y esto refuerza al argumento que defiende, una lectura atenta, productiva y hasta admiradora del revolucionario sardo: "Gramsci (Hegel). (impresionante, sobre todo comparado con las dos primeras interpretaciones (de Croce y los políticos del absolutismo). Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*: hay una unidad profunda en la obra de Maquiavelo. Piensa también en la obra de Maquiavelo como en un mito que puede volverse real. Una anticipación de la realidad" (Althusser, 1962/2007:190. El subrayado es propio). En este trabajo sobre Maquiavelo, donde L. Althusser "descubrió a Italia", aludió, como una motivación en su labor, a "la soltura que encontró en Gramsci" (citado por Matheron, 2007:14)

En este balance caracterizado por críticas significativas y reconocimientos puntuales se encontraba, explícitamente, una atenta y productiva lectura del revolucionario sardo. En las siguientes palabras introducía L. Althusser su trabajo sobre el autor:

Me es preciso, por lo tanto, hablar de Gramsci. Lo hago con una gran y profundo escrúpulo, temiendo no sólo desfigurar, por observaciones muy esquemáticas, el espíritu de una obra genial, prodigiosamente matizada y sutil, sino también introducir al lector, a pesar mío, a extender las reservas teóricas que quisiera formular a propósito de la interpretación gramsciana del *único materialismo dialéctico* a los descubrimientos fecundos de Gramsci en el dominio del materialismo histórico (Althusser, 1967/2006:138).

L. Althusser reconoció a Gramsci como un autor de envergadura y se propuso una lectura crítica de ciertos nudos, al tiempo que rescató otros en el terreno del materialismo histórico. Este reconocimiento no era pasajero. L. Althusser enmarcaba a Gramsci como uno de los animadores de la oposición al mecanicismo marxista de la II Internacional, desempeñando junto con R. Luxemburgo, K. Korsch, G. Lukács, el papel “más importante”. Si bien compartía la tesis de Lenin de 1920 en *Izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, que denominaba a este movimiento de reacción como “izquierdismo”, también aludía al necesario trabajo sobre esta corriente para aprehender lo auténticamente revolucionario, en especial en R. Luxemburgo y Gramsci (1967/2006:130).

En reiteradas oportunidades, L. Althusser argumentó la jerarquía de Gramsci sobre los autores arraigados en la problemática historicista. Por ejemplo, en un pasaje de la *Revolución teórica de Marx*, sostenía:

Las tentativas de Lukács, limitadas a la historia de la literatura y a la filosofía, me parecen contaminadas por un hegelianismo vergonzoso (...) Gramsci es de otra talla. Los desarrollos y las notas de sus Cuadernos de la prisión tocan todos los problemas fundamentales de la historia italiana y europea: económica, social, política, cultural. Uno encuentra allí visiones

absolutamente originales y a veces geniales sobre este problema, hoy día fundamental, de las superestructuras (1965/2004:94)⁴⁷.

El modo preciso de lectura althusseriano de la obra de Gramsci suponía indagar, no tanto en sus propias palabras, sino inscribiendo esas palabras en la función confirmada de *conceptos orgánicos*, trascendiendo así el *estado práctico* en que podían situarse sus conceptos, esto es, conceptos dirigidos a la intervención en la lucha de clases pero sin una elaboración teórica. L. Althusser proponía una *lectura sintomática*. Se trataba de abordar la ausencia del concepto tras la presencia de la palabra, de descubrir lo no descubierto en el texto mismo que se lee y referirlo, en un mismo movimiento, a otra problemática; de identificar, tras palabras aún inadecuadas, una nueva problemática. Se debía, pues, sortear la problemática historicista gramsciana, inscribiendo sus conceptos en otra problemática. El esfuerzo althusseriano reposaba en mostrar que los conceptos del revolucionario sardo eran susceptibles de situarse en el materialismo histórico, en la ciencia marxista, desgajándolos así de sus huellas historicistas. No era en el plano filosófico –el materialismo dialéctico– sino en el materialismo histórico –en la ciencia marxista– donde fundamentalmente debía trabajarse con Gramsci.

Siguiendo esa sintomática lectura, L. Althusser también interpretó los clásicos del marxismo: Marx, Lenin y Mao Tse-tung. Construyó un problema real, una nueva pregunta pero ausente en ellos. Introdujo una doble lectura que iba más allá de la primera y visible lectura; o mejor, la segunda lectura se articulaba sobre los lapsus de la primera (Lezama, 2012:93). La lectura sintomática no era una puesta en orden de las coherencias–incoherencias de una obra para restituirla o replantear su sentido, ni una generalización conceptual o abstracción a partir de hechos prácticos –eso desembocaría en un mero empirismo–, sino una producción teórica hecha con preguntas nuevas sobre los desacoples y encadenamientos suturados. Para asir el principio de la lectura sintomática es vital atender al concepto de problemática que L. Althusser tomó de Jacques Martin. A través de la problemática, el autor pretendía

⁴⁷ Si bien L. Althusser mantuvo profundas discrepancias filosóficas con Gramsci, aun en este plano llega a sugerir su estudio: “Entre los marxistas, fuera de Lenin, cuyo ejemplo es tan sobresaliente podemos citar a Labriola y Plejanov, los ‘austro marxistas’, Gramsci y más recientemente (...) en Italia la escuela de Della Volpe (Della Volpe, Colletti, Pertanera, Rossi, etc.) (...) La obra importante de Plejanov, y sobre todo de Labriola, merecería un estudio especial –como, por lo demás y a diferente nivel, las grandes tesis de Gramsci sobre la filosofía marxista” (1967:85. El subrayado es propio).

colocar en evidencia la estructura sistemática típica de un pensamiento, unificar todos sus elementos; intentaba descubrir un contenido determinado de la unidad, concebir el sentido de los elementos de la ideología considerada y poner en relación esta ideología con los problemas legados a todo pensador por el tiempo histórico en que vivió. Lo central no era la materia de la reflexión, sino la *modalidad de la reflexión*, la relación efectiva que la reflexión mantuvo con sus objetos, es decir, “la problemática fundamental a partir de la cual son pensados los objetos de este pensamiento” (1965/2004:54). La problemática, por tanto, suponía un interjuego entre lo visible y lo invisible. Resultaba visible todo objeto situado sobre el terreno y el horizonte estructurado por la problemática. Esta definición delimitaba también, y obviamente, lo invisible.

Interesa señalar dos elementos de este interjuego de lo visible e invisible definido por la problemática. Por un lado, este interjuego permanecía ajeno a la *vista de un sujeto*. La problemática definía un campo y éste propio campo iluminaba los objetos, no siendo la vista otra cosa que la reflexión necesaria del campo sobre sus objetos. Por otro lado, dicho interjuego posibilitaba aprehender las rupturas. Aquí L. Althusser proseguía explícita y centralmente a Gaston Bachelard y su noción de *ruptura epistemológica*. El pasaje de lo visible a lo invisible es indicativo, inconscientemente, de la emergencia de una problemática. Para L. Althusser la aprehensión de la problemática era en extremo compleja. Un pensamiento se desarrollaba a partir de ella pero sin pensar en ella; no era pues consciente de su problemática, sino inconsciente de los *supuestos teóricos*, es decir, de la problemática en *estado práctico* –no confesada– que fijaba el sentido y el aspecto de sus problemas y soluciones. De ahí el intrincado desafío de construcción de una problemática, ya que requería arrancarla del interior del pensamiento, a pesar del pensamiento mismo, de sus afirmaciones y proclamas (Ibíd.:56).

Para ganar en claridad en torno a la problemática, tal vez sirva ilustrar, aunque sea de modo escueto, la periodización propuesta por L. Althusser de la obra de Marx que se estructura en base a las problemáticas que la constituyeron. La revolución teórica de Marx consistió en fundar sobre una nueva problemática su pensamiento teórico liberado de la antigua problemática: la filosofía hegeliana y feuerbachiana. Bajo esta ruptura epistemológica, L. Althusser dividió el pensamiento de Marx en dos grandes períodos: el período todavía *ideológico*, anterior a la ruptura de 1845, y el período *científico* posterior a la ruptura de 1845. Estos dos grandes períodos comprendieron

distintos momentos: a) *Las Obras de la juventud de Marx*⁴⁸. Remitían a las obras del primer período, desde los textos de su disertación de doctorado hasta *Los manuscritos económicos–filosóficos de 1844* y *La Sagrada Familia* (1844); b) *Obras de la ruptura*. Los textos de la ruptura de 1845, es decir, las *Tesis sobre Feuerbach* y *La Ideología alemana*, donde emergió, por vez primera, la nueva problemática de Marx, aunque de una forma parcialmente negativa y fuertemente crítica y polémica; c) *Obras de la maduración*. Abarcaron las obras del período 1845–1857. El pasaje del período *ideológico* al *científico* no produjo, en una forma *terminada y positiva*, la problemática teórica nueva tanto en la teoría de la historia como en la teoría de la filosofía. Comprendía los escritos posteriores a 1845 y anteriores a los primeros ensayos de redacción de *El Capital* (hacia 1855–1857). Contemplaba, pues, el *Manifiesto Comunista*, la *Miseria de la Filosofía*, *Salario, precio y ganancia*, entre otros; d) *Obras de la madurez*. Designaba todas las producciones posteriores a 1857. Expresaban una terminología y una sistemática conceptual adecuadas a su proyecto revolucionario. Con todo, para L. Althusser el recorrido de la obra de Marx resultaba susceptible de interpretación a través de las problemáticas. Su revolución teórica, su ruptura epistemológica, se basaba en el corte con las problemáticas precedentes a través de la fundación de la ciencia de la historia –el materialismo histórico– y, al mismo tiempo, de una nueva filosofía –el materialismo dialéctico–. El Marx *maduro* inauguró una nueva problemática liberada de la problemática feuerbachiana y hegeliana.

La atenta, *sintomática*, productiva y respetuosa lectura althusseriana del legado gramsciano caló hondo. N. Poulantzas, uno de los discípulos de L. Althusser, prosiguió esta clave de lectura⁴⁹. Si bien no es comparable con la repercusión de la obra althusseriana, los escritos de este autor greco–francés también gravitaron en la nueva intelectualidad local, en particular, a través del Cuaderno n° 48 de *Pasado y Presente*, noviembre 1969, *Hegemonía y Dominación en el Estado moderno* (que

⁴⁸ Este intervalo es, a su vez, subdividido por L. Althusser en dos momentos: a) el momento racionalista liberal de los artículos de la *Rheinische Zeitung* (hasta 1842); b) el momento racionalista–comunitario de los años 1842–1845. Mientras que las obras del primer momento implicaban una problemática de tipo kantiano–fichteano, las segundas reposaban en la problemática antropológica de Feuerbach. Sólo, indicaba L. Althusser, la problemática hegeliana inspiró a los *Manuscritos del 44* que pretendieron la *inversión* del idealismo hegeliano. De ahí, concluye que el joven Marx no fue jamás hegeliano sino primeramente kantiano–fichteano, y luego feuerbachiano.

⁴⁹ Es sabido que N. Poulantzas participó del círculo de jóvenes marxistas que proseguían a L. Althusser en la década del 60 compuesto por É. Balibar, P. Macherey, J. Rancière, R. Debray, entre otros y, como éstos, simpatizó con el maoísmo.

compiló cuatro artículos y contó con un prefacio especial de N. Poulantzas para la edición) y *Poder Político y Clases sociales en el Estado capitalista* (original en francés, 1968, traducido al español en 1969 por la editorial Siglo XXI). Ambos, aunque especialmente el último, tuvo una amplia acogida (De Ípola, 1980:25). A su vez, sendas producciones se situaron al interior del estructuralismo althusseriano⁵⁰. N. Poulantzas prosiguió las líneas interpretativas de L. Althusser sobre Gramsci, es decir, el comunista italiano había permanecido ligado a la tradición historicista y, por tanto, se requería de una labor específica para dar con sus *auténticos* aportes. Así, fundamentó una interpretación *sintomática* del genio sardo. En este sentido, para el autor, los *Cuadernos* permanecían dentro de la problemática leninista. Entonces, en afinidad con L. Althusser, aunque de modo más enfático planteó, siguiendo a L. Paggi⁵¹, dos momentos en la obra de Gramsci: a) sus obras de juventud hasta llegar a *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, de factura típicamente historicista; b) sus obras de madurez sobre teoría política (por ejemplo, *Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado moderno*) donde se ubicaba el concepto de hegemonía⁵². De todos modos, aducía N. Poulantzas, aun en las obras de madurez sobre teoría política las secuelas del historicismo en Gramsci continuaban.

Repárese en las semejanzas con el proyecto del althusserianismo, no sólo por acudir a los clásicos para renovar el marxismo, sino porque anclado en una *lectura sintomática* se dispuso a depurar las huellas historicistas gramscianas para aprehender los aportes auténticos de Gramsci en el terreno del materialismo histórico. N. Poulantzas interpretó los aportes del revolucionario sardo en el marco de la

⁵⁰ *Pasado y Presente* abonó a esta forma de inscripción de la labor de N. Poulantzas en la intelectual crítica de la época. En la advertencia a la primera edición de *La filosofía como arma de la revolución* sostenía: “Aunque [la obra de Althusser] se mantiene en el plano teórico, su problemática no es, en manera alguna, neutral. Sus consecuencias políticas deben ser indagadas, pero no de manera abstracta sino aplicada en el marco general de la teoría política (como lo hace Nicos Poulantzas en *Hegemonía y dominación en el estado moderno*, Cuaderno n° 48 de *Pasado y Presente*, 1969)” (1969:2).

⁵¹ Paggi, L.: “Studi e interpretazione recenti di Gramsci”, en *Crítica Marxista*, año IV, n° 3, mayo–junio de 1966, pp. 50–69

⁵² L. Althusser ya había indicado la fecundidad de este concepto gramsciano: “Se encuentra allí también [aludiendo a los *Cuadernos*], como ocurre cuando se trata de verdaderos descubrimientos, conceptos nuevos, por ejemplo, el concepto de hegemonía, notable ejemplo de un esbozo de solución teórica a los problemas de la interpretación de lo económico y lo político”. E inmediatamente se preguntaba, construyendo una vacancia: “¿Quién ha continuado, al menos en Francia, el esfuerzo teórico de Gramsci?” (1965/2004:94). Repárese, en línea con lo fundamentado más arriba, la productividad de la lectura althusseriana sobre Gramsci en términos de apertura de caminos teóricos. Años más tarde, en *Ideología*, retomó el asunto y abordó el complejo vínculo entre economía y política en su teorización del Estado burgués. También N. Poulantzas parece haber retomado la veta sugerida por su maestro.

problemática leninista, distanciándose así de las relaciones entre Lenin y Gramsci expuestas por las lecturas historicistas de P. Togliatti⁵³, Mario Spinella⁵⁴ y Jacques Texier⁵⁵. Como parte del intento de demostrar la lectura atenta y productiva de Gramsci por parte del estructuralismo marxista, repararé en el lugar asignado por N. Poulantzas al comunista italiano. Siguiendo el esquema althusseriano, en *La revolución teórica de Marx* que expondré más adelante, el autor distinguió tres generalidades para fundamentar su elaboración teórica: la materia prima del proceso de pensamiento (Generalidad 1), los medios de trabajo teóricos (Generalidad 2) y los productos del conocimiento (Generalidad 3). El objeto de N. Poulantzas era la teoría de lo político en el modo de producción capitalista, o, en términos althusserianos, pretendía forjar el concepto de Estado como expresión de una teoría regional del modo de producción capitalista⁵⁶. La materia prima consistía en los textos clásicos del marxismo, en los textos políticos del movimiento obrero y en las obras contemporáneas de ciencia política. Dentro de los clásicos, sólo incluía a Marx, Engels, Lenin y... Gramsci. Si bien insistió en el necesario trabajo específico con éste último, dadas sus marcas historicistas, lo situó en la labor de corte general sobre los clásicos del marxismo: construir una teoría sistemática a partir de sus conceptos que se encontraban, utilizando la terminología althusseriana, en *estado práctico*, es decir, presentes en sus discursos y destinados, por su función, a dirigir directamente la práctica política en una coyuntura concreta, envueltos en la urgente lucha ideológica

⁵³ Togliatti, P (enero de 1958). "Il leninismo nel pensiero e nell'azione di A. Gramsci" y "Gramsci e il leninismo" en *Convegno di Studi Gramsciani*. Ponencias presentadas en el Congreso que tuvo lugar en Roma.

⁵⁴ Spinella, M. (1964) *A. Gramsci, Elementi di politica*, Roma: Editori Riuniti.

⁵⁵ Texier, Jacques (1967). *A Gramsci*. París: Seghers.

⁵⁶ En las siguientes palabras y con marcada preocupación teórica, N. Poulantzas situaba su objeto: "Este ensayo, en efecto, tiene por objeto la política, más particularmente la superestructura política del Estado en el modo de producción capitalista, es decir, la producción del concepto de esa región en dicho modo y la producción de conceptos más concretos relativos a lo político en las formaciones sociales capitalistas" (Poulantzas, 1968/1985:7). Su objeto se fundaba en los distintos niveles y articulaciones dispuestos por L. Althusser que permitían forjar a lo político en términos de un objeto de ciencia, dada su entidad singular, su relativa autonomía de la instancia económica. Para N. Poulantzas, esta delimitación suponía distanciarse del economicismo marxista que no veía en lo político más que el reflejo de la instancia económica, como del historicismo-voluntarismo que invirtiendo la ecuación situaba lo político en el centro. Gramsci era expresión de la última variante, dado que sus análisis políticos, "siempre preciosos", estaban empañados por el historicismo de B. Croce y A. Labriola (Ibíd., p. 35). Es de interés que otra variante incapaz de aprehender la estructura y especificidad de la instancia política era el funcionalismo parsoniano, considerado por el autor, como la continuación directa, en el plano epistemológico, de la concepción historicista. Lo político aquí también era reducido, al convertirlo en el principio simple de la totalidad social, en el principio de su desenvolvimiento (Ibíd., p. 37).

contra textos que atacaban o deformaban la teoría marxista, tratando objetos reales concretos –es decir, formaciones sociales históricas determinadas, como lo era Italia para Gramsci– pero no teórica y sistemáticamente elaborados. Aunque el *estado práctico* contenía conceptos auténticos, estaban obliterados por su inserción en la ideología. Por tanto, estos conceptos requerían un trabajo de crítica que defina rigurosamente sus alcances y límites (Poulantzas, 1968/1985:15–6)⁵⁷. Así, Gramsci era incluido en el seno de los clásicos del marxismo, con la jerarquía que esto implicaba, y bajo un tratamiento general común.

El estructuralismo marxista, a pesar de las críticas furibundas que lanzó a Gramsci, lejos de una polémica destructiva con el revolucionario –como sí ocurrió con el caso de G. Lukács de los años 20, por ejemplo–, propuso un modo de lectura atento que lo inscribió en el centro de algunas de sus elaboraciones teóricas.

3.3.1.3. *La filosofía marxista en la versión althusseriana. Sus consideraciones sobre el concepto de sociedad civil*

L. Althusser se propuso una profunda renovación del marxismo. Sostenía que Marx había fundado la ciencia de la historia -el materialismo histórico- que abrió un nuevo continente para el estudio histórico y, al mismo tiempo, dio nacimiento a una nueva filosofía teórica y prácticamente revolucionaria: la filosofía marxista o materialismo dialéctico. Esta filosofía se encontraba, desde el punto de vista de su elaboración teórica, aún retrasada respecto al materialismo histórico. La causa fundamental: las grandes revoluciones filosóficas estuvieron siempre precedidas por las grandes revoluciones científicas que se encontraban puestas en práctica. La filosofía marxista existía pues en *estado práctico*, lo que demandaba una lectura *sintomática*. Fue en esa dirección hacia donde se dirigieron gran parte de los esfuerzos del Althusser *clásico*, o sea, a indagar el pensamiento filosófico del marxismo.

Uno de los nudos centrales del materialismo dialéctico descansaba en la concepción de la dialéctica y, en general, del vínculo entre Marx y Hegel. L. Althusser planteó la existencia de un corte del primero con el segundo, un corte en la

⁵⁷ N. Poulantzas ilustró este trabajo de crítica, entre otros, con el concepto gramsciano de hegemonía: “En resumen, por poner ejemplos (...) en qué medida ciertos conceptos, a los que sus autores asignaron por campo lo político en general, de hecho sólo tienen como campo lo político en el modo de producción capitalista (como el concepto de hegemonía de Gramsci, etc.)” (1968/1985:17).

problemática. Para ello fundamentó un tratamiento singular de la dialéctica en el marxismo, que se distinguía profundamente de la dialéctica hegeliana. En su argumento, abordó dos prácticas de la dialéctica marxista: la práctica teórica y la práctica política. La práctica política en las *Obras de madurez* de Marx, donde dejó una dialéctica en *estado práctico*, no teórica –por ejemplo, en *El Capital*–. Para la práctica política, el autor francés acudió al ejemplo de la Revolución de 1917 y las reflexiones de Lenin que, también, en *estado práctico*, había empleado la dialéctica marxista. ¿En qué consistía la dialéctica en el marxismo? ¿Cuál era su especificidad respecto a la dialéctica hegeliana? ¿De qué modo fue empleada por el marxismo? En *La revolución teórica de Marx* los conceptos de contradicción y sobredeterminación fueron nodales en la interpretación de la dialéctica marxista. Para abordar el primero, L. Althusser retomó un texto de Mao Tse–Tung de 1937, *Sobre la contradicción*. Asumió centralmente los tres nudos planteados por el comunista chino. Dos que apuntaban a la distinción: a) distinción entre contradicción principal y secundaria; b) distinción entre aspectos principales y secundarios de la contradicción; c) un tercer elemento ligado a la dinámica, al desarrollo desigual de la contradicción que suponía una relación de dominación–subordinación, un interjuego entre las contradicciones y sus aspectos dentro de una unidad estructurada, compleja. Había contradicciones principales y secundarias que se articulaban e imbricaban. Para el marxismo, todo complejo poseía la unidad de una estructura articulada dominante, una *a dominante* del todo complejo⁵⁸. La unidad compleja no era la unidad esencial simple, originaria y universal, ni tampoco un mero pluralismo de contradicciones.

L. Althusser distinguió la totalidad hegeliana de la totalidad marxista. La primera suponía el desarrollo enajenado de una unidad simple, de un principio, que a su vez, sólo era un momento del desarrollo de la idea. Resultaba una totalidad circular y expresiva, fundada sobre una instancia central–sujeto que operaba como fundadora de los orígenes y principio de génesis de las otras instancias, que no serían más que su expresión fenoménica. En Hegel, ninguna contradicción era dominante y, por tanto, carecía de una estructura dominante. Por el contrario, en la totalidad marxista la contradicción se revelaba sobredeterminada por la complejidad estructural que le asignaba su papel. No estaba determinada de una vez para siempre, no era unívoca.

⁵⁸ M. Harnegger prefirió dejar *estructura a dominante* en forma literal en su traducción de *La revolución teórica de Marx*, mientras otros (por ejemplo, Florentino Torner en la traducción de *Poder, políticas y clases sociales en el Estado capitalista* de Nicos Poulantzas) han preferido una expresión algo más libre: *estructura con predominio*.

Estaba sobredeterminada. El concepto de sobredeterminación permitía comprender las variaciones y las mutaciones concretas de una complejidad estructural –como una formación social–, el juego de las articulaciones de la estructura compleja dominante. En el seno mismo de la formación social, la desigualdad –de la contradicción– no se encontraba sólo bajo la forma de una exterioridad –*acción recíproca* entre la infra y la superestructura– sino como una forma orgánicamente *interior* a cada instancia de la totalidad social, a cada contradicción. A contramano de una versión simplificada, lineal y esquemática del vínculo estructura–superestructura, L. Althusser postuló complejas determinaciones. En otras palabras, reeditó sus consideraciones generales sobre la *Contradicción y sobredeterminación* para pensar la intrincada polémica estructura–superestructura en el marxismo. Aquí las elaboraciones se inscribían en el terreno del materialismo histórico cuyo objeto eran las formaciones sociales, con sus diferentes niveles y articulaciones específicas.

La tradición hegeliana que había alimentado tanto al mecanicismo fatalista como al voluntarismo, fue cuestionada. En Hegel, el Estado era la “verdad de” la sociedad civil, la que, gracias al juego de la *Astucia de la Razón*, no era sino su propio fenómeno *realizado* en ella. Traducido en la interpretación hegeliana de Marx, la sociedad civil sería la “verdad del” Estado, su fenómeno, que una *Astucia de la Razón* económica había puesto al servicio de la clase dominante; el Estado operaba como una “alienación”, como un engaño de la esencia situada en la sociedad civil. Para L. Althusser, esta identidad tácita de lo económico y de lo político (que se reeditaba en otras identidades, como fenómeno–esencia, necesidad–contingencia o bien en el “problema” de la acción del individuo en la historia)⁵⁹, había sido quebrada por Marx en provecho de una concepción *nueva* de la relación de las instancias determinantes en el complejo estructura–superestructura que conformaba toda formación social. Entre los dos extremos de la cadena, era preciso buscar de una parte, *la*

⁵⁹ L. Althusser encontraba la base de estas identidades en la confusión entre historia como teoría de la historia y la historia como pretendida “ciencia de lo concreto”, la historia asumida en el empirismo de su objeto y la confrontación de esta historia empírica “concreta” con la teoría “abstracta” de la economía. Las identidades o parejas citadas eran conceptos ideológicos destinados a *llenar la distancia*, es decir, el vacío existente entre la parte teórica de la historia existente, por un lado, y la historia empírica por el otro. Por ejemplo, en el planteo economicista o mecanicista, lo esencial y teórico–abstracto permanecía del lado de la economía, mientras que el fenómeno, lo empírico–concreto, lo no económico (el plano político, ideológico, etc.), de otro. La esencia se constituía como la verdad del fenómeno (Althusser, 1967/2006:121). Esta crítica, claro está, comprendía al historicismo y a los intentos de articular lo abstracto y lo concreto: “No se debe al azar el que Sartre y todos aquellos que, sin tener su talento, necesitan llenar el vacío entre categorías ‘abstractas’ y lo ‘concreto’ hagan tal abuso del *origen*, de la *génesis* y de las *mediaciones*” (Ibíd., p. 70).

determinación en última instancia por el modo de producción –económico– y, de otra parte, *la autonomía relativa de las superestructuras y su eficacia específica*. Existía, pues, una *acumulación de determinaciones eficaces* surgidas de las superestructuras –junto con circunstancias particulares nacionales e internacionales– sobre la determinación, en última instancia, por parte de la economía. He aquí la contradicción sobredeterminada.

La totalidad marxista, a diferencia de la hegeliana, suponía un todo estructurado que implicaba niveles distintos y “relativamente autónomos” que coexistían en la unidad estructural compleja, articulándose los unos con los otros según modos de determinación específicos fijados, en última instancia, por la instancia de la economía. La coexistencia de los niveles en el todo estaba sometida a una estructura dominante que introducía un orden específico en la articulación. L. Althusser insistió que la “determinación en última instancia” permitía escapar al relativismo arbitrario de los desplazamientos, otorgándoles una función; era la condición absoluta de la inteligibilidad de los desplazamientos –por ejemplo, de la dominancia entre los niveles estructurales del todo– (1967/2006:109). Seguidamente, L. Althusser reparó en el tiempo histórico singular de los diferentes niveles del todo, aunque aclaraba que su independencia y autonomía relativas se fundaba sobre un cierto tipo de dependencia con respecto al todo.

El filósofo francés reconocía que tanto la elaboración de una *teoría de la eficacia específica de las superestructuras* como de la *teoría del carácter propio de los elementos de la superestructura* era una deuda pendiente en el marxismo. Sólo Gramsci, después de Marx y Lenin era quien, según el autor, había proseguido la exploración (1965/2004:91). En *Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado* parece retomar este programa, buscando elucidar la teoría en *estado práctico* sobre el Estado expresado por los clásicos del marxismo. Allí sugería que sólo Gramsci era el antecedente más significativo en esta empresa:

Gramsci es, por lo que sabemos, el único que siguió el camino tomado por nosotros. Tuvo esta idea “singular” de que el Estado no se reduce al aparato (represivo) del Estado, sino que comprende, como él decía, cierto número de instituciones de la “sociedad civil”: la iglesia, las escuelas, los sindicatos, etc. Gramsci, lamentablemente, no sistematizó sus intuiciones,

que quedaron en el estado de notas agudas, aunque parciales (1969/2005:24).

A través del tratamiento de los conceptos de contradicción y sobredeterminación, L. Althusser se esforzó en demostrar y concluir que en Marx no existió una *inversión* de Hegel, es decir, una continuidad de la dialéctica hegeliana pero con objetos distintos. Contra las posturas voluntaristas, historicistas, que establecían un hilo de continuidad entre Hegel y Marx, el autor marcaba un corte, en particular en las *Obras de Madurez*. No había *inversión* sino *ruptura*. Con Marx emergía una problemática nueva, alejada de la escoria idealista. Así pues, la dialéctica marxista era de naturaleza distinta a la dialéctica hegeliana.

Para L. Althusser esta ruptura de Marx con Hegel se dirimía también en los términos y sentido del modelo hegeliano de sociedad. Aquí hay un punto de interés: el tratamiento del concepto de sociedad civil hegeliano, proseguido por Gramsci, de alguna manera. El filósofo francés reconocía que en *La ideología Alemana*, Marx había aludido al concepto de sociedad civil, pero sólo para designar el *lugar* de sus descubrimientos, y no para volver a emplear *el concepto*. El concepto de sociedad civil, tanto en Hegel como en la política económica clásica –por ejemplo, Adam Smith– daba cuenta del “mundo de las necesidades”, esto es, un mundo relacionado inmediatamente con las relaciones de los individuos definidos por su voluntad particular, su interés personal. Señalaba que Marx criticó este supuesto –el *homo economicus*– y, por tanto, no podía emplear un concepto que fuera su *producto directo*. A Marx le interesaba la anatomía de la sociedad civil, el mundo de las necesidades⁶⁰; la dialéctica de las mutaciones de esta anatomía. Por ello, L. Althusser sugería que Marx fue dejando a un lado el concepto de sociedad civil, o bien su empleo remitía al concepto de modo de producción de una formación social. En el período científico de Marx, los comportamientos económicos individuales fueron, por primera vez, vinculados con su condición de existencia. Así, conceptos como grado de

⁶⁰ Recuérdese el tan citado fragmento de Marx en la *Contribución a la crítica de la economía política*: “Mi investigación desembocó en el resultado de que tanto las condiciones jurídicas como las formas políticas no podrían comprenderse por sí mismas ni a partir de lo que ha dado en llamarse el desarrollo general del espíritu humano sino que, por el contrario, radican en las condiciones materiales de vida, cuya totalidad agrupa Hegel, según el procedimiento de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de ‘sociedad civil’, pero que era menester buscar la anatomía de la sociedad civil en la economía política” (Marx, 1859/1975:8). Entonces la radicalidad de la crítica suponía, para L. Althusser, ir más allá del hombre abstracto, adentrándose en la anatomía de la sociedad civil.

desarrollo de las fuerzas de producción, estado de las relaciones de producción se tornaron, en adelante, fundamentales (1965/2004:89–91). En definitiva, el concepto de sociedad civil había expresado la problemática de la economía política clásica que Marx rompió en su período científico. Apelar al concepto de sociedad civil de Marx implicaba no percibir la diferencia radical entre su objeto y el objeto de la economía política clásica (1967/2006:94). Gramsci, criticaba L. Althusser, al afirmar que la filosofía marxista era “Ricardo generalizado”, ataba a Marx a una problemática ajena en su período científico. Así, el autor francés proponía dejar a un lado el concepto de sociedad civil por dar lugar a equívocos. En referencia al empleo gramsciano, y esbozando sus elaboraciones posteriores en *Ideología*, afirmaba:

El concepto de “sociedad civil”, presente en los textos de la maduración de Marx y constantemente retomado por Gramsci para designar la esfera de la existencia económica, es equívoco y debe ser suprimido del vocabulario teórica marxista – a menos que se le haga designar no lo económico opuesto a lo político sino lo “privado” opuesto a lo público, es decir, un efecto combinado del derecho y de la ideología jurídico–política sobre lo económico (1967/2006:175).

El meollo de la apreciación althusseriana residía en la aprehensión del concepto de sociedad civil a través de centrarse en su función, esto es, sus efectos sobre la instancia económica. Años más tarde, en *Ideología* retomó a Gramsci para centrarse no en su concepto de sociedad civil sino en sus apuntes sobre el Estado. Trataba de fundamentar la indistinción de la esfera público–privada en el tratamiento de los Aparatos Ideológicos de Estado (AIE), en tanto lo definitivo residía en la función o el rol de estos aparatos, lo que, de alguna manera, conducía a una identificación del Estado y la sociedad civil:

Gramsci (...) ya había previsto esta objeción. La distinción entre lo público y lo privado es una distinción interna del derecho burgués (...) No alcanza al dominio del Estado, pues éste está “más allá del Derecho”: el Estado (...) no es ni público ni privado; por el contrario, es la condición de toda distinción entre público y privado. Digamos lo mismo partiendo esta vez de nuestros AIE. Poco importa si las instituciones que los materializan

son “públicas” o “privadas”; lo que importa es su funcionamiento. Las instituciones pueden ‘funcionar’ perfectamente como AIE (Althusser, 1970/2005:26).

Aludo más adelante a la teoría de los AIE del Althusser *clásico*. Pero es importante subrayar que la anterior cita expresaba un modo de tratamiento del Estado en Gramsci que ha sido caracterizado por Anderson (1977/1981:25–27) como *Estado idéntico a sociedad civil*. Es sabido que Anderson distingue tres modelos de definición del Estado en Gramsci, a partir de sus antinomias (comentaré más adelante los otros dos). El modelo en cuestión se caracterizaba por una fusión o indistinción de las categorías gramscianas sociedad civil y sociedad política. El Estado comprendía no sólo el aparato gubernamental sino también el aparato “privado” de la hegemonía o sociedad civil. Una vez rechazada la noción de sociedad civil, L. Althusser se vio compelido a la asimilación o identificación Estado y sociedad civil. Así, colocó instituciones como la escuela, la iglesia, etc. dentro de la órbita del Estado. Este modelo se apoyaba en la conocida afirmación gramsciana: “En la realidad efectiva, sociedad civil y estado se identifican”. El Estado incluía por igual a la sociedad política y a la sociedad civil. Esta identificación entre sociedad civil y Estado tenía el problema, critica Anderson, de socavar el esfuerzo por definir la especificidad de regímenes políticos como la democracia burguesa en Occidente o el fascismo.

Prosiguiendo con las consideraciones sobre la filosofía marxista, hay un nudo de interés en L. Althusser: el antihumanismo teórico. Este nudo es relevante porque se opone drásticamente a la corriente historicista o filosofía de la praxis. El humanismo, para el autor, suponía una ideología burguesa que situaba al hombre en el principio de toda teoría, desgajándolo de sus condiciones reales. Fabricaba una teoría basada sobre una idea moral, religiosa o filosófica del hombre, opacando la lucha de clases⁶¹. L. Althusser reconocía que en el período denominado ideológico de Marx existía una marcada impronta humanista. En este período, el concepto de “Hombre” no sólo era una exclamación contra la miseria y la servidumbre. Era, más bien, el principio teórico de su concepción del mundo y de su práctica política. La historia se reducía a la enajenación y la producción de la razón en la sinrazón, del hombre verdadero en el

⁶¹ “La tradición marxista clásica se negó a decir que el marxismo es un Humanismo ¿Por qué? Porque *prácticamente*, vale decir en los *hechos*, la palabra Humanismo es explotada por la ideología burguesa que la utiliza para combatir, o sea, para matar otra palabra que es verdadera y vital para el proletariado: *lucha de clases*” (Althusser, 1968:20–21).

hombre enajenado. Existía, así, una esencia definida en el hombre que se opacaba en los productos enajenados de su trabajo –mercancía, Estado, religión–. Por ello, la apuesta política apuntaba a que este hombre, convertido en objetividad inhumana, retomase en sus manos su propia esencia enajenada; una reapropiación práctica por el hombre de su esencia.

Según L. Althusser, Marx rompió con toda teoría que fundaba la historia y la política en la esencia del hombre. Esta ruptura suponía tres aspectos teóricos unidos: a) formación de una teoría de la historia y de la política fundada en conceptos radicalmente nuevos: formación social, fuerzas productivas, superestructura, etc.; b) crítica radical de las pretensiones teóricas de todo humanismo filosófico y, por tanto, del concepto de esencia del hombre; c) definición del humanismo como ideología, reconociendo su función práctica como tal. Marx había superado la problemática de la naturaleza humana, toda antropología y humanismo filosófico⁶². La crítica althusseriana del humanismo en tanto corriente abstracta, especulativa e idealista, también se extendía al denominado “humanismo real”. El adjetivo real era indicativo, señalaba que el contenido de este humanismo debemos buscarlo *en la realidad*. Aunque era sólo una función positiva de indicación práctica, no era una función positiva de conocimiento. De ahí que la VIª tesis sobre Feuerbach, acerca de que el hombre es el conjunto de relaciones sociales, planteaba una inadecuación entre dos conceptos: hombre y relaciones sociales. No establecía una relación de conocimiento. Sólo tenía un sentido práctico. Tan sólo indicaba que era necesario pasar a la sociedad y analizar el conjunto de relaciones sociales y, para ello, justamente, se debía prescindir de los *servicios teóricos* del concepto de hombre. Éste no resultaba un concepto científico. Más bien, eran los conceptos de modo de producción, fuerzas de producción, etc. los que debían estructurar el estudio marxista, desplazando al concepto de hombre. En otras palabras, la ciencia marxista apuntaba a comprender las instancias y articulaciones que conformaban la existencia real de los hombres, sin necesidad alguna del concepto de hombre.

⁶² N. Poulantzas también arremetió contra el humanismo historicista del marxismo que bajo “la concepción de los ‘individuos concretos’ del joven Marx como *sujetos* de la sociedad y de la historia, ha terminado por ver en esos ‘individuos desnudos’ el *producto histórico real* del desarrollo de la esencia del hombre genérico” (1969/1986:129).

3.3.1.4. Delimitaciones y entrecruzamientos entre ciencia, ideología y sujeto en el estructuralismo althusseriano

Aquí concurrimos a las puertas de otro nudo del estructuralismo marxista: la separación entre ciencia e ideología. El antihumanismo teórico de Marx, en tanto que ruptura con la ideología, se volvía condición para el desarrollo de la ciencia marxista. Aunque, ¿cuáles son las características de esta ciencia? ¿Cuáles las de la ideología? ¿Dónde reposaba la distinción?

La función de la ciencia era fundamentalmente teórica, no práctico-social –como la ideología–. L. Althusser (1965:137–138) distinguía entre teoría, “teoría” y Teoría. La primera se refería a toda práctica teórica de carácter científico. La segunda respondía al sistema teórico determinado de una ciencia real, sus conceptos fundamentales, su unidad, relaciones, etc. –como el materialismo histórico–. La tercera, remitía a la teoría de la práctica en general –al materialismo dialéctico–. Dado que abordé características de esta última, interesa reparar en la teoría y la “teoría”. La ciencia, para L. Althusser, asumía un carácter sistémico: cada concepto ocupaba un lugar singular, con vínculos precisos con otros conceptos y atado a una problemática global. Esto reclamaba un trabajo teórico singular (como se verá, más adelante, con la labor de N. Poulantzas sobre el legado gramsciano). A su vez, L. Althusser definía la ciencia como práctica. La noción genérica de práctica althusseriana apuntaba a todo proceso de transformación de una materia prima determinada en un producto determinado, transformación efectuada por un trabajo humano determinado, utilizando medios –de “producción”– determinados. El momento crucial era el momento mismo del trabajo de transformación que ponía en acción, dentro de una estructura específica, hombres, medios y un método técnico de utilización de los medios. La práctica social respondía a la unidad compleja de las prácticas que existían en una sociedad determinada. Contenía prácticas distintas, que no se acoplaban perfectamente nunca y que, a la vez, eran imposibles de ser desapegadas de las otras prácticas (Lezama, 2012:36). El filósofo francés distinguía entre cuatro prácticas: a) la práctica económica –práctica determinante en último término–; b) la práctica política –que en los partidos marxistas era organizada sobre la teoría científica del materialismo histórico y que transformaba su materia prima, las relaciones sociales, en un producto determinado, esto es, nuevas relaciones sociales–; c) la práctica

ideológica –que también transformaba su objeto: la “conciencia” de los hombres–; d) la práctica teórica.

Ésta última tenía algunas particularidades. Para entenderlas, es preciso, brevemente, dar cuenta de las tres Generalidades propuestas por L. Althusser para calificar a la práctica teórica como práctica y luego atender su singularidad. Existía una primera Generalidad (Generalidad 1) basada en que la práctica teórica tiene como requisito emplear conceptos generales –como “producción”, “trabajo”, etc.–. Aquí L. Althusser cuestionó la teoría empirista del conocimiento que consideraba como punto de origen del trabajo de la ciencia a lo existente. Por el contrario, la ciencia comenzaba su labor sobre conceptos preexistentes. No trabajaba sobre un dato objetivo puro sino sobre una crítica de los *hechos ideológicos* elaborados por la práctica teórica ideológica anterior. La ciencia trabajaba sobre el objeto de conocimiento que existía en forma de ideología. La práctica teórica de una ciencia se distinguía siempre de la práctica teórica de su prehistoria. Así, expresaba una discontinuidad *cualitativa*, una ruptura epistemológica, un cambio de problemática. Entonces, la Generalidad 1 era la materia prima. La práctica teórica de la ciencia transformaba esta materia prima en *conceptos específicos*, en otra generalidad. He aquí la Generalidad III. Transformar la Generalidad I en Generalidad III era el trabajo y la producción de la ciencia. Había una transformación de una generalidad ideológica en una generalidad científica. El conocimiento se volvía el resultado de todo un proceso de producción que Marx denominaba la síntesis de múltiples determinaciones (Althusser, 1968/2011:76).

Hasta aquí pues, la materia prima y los productos. Restaban, siguiendo a L. Althusser, los medios de producción, la Generalidad II. Ésta estaba constituida por el cuerpo de conceptos cuya unidad, más o menos contradictoria, constituía la “teoría” de la ciencia en un momento histórico determinado. Definía el campo en el que debía plantearse todo *problema* de la ciencia. A su vez, era el producto de un proceso, la historia de la ciencia a partir de su fundación. Con todo, la práctica teórica producía Generalidades III a partir del trabajo de la Generalidad II sobre la Generalidad I. La Generalidad II, el materialismo histórico, resultaba el momento fundamental, en tanto trabajo sobre la Generalidad I, es decir de la “teoría” sobre la Generalidad I. L. Althusser insistió en que el pasaje de la Generalidad I a la Generalidad III implicaba un pasaje de lo abstracto a lo concreto, que sólo concernía al proceso de la práctica teórica que se desarrolla entero *en el conocimiento*. Así, distinguió el *concreto de pensamiento* (Generalidad III) del *conocimiento realidad* (que era su objeto).

La ciencia marxista, condensada en el Partido Comunista, tenía un rol decisivo en la lucha de clases. Fundamentaba la estrategia y táctica revolucionaria, otorgaba un conocimiento objetivo de las leyes sociales, rompiendo con cualquier teoría ideológica –anarquista, reformista, utópica, historicista, etc.– aunque la amenaza de ésta sobre la ciencia era constante. Existía una escisión entre ciencia e ideología, que se expresó en el propio itinerario de Marx –del período ideológico al científico⁶³–. Siguiendo a Lenin, L. Althusser sostenía que la ciencia marxista no era producida, como consideraba el izquierdismo, espontáneamente por el proletariado, sino que provenía de *afuera* de la clase obrera; provenía no de la práctica económica, política o ideológica sino de la propia práctica teórica o científica.

He aquí –y éste punto se comprenderá mejor con el desarrollo del próximo apartado– una de las principales críticas al historicismo, por ejemplo, gramsciano, que desconocía la especificidad y jerarquía de la práctica teórica al identificarla con la historia real, con la práctica histórica en general. Se rebajaba el conocimiento científico, la filosofía o la teoría marxista, a la unidad de la práctica económico–política, al corazón de la práctica “histórica”, a la “historia real”. Al plantearse el asunto del conocimiento en términos empíricos, la solución también se tornaba empírica. En definitiva, se aducía una simple *inversión* de Marx sobre Hegel, transformando la totalidad marxista en una variación de la totalidad hegeliana. De ahí, uno de los corolarios de la problemática historicista: la negación práctica de la distinción entre la ciencia de la historia –materialismo histórico– y la filosofía marxista –materialismo dialéctico–. Ésta última perdía su sentido en provecho del materialismo histórico (1967/2006:149)⁶⁴. L. Althusser también criticaba el historicismo por plantear a la praxis como criterio de validación del conocimiento. Implicaba una homologación entre práctica teórica y realidad, ignorando y evaporando las singularidades de la primera. Confundía el objeto del conocimiento con el objeto real, afectando el objeto del conocimiento de las “cualidades” mismas del objeto real del cual es conocimiento (Ibíd.:116).

Más arriba decía que la ciencia ocupaba una función disímil a la ideología. Avanzaré, entonces, en precisar el concepto de ideología en L. Althusser. Como

⁶³ “Marx sólo pudo llegar a ser Marx fundando una teoría de la historia y una filosofía de la distinción histórica entre la ideología y la ciencia” (Althusser, 1967/2006:21–22).

⁶⁴ Recordemos que para Gramsci, en su crítica a *La teoría del materialismo histórico: Manual popular de Sociología marxista* de Nikolai Bujarin (1921), la definición de la filosofía marxista por un objeto propio es un planteo metafísico. Toda filosofía es histórica y, por tanto, la filosofía de la praxis supone una identidad con la historia.

anticipé en la distinción de las prácticas, la ideología formaba parte orgánicamente de la totalidad social. Según el autor, toda sociedad humana subsistía con ideologías que lejos de reducirse a una mera concepción del mundo, servía a los hombres para *soportar* sus condiciones de existencia –ya sea la miseria de la explotación o el privilegio de la riqueza–; como una suerte de *cemento* de naturaleza particular que aseguraba el ajuste y la cohesión de los hombres en sus roles, funciones y relaciones sociales –sean dominadas o dominantes⁶⁵–; se introducía en todas las partes, siguiendo la metáfora de Marx, del edificio conformado por la base y la superestructura (1968/2011:50–51). L. Althusser aludía a Gramsci como un antecedente significativo en la aprehensión de la función práctica–social de la ideología y se apropiaba de su metáfora de la ideología como cemento.

N. Poulantzas, al tratar de un modo althusseriano la noción de ideología, insistió en la necesidad de trabajar de modo *sintomático* sobre el legado gramsciano en esta cuestión, aunque no pudo hacerlo:

A través de una lectura sintomática de Gramsci, que no entra en el marco de este trabajo, sin duda podrían descubrirse los rasgos científicos y originales que contiene, bajo la cobertura polémica de su “historicismo absoluto”, su concepción de la ideología. Sí se los puede evocar: a) Bajo la metáfora de la ideología–“cemento” de una sociedad, Gramsci plantea de una manera original el problema capital de la relación entre la ideología dominante y la unidad de una formación social; b) Gramsci es el primero, en la historia del pensamiento marxista, que rompe con la concepción de la ideología como sistema conceptual, en el sentido riguroso de esas dos palabras (1968/1985:256).

Esta función práctico–social de la ideología, se vuelve inteligible con la definición del concepto de ideología. En la última obra del Althusser *clásico*, el filósofo francés puntualizaba: “La ideología es una ‘representación’ de la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia” (1969/2005:43). Constituía una

⁶⁵ “La ideología no es solamente un ‘bello engaño’ inventado por los explotadores para mantener a raya a los explotados y engañarlos; es útil, también, a los *individuos* de la clase dominante, para aceptar como ‘deseada por Dios, como fijada por la ‘naturaleza’ o incluso como asignada por un ‘deber’ moral, la dominación que ellos ejercen sobre los explotados; les es útil, pues, al mismo tiempo y a ellos también, este lazo de cohesión social, *para comportarse como miembros de una clase*, la clase de los explotadores” (1968/2011:55).

ilusión en la medida que no correspondía a la realidad. No obstante, L. Althusser se esforzaba en precisar esta definición, para no desembocar en la asunción de la ideología como una ilusión susceptible de encontrar en su representación imaginaria del mundo, la realidad misma de ese mundo. Enfrentó dos clásicos abordajes que también consideraban a la ideología como transposición imaginaria de las condiciones reales de existencia, pero que discrepaban en las causas. Por un lado, la corriente mecanicista, que encontraba en la existencia de un pequeño grupo de hombres cínicos –por ejemplo, curas o déspotas– la base de la falsa conciencia: forjaban “bellas mentiras” para que los hombres, creyendo obedecer a Dios, se subordinasen. La segunda, tributaria de Feuerbach y asumida por Marx en sus *Obras de Juventud*, situaba la causa no en la imaginación activa de los déspotas, y pasiva de las masas, sino en las condiciones de existencia de los hombres mismos en tanto condiciones alienadas⁶⁶. En ambos abordajes se presuponía que en la ideología estaban reflejadas las condiciones de existencia de los hombres y, por tanto, su mundo real. L. Althusser criticaba este supuesto, insistiendo en que en la ideología los hombres se representaban, no las condiciones de existencia, sino la relación que existía entre ellos y las condiciones de existencia. Aquí operaba una deformación imaginaria de la representación ideológica del mundo real; en tal relación estaba contenida la *causa* que daba cuenta de la deformación imaginaria de la representación ideológica del mundo real. En definitiva, no existía transparencia entre la ideología y el mundo real (Ibíd.:44–45).

En este marco se comprende la siguiente aseveración althusseriana: la ideología no tiene historia (Ibíd.:40). Claro está, el autor se refería a la ideología en general, pues las ideologías particulares responden, en última instancia, a la historia de las formaciones sociales. La fórmula citada se encontraba en *La Ideología Alemana*, pero en un contexto positivista–historicista. La ideología era pura ilusión. Toda su realidad estaba fuera de sí misma. Se volvía una tesis con un sentido puramente negativo: la ideología no era nada en tanto pura ilusión. L. Althusser le otorgaba un sentido positivo a la fórmula de Marx. La ideología estaba dotada de una estructura y un funcionamiento que la constituía en una realidad no histórica, *omnihistórica*, inmutable, presente en toda historia. Dadas éstas y las otras consideraciones vertidas

⁶⁶ Por su raigambre idealista, L. Althusser criticó el concepto de fetichismo expresado con centralidad en los *Manuscritos del 44* y, en la misma línea, arremetió contra la teoría de la “reificación” –impulsada, por ejemplo, por la Escuela de Frankfurt– que descansaba en la proyección de la teoría de la enajenación de los textos de juventud de Marx (1965/2004:190).

más arriba, se entiende por qué, para el autor, la ideología era intrínseca a toda sociedad y confrontaba, tanto al humanismo que suponía un reencuentro de la ideología del hombre con sus condiciones de existencia no alienadas en el comunismo, como al mecanicismo que argüía su reemplazo por la ciencia en la sociedad futura.

Bajo una sociedad de clases, el autor abordaba la ideología en términos de *falsa conciencia* (1968/2011:55). Era una representación tendenciosa de lo real porque no suministraba a los hombres el conocimiento objetivo del sistema social, sino que ofrecía una representación *mistificada* y *deformante* de este sistema para que la dominación perdurase. El primer rasgo de la ideología, su carácter mistificador, era propia de toda sociedad. L. Althusser ligaba esta función con la naturaleza propia del todo social, particularmente con su *determinación por su estructura* que situaba a los hombres al nivel de sus tareas y condiciones de existencia. La representación *mistificadora* de la realidad consistía en hacer *alusión* a lo real pero, al mismo tiempo, lo que ofrecía de lo real no era más que una *ilusión*; la ideología ofrecía un cierto *reconocimiento* del mundo, al tiempo que introducía a los hombres en su *desconocimiento*. *Alusión–ilusión / reconocimiento–desconocimiento*, tal era la relación dispuesta con lo real por parte de la ideología. Ahora bien esta función genérica se acoplaba y extendía ampliamente con su otra función singular en la sociedad de clases: la deformación. Dentro del dominio clasista, la ideología operaba como *falsa conciencia*.

Para L. Althusser, la ideología tenía escasa ligazón con lo que comúnmente se denominaba “conciencia” –que, dicho sea de paso, era un concepto que permanecía contaminado por la problemática idealista anterior a la revolución teórica de Marx–. Suponer que la ideología se reducía al plano consciente implicaba dirimir la cuestión en torno a cómo refutar las representaciones y creencias de este sujeto de la conciencia. Así, el asunto se mantenía en una matriz racionalista clásica. Por el contrario, L. Althusser trabajaba su concepto de ideología con los aportes del psicoanálisis lacaniano (Lezama, 2012:38). La ideología era profundamente inconsciente (1965/2004:193); era un sistema de representaciones pero éstas eran, la mayor parte del tiempo, imágenes –a veces conceptos– que se imponían como *estructuras* a la inmensa mayoría de los hombres sin pasar por su conciencia; eran objetos culturales percibidos, aceptados, soportados, que actuaban funcionalmente sobre los hombres mediante un proceso que se les escapaba. Cuando aludía a que la ideología pertenecía a la conciencia de los hombres, el autor la consideraba en clave

de que los hombres viven sus acciones en la ideología –a través y por la ideología–; la *relación vivida* de los hombres con el mundo, pasaba por las ideologías, más aún era *la ideología misma*. Con estos fundamentos, L. Althusser interpretaba la conocida frase de Marx en torno a la conciencia y la ideología:

Al cambiar la base económica se conmociona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas conmociones hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo (Marx, 1859/1975:9).

Era pues, según L. Althusser, en el seno de la inconsciencia ideológica donde los hombres llegaban a modificar sus relaciones “vivas” con el mundo y a adquirir esa nueva forma de inconsciencia específica denominada conciencia. En tanto la ideología suponía la unidad de la relación real –consciente– e imaginaria de los hombres con sus condiciones de existencia reales, la relación estaba investida en la relación imaginaria, expresando más una *voluntad* –conservadora, conformista, reformista o revolucionaria– que la descripción propia de la realidad. Ergo, la ideología, aducía L. Althusser, era por principio, activa y reforzaba o modificaba las relaciones de los hombres con sus condiciones de existencia en su misma relación imaginaria. No era una mera acción instrumental en tanto los hombres que se servían de una ideología, como un puro medio, se encontraban prisioneros en ella, aún creyéndose sus dueños (1965/2004:195).

También aquí se esclarece la escisión ciencia–ideología. Era la primera la que debía socorrer *desde afuera* al proletariado para transformar su ideología “espontánea”, tradeunionista (1968/2011:58). La ideología jamás se asumía como ideológica; los hombres que estaban en la ideología se percibían, por definición, fuera de ella. Según L. Althusser, había que permanecer propiamente fuera de la ideología, en el conocimiento científico, en la ciencia marxista, para identificar a la ideología como tal. La lucha ideológica era una lucha *en* la ideología. Para emprenderla, se

requería de formación teórica, del conocimiento de la teoría científica de Marx. Por tanto, la formación teórica debía dirigir la lucha ideológica, tornándose su base teórica y práctica (Ibíd.:67). Si bien la ideología atravesaba al conjunto social, para L. Althusser (Ibíd.:53–54) era divisible en dominios o regiones distintas y relativamente autónomas: la ideología moral, la ideología religiosa, la ideología estética, etc. Según los modos de producción, y en su interior las formaciones sociales y clases sociales, existían determinadas regiones que predominaban o dominaban a las otras regiones. Se conformaba de vital envergadura para la estrategia y la táctica de la lucha ideológica, el estudio cabal de las regiones y, especialmente, de la región ideológica dominante. A su vez, la ideología –y este punto se asemeja a las reflexiones gramscianas sobre los distintos grados de elaboración de los componentes y expresiones culturales como la filosofía, el folklore, la religión, etc.– adquiría formas más o menos difusas, más o menos irreflexivas o bien reflexivas, conscientes y explícitamente sistematizadas; la ideología, así, existía en las grandes masas bajo una forma no teorizada, bajo la forma de costumbres, de gustos, mientras que para un pequeño número era accesible a través de una forma sistematizada, reflexiva, teórica.

Otra de las tesis medulares de la ideología en L. Althusser: la ideología tiene una existencia material (1969/2005:47). Aquí la ideología se ligaba con otro concepto clave en el Althusser *clásico*, los AIE. Seguidamente, desarrollaré este concepto y su relación con otros significativos. Por ahora, reténgase lo apuntado más arriba, su función preponderantemente ideológica. La tesis althusseriana planteaba que la ideología se insertaba en prácticas de los AIE y, por tanto, se encontraba regulada por rituales –por ejemplo, una misa en una iglesia, un partido en un club, una clase en una escuela, etc.–. Estas prácticas y rituales dispuestos por los AIE sostenían la ideología dominante; expresaban su materialidad. Así, las ideas de un sujeto eran materiales en tanto insertas en prácticas materiales, reguladas por rituales materiales definidos, a su vez, por los AIE del que procedían las ideas del sujeto (1968/2005:51). Las ideas perdían cualquier atributo de existencia ideal o espiritual, al estar ancladas en los AIE.

Como es sabido, para L. Althusser el *aparato ideológico* dominante en las formaciones sociales capitalistas era el escolar. Tomando en sus manos a los niños de todas las clases sociales a temprana edad, de modo obligatorio y gratuito, inculcaba “habilidades” recubiertas por la ideología dominante –el idioma, el cálculo, etc.– o directamente la ideología dominante en estado puro –moral, instrucción cívica, etc.–. La dominación se afincaba, también, en lo que comúnmente se conoce como segmentación educativa:

Hacia el sexto año, una gran masa de niños cae “en la producción”: son los obreros o los pequeños campesinos. Otra parte de la juventud escolarizable continúa: bien que mal se encamina y termina por cubrir puestos de pequeños y medianos cuadros, empleados, funcionarios pequeños y medios, pequeño – burgueses de todo tipo. Una última parte llega a la meta, ya sea para caer en la semi desocupación intelectual, ya para proporcionar (...) los agentes de la explotación (capitalistas, empresarios), los agentes de la represión y los profesionales de la ideología (1969/2005:37).

Cada uno de estos roles estaba acompañado de una ideología determinada –por ejemplo, al rol explotado le corresponde la conciencia moral, cívica y apolítica–. Los mecanismos escolares de reproducción estaban recubiertos y disimulados por una ideología universalmente reinante: la representación de la escuela como un medio neutro, natural, de progreso.

Otra de las tesis centrales de L. Althusser en *Ideología* remitía a que la ideología interpelaba a los individuos como sujetos (1969/2005:52). La ideología, bajo sus formas materiales de existencia, tenía como función la *constitución* de los individuos concretos en sujetos. Los rituales ininterrumpidos de reconocimiento ideológico, o sea la interpelación, garantizaban, según el autor, que los sujetos se volvieran concretos, inconfundibles e irremplazables. La ideología transformaba a los individuos en sujetos por medio de la interpelación. En rigor, la ideología interpelaba desde un principio, por definición, a los individuos como sujetos, por lo que los individuos eran siempre ya sujetos. Así no existía sujeto por fuera de la ideología. El reconocimiento dispuesto por la ideología operaba como evidente, natural, aunque uno de sus efectos era la negación de su carácter ideológico –la ideología no dice nunca “soy ideológica”–. He aquí el par reconocimiento / desconocimiento.

La ideología, agregaba L. Althusser, contenía una estructura especular, en forma de espejo. Interpelaba a los individuos como sujetos en nombre de un Sujeto Absoluto –por ejemplo, Dios–. Toda ideología, pues, estaba centrada, ocupando el Sujeto Absoluto el sitio único del centro, e interpelando a su alrededor a la infinidad de los individuos como sujetos en una doble relación especular que sometía a los sujetos al Sujeto, y les otorgaba la garantía de que a condición de reconocer lo que son –sujetos

sometidos a una autoridad superior– y conducirse en consecuencia, “todo marchará bien”. La estructura especular de la ideología, arraigada en prácticas materiales en los AIE, era uno de los componentes de la reproducción social. Se interpelaba al individuo como sujeto –libre– para un libre sometimiento a las órdenes del Sujeto. Así, *no hay sujetos sino por y para la sujeción*. La noción de sujeto, vertida aquí por L. Althusser, bajo la temática de la ideología se ligaba con consideraciones expuestas en sus trabajos anteriores. Tal y como se ha indicado, “el problema del papel del individuos en la historia” era, según L. Althusser, un falso debate, en tanto confrontaba el conocimiento teórico de un objeto definido –por ejemplo, una formación social– con la realidad empírica que aludía a la acción individual. De todas maneras, el problema resultaba indicativo de otro sustancial que dependía de la teoría de la historia: el problema del concepto de las formas de existencia históricas de la individualidad. De ahí, el necesario análisis del modo de producción capitalista para asir las diferentes formas de individualidades requeridas y procesadas por este modo, para dar cuenta de las funciones de los individuos en los diferentes niveles de la estructura (1967/2006:122). El teatro era una de las metáforas althusserianas para ilustrar la mecánica del modo de producción capitalista (Ibíd.:208). En ese teatro, los espectadores no podían ser más que espectadores, ya que eran, ante todo, actores obligados, sujetos a las restricciones de un texto y de papeles de los cuales no podían ser los autores, ya que, por definición, era *un teatro sin autor*.

En esta línea, y junto con las notas descritas sobre la ideología, se inscribía la recordada reflexión althusseriana en torno al rol de los maestros en el sistema educativo:

Pido perdón por esto a los maestros que, en condiciones espantosas, intentan volver contra la ideología, contra el sistema y contra las prácticas de que son prisioneros, las pocas armas que pueden hallar en la historia y el saber que ellos “enseñan”. Son una especie de héroes. Pero no abundan y muchos (la mayoría) no tienen siquiera la más remota sospecha del “trabajo” que el sistema (que los rebasa y aplasta) les obliga a realizar y, peor aún, ponen todo su empeño e ingenio para cumplir con la última directiva (¡los famosos métodos nuevos!) (1969/2005:38).

También en *Ideología*, L. Althusser sugirió algunos nudos teóricos sobre el Estado burgués. Interpretando a los clásicos del marxismo en su *estado práctico*, distinguió *poder de Estado* de *aparato de Estado*. El objetivo de la lucha de clases concernía al poder de Estado y, por tanto, a la utilización del aparato de Estado. La clase que detentaba el poder de Estado en forma duradera debía ejercer, al mismo tiempo, su hegemonía sobre y en los AIE. Es de interés que L. Althusser empleó el concepto de hegemonía bajo una de las acepciones inéditas para la historiografía marxista inaugurada por Gramsci: el costado de la dominación. Pero la anudaba con la inscripción de los AIE en la lucha de clases conformando a los aparatos como *objeto y terreno* de enfrentamientos. La capacidad de dirección de las clases –o alianzas de clases– en el poder sobre los AIE no era tan sencilla en comparación con los Aparatos Represivos de Estado. Las clases dominadas podían encontrar en los AIE el medio y la ocasión de expresarse, explotando las contradicciones, conquistando posiciones de combate a través de la disputa, etc. La lucha de clases en y sobre los AIE, anotaba al pasar L. Althusser –aspecto que luego retomó en el epílogo del artículo *Ideología*–, respondía a que esa lucha *desbordaba* los AIE y las formas ideológicas. Se arraigaba por fuera de la ideología, en la infraestructura. De todos modos, no puede soslayarse que el punto de vista del Althusser *clásico* era la reproducción, una perspectiva estructural –que permanecía por fuera del orden y del tiempo– y desde allí, contemplaba la lucha de clases. Por ello, como él mismo sugirió en su momento de revisión y autocrítica, sus tesis guardan una impronta abstracta.

3.3.1.5. *El tratamiento del Estado y la hegemonía gramsciana en N. Poulantzas. Su noción de bloque en el poder*

Fue N. Poulantzas, uno de los discípulos del Althusser *clásico*, quien desarrolló agudas reflexiones sobre la teoría del Estado burgués y la práctica política bajo la perspectiva y aperturas althusserianas. Sus reflexiones se ubicaron a mediados y fines de los años 60, por lo que asumía el marco teórico dispuesto por su maestro en *La revolución teórica de Marx* y *Para Leer el Capital*, dado que las tesis de L. Althusser sobre el Estado en *Ideología* datan de 1969. El autor greco-francés ahondó en las contradicciones y conflictos al interior del Estado, temática tan sólo sugerida por L. Althusser (Jessop, 2007).

Como decía, me centraré en dos trabajos de N. Poulantzas fechados hacia fines de la década del 60 que circularon entre la intelectualidad crítica local y que fueron inscriptos en la problemática althusseriana clásica⁶⁷. El propósito central poulantziano residía en situar la política en la estructura de una formación social en cuanto nivel específico y en cuanto nivel decisivo en el que se reflejaban y condensaban las contradicciones de una formación social. Compartía rivales teóricos en común con L. Althusser, aunque su énfasis reposaba en el plano político: el economicismo y el historicismo–voluntarismo. Éstos forjaban una pareja, siendo uno la expresión inversa del otro, pero omitiendo ambos la singularidad de la instancia política. El voluntarismo homologaba el Estado a la conciencia de la clase dominante. Había pues un sujeto centro, la conciencia de la clase dominante, que producía genéticamente el Estado. La base económica, concebida de modo mecanicista, consistiría en un campo inerte “accionado” por la voluntad y conciencia dominante. En el economicismo, por su parte, los intereses de clase eran el sustrato del Estado y, por tanto, traspuestos en su expresión política institucionalizada “tal cual son”, sin otra mediación. Así, el Estado resultaba un reflejo de la base. Se operaba una escisión radical de los status respectivos, de la base (economicismo) y de la superestructura (voluntarismo). Escisión que conducía a monismos simplistas en la medida en que esas dos concepciones contrarias a la dialéctica marxista, se complementaban mutuamente. En definitiva, compartían la concepción de la idea–totalidad hegeliana. Ambas corrientes concluían en situar al Estado en términos de una expresión de la voluntad dominante, tornándolo un mero instrumento manipulable a su decisión (Poulantzas, 1969/1986:40–41).

Según N. Poulantzas, el economicismo y el voluntarismo resultaban dos caras de una misma moneda, expresiones de una misma *problemática ideológica* ¿Qué problemática? La problemática del *joven Marx*. En ella, los diversos niveles del conjunto de la estructura social y sus relaciones estaban *fundados* en su *origen* genético por un sujeto creador de la sociedad y principio unilineal, en su autodesarrollo, de la historia. En otros términos, los diversos niveles eran considerados como si tuviesen un *sentido* en tanto que se manifestaban bajo formas y

⁶⁷ De los cuatro artículos compilados cronológicamente en el n° 48 de los Cuadernos de Pasado y Presente (noviembre 1969), me aboco a los últimos tres que se situaron explícitamente en la problemática del Althusser *clásico*. De hecho, el segundo artículo de noviembre–diciembre de 1965 es presentado por N. Poulantzas en el prefacio a la edición fechado en 1967 como un texto bisagra, de ruptura: “El segundo artículo sobre la hegemonía implica ya la ruptura y la crítica del historicismo y del humanismo marxista” (1969/1986:9).

apariencias variadas, una *esencia*. La trasposición de esta problemática en el marxismo adquiriría distintas formas: “ese sujeto puede estar representado ya sea por la ‘clase social’, o por la ‘praxis’, o también por un cierto nivel de la estructura social, en este caso por lo económico” (1969/1986:112). Tributarios de esta problemática eran las parejas, ya comentadas más arriba, Estado/sociedad civil, superestructura/base, ideología/realidad, enajenación/esencia, abstracto/concreto (1968/1985:248)⁶⁸. N. Poulantzas trabajó centralmente con la noción gramsciana de hegemonía, volviéndola una categoría científica del materialismo histórico. Es sabido que esta noción no sólo presenta más de un sentido en los *Cuadernos* sino que además existió un abuso en sus posteriores usos. Es una categoría polémica. De ahí que no sean casuales las consideraciones, debates y límites de alcance propuestos por N. Poulantzas.

Uno de sus principales rivales teóricos fue el uso de la hegemonía bajo la problemática historicista, particularmente, la problemática de G. Lukács. Si bien reconocía que en Gramsci existían vastos elementos para una interpretación de este tipo era, ante todo, la problemática lukacsiana del sujeto la que había operado para un empleo en clave historicista de la hegemonía gramsciana. Como ya se ha dicho, en la vertiente historicista–voluntarista, la unidad de una formación social era referida a una instancia central, dadora originaria del sentido de esa unidad: la clase–sujeto de la historia. La hegemonía gramsciana se ataba a la voluntad o conciencia de la clase dominante. Una clase hegemónica se convertía en la clase–sujeto de la historia a través de su concepción del mundo que impregnaba a una formación social y la dirigía –más que dominaba–, provocando el “consentimiento activo” de las clases dominadas (Poulantzas, 1968/1985: 87–88; 1969/1986:253–4). Así, la unidad de una formación social se reducía a una totalidad del tipo funcionalista, a interacciones gestaltistas, donde al igual que en la totalidad hegeliana, respondía a una instancia central: la clase–sujeto de la historia. El concepto de bloque histórico gramsciano también se prestaba para este empleo de la hegemonía. Dicho concepto era la formulación teórica del presente histórico de factura hegeliana, la copresencia de las instancias en

⁶⁸ Es de interés subrayar que el concepto de sociedad civil, aunque criticado aquí por permanecer en la problemática del joven Marx, al momento de trabajar con la obra de Gramsci y en otras reflexiones fue proseguido por N. Poulantzas, distanciándose así de L. Althusser – que, recuérdese, bregaba por su desempleo–. No dejaron de existir imprecisiones o ambigüedades al respecto en los textos de N. Poulantzas: por momentos la sociedad civil se homologaba al ámbito económico –relaciones de producción– pero en otros abarcaba instituciones como la escuela, iglesia, etc.

la totalidad expresiva del devenir lineal, siendo el principio central de unidad de una formación social la ideología–concepción del mundo (1969/1986:254).

N. Poulantzas se empeñó en convertir la noción gramsciana de hegemonía en un concepto científico del materialismo histórico. Delimitó sus contornos. Lo situó en el campo teórico correspondiente al “lugar” particular que constituía el nivel político. Presuponía, como condición teórico–histórica de su constitución, las coordenadas del modo de producción capitalista que eran la base del surgimiento de lo político como nivel específico de estructura y de prácticas autonomizadas, a través de la separación de la sociedad civil y del Estado, de la economía y la política. La disociación atomística de la sociedad civil sólo podía acceder a la esfera de lo universal por una abstracción y formalidad que captara políticamente a los hombres–gobernados en tanto que individuos–personas políticas, separados de sus determinaciones económico–sociales concretas. El concepto de hegemonía se inscribía en el plano de la práctica política. Con mayor especificidad, designaba la “fase más francamente política” que comprendía los elementos constitutivos particulares de lo político en la formación capitalista e indicaba el momento en que esos elementos alcanzaban gravitación sobre el “equilibrio de las situaciones” o de las “relaciones de fuerza” en la formación social. Es sustancial atender que explícita, y tempranamente, N. Poulantzas (1969/1986:36) sugería dos grandes terrenos diferenciados del concepto gramsciano: por un lado, la función política objetiva y la estrategia del proletariado –lo que planteaba el problema de sus relaciones con el concepto de la “dictadura del proletariado”– y, por otro, las estructuras del Estado capitalista y la constitución política de las clases dominantes en la sociedad moderna. El autor, en línea con el punto de vista de la reproducción sugerido por su maestro, se situaba en el último terreno “a fin de captar la novedad, los presupuestos y las posibilidades operatorias de ese concepto en el análisis marxista del Estado” (Ibíd.:36). Dentro de este terreno, distinguía, a su vez, un doble campo de aplicación: a) el dominio de las *estructuras políticas institucionalizadas*; b) el dominio de las *prácticas políticas de la clase dominante* (Ibíd.:51–52)⁶⁹.

Lo “político”, en el primero, abarcaba las estructuras de un estado separado de la sociedad civil y designaba una forma específica de poder (hegemonía–poder) concretizada en instituciones superestructurales objetivas que comprendían la instancia de “universalidad”. Esta “universalidad”, al mismo tiempo, condensaba dos

⁶⁹ En *Poder político y clases sociales en Estado capitalista* sólo se refirió al segundo dominio (1968/1935:169) al tratar el concepto de hegemonía.

aspectos, en tanto el Estado por un lado constituía un factor específico –con autonomía relativa y eficacia propia- de estructuración de un interés real de las clases o fracciones dominantes bajo la égida o protección de la clase o fracción hegemónica y, por otro, aparecía como representativo del interés general y abstracto de nación. Bajo este primer dominio, el concepto de hegemonía designaba la fase del proceso de estructuración, objetivo del Estado moderno. En el segundo dominio, lo “político” señalaba una práctica particular con autonomía propia teniendo como objeto específico, ya no la estructuración del Estado moderno, sino su mantenimiento o acceso. Designaba la forma institucionalizada del poder –el estado político “desacralizado”– así como también una forma de poder no institucionalizado, en la medida en que superaba la mera dominación o la posición de “fuerza”, de impronta estrictamente económico–corporativa, y se presentaba con una estructuración universalizante de los intereses económico–sociales (por ejemplo, dirección de los grupos subordinados) en su relación constitutiva con el Estado político. La práctica política se extendía pues al dominio complejo de las ideologías y se vinculaba con el grado “de homogeneidad, autoconciencia y organización” que alcanzaban con este fin las clases dominantes. Así, el concepto de hegemonía, hegemonía–práctica política, refería al momento en que la estructuración política de las clases dominantes –función ideológica, organizacional, etc.– asumía una importancia determinante en las relaciones de clase.

N. Poulantzas reconocía que este empleo de la hegemonía por Gramsci era novedoso en la historiografía marxista y, en particular, respecto a Lenin, que lo había atado a la estrategia de la clase obrera. La novedad reposaba en explicar algunas prácticas políticas de las clases dominantes en las formaciones capitalistas desarrolladas y el proceso de constitución del Estado moderno. Los estudios de Gramsci comprendían la transición del feudalismo al capitalismo. La categoría en cuestión le permitía analizar la función hegemónica de unidad del Estado moderno, la conversión del Estado en sustrato del pueblo–nación, de las masas populares y de la atomizada de la sociedad civil. Distinguía, de este modo, la formación social capitalista de la formación feudal “económico–corporativa”, donde existía una estrecha imbricación economía y política. Como se ha dicho, N. Poulantzas reconocía, aunque no lo desarrollaba en los escritos en cuestión, que la temática de lo político y del concepto de hegemonía con respecto al poder y a la práctica del proletariado revestía formas diferentes. De todos modos, se encontraban críticas a Gramsci por proceder a una “ampliación inaceptable” del concepto de hegemonía en relación a la estrategia

de la clase obrera y el legado de Lenin. El revolucionario sardo, a los ojos del autor greco-francés, había introducido una ruptura teórica entre hegemonía y predominio. Una clase podía y debía convertirse en clase dirigente antes de que sea una clase políticamente dominante; podía conquistar la hegemonía o sea, imponer a una formación su propia concepción del mundo antes de la conquista del poder político. Este análisis de Gramsci se distanciaba de Lenin, quien había insistido sobre el hecho de que en el caso de la transición del capitalismo al socialismo –al contrario de ciertos casos de la transición del feudalismo al capitalismo–, la clase dominada no podía conquistar el lugar de la ideología dominante antes de la conquista del poder político (Poulantzas, 1968/1986:260).

Delimitado el campo de aplicación, retomo la fecundidad analítica del concepto de hegemonía gramsciano planteado por N. Poulantzas. El autor señaló tres grandes nudos en torno al Estado moderno y las relaciones entre clases dominantes y dominadas sobre los que el concepto en cuestión echaba luz (1969/1986:55–70). En primer lugar, en el nivel político específico de la lucha de clases, el Estado era garante de ciertos intereses económicos–corporativos de las clases dominadas acorde a la constitución hegemónica de la clase en el poder, cuyos intereses sostenía el Estado. El punto a destacar remitía a que la integración de los intereses económicos corporativos dominados en el Estado político no tenían la impronta de un compromiso mecánico dentro de una relación de fuerzas económico–social, como en el caso del Estado económico–corporativo, que sólo garantizaba dichos intereses en tanto compatibles con intereses económicos. Por tanto, la obtención de alguna reivindicación de la clase dominada era correlativa a la disminución “automática” del poder detentado por la clase dominante en el Estado. Más bien, en el *Estado hegemónico* se operaba una “asimilación” de una franja relativamente extensa de intereses económico–corporativos de las clases dominadas al interés político de las clases dominantes. Algunas demandas económicas corporativas de las clases dominadas podían ser contrarias al estricto interés del capital, pero correspondían a su interés político. Así, el Estado hegemónico estaba al servicio de los intereses políticos de las clases hegemónicas frecuentemente contra sus propios intereses económico–corporativos. Se constituía, políticamente, en el interés general de la sociedad.

En segundo lugar, el concepto de hegemonía gramsciano, al estar constituido a partir del nivel político específico de la formación capitalista, implicaba una singular relevancia para el estudio de la función, de la eficacia particular y del carácter político

de las ideologías en el marco de una explotación hegemónica de clase. Para esto, era preciso desprenderse de la versión historicista de Gramsci que abordaba la hegemonía en términos de la imposición de la clase dominante a una formación social de determinada concepción del mundo, gustos, “maneras de vivir”, etc. N. Poulantzas retomaba al pie de la letra la concepción de la ideología althusseriana para distanciar así la hegemonía de la problemática subjetivista y señalar su rol en términos de *materia de cohesión* de los diversos niveles de prácticas sociales. El concepto de hegemonía gramsciano era tratado bajo los términos de la ideología dispuesta por el Althusser *clásico*. Su traducción al plano político suponía que las clases dominantes y el Estado, estructurado en clases hegemónicas y en Estado hegemónico, elaboraban un conjunto ideológico particular que tenía una función objetiva específica en relación a otros tipos de Estado: *resolver* la contradicción fundamental entre dos niveles de realidad, entre la relación de los hombres con sus condiciones de existencia en el Estado, y su relación real con sus condiciones de existencia en la sociedad civil. La ideología adquiría una impronta mistificadora. Privatizaba la sociedad civil, conservaba su molecularización –o sea, despolitizaba las clases dominadas–, y situaba su unificación abstracta a través de las instituciones objetivas del Estado político (ya sea mediante la representación masa–nación o pueblo–nación).

Rápidamente, para separarse de cualquier huella historicista, N. Poulantzas aclaraba que esta función objetiva de las ideologías ligada al Estado no se explicaba sólo a través de la estructuración política, empíricamente concebida, de las clases dominantes en el proceso de la lucha política de las clases –por ejemplo, toma de conciencia–. Por el contrario, había que inscribirla en las estructuras propias del *nivel político institucionalizado*. La ideología presentaba un rol objetivamente político en el funcionamiento del Estado moderno y en la constitución hegemónica de la clase dominante, esto es, dotaba al Estado de un carácter ético–político. En esta función, N. Poulantzas (1968/1985:276) jerarquizaba el papel de la enseñanza asumida por el Estado para organizar el dominio de la “cultura”. Bajo estas coordenadas, indicaba la importancia de los análisis de Gramsci sobre el papel de las ideologías en la conformación hegemónica de las clases dominantes y su definición de los intelectuales en términos de su rol práctico, organizativo y de dirección de la hegemonía. Esta fecundidad analítica gramsciana sólo era posible al inscribirla dentro del conjunto de las relaciones de la formación social capitalista, dentro de las matrices objetivas de dominación política de una formación social. En otras palabras, la

fecundidad requería desprender al comunista italiano de cualquier huella historicista–voluntarista.

En tercer lugar, el concepto de hegemonía gramsciano iluminaba un carácter particular del poder con respecto a las clases dominadas: el de las relaciones de consentimiento articuladas con las relaciones de coerción que ese poder cristalizaba. De esta forma, permitía reconciliarse con el concepto marxista original del Estado moderno que nunca se redujo a mera fuerza de represión o a un instrumento o aparato de violencia. Asimismo, el concepto de hegemonía habilitaba a comprender la dinámica política contemporánea. Estas relaciones políticas actuales de dominación, aducía N. Poulantzas, se presentaban, en todos los niveles, como relaciones de consentimiento y de dirección revistadas de la forma específica de violencia que era la violencia constitucionalizada del Estado de derecho, mientras que las relaciones de opresión directa evolucionaban hacia relaciones políticas de hegemonía. En un Estado que correspondía a la formación de una clase hegemónica, las instituciones objetivas no podían funcionar sin un cierto consentimiento –envuelto él mismo de coerción– de los ciudadanos. Así el concepto de hegemonía abría el estudio, en todos los dominios, de las unidades contradictorias características de la explotación política actual de clase y cuya aparición correspondía a la estructuración objetiva del Estado moderno: unidad dirección–dominación, legitimidad–violencia, consentimiento–coacción. Específicamente, aprehendía estas unidades en dos ámbitos: el *poder institucionalizado* y el *poder político no institucionalizado* de la explotación, o sea, en el Estado y la sociedad civil.

He aquí donde N. Poulantzas señalaba uno de los “errores” de Gramsci. Su reducción del concepto de hegemonía al ámbito de la sociedad civil y, correlativamente, su distinción entre *poder directo de dominación* –coerción a manos del Estado “jurídico”, sociedad política– y *poder indirecto de dirección intelectual y moral*, o sea, hegemónico –conducido por las organizaciones habitualmente asumidas como privadas: iglesias, escuela, etc.–. Aunque Gramsci había reconocido el carácter hegemónico del poder de explotación, siguió atado a la concepción descriptiva marxista del Estado como instrumento de coerción y de violencia. La complementariedad entre consenso y coerción, criticaba N. Poulantzas, fue indicada por el comunista italiano no, como sugiere la perspectiva althusseriana, en las relaciones de los diversos aspectos (principal, secundario) del poder de dominación o dentro de su constitución actual específica en tanto que “poder político”, sino escindiendo el poder político en *poder político institucionalizado–fuerza* y en *poder*

*político no institucionalizado–hegemonía*⁷⁰. De esta forma disolvió la especificidad de lo político.

N. Poulantzas, en sintonía con los posteriores planteos de L. Althusser en *Ideología*, proponía una suerte de transversalidad del concepto de hegemonía gramsciano, en el sentido que participaba en la especificidad del conjunto de las relaciones políticas, ya sea de coerción o consenso. El poder institucionalizado se presentaba en todos los niveles como unidad contradictoria de dirección–violencia, organización–coerción, etc., incluso en sus intervenciones en tanto poder–institución en el dominio de la sociedad civil, en la esfera económico–social. En el caso del poder no institucionalizado de la clase hegemónica ejercido en la sociedad civil, N. Poulantzas establecía una distinción. Por un lado, podía tratarse de una fuerza pura y simple ligada directamente a la posición económico social de dominación de esta clase y que, por tanto, no surgía del dominio de lo político –por ejemplo, relaciones en general dentro de la empresa–. La hegemonía no jugaba un rol preponderante. Por otro lado, en el marco de las organizaciones privadas que escapaban a la institucionalización del Estado, el poder político se presentaba como unidad contradictoria de dirección intelectual y moral, por una parte, y de coerción, por la otra. La coerción aquí, aclaraba N. Poulantzas, derivaba no de la aplicación de la violencia pública detentada con exclusividad por el Estado, sino de la posición económico–social de fuerza de la clase hegemónica en la sociedad civil *transpuesta* en poder político no institucionalizado. En definitiva, la hegemonía gramsciana en la resignificación de N. Poulantzas, expresaba una doble pertenencia: poder institucionalizado y no institucionalizado. Para ilustrar su argumento el autor refería a las relaciones pedagógicas entre educadores y educandos. La impronta política de esta relación derivaba de las formas de poder que expresaban en tanto que prácticas, o sea, debido a las relaciones que estas prácticas conservaban con el conjunto de las relaciones sociales y, por tanto, debido a las relaciones de poder que concretizaban

⁷⁰ También en *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, N. Poulantzas criticaba la fluctuación conceptual gramsciana del par hegemonía y coerción, y lo ligaba a la impronta historicista del revolucionario sardo: “El estatuto de la distinción entre la hegemonía y la fuerza, en cuanto abarcan respectivamente los espacios de lo económico y de lo política, depende de la concepción historicista de su relación. Puede descifrarse, en esta distinción, el modelo según el cual la concepción historicista percibe las relaciones de lo económico y de lo político (la lucha de clases), manifestándose allí lo político como el motor de las leyes económicas, concebidas de una manera mecanicista: dicho de otra manera, la política es concebida como el motor del “automatismo” económico, automatismo que aquí es indicado por el ‘momento de consentimiento’” (1968/1985:291–292). Esta crítica era parte de una reflexión más general contra la “deformación soreliana” (y del historicismo) que veía en la fuerza, en el sentido de vago de violencia, el factor de creación de las estructuras políticas (Ibid., p. 293).

con el poder político hegemónico –institucionalizado o no–. La coerción que dinamizaba la relación pedagógica suponía distanciarse de la separación gramsciana entre consenso –sociedad civil– y coerción –Estado o sociedad política– y referirlo, a través de numerosas mediaciones, al carácter contradictorio del poder político de la clase hegemónica ejercido en la sociedad civil.

Hasta aquí, N. Poulantzas, con las correcciones y resignificaciones del caso, mostraba la potencialidad analítica del concepto de hegemonía gramsciano. Pero el autor no se detenía en este punto sino que sugería otra veta imposible de divisar por Gramsci dada su problemática historicista, la cual reducía el dominio de las superestructuras al carácter de “productos” de la *conciencia de la clase políticamente dominante* (1969/1986:95). De este modo, la hegemonía, indicaba el autor, no debía limitarse al análisis de la especificidad del Estado moderno y a las particularidades de la dominación de clase sino que podía *extenderse al examen de las relaciones de los intereses económico–sociales y políticos entre clases y fracciones dominantes* en la formación capitalista (Ibíd.:67). Más específicamente, la tesis original de N. Poulantzas estribaba en que la hegemonía posibilitaba que las clases o fracciones dominantes se presenten como estructuradas, *por medio del Estado*, en un conjunto particular. El Estado expresaba *una unidad propia* conjugada con su autonomía relativa, no porque constituyera el instrumento de una clase ya políticamente unificada sino en cuanto constituía el *factor de unidad del bloque en el poder*. La unidad del Estado se dirimía en esa pluralidad de clases y fracciones dominantes, en la medida que su relación, no pudiendo funcionar a la manera de reparto del poder, necesitaba al Estado como *factor organizador de su unidad* propiamente política. Dicha unidad se concretaba bajo la égida de la clase o fracción hegemónica. Además, la relación capital/trabajo adquiría, *a nivel político de las relaciones de poder y por mediación de la institución objetiva del Estado*, una forma relativamente simple de gobernantes y gobernados. Existían, pues, mediaciones, por lo que las relaciones de clase a nivel del poder político no eran una simple reproducción de la contradicción capital/trabajo. Podían darse *desajustes* entre el papel político dominante de la burguesía y las estructuras objetivas del Estado.

En esta línea, el autor sostenía que las clases dominantes, en el seno del Estado, conformaban un *bloque en el poder*. Situado a nivel específicamente político, este bloque constituía una unidad contradictoria *con dominante* (siguiendo la traducción de María Poyrazián para el n° 48 de Cuadernos de Pasado y Pasado) de clase o fracción hegemónica. La fracción de clase que llegaba al poder institucionalizado sólo accedía

a él si se conformaba en fracción hegemónica, es decir, que a pesar de las contradicciones que la separaban de las otras fracciones dominantes, lograba, a través de la mediación del Estado, organizar sus intereses específicos en interés general común de esas fracciones. Esta era una característica singular del Estado hegemónico, dado que en el Estado de tipo económico–corporativo se registraba entre las clases en el poder un juego de compromiso, de fraccionamientos o de alianzas “tácticas” de carácter sincrético. Estas observaciones, agregaba N. Poulantzas, planteaban la temática fundamental para la teoría marxista de la unidad interna propia y de la autonomía relativa del Estado en el interior de la formación capitalista. Temática escasamente trabajada por el marxismo, o bien de modo ocasional, bajo el concepto marxista de bonapartismo, es decir, en el caso en que las clases y fracciones en lucha estuviesen en relativo equilibrio⁷¹. Avanzando en la especificidad interna del Estado burgués (cuestión que Poulantzas profundiza en su último libro, ya citado, de 1978), exponía el concepto de centros de poder (1968/1985:140). El Estado era el nudo del ejercicio del poder político, conservando los diversos centros de poder –instituciones como la escuela, la iglesia, etc. –, su autonomía y especificidad estructural. Anticipando varios de los planteos de L. Althusser en *Ideología* y trabajando sobre la clásica distinción entre *aparato de Estado* y *poder de Estado*, sugería que los centros de poder no poseían un poder *propio* diferente del poder de clase pero tampoco eran instrumentos del ejercicio de un poder de clase que las preexiste y crea para fines específicos. Sugería que desmenuzando varias formas de poder, era posible proceder a un examen concreto *de la pluralidad existente de centros de poder y de sus relaciones* con las luchas de clases y las estructuras de una formación social. Por esta razón, distinguía entre poder formal o real de los centros de poder, indicando que las relaciones de poder podían provocar un desplazamiento de la gravedad entre los centros que concentraban el poder. Así, las relaciones reales de poder de las clases podían reflejarse más en un centro que en otro.

En suma, para N. Poulantzas, el Estado constituía una unidad interna propia con autonomía relativa en tanto aparecía como un factor de unidad en un doble sentido: de la sociedad civil no unificada –molecularizada y atomizada– y de las clases o

⁷¹ El autor aludió también a la categoría gramsciana de cesarismo (1968/1985:383; 390). Lo hacía para referirse al caso inverso del bonapartismo. Para N. Poulantzas, el cesarismo gramsciano comprendía un equilibrio catastrófico, donde las fuerzas se equilibraban de tal manera que la prosecución de la lucha sólo conllevaba a la destrucción recíproca. La categoría se ilustraba con el fenómeno del fascismo estudiado por el revolucionario sardo.

fracciones dominantes no unificadas, cuyas relaciones estaban regidas por su fraccionamiento característico en el modo de producción capitalista.

3.3.2. Los principales rasgos del historicismo marxista

3.3.2.1. A modo de introducción

Pasaré a exponer las principales coordenadas de otras de las tendencias teóricas que animaron el tratamiento del marxismo y, particularmente, la labor con el legado de Gramsci: *historicismo marxista* o *filosofía de la praxis*. Para esta empresa, aludiré a obras de algunos autores en la década del 60 o del 70. A diferencia del apartado anterior, aquí no existió una escuela o línea de pensamiento con vínculos precisos entre sus miembros sino más bien el carácter común de ciertos esquemas de trabajo. Para exponer las coordenadas de la filosofía de la praxis y su apropiación de Gramsci, tomaré las producciones de Rodolfo Mondolfo, en particular:

a) *El materialismo histórico en F. Engels*. La versión original data de 1912. En 1956, la editorial Raigal emprendió una nueva publicación en castellano (la primera había sido en 1940) basada en la segunda edición italiana del libro (de 1952) que contenía una apéndice inexistente en las anteriores ediciones⁷². Pero mientras en esta segunda edición el apéndice estaba conformado sólo por dos ensayos, en la edición de Raigal se incluía un tercer ensayo titulado: “En torno a Gramsci y la filosofía de la praxis” que había sido escrito en marzo–abril de 1955 para la revista italiana *Critica sociale*. El nombre completo del libro fue *El materialismo histórico en F. Engels y otros ensayos*.

⁷² La editorial Raigal, dirigida por Antonio Sobral, se conformó a comienzos de los años 50 con el propósito de contribuir a la nacionalización de una cultura democrática que debía confrontarse con el peronismo y con los efectos devastadores de su acción en el plano cultural. Existía una proximidad entre la cultura política pregonada por la editorial, con la preocupación de R. Mondolfo: una reconstrucción de la genuina filosofía de Marx y Engels que descubría en ella la “inspiración de la libertad humana” como fundamento (Aricó, 1988/2005:202–3).

b) *Marx y marxismo. Estudios históricos-críticos*, publicado en México a cargo de la editorial Fondo de Cultura Económica (FCE) en 1969. El ensayo sobre Gramsci también fue publicado en este libro bajo el formato de capítulo;

c) *El Humanismo de Marx*. Contó con una primera edición en 1964 y una segunda, corregida y aumentada en 1973, a cargo de FCE también en México. En la segunda edición, el prólogo, fechado en 1972 y escrito en Buenos Aires junto con la traducción y acápites, estuvo a cargo de Oberdan Caletti (que entre otros trayectos, se destacó como secretario de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata). El VII capítulo del libro se titulaba “Las antinomias de Gramsci” y había sido publicado en diciembre de 1963 en la *Critica Sociale*, catorce años antes del clásico trabajo sobre Gramsci de Perry Anderson titulado del mismo modo.

Interesa la obra de R. Mondolfo porque además de desarrollar, tempranamente, los fundamentos de la filosofía de la praxis, fue un autor influyente en nuestro país y polemista de la obra de Gramsci. Nacido en Italia, integró, entre otros, el cuerpo docente de la Universidad de Turín –donde Gramsci estudió– entre 1910 y 1914, y se exilió en 1938 en Argentina con la ayuda del Partido Socialista –ante la prohibición del gobierno de Mussolini del ejercicio de actividades docentes a judíos–. Aquí se desempeñó como profesor de las universidades de Córdoba y Tucumán y murió en nuestro país en 1976. Junto con A. Labriola y el propio Gramsci, impulsó la interpretación del marxismo en términos de filosofía de la praxis.

El mismo R. Mondolfo asumió que no había generado influencia alguna sobre el comunista italiano, aunque éste conocía su obra⁷³. Más bien, ambos estuvieron bajo la interpretación del marxismo provista por A. Labriola. Tempranamente, en un artículo en el *L'Ordine Nuovo* en 1919, titulado “Leninismo y marxismo de Rodolfo Mondolfo”, Gramsci arremetió críticamente contra la posición del autor respecto a la Revolución rusa y sus cuestionamientos al leninismo. Esta temprana discrepancia se reeditó décadas más tarde en los citados ensayos de R. Mondolfo dedicados a Gramsci. En ellos, el filósofo ítalo-argentino desarrolló un doble movimiento para marcar la incoherencia del revolucionario sardo. Por un lado, adhería a la posición filosófica de Gramsci, esto es, a la interpretación del marxismo como filosofía de la praxis o historicismo absoluto en contraposición al determinismo fatalista del materialismo y a

⁷³ El propio R. Mondolfo citó un pasaje de los *Cuadernos...* donde Gramsci instaba a desarrollar la posición de A. Labriola, “de la cual los libros de R. Mondolfo no ofrecen (a lo menos por lo que recuerdo), un desarrollo coherente” (citado en Mondolfo, 1956:385).

la “voluntad de creer” del sindicalismo soreliano. Por otro lado, consideraba incoherente que bajo estos preceptos el comunista italiano adscribiese al leninismo, a la noción stalinista de partido y al bolchevismo, que se caracterizaron por la sustitución de la conciencia, la voluntad y la acción del pueblo por la conciencia, voluntad y acción de un núcleo de vanguardia: o sea, el partido. R. Mondolfo insistió en que la Revolución rusa se inscribió en condiciones objetivas y subjetivas aún inmaduras, por lo que debía derivar en totalitarismo, opresión de tendencias políticas heterogéneas y del libre desarrollo individual. La insurrección bolchevique era el resultado de un forzamiento de la realidad, siendo sus rasgos dictatoriales connaturales a esta situación. Con todo, Gramsci renunciaba en su reflexión sobre la Revolución rusa a los criterios de madurez histórica que suponía la filosofía de la praxis y, por tanto, avalaba los totalitarismos.

Aunque, como ya se ha dicho, R. Mondolfo no incursionó en el debate específico entre filosofía de la praxis y estructuralismo althusseriano, sí que interesa su posición, entre otros motivos, por resultar un nítido reflejo de la vertiente historicista e influenciar a intelectuales argentinos de los años 60. Para algunas de las objeciones al estructuralismo marxista desde la filosofía de la praxis, me apoyaré oportunamente en escritos de Sánchez Vázquez a fines de la década del 60. Su perspectiva contribuyó a la línea de trabajo sobre el marxismo que pretendía fundarse en los trabajos de A. Labriola, R. Mondolfo y Gramsci⁷⁴. También, remito a algunas de las críticas de los marxistas italianos a L. Althusser recopiladas en el Cuaderno n° 8 de Pasado y Presente, ya citado.

⁷⁴ Tomaré del autor su clásico trabajo *Filosofía de la praxis* fechado en 1967 y reeditado en 1972, 1980 y 2003. En 1971 la primera edición se agotó, por lo que el autor permitió una segunda edición sin cambios o ampliaciones. También aludiré a un artículo del autor, “Estructuralismo e historia”, aparecido por primera vez en el volumen colectivo *Conciencia y Autenticidad históricas* (en homenaje a O’Gorman), México: UNAM, 1968, y luego reeditado junto con artículos de Henri Lefebvre, Romano Luperini y Nils Castro en *Estructuralismo y marxismo*, México: Editorial Grijalbo, 1970.

Otra producción, entre otras tantas en la época, que abona a la comprensión del marxismo en clave de filosofía de la praxis transcurrió por Michael Lowy, *La Teoría de la Revolución en el joven Marx*, Francia, ediciones Maspero, en la colección “Bibliothèque Socialiste” dirigida por Georges Haupt, 1970. Fue traducida al castellano en 1972, Buenos Aires, Siglo XXI (y recientemente, reeditada en nuestro país el año 2010 por Editorial El Colectivo y Herramienta). El autor afirmaba que, si bien compartía con L. Althusser la hipótesis de un “corte epistemológico” que se ubicaría a la altura de las *Tesis sobre Feuerbach* y de *La Ideología Alemana*, su lectura de Marx no era “en absoluto” articulable con la expuesta en *Para leer el Capital* (Lowy, 2010:47). A su vez, es de interés la edición de 1972 porque contenía un último capítulo, “Después de Marx”, consagrado al asunto del partido y la revolución donde, entre otros autores, realizaba un balance de la evolución de Gramsci desde los consejos obreros de Turín hasta su teoría del partido con *Príncipe Moderno*.

Por otra parte, interesa exponer posturas del historicismo marxista referidas al tratamiento de la unidad estructura–superestructura en Gramsci. El artículo de Jacques Texier de 1968, “Gramsci, teórico de las superestructuras”, publicado en *La Pensée*, n° 139, mayo–junio, pp. 35–60 (y, por primera vez en castellano en J. Texier, 1975, Ediciones de Cultura Popular), es ilustrativo en este sentido. Su artículo constituyó una respuesta a la ponencia de Norberto Bobbio presentada en el Congreso Internacional de Estudios Gramscianos celebrado en Cagliari, Italia, del 23 al 27 de abril de 1967, titulado “Gramsci y la concepción de la sociedad civil”. Localmente, la ponencia fue publicada en *Gramsci y las ciencias sociales*, Cuadernos Pasado y Presente n° 19, octubre de 1970⁷⁵. Así, el artículo de J. Texier sólo es inteligible en su contraste con la postura de N. Bobbio. Por este motivo reconstruiré la posición del filósofo italiano⁷⁶.

Vale señalar que los autores adscriptos a la filosofía de la praxis realizaron una labor con Gramsci que no requería, como en el caso del estructuralismo marxista, despojarlo de sus huellas historicistas. Más bien, emplearon al revolucionario sardo para sostener sus interpretaciones del marxismo. Es decir, más allá de alguna objeción o crítica puntual, la obra de Gramsci fue utilizada en clave de fundamentación de su interpretación del marxismo.

3.3.2.2. *La filosofía según el historicismo marxista*

Los rivales del historicismo eran similares, en términos filosóficos, a los del estructuralismo althusseriano: el economicismo y el idealismo. Tempranamente, R. Mondolfo criticó la vulgarización –producto tanto de sus adversarios como

⁷⁵ Más tarde, N. Bobbio revisó y actualizó su ponencia: Bobbio, N. (1976). *Gramsci y la concepción de la sociedad civil*. Barcelona: Editorial Avance.

⁷⁶ Es obvio que, si bien la obra de N. Bobbio cuenta con determinados elementos historicistas (aunque no marxistas en sentido estricto), en tanto asumió que la filosofía y las actividades humanas en general varían en las distintas épocas históricas, su encuadre no es historicista. Sus elementos historicistas conviven con un tipo de estudios predominantemente textual, interno, de búsqueda del significado formalmente correcto y de la coherencia o incoherencia conceptual del pensamiento, considerado con independencia de sus conexiones políticas, sociales o históricas concretas (Saravia, 2011:438). Por ello, la inscripción del artículo de N. Bobbio bajo el rótulo o título general del apartado (historicismo marxista) se fundamenta en tornar inteligible el argumento de J. Texier. De todas maneras, existe un punto de interés del propio artículo de N. Bobbio. Además de su circulación en Argentina, su escrito fue una de las primeras versiones liberales de Gramsci.

defensores— que asemejaba el materialismo histórico al determinismo económico, convirtiéndolo en una teoría que hacía del factor económico el demiurgo de la historia y su verdadera sustancia, reduciendo el resto a simple epifenómeno e ilusoria superestructura, y la voluntad de los hombres, a un puro producto fatal de fuerzas objetivas determinantes. Por esta razón, el marxismo se fundaba, según estas opiniones, en un materialismo metafísico. El otro reverso, el idealismo, también fue criticado por R. Mondolfo. Si el materialismo metafísico era tributario de un rígido determinismo causal, el idealismo reconoce en el movimiento dialéctico la ley del proceso histórico. Suponía una fuerza inmanente en la realidad, de negación continua y de superación de sí misma, contra la cual los hombres arrastrados por esa misma fuerza, nada podrían hacer. El idealismo y el materialismo convergían en posiciones que renegaban del valor de la acción histórica concreta de los hombres. Derivaban en la necesidad histórica, sea de la materia o sea de la idea (1912/1956:210–212). Tanto el materialismo metafísico como el idealismo hegeliano, se constituían en corrientes filosóficas que la doctrina marxista criticará y superará.

Para R. Mondolfo el marxismo era una *filosofía de la praxis*, un *humanismo historicista*. En rigor, el autor denominaba como *concepción crítico práctica* al materialismo histórico —nombre que Marx y Engels dieron a su concepción de la historia—, y como *filosofía de la praxis* a la visión general de la vida y del mundo que estaba en su fundamento. Contra la filosofía hegeliana del espíritu absoluto, de la historia como existencia autónoma, de la objetividad como una enajenación del espíritu que debía ser reconquistada y reapropiada por éste, Marx y Engels reivindicaron el realismo humanista; esto es, la traducción de las ideas en hechos suponía el despliegue de una fuerza práctica, histórica, real por parte de los hombres. Marx había mirado al hombre “que se realiza en la historia”, expresando así la influencia del historicismo hegeliano y su distancia de Feuerbach. Sin embargo, proseguía parcialmente a éste último, en la cuestión del humanismo y en sus esfuerzos por “desmitificar” a Hegel para aprehender producciones históricas —como el Estado, la religión, etc.— en clave de enajenación del hombre. Si bien, para R. Mondolfo, Feuerbach se había afirmado en el humanismo, esta afirmación resultaba parcial. Comprendió la humanidad como realidad esencial del mundo y de la historia, pero su concepción de la humanidad era naturalista. Inscribía a la humanidad frente a la naturaleza, considerando la acción que la humanidad ejercía sobre la naturaleza, la lucha que sostenía continuamente contra las dificultades y los peligros naturales; pero dado el carácter estático y no dinámico atribuido a la naturaleza, no pudo arribar a una

concepción histórica; no pudo explicar el cambio continuo que se produce en la humanidad en el curso de la historia. La historicidad, en Feuerbach, se basaba en la lucha progresiva de la humanidad con la naturaleza, pero no desarrollaba una visión de las escisiones sociales y de los contrastes internos de la sociedad que eran el principio fundamental del desarrollo histórico. Además, la referencia al hombre concreto real y a las reales relaciones económico–sociales proporcionaba a Marx la clave del problema de la enajenación y de su resolución. Se integraba el concepto del hombre con el de las *masas*, encontrando aquí la fuerza histórica capaz de poner en marcha, revolucionariamente, la reivindicación de la universalidad del hombre (Mondolfo, 1960:77–83; 1964/1973:35).

Según R. Mondolfo, con Marx y Engels se había operado el tránsito del naturalismo al historicismo, a través de la consideración de las exigencias imprescindibles de la realidad del hombre que era, ante todo, un ser natural viviente, activo. Este tránsito tenía como punto decisivo las *Tesis sobre Feuerbach* y *La Ideología Alemana* de 1845⁷⁷. Había una superación de la posición de Feuerbach. Repárese en la semejanza con la periodización althusseriana de la obra de Marx. Sin embargo, R. Mondolfo consideraba que en estas obras aún existían huellas de Feuerbach y que parte de los nuevos planteos estaban ya presentes en obras previas de Marx. No era un salto o ruptura radical de problemática, aunque sí implicó la fundación de la filosofía de la praxis. El tratamiento del concepto de hombre inaugurado en estas obras no había sido superado por Marx en escritos posteriores sino continuado (Sánchez Vázquez, 1967/2003:482–528). A partir de *La Ideología Alemana*, se abandonaba la concepción de la historia, propia de los *Manuscritos*, en primer lugar como historia de negación de la esencia del hombre, y luego, como afirmación de ella. Ya no se trataba de la esencia sino de lo que los individuos reales eran en su vida real y en su historia; o mejor, la esencia del hombre sólo podía descubrirse en la existencia social e histórica de los individuos. Es cierto que en *El Capital* Marx analizó el capitalismo como formación económico–social, pero proseguía su intento de descubrir la esencia del hombre, esto es, el carácter social, humano, de las relaciones que los hombres contraían en determinada formación social. Así, continuaba con el núcleo de la filosofía de la praxis que había fundado.

⁷⁷ Lowy realiza una delimitación semejante. Considera a las Tesis sobre Feuerbach “el primer texto ‘marxista’ de Marx, es decir, el primer escrito en el que son esbozados los fundamentos de su pensamiento ‘definitivo’, este pensamiento que Gramsci, en sus *Cuadernos de la cárcel*, designa con la feliz expresión de *filosofía de la praxis*” (1970/2010:139).

Si bien éste ya es un punto disímil respecto a la interpretación del marxismo estructuralista, el contraste es mayor respecto a la cuestión de la enajenación. Los partidarios de la filosofía de la praxis aducían que la categoría de enajenación en Marx, lejos de resultar un mero concepto ideológico y, por tanto, sin valor teórico alguno –tal y como apuntaba el estructuralismo althusseriano–, resultaba fecunda para el ulterior pensamiento de Marx, en la medida en que se alejaba del esquema feuerbachiano y abandonaba la esencia de *Manuscritos*. La enajenación en el recorrido de la obra de Marx encerraba un doble costado: subjetivo y objetivo. Mientras en *Manuscritos* el acento reposó en el primero, en *El Capital* el centro se colocó en el segundo.

Ahora bien, este pasaje no era una ruptura radical, sino que el concepto de enajenación o trabajo enajenado como se encuentra en *Manuscritos*, abría las puertas a ulteriores categorías medulares –producción, relaciones de producción, división del trabajo, etc.– que le permitieron descubrir la impronta fetichista de la objetivación de ciertas relaciones sociales, el concepto del proletariado y de su misión histórico–universal. En *El Capital* el concepto de enajenación perdía la centralidad con que se encontraba en *Manuscritos*, pero se convertía en un fenómeno social concreto: el fetichismo económico. Éste, en lugar de ser fundador del proceso social –como la enajenación en *Manuscritos*, que estaba, a su vez, ligada al trabajo singular o individual y no social o general del obrero–, se fundaba en el proceso social. En la formación social capitalista, el producto del trabajo como mercancía objetivaba una relación social, pero no se presentaba como tal, no evidenciaba su esencia, su verdadera naturaleza social sino que emergía como una cosa. Mientras en *Manuscritos* el producto del trabajo hacía del sujeto un objeto al que dominaba, en *El Capital* la mercancía cosificaba una relación social. El problema de la enajenación en *El Capital* ya no se reducía a la relación sujeto–objeto, entendido el primero como el obrero concreto, y el segundo, como producto de su actividad concreta, sino que se trataba de la vinculación entre una relación social de producción y el objeto en que ésta se encarnaba o materializaba bajo la forma de mercancía. En ambos casos, los hombres –el trabajo individual o sus relaciones sociales– quedaban separados de los productos en que se objetivaban y éstos se volvían autónomos, escapaban al control humano –por parte del obrero o de la sociedad– y se presentaban con un poder propio.

El fetichismo económico analizado en *El Capital* era la forma concreta que presentaba la enajenación en las condiciones de la producción capitalista. Así, el

concepto de enajenación no era meramente ideológico sino que tenía su validez al explicar una situación social concreta. En la fundamentación de la interpretación mondolfiana del marxismo existía un concepto central: *inversión de la praxis* que aludía al intercambio de acción entre el hombre y las condiciones históricas según un movimiento dialéctico (1912/1956:222). El concepto podía rastrearse en Marx y Engels a partir de *La Ideología Alemana* y las *Tesis sobre Feuerbach*. La humanidad obraba en base al impulso de sus necesidades y realizaba su voluntad, pero el resultado de su acción se transformaba a su vez en la condición que limitaba y estimulaba su actividad futura. Se transformaba la causa en efecto y, viceversa. La praxis que se invierte constituía la necesidad de transformarla de hecho naturalista – como se encontraba en Feuerbach– a un hecho histórico. Debía comprenderse la dependencia de la humanidad respecto a las condiciones históricas sociales en clave de un condicionamiento dialéctico, no mecánico o lineal, lo que permitía aprehender el dinamismo del proceso histórico. Bajo esa perspectiva, R. Mondolfo inscribía la concepción de la historia de Marx resumida en XVIII Brumario de Luis Bonaparte: “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado” (1851/1955:11). Desde estas consideraciones, el filósofo ítalo–argentino nominaba a la doctrina marxista en términos de una concepción *crítico–práctica*. Suponía que la necesidad era intrínseca al proceso histórico, presentando dos aspectos: uno objetivo, dado por las condiciones preexistentes, producto de la actividad humana anterior, y el otro subjetivo, formado por las necesidades que empujaban hacia la superación de las condiciones actuales (1912/1956:229).

A través del concepto de *inversión de la praxis*, R. Mondolfo también fundamentaba la distancia del materialismo histórico respecto al determinismo económico. La praxis de los hombres no se limitaba a la actividad económica, aún cuando ésta permanezca como fundamental. Los hombres eran los verdaderos autores de la historia. La praxis no resultaba un proceso objetivo, sino que provenía de los hombres. La dialéctica de la historia se resumía en la dialéctica de la praxis humana (1960:13). Contenía la praxis un doble aspecto: como la condición –el resultado alcanzado– y el del fin –el resultado por alcanzar– de la actividad humana. Al reconocer este último aspecto se asumía al hombre en su faceta de creador de la historia, alejándose de la presunta acción causal unívoca del factor económico propia del determinismo económico. La economía era una de las formas y de los resultados de la actividad humana.

Justamente, el descuido de la faceta creadora de la actividad del hombre era una de las críticas de Sánchez Vázquez (1967/2003:274) al marxismo propuesto por L. Althusser. El filósofo francés consideraba que el Marx *maduro* abordó el proceso de trabajo a la luz de sus condiciones materiales, por lo que rompía con la “ideología antropológica del trabajo” propia de sus obras de juventud. Pero esta ruptura se fundaba en omitir la concepción del trabajo adecuado a un fin dispuesta por Marx tanto en *Manuscritos* como en *El Capital*. Para Sánchez Vázquez el trabajo en Marx no se reducía al carácter material de las condiciones del proceso de trabajo y al papel dominante de los medios de producción en dicho proceso, ya que implicaba también un carácter de actividad personal adecuada a un fin que permitía divisar el papel histórico de los hombres.

También, a través del concepto de inversión de la praxis, R. Mondolfo fundamentó la unidad de la vida social (1912/1956:285; 1960:79). La praxis en su inversión contenía una variedad y complejidad infinita de manifestaciones. Si bien era posible, analíticamente, categorizar o separar tales manifestaciones –por ejemplo, actividad económica, política, artística–, no podían devenir un sistema cerrado y siempre era preciso subrayar sus articulaciones con la unidad de la vida social. En otras palabras, los distintos momentos de la historia y la unidad social desplegados en base a la división del trabajo, suponían una relación sintetizadora en el movimiento dialéctico de la inversión de praxis. Ésta implicaba una relación recíproca de acción entre cada momento y el resto. R. Mondolfo reconocía la preeminencia y primordialidad histórica del momento económico respecto a los otros, en tanto era la necesidad humana más inmediata, apremiante, fuerte y, por tanto, decisiva (1960:81), pero lo ligaba al concepto de la praxis invertida. Así insistía en su articulación con los otros momentos de la unidad social:

Movimiento económico y movimiento político hállanse uno frente al otro; y si bien el primero es el más fuerte, en la acción recíproca tiene que sufrir la repercusión del factor derivado (...) No puede comprenderse el desarrollo ulterior de la economía, sin tomar en consideración el momento político de la lucha de las clases, la acción del Estado y los movimientos revolucionarios (Mondolfo, 1912/1956:287).

Tanto R. Mondolfo como Sánchez Vázquez aducían que esta concepción del marxismo se registraba en Gramsci. El primero, como dije, explicitaba sus coincidencias filosóficas con el comunista italiano (1956:389–392). Consideraba que la denominación del marxismo como filosofía de la praxis por parte del autor se fundaba en la vulgarización determinista en que había caído el materialismo histórico y no en la pretensión de sortear la censura carcelaria. Especialmente, R. Mondolfo valoraba como acertadas las críticas de Gramsci a la dogmática posición de Nikolai Bujarin. Sánchez Vázquez (1967/2003:64–67), por su parte, sostenía que Gramsci había situado al concepto de praxis como unificador de todas las partes del marxismo y como categoría filosófica central en tanto el despliegue histórico se sostenía en la dialéctica de las contradicciones entre el hombre y la materia –materia que, a su vez, era resultado de la praxis histórica anterior–. La praxis en el revolucionario sardo conjugaba tres aspectos: “inmanentismo absoluto” –la praxis era la única realidad–, “historicismo absoluto” –la realidad se hallaba en un histórico devenir– y “humanismo” –la historia era la historia de la autoproducción del hombre–. Por esto, y en sintonía con R. Mondolfo, concluía que Gramsci denominó fundamentalmente al marxismo en términos de filosofía de la praxis, alejándose de las posiciones deterministas en que había caído el materialismo histórico.

3.3.2.3. La madeja estructura–superestructura y sociedad civil–sociedad política en Gramsci

Es pertinente subrayar al menos dos reflexiones de la filosofía de la praxis en torno a la clásica metáfora estructura–superestructura. En primer lugar, la inversión de la praxis implicaba que las instancias estructura y superestructura no eran meras entelequias objetivas sino creaciones humanas que se volvían un límite y una posibilidad histórica. En ese sentido, R. Mondolfo (1973:43) afirmaba que de las relaciones materiales, de las actividades económicas de los hombres, nacían las relaciones espirituales, políticas, jurídicas, etc. Si bien en el Estado se expresaban con mayor fuerza los intereses y necesidades de las clases con predominio económico y político, no existía una correspondencia lineal. Tampoco esto impedía que el Estado –como en el caso del bonapartismo– contase con cierta autonomía y capacidad de mediación entre las disputas de las clases (Mondolfo, 1912/1956:309). El Estado no era el mero reflejo de la voluntad de las clases dominantes sino que

también podía expresar a las clases sometidas en la medida que éstas organicen su voluntad. En segundo lugar, dicha metáfora era considerada también en términos de una unidad espíritu y naturaleza, aspecto objetivo y subjetivo, contenido y forma. Para expresar esta unidad se aludía al concepto de bloque histórico gramsciano, que como es sabido cuenta con diferentes ramificaciones, siendo unas de sus vetas la referida a la unidad de la totalidad social, o sea, de la base con la superestructura.

La articulación y primordialidad de los diferentes momentos de la unidad social descritos por Gramsci ha sido fuente de debates. Escapa a mi labor dar cuenta de la exhaustividad de la discusión. Sí, interesa, en cambio, señalar un tratamiento historicista del mismo, provisto por Jacques Texier. Como dije, su artículo fue una respuesta a la interpretación de Norberto Bobbio que asumía a la sociedad civil como concepto clave para una reconstrucción y comprensión de los *Cuadernos*. Según el autor, Gramsci era el primer marxista que se servía del concepto de sociedad civil para el análisis de la sociedad. Además, su empleo se asentaba en Hegel y no en Marx. Tanto Gramsci como Marx habían derivado el concepto de sociedad civil de Hegel, pero con sentidos disímiles. Mientras que para el último, sociedad civil refería al momento estructural, económico, para el primero implicaba el conjunto de las relaciones ideológicas culturales. De este modo, el revolucionario sardo –y esto suponía un profundo trastocamiento de la tradición marxista, según N. Bobbio– colocaba la sociedad civil como momento de la superestructura. Como se recuerda, y esquemáticamente, la superestructura en Gramsci supone dos grandes instancias articuladas: la sociedad civil –en la cual la burguesía se empeña en mantener su supremacía a través del consenso dispuesto por distintas instituciones– y la sociedad política –donde la burguesía conserva su supremacía a través de la fuerza o coerción–.

N. Bobbio encontraba dos grandes diferencias entre la concepción de Marx y la de Gramsci respecto a las relaciones estructura y superestructura. En primer lugar, en Marx la estructura era el momento primario y subordinante y la superestructura el momento secundario y subordinado. En Gramsci era exactamente al revés. N. Bobbio aducía que Gramsci planteaba un conjunto de antítesis, en las que el momento primario y subordinante era siempre el segundo: *momento económico–momento ético político, necesidad–libertad, objetivo–subjetivo, estructura–superestructura*. El concepto de catarsis gramsciana ilustraba esta supremacía del segundo momento dado que indicaba, por ejemplo, el paso de la necesidad a la libertad o la elaboración superior –en la conciencia de los hombres– de la estructura en superestructura. En

otras palabras, la superestructura era el momento de la catarsis, el momento en que la necesidad se convertía en libertad, en que el momento económico se volvía ético-político. La acción histórica de los hombres, la voluntad colectiva permitía el reconocimiento de las condiciones objetivas, ergo la posibilidad de operar transformaciones. Esta acción transcurría en la fase superestructural sirviéndose de la estructura que, por tanto, de instancia subordinante de la historia pasaba a convertirse en momento subordinado.

En segundo lugar, Gramsci añadía a la antítesis principal entre estructura y superestructura una antítesis secundaria que se desplegaba en la esfera superestructural, entre el momento de la sociedad civil y el Estado. De estos dos términos, siempre el primero resultaba el momento positivo y el segundo el momento negativo. Esta antítesis se reeditaba o le correspondía la dicotomía institución-ideología al interior de la superestructura. Para Marx las ideologías iban siempre después de las instituciones. La estructura económica determinaba en primer lugar y de modo directo los modos de regulación y de sujeción y, luego, de modo indirecto, el carácter de las ideologías. Gramsci invertía al esquema. Las ideologías, cuya sede histórica remitía a la sociedad civil, eran vistas no ya sólo como justificación a posteriori de un poder cuya formación histórica dependía de las condiciones materiales, sino como fuerzas conformadoras y creadoras de nueva historia. Así, las ideologías se configuraban como momento primario de la historia y las instituciones – el Estado– en secundario. En síntesis, a diferencia del esquema de Marx, en Gramsci se privilegiaba la superestructura frente a la estructura, y dentro de la superestructura, el momento ideológico frente al institucional. La sociedad civil suponía el momento activo de la primera dicotomía y el momento positivo de la segunda. De ahí la centralidad otorgada por el autor a este concepto en la interpretación del legado de Gramsci.

Para N. Bobbio estas dos dicotomías fueron sometidas a dos diversos usos en Gramsci. Por un lado, un uso historiográfico. Partiendo de otro concepto nodal en Gramsci, bloque histórico, la primera dicotomía, estructura-superestructura, servía para definir y delimitar un determinado bloque histórico. La segunda, ideología-institución, servía para diferenciar un bloque histórico progresivo de uno regresivo, es decir, cuando primaba la fuerza el bloque histórico tenía un signo negativo –emergía

una crisis orgánica, no había articulación entre dirigentes y dirigidos⁷⁸ y viceversa. El otro uso de las dicotomías gramscianas remitía a la acción política. La primera dicotomía –la preeminencia de la superestructura frente a la estructura– Gramsci la empleaba para rebatir al economicismo que conducía a la clase oprimida a actuar exclusivamente en el ámbito de relaciones económicas. La segunda –la preeminencia del momento ideológico frente al institucional– suponía que la conquista del poder por parte de las clases subalternas se evaluaba siempre en función de la transformación que había de realizarse en primera instancia en la sociedad civil, y no en el momento negativo del plano superestructural –la sociedad política– que conllevaba a victorias efímeras y no decisivas; al error de la estadolatría.

En base al concepto de sociedad civil gramsciano, en particular la segunda dicotomía (ideología–institución), N. Bobbio inscribía una serie de diferencias entre el revolucionario sardo y Lenin. Aquí se volvía decisivo el tratamiento de la hegemonía en Gramsci. Si bien N. Bobbio reconocía la ascendencia de Lenin sobre Gramsci en este concepto, enfatizaba la novedad introducida por éste último. En Lenin prevalecía un concepto de la hegemonía en clave de dirección política y en Gramsci en clave de dirección cultural. Este dispar predominio adoptaba dos aspectos: a) para Gramsci el momento de la fuerza era instrumental y por tanto subordinado al momento de la hegemonía, mientras que para Lenin dictadura y hegemonía iban a la par y, en cualquier caso, el momento de la fuerza resultaba primario y decisivo; b) para Gramsci la conquista de la hegemonía precedía a la conquista del poder, en Lenin la acompañaba o incluso la seguía.

Sin embargo, N. Bobbio argüía que estas diferencias no eran centrales. La discrepancia principal reposaba en la extensión y función del concepto de hegemonía en Lenin y Gramsci. En torno a la extensión, la hegemonía gramsciana abarcaba como entes portadores no sólo al partido sino a todas las demás instituciones de la sociedad civil ligada a la elaboración y difusión de la cultura. Respecto a la función, la hegemonía no apuntaba sólo a la formación de una voluntad colectiva capaz de crear un nuevo aparato estatal y de transformar la sociedad, sino también a la elaboración y difusión de una nueva concepción del mundo. La sociedad civil era, pues, el momento superestructural primario por donde discurría la hegemonía. A través de la

⁷⁸ Recuérdese que Gramsci colocaba al fascismo como un ejemplo de bloque histórico regresivo, donde se asistía a una crisis de autoridad, a una pérdida del consenso de la clase dominante a causa de la distancia con las masas, configurando un escenario caracterizado porque “lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer”.

hegemonía, la sociedad civil se convertía en el mediador entre la estructura económica y el momento superestructural secundario.

Por último, N. Bobbio encontraba otra discrepancia del concepto de sociedad civil gramsciano respecto al marxismo-leninismo ligada a la temática del fin del Estado. Mientras en Marx y Lenin el movimiento que conducía a la extinción del Estado era fundamentalmente estructural –superación de los antagonismos hasta su supresión–, en Gramsci era principalmente superestructural –ensanchamiento de la sociedad civil hasta su universalización–. En el primer caso, los dos términos de la antítesis resultaban sociedad *con* clases y sociedad *sin* clases; en el segundo, sociedad civil *con* sociedad política y sociedad civil *sin* sociedad política. La sociedad autoregulada, el fin del Estado, suponía la reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil. Nuevamente, aquí, concluía N. Bobbio, se ilustraba la relevancia del concepto de sociedad civil para la inteligibilidad de los *Cuadernos*.

El planteo de N. Bobbio es susceptible de inscribirse en uno de los tres modelos de definición de Estado en Gramsci expuesto por Anderson (1977/1981:19–20): *Estado en contraposición a la sociedad civil*. Sucintamente, el modelo suponía que en el capitalismo avanzado se registraba un predominio de la sociedad civil sobre el Estado, equiparable al predominio de la hegemonía político-cultural sobre la coerción como componente sustancial del poder burgués. Era la ascendencia cultural de la clase dominante la que garantizaba la estabilidad del orden capitalista. La hegemonía se dirimía en el terreno de la sociedad civil. Anderson critica este modelo, básicamente, porque subestimaba, al igual que la socialdemocracia de izquierda o el eurocomunismo, el aspecto represivo del poder burgués o bien, porque se deja a un lado el papel ideológico-cultural del Estado mismo. La tarea política militante se reducía a ganar posiciones al interior de las instituciones de la sociedad civil – parlamento, medios de comunicación, etc.– extendiendo su influencia y transformando la ideología de la clase obrera. Se trataba de conseguir inserción en el Estado, sus instituciones y utilizarla para alcanzar el socialismo⁷⁹.

J. Texier coincidía con N. Bobbio en que Gramsci había ofrecido una contribución original al desarrollo del materialismo histórico en torno a las relaciones estructura y

⁷⁹ Es interesante reparar en que Anderson coloca el escrito de Giuseppe Tamburrano, teórico del Partido Socialista Italiano (PSI) por entonces, *Antonio Gramsci. La vita, il pensiero*, Bari, 1963, como una de las expresiones de este modelo. N. Bobbio, por su parte, sostenía que de los trabajos sobre la obra de Gramsci, el único cercano a su perspectiva correspondía a Tamburrano. Recuérdese además la cercanía de N. Bobbio por entonces con el PSI y su participación en la asamblea constituyente del Partido Socialista Unitario en 1966.

superestructura. Sin embargo, discrepaba con el sentido que N. Bobbio le adjudicaba a esta contribución. El autor francés definía a Gramsci como el teórico de las superestructuras, es decir, el teórico de las relaciones entre la sociedad civil y el Estado, de la lucha por la hegemonía y la conquista del poder, de la evaluación del consentimiento y la fuerza, entre otros tópicos. Este desarrollo, y he aquí una primera discrepancia con N. Bobbio, Gramsci lo desarrolló asumiendo como punto de partida la teoría y la práctica leninista de la revolución. A su vez, J. Texier subrayaba que los *Cuadernos* se apoyaban en un concepto central: bloque histórico, a través del cual se señalaba la unidad orgánica entre estructura y superestructura. Sin esta unidad, la teoría gramsciana de la superestructura no sería marxista: “Su historicismo no iría más lejos que el de Croce (...) y, por lo tanto, su concepción de la dialéctica histórica sería especulativa” (Texier, 1968/1975:13). El punto de partida de la interpretación de Gramsci debía asentarse, según el autor, en el concepto de bloque histórico. Éste énfasis de la unidad provisto por el concepto, evitaba tanto el economicismo como el ideologismo en el que parecía caer N. Bobbio, al exaltar el elemento voluntarista e individual.

En la superestructura gramsciana existían dos momentos diferenciados: la sociedad civil y la sociedad política; el consenso y la coerción. Pero esta distinción, insistía J. Texier, era sólo analítica, en tanto en la realidad efectiva ambos se identifican. Además, la unidad entre ambos momentos provenía de la unidad de la superestructura y la estructura en el interior del bloque histórico. Al regirse la estructura por un enfrentamiento clasista, necesariamente las actividades superestructurales implicaban un principio de lucha radical para vencer al adversario. J. Texier también destacaba que la unidad de la superestructura y la infraestructura suponía un proceso cuyo agente exclusivo era la actividad humana en sus diferentes formas. Este proceso aludía a la dialéctica histórica, descrita por Gramsci como un tránsito de lo objetivo a lo subjetivo, de la cantidad a la calidad, de la necesidad a la libertad. La estructura, base objetiva y punto de nacimiento de la iniciativa política era el sitio donde se originaban las contradicciones que los hombres dirimirán. Esta concepción de la dialéctica histórica rompía tanto con la reducción de la superestructura a un epifenómeno de la estructura como con toda inflación voluntarista de la ideología. La creatividad humana planteada por Gramsci no debía considerarse como una ruptura con los principios del materialismo histórico, ni debía entenderse sólo a nivel político o superestructural en tanto transcurría “dentro del desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo” (Texier, 1968/1975:38).

Como se ha dicho, N. Bobbio señalaba dos trastocamientos de Gramsci respecto a la tradición marxista: a) la condición privilegiada a las superestructuras en relación con la infraestructura; b) la exaltación del momento ideológico en relación al momento institucional. La primera afirmación, criticaba J. Texier, tenía como condición teórica una interpretación mecanicista y economicista de Marx, contra la que el propio Gramsci había luchado. Tanto Marx como Gramsci, aunque le atribuían distinto contenido al concepto de sociedad civil, compartían una visión con pretensión de totalidad del conjunto social, no escindían instancias y le atribuían al momento estructural un peso preponderante, pero no subordinante de manera exclusiva:

Para Gramsci la infraestructura es verdaderamente “primaria”, “subordinante” y, en esto, él es marxista. Pero no significa de ninguna manera que las superestructura no sean activas en todo momento ni que la actividad superestructural del hombre no se convierta en “subordinante” en relación con la estructura, cuando entra en un periodo de revolución social (Texier, 1968/1975:34)⁸⁰.

El filósofo francés también contrarrestaba la segunda afirmación de N. Bobbio subrayando el carácter clasista de las actividades superestructurales, o sea, la unidad estructura–superestructura. Según J. Texier, para que una clase fundamental ejerciera la hegemonía eran necesarios tres aspectos: a) un rol fundamental en el mundo de la producción –aspecto económico–; b) conservar un justo equilibrio entre sus intereses y los intereses de los grupos sociales secundarios, construyendo así un sistema de alianza capaz de unificar políticamente a los grupos subordinados y al grupo dominante bajo la dirección de este último –aspecto político–; c) La ascendencia política debía manifestarse en el terreno intelectual y moral, lo que suponía que el nuevo grupo social sea portador de una concepción del mundo capaz de imponer su superioridad y engendrar una nueva forma de civilización –aspecto ideológico–.

Estos tres aspectos de la hegemonía estaban imbricados cuando Gramsci describía el momento por la lucha de la hegemonía que precedía a la fundación de un

⁸⁰ Así, según J. Texier, las contribuciones teóricas de Gramsci en torno a la superestructura se realizaron al interior de la tradición marxista.

nuevo Estado. Es sabido que para el comunista italiano la disputa por la hegemonía se desataba en la sociedad civil, a través de los organismos denominados vulgarmente privados: escuela, iglesia, etc. En las sociedades occidentales, la solidez de un estado dependía de la consistencia de la sociedad civil que le servía de base. De ahí, concluía J. Texier, la imposibilidad de separar el concepto de sociedad civil del concepto de sociedad política y, por tanto, de plantear la dicotomía entre el carácter *primario* de las ideologías–sociedad civil y el carácter *secundario* de las instituciones–sociedad política. La creación ideológica era tan necesaria para la sociedad política, como la creación de instituciones dentro de la sociedad civil:

Los partidos, los sindicatos, las iglesias, las escuelas son “organismos” o “asociaciones”, es decir, instituciones y el aparato jurídico y gubernamental del “estado–fuerza” no funcionan sin actividad intelectual. No se veía, pues, muy claro en qué y cómo la “dicotomía institución–ideología” correspondería a la “dicotomía sociedad política–sociedad civil” (1968/1975:49).

Al permanecer unidas en la realidad, sociedad civil y sociedad política, la conquista de la hegemonía no podía estar separada de la conquista del poder, es decir, del Estado, la sociedad política. Si bien, aducía J. Texier, Gramsci en estos temas introdujo innovaciones respecto al leninismo, las mismas correspondían a un desarrollo de reflexiones de la doctrina del revolucionario ruso y no a una ruptura radical.

Respecto a las consideraciones de N. Bobbio en torno al concepto de sociedad civil en Gramsci y el fin del Estado burgués, J. Texier reiteró la unidad estructura–superestructura para divisar este proceso en el comunista italiano. Luego de una revolución, el nuevo Estado con su aparato jurídico y coercitivo, junto con otras instituciones, como la escuela, tenía una tarea central: transformar el comportamiento económico de los hombres con el fin de adaptarlo a las exigencias de la nueva estructura. Esto suponía tanto el ajuste del hombre a una nueva manera de trabajar, como a un modo de vida general. De ahí que la sociedad civil debía ser radicalmente transformada de una manera concreta. Bajo este tratamiento, comentaba J. Texier, se introducía una acepción distinta de la sociedad civil en Gramsci respecto a la tratada más arriba. Anteriormente, sociedad civil y sociedad política aparecían como los dos

aspectos de la actividad del Estado –tomado en su sentido ampliado– y la sociedad civil era el terreno en que se desarrollaba una actividad ideológico–cultural. Ahora bien, también la sociedad civil, sin devenir infraestructura, suponía un contenido directamente económico, a la vez que se tornaba objeto de una actividad esencial del aparato jurídico y gubernamental (de la sociedad política). Así, aunque Gramsci enfatizaba en otros elementos, su concepto de sociedad civil seguía al interior de la tradición marxista en tanto apuntaba a la unidad entre estructura y superestructura y a la transformación del hombre a través de la creación de un nuevo bloque histórico, de una nueva unidad estructura - superestructura⁸¹.

El contraste con N. Bobbio era marcado en torno a la temática del fin del Estado. No sólo porque éste se centraba en el proceso que conducía a la extinción del Estado –y, por tanto, a la reabsorción de la sociedad política por la sociedad civil–, mientras que J. Texier abordaba el proceso de transición y construcción de un bloque histórico nuevo, sino fundamentalmente porque para el filósofo francés la ruptura revolucionaria en Gramsci no suponía un ensanchamiento de la sociedad civil hasta su universalización, sino una ligazón orgánica de este momento con la instancia estructural y la sociedad política. En suma, J. Texier consideraba que si bien la sociedad civil en Gramsci no era la estructura como en Marx, esto no negaba su contenido profundamente económico. Así, a diferencia de N. Bobbio, definía a la sociedad civil como el conjunto de relaciones sociales prácticas e ideológicas que se instauran sobre la base de ciertas relaciones de producción determinadas. Abarcaba al hombre en su faceta de productor como en el terreno de la cultura. Era pues, el objeto, la materia y el medio de las actividades superestructurales que se ejercían por medio de los aparatos hegemónicos, por una parte, y los aparatos coercitivos, por la otra (1968/1975:59). Soslayar el momento estructural como hacía N. Bobbio, convertía a Gramsci en un discípulo de la izquierda hegeliana, “en el teórico de una concepción ‘ideológica’ de la historia, para quien los intelectuales serían los protagonistas de la “sociedad civil”, constituyendo la fuerza motriz del devenir histórico” (1968/1975:41).

⁸¹ En este punto, J. Texier recordaba los preceptos historicistas gramscianos, como su definición del hombre en términos del “conjunto de sus relaciones sociales”. El hombre era activo y pasivo en la historia; era el productor de la historia, bajo condiciones no elegidas; era pasado y presente. Así, el autor sostenía que cuando se hablaba de “estructura”, “sociedad civil” o “sociedad política”, se trataba de relaciones sociales de los hombres, de los organismos que forman parte y, por tanto, actividades mediante las cuales los hombres se modificaban (1968/1975:58–59).

El tratamiento expuesto de J. Texier encuentra líneas de articulación con el restante modelo de definición de Estado de Gramsci según Anderson (1977/1981: 23–24): *El Estado absorbe a la sociedad civil*. En este modelo, el consenso y la coerción se repartían entre la sociedad civil y la sociedad política; la hegemonía se ubicaba en ambos. Se estaba en presencia de un Estado ampliado, ético, que elevaba, a través de un conjunto imbricado de instancias, a un determinado nivel cultural y moral al pueblo que correspondía a los intereses de las clases dominantes. El estado subsumía a la sociedad civil. Anderson sostiene que, con este modelo, Gramsci confundía aspectos en tanto la coerción no se dirimía en la sociedad civil sino que era un monopolio legal del Estado. El ejercicio de la represión no transcurría, jurídicamente, por la sociedad civil. Como corolario, se asistía a una falta de claridad estructural entre ley y costumbre, reglas jurídicas y normas convencionales, lo cual impedía toda demarcación precisa de las competencias respectivas de la sociedad civil o de la sociedad política en una formación social capitalista.

3.3.2.4. *La ideología y el conocimiento en el historicismo marxista*

Prosiguiendo con las consideraciones de la filosofía de la praxis en torno al tratamiento de la relación estructura–superestructura, interesa destacar sus planteos sobre la conciencia y la ideología. La clásica aseveración de Marx en el prefacio a la *Contribución de la economía política* (1859), “no es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino, a la inversa, la existencia social la que determina su conciencia”, no supone una relación lineal entre el momento objetivo y el subjetivo, entre la estructura y la superestructura (Mondolfo, 1960:82). También aquí se aplicaba el principio de la inversión de la praxis. Los hombres reaccionaban sobre el momento objetivo, ejerciendo influencias sobre el curso del desarrollo social. La superestructura no era mero reflejo de la estructura que devenía en apariencia. En este marco, el historicismo comprendía la otra clásica aseveración de Marx que también correspondía a la *Contribución de la economía política* (1859): la superestructura concebida como las formas ideológicas en las que los hombres adquieren conciencia del conflicto en la base económica y luchan por resolverlo.

Para el historicismo, Gramsci trabajó en esta clave el concepto de ideología dando cuenta, precisamente, de que en el terreno de la superestructura los hombres dirimían los conflictos y actuaban sobre ellos. Si bien L. Althusser también reparó en este

punto, la filosofía de la praxis centraba la interpretación de aquella aseveración de Marx y del trabajo de Gramsci, en la praxis histórica concreta de los hombres. Se destacaba así la incidencia del elemento subjetivo en la historia. R. Mondolfo reconocía explícitamente este aspecto del revolucionario sardo:

Mérito de Gramsci es haber reconocido que “los hombres adquieren conciencia de su posición social y de sus deberes en el terreno de las superestructuras”, y que esta conciencia estimula y orienta su acción histórica en el mismo terreno de las estructuras sociales, engendrando los procesos de transformación de la sociedad y de los mismos hombres (1973:140).

Por otra parte, y al igual que L. Althusser, el historicismo marxista destacaba el carácter de fuerza material de las ideologías en el legado de Gramsci, pero enfatizaba su conversión en una causa operante en los acontecimientos históricos: “Sin la lucha de las clases, no podría comprenderse la historia de las ideologías; pero, a su vez, las vicisitudes de las luchas de clases no se explican por entero sin la intervención de esas ideologías” (Mondolfo, 1912/1956:318). El historicismo marxista explicaba las formaciones de ideas partiendo de la praxis material de los hombres y consideraba que la modificación de dichas ideas se producía, no mediante la crítica intelectual, sino mediante la modificación práctica de las relaciones sociales existentes (Mondolfo, 1973:94). Existía una reciprocidad entre conocer y obrar. Situar en el centro la actividad práctica histórica implicaba consecuencias en el terreno del conocimiento (Sánchez Vázquez, 1967/2003:167–181). La praxis aparecía como fundamento, criterio de verdad y fin del conocimiento. Respecto a lo primero, Marx rechazó tanto la posibilidad de conocer por fuera de la actividad práctica del hombre –materialismo tradicional– como la posibilidad de conocer si el objeto era considerado como mero producto de la conciencia –idealismo–. Entonces, conocer, en Marx, suponía conocer el objeto en cuanto se integraba en la relación entre el hombre y la naturaleza que se establecía por la actividad práctica. Este punto también se encontraba en Gramsci, al postular que no se conocían cosas en sí mismas, al margen de su relación con el hombre, sino cosas humanizadas por la praxis e integradas, a través de ella, a un mundo humanizado (Ibíd.:168). Para obrar era necesaria una conciencia crítica e histórica del mundo, pero recíprocamente no se conocía la realidad sino obrando

sobre ella (Mondolfo, 1960:79). He aquí también el principio de la inversión de la praxis y por qué R. Mondolfo aducía que el marxismo era una doctrina crítico-práctica.

La praxis también se conformaba como criterio de verdad. La verdad de determinado conocimiento no se dirimía teóricamente –en una mera confrontación teórica del concepto con el objeto o del pensamiento con otros pensamientos– sino que cobraba cuerpo en la realidad misma, bajo la forma de actividad práctica. Sólo en la praxis, se encontraba la verdad o falsedad del conocimiento, su adecuación o no a la realidad. Si al actuar se lograban los fines que se perseguían, significaba que el conocimiento del que se partió para trazar esos fines, era verdadero⁸². Tanto Sánchez Vázquez como R. Mondolfo (1969:20; 1973:15) se esforzaban en distinguir esta perspectiva del pragmatismo que planteó el conocimiento en términos de previsión e identificó lo verdadero con lo útil. Marx se refería al conocimiento no en términos de una independencia respecto a la praxis o un fin en sí mismo sino de una *experiencia activa* que decidía sobre la verdad del conocimiento en cuanto el hombre actuaba sobre el objeto. A su vez, aunque el criterio de verdad estaba en la práctica, sólo se descubría en una relación propiamente teórica con la práctica misma; o sea, la práctica no hablaba por sí misma, se requería la mediación teórica. Por último, en Marx el individuo que conocía no podía concebirse en sí de modo subjetivo, sino únicamente como ser social, cuya esencia era el conjunto de las relaciones sociales. Por tanto, su actividad se volvía material, transformadora, objetiva y respondía a intereses sociales.

Además de fundamento de conocimiento y criterio de verdad, la praxis era el fin del conocimiento para el marxismo. La conocida XIª tesis sobre Feuerbach⁸³, señalaba la necesidad de la conexión histórica entre la filosofía y la acción para la transformación del mundo a través de la praxis. Esta tesis reconocía y elevaba hasta el nivel más alto la teoría que, vinculada con la praxis, se inscribía y hacía posible la transformación del mundo.

En distintos pasajes, Sánchez Vázquez, señaló los puntos de diferenciación de la filosofía de la praxis respecto al estructuralismo marxista en el tratamiento del

⁸² Luciano Gruppi critica el olvido de la praxis de L. Althusser en este punto: “En Althusser, me parece que lo que se pierde es la noción revolucionaria de la *praxis*: de la praxis que es revolucionaria, transformadora, en la medida en que es científicamente válida y capaz de probar su propia validez en su propia capacidad transformadora” (1969:85).

⁸³ “Los filósofos han tratado de interpretar el mundo, pero de lo que se trata es de cambiarlo” (XIª tesis sobre Feuerbach).

conocimiento (aunque también marcó aspectos que compartía con la perspectiva de L. Althusser, lo que dicho sea de paso abona a la tesis de un diálogo entre las tendencias y no una oposición sin canales de comunicación). Rescataba como genuina la preocupación de esta corriente por la defensa del carácter científico del marxismo, pero criticaba su olvido de la praxis: “Lo cual tratándose de una filosofía que sin dejar de ser ciencia –o justamente por serlo– es la filosofía de la transformación del mundo, es un precio que no se puede –ni es forzoso– pagar” (1967/2003:67)⁸⁴. En torno a la disyuntiva del marxismo como ciencia o ideología, Sánchez Vázquez (Ibíd.:363) disponía su articulación. El marxismo era una expresión teórica del movimiento revolucionario y, por tanto, era ideológico. Aunque no se reducía a esto, también se tornaba una teoría científica en tanto producto de un pensamiento que construía conceptos y categorías para la comprensión de la realidad. El marxismo no tenía sólo un carácter ideológico, relegando a un segundo plano su impronta científica (como asevera J. P. Sartre), ni era científico a expensas de su naturaleza ideológica (L. Althusser); era ciencia e ideología al mismo tiempo.

Por último, Sánchez Vázquez (1967/2003:281) criticaba la expresión “práctica teórica” para designar el trabajo teórico. Además de cuestionar la falta de incorporación de la producción de fines en su noción de práctica –ya que sólo consideraba la materia prima y los medios de producción–, le reprochaba a L. Althusser su extensión del concepto en tanto abarcaba todo tipo de relación o apropiación del mundo real –incluyendo, de este modo, no sólo la práctica teórica sino también la política, económica, etc.–; esto borraba el carácter esencial de la praxis, o sea la transformación efectiva de un objeto real, y conducía al idealismo de la praxis, es decir, a la reducción de ésta a la actividad teórica o moral. De ahí que el empleo del término práctica para designar la producción de conocimiento, conducía a equívocos en tanto no se operaba una transformación objetiva o real. También aquí, recuérdese la definición de R. Mondolfo del marxismo como una doctrina crítico-práctica y su distinción de ambos componentes.

⁸⁴ Nicola Baldoni realizaba consideraciones similares subrayando las debilidades de una teoría marxista que eludía los vínculos del conocimiento con la praxis: “Si la científicidad fuera exclusiva, vale decir, si no mediara en la relación con la praxis, entonces la determinación en el interior de una cierta formación social sería absoluta. Y si admitimos que la cuestión de la determinación pudiera disponerse en una relación no sólo con una formación social determinada sino con una continuidad histórica que se expresara en cada momento, a través de lo que L. Althusser llama *déplacement*, seguiría siendo misterioso que pudiera producirlo, desde el momento que el hombre ha ‘muerto’” (1969:81).

3.3.2.5. Interpretaciones y disputas por el maquiavelismo gramsciano

Para el historicismo marxista, la praxis como fin del conocimiento suponía también la actividad práctica del pueblo junto a los filósofos, según la IIIª Tesis sobre Feuerbach⁸⁵. El pensamiento ilustrado había concebido la transformación social en términos de la educación del género humano –en el plano pedagógico– que estaba en manos de los educadores –filósofos–, cuya misión era transformar a los educandos –pueblo–, sin modificarse a sí mismos. La educación permitía que el hombre pasara del reino de las “sombras”, de la “superstición”, al reino de la razón. Los verdaderos sujetos de la transformación social eran pues, los filósofos de la Ilustración que debían moldear a los pasivos educandos.

Marx había rechazado esta división de la sociedad. Por un lado, adujo que los hombres no sólo eran producto de la circunstancias sino que éstas también eran productos suyos. Por otro lado, a través de la afirmación el educador necesita ser educador, colocaba a los educadores en el proceso pedagógico, rechazando el principio ilustrado que suponía al desarrollo de la humanidad encarnada por una minoría que no exigía su propia transformación. Para el historicismo, la negación de este dualismo educador–educando entrañaba una praxis incesante, en la que se transformaban tanto el objeto como el sujeto. La praxis implicaba un proceso de autotransformación de los hombres. A su vez, la coincidencia entre el cambio de las circunstancias y el cambio del hombre, sólo podía entenderse como práctica revolucionaria que afirmaba el dominio de los hombres sobre las circunstancias. Marx, concluía Sánchez Vázquez

Se opone tanto al utopismo que piensa que basta la educación (es decir, un proceso de autotransformación del hombre), al margen o con anterioridad al cambio de las circunstancias de su vida, para producir un

⁸⁵ “La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado. Conduce, pues, forzosamente, a la división de la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad (por ejemplo, en Robert Owen). La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como *práctica revolucionaria*” (IIIª tesis sobre Feuerbach).

cambio radical del hombre, como a un determinismo riguroso que cree que basta cambiar las circunstancias, las condiciones de vida (al margen de los cambios de conciencia de una labor de educación) para que el hombre se transforme. La modificación de las circunstancias y del hombre, la conciencia del cambio del medio y de la educación, sólo se obtienen por medio de la actividad práctica revolucionaria (1967/2003:178).

El historicismo apelaba a la propia interpretación de Gramsci acerca de la IIIª Tesis sobre Feuerbach para marcar la reciprocidad entre el cambio de las circunstancias y el cambio de los hombres, entre la estructura y la superestructura, entre el momento objetivo y subjetivo:

La afirmación de las Tesis sobre Feuerbach sobre el “educador que debe ser educado”, ¿no concibe una relación necesaria de reacción activa del hombre sobre la estructura, afirmando la unidad del proceso real? El concepto de “bloque histórico” construido por Sorel aprehende plenamente esta unidad sostenida por la filosofía de la praxis (Gramsci, citado en Mondolfo 1956:398).

Junto con la expresión del principio de la inversión de la praxis característico del historicismo (1973:49), R. Mondolfo desprendía de esta afirmación de Gramsci, la necesidad de un vínculo democrático entre el filósofo o intelectual y el pueblo. Citaba la clásica aseveración gramsciana al respecto:

El elemento popular *siente*, pero no siempre comprende o sabe; el elemento intelectual *sabe*, pero no siempre comprende y especialmente no siempre *siente* (...) El error del intelectual consiste en creer que se puede *saber* sin comprender y especialmente sin sentir que uno es apasionado (...) es decir, sin sentir las pasiones elementales del pueblo (...) No se hace política–historia sin estas pasiones, esto es, sin esta conexión sentimental entre intelectuales y pueblo nación... Si la relación entre intelectuales y pueblo–nación, entre dirigentes y dirigidos, entre

gobernantes y gobernados está dada por una adhesión orgánica en la cual el sentimiento – pasión se convierte en comprensión y por lo tanto en saber (no mecánicamente sino de un modo vivo), sólo entonces la relación es de representación y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigentes y dirigidos, esto es, se realiza la vida de conjunto que es lo único que constituye la fuerza social, se crea el *bloque histórico* (Gramsci, citado en Mondolfo, 1956:410).

La filosofía de la praxis pretendía forjar una voluntad y una conciencia propias del pueblo; elevar intelectualmente a los estratos populares; dar personalidad al elemento amorfo de masa. Sánchez Vázquez repara en este punto. Citaba al revolucionario sardo para afirmar que el marxismo establecía un diálogo crítico con el sentido común, diferenciándose, de este modo, de la religión, ya que “no busca mantener a los ‘simples’ en su filosofía primitiva del sentido común, sino, al contrario, conducirlos hacia una concepción superior de vida” (Gramsci citado en Sánchez Vázquez, 1967/2003:287). Era preciso pues, construir un nuevo sentido común, una nueva cultura, una nueva filosofía. A través del vínculo democrático intelectual–pueblo, se promovía el momento que Gramsci denomina catártico, esto es, el paso del reino de la necesidad a la libertad, que se asienta en una doble madurez: objetiva y subjetiva. En definitiva, se concurría a una sustitución progresiva de la voluntad de todos por la voluntad general, o lo que es lo mismo, de una voluntad impotente para conseguir sus propios fines porque era una suma algebraica y resultado de direcciones opuestas, a una voluntad capaz de realizar sus fines, de adaptar sus objetivos a las condiciones existentes (Mondolfo, 1912/1956:228).

Ahora bien, al interior de la filosofía de la praxis, se registraban polémicas en torno a la interpretación de la figura de Maquiavelo en Gramsci. Es posible distinguir, al menos, dos grandes posiciones en torno a la interpretación gramsciana de Maquiavelo: una lectura que encuentra rasgos autoritarios o vanguardistas y, por tanto, incoherencias con sus postulados filosóficos (Mondolfo, 1956:383–403); otra que no divisa tal incoherencia y certifica el carácter democrático del vínculo intelectual–pueblo. Como es sabido, afirmaba R. Mondolfo, Gramsci adscribió a los dos principios del prefacio a la *Crítica de la economía política* de Marx:

a) La humanidad se propone sólo aquellos cometidos que puede resolver...; el cometido mismo surge sólo donde las condiciones materiales de su resolución ya existen o por lo menos están en el proceso de su devenir; b) una formación no perece antes de que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas por las cuales aquella es aún suficiente, y nuevas y más elevadas relaciones de producción hayan tomado su puesto, y antes de que las condiciones materiales de existencia de estas últimas se hayan incubado en el seno mismo de la vieja sociedad (Gramsci, citado en Mondolfo, 1956:395).

Estos dos principios, proseguía el filósofo ítalo–argentino, apuntaban a la madurez histórica en Gramsci y, específicamente, a la fijación del momento catártico, punto de partida de la toda la filosofía de la praxis. Asimismo, Gramsci, comentaba R. Mondolfo, había insistido en el vínculo democrático entre intelectual y masas, y en la formación de una voluntad nacional popular y autónoma del pueblo. Estos postulados filosóficos, colisionaban con la adscripción de Gramsci al leninismo y al bolchevismo ruso⁸⁶. Frente a la falta de orientación progresiva en las masas proletarias, señal y prueba de la inmadurez de las condiciones históricas, Gramsci recurrió a la intervención jacobina del partido o élite de dirigentes. La afirmación de una voluntad creadora de minorías, pretendía suplir la ausencia o deficiencia de la voluntad de clase. Este recurso a la intervención del partido que sustituía y se sobreponía a las masas disgregadas, abandonaba la exigencia del punto catártico que era declarado por Gramsci como el “punto de partida de toda la filosofía de la praxis”.

En esta línea, R. Mondolfo interpretó el maquiavelismo gramsciano. La figura del *Príncipe* de Maquiavelo representaba únicamente a la personalidad dirigente que sustituía la voluntad popular. En otras palabras, el movimiento espontáneo que presentaba una orientación espontánea contraria no era atendido sino suplantado por el Príncipe. R. Mondolfo consideraba viable la interpretación gramsciana de Maquiavelo, esto es, que el Príncipe apuntaba a la fusión y confusión con el pueblo; a

⁸⁶ Respecto al vínculo de Gramsci con Lenin, R. Mondolfo marcaba la distancia filosófica entre uno y otro. Mientras Lenin denotaba una clara “incapacidad filosófica” (como en *Materialismo y empiriocriticismo*) e interpretaba el marxismo en términos materialistas, Gramsci desarrolló la filosofía de la praxis. Sin embargo, en el plano político, la cercanía del comunista italiano con Lenin era evidente. Gramsci no rompió amarras con la concepción de partido bolchevique, derivando así en posturas autoritarias basadas en la sustitución del protagonismo popular (1956:391:396).

un pueblo al que se había convencido mediante argumentaciones precedentes y del que se sentía conciencia y expresión. Pero aún así, esta interpretación mostraba un Príncipe que no se identificaba con el pueblo, sino que lo sustituía y exaltaba la virtud de un dominador solitario que encontraba en el pueblo, incapaz de expresar una virtud propia, la materia con la cual plasmar el Estado. Así, el pueblo se reducía a una materia moldeable para conseguir un fin que él todavía no sentía, pero en el cual otros veían encarnadas las exigencias históricas a las cuales ese pueblo debía obedecer.

Según R. Mondolfo, el partido en Gramsci representaba el mito del Príncipe. Mito, en tanto no apuntaba a una persona o individuo concreto, sino que podía ser un organismo, un elemento social complejo que expresara el comienzo de concreción de una voluntad colectiva, una voluntad popular. Sin embargo, contraponía el filósofo ítalo-argentino, para Gramsci esta voluntad colectiva siempre debía someterse y obedecer a aquel organismo centralizado a fin de formarse. En el mismo sentido, sostenía que el comunista italiano ligaba la reforma intelectual y moral promovida por el moderno Príncipe con la transformación de las relaciones económicas y, por tanto, de la emancipación de la enajenación del hombre. Pero si el *Príncipe moderno*, continuaba R. Mondolfo, no se ligaba con la madurez de las condiciones históricas, degeneraba en la imposición y autoritarismo sobre las masas. En Gramsci convivían, por decirlo así, dos almas, según el autor: una profundamente marxista plasmada en los principios de la filosofía de la praxis y otra ligada al leninismo y stalinismo⁸⁷.

Por otra parte, existen interpretaciones respecto al maquiavelismo gramsciano, también ancladas en la filosofía de la praxis, que se podrían denominar “democráticas”, para diferenciarlas de la anterior. Aludiré al trabajo de Kanoussi (2012), *Notas sobre el Maquiavelismo contemporáneo*. Este reconocido trabajo

⁸⁷ En *Las antinomias de Gramsci*, R. Mondolfo planteaba similares consideraciones, aunque el acento no se ponía en la cuestión del *Príncipe moderno* sino en el conflicto entre la tendencia libertaria (por ejemplo, en sus escritos “consejistas”) y autoritaria (por ejemplo, en sus escritos como dirigente del PCI) que recorre la obra de Gramsci. Este conflicto se reeditaba, para el autor, en el propio concepto de hegemonía gramsciano, ya que implicaba la liberación ideológica y material del pueblo, pero también la reducción de este proceso al protagonismo del partido comunista y, por tanto, a la escisión permanente educador-educandos, dirigentes-dirigidos. Para R. Mondolfo la emancipación humana no podía desenvolverse por métodos de imposición o coercitivos que apuntasen a la obediencia y sujeción del pueblo a una instancia central.

Lowy (1972:277-283) realizaba una apreciación similar. Las ideas de Gramsci en torno a los problemas de la organización entre 1919-1934 suponían “casi una ruptura ideológica”. Cercano en 1919-1920 a los planteos de Rosa Luxemburgo y, por tanto, al énfasis en la autoactividad de la masas en el proceso emancipatorio, pasaba en los *Cuadernos* a otorgarle centralidad al *Príncipe moderno*.

erudito de la autora sobre Gramsci guarda una claridad y solvencia sobre el punto en cuestión que bien fundamenta posteriores análisis. Kanoussi considera que Gramsci quiere construir una ciencia política propia de la filosofía de la praxis. Para ello, toma las contribuciones del fundador de esta ciencia: Maquiavelo. Al igual que éste, Gramsci parte de las raíces de la política: la existencia de dirigentes y dirigidos, gobernantes y gobernados. La orientación filosófica e ideológica de esta ciencia depende de la perspectiva con que se asuma la mencionada división: como permanente o si se piensa que es destinada a desaparecer. El revolucionario sardo le atribuye a Maquiavelo –como a Marx– una concepción de la teoría y de la práctica de la hegemonía. Maquiavelo, en su afán de constituir el Estado unitario nacional, se propuso educar al pueblo, esto es, convencerlo y hacerlo consciente de que puede existir una sola política real para alcanzar el fin buscado. Este camino transcurría por proseguir al Príncipe y sus métodos. Era preciso educar al pueblo en un sentido innovador, convencerlo y hacerlo consciente de una política realista para conseguir la fundación del Estado nacional.

Según la autora, *El Príncipe* es para Gramsci una metáfora, un mito que personifica la unión de ideología y ciencia; una fantasía que obra suscitando y organizando la voluntad colectiva de un pueblo; opera y se funda sobre la fuerza que considera progresista, para modificar y crear un nuevo equilibrio de las fuerzas existentes. Hacia el final del libro, Maquiavelo pasa de lo ideal, del mito, a lo históricamente real; los elementos míticos se unen y vivifican. La conclusión: una evocación al príncipe realmente existente, al príncipe que se confundía con el pueblo, pero no con el pueblo genéricamente entendido, sino con el pueblo al que convenció con su tratado precedente. El príncipe devenía pueblo, se sentía su conciencia y expresión. De allí, que la obra de Maquiavelo era un tratado científico, pero también un manifiesto en tanto llamaba o devenía acción. Aquí se dirimía el filón democrático del pensamiento de Maquiavelo y su cercanía con los fundadores de la filosofía de la praxis, al postular la unidad intelectual–masas. Tanto Maquiavelo como Marx, conocían “el juego”, lo enseñaban “a quienes no sabían” y mostraban las vías para ponerlo en práctica. Buscan, en tanto, adscriptos a la teoría y la práctica de la hegemonía, el consenso de las masas, la formación de una voluntad colectiva nacional–popular, para fundar un nuevo Estado. La noción de hegemonía representaba la unidad de la cultura y del pueblo, de la filosofía y la política; la realización de la filosofía en acción equivalía a la difusión de una nueva concepción del mundo en la sociedad y, por tanto, la transformación del *volgo* y de la *moltitudine* en un determinado *populo*.

Tanto el marco teórico delineado en torno a la nueva izquierda pedagógica y el nacionalismo popular pedagógico, como la polémica en el abordaje del marxismo y la obra de Gramsci entre el estructuralismo y el historicismo, exceden claramente los parámetros estrictamente pedagógicos. Aun así, como se verá en el curso del estudio, las categorías y dimensiones de análisis que se desprenden del debate teórico expuesto son tan indispensables como fructíferas a la hora de enmarcar y comprender los distintos tratamientos de la cuestión pedagógica y los empleos del comunista italiano por intelectuales y revistas de la nueva intelectualidad durante la década del 60 y principios de los años 70.

Capítulo 4. Enfoque metodológico

El presente capítulo está dedicado a enmarcar y explicitar las decisiones y reflexiones de orden metodológico de la pesquisa. En primer lugar se expondrán los objetivos de investigación emanados del marco teórico y precisados con el trabajo empírico; en segundo término se plantearán algunas consideraciones sobre el tipo de diseño; en el tercer apartado se fundamentarán el universo, las unidades de análisis y el muestreo intencional; en cuarto lugar se justificará la validez y confiabilidad de las fuentes e instrumentos de producción de datos; y por último se expondrá el modo de tratamiento y análisis del material empírico.

4.1. Problema de investigación y objetivos

Adscrita al marco de la sociología de la educación y de la historia intelectual, esta investigación se propone contribuir a una reconstrucción plural de la pedagogía crítica y del itinerario pedagógico de Gramsci en nuestro país. Para ello se indagará en la recepción y usos del comunista italiano por parte del nacionalismo popular pedagógico y de la nueva izquierda pedagógica siguiendo la siguiente premisa: las operaciones significantes sobre la obra gramsciana por parte de intelectuales y revistas sólo son inteligibles a través de dar cuenta de sus condiciones socio-históricas.

Responderé a un núcleo de preguntas partiendo de las vacancias cognitivas en el área y de los presupuestos teóricos asumidos. Unos interrogantes que han ido variando durante el transcurso de la investigación, ganando en precisión: ¿Cuál fue la recepción pedagógica de Gramsci por parte de la intelectualidad crítica durante el período 1959-1976? ¿Qué condiciones socio-históricas y características estructuraron tanto la emergencia y la radicalización del nacionalismo popular pedagógico y de la nueva izquierda pedagógica como los usos del revolucionario sardo? ¿De qué manera los/as intelectuales y revistas que apelaron pedagógicamente al acervo del comunista italiano dirimieron la polémica entre estructuralismo althusseriano e historicismo que atravesaba al marxismo y a la obra de Gramsci por aquel entonces?

La investigación se articuló en un diseño exploratorio y con una estrategia metodológica cualitativa, razón por la cual las hipótesis para contestar a estas

preguntas no respondieron a una lógica de corroboración. Más bien se construyeron conforme avanzaba el análisis, llegando a quedar formalizadas hacia el final del proceso de investigación. Existieron hipótesis iniciales en términos de anticipaciones de sentido, intuiciones y conjeturas, las cuales guiaron y estimularon la búsqueda, pero éstas fueron reiteradamente resignificadas y reelaboradas.

A partir de las preguntas guía y del enfoque epistemológico de la investigación, se plantearon una serie de objetivos que adquirieron un valor estratégico y ejercieron de *interfaz* entre la etapa específicamente teórica y la empírica, condensando de alguna manera, ambas (Ynoub, 2015:218).

4.1.1. Objetivos generales

A. Comprender la recepción y los usos de los escritos de Gramsci, entendidos como operaciones significantes, por parte de intelectuales y revistas de la nueva izquierda pedagógica y del nacionalismo popular pedagógico, entre los años 1959-1976.

B. Interpretar históricamente y enmarcar en el escenario político-intelectual de la época la recepción y los usos de los escritos de Gramsci por parte de intelectuales y revistas de la nueva izquierda pedagógica y del nacionalismo popular pedagógico en el período 1959-1976.

C. Dilucidar el tratamiento marxista-estructuralista o historicista-marxista en la recepción y los usos de la obra de Gramsci por parte de intelectuales y revistas de la nueva izquierda pedagógica y del nacionalismo popular pedagógico durante 1959-1976.

4.1.2. Objetivos específicos

A.1. Rastrear las apelaciones del nacionalismo popular pedagógico y de la nueva izquierda pedagógica al acervo teórico gramsciano y a cuestiones remitidas a Gramsci.

A.2. Indagar el sentido y las temáticas pedagógicas que se valieron del legado gramsciano.

A.3. Comparar los usos pedagógicos del comunista italiano por parte del nacionalismo popular pedagógico y de la nueva izquierda pedagógica.

B.1. Inscribir los usos pedagógicos de Gramsci en debates y desarrollos de corrientes político-teóricas del período.

B.2. Dar cuenta de las condiciones sociales e históricas principales que sedimentaron la radicalización de la intelectualidad local, en particular de franjas de la nueva izquierda pedagógica y del nacionalismo popular pedagógico.

B.3. Presentar los itinerarios de los y las intelectuales y revistas consideradas para esta investigación en las décadas del 60 y 70.

B.4. Fundamentar la adscripción de intelectuales y revistas al nacionalismo popular pedagógico o a la nueva izquierda pedagógica.

C.1. Establecer la impronta marxista-estructuralista o historicista-marxista en los propósitos, las perspectivas y el empleo de categorías teóricas por parte de intelectuales y revistas de la nueva izquierda pedagógica y del nacionalismo popular pedagógico.

C.2. Identificar las articulaciones u oposiciones del estructuralismo althusseriano y del historicismo marxista en los usos pedagógicos de Gramsci.

4.2. Abordaje metodológico y tipo de diseño

La investigación fue abordada empleando un enfoque cualitativo, con el objetivo de reconstruir el sentido asignado por un conjunto de actores a determinadas prácticas y creaciones enmarcadas en un mismo período histórico. El abordaje del plano contextual se reveló decisivo para intentar comprender los significados que las personas implicadas le adjudicaron a los fenómenos indagados (Schwartz, J. y Jacobs, J., 1984:18; Gómez, R., Flores, J., Jiménez, E., 1996:23). De ahí que fue necesario tomar un conjunto de decisiones y desplegar estrategias y técnicas metodológicas de corte cualitativo para responder a este ejercicio hermenéutico. El carácter exploratorio del diseño se materializó en la obtención de una familiarización con los fenómenos que comprendieron el objeto de estudio, en la elaboración de estrategias de recolección y análisis de datos como en la formulación de categorías teóricas atendiendo a su desenvolvimiento a nivel empírico. El sucesivo acercamiento al campo contribuyó a la focalización del objeto. Como describí en la introducción al

estudio, el interés primigenio de indagar el itinerario pedagógico de Gramsci en la carrera de Ciencias de la Educación, FFyL – UBA se desplazó, en cierta medida, para concentrarse el estudio de otros fenómenos. Los procedimientos metodológicos para obtener datos empíricos fueron reiteradamente precisados. Así, por ejemplo, el instrumento correspondiente a la entrevista logró estructurarse avanzado el trabajo de campo. Por su parte, del encuadre estrictamente teórico se derivaron una serie de categorías que fueron puestas en permanente diálogo con el trabajo empírico, bajo una lógica de ajuste permanente. Esto impactó en las estrategias de análisis del material recolectado.

El proceso de investigación se llevó a cabo en tres fases: a) sistematización de antecedentes y elaboración del marco teórico. Esta tarea permitió una primera formulación de los objetivos de investigación; b) construcción de procedimientos metodológicos para producir la evidencia empírica (delimitación de la muestra, elección de fuentes de datos y diseño de instrumentos de producción de datos); c) desarrollo de estrategias de análisis (Sautu, 2005:40). Cabe aclarar que esta distinción entre las tres fases únicamente responde a un principio de clasificación de las tareas, dado que el conjunto del proceso de investigación tuvo un carácter interactivo, esto es, se desarrolló en base a un diseño holístico y reflexivo en el que las distintas instancias se relacionaron e influyeron mutuamente sin seguir una lógica estrictamente secuencial. De ahí que el marco teórico, los objetivos y las técnicas de análisis se fueron ajustando y reconfigurando con los avances de la investigación. Esto es inherente a las características propias de una investigación cualitativa, en la cual el argumento teórico y la evidencia empírica se construyen interactivamente (Sautu, R. y Wainerman, C. 2011:186).

La primera fase de la pesquisa se centró en rastrear los principales antecedentes para así determinar las vacancias que justificasen el estudio. El diálogo con estos antecedentes y, particularmente, la indagación teórica permitió comenzar a estructurar la perspectiva historiográfica y, más concretamente, la elaboración de categorías para realizar el trabajo de campo y el posterior análisis de los datos. Tal y como ya se ha precisado, el marco teórico profundizó en dos planos: a) las tensiones que marcaron a la nueva intelectualidad y, en particular, las características del nacionalismo popular pedagógico y de la nueva izquierda pedagógica; b) los principales desarrollos del estructuralismo althusseriano y del historicismo marxista. En primer término, se presentaron tensiones o nudos de la denominada nueva intelectualidad surgida hacia fines de los años 50, al tiempo que se limitaron y definieron los rasgos de dos

corrientes político-teóricas en su seno: el nacionalismo popular y la nueva izquierda. En segundo término el marxismo y, puntualmente el legado gramsciano, estuvieron marcados en la década del 60 por la polémica entre el estructuralismo althusseriano y el historicismo marxista. Por esta razón, se han expuesto las principales coordenadas de cada una de estas vertientes. Así se construyeron categorías teóricas para analizar y elucidar el tratamiento del marxismo por parte de los/as intelectuales y revistas consideradas, específicamente las oposiciones o articulaciones entre el estructuralismo althusseriano y el historicismo en la recepción y usos pedagógicos del revolucionario sardo. En definitiva, ambos planos del marco teórico permitieron indagar en las modalidades y condiciones históricas en las que se inscribieron los usos pedagógicos de Gramsci. Los dos planos fueron trabajados y empleados en base a las exigencias de la perspectiva epistemológica sobre la recepción que se explicitó en el marco teórico: situar los usos de Gramsci en las condiciones político-intelectuales sin que esto implique dejar de atender a la originalidad de las operaciones significantes sobre la obra del revolucionario sardo.

En la segunda fase del proceso de investigación se desarrollaron las estrategias metodológicas destinadas a la producción del material empírico. Ya establecidas las unidades de análisis, el criterio de muestreo se orientó hacia la elección de fuentes, concretamente dos tipos de fuentes: primaria (con la evidencia construida a través de entrevistas semiestructuradas) y secundaria (mediante la elaboración de una guía para la organización de los documentos indagados). Ambos instrumentos adquirieron mayores determinaciones en el curso de su puesta en práctica¹.

La tercera fase del proceso consistió en el despliegue de estrategias para el análisis de la información recopilada. Para ello ha sido de gran utilidad la elaboración de una matriz de datos que estructuró la labor analítica². Esta estructuración ha sido continua y basada en un vínculo dinámico entre categorías teóricas y evidencia empírica tratando de evitar, tanto un sesgo inductivista (la mera producción de teoría a partir de la empiria), como una aplicación lineal en la que la teoría terminase por ser insensible a los datos.

Como ya se ha sugerido, la distinción entre estas tres fases del proceso de investigación responde más a una necesidad de corte metodológico, ya que a la

¹ Por ejemplo, en el caso de los documentos, primero abordé algunos a modo de ensayo y pilotaje del instrumento, para luego precisarlo y continuar con su aplicación al conjunto de los documentos seleccionados.

² Ver Anexo 2: matriz de datos.

práctica fueron sucesivamente articuladas en una relación de interdependencia. Así, y sólo a título ilustrativo, fueron la conformación de categorías teóricas (primera fase) y la delimitación de fuentes documentales (segunda fase) las que estructuraron el análisis documental (tercera fase). Pero estas instancias no sólo se resignificaron mutuamente, sino que además su despliegue determinó la elección del siguiente instrumento de recolección de datos: la entrevista semiestructurada. Una vez finalizada la indagación de los documentos seleccionados y alcanzados algunos resultados preliminares (tercera fase), fue necesario reformular las categorías teóricas (primera fase) y elaborar el instrumento correspondiente a las entrevistas semiestructuradas (segunda fase) para obtener nuevas evidencias empíricas, y así enriquecer o complejizar los resultados alcanzados hasta el momento (tercera fase).

4.3. Universo, unidades de análisis y muestreo intencional

El universo de análisis remitió a la franja intelectual radicalizada entre 1959-1976, más concretamente a la nueva izquierda pedagógica y al nacionalismo popular pedagógico. He delimitado dos unidades de análisis:

a) Revistas de la nueva izquierda pedagógica y el nacionalismo popular pedagógico:

- *Los Libros* (1969-1976);
- *Revista de Ciencias de la Educación* (1970-1975).

b) Intelectuales de la nueva izquierda pedagógica y el nacionalismo popular pedagógico, prestando especial atención a las trayectorias y producciones de los siguientes autores/as durante los últimos años 50, la década del 60 y primeros años 70:

- Juan José Hernández Arregui;
- Horacio González;
- Juan Carlos Portantiero;
- Juan Carlos Tedesco;
- Sara Morgenstern.

El muestreo fue finalístico o intencional (Ynoub, 2015:369). Se eligieron intelectuales y revistas que pudieran aportar información de interés. Concretamente la muestra se basó en el siguiente criterio ligado a los objetivos de investigación: considerar a aquellos/as intelectuales y revistas que apelaron a Gramsci e hicieron reflexiones vinculadas a la pedagogía entre 1959-1976. De esta forma, fue posible excluir a autores/as y revistas que, si bien se remitían a Gramsci, no reflexionaron en profundidad o de forma sistemática en torno a la cuestión educativa (como por ejemplo, José Aricó o John William Cooke³).

En torno a las revistas consideradas, *Los Libros (LL)* y *Revista de Ciencias de la Educación (RCE)* fueron las expresiones manifiestas de la nueva izquierda. La primera surgió en cercanías al *Cordobazo* (mayo de 1969) y culminó forzosamente con el advenimiento del último golpe cívico-militar. En sus páginas, escritas por grandes intelectuales de la nueva izquierda intelectual del período, se sostuvieron intensos debates sobre la renovación de la teoría crítica. Usina de la actualización

³ J. W. Cooke fue un revolucionario nacionalista popular que utilizó distintas categorías teóricas o perspectivas en las que se vislumbran reminiscencias gramscianas: bloque histórico, hegemonía, relaciones de fuerzas, la conjunción del consenso y la violencia en el mantenimiento o ampliación del dominio burgués, etc. Es innegable que existen algunas reflexiones pedagógicas del autor dentro del período de estudio: en *La lucha por la liberación nacional* (1959) aludió en cierto momento al proceso creciente de unificación de estudiantes y pueblo; en *Universidad y país* (1964), una conferencia que brindó en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba, se refirió en cierto pasaje a la cuestión universitaria, pero debido al frustrado retorno del General Perón 48 horas antes de la conferencia, centró el eje de la misma en el escenario político y las causas del fallido retorno (Galasso, 1997/2005); en *Informe a las bases* (1966) apeló a algunas de las consecuencias que la dictadura militar de Onganía tuvo para la universidad.

Además de puntuales, las reflexiones educativas de J. W. Cooke hicieron más énfasis en el marco y la escena política que envolvía y atravesaba a la universidad, y no tanto en la especificidad pedagógica. De ahí que no creo pertinente o posible referirse, como sí lo hago con otros autores de raigambre nacionalista popular que también conocieron y utilizaron la obra de Gramsci, a una suerte de *derivadas pedagógicas* de J.W. Cooke.

Respecto a "Pancho" J. Aricó, una figura mimetizada con Gramsci en la historia intelectual del país, resulta difícil atribuirle alguna impronta pedagógica a sus escritos por aquellos años. A lo sumo su artículo "El educador de masas" aparecido en el periódico *La Opinión Cultural* (1° de septiembre de 1974, pp. 6-7), consagrado al pensamiento de Gramsci, sea la principal pieza en este sentido. Aún así, su escrito sigue sin tener un interés específico de acuerdo a los fines de este estudio. Se sabe que el título fue provisto por quien le solicitó el artículo, Alberto Szpunberg (presumiblemente por el lazo entre partido y masas sugerido en clave gramsciana por el autor), y en el ensayo se puede ver el recorrido por áreas temáticas desligadas de asuntos estrictamente pedagógicos: ubicación de Gramsci dentro del marxismo del siglo XX, sus relaciones con el Movimiento Comunista Internacional y con la Unión Soviética, incorporación de su pensamiento en la Argentina, y las consecuencias de este hecho. Se puede encontrar una reproducción de este escrito en J. Aricó (1988/2005:223-229). Con todo, a diferencia de J. C. Portantiero, otra figura emblemática en la recepción productiva de Gramsci en el país y compañero de ruta de J. Aricó, considero impropio seguir las huellas que el autor haya podido dejar en clave pedagógica durante este período.

intelectual, *LL* abarcó en su conflictivo periplo diversos aspectos de la vida social. Entre ellos, el pedagógico ocupó un lugar destacado. Más allá de los avatares políticos a los que tuvo que hacer frente la revista, el proyecto de crítica cultural que caracterizó a *LL*, y desde el cual abarcó el fenómeno educativo, resultó persistente. Gramsci fue integrado en la publicación como parte de esa reflexión pedagógica.

La afinidad de la *RCE* con *LL* es incuestionable, y no solamente por el hecho de publicarse durante la misma franja temporal (*RCE* surgió en abril de 1970 y dejó de publicarse hacia fines de 1975 a causa de las crecientes amenazas), hacerse propaganda mutuamente desde sus páginas, por ser un proyecto emprendido desde fuera de y en tensión con la universidad sino también por la similitud de su proyecto crítico. Quizás la principal diferencia estriba en que la *RCE* surgió y se desarrolló en el seno del espacio pedagógico. Impulsada en sus inicios por egresados y egresadas de la carrera de Ciencias de la Educación en la UBA, más tarde su Consejo de Redacción se fue nutriendo de científicos de la educación formados en otras universidades. Reflexionó de forma sistemática y constante sobre el fenómeno educativo, aunque eso sí, sin una presencia tan nítida de Gramsci como en *LL*. De hecho, el revolucionario sardo sólo adquirió centralidad hacia el cierre de la revista con la aparición de un artículo de Sara Morgenstern (1975) en el cual se proponía renovar la teoría crítica educativa.

Sobre la unidad de análisis vinculada a los/as intelectuales, J.C. Tedesco (1944) además de ser el director, en todos sus números, de la *RCE* y permanecer (erráticamente) ligado a organizaciones políticas de la nueva izquierda, introdujo desde la teoría educativa un empleo pedagógico de Gramsci. En su único libro durante el período de estudio (publicado en 1970), *Educación y sociedad en la Argentina (1880- 1900)*, se valió del comunista italiano para fundamentar su tesis central sobre los orígenes del sistema educativo en Argentina.

Como ya se ha dicho, S. Morgenstern (1941) escribió una pieza clave para la presente investigación durante la última etapa de la *RCE*. Un artículo que supuso su única contribución a la revista, pues no era miembro activa de la misma y su producción en este período no fue especialmente prolífica. Egresada y docente del Departamento de Ciencias de la Educación de la UBA, se vio obligada a dejar el país tras la “Revolución argentina” (1966) y regresó a principios de 1972, instalándose en Salta, para promover y organizar la carrera de Ciencias de la Educación en dicha provincia. Siempre atenta a las elaboraciones teóricas provenientes de la nueva izquierda, recibió una gran influencia del artículo escrito por Raymond Williams (1973),

aparecido en el n° 82 (noviembre/diciembre de 1973) de la revista *New Left Review*. Este artículo estaba destinado a complejizar, desde el marxismo y empleando el concepto de hegemonía gramsciano, la siempre polémica unidad entre base y superestructura. Sin duda, las mediaciones y articulaciones de la noción de hegemonía con el fenómeno educativo se deben exclusivamente a S. Morgenstern y a su enfoque pedagógico disruptivo y original. Por su lado, Juan Carlos Portantiero (1934-2007) es conocido por ser un animador de la nueva izquierda de la época, pero también cabe destacar el papel que jugó fomentando una lectura enriquecedora de Gramsci. Ya expulsado del PCA a principios de la década del 60, se valió del revolucionario sardo, junto con otras vertientes teóricas características de la nueva izquierda de entonces, para construir su reflexión teórica. Su trayectoria política, marcada por distintos y complejos vínculos con organizaciones de la nueva izquierda y del nacionalismo popular, animó una vasta empresa teórica. Entre los temas indagados se encontró uno de carácter pedagógico: la Reforma Universitaria de 1918, en la que Gramsci ofició como matriz teórica para su análisis.

Otros autores de gran interés son Juan José Hernández Arregui (1913-1974) y Horacio González (1944), los cuales se inscribieron en el arco del nacionalismo popular. El primero fue una de sus principales figuras intelectuales. Entre su extensa producción durante el período, el tópico educativo, aunque no decisivo o estructurante de su labor, tuvo importancia. En su pretensión de conjugar el peronismo y el marxismo, apeló al revolucionario sardo para ilustrar el clivaje entre intelectuales y pueblo, entre docentes y masas. Por su parte, H. González, egresado y docente de la carrera de Sociología - UBA fue protagonista destacado de la experiencia de las Cátedras Nacionales y de una de sus revistas: *Envido* (1970-1973). Desplegó una perspectiva gramsciana de raigambre nacional-popular y además disputó el legado de Gramsci en el plano local, especialmente con los denominados “gramscianos argentinos”: el colectivo *Pasado y presente*. Durante el período de estudio produjo varios artículos, fundamentalmente publicados en la revista *Envido*, aunque también emprendió una sugestiva tentativa a principios de 1972: la reedición en clave peronista del cuaderno temático gramsciano *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, al cual rebautizó como *Príncipe moderno y voluntad nacional-popular*, siendo también el autor del prólogo titulado “Para nosotros, Antonio Gramsci”. Al igual que J. J. Hernández Arregui, aunque en este caso de forma más palpable, el objeto pedagógico no fue el eje central de su trabajo. No obstante, es posible extraer algunas *derivas pedagógicas*.

Bajo el criterio de muestreo sugerido al inicio se han incluido distintas aproximaciones a la cuestión pedagógica: intelectuales que abordaron la pedagogía en forma de *derivadas pedagógicas* (J. J. Hernández Arregui y H. González), lo cual significa que la reflexión sobre la temática educativa no surgió estrictamente del terreno pedagógico, sino que más bien fue una suerte de corolario de elaboraciones filosóficas, políticas o sociológicas; intelectuales en los que algunas temáticas de corte educativo se volvieron *objeto específico* de indagación dentro de un proyecto político-intelectual más vasto (por ejemplo, la Reforma Universitaria de 1918 abordada por J. C. Portantiero); publicaciones periódicas en las que la pedagogía ocupaba un lugar importante (la revista *Los Libros*); intelectuales que desde el seno del *espacio pedagógico* abordaron el tema educativo (las reflexiones de J. C. Tedesco y articulistas de la *Revista de Ciencias de la Educación*, egresados/as, en su mayoría, de la carrera de Ciencias de la Educación, entre ellos Sara Morgenstern). Esta muestra pretende ser representativa del universo de análisis al que nos enfrentamos, aunque no se puede negar presencias pedagógicas gramscianas en otras publicaciones o intelectuales de la época. En el estudio hago referencia a revistas e intelectuales que encabezaron o animaron el debate político-pedagógico en el seno de la intelectualidad crítica de la época, y que también emplearon categorías del revolucionario sardo, pero resultaría un exceso y una falsedad decretar que éstos fueron los únicos casos.

En otro orden de cosas, y antes de continuar, es necesario explicitar la definición de la categoría “intelectual” asumida, dado que ésta también atravesó el criterio de muestreo. Es sabido que la noción de intelectual resulta imprecisa (Altamirano, 2013:17). Considero productivo el enfoque, ya aludido en el estado del arte, hecho por Sigal (1991) y proseguido, por ejemplo, por Suasnábar (2004), el cual se asienta en la definición eminentemente descriptiva del intelectual expuesta por Bourricaud (1980). Este autor aborda a los intelectuales en tanto agentes de producción y circulación de nociones comunes que conciernen al orden social y se apoyan en la posesión de un saber para legitimar pretensiones de intervención en la esfera social (ideológica o política). Esta definición podría articularse con la concepción gramsciana que ubica a los intelectuales en forma inclusiva y ampliada como “especialistas de las superestructuras ideológicas y políticas”, como constructores de la argamasa necesaria para conformar o sostener un bloque histórico. La conjunción de la definición descriptiva del intelectual de Bourricaud con la concepción gramsciana permite inscribir la elaboración y circulación de nociones relativas a la pedagogía

dentro de un proyecto compartido que marcó a los/as intelectuales y las revistas consideradas: conformar un nuevo bloque histórico. Si bien se atenderá a las características de las trayectorias de intelectuales y revistas, lo interesante para el estudio es analizar las nociones o conceptos que brotaron y circularon en el ámbito pedagógico en su voluntad de transformación. No interesa aquí develar el rol específico de los intelectuales considerados y sus mediaciones con el ámbito público, traducibles en modelos de intervención y figuras de intelectuales de la educación (Suasnábar, 2004), sino en la producción, circulación y usos pedagógicos de los conceptos gramscianos.

4.4. Fuentes e instrumentos de construcción de datos

Dos instrumentos se utilizaron para construir la evidencia empírica: una guía para la indagación documental (cuya fuente fue secundaria) y entrevistas semiestructuradas (donde la fuente resultó primaria). Es sabido que la fuente, incluso la secundaria, se construye como tal en interacción con el investigador/a. La fuente documental se indagó a partir de la elaboración de una guía que permitió clasificarla y organizarla para su posterior análisis. Esta guía de lectura para tratar el registro documental fue conformándose de forma progresiva y se articuló con la matriz de datos. Dicho de otra forma, se diseñó una guía que, en tanto dispositivo material para abordar los documentos, contempló un conjunto de dimensiones necesarias para responder a los objetivos de la investigación y, más específicamente, a la matriz de datos. Las fuentes documentales consideradas fueron tres: libros, revistas y entrevistas ofrecidas por la intelectualidad considerada. Éstas, con a las mediaciones necesarias, se trabajaron a partir de la guía de lectura elaborada.

En lo referido a las revistas, además de atender a *RCE* y *LL*, se incluyen otras publicaciones que arrojaron luz sobre los debates de la época y las producciones de los/as intelectuales considerados:

- *Cuadernos de Cultura* (1ª época, 1950-1967);
- *Contorno* (1953-1959);
- *Izquierda Nacional* (1ª época, 1962-1964, n° 1-6; 2ª época, 1966-1967, n° 1-4; 3ª época, 1971-1976, n° 11-44);

- *Pasado y Presente* (primera época, 1963-1965 y segunda época, 1973);
- *Fichas de investigación económica y social* (1964-1966);
- *La Rosa Blindada* (1964-1966);
- *Antropología del 3° mundo* (1968-1973);
- *Envido* (1970-1973);
- *Peronismo y socialismo* (1973);
- *Peronismo y liberación* (1974)⁴.

En el caso de las revistas *LL* y *RCE* también atendí a las entrevistas ofrecidas por algunos de sus protagonistas, recurriendo a los testimonios expuestos por Somoza, P. y Vinelli, E. (2011) en la primera, y a los reproducidos por Arata, N., et al. (2009) y Amar (2013) en la segunda. Por su parte, para aprehender la producción de los/as intelectuales seleccionados contemplé sus libros, o bien sus introducciones o prólogos a libros (serán señalados en los capítulos correspondientes).

El estudio de las revistas relacionadas con las corrientes político-teóricas de interés resultó sumamente relevante. De hecho, la polémica canalizada por este medio ha sido una de las características principales de la década del 60 y 70 en América Latina, algo que se aplica también a nuestro país. La indagación se dirigió a aprehender su contenido programático y las condiciones histórico-sociales en las que se originó (Artaraz, 2011:33). La revista, en tanto tiende a organizar su público y pretende incidir en él a través de la confrontación y debate de ideas, ha sido, por tanto, espacio privilegiado para el análisis de las elaboraciones intelectuales. En esta línea, la investigación no se redujo únicamente a ubicar determinadas expresiones político-culturales (como las revistas) en corrientes político-pedagógicas, sino que también trató de penetrar en sus debates específicos y periodizaciones. Tal y como ocurre con

⁴ En los capítulos siguientes se conjugan dos estilos de citado bibliográfico. En el caso de (introducciones o prólogos a) libros y entrevistas ofrecidas por los/as intelectuales considerados, se indica el año de producción y la página (si corresponde). Si la fuente alude a revistas, el artículo se citará en una nota al pie. El propósito es sencillo: ofrecer al lector/a una escena más clara y aprehensible del debate intelectual y, en algunos casos, del itinerario de ciertas revistas. Obligar al lector/a a recurrir sistemáticamente a las referencias bibliográficas indicadas al final del trabajo cada vez que se menciona un artículo de revista, quebraría una y otra vez el ejercicio de lectura restándole fluidez. En la otra cara de la moneda, referir a través de notas al pie los trabajos en formatos de (introducciones o prólogos a) libros de los/as autores/as tendría como corolario innumerables referencias y, por tanto, también comportaría una pérdida de fluidez en la lectura. Por estas razones me decidí a estructurar un modo de citado bibliográfico "heterodoxo" que, espero, no sólo sea comprendido por el o la lector/a, sino que sea tenido en cuenta en su juicio formal sobre la obra.

otros documentos, las revistas expresan acontecimientos que se limitan a una época y un lugar, tornándose significativas al situarlas en secuencias y periodizaciones históricas. Pero también son un tipo específico de documento histórico: un texto colectivo y una forma discursiva particular sólo inteligible considerándolo como un proyecto inscripto en un campo cultural determinado, en el cual juega tanto un rol organizador y catalizador de formas de agregación, como de legitimación de nuevas prácticas políticas y culturales en condiciones sociales y culturales precisas (Petra, 2007:3).

En el marco de las dificultades de institucionalización que atravesaron el nacionalismo popular pedagógico y la nueva izquierda pedagógica, sus revistas fueron manifestaciones de sumo interés para el estudio. Permitieron elucidar determinados usos pedagógicos del comunista italiano, así como identificar y caracterizar a los grupos que cobijaron a los/as intelectuales considerados. Al expresar zonas conflictivas de intersección entre la actividad cultural y la intervención política (Suasnábar, 2004, 2013), constituyeron un fértil terreno de análisis. Por tanto, el abordaje conjunto de revistas culturales y libros arrojó luz sobre las estrategias político-intelectuales, especialmente en el caso de las primeras, y sobre elaboraciones conceptuales más agudas, en el caso de los segundos (Altamirano y Sarlo, 1983:99). Desde ya, hay algunos matices en esta distinción, dado que las introducciones, los prólogos originales y los prólogos a reediciones de libros también suelen operar como signos de una estrategia político-intelectual particular pero la fuerza de la revista, en contraste con el libro, reside en la capacidad de cristalizar determinada estrategia susceptible de adecuarse en su derrotero y sucesivas ediciones. En ella se hace palpable el debate intelectual, y posibilita acceder al escenario político-intelectual del periodo, mientras que el libro suele mantener una mayor distancia respecto de dicho debate, colocando el foco en la elaboración de algún tipo de sistema conceptual. La consideración conjunta de revistas y libros habilitó a clarificar no sólo sus contrastes y esbozar hipótesis sobre determinados recorridos intelectuales, sino también las articulaciones entre cierto corpus teórico y querellas propias de la escena político-intelectual del período.

La revista traza un círculo para señalar el lugar que ocupa o aspira a ocupar, al tiempo que toma distancia, de manera más o menos polémica, respecto de otras posiciones. Incluye ciertos escritos (como declaraciones, manifiestos, ciertas publicidades, etc.) que pretenden crear vínculos y solidaridades estables, instaurando un “nosotros” y un “ellos”. Trasunta, en muchos casos, una estrategia de grupo que se

dirime en una sintaxis, o bien en la disposición asignada por cada revista a sus textos y temas. De ahí que su línea editorial se advierte en la disposición y contenidos de los textos, y no sólo en las declaraciones editoriales. Por otro lado, el análisis de esa sintaxis habilita a recuperar temáticas de época en el campo intelectual, así como el modo en que fueron leídos los textos, los límites ideológicos y estéticos de la coyuntura, la *política* (esto es, el campo de lo deseable y lo posible de cada proyecto) y la *geografía* de cada revista (es decir, el espacio de circulación y el espacio imaginario en el que se ubica idealmente el proyecto) (Sarlo, 1992:4). Los modos en cómo las revistas han difundido o empleado a determinados autores/as o cuerpos de ideas producidos en otras latitudes es particularmente relevante en nuestro país, donde han operado reiteradamente como instancias mediadoras de un pensamiento (Petra, 2010b:213-4).

Sin duda, las revistas culturales son un laboratorio de ideas que debe ser analizado como una práctica de producción y circulación cultural marcada por la temporalidad presente, pues a diferencia de los libros, tienden a conformar un grupo, un espacio de sociabilidad, cuya finalidad principal es la voluntad de intervenir públicamente en la coyuntura y moldear su tiempo histórico. Las revistas se sitúan necesariamente en su tiempo presente. Anuncian una periodicidad, no siempre respetada, y asumen la calidad de una obra abierta, de escritura en movimiento, de sensibilidad a los cambios político-culturales del medio, ofreciendo al intelectual la oportunidad de intervenir en su tiempo (Petra, 2007:4).

Como emprendimiento colectivo, como voluntad de articular un discurso de grupo, la revista permanece atada a fenómenos recurrentes: rupturas, deserciones y nuevos reclutamientos que, obviamente, modifican, actualizan, precisan y resignifican la estrategia. Así, las revistas culturales del período se pueden enmarcar en el concepto de *formaciones culturales* (Williams, 1977) al que ya hice referencia. La unidad intelectual y estética de una revista cultural, sus contornos e identificaciones, no debe traducirse en la unidad de una doctrina artística o ideológica (Altamirano y Sarlo, 1983:102). Alrededor y al interior de la revista se tejen redes, amistades y odios que constituyen marcas distintivas útiles para comprender los modos de recepción y circulación de las ideas. Asimismo, en tanto que *formaciones*, las revistas implican, por un lado, una serie de reglas, en la mayoría de los casos, tácitas y laxas entre sus miembros, y por otro, una gran variabilidad histórica en sus vínculos con las instituciones (universidades, organizaciones populares, etc.). En ciertas ocasiones, y esto se aplica a algunos casos del estudio, la creación de una revista por parte de un

grupo de intelectuales puede servir como medio de expresión y reclutamiento de jóvenes disconformes, excluidos o renegados de las instituciones culturales o políticas. En estas oportunidades la publicación se erige como una instancia de legitimación a la vez horizontal y vertical: entre pares y “contra” los mayores (Petra, 2007:6).

Las revistas también expresan y condensan el proceso histórico de formación de un grupo intelectual que comparte una serie de principios y visiones del mundo. José Aricó, en la apertura de la revista *Pasado y Presente*, en el año 1963, y con aires gramscianos, lo manifestaba con claridad:

No es por ello desacertado buscar en las revistas el desarrollo del espíritu público de un país, la formación, separación o unificación de sus capas intelectuales. Puesto que al margen de lo anecdótico, toda revista es siempre expresión de un grupo de hombres que tiende a manifestar una voluntad compartida, un proceso de maduración semejante, una posición común frente a la realidad. Expresa, en otras palabras, el vehemente deseo de elaborar en forma crítica lo que se es, lo que se ha llegado a ser, a través del largo y difícil proceso histórico que caracteriza la formación de todo intelectual (Aricó, 1963:1).

A partir de las revistas, es posible asir el marco histórico y el conflictivo proceso de conformación de intelectuales en un país, al tiempo que éstas cobijan una serie de coordenadas estructurantes de la labor de cualquier intelectual que aspira a participar. Así, este formato de publicación permite rastrear las marcas colectivas de las gestas intelectuales individuales.

Como ya se ha anticipado, también contemplé entrevistas ofrecidas sobre el período, o bien testimonios repuestos por la bibliografía especializada, con tal de vislumbrar la trayectoria y producción de los/as intelectuales considerados. Este tipo de fuente secundaria ha sido especialmente relevante para el caso de los intelectuales fallecidos⁵.

⁵ En el caso de J. J. Hernández Arregui, atendí a sus testimonios recuperados por los trabajos de Galasso (2012) y Piñeiro Lñiguez (2013); en cuanto a H. González, a las entrevistas que le realizaron Trímboli (1998) y a sus testimonios analizados por Burgos (2004) y Recalde, A. y Recalde, I. (2007); sobre J. C. Portantiero, a las entrevistas que le concedió a Tortti, C. y

La estructuración de una guía para la indagación documental se completó y articuló con otro instrumento: la entrevista. Pretendí (re)construir los significados de los/as intelectuales considerados sobre los hechos indagados, y para ello adopté los procedimientos y técnicas provenientes de la denominada *historia oral*, que define a la entrevista como un proceso por medio del cual el/la investigador/a busca crear una evidencia histórica a través de la conversación con una persona cuya experiencia de vida se considera memorable (Altamirano, 1999:62). La historia oral brinda interesantes elementos que sirven para comprender la construcción de las memorias en los propios actores sociales. La atención de los testimonios recopilados se centra, no en los hechos del pasado, sino en la manera en cómo las memorias son construidas y reconstruidas como parte de una conciencia contemporánea, no en los acontecimientos en sí mismos, sino en los significados sobre los acontecimientos del pasado, no en lo que “realmente” sucedió, sino en lo que los actores deseaban hacer o creen que hicieron (Schwarztein, 2001:78-9).

El contexto presente mediatiza e influye profundamente en los testimonios. No se accede a lo que sucedió en términos absolutos, sino a una reelaboración de lo que “realmente ocurrió” desde el presente. Los testimonios se desenvuelven en medio de evocaciones, repeticiones, silencios e interrupciones. Las ambivalencias entre el recuerdo y el olvido son aspectos inherentes a la memoria. Estas características ponen de manifiesto, no la desconfianza en la memoria como fuente histórica, sino la complejidad y riqueza del testimonio histórico que reclama su análisis e interpretación. Las declaraciones “equivocadas” son psicológicamente “verídicas” y esta verdad puede resultar tan importante como los relatos factualmente confiables (Portelli, 1991:45). Asimismo, las emociones, la enfatización en algún elemento concreto o las autocorrecciones que se desprenden de los/as entrevistados/as son aspectos inherentes al relato que precisan ser registrados y analizados. Unas consideraciones que deben atenderse especialmente en la (re)construcción de testimonios de la década del 60 y 70, signados por la experiencia traumática que, fundamentalmente, implicó la última dictadura cívico-militar para los/as entrevistados/as. El impacto de estos episodios históricos persiste y envuelve a la escena contemporánea (Tortti, 2012b:107). Si toda fuente oral está mediatizada por las condiciones del presente, esto es particularmente importante para los testimonios sobre un tiempo histórico en

Chama, M. (2006: 232-254), Mocca (2012) y al análisis de Burgos (2004); para J. C. Tedesco, a las entrevistas efectuadas por Arata, N., et al. (2009) y Amar (2013).

el que los distintos proyectos político-pedagógicos críticos fueron sepultados por el terrorismo de Estado.

La oralidad, como todas las fuentes, no es objetiva y guarda ciertas características inherentes: variabilidad, parcialidad y artificialidad (Portelli, 1991:44). El testimonio oral está signado por la variabilidad. Hasta tal punto que un mismo entrevistador o entrevistadora puede llegar a obtener diferentes versiones del mismo narrador o narradora en distintas ocasiones. Además de variables, las fuentes orales son incompletas: es imposible agotar el conjunto de la memoria de un informante. Esta parcialidad remite a un dilema irresoluble: se sabe que “el otro entrevistado” cuenta únicamente una parte de su historia, que elige los hechos de forma calculada para presentar su desempeño como idóneo, y que dejará de lado aquello que lo deje en mal lugar. La parcialidad requiere dirimir los testimonios como parte de la reconstrucción de esa trama histórico-social a través de la experiencia del interlocutor, rescatando los sucesos del pasado que han sido procesados por la experiencia posterior y por las expectativas e interpretación de la situación presente (Sautu, 2004:45). Por su parte, la impronta artificial apunta a que los documentos de historia oral son siempre el resultado de una relación entre el entrevistador y el entrevistado. A diferencia de la fuente escrita, que existe con independencia de las hipótesis y necesidades del investigador/a, el contenido de las fuentes orales depende en parte de las preguntas y el diálogo promovido por el entrevistador/a, que a través de la interacción busca recuerdos, incita a reflexiones y evaluaciones significativas, y lanza desafíos mediante la reformulación y reiteración de las mismas preguntas (Moss, 1991:28-29). El resultado final de la entrevista es un producto construido tanto por el narrador como por el investigador. De ahí que la entrevista de historia oral haya sido definida como una *narrativa conversacional* (De Garay, 1999:6) en la que existe un margen de respuesta que supera las simples preguntas de “confirmación” y “aclaración” y requiere desenvolverse en un ámbito amigable y de respeto.

En esta narrativa conversacional he atendido a algunos lineamientos: comentar al entrevistado/a en qué consistía la investigación y hacerle saber la relevancia que su testimonio tenía para la misma; explicarle el propósito de la entrevista y que ésta podía efectuarse en una o varias sesiones; la selección del lugar, la fecha y horario fueron escogidos por el/la entrevistado/a, buscando conformar así un tiempo y espacio propicio para el ejercicio de la memoria; la presentación de materiales (revistas de época, sus producciones en el período, fotografías, etc.) que estimularan el recuerdo del entrevistado/a; la elaboración de un cuestionario no muy extenso y

compuesto por preguntas que demandasen respuestas amplias; un discernimiento previo, por mi parte, de las preguntas consideradas relevantes o de mayor importancia; recaudo para que las preguntas no fuesen interpretadas como juicios de valor (Sautu, 2004:44). En tanto entrevista semiestructurada, conformé una guía con preguntas abiertas o asuntos a indagar, dejando espacio y recuperando las derivaciones surgidas del intercambio⁶.

En líneas generales, hay que recordar que dentro de la historia oral pueden llevarse a cabo dos tipos de entrevistas: la temática y la historia de vida (Altamirano, 1999:69). La primera consiste en obtener información sobre cuestiones muy concretas de la experiencia humana relegando otros aspectos no directamente relacionados con ésta. La historia de vida o entrevista biográfica, en cambio, coloca el acento en el contexto y recorrido vital de los/as entrevistados/as. En el estudio me incliné por el primer tipo de entrevista dado el interés por abordar los usos pedagógicos de Gramsci en un determinado tiempo histórico. De todas maneras, atendí a ciertas características de las trayectorias vitales de los/as entrevistados/as para ahondar la comprensión.

Por último, vale puntualizar que el testimonio no es la historia. Aunque es importante, no resulta suficiente recuperar la memoria y transmitirla. También es imprescindible reflexionar sobre su carácter para entenderla y analizarla. Es de este modo como se opera el tránsito de la memoria a la historia. No se apunta pues a que los actores hablen “por sí mismos” a través de la historia oral, sino a la creación de un documento que precisa interpretaciones históricas por parte del investigador/a (Schwarztein, 2001:81). Se requiere pues elaborar interpretaciones *de segundo orden* a partir de las interpretaciones de *primer orden* verbalizadas por los actores; se requiere pues de una *doble hermenéutica*.

4.5. Consideraciones sobre el análisis y tratamiento de los datos

Existe una habitual escisión al abordar las estrategias de investigación y análisis de los datos. Por un lado, se hallarían los abordajes desarrollados “desde la teoría a los datos” y, por otro, los abordajes que lo hacen “desde los datos a la teoría”. El primer

⁶ Ver Anexo 1: entrevistas.

tipo suele identificarse con el método hipotético-deductivo de la ciencia, mientras que el segundo tipo lo hace con el denominado paradigma cualitativo. Pese a la frecuente aceptación de esta delimitación dualista, advierto, siguiendo a Ynoub (2015:40-1), que la teoría y los datos permanecen ambos precedidos por modelos precursores de las efectivas modelizaciones científicas. Tanto uno como otro están contemplados en los modelos asumidos. No resulta decisivo pues el problema de la primacía de la teoría o de los de datos, sino explicitar cómo se derivan de estos modelos. La adopción de un modelo supone la asunción de un compromiso ontológico y epistemológico concreto desde el cual se concibe el objeto o fenómeno a investigar. A lo largo del marco teórico se ha explicitado la *modelización de base* para la aprehensión del objeto. Puntualmente, se han sugerido las coordenadas epistemológicas para el estudio del objeto al fundamentar el enfoque sobre la recepción y usos de autores/as a partir del tratamiento de las tradiciones en clave de *invención* (en este caso, el nacionalismo popular pedagógico y la nueva izquierda pedagógica). Siguiendo este modelo, se ha sostenido un análisis en el que los elementos teóricos y empíricos fueron articulados a través tanto de un proceso de *abstracción creciente* como *decreciente*.

En este sentido, tal y como fundamento más adelante, se ha proseguido el procedimiento del Método Comparativo Constante (MCC), aunque no atendiendo a todas sus implicancias. Tal procedimiento tiene, entre otros riesgos, el de caer en el inductivismo, en el sentido de promover la generación de teoría sin contar con un marco teórico preciso, sistemático o explícito (Valles, 1997:356; Piovani, 2007:295). El trabajo de campo implicó un proceso de *abstracción creciente* a través de la clasificación y organización de la información, pero siendo fiel en todo momento al encuadre epistemológico y teórico establecido para la investigación, lo cual requería también un proceso de *abstracción decreciente*. Así, por ejemplo, a raíz de la polémica expuesta entre el estructuralismo althusseriano y el historicismo marxista en torno a la obra de Gramsci durante la década del 60 y principios de los 70, se derivaron un conjunto de categorías o dimensiones de análisis, en cierta medida, organizadoras y anticipadoras del trabajo de campo. La operativización de las mismas, a través de un proceso de abstracción decreciente, resultó de alto valor heurístico. Desde ya, el análisis empírico implicó resignificar y precisar estas categorías, pero en ningún caso supuso la elaboración de teoría desde los propios datos, ya que ésta fue fruto, desde un principio, de la articulación entre la mencionada polémica y la empiria construida.

De todas formas, y atendiendo a esta observación, proseguí el MCC para el análisis y tratamiento de los datos. Se contemplaron las cuatro fases de análisis establecidas por este método: a) comparación de incidentes (fragmentos de entrevistas y de documentos); b) integración de categorías con sus dimensiones y propiedades; c) delimitación de la teoría; d) redacción de la teoría (Gómez, R., Flores, J. y Jiménez, E., 1996:50; Valles, 1997:349).

La primera fase se centró en la comparación de la información obtenida, ofreciendo una denominación común a un conjunto heterogéneo de fragmentos (de documentos o entrevistas) que compartían características similares (ya sean temáticas o temporales). Comencé por agrupar fragmentos bajo un rótulo común. Así, pude establecer categorías cercanas a la evidencia empírica que permitieron ordenar, sistematizar y clasificar en primer término los documentos, y posteriormente los datos contruidos con las entrevistas semiestructuradas. Esto implicó un proceso arduo, de lectura reiterada del material. Esta suerte de codificación fue necesariamente abierta, instando a la indagación y precisión constante. En la segunda fase formalicé una serie de categorías teóricas, junto con su gama de dimensiones y propiedades. De la comparación constante de los incidentes derivó la generación de dimensiones y propiedades teóricas de las categorías. Finalmente, la integración u organización creciente de las categorías (con sus dimensiones y propiedades) resultó un proceso vertebrador en la estructuración de hipótesis interpretativas, de respuestas provisorias. La tercera fase, por su lado, se desarrolló en base a un proceso de abstracción creciente mediante una delimitación teórica que respondía a dos rasgos básicos y centrales de esta etapa: el criterio de *parsimonia* (o economía científica) y el criterio de *alcance* (Valles, 1997:353-4).

Sobre estos criterios cabe decir que el primero requirió maximizar la explicación y comprensión de un fenómeno empleando la menor cantidad de conceptos y formulaciones. Se pretendió una reducción de categorías (a través del descarte, la fusión o transformación en otras categorías de nivel conceptual superior). Como corolario, la teoría ganó en focalización e integración. En la matriz de análisis⁷ se pueden encontrar las categorías, dimensiones y propiedades conformadas en el proceso de investigación. El segundo criterio estuvo signado por la ampliación del campo de aplicación de la teoría sin desligarse de la base empírica de partida, y buscó aumentar las posibilidades de la teoría para hacer generalizaciones

⁷ Ver Anexo 2: matriz de datos.

conceptuales. A través de este proceso, intenté la elaboración y posterior redacción de teoría fundada (Glasser y Strauss, 1967). Para ello, fue necesario establecer articulaciones y regularidades entre las categorías (y sus dimensiones o propiedades) con tal de conformar sucesivas hipótesis interpretativas que finalmente tomaron forma de teoría escrita.

Capítulo 5. El derrotero de Juan José Hernández Arregui, su legado político-pedagógico y tangencial gramscismo¹

5.1. El itinerario político intelectual de J. J. Hernández Arregui

Juan José Hernández Arregui (1913-1974), figura intelectual destacada y gravitante en las décadas del 60 y 70, tuvo una prolífera producción: *Imperialismo y cultura* (1957, reeditado en 1964 y 1973)²; *La formación de la conciencia nacional* (1960, reeditado en 1970); *¿Qué es el ser nacional?* (1963, reeditado en 1972 y 1973); *Nacionalismo y liberación* (1969, reeditado en 1973); y *Peronismo y socialismo* (1972). También dirigió la revista *Peronismo y socialismo* desde septiembre de 1973, la cual en agosto de 1974 cambió su nombre a *Peronismo y liberación*. Es decisivo abordar este conjunto de publicaciones del autor para comprender su pensamiento, y más concretamente, para extraer sus *derivadas pedagógicas*. Desde luego, existen otros escritos, como por ejemplo artículos periodísticos, pero para poder recorrer todos los nudos de su pensamiento es necesario acudir a los volúmenes citados³.

J. J. Hernández Arregui formó parte de la denominada nueva intelectualidad surgida de la tensión, crisis y ruptura con la izquierda tradicional. Lanzó sus críticas a la vieja izquierda desde su adscripción al nacionalismo popular. Del PCA y el PS cuestionaba su carácter liberal, la perspectiva antinacional que defendían, su desconocimiento de la cuestión nacional, la supresión del pueblo y su enraizamiento local en aras de la idealización del proletariado internacional, la calificación del gobierno peronista como totalitario, su desvinculación con las masas populares, el marxismo dogmático y la política adscripta y sumisa a la línea de la URSS. J. J. Hernández Arregui retomó aportes de L. Trotsky, y su crítica principal a esta corriente se basó en que era encarnada por grupos locales que desestimaban la cuestión

¹ “Tangencial” en el sentido de que el legado gramsciano tocó la obra de J. J. Hernández Arregui, pero no implicó un corte, ruptura o transformación de sus reflexiones.

² Un análisis que articula estas reediciones con el proceso político entre 1955 y 1973 se encuentra en Vázquez, M. C. (2005). Recuérdese que las reediciones fueron acompañadas de sucesivos y largos apéndices.

³ La línea emprendida en este capítulo se apoya fundamentalmente en el antecedente del análisis de la trayectoria del autor hecho por parte de Galasso (2012) y Piñeiro Iñiguez (2013), cuyos trabajos son de ineludible referencia. Sus reflexiones político-pedagógicas y su empleo de Gramsci fueron indagados por Puiggrós (1997) con quien entablaré una discusión al respecto. Para aspectos ligados a la biografía de J. J. Hernández Arregui, ver Tarcus (2007b:305-307), Galasso (2012), y Piñeiro Iñiguez (2013:13-52, 55-107).

nacional, tornándose cerradamente antipopulares (Galasso, 2012:100). De este modo, el autor estructuró su labor en oposición a la denominada vieja izquierda.

Es preciso señalar otros debates protagonizados por J. J. Hernández Arregui que se inscribieron en el seno de la nueva intelectualidad, en primer lugar, con la nueva izquierda y, en segundo lugar, dentro del universo del nacionalismo popular. Si bien Hernández Arregui, como ya se ha comentado en el marco teórico, no mencionó la categoría “nueva izquierda”, algunos de sus pasajes evidenciaron sus críticas hacia franjas intelectuales que intentaron una renovación político-teórica por fuera de la izquierda tradicional y del nacionalismo popular (ver por ejemplo, Hernández Arregui, 1972/2011:71-73). Aunque reconocía genuinas intenciones, el resultado lejos estaba de lo insinuado: la nueva izquierda seguía, al igual que la izquierda tradicional, presa de una excesiva intelectualización de la realidad y de un desapego del pueblo. Su mentada renovación se tornaba tan tenue como poco gravitante en términos políticos. Respecto al universo del nacionalismo popular, J. J. Hernández Arregui arremetió contra las perspectivas de Jorge Abelardo Ramos y sus discípulos, es decir, contra la izquierda nacional. La principal discrepancia residía en las distintas lecturas del peronismo y en los caminos elegidos para arribar al socialismo nacional. Así J. J. Hernández Arregui se inscribió en los confines de la izquierda peronista y, bajo una perspectiva hegeliana de la historia o de una historia inmanente (González, 1999:250), asumió a Perón como un personaje limitado a un momento particular del desarrollo histórico de la nacionalidad en gestación y de la maduración histórica del proletariado (1969/2011:18). A pesar de esa limitación, en este curso histórico su figura y papel eran centrales, ya que las posibilidades de la emancipación popular se daban bajo su liderazgo y al interior del movimiento peronista. En suma, J. J. Hernández Arregui, animador de la nueva intelectualidad crítica, se enroló en las filas del nacionalismo popular, específicamente en la izquierda peronista, desde donde defendió y se valió del marxismo. Interpretó al peronismo desde el marxismo: “soy peronista porque soy marxista”, sostenía, y agregaba que el marxismo era “el tema inexcusable del mundo actual” (1969/2011:11)⁴. Aseveraciones éstas últimas, que no

⁴ Cabe decir que J. J. Hernández Arregui no era el único que afirmaba tal presencia. Otros como José Aricó ilustraban la gravitación de esta corriente de pensamiento por entonces: “El marxismo participa del Saber de nuestra época y todos somos, de una manera u otra, ‘marxistas’”. En Aricó, J., “El marxismo antihumanismo”, *Los Libros*, año I, n° 4, octubre de 1969, p. 20.

eran compartidas por varias franjas de la izquierda peronista y otros/as compañeros/as de ruta, como Arturo Jauretche⁵.

Sin dudas, J. J. Hernández Arregui y J. W. Cooke se encontraban entre los principales animadores de la izquierda peronista. Ambos llevaron a cabo una lectura historicista del marxismo, y aunque con matices, valorizaban la figura de Perón en el proceso de organización popular. La relación entre ambos se caracterizó por el aprecio y la recíproca consideración intelectual, pero sin llegar formalizar acuerdos o alianzas en la disputa al interior del nacionalismo popular⁶. Fallecido J. W. Cooke en septiembre de 1968, J. J. Hernández Arregui se convirtió en el principal intelectual de la izquierda peronista, en convergencia con los intereses de muchos/as jóvenes y sectores estudiantiles. De ahí su frecuente aparición en revistas, mesas redondas y conferencias. Su bibliografía fue cada vez más consultada, animando los debates de las denominadas Cátedras Nacionales⁷ (ver Capítulo seis). De todos modos, J. J. Hernández Arregui ya contaba con un reconocimiento relevante antes de la desaparición física de J. W. Cooke. Además de la reedición y amplia difusión de su obra (por ejemplo, *¿Qué es el ser nacional?* fue incluida en la lista de *best-sellers* de la revista *Primera Plana* del 22 de octubre de 1963), incluso el propio General Perón, desde el exilio, promovió la lectura de sus libros. Esto no quita que algunas de sus producciones fuesen escasamente reconocidas por la intelectualidad de la época, como es el caso, en un primero momento, de *Imperialismo y cultura* (1957), y que

⁵ Como se observa, enfatizo esta delimitación atendiendo a la escena política intelectual de fines de la década del 50. Esto no implica desconocer la filiación anterior de J. J. Hernández Arregui a la corriente radical del sabattinismo en los años 30 y luego su simpatía con la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA) en los años 40. En 1947, renunció a la Unión Cívica Radical (UCR) (a la que se había afiliado tras la caída de Hipólito Yrigoyen) para adherirse plenamente al peronismo.

⁶ El único número de la revista *Peronismo y socialismo*, que vio la luz en septiembre de 1973, dedicó los tres primeros artículos a homenajear política y teóricamente a J. W. Cooke: 1) "Alrededor de John W. Cooke" (escrito por el comité de redacción, pp. 10-13); 2) Una selección de textos de J. W. Cooke titulada "Conceptos del Gral. Perón recordados por John W. Cooke como directrices invariables del Movimiento de Nacional Peronista" (pp. 14-18); 3) "John William Cooke" (de Leónidas Lamborghini, pp. 19-20).

⁷ *La formación de la conciencia nacional* fue particularmente incisiva en las Cátedras Nacionales. Como recuerda José Pablo Feinmann, que fue protagonista de aquella experiencia: "era el libro que se esperaba, era como un clamor de la militancia" (Feinmann, 2013:85). Entre tantos indicios de la ascendencia de J. J. Hernández Arregui, Beatriz Sarlo, a pocos meses de la muerte de éste, lo calificó como una de las figuras principales de la izquierda peronista, el cual había ejercido una vasta influencia sobre las generaciones más jóvenes. Sarlo, B., "J. J. Hernández Arregui: historia, cultura y política", *Los Libros*, año V, n° 38, noviembre-diciembre de 1974, pp. 3-7. El prólogo a la edición de 1964 de *Imperialismo y cultura* escrito por el joven ex militante comunista Ortega Peña también ilustra esta influencia.

gran parte de su trayecto intelectual se haya caracterizado por el aislamiento y, en ciertos pasajes, la depresión ante la influencia de la burocracia en el peronismo (Galasso, 2012:70,102). De hecho, la trayectoria y obra de J. J. Hernández Arregui estuvo marcada por la tragedia, al menos, en un doble sentido.

En primer lugar en lo referido al vínculo entre su figura intelectual y el movimiento político encabezado por Perón al que adscribía. La complejidad de la política pendular del General durante su gobierno, y especialmente mientras estaba en el exilio, así como la participación de sectores burocráticos dentro del movimiento peronista, siempre fueron fuente de incomodidades políticas para J. J. Hernández Arregui. Ambos fenómenos se agudizaron en los albores de su muerte, cobrando su vínculo con Perón y el movimiento peronista aires de tragedia. El triunfo del peronismo en 1973 y el retorno definitivo de General parecían abrir las sendas del tan entrañable y anhelado socialismo nacional. Sin embargo, el curso de la política impulsada por Perón a su regreso no parecía estar a la altura de las expectativas que J. J. Hernández Arregui se había creado. El autor se dirimía entre la adhesión a Perón y el desasosiego visto el curso del movimiento impulsado por su líder.

Las páginas de la revista *Peronismo y socialismo* (luego llamada *Peronismo y liberación*) estaban signadas por la fidelidad hacia Perón. En 1973 la editorial de la revista defendía de forma férrea las tácticas del General:

Los modos de ejecución, los instrumentos que ha utilizado Perón dentro del Movimiento, el sacrificio transitorio de militantes honrados y la relativa congelación táctica de determinadas tendencias internas pueden quizá desorientar en lo inmediato a los peronistas revolucionarios y a las bases mismas del peronismo, pero dentro de la estrategia de liberación son justas (Hernández Arregui, 1973:5)⁸.

J. J. Hernández Arregui explicaba de este modo el pacto que Perón suscribió con el radicalismo y las fuerzas armadas en función de la unidad nacional. Esta unidad pregonada por el líder se reducía a un movimiento táctico, con la vista puesta en objetivos emancipadores: “Un gobierno para la reconstrucción Nacional, un Movimiento Nacional de liberación de la patria y que comienza a delinear

⁸ Comité de Redacción, “Editorial”, *Peronismo y liberación*, año I, n° 1, septiembre de 1973, p. 5.

borrosamente objetivos socialistas, necesita articular, en su primera fase, las más amplia Unidad Nacional”⁹. Pero lo cierto es que esta adhesión y explicación de la táctica y política de Perón no subestimaban el peso del ala conservadora o de la burocracia vandorista-participacionista en el seno del peronismo, que tan claramente se habían mostrado el 20 de junio de 1973 con la *masacre de Ezeiza*. J. J. Hernández Arregui apelaba a la “unificación del peronismo revolucionario” para combatir estas corrientes y pasar a la ofensiva: “No hay que retroceder ante el vandorismo y sus aliados en ningún frente, y deben denunciarse sus maniobras, desgastar sus fuerzas y agitar a las bases. Pronto el peronismo de base habrá de pasar a la ofensiva”¹⁰. No por casualidad la editorial cerraba con dos consignas que suponían una articulación virtuosa: “Por la unificación del peronismo revolucionario. Por Perón Presidente de la Unidad Nacional”¹¹.

Esta línea fue reeditada con la aparición de *Peronismo y liberación* en agosto de 1974, publicación que guardaba características similares a las del anterior número de la revista en términos de temáticas, colaboradores y domicilio¹². Cambiaba de nombre, pero seguía enfatizando su apoyo a Perón. De hecho, a un mes de la muerte del líder del movimiento, la publicación salía con una franja negra en muestra de luto. La tapa de la revista llevaba la foto de Perón que lejos de denotar desasosiego transmitía alegría, tranquilidad, prudencia. Una frase, de autoría del líder, acompañaba la imagen: “...el único sucesor de Perón será el pueblo argentino, que en el último análisis, será quien debe decidir”. Se homenajeaba así al General y se pregonaba la necesidad de mantener la unidad popular y de continuar con el gobierno peronista.

⁹ *Ibíd.*, p. 7.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 7.

¹¹ *Ibíd.*, p. 8.

¹² La casa de Hernández Arregui en ese entonces: Guisse 2064, 3° piso, Capital Federal.

peronismo y liberación

1

Dir. Juan José Hernández Arregui N° 1/Agosto 1974/Argentina \$ 15.—

Perón / Marcos / Guillán
Hernández Arregui / Alemo
Sbarra Mitre / Rodríguez
Lamborghini / Bonsoir

Atilio López / Ibarra / Arias
Camuso y Schnaith / Borro
Roberto / Solanas y Gettino
Grupo de Cine 17 de Octubre



Portada del único número de la revista *Peronismo y liberación*, aparecida un mes después del fallecimiento del General Perón.

El inusual cambio de nombre de la revista se debió tanto a la muerte del líder como a la agudeza de una situación política que requería reforzar la unidad del peronismo ante el acecho del enemigo. Se debía evitar a toda costa caer en provocaciones y divisiones, pues la unidad política era el objetivo principal, y la palabra socialismo podía resultar útil al enemigo para su operación política, para la fragmentación del

campo popular. Este argumento lo encontramos en las primeras páginas de la revista firmado por el Consejo de Redacción y bajo el necesario título “Aclaración sobre el cambio de nombre de nuestra revista”. Decía así:

Todo error, toda intransigencia política dentro de las corrientes internas del peronismo serán estimuladas y agudizadas por el enemigo principal, a saber, el imperialismo, la oligarquía y sus aliados. Las disputas ideológicas sobre las distintas concepciones del peronismo en marcha hacia el capitalismo independiente, o bien hacia el socialismo, con ser importante (¡más aún, importantísimas!) deben postergarse transitoriamente porque el mandato de la hora no es en este momento particular y dramático de la historia argentina disputar sobre palabras escolásticas mientras el enemigo golpea la puerta (Hernández Arregui, 1974:5)¹³.

El segundo texto, suscrito igualmente por el Consejo de Redacción (y también escrito con posterioridad al fallecimiento de Perón, a diferencia del resto de los artículos), llevaba el título “La liberación nacional y las definiciones socialistas”. Se presentaba como una continuidad de la explicación del cambio de nombre de la revista, y ponía el énfasis en otro argumento: históricamente la palabra “socialismo” estuvo ligada a la izquierda “cipaya”. En la coyuntura de 1974 este término envolvía tanto a agrupaciones de ultraizquierda antiperonistas como a tendencias políticas filoperonistas (puntualmente Montoneros) que pretendían una dirección por fuera de Perón:

Hoy nos encontramos con que las fuerzas del antiperonismo de la ultraizquierda tienen todas, como en el pasado, una definición que de nombre es “socialista”. Estas banderas “socialistas” las levanta una pequeña burguesía revolucionaria, aún colonizada tras el velo del marxismo dogmático. También es preciso señalar que fuerzas definidas como peronistas pero que alzan un proyecto y una conducción alternativa

¹³ Consejo de Redacción, “Aclaración sobre el cambio de nombre de la revista”, *Peronismo y liberación*, año I, n° 1, agosto de 1974, p. 5.

de la de Perón, cuestionan el Movimiento y el gobierno popular desde definiciones que de palabra también son “socialistas”¹⁴.

Ambos escritos precedían a la editorial (elaborada con anterioridad a la desaparición del General). De ella se desprendía una preocupación: la continuidad de Perón en el gobierno resultaba “lo más importante”. Ya no se divisaba el optimismo del que hacía gala la editorial de 1973, es decir, el peronismo de base no estaba presto para pasar a la ofensiva, pero aunque la situación política era de reflujo, la esperanza seguía latiendo intacta. La perspectiva inmanente de la historia de J. J. Hernández Arregui parecía marcar un nuevo escenario que modificaba las tareas históricas del momento. El intelectual debía divisarlo y ayudar a su fortalecimiento. ¿Por dónde transcurría este fortalecimiento en una coyuntura tan aguda y excesivamente conflictiva? Sin duda, por la conservación de Perón en el gobierno. El cierre de la editorial ya no aludía a la “unificación del peronismo revolucionario”, sino que planteaba una antinomia clásica y singular de la izquierda peronista, aunque actualizada para la coyuntura: “Proyecto de Perón o guerra civil”. En suma, el cambio de nombre de la revista no significaba renunciar al socialismo. En el marco del nuevo tiempo histórico, lo que se buscaba era reforzar la idea de que el socialismo debía dirimirse dentro del peronismo y en la categoría más abarcadora y abstracta de liberación que este movimiento encarnaba. La danza de nombres marcó el vaivén interno y elocuente del drama político de esos años, aun cuando persistía la esperanza (González, 1999:238). El énfasis que puso la editorial en la continuidad del gobierno de Perón, sin embargo, y a diferencia de la editorial de 1973, dejaba entrever un flanco premonitorio de la tragedia intelectual de J. J. Hernández Arregui: la estrechez de lazos del líder con el ala conservadora: “La burocracia vandorista-participacionista le resta a Perón prestigio. Una de las principales críticas que recibe Perón por parte de los trabajadores es la de que les permite a esos burócratas traidores estar al lado de él”¹⁵.

La línea política sugerida por J. J. Hernández Arregui estaba marcada por el dramatismo y por un estrecho margen rodeado de profundos abismos. La derecha peronista se fortalecía en el gobierno y Perón era parte de este movimiento. Desde su regreso prácticamente había desaparecido la expresión “socialismo nacional” de sus

¹⁴ Consejo de Redacción, “La liberación nacional y las definiciones socialistas”, *Peronismo y liberación*, año I, n° 1, agosto de 1974, p. 7.

¹⁵ Consejo de redacción, “Editorial”, *Peronismo y liberación*, año I, n° 1, agosto de 1974, p. 11.

discursos, llegando a calificarla de rótulo dudoso. Ya en enero de 1974, el golpe del ERP al Regimiento de Caballería de Azul fue seguido de discurso de Perón que desautorizaba al Gobernador de la Provincia de Buenos Aires Oscar Bidegain. Todo esto precipitó los acontecimientos: Bidegain renunció junto con varios dirigentes de la Juventud Peronista; Victorio Calabró, hombre de la burocracia sindical, asumió como gobernador en La Plata; Perón increpó por televisión a un grupo de jóvenes diputados peronistas que renunciaron al día siguiente; el comisario Villar, actuante en el gobierno de Onganía, fue reincorporado como alto cargo en la función pública; el desencuentro de Perón y la juventud el 1° de Mayo de 1974... (Galasso, 2012; Piñeiro Iñiguez, 2013).

Pese a la nutrida correspondencia epistolar y los elogios de Perón, J. J. Hernández Arregui no recibió propuesta alguna para incorporarse al gobierno. De hecho, la muerte del líder en julio de 1974 y la asunción de la presidencia por María Estela Martínez de Perón (conocida popularmente como "Isabelita") supusieron otro duro golpe para él. El terrorismo organizado por la derecha peronista y la actuación de la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) marcaron su destino. A finales de julio fue asesinado el diputado Rodolfo Ortega Peña, uno de sus principales discípulos. En septiembre, J. J. Hernández Arregui figuraba en la lista de sentenciados por la Triple A. Además, por entonces el nacionalismo popular estaba hegemonizado por Montoneros, agrupación con la que el autor discrepaba. Todo esto lo dejó en un escenario angustiante y en una posición de relativa soledad. Luego de un rodeo, influenciado por su entorno e informado del asesinato de otros compañeros de ruta a manos de la Triple A, el autor partió a Mar del Plata junto con su compañera, Odilia Giraud. Su esposa recuerda que durante este exilio un compañero de militancia le preguntó en búsqueda de certezas: "Y ahora, ¿Qué va a pasar?" Y respondió: "Por primera vez en mi vida, no puedo responder una pregunta así..." (Hernández Arregui, citado en Galasso, 2012:236).

Al día siguiente, el 22 de septiembre de 1974, azotado por el dolor de contemplar un peronismo conquistado por la burocracia y los sectores conservadores, le ganó el infarto y su corazón dejó de latir para siempre. ¿No es este desenlace la expresión manifiesta de la tragedia de un intelectual que depositó sus genuinas expectativas y dio su vida por un movimiento y un líder que lo condujeron a su propio exilio? ¿Acaso su desorientación y su muerte en soledad no son el corolario y el resultado de esta tragedia, el conflicto irresoluble entre su apuesta político-intelectual y el curso real que tomó el movimiento? Parafraseando la reflexión de Piñeiro Iñiguez (2013:102), ¿de

qué otra cosa puede morir un militante exiliado sino es del corazón? ¿Ese último latido no expresa acaso el desenlace trágico e irresoluble entre su deseo de transformación y la crudeza de la realidad, o mejor aún, de un deseo que parecía encontrar su rumbo con el retorno del peronismo al poder, pero que con poco tiempo para ensayar mediaciones se vio doblegado por el exilio y el asesinato de sus compañeros?

El presentado hasta ahora fue el primer plano en el que se dirimió la tragedia intelectual de J. J. Hernández Arregui. El otro plano atravesó a franjas de la nueva intelectualidad crítica del período y se centró en la relación intelectual-pueblo. Desde luego, hubo distintos tránsitos en este trágico vínculo. En el caso de J. J. Hernández Arregui es difícil de comprender por fuera de la articulación que efectuó entre el plano cultural y el plano político. Como sostiene Sigal (1991:214-227), el autor reconoció el valor intrínseco y político de las opciones culturales, llegando a plantear una simbiosis entre política y cultura. En otras palabras, y siguiendo a Piñeiro Iñíguez (2013:71), el proyecto de J. J. Hernández Arregui era un proyecto contracultural. El terreno cultural constituía un espacio tan estratégico como la dependencia económica, y él lo sabía. Por eso, desarrolló una ofensiva cultural contra los cánones vigentes, criticando a quienes a causa de su vocación universalista, se convertían en adversarios de la nación. Asumió así su opción cultural como parte de una batalla político-estratégica contra la oligarquía y sus expresiones intelectuales. Y esta batalla debía librarse en el propio campo del enemigo, mostrando la posibilidad de efectuar una intervención intelectual que aunase la defensa de los intereses populares con argumentos propios del nivel estilístico reclamado por la oligarquía. Se trataba, argumentaba J. J. Hernández Arregui, de “cocinar en su propia salsa” a los intelectuales liberales (citado en Galasso, 2012:195).

Este lugar no era cómodo para J. J. Hernández Arregui. Asumió el antiintelectualismo como forma de posicionarse en el campo intelectual. Optó por una convivencia en tensión y permanente crítica con los parámetros de la intelectualidad dominante:

También aprovecho aquí para refutar una crítica que se me ha formulado: la ausencia en mis libros de notas al pie con la nómina de autores y obras consultados. Si no lo he hecho, no es porque ignore la técnica que justamente he enseñado a varias promociones de estudiantes universitarios, sino porque (y sépanlo estos caballeros que confunden la

crítica con la cacería de pulgas) mis libros no son de investigación sino de lucha. Las verificaciones de este tipo, cuando los autores y bibliografía son conocidos y no responden, por tanto, a obras extranjeras, piezas bibliográficas raras o a la labor de archivo, son mera petulancia que, además, sólo sirven para aflojarle la nuca al lector inocente. Por otra parte, cambio mil llamadas a pie de página por una idea (Hernández Arregui, 1963/2011:15).

J. J. Hernández Arregui había dado sobradas muestras de manejo de los hábitos académicos liberales. En septiembre de 1944 se recibió de Doctor en Filosofía en la Universidad Nacional de Córdoba, obteniendo la distinción más alta: Premio Universidad, medalla de oro y diploma de honor (Piñeiro Iñíguez, 2013). Aun así, la universidad del pos peronismo nunca le dio cobijo¹⁶. Éste fue otro rasgo característico del antiintelectualismo del autor. Alejado de la academia, siempre divisó a los recintos universitarios como espacios privilegiados de la intelectualidad oligárquica. Pero su antiintelectualismo expresado en un rechazo a los códigos liberales no resolvía el apremio y necesidad de lazo con el pueblo. Gran parte de la tarea de J. J. Hernández Arregui estuvo destinada a combatir a la intelectualidad en su propio campo, apuntando a la nacionalización de sectores de la pequeña burguesía como parte del proyecto del socialismo nacional. Sin embargo, en su último libro, consideró necesario un viraje en su escritura para alcanzar a otros sectores:

Tales propósitos (de divulgación como queda dicho) me han decidido a utilizar un lenguaje más bien periodístico, ajeno por completo a mis libros anteriores, cuidando no obstante, en la medida de lo exigible, encuadrar los diversos temas abordados, dentro de un nivel intelectual adecuado para quienes busquen una visión resumida de la realidad nacional (Hernández Arregui, 1972:9).

En el marco del proceso de radicalización y ascenso popular, comprendía que su tarea de crítica a la clase media ya estaba cumplida. Llegado a ese punto, se trataba

¹⁶ La excepción ocurrió en julio de 1973, cuando Rodolfo Puiggrós, rector de la denominada Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires por entonces, lo reconoció como profesor emérito.

de escribir directamente para el pueblo. Bajo este propósito fundó la revista *Peronismo y socialismo* que también estaba destinada a la clase obrera:

Este aporte de militancia es para la clase obrera peronista y para aquellos sectores del Movimiento Nacional identificados con una línea revolucionaria de masas. Reflejamos una realidad del Movimiento Nacional, afrontando la necesidad de un órgano que recoja fundamentalmente el punto de vista de las bases obreras¹⁷.

Además, se explicitaba que la revista era apoyada y sostenida por más de treinta organizaciones obreras peronistas, manteniendo una actitud abierta a sus sugerencias y críticas. Para volver operativo el vínculo, la revista contemplaba la figura de “corresponsal gremial”, que de hecho fue asumida por el hijo de J. J. Hernández Arregui. Esta orientación de la publicación recogía el propio recorrido militante del autor, quien había realizado esfuerzos concretos de articulación con sindicatos combativos (Galasso, 2012; Piñeiro Iñíguez, 2013)¹⁸.

Si se mira atentamente, la pretensión didáctica de J. J. Hernández Arregui y de su revista era tan dramática como el empleo de un estilo de escritura refinado en argumentos. Aunque la orientación popular de sus escritos se explicita sólo hacia el ocaso de su vida, es imposible que este anhelo no haya atravesado desde un buen inicio su trabajo intelectual. En otras palabras, la pregunta por la imbricación de sus elaboraciones con la cultura popular (que siempre revalorizó) es constitutiva de su postura antiintelectual y crítica de la autonomía intelectual. Así, el conjunto de la obra de J. J. Hernández Arregui fue portadora de una tragedia a la que González (2012:21) denominó como “ilustración popular”. Un intento inacabado de escribir desde y para el pueblo, aun cuando el propio J. J. Hernández Arregui reconocía las dificultades de la lecto-comprensión en los sectores marginados. Recuérdese que el autor, aunque realizó distintas búsquedas, no se integró a ninguna organización política por falta de acuerdos programáticos. Y más allá de sus esfuerzos militantes en los sindicatos, era pues la escritura su principal herramienta para dirimir el vínculo con el pueblo. De ahí, por ejemplo, la original inclusión de un “corresponsal gremial” en el seno de su propia

¹⁷ Consejo de redacción, “Presentación”, *Peronismo y socialismo*, año I, n° 1, septiembre de 1973, p. 3.

¹⁸ La conformación de la CGT de los Argentinos en 1968 facilitó su tarea militante sistemática en sindicatos como Federación Gráfica, Navales o FOETRA, entre otros.

revista. El conjunto de su escritura no podía escapar a la irresoluble tensión entre sofisticados argumentos (al nivel de los demandados por la intelectualidad liberal) defensores del campo popular y el habitus subalterno hacia las obras intelectuales; en suma, no podía escapar a la tragedia de un intelectual que desde las páginas escritas buscó promover la organización cultural del pueblo; no podía escapar a una temática que, como se verá, atravesó su obra y uso de Gramsci: la unidad intelectual-pueblo.

Como decía en capítulos anteriores, la nueva intelectualidad se desarrolló como “una generación sin maestros locales” (Terán, 1991:97,152). J. J. Hernández Arregui compartía este rasgo, aunque con una excepción: Rodolfo Mondolfo (Galasso, 2012; Piñeiro Iñíguez, 2013), para quien, según González (1989:10), J. J. Hernández Arregui fue el “más importante discípulo argentino”.

R. Mondolfo, como ya apunté a la largo de la presente obra, se exilió en 1938 en Argentina, donde se desempeñó como profesor en las universidades de Córdoba y Tucumán. Fue ya en la década del 40 en Córdoba, sitio histórico de trabajo y difusión de la obra de Gramsci años más tarde, donde J. J. Hernández Arregui conoció al filósofo ítalo-argentino. Frente a la imposibilidad de ingresar como docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, R. Mondolfo encontró refugio en la facultad homónima de la Universidad Nacional de Córdoba desde 1940 a 1947. Comenzó enseñando Lengua Griega y luego Filosofía Antigua (Tarcus, 2007:432). Fue en esta misma facultad donde J. J. Hernández Arregui, estudiante de filosofía con un particular interés por la filosofía griega, se acercó a su maestro. Como ya se ha planteado, el filósofo ítalo-argentino tuvo por ese entonces un gran papel como animador de la interpretación del marxismo en términos historicistas, y alejándolo del reduccionismo economicista. Este abordaje del marxismo cautivó a J. J. Hernández Arregui y marcó una influencia decisiva en su recorrido. Bajo la perspectiva mondolfiana, aprehendió al marxismo a contramano de la extendida interpretación soviética:

Y el marxismo mismo, desde los gérmenes que vienen de Heráclito, Aristóteles y Tucídides en la antigüedad clásica, hasta Bruno, Campanella y Spinoza como lo ha probado Rodolfo Mondolfo, en el Renacimiento, es una filosofía, o más bien utilizando la terminología de Dilthey, “una concepción del mundo” (Hernández Arregui, 1969:23).

Ahora bien, existen por lo menos dos reservas que J. J. Hernández Arregui mantuvo con su maestro. En primer lugar, debido a la perspectiva reformista de R. Mondolfo, que adscribía al PS y se delimitaba del leninismo como de la experiencia bolchevique por su carácter totalitario. En segundo lugar, por el tono extranjero de sus contribuciones. J. J. Hernández Arregui sospechaba o desconfiaba de los insumos foráneos fundados en realidades exógenas (particularmente europeas). Tildaba las elaboraciones o apreciaciones de R. Mondolfo de inapropiadas para los países semicoloniales. Fue precisamente por su condición de extranjero que J. J. Hernández Arregui justificó las incomprendiones de sus escritos del filósofo ítalo-argentino: “Hasta mi venerado maestro Rodolfo Mondolfo, aunque por causas comprensibles en un europeo, y con la elevación de su ilustre ancianidad, dudó de la dureza de los juicios formulados en mi libro” (Hernández Arregui, 1963/2011:13).

5.2. Algunas hipótesis sobre las vías de acceso de J. J. Hernández Arregui a Gramsci. De “escritor extranjero” a su posterior empleo

La sospecha a las contribuciones extranjeras era parte de una matriz en J. J. Hernández Arregui que lo condujo al rechazo de la obra de Gramsci, al menos hacia fines de los años 50 y comienzos de los 60. Es improbable que siendo discípulo de R. Mondolfo, J. J. no haya tenido referencia del revolucionario sardo. Más aún, seguramente la primera vía de acceso de J. J. Hernández Arregui a Gramsci transcurrió a través de R. Mondolfo. José Aricó (1988/2005:198-207) ha planteado que el filósofo ítalo-argentino fue una de las vías de entrada a la obra de Gramsci para los sectores liberales democráticos argentinos cercanos al PS en la década del 50. Presumiblemente, R. Mondolfo también se constituyó como una de las vías de acceso a Gramsci para la izquierda peronista, a través de J. J. Hernández Arregui.

Bajo ese prisma de recelo frente a las contribuciones teóricas extranjeras, J. J. Hernández Arregui apeló por primera vez a Gramsci. Esta desconfianza constituía una crítica habitual del nacionalismo popular a la intelectualidad liberal, pero también a la marxista, admiradora de las modas intelectuales y de toda contribución teórica venida del exterior. Para el autor, la mirada hacia el exterior no expresaba más que el distanciamiento de la intelectualidad local respecto a la realidad nacional y al punto de vista nacional. En el marco de las críticas que efectuaba a la izquierda argentina sin conciencia nacional, reconoció como interesantes y progresivos los aportes nacidos

desde el seno del PCA, específicamente de su Secretario de Cultura Héctor Agosti, hacia fines de los 50. Como ya se ha mencionado a la largo del trabajo, H. Agosti fue el principal impulsor a nivel local del estudio, traducción y difusión de la obra de Gramsci en la década del 50¹⁹. En debate con este autor, J. J. Hernández Arregui haría referencia al comunista italiano.

En *Nación y cultura*, y también en *Mito liberal*, ambos escritos en 1959 y susceptibles de ser enmarcados como parte de un mismo trabajo, H. Agosti prosiguió los esfuerzos por revisar la lectura del fenómeno peronista (Aricó, 1988/2005; Terán, 1991). En el primer libro, empleó con centralidad la noción “nacional-popular” del revolucionario sardo y reparó en los vínculos entre los intelectuales y el pueblo, una de las temáticas gramscianas clásicas. Ante la persistente adscripción al peronismo de las masas, resultaba perentorio reconstruir, una vez caído el gobierno peronista, la unidad perdida entre la intelectualidad radicalizada y los sectores populares. De lo contrario, se corría el riesgo de perder, quizás para siempre, la posibilidad de eficacia histórica. A su vez, H. Agosti retomó algunos argumentos de J. J. Hernández Arregui (quien dos años antes había publicado *Imperialismo y cultura*), aunque no dejó de descalificarlo como “nacionalista” y subrayar ciertas discrepancias con él. Uno de los puntos sensibles de coincidencia residía en el rechazo a la escisión entre una cultura de minoría y una cultura de masas, en la separación entre la intelectualidad y el pueblo. “La cultura popular nutría a la cultura superior”, aseveraba H. Agosti (Gerlo, 2014). Por otra parte, con *El Mito liberal*, H. Agosti buscó distinguir entre una tradición liberal y otra democrática en la historia argentina. Echeverría, Moreno o Sarmiento expresaban la tradición democrática, pero a la vez eran figuras de ruptura con la tradición oligárquica y oficial. A contramano de la versión liberal, las figuras en cuestión contenían un sesgo jacobino y rousseauiano. Al alejarse de esta dirección, el liberalismo local no era más que una deformación de la democracia y contribuía a un proceso desnacionalizador de la cultura (Terán, 1991: 65). “La crisis de la cultura argentina es una crisis estricta del liberalismo”, resumía H. Agosti. Lejos del liberalismo, el autor fundamentaba que la tradición cultural y política del comunismo

¹⁹ Puntalicé en el capítulo dedicado al estado del arte, que ya en 1951, a través *Echeverría*, H. Agosti empleó el arsenal gramsciano. El libro se publicó a través, no del PCA, sino de la editorial Futuro (de su amigo y miembro del Partido, Raúl Larra) (Massholder, 2011). Utilizó el acervo gramsciano para abordar la cultura nacional del siglo XIX y la impotencia política de la burguesía argentina en el siglo XX a la hora de encabezar la liberación nacional. Asimismo, estableció un paralelismo entre Echeverría en el siglo XIX y el comunismo del siglo XX, ya que ambos representarían la tradición democrática y nacional-popular, frente a la tradición liberal.

contemporáneo hundía sus raíces en la democracia radical rousseauiana (Kohan, 2000a).

La línea de trabajo de H. Agosti fue celebrada por J. J. Hernández Arregui en *La formación de la conciencia nacional* (1960/2011:351-356), aunque también le devolvería su gentileza descalificatoria, tildándolo de “liberal”. Allí aseveraba:

La revisión de la historia cumplida por otros grupos, el desarrollo de una izquierda nacional que concilia el marxismo con la realidad del país, y sobre todo, la trágica experiencia del retorno del liberalismo económico, inquietan a muchos espíritus que dudan de las antiguas valoraciones de izquierda a través de las cuales pervirtieron su visión de lo nacional. Entre los comunistas es perceptible esta mudanza. Un caso típico es el escritor Héctor P. Agosti, intelectual que refleja bien tanto las contradicciones como la rotación que se opera en la intelectualidad de izquierda en la Argentina (Ibíd.:350).

En el marco de las relecturas del peronismo y de la política liberal llevada a cabo luego del derrocamiento de Perón, J. J. Hernández Arregui registraba algunas modificaciones en el seno de la izquierda tradicional. Se inauguraba un acercamiento, inédito hasta entonces, entre un pensador peronista y otro comunista. Desde luego, el autor desconfiaba de esta izquierda y restringía el movimiento a algunos intelectuales. En todo caso, el motor de la revisión era la presión del contexto y la exigencia de adaptarse al nuevo escenario, más que un impulso genuino surgido desde el seno del comunismo vernáculo. Como ya mencioné en el marco teórico, desde la caída de Perón se extendieron las interpretaciones historiográficas de corte revisionistas sobre el peronismo y, por tanto, al margen de los cánones liberales. Estas producciones representaban una presión para la izquierda tradicional. Bajo este marco, según J. J. Hernández Arregui, H. Agosti comenzaba a esbozar una ruptura con el liberalismo, tan anclado en la izquierda tradicional: “Empieza a entender que la historia liberal es una arteria” (Ibíd.:351). Aunque desarrolló argumentos críticos para contrarrestar determinados planteos de H. Agosti, J. J. Hernández Arregui reconoció “varias adquisiciones positivas”, entre otras, la denuncia del papel negativo de la “intelligentzia” al servicio de la oligarquía y del imperialismo y el desprecio de esta “intelligentzia” al pueblo. Es de interés que muchas de las “adquisiciones positivas”

remitieron al tratamiento agostiano del vínculo intelectual-pueblo, el cual bebía del acervo gramsciano. Como parte de estas “adquisiciones positivas”, J. J. Hernández Arregui también destacó el empleo de conceptos surgidos en el propio país, aunque lamentó su apoyo en un autor extranjero:

También es prometedor que este enemigo [H. Agosti] de la “teoría nacionalista de la cultura” hable de “conciencia nacional”, de “década infame”, de “deserción ante el hecho nacional”, aunque se apoye, al utilizar estos términos nacidos en el país y al calor de la lucha nacional (no de los libros), en un escritor extranjero, A. Gramsci (Ibíd.:355).

El rasgo antiintelectual de J. J. Hernández Arregui se hacía notar: criticaba el apoyo en un “escritor extranjero” y celebraba el empleo de conceptos surgidos de la historia nacional, no de los libros. Como mostraré más adelante, algunos años después, en la introducción (fechada en 1969) a *Nacionalismo y liberación* el propio J. J. Hernández Arregui citó a Gramsci. Existió un tránsito desde la sospecha y el rechazo inicial a su posterior uso que demanda explicaciones. En este sentido, se pueden sugerir tres líneas (susceptibles de articulación) para explicar este viraje: a) el historicismo marxista de J. J. Hernández Arregui; b) el beneplácito de J. W. Cooke con Gramsci; y c) la mayor difusión y circulación de los escritos de Gramsci en los años 60.

En lo referido al historicismo marxista de J. J. Hernández Arregui, ya planteé la influencia de R. Mondolfo, que abordaba al marxismo en términos de una filosofía de la *praxis* o historicismo absoluto. Este modo de concebir el marxismo le habría permitido a J. J. Hernández Arregui tener una cierta familiaridad con los escritos de Gramsci. La comunidad filosófica estructuraba un terreno común entre ambos.

El historicismo marxista acuñado por J. J. Hernández Arregui no fue algo pasajero o puntual, sino que más bien inundó su obra. Existen varias cuestiones por rescatar al respecto. En principio, su propia definición del marxismo en términos de un humanismo voluntarista y una afirmación radical del valor de la persona como destino responsable (1960/2011:177-8) o “de un humanismo cuyo centro es el proletariado y su circunferencia el género humano” (1969/2011:49). En esta línea, J. J. Hernández Arregui reivindicaba los escritos del denominado joven Marx, en particular, *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* y sus consideraciones sobre la

alienación y enajenación del hombre. Lejos de una ruptura entre Marx y Hegel, comprendía que el primero era fruto de la maduración del historicismo (1969/2011:34).

Si bien J. J. Hernández Arregui no empleó el concepto “inversión de la praxis” mondolfiano para dar cuenta de la unidad sujeto-objeto, pasado-presente y estructura-superestructura, la concepción fue análoga. En rigor, en alguna ocasión J. J. Hernández Arregui utilizó “subversión de la praxis”, categoría similar (aunque no idéntica) a inversión de la praxis (Ibíd.:50)²⁰. Así, el autor prosiguió las enseñanzas de su maestro:

Un investigador como Rodolfo Mondolfo ha sostenido con poderosos argumentos que el materialismo dialéctico de Federico Engels es una filosofía de la actividad o voluntarismo activista. No interesa si tal tesis es totalmente verdadera. Pero numerosos textos de Engels permiten defenderla científicamente (1960/2011:175-6)²¹.

Según el historicismo marxista, la humanidad obraba en base al impulso de sus necesidades y realizaba su voluntad, pero el resultado de su acción se transformaba a su vez en una condición limitante y estimulante de su posterior actividad. Así, la causa se tornaba efecto y viceversa. Desde este ángulo, J. J. Hernández Arregui (ya desde sus primeras obras) arremetió contra las vulgarizaciones economicistas del marxismo provenientes del stalinismo y reeditadas en nuestro país por una “izquierda extranjerizante” (Ibíd.:178) que, entre otros aspectos, suponía una correlación lineal y rígida entre economía y creaciones culturales. De hecho, el autor consideró su obra *Imperialismo y cultura* como el primer intento de aplicar el marxismo a la realidad

²⁰ Sería de interés indagar por qué J. J. Hernández Arregui utilizó esta expresión y no “inversión de la praxis”. R. Mondolfo, en un carta publicada en *Rivista internazionale di filosofia del diritto* en 1933 (incluida en *El materialismo histórico en F. Engels y otros ensayos*), había sugerido que la afirmación de Engels “umwalzende praxis” debía traducirse por “praxis que se invierte” en lugar de “praxis subversiva o que subvierte”. El motivo principal, aducía R. Mondolfo, era que la acción innovadora no se dirigía sólo hacia la exterioridad objetiva sino también hacia la interioridad del ser humano social (1956:381).

²¹ J. J. Hernández Arregui se refería al clásico libro de R. Mondolfo al que ya hice mención: *El materialismo histórico en F. Engels y otros ensayos*, reeditado en 1956. En otros pasajes, el autor aludió a algunos de los principios de la filosofía de la praxis, aunque, matizando a su maestro, lo hizo con un tono voluntarista: “Todo está preparado ya: ‘la tarea y el fin mismo sólo aparecen donde las condiciones materiales existen ya o por lo menos se hallan en su proceso de desarrollo’. Esta observación de Marx en carta a Kriege la tenemos a la vista, no como mera predicción, sino como un hecho verificable, a lo largo y ancho de Iberoamérica.” (1969/2011:14).

nacional (1963/2011:14). Los ensayos que lo antecedieron habían permanecido presos del dogmatismo y naufragaron en abstracciones, es decir, en la más absoluta alienación cultural característica del coloniaje.

En torno al debate sobre el carácter ideológico o no del marxismo, J. J. Hernández Arregui, en sintonía con los preceptos del historicismo marxista, sostuvo que el materialismo histórico expresaba la actividad social ligada a intereses materiales y espirituales del proletariado en su enfrentamiento con la burguesía. En ese sentido, y como forma de expresión de la realidad, era una ideología de la clase trabajadora. Pero la ideología para el marxismo también tenía otra faceta, argüía. Además de expresar la realidad, también la encubría. La conciencia se volvía engañosa o alienada de la realidad. De hecho, en varios pasajes el autor apeló al concepto de falsa conciencia, pero su fuente no fue L. Althusser, sino el propio Engels (por ejemplo, 1969/2011:43). Se desataba así una paradoja divisada por J. J. Hernández Arregui: el marxismo era una ideología, en tanto que concepción del mundo, pero al mismo tiempo era una crítica a la ideología dado que desenmascaraba a todas las ideologías desvelando sus contenidos de clase. Aquí también se dirimía para el autor la unidad de la teoría y la práctica revolucionaria. El marxismo no podía desenvolverse y superarse sin el desenvolvimiento y superación del proletariado, y viceversa.

Entonces el marxismo era vital, según J. J. Hernández Arregui, para fundamentar y operar transformaciones sociales. Para ello se tornaba medular su tratamiento del concepto de conciencia. ¿Existía la posibilidad de un cambio de conciencia entre los hombres? Acudía a la famosa frase de Marx en la *Crítica a la economía política* de 1959 y la sometía al mismo tratamiento historicista dispuesto por R. Mondolfo. La célebre frase aseguraba:

Hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo (citando a Marx en J. J. Hernández Arregui, 1969/2011:34).

Al igual que en el historicismo marxista, esta afirmación debía ser entendida en términos de la unidad estructura-superestructura, objetivo-subjetivo según en J. J. Hernández Arregui. El hombre adquiriría conciencia del conflicto estructural en el plano superestructural, lo dirimía y accionaba transformando una estructura que, a su vez, lo transforma a él. Nuevamente, la inversión de la praxis mondolfiana se encontraba en la base del tratamiento de la conciencia. Era en esta unidad pasado-presente donde se desataba la formación de la conciencia del proletariado y, en general, el pasaje de unas masas amorfas a una clase consciente de sí misma y de la espontaneidad a la comprensión. A través de sus luchas y en unidad con la filosofía marxista, el proletariado realizaba el lento y conflictivo pasaje de lo objetivo a lo subjetivo, de la necesidad a la libertad. En este proceso incesante, sostenía el autor, el hombre reaccionaba ante el mundo exterior y lo modificaba, al tiempo que se cambiaba a sí mismo a través de la toma de conciencia revolucionaria.

Como se observa, el historicismo marxista de J. J. Hernández Arregui resultaba marcado y profundo. Las lecturas de Gramsci, por tanto, presuponían un terreno filosófico común, lo cual habría servido de abono para su apropiación, dejando a un lado su rechazo inicial. En otras palabras, la versión gramsciana del marxismo era similar a la pregonada por J. J. Hernández Arregui, lo que probablemente contribuyó a que las sospechas por lo extranjero cediesen ante un mayor acercamiento a la obra del comunista italiano.

La segunda razón que puede explicar la apertura de J. J. Hernández Arregui a Gramsci se refiere al trabajo de J. W. Cooke en el que apeló a algunos aportes del revolucionario sardo. Con posterioridad a su muerte en 1968, gran parte de la obra de este revolucionario peronista fue publicada. Entre 1971 y 1973 su viuda Alicia Eguren recopiló en cinco libros y publicó en dos tomos la correspondencia intercambiada con Perón. Fueron ediciones que tuvieron una amplia difusión. Las principales producciones de este intelectual entre 1959 y 1968 se publicaron en folletos de restringida circulación. Sin embargo, existen dos excepciones, una de las cuales permite pensar en otra vía de acceso de J. J. Hernández Arregui a Gramsci en la década del 60. Los dos escritos publicados en vida por J. W. Cooke a mediados de los 60 fueron: "Bases para una política cultural revolucionaria"²² y "Definiciones"²³. El

²² Cooke, J. W., "Bases para una política cultural revolucionaria", *La Rosa Blindada*, año I, n° 6, septiembre/octubre de 1965, pp. 16-22.

²³ Cooke, J. W., "Definiciones", *Cristianismo y revolución*, año I, n° 2-3, octubre-noviembre de 1966, pp. 14-15.

primero es el que resulta interesante para esta investigación. Escrito en Buenos Aires, luego de su estadía en Cuba, en respuesta a una encuesta realizada por *La Rosa Blindada* (1964-1966, una revista característica de la nueva izquierda) a distintos intelectuales, entre los que también se encontraban Héctor Pablo Agosti, Carlos Astrada, Juan Carlos Portantiero, León Rozitchner y Juan José Sebreli, para que expusieran su opinión sobre la cultura de izquierda y su relación con las masas populares²⁴.

En su artículo, J. W. Cooke venía a decir que la política revolucionaria debía atender a la dimensión cultural y a las particularidades de la alienación cultural en países dependientes económica y culturalmente, como Argentina. La política cultural revolucionaria no podía reducirse a la posterioridad de la toma del poder sino que debía integrarse a la batalla del presente. Se podría discutir si J. W. Cooke se inspiró en Gramsci al jerarquizar la lucha cultural con anterioridad a la toma del poder, aunque lo cierto es que las marcas gramscianas de su escrito fueron tenues. El revolucionario peronista sostenía un abordaje humanista del marxismo y reparaba en las derivas de este abordaje en el terreno cultural, apelando al concepto de alienación. Es aquí donde citó a Gramsci, como parte de autores que trataron dicho concepto sin conocimiento de los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* (que recién se publicaron en la década del 30): “Luego, se sabría que Gramsci en el fondo de su celda solitaria, le dedicaba meditaciones clarividentes” (1965:166). En su artículo, más allá de la inspiración gramsciana o no de J. W. Cooke, lo cierto es que la cita y el beneplácito hacia el “escritor extranjero” pudo haber fomentado la apertura por parte de J. J. Hernández Arregui hacia el revolucionario sardo. J. W. Cooke, al igual que J. J. Hernández Arregui, leía a Gramsci desde un prisma humanista e historicista del marxismo. Quizás la diferencia sea que Gramsci contribuyó a la propia formación del historicismo marxista de aquel peronista revolucionario, mientras que J. J. Hernández Arregui ya adscribía al historicismo marxista cuando se encontró con Gramsci. Si se atiende al aprecio y consideración recíproca, es factible que el autor haya conocido

²⁴ *La Rosa Blindada* fue una revista mensual dirigida inicialmente por José Luis Mangieri y Carlos Brocato. El grupo editor que erigió a Raúl González Tuñón como su “director honorario” estuvo formado por Horacio Casal, Juan Gelman, Andrés Rivera y Emilio Jáuregui. Todos ellos jóvenes afiliados al PCA que fueron expulsados luego de la aparición de los primeros números ya que el partido consideraba que la publicación difundía una línea político-ideológica demasiado radicalizada (Celentano, 2013). El nombre *Rosa Blindada* fue elegido en homenaje a un poema de su director de “honor”, Raúl González Tuñón, miembro del PCA. Para una selección de artículos y un estudio introductorio de *La Rosa Blindada*, remitirse a Kohan (1999).

este artículo de J. W. Cooke. Por tanto, podría haber accedido a una de las primeras recepciones productivas de Gramsci desde la izquierda peronista.

Vale aclarar que el argumento se asienta en la mayor difusión del artículo citado de J. W. Cooke. Esto no quita que J. J. Hernández hubiese podido acceder a otros escritos del revolucionario peronista, de circulación restringida en los años 60, en los que apeló a Gramsci. Ya en 1961 escribió “Aportes a la crítica del reformismo en Argentina”, donde cuestionó la posición del PCA ante el peronismo y la revolución socialista. Gramsci fue empleado para cuestionar el inmovilismo político del PCA, su negación del carácter performativo de la voluntad política sobre la historia, su fatalismo (Cooke, 1961/1973:396), así como su separación de la teoría y la práctica política (Cooke, *Íbid*:394)²⁵. También en *Informe a las bases*, editado en una reducida tirada en 1966 (y en una más vasta en 1971, a través de Ediciones Papiro) aludió, aunque sin referencia explícita a Gramsci, a la noción de bloque histórico.

En tercer lugar, hacia fines de los años 50 y en la década del 60, Gramsci comenzó a ser reconocido como un teórico marxista digno de consulta a nivel local. A las ediciones de los escritos de Gramsci por el PCA hacia fines del 50 e inicios del 60, le siguieron la publicación de otros manuscritos y polémicas en torno a su pensamiento (Aricó, 1988/2005; Burgos, 2004). Si bien en los años 70 se multiplicaron los escritos en clave de exégesis de la obra de Gramsci, en la década del 60, y sólo atendiendo a publicaciones en idioma castellano y a nivel local, es posible afirmar que el revolucionario sardo estaba presente en la intelectualidad crítica de la época²⁶. A esto es posible añadir el reconocimiento a nivel mundial de su figura. No tuvo la gravitación de décadas posteriores, pero Gramsci era ya en los 60 un autor reconocido en la

²⁵ Tal y como argumenta Amaral (2010), seguramente la referencia bibliográfica haya sido la edición de Lautaro de 1958, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Los denominados “gramscianos argentinos” publicaron en 1973 el artículo de J. W. Cooke en la revista *Pasado y Presente* que volvió a editarse aquel año: “Apuntes para una crítica del reformismo en la Argentina”, año IV (nueva serie), n° 2-3, abril/junio de 1973, pp. 373-401. Le dedicaron una presentación a manos de J. C. Portantiero: “Introducción a un inédito de Cooke” (pp. 369-372).

²⁶ En 1965, la revista *Literatura y Sociedad*, de sólo un número y dirigida por Ricardo Piglia, incluyó un artículo de Adriano Seroni sobre la literatura y el arte en Gramsci: “Crítica literaria en Gramsci”, *Literatura y sociedad*, año I, n° 1, octubre/diciembre de 1965, pp. 39-43. El mismo año, la editorial Paidós publicó en Buenos Aires: AA.VV.: Gramsci y el marxismo. El libro incluyó reflexiones de P. Togliatti, C. Luporini y G. Della Volpe. También *La Rosa Blindada* editó en forma de libro, *Antonio Gramsci: Las Maniobras del Vaticano* en 1966, y, años más tarde, *Antonio Gramsci: la concepción del Partido Proletario. Selección de escritos entre 1917 y 1926*. Ahí se compilaron los escritos del revolucionario sardo en torno al partido político como dirigente del PCI, incluidos algunos de los más importantes. Además en la revista *La Rosa Blindada* se publicó Bobbio, Norberto, “Notas sobre la dialéctica en Gramsci”, *La Rosa Blindada*, año I, n° 2, noviembre de 1964, pp. 3-9.

teoría crítica local, lo que seguramente condujo a J. J. Hernández Arregui a asumirlo como parte del acervo marxista. En otras palabras, ya entrados los años 60 la obra Gramsci no podía ser descalificada llanamente como la obra de un “escritor extranjero” porque se había configurado como un autor de la talla de Marx, Engels o Lenin y, por tanto, demandaba su apropiación y disputa.

5.3. El legado político-pedagógico de J. J. Hernández Arregui y su tangencial gramscismo

He sugerido algunas coordenadas para explicar la mudanza desde el rechazo inicial de J. J. Hernández Arregui a, como se verá, su posterior empleo de Gramsci en las primeras páginas de *Nacionalismo y Liberación*. Sin embargo, considero necesario revisar las apreciaciones de Adriana Puiggrós (1997) que tienden a jerarquizar las influencias del revolucionario sardo en su obra:

El reproductivismo pedagógico de J. J. Hernández Arregui contrasta con sus lecturas de Gramsci, quien descubrió el antagonismo inherente al proceso educacional. Sin embargo, J. J. Hernández Arregui había incorporado conceptos fundamentales del autor de “Cuadernos de la Cárcel”. No se había interesado por el recorte prudente que hizo el togliatismo en la segunda postguerra, ni por el espontaneísmo que se diferenciaba de Lenin y prefería a Sorel y a Rosa Luxemburgo. Eligió al Gramsci teórico, al de la teoría de las articulaciones y de la hegemonía, el de la vinculación entre la teoría y la práctica (Puiggrós, 1997:73).

Más adelante reparo en estas y otras apreciaciones de Puiggrós sobre la obra de J. J. Hernández Arregui. Reténgase por ahora la gravitante presencia gramsciana sugerida. Me inclino por asumir que el autor no se apropió de forma significativa de Gramsci, no “eligió a Gramsci”. La presencia del comunista italiano en J. J. Hernández Arregui fue muy puntual, tangencial: sólo una cita en *Nacionalismo y liberación* (1969/2011:17).

Hay distintos intérpretes de la obra del autor que señalan esa influencia marginal de Gramsci: Horacio González lamenta que haya rechazado al revolucionario sardo

(2012:20); Galasso (2012) no menciona a Gramsci en el conjunto de su interpretación de J. J. Hernández Arregui; Piñeiro Iñíguez (2013:182) aduce, puntualmente y sin ninguna otra mención, que el autor se asentó en el marxismo-leninismo, acudiendo ocasionalmente a autores como Mao Tse-Tung o Gramsci (aunque lo hace mucho más con el primero que con el segundo)²⁷. La sospecha inicial hacia el “escritor extranjero” cambió en el curso de sus escritos, pero J. J. Hernández Arregui en ningún caso se convirtió en “gramsciano” o “incorporó conceptos fundamentales” de Gramsci como sustento teórico de sus interpretaciones.

Además de citar sólo al comunista italiano en una ocasión en el conjunto de su obra, en la propia revista dirigida por J. J. Hernández Arregui, Gramsci brilla por su ausencia. No existió apelación alguna al revolucionario sardo en los dos números, con excepción de un artículo de César Arias que mencionó en una ocasión a Gramsci, situándolo bajo las coordenadas del marxismo-leninismo y, por tanto, sin que se desprenda ninguna innovación político-teórica relevante:

La toma de posición sobre el papel de la burguesía en los países dependientes deber ser la resultante, como dice Gramsci, del conocimiento de lo nacional, que es la forma correcta de aplicar la filosofía de la praxis, tanto en la formulación de su fundador (Marx) como en la precisión de su más grande teórico reciente, Lenin (Hernández Arregui: 1973:116)²⁸.

²⁷ Además de las menciones frecuentes a Mao Tse-Tung, la revista dirigida por J. J. Hernández Arregui, *Peronismo y socialismo*, en su primer número reeditó, en su sección Documentos del Tercer Mundo, un escrito de Mao Tse-Tung, titulado “La cuestión de la independencia y autonomía dentro del Frente unido”. El Comité de Redacción le dedicó una breve presentación, considerando que el escrito del “gran Mao” constituía “un ejemplo de la forma en que un gran movimiento de liberación pudo resolver con éxito el problema de la ‘unidad nacional’”. Comité de Redacción, “Documentos del Tercer Mundo”, *Peronismo y socialismo*, año I, n° 1, septiembre de 1973, p. 118.

²⁸ Arias, C. “El Estado argentino como marco del ejercicio del poder”. *Peronismo y socialismo*, año I, n° 1, agosto de 1974, p. 116. Es posible que la referencia no haya sido la editorial Lautaro. C. Arias citó “*La política y el Estado moderno*, pág. 169”. Seguramente aludió a la edición española a cargo de Península que en 1971 publicó *La política y el estado moderno*. Barcelona: Península (ediciones de Bolsillo), traducción: Jordi Solé i Tura. El libro era una antología de la edición de Einaudi de 1949 del *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce y Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo satato*. En la página 169 de esta edición española se encuentran similitudes con la cita de Arias. Así, C. Arias pretendía articular sus consideraciones en torno al papel de la burguesía con el principio filosófico gramsciano que planteaba a la nación como punto de partida (más allá que la perspectiva fuera internacional). Gramsci oficiaba de autoridad marxista para pensar lo propio, lo nacional.

Es indudable el peso e influencia teórica de J. J. Hernández Arregui en los miembros y autores/as de la revista. También resulta factible pensar que la nula presencia gramsciana en la revista dejaba entrever la escasa impronta gramsciana de su animador principal. Más aún, en su artículo publicado en el primer número de la revista, “¿Qué es el nacionalismo?” (pp. 130-135), reeditó la introducción al libro *Nacionalismo y liberación* donde había citado al revolucionario sardo, aunque con recortes por razones de extensión. Entre las partes eludidas, estuvo su cita y mención a Gramsci.

Puiggrós (1997) realiza dos aportaciones sobre el legado pedagógico de J. J. Hernández Arregui. En primer lugar, sostiene que su posición político-pedagógica “es reproductivista y coincide con la que se ha generalizado entre los docentes que están en rápido proceso de acercamiento al campo nacional popular” (1997:72). Por aquellos años la figura emblemática de las posiciones “educativas crítico-reproductivas” remitía a L. Althusser. Sin embargo, y esta es la segunda aportación, la autora se esfuerza en mostrar que su reproductivismo pedagógico contrastó con las lecturas de Gramsci de quien, asegura, “había incorporado conceptos fundamentales”. La calificación bajo el “crítico-reproductivismo” y, específicamente el estructuralismo althusseriano de los planteos pedagógicos de J. J. Hernández Arregui, conlleva algunos equívocos²⁹. Es indudable que existieron elementos en el autor que estaban dirigidos a denunciar el carácter reproductor y legitimador de un orden social semi-colonial por parte del sistema educativo: la oligarquía –afirmó- difundía su concepción del mundo y ésta impregnaba el terreno educativo mientras los maestros se reducían a intermediarios de la oligarquía. Anclado en el marxismo, J. J. Hernández Arregui sostenía que las ideas dominantes de una sociedad respondían a las clases dominantes mientras que los sectores medios, entre ellos los maestros, se plegaban “gustosamente” a esta colonización cultural³⁰. Con este abordaje se obturaba la

²⁹ El sentido de la calificación de reproductivista de J. J. Hernández Arregui por parte de Puiggrós es susceptible de diálogo con otras apreciaciones sobre su obra. Por ejemplo, Terán destaca el predominio de una mirada economicista en J. J. Hernández Arregui que asimila de manera lineal expresiones superestructurales a la instancia estructural, en rigor, a las características de la producción en países semi coloniales (Terán, 1991:117).

³⁰ Por ejemplo: “Entre la clase alta que educa y las clases inferiores educadas, hay capas intermedias que sirven a esa clase. Maestros, periodistas, profesores. Por eso el sistema educativo de la oligarquía, junto con el desentendimiento de la ciencia, ha dirigido férreamente la enseñanza de la historia, del derecho, de la literatura, materias formativas por excelencia, a los fines de afirmar y justificar ante las demás clases su dominio político y petrificar culturalmente su prestigio. Esta materias, enseñadas tendenciosamente, han sido las armas defensivas del conservatismo social de la clases altas” (1960/2011:74). También años más tarde, en una línea similar, aseveraba: “las cabezas apollilladas de los profesores secundarios

posibilidad de una intervención específica y transformadora en el seno de las instituciones educativas. Puiggrós atribuye fundamentalmente a estos elementos el atributo reproductivista de J. J. Hernández Arregui cuando los mismos, como se intentará demostrar, derivaban de su historicismo marxista y de su postura antiintelectualista, no de una adscripción al reproductivismo pedagógico. Existen varias razones que efectivamente indican que la posición político-pedagógica de J. J. Hernández Arregui no era “crítico-reproductivista”.

En primer lugar, el apodo reproductivista por parte de Puiggrós alude a la obra althusseriana de la década del 60 y a sus reflexiones sobre el aparato escolar, tan influyentes y difundidas. Es posible que algunas de las conclusiones de J. J. Hernández Arregui sobre el sistema educativo se hayan articulado con el reproductivismo althusseriano al que adscribían docentes del nacionalismo popular, como sostiene la autora. Pero evaluar el planteo pedagógico de J. J. Hernández Arregui en términos reproductivistas implica yuxtaponer bases filosóficas disímiles. El autor, sin anunciarlo explícitamente, se diferenció del althusserianismo que asumió al marxismo en términos antihistoricistas y antihumanistas. En cambio, tal y como se ha apuntado, J. J. Hernández Arregui aprehendió en clave historicista al marxismo. Desde aquí reflexionó sobre el plano educativo, pero a su vez gran parte de sus consideraciones sobre la educación fueron anteriores a los principales escritos de corte estructuralistas de Althusser, situados hacia mediados y fines de los 60.

En segundo lugar, la asociación de J. J. Hernández Arregui con un enfoque “crítico-reproductivista” oscurece sus aperturas y propuestas en materia educativa. En rigor, el sobrenombre “reproductivista” conduce a un ejercicio estéril: el de introducir excepciones a su supuesto reproductivismo. Así, este ejercicio lleva, inexorablemente, a impugnar a la categoría en cuestión. De hecho, la propia autora intenta mostrar que el reproductivismo de J. J. Hernández Arregui encuentra ciertos quiebres:

En algún momento de la producción de Hernández Arregui, la postura reproductiva empieza a ceder. Con dificultad, y aunque prefiriendo usar la

y universitarios también van descubriendo a medias lo nacional. Pero no pueden romper con el pasado agropecuario y sus mitos. A él están adheridos como pólipos, pues los profesores, cualquiera sea la idea que tengan de sí mismos, son parte de la burocracia estatal. Están comisionados para educar, o mejor dicho, socializar a la infancia, la adolescencia, la juventud, que pasa por las aulas, dentro de los valores preestablecidos por el Estado, y de los cuales su propia formación profesional ha brotado. Es obvio, que tales capas intelectuales están encarpetadas por su situación social de dependencia dentro de un sistema mayor que engloba al educativo” (1969/2011:18-19).

categoría intelectuales para referirse a los orgánicos de la clase dominante, J. J. Hernández Arregui reconoce dos categorías de escritores portadores de dos visiones adversas del país. Destaca la aparición de una literatura nacionalista, que se ha puesto de moda, y una pasión por los libros esclarecedores de la conciencia nacional, por primera vez en el siglo (Puiggrós, 1997:74).

Es llamativo que Adriana Puiggrós señale aquí un cierto quiebre del reproductivismo pedagógico de J. J. Hernández Arregui. Llamativo sencillamente porque el reconocimiento de las dos categorías de escritores a las que alude se encuentra ya en la primera obra importante de J. J. Hernández Arregui: *Imperialismo y Cultura* de 1957. Por su parte Carli (2013), profundiza en un aspecto sólo mencionado por Puiggrós: la nacionalización creciente del estudiantado. A diferencia de sus primeras obras, en las que mantuvo su recelo frente a un estudiantado opositor al gobierno de Perón, y aunque sea posible rastrear algunas modificaciones en los años 60 (por ejemplo, en la Advertencia a la II edición de *Imperialismo y cultura* de 1964), el viraje fue notorio a principios de los 70. Así, por ejemplo, en *Peronismo y socialismo* de 1972, en el marco de la creciente afiliación al nacionalismo desde la izquierda de algunas franjas estudiantiles, caracterizaba del siguiente modo al sujeto estudiantil:

No sin embrollos teóricos, en la Argentina, la clase media dislocada por la filosofía del imperialismo que la hizo identificar al peronismo con el fascismo europeo, y que, además, por internacionalismo ultraterreno, también europeo, no vio al pueblo, hoy se hace nacional. En la Argentina, esta nacionalización creciente de la clase media, en especial, las capas universitarias, que ayer no entendían al pueblo y sus líderes, implica un redescubrimiento de la realidad. Tal es el caso de Perón, abominado por el estudiantado y erigido ahora en estandarte de liberación por jóvenes de esa misma clase media que no lo conocieron (Hernández Arregui, 1972/2011:16).

También es posible vislumbrar otros aspectos que remiten a aperturas pedagógicas de J. J. Hernández Arregui y que no pueden ser reducidas a un mero reproductivismo. Por ejemplo, en el marco de la convulsión política y social del país a

principios de los años 70 y de la debilidad con la que se sostenía la dictadura del General Lanusse, J. J. Hernández Arregui planteaba que la crisis social se reeditaba a nivel institucional, produciéndose “la fractura en cadena de todas las instituciones, la Iglesia, la Universidad, el Ejército, con su conclusión, la desarticulación total de la vida histórica” (Ibíd.:11). Y, en otro pasaje, referido al ámbito universitario, aseveraba: “En la crisis del colonialismo, al igual que el resto de las instituciones, la Universidad es precipitada al caos general. Jamás la Argentina ha conocido una conmoción universitaria tan profunda como actual”, produciéndose así “rupturas generacionales entre profesores y alumnos, entre padres e hijos” (Ibíd.:90). Afirmaciones inaprehensibles para el denominado reproductivismo pedagógico. Siendo más exhaustivos, se podrían exponer otros elementos pedagógicos que quiebran el reproductivismo endilgado por Puiggrós al autor. Pero se caería en la cuenta de que el mote “reproductivista” comporta más dificultades que soluciones. Es más interesante divisar su postura pedagógica en el marco del historicismo marxista y del peronismo de izquierda al que adscribió J. J. Hernández Arregui. Por eso, a continuación analizaré su postura pedagógica bajo estas coordenadas, y en el curso de este análisis, discutiré con la segunda aportación de Puiggrós sobre el autor consistente en atribuirle la incorporación de “conceptos fundamentales” de Gramsci.

El historicismo marxista operó como fundamento teórico en la explicación de la dominación escolar por parte de J. J. Hernández Arregui. Desde su postura era la clase dominante y su concepción del mundo la que impregnaba al sistema educativo en su conjunto, dotándolo de unidad y homogeneidad. En otras palabras, la capacidad de la oligarquía para tornarse clase dominante, se traducía en la difusión de su concepción a través de las instituciones educativas. Este es un nudo que se conservó en el autor a lo largo de su obra, algo que se puede ver en innumerables pasajes³¹. El modo de proceder de la oligarquía no era tan evidente desde el punto de vista social. A través de medios difusos e indirectos extendía y cohesionaba su poder a lo largo y ancho del país. Una especie de poder tentacular que atravesaba transversalmente todas las instituciones sin dejarse ver. A su vez, el autor articuló el carácter conservador y regresivo de la educación con el papel productivo de la clase dominante (aliada histórica del imperialismo). La oligarquía terrateniente se oponía al avance científico, básicamente porque no lo necesitaba. Entonces el papel del

³¹ En *Peronismo y socialismo* (1972/2011:13), por ejemplo, acuñó la categoría “idiotización pedagógica” para describir el tipo de educación impulsada por la oligarquía y el imperialismo que inducía al pueblo a mirar lo propio con ojos extranjeros.

sistema educativo –consideraba- se veía limitado a la formación en valores y hábitos de la clase dirigente.

Cabe mencionar que dentro de sus derivas pedagógicas, J. J. Hernández Arregui ahondó en la reflexión sobre el ámbito universitario. Consideró que su historia no era más que la historia de la oligarquía. Se daba una simbiosis entre universidad y espíritu colonial. La oligarquía redujo la misión de la universidad a formar conciencias adictas a los valores culturales derivados de la propiedad territorial y, en particular, una inteligencia enajenada (abogados, historiadores, periodistas, etc.) y puesta a su servicio³². La enseñanza universitaria, lejos de apuntar al progreso de la ciencia y al desarrollo industrial del país, era marcadamente anticientífica. Así, la oligarquía se empeñó en atribuir esta característica a las incapacidades singulares o inmanentes de los argentinos para la ciencia, enmascarando de esta forma su influencia y papel pedagógico regresivo (1960/2011:73-76).

Estas reflexiones educativas de J. J. Hernández Arregui se anudaron con una visión del Estado burgués característico del joven Marx, tantas veces retomado por la vertiente marxista historicista: la deshumanización del hombre se encarnaba en un Estado deshumanizado (Ibíd.:181). Dadas las características de nuestro país, las instituciones (entre ellas las educativas) encarcelaban la esencia enajenada del hombre. Lejos de realizarse en las instituciones educativas, el pueblo, argumentaba J. J. Hernández Arregui, se formaba una idea engañosa del mundo, perdiéndose en abstracciones funcionales a la oligarquía, en una falsa conciencia, en definitiva, en una alienación cultural. El hombre no dominaba unas relaciones sociales que se le presentaban como cosas independientes y ajenas a su voluntad, a lo cual se sumaba un Estado y unas instituciones educativas que promovían esta deshumanización. Repárese en la lejanía de J. J. Hernández Arregui respecto al estructuralismo marxista y a su reproductivismo para asir la dominación educativa. Su postura sería criticada por dicho estructuralismo, no sólo debido a su corte humanista, sino porque la unidad de una formación social se refería a una instancia central: la clase-sujeto de la historia. El marxismo de J. J. Hernández Arregui, en definitiva, descansaba, al igual

³² Éste es otro de los nudos que se mantuvieron a lo largo de la obra de J. J. Hernández Arregui. En el último número de la revista, ahora denominada *Peronismo y liberación*, se reeditó un discurso de J. J. Hernández Arregui de 1972 expuesto en La Recoleta en homenaje a Raúl Scalabrini Ortiz. Allí preguntaba: “¿Cuándo la Universidad ha alzado su voz contra el colonialismo? ¿No prueba esto que la Universidad, antes que templo del saber, es el asilo de la cultura colonial? O sea, de la invasión mental de fuerzas extrañas a lo propio”. Hernández Arregui, J. J. “Sobre Raúl Scalabrini Ortiz”, *Peronismo y liberación*, año I, n° 1, agosto de 1974, p. 68.

que el historicismo, sobre la versión marxista de la dialéctica hegeliana. Interpretación tantas veces criticada por el estructuralismo marxista.

De este nudo sobre las características de la dominación escolar, se derivaba el papel adjudicado a los docentes. Formados en la leyenda de la civilización sin máquinas y de la incompetencia industrial promulgada por la oligarquía, los maestros transmitían la concepción dominante: eran una suerte de mediadores entre la clase dirigente oligárquica y el pueblo a quien instruían en valores y pautas antinacionales. Provenientes en general de la pequeña burguesía y de ascendencia inmigrante, poseían un estado psicológico común: deseo de no informarse sobre la cuestión nacional, que les inspiraba una repulsa instintiva y la sospecha de que todo libro nacional era “nacionalista”. Abanderaban un desprecio hacia el pueblo y sus manifestaciones culturales. Heterogéneos en su composición económica, y divididos en estratos, los miembros de las clases medias, debido a su propia inestabilidad económica, eran elementos pasivos e intermediadores de la clase gobernante. Ya J. J. Hernández Arregui, en *La formación de la conciencia nacional*, y prosiguiendo las clásicas reflexiones del marxismo leninismo articuladas con la retórica histórica del peronismo, le atribuyó a la clase media una falta de entidad política propia. El término “pequeño burgués” constituyó una categoría analítica que actuó como epíteto descalificatorio. Así sus reflexiones en torno a la intelectualidad estuvieron atravesadas por su antiintelectualismo, es decir, por una crítica y sospecha permanente hacia la clase media caracterizada por la difusión y legitimación de las ideas dominantes desde las propias instituciones comandadas por la concepción del mundo de la oligarquía. Esta concepción abarcaba incluso a los “docentes bienintencionados”³³.

Según J. J. Hernández Arregui existía una escisión en el seno del sistema escolar entre intelectuales y pueblo, entre educadores y educandos. La clase media, en lugar de promover la elevación y unificación de la concepción del pueblo, se empeñaba en su desprecio. Fue desde este prisma, es decir, desde la incompreensión de los intelectuales respecto al pueblo y su cultura, tan marcado y conservado a lo largo de su obra, que en 1969 J. J. Hernández Arregui citó al revolucionario sardo: “Este fenómeno ha sido inobjetablemente expuesto por Gramsci” (1969/2011:17). E inmediatamente apelaba a un conocido pasaje gramsciano:

³³ Por ejemplo: en *Nacionalismo y liberación* sostenía, retomando la noción de falsa conciencia, que existía “gente errada de buena fe bajo la horma pedagógica de una educación institucionalizada” (1969/2011:16);

El elemento popular siente pero no siempre comprende y sabe; el elemento intelectual sabe pero no siempre comprende, y especialmente, no siempre siente. El error del intelectual consiste en creer que se puede saber sin comprender y especialmente sin sentir que uno es apasionado, es decir, sin sentir las pasiones elementales del pueblo. No se hace crítica ni historia sin estas pasiones, esto es, sin esta conexión sentimental entre los intelectuales y el pueblo nación. Si la relación entre intelectuales y pueblo nación, entre dirigentes y dirigidos, entre gobernantes y gobernados, está dada por una conexión orgánica en la cual el sentimiento-pasión se convierte en comprensión por lo tanto saber (no mecánicamente sino de un modo vivo), sólo entonces es la relación de representación y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigidos y dirigentes, esto es, se realiza la vida de conjunto que es lo único que constituye la fuerza social, se crea el bloque histórico (Ibíd.:17)³⁴.

Pero J. J. Hernández Arregui lo hacía sin mostrar innovación alguna en materia pedagógica respecto a su encuadre teórico de años anteriores:

El hecho señalado por Gramsci se explica por sí mismo. Los intelectuales, y en especial los educadores, son también fenómenos

³⁴ Existen ciertas modificaciones menores en la cita respecto a la edición argentina de 1958 a manos de Lautaro, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, correspondientes al capítulo II, y específicamente a la sección *Paso del saber al comprender, al sentir y viceversa, del sentir al comprender, al saber*. Hay algunos recortes no explicitados en la cita (aunque sería habitual en el modo de trabajo de J. J. Hernández Arregui) y modificaciones en algunas palabras. Otras versiones por entonces disponibles que podría haber consultado el autor eran la edición original italiana de 1948 (con sus reediciones), los dos volúmenes de la edición italiana de Il Saggiatore de 1964, que abarcó 2.000 páginas de la obra de Gramsci, o una edición francesa de obras selectas en un volumen de poco más de 500 páginas, de 1959. También pudo haber citado el trabajo de R. Mondolfo (1956:410) quien apeló a este conocido párrafo gramsciano. La cita de J. J. Hernández Arregui se acerca bastante a la de R. Mondolfo (quien seguramente tradujo el párrafo gramsciano del italiano al español).

Por otra parte, ésta no fue la primera referencia al clásico párrafo gramsciano desde el nacionalismo popular. Ricardo Varela (presumiblemente seudónimo detrás del cual se escondía Ernesto Laclau) también lo hizo en el artículo ya mencionado, "Gramsci y los gramscianos", *Izquierda Nacional*, año II, n° 4, octubre de 1963, colocando en su epígrafe la cita en cuestión.

sociales, y en su calidad de tales, han sido formados como individuos por la generación más antigua que, de este modo, los ha socializado a su servicio (Ibíd.:17).

De esta forma, J. J. Hernández Arregui utilizó a Gramsci para tratar la temática de la escisión intelectual-pueblo bajo la perspectiva teórica de años anteriores. Sin embargo, no hubo innovación, no hubo una incorporación de “conceptos fundamentales” del revolucionario sardo. En este sentido, Puiggrós considera que J. J. Hernández Arregui, al igual que Gramsci, concibió a los educadores como una subcategoría de los intelectuales, pero enfatizó su socialización al servicio de la clase dominante. Aduce, con razón, que esto se basó en su desconfianza a la intelectualidad liberal, en otras palabras, en su antiintelectualismo. No obstante, Puiggrós, en lugar de divisar una discordancia general entre la noción de intelectual gramsciana y la de J. J. Hernández Arregui, dirime el asunto en términos de énfasis. Es posible extraer conclusiones. El autor no incorporó la noción de intelectual gramsciana, que en sus lineamientos principales era concebido como un organizador permanente, como un actor comprometido con la vida práctica y, en ciertos casos, capaz de devenir orgánico a la clase dominada.

Lo cierto es que este atributo de la intelectualidad, de los educadores, no fue tratado por J. J. Hernández Arregui. Él se mantuvo fiel a su antiintelectualismo y a su encuadre teórico previo a la lectura del revolucionario sardo. Parecería pues más acertado concluir que el autor no asumió a los educadores como una categoría dentro de la categoría intelectuales al estilo gramsciano. Pero Puiggrós insiste en endilgarle un “gramscismo” a J. J. Hernández Arregui en su tratamiento de la intelectualidad. Inmediatamente después de establecer un vínculo entre la noción de intelectual gramsciana y el tratamiento del intelectual en J. J. Hernández Arregui sostiene: “Extraña que Hernández Arregui no conociera la producción de Gramsci en ‘Ordine Nuovo’ (1919-1921)...”. Aquí hay dos puntos importantes a señalar. En primer lugar, hacia 1969 no estaba tan extendido el conocimiento de los escritos de juventud de Gramsci en Argentina, en particular, *L’Ordine Nuovo*. Presumiblemente, la primera traducción al castellano de escritos consejistas de Gramsci fue realizada por la editorial Argonauta en 1921, en un cuadernillo titulado *Hacia una sociedad de productores*. En este cuadernillo se incluyó un texto de Gramsci bajo el título “La concepción marxista comunista de los Consejos de Fábrica”, tomado de *L’Ordine*

*Nuovo*³⁵. Después, recién a inicios de la década del 70, se publicaron en castellano algunos escritos ordinovistas³⁶. Por tanto, para conocer los artículos de Gramsci en dicho periodo, J. J. Hernández Arregui debería haber accedido a la edición italiana *L'Ordine Nuovo 1919-1920*, Torino: Einaudi, publicada en 1954 (y reeditada en 1955 y 1970), cuya circulación local era escasa³⁷. De allí que es más bien extraño que J. J. Hernández Arregui haya conocido la producción ordinovista de Gramsci.

En segundo lugar, tampoco se entienden las razones por las que J. J. Hernández Arregui debería haber vinculado estos escritos de Gramsci con la temática del

³⁵ Agradezco a Daniel Campione esta referencia.

³⁶ Sacristán Manuel, *Antonio Gramsci. Antología*. México: Siglo XXI. La primera edición fue en 1970. Allí se incluyeron artículos ordinovistas. Además de acercar escritos de Gramsci desconocidos en castellano hasta ese momento, y ordenarlos cronológicamente, el libro incluyó una tabla de datos y fechas que permitieron acercarse a la trayectoria vital, política e intelectual del revolucionario sardo. Otra antología de Gramsci en castellano (y también en catalán) fue realizada desde 1967 por Jordi Solé i Tura, quien reunió en tres secciones el pensamiento del revolucionario sardo: Gramsci, A. (1967), *Cultura y literatura*. Barcelona: Península; Gramsci, A. (1970), *Introducción a la filosofía de la praxis*. Barcelona: Península; Gramsci, A. (1971), *La política y el Estado moderno*. Barcelona: Península. De todos modos, esta antología no incluyó textos del *L'Ordine Nuovo*. En los 70 este autor prosiguió su labor, con la edición en castellano de otros escritos de la versión temática de los *Cuadernos*. Al citado trabajo *La política y el estado moderno* (1971), le antecedió *Introducción a la filosofía de la praxis* (1970) también con la editorial Península que incluyó escritos correspondientes a *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*. Otra antología sobre Gramsci con circulación local en los 70 fue la dispuesta por Spinella, Mario, *Pequeña antología política*. Barcelona: Libros de confrontación (traducción al español de Juan Ramón Capella), aunque no incluyó artículos del *L'Ordine Nuovo*.

Ediciones donde se incluyeron escritos ordinovistas a principios de los 70 en idioma español, fueron:

Autores/as varios (1972). *Consejos obreros y democracia socialista*. Bs. As.: Pasado y Presente. Cuaderno n° 33; la primera edición fue en agosto de 1972. Se reeditó el artículo de Gramsci "El movimiento turinés de los consejos de fábrica" (de Julio de 1920) publicado en la *Antología* de M. Sacristán.

Gramsci, A. (1973). *Consejos de Fábrica y estado de la clase obrera*. México: Roca; reunió escritos de 1919 y 1920 de Gramsci, producidos para *L'Ordine Nuovo*.

Gramsci, A. (1973). "Democracia obrera y socialismo", *Revista Pasado y Presente*, año IV (nueva serie), n°1, abril/junio de 1973 pp. 103-140; bajo ese título los denominados "gramscianos argentinos" publicaron algunos de los escritos de Gramsci en *L'Ordine Nuovo*. J. Aricó preparó una introducción a los mismos, titulada "Espontaneidad y dirección consciente en el pensamiento de Gramsci" (pp. 87-102).

Mandel, E. (1974). *Control obrero, consejos obreros, autogestión*, (antología), Tomo 1, México: Ediciones Era; la edición original en francés fue escrita en 1970. La compilación incluyó algunos artículos de *L'Ordine Nuovo* entre las páginas 210 y 234, aunque, como ha señalado Santella (2012), Gramsci no fue nombrado por Mandel en su larga introducción a la antología.

³⁷ También en 1963 la casa Einaudi publicó una antología de *L'Ordine Nuovo*, con una introducción de Paolo Spriano. Editori riuniti la reeditó en 1965 con el título *Gramsci e L'Ordine Nuovo*. En 1964, la editorial Il Saggiatore en Milán publicó dos volúmenes titulados *2000 pagine de Gramsci* que incluyó algunos escritos de *L'Ordine Nuovo*. En 1966 se publicaron otros artículos ordinovistas desconocidos hasta entonces también por la editorial Einaudi: *Socialismo e fascismo: L'Ordine Nuovo (1921-22)*.

intelectual como educador. En *Cuadernos...*, Gramsci desarrolló sus reflexiones sobre los intelectuales y los vínculos con la organización cultural. Los escritos de *L'Ordine Nuovo*, destinados "a nacer y morir en el día", como decía el revolucionario sardo, tenían un registro diferente a los *Cuadernos...*, escritos "para la eternidad" (*für ewig*). Apuntaban a la intervención política, a la organización obrera directa. Más allá de alguna posible articulación, rastrear aquí su teoría y reflexiones sobre los intelectuales resultaría anacrónico.

Hasta ahora comenté una línea de las reflexiones pedagógicas de J. J. Hernández Arregui ligada a la dominación escolar y al papel de los maestros promovido por la oligarquía. Hay otra que remite a la transformación del sistema educativo. Este es sin duda otro argumento para no encuadrar al autor en los confines del "crítico-reproductivismo". Y nuevamente sólo es inteligible teniendo en cuenta su historicismo marxista y su adscripción al peronismo de izquierda. J. J. Hernández Arregui partió de la clásica aseveración historicista, y la revistió de una impronta nacional: "cada clase social, aunque enmantada en la cultura nacional, tiende a concebir el mundo de modo distinto" (1963/2011:122). Comprendían querellas culturales. Por ejemplo, mientras Borges, representante de la oligarquía ganadera argentina, despreciaba el *Martín Fierro* por rudimentario, las masas populares lo asumían como propio. Pero en J. J. Hernández Arregui estas querellas culturales no ingresaban o se reeditaban en el plano de las instituciones educativas. El sistema educativo conservaba la cultura dominante y se mantenía inmune a las querellas culturales. Como bien observa Puiggrós (1997:74), el autor tenía limitaciones para entender el conflictivo vínculo pedagógico-escolar. Justamente, ésta es otra razón más para fundamentar la ausencia de Gramsci en J. J. Hernández Arregui. El revolucionario sardo estableció un lazo histórico entre hegemonía y pedagogía: la hegemonía dominante debía realizarse, producirse, y esto, por tanto, habilitaba a pensar las impugnaciones en el propio vínculo pedagógico.

J. J. Hernández Arregui planteó otra salida para la transformación del sistema educativo que no se fundamentaba estrictamente en el vínculo pedagógico. Anclado en Lenin y en el peronismo de izquierda, postuló que cualquier transformación educativa por parte del pueblo requería la toma del poder político. El autor desconfiaba de las instituciones (históricamente ligadas a la oligarquía) y de la capacidad de disputa en su seno. Era preciso un fuerte golpe de timón, tal y como lo había impulsado Perón en su primer y segundo gobierno. Se debía retomar el poder usurpado para motorizar las transformaciones, entre ellas las educativas. Nuevamente

desde su historicismo marxista, sostenía que el Estado no era una entelequia abstracta sino una creación de los hombres y la expresión de las clases sociales y de sus luchas nacionales (1969/2011:35). J. J. Hernández Arregui construyó una articulación entre la organización popular y la capacidad de orientar al Estado hacia otro rumbo: el socialismo nacional y el fortalecimiento del pueblo. Se requería organización para la conquista del poder político, y, una vez conquistado el Estado, se debían impulsar políticas orientadas a la maduración política popular, para elevar al pueblo al estatus de clase nacional (Ibíd.:45). Planteaba un proceso de organización popular correlativo a la conformación de un nuevo Estado-nación, pero el punto decisivo era alcanzar el poder político para que el proletariado pudiera devenir clase nacional.

Como se puede observar, J. J. Hernández Arregui estaba imbuido por la teoría leninista. Si bien el asunto es espinoso y polémico, es posible argumentar que Gramsci introdujo cierta innovación teórica respecto al leninismo al jerarquizar la dirección política (hegemonía) antes del acceso al poder. Para volver viable la victoria en los “países occidentales”, el proletariado debía convertirse en clase dirigente, en términos de influencia de su concepción del mundo sobre otros sectores sociales, antes de la conquista del poder político. De alguna manera, esta clase podía ser hegemónica sin contar aún con el predominio político. Esta reflexión de Gramsci para una estrategia revolucionaria en los países occidentales se distanciaba parcialmente de Lenin, quien insistió sobre el hecho de que la clase dominada no podía conquistar el lugar de la ideología dominante antes de la conquista del poder político. Por tanto, J. J. Hernández Arregui proseguía los clásicos lineamientos leninistas, tamizados por su inquietud acerca de la reconquista del poder político por parte del peronismo. Si bien enfatizó la necesidad de la batalla cultural, en ningún caso lo hizo al estilo de la “guerra de posiciones” defendida por Gramsci, o pretendiendo que el proletariado deviniera hegemónico con anterioridad al predominio político, es decir, a la conquista del poder. Por ello creo conveniente revisar la afirmación de Puiggrós (1997) cuando aduce que J. J. Hernández Arregui “eligió al Gramsci teórico, al de la teoría de las articulaciones y de la hegemonía...”. En esta afirmación se produce otro anacronismo. La interpretación y uso de la hegemonía gramsciana en clave de articulaciones es posterior a los años de producción de J. J. Hernández Arregui. Recién en el denominado *exilio mexicano* es donde se incubará esta interpretación y uso de la

hegemonía, siendo el escrito de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista* de 1985, su expresión posterior más cabal³⁸.

En torno a la organización del proletariado, J. J. Hernández Arregui, desde su adscripción al peronismo de izquierda, jerarquizó y puso en el centro del tablero la unidad entre el pueblo y Perón. El proletariado se organizaba en voluntad unitaria contra el coloniaje a través del General. Alejado de un enfoque liberal, consideraba que los líderes constituían expresiones y creaciones de los movimientos populares nacionales que, al mismo tiempo, se potenciaban y organizaban alrededor de esta figura (1969/2011:17). Es cierto que existen elementos para vincular estas reflexiones de J. J. Hernández Arregui con la interpretación del *Príncipe* de Maquiavelo en Gramsci, pero no hay rastros certeros para explorar esta línea. De hecho, en las primeras obras de J. J. Hernández Arregui, antes de su consideración positiva hacia Gramsci, se encuentran reflexiones semejantes acerca del liderazgo popular. Por ello parece forzado cuando Puiggrós (1997:74) yuxtapone planteos del autor con alusiones al maquiavelismo gramsciano, sugiriendo alguna influencia de este último sobre el primero. Similar argumento es posible aplicar cuando la autora sostiene que la asunción del pueblo como “estados sociales colectivos” (1974:75) en J. J. Hernández Arregui proviene de Gramsci. En todo caso, se puede sugerir que el comunista italiano abonó este tratamiento historicista, ya que en sus primeras obras, abordaba la categoría pueblo en el mismo sentido, es decir, de un modo no esencialista sino histórico. Nuevamente, es el historicismo marxista acuñado por J. J. Hernández Arregui el que explica este tratamiento de la categoría de pueblo, y no tanto la influencia del revolucionario sardo.

El autor no se detuvo sólo en proclamar la reconquista del poder político para impulsar una concepción del mundo popular a través del sistema educativo. También diagramó un programa en término de contenidos. Ante la existencia de dos clases sociales en pugna por imponer su concepción del mundo, se debía potenciar la versión popular. La “educación racional”, como la denominaba J. J. Hernández Arregui (1963/2011:131), es decir, una educación en oposición a la falsa conciencia promovida por la oligarquía, debía fundarse en la herencia cultural del pueblo y en la

³⁸ Esta interpretación de la hegemonía tuvo como principal momento y espacio de gestación las ponencias y discusiones del Seminario sobre hegemonía y alternativas populares en América Latina, organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, y realizado en la ciudad de Morelia, Michoacán, México, en febrero de 1980. Las ponencias fueron publicadas años más tarde en Labastida, J. (coord.) (1985). *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, México: Siglo XXI.

realidad americana. En innumerables pasajes de su obra, insistió en la escisión entre la cultura corporizada en las instituciones y la popular (por ejemplo, en 1960/2011:122). Por ello, y en articulación con su marcado antiintelectualismo, valorizó manifestaciones populares como el folklore (1972/2011:20). Sin embargo, y esto era fiel reflejo de su vertiente historicista, no sucumbió al esencialismo cultural. Las expresiones culturales del pueblo no se mantenían intactas, sino que se resignificaban a través de múltiples influjos, entre ellos, la dominación imperialista (1957/2011:244; 1963/2011:109). Con anterioridad a Paulo Freire, sugirió que los contenidos educativos de una educación revolucionaria debían anclarse en las realidades históricas populares, y proponía a los maestros reconocer estas expresiones:

Por ser una acumulación histórica de la vida de un pueblo, el peso de las tradiciones es difícil de contrapesar con medios racionales. La educación de un pueblo reposa en las tradiciones, por así decir, codificadas, y la clase educadora aploma su prestigio en el respeto hacia ciertos valores de clase que vienen de atrás y aureolan su dominio presente (Hernández Arregui, 1963/2011:121).

La educación tenía como tarea elevar a los estratos populares, tornar coherentes sus nociones del mundo, en contraposición a la concepción del mundo mistificadora difundida por la oligarquía. Tampoco J. J. Hernández Arregui adhirió a un romanticismo popular. Dio valor a las manifestaciones populares, pero permaneció atento a sus facetas de dominación, a la continuidad con la concepción del mundo dominante: “Al pueblo no hay que embellecerlo. Hay que tomarlo como es. Un espíritu contradictorio.” (Ibíd.:135). De ahí la doble tarea de una educación revolucionaria: apasionar la cultura nacional y alentar su progresividad, o lo que es lo mismo, aprovechar las tradiciones enraizadas en el pueblo, pero desechar las que se oponían al cambio, sobre todo aquellas ligadas a las antiguas relaciones de producción bajo el dominio oligárquico. La conciencia nacional revolucionaria resultaba de integrar la tradición con los conocimientos avanzados, científicos (Ibíd.:136)³⁹.

³⁹ Por ello resulta llamativo cuando Kohan (2000a) sostiene que el culturalismo historicista de J.J. Hernández Arregui condujo a rescatar los saberes populares pero convivió con una fuerte impronta antimoderna y tradicionalista que implicó, a su vez, cierto rechazo a vanguardias estéticas o insumos extranjeros. En rigor, el rescate de los saberes populares en J.J.

Como se observa, J. J. Hernández Arregui, desde el historicismo y el peronismo de izquierda, desarrolló un conjunto de apreciaciones que lo acercan, en cierta medida, más a la tradición de Paulo Freire que al “reproductivismo”⁴⁰. De todas maneras, insistió en que la posibilidad de un sistema educativo capaz de organizar y elevar a las masas debía ser efecto de la revolución, y no la revolución efecto de la escuela. En sociedades coloniales, donde los movimientos populares estaban proscritos y alejados del poder, planteaba la inviabilidad de cualquier reforma educativa popular. De este modo, las intervenciones educativas transformadoras en el seno de las instituciones impregnadas por la oligarquía eran desechadas o suturadas. Al mismo tiempo, parte de la tradición iluminista marcó sus preocupaciones pedagógicas. Por ello, y a pesar de que citó en distintos pasajes la IIIª Tesis sobre Feurbach, la cual contenía la clásica aseveración de que “el educador debe ser educado”, la interpretó en términos de fomentar una educación capaz de elevar al pueblo desde sus realidades, no profundizando en la conformación de un vínculo integralmente democrático entre educador-educando y dirigente-dirigido. De ahí, por ejemplo, que se refiriera a la educación revolucionaria en términos de una correa de transmisión de nuevos contenidos. La faceta vincular de la educación revolucionaria no fue tematizada o profundizada por J. J. Hernández Arregui, específicamente en lo referido a la transformación de los propios educadores en su pretensión de transformar a los educandos. Por lo que esa dificultad para extraer el conjunto de consecuencias de esta IIIª Tesis sobre Feurbach tantas veces comentada por el revolucionario sardo, ¿no es en realidad otra razón para concluir que J. J. Hernández Arregui no “eligió a Gramsci”?

Hernández Arregui no supuso una impronta antimoderna generalizada y repulsiva a los avances culturales provenientes de la ciencia o del mundo extranjero. No rechazó los aportes técnicos extranjeros, sino que marcó su tratamiento y asimilación desde una perspectiva nacional. En todo caso, J.J. Hernández Arregui impugnó los insumos o vanguardias extranjeras cuando éstos remitían a meras modas, expresando así la disposición de la clase media o de la oligarquía hacia lo extranjero “por lo extranjero mismo” y no por sus aportes sustantivos. Es cierto que su polémica vinculación de la inmigración extranjera con efectos de deformación intelectual en la clase media local y retroceso de los sentimientos nacionales, así como la descalificación de sus manifestaciones culturales (el lunfardo o el tango), daba cuenta de aspectos tradicionalistas y antimodernos. Pero estas posiciones fueron revisadas por el autor en el curso de su obra. Con todo, asumo impreciso atribuirle una fuerte importación “antimoderna y tradicionalista” a J. J. Hernández Arregui.

⁴⁰ Carli (2013) también marca otra similitud entre Paulo Freire y el autor: el tratamiento del concepto de conciencia al anclarse en una raíz hegeliana.

Capítulo 6. El pensamiento político–pedagógico de Horacio González y su querrela por Antonio Gramsci

Hernández Arregui no dejaba de expresar el fastidio que le provocaba el hecho de que Agosti se hubiera servido “de un escritor extranjero, como Antonio Gramsci” (...) Apenas una década después, serán algunos jóvenes intelectuales peronistas, lectores entusiastas de las obras de Hernández Arregui, los que intentarán una apropiación de Gramsci en clave “nacional–popular” con la que se sentían identificados.

José Aricó (1988/2005:82)

6.1. El derrotero de las Cátedras Nacionales y de la revista *Envido* como marco de la gesta teórica de Horacio González

Que Horacio González (1944) es una figura destacada en el estudio de la obra de Gramsci en nuestro país es algo que casi nadie pone en duda. Aunque lo cierto es que su rol de pionero en el empleo y difusión de los escritos del revolucionario sardo a inicios de los años 70 –en el marco de la experiencia de las Cátedras Nacionales (CN) entre 1968 y 1972– no ha sido tratado en profundidad¹. A continuación, se abordan, atendiendo a sus derivas pedagógicas, el siguiente conjunto de escritos del sociólogo

¹ Burgos (2004:179–205) dedicó varias páginas a la polémica de H. González con *Pasado y Presente* y a la contienda por Gramsci en el marco de la disputa conocida como “Cátedras Nacionales vs. Cátedras Marxistas” a inicios de los 70. Éste es uno de los pocos antecedentes. El autor analizó una pieza clave: el prólogo a la edición “peronista” del cuaderno temático gramsciano *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado moderno* escrito por H. González. De todos modos, Burgos se centra en el derrotero del grupo *Pasado y Presente*, por lo que existen varias aristas a profundizar. También, y más recientemente, Ghilini (2011:1–14) ha aludido a la polémica “Cátedras Nacionales vs. Cátedras Marxistas” y a la disputa por el legado de Gramsci que contó con H. González como su animador principal. Sus reflexiones son puntuales dado que el artículo también se centra en la experiencia de las CN prosiguiendo, en líneas generales, el análisis de Burgos. Vale señalar que existe una prolífera producción sobre (o en torno a) la revista *Envido* y las CN, a la cual atenderé para delinear la escena político–intelectual de las reflexiones de H. González: Barletta (2000, 2002); Barletta, A. y M. Lenci (2001); Barletta, A. M., y Tortti, M. C. (2002); Manson (2003); Recalde, A. y Recalde I. (2007); Brachetta (2010); Faigón (2011, 2014); Dip, N. y Pis, D. (2011); Dip, N. (2013). Los propios protagonistas de la experiencia reconstruida también aludieron a este tema en escritos, como es el caso de J. P. Feinmann (2000); A. Armada (2010); H. González (2011), a través de entrevistas, A. Armada (entrevistado por Raffoul, N. y Beltramini, R., 2008), o bien mediante conversaciones entre H. González y J. P. Feinmann (2011).

argentino a principios de los 70, unos escritos en los que el acervo gramsciano ocupó un lugar central:

- “Estrategia, ideología, análisis institucional”. *Antropología del 3º mundo. Revista de Ciencias Sociales*, año II, n° 6, (número especial), sin fecha, pp. 113–116²;
- “Humanismo y estrategia en Juan Perón”. *Envido. Revista de política y ciencias sociales*, año II, n° 4, septiembre de 1971, pp. 27–38;
- “Prólogo. Para nosotros Antonio Gramsci”. En Gramsci, Antonio: *El príncipe moderno y la voluntad nacional–popular*. Buenos Aires: Puentealsina, 1972;
- “Estado planificador, movilización popular, socialismo nacional”. *Envido. Revista de política y ciencias sociales*, año II, n° 5, marzo de 1972, pp. 25–40;
- “Gorilas, integracionistas y lanusardos”. *Envido. Revista de política y ciencias sociales*, año II, n° 7, octubre de 1972, pp. 35–44;
- “La respuesta peronista a las elecciones trampa”. *Envido. Revista de política y ciencias sociales*, año II, n° 8, marzo de 1973, pp. 6 –15.

Estos escritos de H. González son susceptibles de una aprehensión unitaria. Más allá de la heterogeneidad de temáticas tratadas y de énfasis particulares, resultaron un epifenómeno de la experiencia de las CN y se situaron en una franja temporal bien delimitada: 1971–1973³. Enunciaban preocupaciones similares, como lo es la

² Los números 5 y 6 de la revista no fueron fechados en tanto materiales dedicados al debate en el seno de las CN. El propio artículo de H. González lo ilustra en su apertura: “Este comentario es el rápido resumen de un artículo que estaba preparado para la publicación colectivas de las CN. A medida que pasaban los días la extensión de ese artículo aumentaba peligrosa y kiloméricamente; las discusiones políticas que tienen lugar en los trabajos de Problemas de Sistemática [donde se desempeñaba como docente] me hicieron ver la necesidad de ajustar y entonces aproveché, de paso, para abreviarlo al máximo y darle un carácter más declarativo, ahorrador de largas fundamentaciones y exposición de sus supuestos” (p. 113). El n° 4 de *Antropología del 3º Mundo* fue publicado en septiembre de 1970 y el n° 7 en mayo de 1971. Atendiendo a estas fechas, a la frecuencia de la publicación y al estudio de Recalde, A. y Recalde I. (2007:174), presumiblemente el n° 6 se ubicó a principios de 1971 y el n° 5 a fines de 1970.

³ El “prólogo” de H. González no resultó estrictamente un producto de las CN. Pero además de compartir semejantes preocupaciones y, como se verá, resultar comprensible a la luz de las polémicas protagonizadas por las CN, el sociólogo argentino contó para su publicación con la colaboración de M. Hurst, uno de los fundadores de *Envido*, revista característica de las Cátedras: “Con un amigo que se llamaba Miguel Hurst, y que era editor, inventamos una editorial (...) Era un libro muy precariamente editado. A la editorial le pusimos *Puentealsina*. Ese fue el único libro de la Editorial” (H. González citado en Burgos, 2000:193).

fundamentación de un linaje peronista de izquierda en debate con posiciones antiperonistas; la interpretación, defensa y articulación, con distintos autores de cuño marxista o tercermundista, de la doctrina político–militar de Perón y del peronismo como fenómeno político; y la pretensión por catalizar intervenciones políticas en el marco de una estrategia signada por la voluntad de reconquista del poder. La obra de Gramsci ofrecía, a los ojos de H. González, un arsenal categorial para dirimir y sustentar estas preocupaciones. Para ello, era necesario contrarrestar los usos gramscianos predominantes empleados o difundidos por *Pasado y Presente*.

Así, el legado del revolucionario sardo libraba su segunda gran batalla a nivel local. La primera se produjo a principios de los años 60 entre el PCA y la naciente nueva izquierda (dinamizada por los animadores de *Pasado y Presente*), a la que ya hice mención y sobre la cual profundizaré en el Capítulo siete. La segunda, se jugó una década más tarde entre la nueva izquierda (nuevamente *Pasado y Presente*) y la izquierda peronista. A diferencia de la primera disputa, durante la cual el comunista italiano no cautivaba a los militantes del PCA, en esta segunda los sectores en pugna se disponían a un arduo enfrentamiento sobre el acervo gramsciano partiendo del interés mutuo en su obra. Pero volviendo al tema central de esta tesis: ¿cuáles son los elementos para fundamentar un tratamiento pedagógico en estos escritos de H. González? En otras palabras, si el registro de H. González es primordialmente político o sociológico, ¿qué habilita a procesarlo en clave pedagógica?

En primer lugar, existen reflexiones de H. González que pueden ser tratadas en términos de *derivadas pedagógicas*. Al igual que en J. J. Hernández Arregui, las reflexiones de H. González no surgieron o se situaron *en* el terreno pedagógico sino que más bien *arribaron* a este terreno como corolario de elaboraciones provenientes de otro ámbito, ya sea político o sociológico. Aunque el tratamiento por parte de H. González no agudizó tanto en la cuestión pedagógica como lo hizo J. J. Hernández Arregui, existieron apreciaciones dignas de consideración que, a su vez, estuvieron tamizadas por el repertorio gramsciano, como por ejemplo el lazo pedagógico líder–masas, la universidad como una institución de dominio y de disputa, o la necesidad de atender a los saberes populares en la conformación de una voluntad nacional–popular. Además, las reflexiones del sociólogo argentino se inscribieron en un fenómeno que hiló el plano político con el plano pedagógico: las Cátedras Nacionales. Sus consideraciones estuvieron atravesadas por una experiencia que se proponía transformar el orden pedagógico imperante en distintos nudos del ámbito universitario: el rol de los docentes, la vinculación de la universidad con las luchas populares, los

programas de estudio o las modalidades de evaluación fueron sólo algunos de los temas cuestionados. El propio autor recuerda aquella tentativa que aún, de manera borrosa y asistemática, aspiraba a una transformación pedagógica:

[Acerca de] Las cátedras nacionales, creo que su propósito tenía cierta inmediatez política vinculada parcialmente a los movimientos insurgentes de la época; en su trasfondo había experiencias pedagógicas que nunca se pensaron acabadamente. Recuerdo escritos al respecto, pero que tenían que ver con el espíritu de lo que pasaba en ese momento. El predominio de una relación del cuerpo docente con la clase de tipo más colectiva, quizás, un eco asambleario, y no la relación profesor–alumno de la tradición liberal, digamos. Y en ese sentido creo que hubo cierta innovación, en cuanto a las calificaciones, a los exámenes, había una “proto formulación” de una reforma pedagógica que nunca se llevó a cabo (...) [Las CN] indagaban sobre los dispositivos de control de formación, a través de las facultades del profesor para ejercer calificaciones e... incluso se avanzaba en preguntas sobre los exámenes, en un sentido muy parecido al de Deodoro Roca en la Reforma Universitaria solo que al provenir toda esta experiencia del peronismo, no se había valorado, ni siquiera leído, los manifiestos de la Reforma donde ya el tema del examen como constitución de una situación oscura, asimétrica y antipedagógica, había sido cuestionado.” (H. González, comunicación personal, 11 de marzo de 2015).

Para reconstruir las derivas político–pedagógicas de H. González resulta necesario inscribir sus reflexiones en el combate político–intelectual más general que tuvo lugar a principios de los 70. A diferencia de J. J. Hernández Arregui, H. González por aquellos años no era una figura central en el debate político–teórico. A pesar de ello, ya en su juventud, sí fue un actor importante en la querrela que la izquierda peronista llevó adelante en la universidad. Su trayectoria intelectual, y especialmente sus elaboraciones a principios de los 70, sólo son inteligibles a la luz de los colectivos político–intelectuales que lo cobijaron, fundamentalmente, la revista *Envido*, surgida al calor de las CN.

Si bien las CN existieron en distintas universidades hacia fines de los años 60, me centraré en su derrotero en la FFyL–UBA, especialmente en la carrera de Sociología. En su mayoría, las CN fueron materias optativas del plan de estudio de Sociología, a excepción de Sociología sistemática, que estaba a cargo de Justino O' Farrel, e Historia social latinoamericana, dirigida por Gonzalo Cárdenas. Entre las cátedras, se encontraba Problemas de sistemática (1968) y Nación y Estado (1971), donde se desempeñó el sociólogo argentino⁴. Gran parte de los/as docentes eran jóvenes recientemente egresados/as de la carrera de Sociología de la UBA, como H. González, quien se graduó en 1970. Entre otras personalidades destacadas de la experiencia se encontraban: Roberto Carri, Alcira Argumedo, Ernesto Villanueva, Guillermo Gutiérrez y Norberto Wilner.

En el curso de la dictadura militar 1966–1973, los avances organizativos de la clase trabajadora y el movimiento estudiantil fueron significativos y respondieron al “plan de estabilización” del régimen. El plan de Krieger Vasena, el Ministro de Economía de Onganía (1966–1970), consistió en aplicar medidas marcadamente antipopulares y proclives al gran capital. La economía estuvo signada por una política liberal. Se trataba de sacar al país del desorden económico, librándolo de la ineficiencia, la inflación y el estatismo para instaurar la modernización bajo una vía autoritaria. Orden, planificación y tecnocracia fueron algunas de las características de la autodenominada Revolución libertadora (Altamirano, 2001:81). Sin duda, el *Cordobazo* del 29 de mayo de 1969 fue el principal acontecimiento y respuesta popular en esta franja temporal, poniendo de manifiesto la gravitación política de los sectores subalternos y desencadenando otras revueltas como el *Rosariazo*. Expresó tanto la unidad obrero–estudiantil como la capacidad de las organizaciones populares para colocar en crisis a la dictadura de Onganía. La conformación de la CGT de los Argentinos (1968), los sindicatos SITRAC (Sindicato de Trabajadores de Concord), SITRAM (Sindicato de Trabajadores de Materfer), posteriormente SMATA (Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor), las corrientes sindicales lideradas por Agustín Tosco, la gravitación del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), el accionar de

⁴ Algunas de las cátedras fueron: Sociología de América Latina (1968), Conflicto social (1968), Problemas socioeconómicos argentinos I (1968), Problemas Socioeconómicos Argentinos II (1968), Problemas socioeconómicos de América Latina” (1968), Proceso y Estructura de la dependencia en la Argentina contemporánea (1972), seminario Dependencia y estructura social e instituciones en Argentina 1943–1945 (1972) (Ghilini, 2011:10). A. e I. Recalde (2007:158) también mencionan Proyectos hegemónicos y movimientos nacionales a cargo de Juan Pablo Franco y Alejandro Álvarez.

organizaciones armadas revolucionarias⁵, o la combatividad creciente de franjas del peronismo, comenzaron a marcar un escenario signado por la conflictividad social, el peso de la clase obrera y la radicalización política. La creciente organización popular envolvió en sucesivas crisis al régimen. El *Viborazo* (también conocido como *segundo Cordobazo*), en marzo de 1971, fue otra manifestación de la radicalización popular y de los límites del gobierno de Levingston. En sus últimos meses, ya en manos de Lanusse, el régimen profundizó sus acciones represivas. Quizás el caso más representativo fue la denominada *masacre de Trelew*, ocurrida el 22 de agosto de 1972: la dictadura asesinó a 16 presos políticos ante la frustración de un intento de fuga.

El régimen militar encabezado por Onganía se vio en varios pasajes desbordado por la organización y capacidad de disputa obrera. En el ámbito universitario su suerte no fue mejor. El objetivo principal de la intervención militar en las unidades académicas residía en quebrar el modelo reformista de gestión académica y científica, así como las tendencias izquierdistas. Particularmente la UBA protagonizó un marcado conflicto con la dictadura militar. El Consejo Superior de dicha universidad consideró ilegítimas a las autoridades militares. Fue una de las pocas instituciones que se expresó en ese sentido. La presidencia de *facto* de Onganía, a un mes de su asunción, dispuso la intervención de las universidades a través del decreto n° 16.912 del 29 de julio de 1966, que eliminó el gobierno tripartito, la autonomía universitaria y convirtió a los rectores y decanos en administradores dependientes del Ministerio de Educación. *La noche de los bastones largos* fue la expresión más dramática de la intervención. Ocurrió el mismo día, pocas horas después de haberse dispuesto el decreto, y significó el violento desalojo de cinco facultades de la UBA. La política universitaria del régimen determinó renuncias y cesantías masivas de profesores de la UBA entre julio de 1966 y marzo de 1967 alcanzando a alrededor del 60% de la planta docente, y dejando así espacios vacíos y estructuras desmanteladas (Barletta, 2000:6; Buchbinder, 2005:191–192).

Como parte de esa intervención, el Gobierno Militar colocó a docentes afines al régimen en la UBA, una buena parte de los cuales provenían de la Iglesia Católica. Dos profesores vinculados al mundo católico, Justino O' Farrel y Gonzálo Cárdenas ocuparon, respectivamente la cátedra de Sociología sistemática e Historia social

⁵ Entre otras acciones, cabe subrayar el secuestro del general (retirado) Pedro Eugenio Aramburu el 29 de mayo de 1970 a manos de Montoneros, que anunció su surgimiento político al cumplirse el primer aniversario del *Cordobazo*.

latinoamericana y, tres años más tarde, el primero dirigió la carrera de Sociología y el segundo el Instituto de Sociología. Hay que destacar que por esos años el mundo católico atravesaba un proceso de radicalización. Algunos hitos en esta línea pueden ubicarse en el lanzamiento del “Mensaje de los Obispos del Tercer Mundo” en 1967, la Conferencia de Medellín en 1968, en la que se instaba a los cristianos a la participación en la vida política para el bien común, o la constitución en 1969 en Córdoba del “Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo”. También la Juventud Estudiantil Católica con presencia local y latinoamericana fue otro espacio de politización de la juventud cristiana en los 60 (Naidorf, J. y Ferrero, R., 2007:30). Esta radicalización impactó en los interventores: comenzaban a articular el cristianismo y el peronismo revolucionario (con algunos tintes de cuño marxista). En poco tiempo su oposición al régimen se hizo notoria. En 1967, J. O’ Farrel y G. Cárdenas promovieron la experiencia de las CN para buscar inscribir la enseñanza universitaria en el clima político de la época. Desde luego, la simpatía de los estudiantes y jóvenes graduados/as peronistas de la carrera de sociología hacia J. O’ Farrel y G. Cárdenas fue construyéndose con el tiempo. Existía cierta desconfianza porque, en definitiva, habían sido puestos a dedo por el régimen⁶.

A la radicalización político–intelectual de J. O’ Farrel y G. Cárdenas hay que agregar la ocupación de los lugares vacantes en la carrera de Sociología - UBA por parte de nuevas camadas que estaban inmersas en procesos de nacionalización y peronización. De esta forma se operó un trastocamiento entre las filas del peronismo de izquierda, que históricamente había visto a la universidad como un lugar hostil, por lo que centraba su intervención en acciones directas, pero que ahora encontraba en la universidad un espacio de intervención y desarrollo político–intelectual de su corriente (Barletta, 2002:283; Manson, 2003:2; Faigón, 2014:143). El modelo reformista y científicista cedía, pero no en el sentido mentado por el intervencionismo militar, sino en un sentido peronista combativo. Las CN de la carrera de Sociología–UBA y las revistas que surgieron de su seno, *Antropología del Tercer Mundo* (ATM) (noviembre 1968 hasta febrero–marzo 1973) y *Envido* (julio 1970 hasta noviembre 1973),

⁶ “Yo era el presidente del Centro de estudiantes de la época, y empezamos a cuestionarlos. Hasta que tuvimos charlas con ellos [O’ Farrel y G. Cárdenas] y vimos que ellos comenzaban a cortar con la intervención, a plantear una especie de marxismo nacionalista o nacionalismo marxista. Y establecimos muchos contactos con ellos. Las propias CN son una alianza de un sector del movimiento estudiantil con estos dos tipos que venían del onganíato. O podría ser puesto como una fractura dentro de la intervención de Onganía –porque los demás profesores de la intervención empezaron a enfrentar a estos dos, a los cuales nosotros empezamos a apoyar” (H. González, entrevistado por Burgos, 2004:181).

condensaron este nuevo lugar del peronismo en el mundo académico. A contracorriente del cientificismo, el eje temático ya no era el proceso de modernización de los países latinoamericanos, ni tampoco los traumas que este proceso acarrearaba. El foco pasó a centrarse en la dependencia política, económica y cultural de los países del llamado Tercer Mundo con respecto a los centros imperiales, así como en la necesidad de gestar procesos de liberación nacional en los países periféricos. Las nociones de imperio y nación se volvían pues la contradicción principal. Para profundizar esta especificidad local se atendía a autores tercermundistas (como Mao Tse-Tung, Frantz Fanon), nacionalistas populares (J. J. Hernández Arregui, J. W. Cooke, A. Jaurteche, etc.), o bien se resignificaba el acervo marxista. A su vez se introdujo un nuevo perfil a la enseñanza y a la investigación, más politizado y ligado a tradiciones ensayistas que habían sido marginadas de la academia en el decenio anterior (Faigón, 2011:3). No es de extrañar en este sentido que Alcira Argumedo, años más tarde y haciendo balance de la intervención militar, haya escrito desde las propias páginas de *Envido*: “Paradójicamente, el gobierno de Onganía había hecho más por una politización real del estudiantado que los 50 años de reforma”⁷.

Me detendré en reflexionar sobre la experiencia de *Envido* dado el peso e importancia de la publicación en el itinerario de H. González. Mientras que en *ATM* el sociólogo argentino apenas colaboró con un escrito, en *Envido* fue parte del Consejo de Redacción y animó sus principales polémicas. De todas maneras, se señalarán algunas semejanzas y diferencias entre *Envido* y *ATM*, una operación que puede ser muy útil para enmarcar y comprender algunos debates que se produjeron a inicios de los 70. *Envido*, que llevó como subtítulo *Revista de política y ciencias sociales* en todos sus números excepto el último, tuvo como antecedente a la Agrupación Movimiento Humanista Renovador (MHR) de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y al Centro Argentino de Economía Humana (CAEH)⁸. MHR era una agrupación surgida en 1962, en el marco del proceso de renovación católica promovido por el Segundo Concilio Vaticano de ese año. Desde el punto de vista filosófico, la agrupación proseguía las ideas de Emmanuel Mounier, quien proponía una revolución

⁷ Argumedo, A. “Cátedras nacionales: una experiencias en la universidad”. *Envido*, año I, n° 3, abril de 1971, p. 55.

⁸ MHR se alió con la agrupación del Movimiento Revolucionario Peronista (MPR), que en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA se denominaba Agrupación de Estudiantes Peronista (AEP). Por ese entonces, el MPR estaba encabezado por Ricardo De Luca y Carlos Pancho Gaitán.

alternativa a la del marxismo, una revolución personalista y comunitaria. Expresaba un cristianismo volcado del lado de los oprimidos, en diálogo con el marxismo, pero sin aceptar premisas básicas de éste, como puede ser el materialismo histórico o “la teleología proletaria de la historia”. Además, la agrupación reivindicaba lecturas de autores nacionalistas populares como A. Jauretche, R. Scalabrini Ortiz o J. J. Hernández Arregui. Dos figuras de la agrupación tuvieron un rol destacado en la fundación de *Envido*: Miguel Hurst (financista del primer número) y Arturo Armada (su director). Por su parte, el CAEH era una réplica del Centro de Economía Humana (CEH) francés fundado por Louis-Joseph Lebret, un cura que promovía el acercamiento de los militantes católicos a los desamparados de la tierra e impulsaba acciones que llamaban a la lucha por la justicia social. En esa institución participaron activistas que más tarde integraron el Consejo de Redacción de *Envido*, como Héctor Abrales, Jorge Bernetti y Héctor Cordone (Armada, entrevistado por Raffoul, N. y Beltramini, R., 2008:7–8).

ATM fue dirigida por Guillermo Gutiérrez y tuvo, en casi todos sus números, el subtítulo *Revista de ciencias sociales*. Sus miembros o colaboradores fueron 15 docentes que militaban en el bloque peronista de Filosofía y Letras (aglutinador de distintas agrupaciones peronistas), entre ellos/as, J. O’ Farrel, G. Cárdenas, Conrado Eggers Lan, Alcira Argumedo y el propio H. González (Barletta, A. y M. Lenci, 2001:179). Además de la evidente filiación con el peronismo y de su desenvolvimiento en el ámbito universitario, *ATM* compartió con *Envido* el empleo del formato revista libro para la intervención en el debate político–teórico. Esta era una singularidad dentro del arco de la intervención político–cultural del peronismo combativo (Pozzoni, 2012:2). Aunque es cierto que existían distintas publicaciones filoperonistas, como *Cristianismo y revolución* (1966–1970), *Nuevos Aires* (1970–1973), *Crisis* (1973–1976), que asumieron la cultura como campo de batalla, *Envido* y *ATM* tuvieron la particularidad de expresar esa disputa prioritariamente en el plano teórico y en el seno de la universidad. El propio nombre de la revista *Envido*, invita a pensar en una suerte de desafío que se dirimía *a priori* en clave de osadía político–intelectual. El objetivo y la tarea principal de la publicación eran el debate político–teórico contra tendencias académicas y políticas con asidero en el ámbito universitario: fundamentalmente el cientificismo liberal y el marxismo universalista –que comprendía tanto a la izquierda tradicional, como a la denominada nueva izquierda, su principal contrincante⁹–. En

⁹ J.P. Feinmann recuerda la centralidad del debate con la izquierda en el ámbito universitario: “(...) en realidad en la facultad se discutía con la izquierda, más que con la derecha. En

esta querrela se pretendía conformar un pensamiento nacional alternativo (Barletta, 2000:13). El director de la revista, A. Armada (entrevistado por Raffoul, N. y Beltramini, R., 2008:11–12), ha destacado la pretensión que tuvo esta publicación por llevar a cabo una lucha teórica que enfrentase las interpretaciones marxistas del peronismo, empleando en algunos casos herramientas teóricas propias de esa corriente, pero interpretándolas en clave local. También ha señalado que en el momento de elegir el Consejo de Redacción, adoptó como criterio la experiencia militante y la capacidad de escribir o discutir artículos cubriendo distintos sectores¹⁰. En ese sentido, para A. Armada, J. P. Feinmann y H. González (que se integró en el n° 5, marzo de 1972) tenían la tarea particular de polemizar con la izquierda e intentar la reconversión de las teorías revolucionarias despojándolas de su marxismo eurocéntrico.

ATM y *Envido* se caracterizaron por cobijar tanto trayectorias profesionales dispares –abogados, filósofos, sociólogos– como corrientes de pensamiento que fueron articuladas de distintas formas por parte de los autores: cristianismo, marxismo y peronismo. Algunos renegaron del marxismo en su empresa teórica, mientras que otros lo interpretaron atendiendo a las condiciones locales, como fue el caso de H. González. Además, *Envido* y *ATM* expresaron ese signo distintivo de la nueva intelectualidad: una generación sin maestros que emprendía la renovación político–teórica, y que lo hacía con profundas expectativas¹¹. En ese sentido, H. González hizo propias, años después, las palabras del director de la publicación A. Armada (2002:155):

Envido fue la expresión esforzada, dolorosa, ingenua y tributaria de una época, que contenía en su vientre político una sarta de desproporcionadas ilusiones, sustentada por un grupo de veinteañeros que creían que se convertirían en los “Marxs” latinoamericanos del siglo XX” (H. González citando a A. Armada, 2011:11) [Y agrega el sociólogo

realidad, había más derecha en el peronismo: teníamos los Demetrios, los de Guardia de Hierro...” (2013:40).

¹⁰ El primer Consejo de Redacción estuvo integrado por Arturo Armada (director), José Pablo Feinmann, Domingo Bresci, Manuel Fernández López, Carlos A. Gil, Santiago González y Bruno Roura (los tres últimos provenientes del MHR). Después de los dos primeros números, el Consejo de Redacción se amplió.

¹¹ Sintomático es que la revista sólo publicó dos entrevistas a figuras reconocidas del pensamiento nacional: José María Rosa, en el n° 2, noviembre de 1970 (pp. 40–51) y a Rodolfo Puiggrós, en el n° 4, septiembre de 1971 (pp. 39–46).

argentino] (...) Sin desproporción no hay obra ni recuerdo. Y sin recuerdo no existe la desproporción como obra. Quedemos así (Ibíd.:11).

Envido circuló fundamentalmente por el ámbito universitario y entre la militancia peronista. Dado que el objetivo principal de la publicación era el debate político–teórico, *Envido* no sufrió directamente en sus páginas el clásico problema de la nueva intelectualidad, es decir, la escisión de la dupla intelectual–pueblo. En otras palabras, a diferencia de la revista dirigida por J. J. Hernández Arregui, *Envido* no pretendía dirigirse al pueblo sino centrarse en la querrela político–teórica. De hecho, *Envido* decretaba su inmanencia con el pueblo. H. González lo sintetiza del siguiente modo: “Había un pueblo, y si los *narodniks* rusos iban hacia él, *Envido* era pueblo a priori” (Ibíd.:9). Presumiblemente, además del rasgo antiintelectual que decretaba la simbiosis intelectualidad–pueblo, el ejercicio militante cotidiano llevado a cabo en los sectores populares por esta joven intelectualidad nucleada por aquellos años en *Envido*, resolvía desde un principio su raigambre popular. Salvo J. P. Feinmann, el resto de los integrantes de *Envido* tenía experiencia de militancia: en el gremialismo, en la universidad o en las barriadas (Brachetta, 2010:11). La publicación pretendía expresar teóricamente esta inserción militante. En palabras de A. Armada: “Era una revista militante que discutía teoría” (entrevistado por Raffoul, N. y Beltramini, R., 2008:20). Militancia y teoría se entrecruzaban. Ya incorporado al peronismo a mediados de los 60, H. González conjugaba su reflexión teórica con su voluntad inscripta en las barriadas populares:

Como joven peronista, milité varios años y con gran intensidad en los barrios, haciendo el ejercicio populista, de estilo ruso o narodniki, de ir hacia el pueblo (...) Incluso cuando la situación se puso fea con Perón, seguí haciendo un esfuerzo por defender lo que los curas del Tercer Mundo llamaban la “opción por el peronismo” en tanto que era “la opción por los pobres” (...) Tanto la opción por el peronismo como la opción por los pobres implicaba asumir decisiones personales bastante dramáticas y significativas, que quise defender con energía en las polémicas de los setenta (entrevistado por Trímboli, 1998:81)¹².

¹² H. González ingresó a FFyL–UBA en 1962. Su primera vinculación política fue con una agrupación estudiantil denominada Tendencia Antiimperialista Universitaria, que respondía a

Los integrantes de *Envido* condensaban la unidad de la teoría y de la práctica. Se asumían primero como militantes del movimiento peronista y después como universitarios. Era el movimiento peronista el que se conformaba como fuente de la elaboración teórica (Dip, N. y Pis Diez, N., 2011:171). A diferencia de la revista comandada por J. J. Hernández Arregui, la tragedia de *Envido* no se expresó en la unidad entre la elaboración intelectual y la organización popular. Su componente trágico, más bien, tuvo ligado a la vorágine política que envolvió su afán teórico renovador. Estructuró una apuesta política que se volvió errática y terminó por disgregarla. El propio H. González lo expone al hacer balance de la experiencia: “*Envido* había comenzado llamando a una ‘revolución teórica’ tercermundista y se consumía como un boletín interno de una agrupación política, que además no quiso aceptarla” (2011:12).

Envido, como se ha sugerido, pretendió estructurar desde su inicio debates político–teóricos en la militancia universitaria. Al calor de la politización y debido al apremio impuesto por el escenario político, la publicación fue desplazándose hacia la intervención política coyuntural y el análisis de situación –que se volvió central a partir del n° 7, octubre del 72, cuando salió bajo el sugestivo título “Perón vuelve”¹³–. Al igual que *ATM*, *Envido* no se asumió peronista en sus orígenes, pero el peronismo sería la causa de su drama: recién en el n° 3 (abril 1971) la revista adhirió explícitamente al movimiento.

En tanto revista *Envido*, no es que dialogábamos con el peronismo, directamente íbamos hacia el peronismo y nos identificábamos con el peronismo. En los primeros dos números de *Envido* no se lo explicita tanto (unos éramos peronistas hacía rato y otros no) pero, a partir del tercero, directamente todos éramos peronistas, nos sentíamos y

un grupo político nacional con “ciertos aires troskistas” llamado Movimiento de Izquierda de la Revolución argentina (MIRA). Luego, TAU formó parte del Frente Estudiantil Nacional (FEN), donde comenzó a debatirse sobre el peronismo a mediados de los años 60. En el momento de creación de la CN el sociólogo argentino militaba en JEAN (Juventudes Argentinas para la Emancipación Nacional) junto con una figura emblemática de las Cátedras: Roberto Carri. La agrupación, liderada por Rodolfo Galimberti, de raigambre nacionalista y cristiana, se asumió peronista hacia fines de los 60 (Trímboli, 1998:78).

¹³ Recuérdese que recién el 7 de noviembre de 1972, H. Cámpora anunció el regreso de Perón previsto para el 17 de noviembre, que como es sabido, resultó temporal, sólo volviéndose definitivo en junio de 1973.

dejaríamos peronistas (A. Armada, entrevistado por Raffoul, N. y Beltramini, R., 2008:13).

Esta adhesión tamizó desde su inicio la “revolución teórica” pretendida y luego la disolvió. El debate político–teórico se fue realizando en articulación con citas y frases de Perón y Evita. En primer término, se trataba de denunciar la dictadura militar y las estrategias para diluir la combatividad del movimiento popular, al tiempo que se oponía el peronismo a las corrientes científicas y al marxismo abstracto. No obstante, la agudeza de la coyuntura política obligó a asumir un tono más urgente y preocupado por debatir las opciones políticas inmediatas que se abrían ante el creciente deterioro del gobierno militar: la estrategia de fortalecimiento de la organización popular, las virtualidades y riesgos de la convocatoria a elecciones, la conformación del frente electoral, el inminente retorno de Perón y, finalmente, las tareas y responsabilidades de la llegada de H. Cámpora al gobierno (Brachetta, 2010:12). La agudeza política prosiguió y *Envido* se vio urgido a (intentar) incidir directamente en el curso político hacia 1973 a través de Montoneros. Así, la publicación fue abandonando progresivamente su gesta teórica en pos de la intervención política. Seguramente *Envido* no tenía unas expectativas generales acerca de Montoneros, sino sobre algunas de sus corrientes internas como la dinamizada por Roberto Quieto. H. González apoya este argumento:

Sí, leía sus materiales internos [de Montoneros], eran de un marxismo primitivo, un marxismo con el que discutía y que estaba basada en la aceptación de etapas en el proceso revolucionario (...) Si los Montoneros hubieran tenido una formación marxistas más trabajada, quizá también más de un tema hubiera podido ser pensado y resuelto de otro modo. Ese era el caso de Roberto Quieto, que por tener una formación más sólida, estaban en condiciones de realizar ciertas críticas al voluntarismo o al predominio de ciertas lecturas militaristas por encima del análisis de las relaciones de clase (H. González, entrevistado por Trímboli, 1998:85–86)¹⁴.

¹⁴ Como se verá en el próximo capítulo, en su ocaso, *Pasado y presente* también albergó expectativas no tanto en Montoneros sino en la tendencia interna encabezada por R. Quieto.

Entre el n° 9 (mayo de 1973) y el n° 10 (noviembre de 1973) transcurrieron 6 meses. En este curso se desataron una serie de acontecimientos que implicaron para *Envido* la transición a una “nueva etapa”, tal y como la denominaba su editorial en el n° 10: el retorno de Perón y la *masacre de Ezeiza*, la “caída” de Cámpora y su reemplazo por Raúl Lastiri, el triunfo de Perón en las elecciones de septiembre y el asesinato del secretario general de la CGT, José Ignacio Rucci. Estos acontecimientos, atestiguaba su editorial, “cambiaron decisivamente las condiciones que hubieran posibilitado una cómoda continuidad de nuestra ‘revista de política y ciencias sociales’”¹⁵. La “revista de política y ciencias sociales” no estaba a la altura de las urgencias. La coyuntura demandaba una autoría colectiva. Los artículos ya no eran firmados individualmente y A. Armada dejaba su rol de director para fundarse en pie de igualdad con el Consejo de Redacción. Además, se fijaba un nuevo domicilio para la revista: Lautaro 665 en Capital Federal, y por primera vez, aparecía la cantidad de ejemplares impresos del número: 6.000. Era un *nueva etapa* que duró sólo un número.

En el marco de la coyuntura política apremiante, signada por la necesidad de la toma de posición, *Envido* había tejido contactos con Montoneros que cada vez tenía mayor gravitación en la vida política del país. La dictadura militar llegó a su fin en 1973 con Montoneros detentando una importante capacidad político-militar, ascendencia en varios gobiernos provinciales y contando además con diputados propios e influencia en el movimiento obrero, universitario y villero. De los miembros del Consejo de Redacción, sólo dos, M. Hurst y J. P. Feinmann, se posicionaron en contra de este vínculo (razón por la cual emprendieron luego la revista *Aluvión*, de sólo un número). Se producía así una escisión interna. El n° 10 salió manteniendo un lazo con Montoneros, que aunque no era orgánico, expresaba cierta simpatía por parte del colectivo autor. Sin embargo, la publicación no tuvo asidero en el proyecto de Montoneros de disputarle la conducción del movimiento a Perón y fue considerado por la dirección montonera como “muy movimentista” (A. Armada entrevistado por Raffoul, N. y Beltramini, R., 2008:14). “Movimentista” expresaba e integraba las palabras polémicas de esos años. Señalaba una diferencia profunda en el seno de la CN, entre *Envido* y *ATM*, o entre los “movimentistas” y los “basistas”. *Envido* representaba a los primeros. Confiaba en la impronta revolucionaria del peronismo. La conducción de Perón oficiaba de encuadre innegociable para su pensamiento

¹⁵ S/autor/a. “Envido, nueva etapa”, *Envido*, año IV, n° 10, noviembre de 1973, p. 1.

revolucionario¹⁶. La condición de izquierda se resolvía al interior del propio movimiento peronista.

En cambio, *ATM* descartaba los estilos *movimentistas*. También estuvo atravesada por el drama peronista, es cierto, pero lo gestionó de otro modo. El n° 10 de *ATM* (junio de 1972) fue el último número que conservó el subtítulo original de *Revista de Ciencias Sociales*, para pasar luego a *Revista peronista de información y análisis* (en septiembre de 1972), y supuso un punto de inflexión en su pasaje a las posturas basistas. El escrito aparecido en ese n° 10, “De base y con Perón. Un documento autocrítico de las ex cátedras nacionales”, firmado por una parte del colectivo de *ATM* (entre otros/s J. O’ Farrel, Guillermo Gutiérrez, R. Carri, Norberto Wilner), arremetió contra las posturas *movimentistas*. Si bien se valoraban distintos aspectos de la experiencia de las CN, se hacía autocrítica por el hecho de haberse mantenido adentro de la especificidad de la práctica profesional, porque creyeron en la utopía de un peronismo sin contradicciones, sin intereses en pugna, en definitiva, con un peronismo folklórico. *ATM* pregonaba la construcción política desde las bases, pretendía que la organización obrera tuviese una expresión política que gravitase en el movimiento peronista. Aun siendo hegemónica, la clase trabajadora dentro del movimiento de liberación nacional no se excluía a otros sectores susceptibles de inscribirlos en la estrategia de liberación de Perón. Era vital la organización revolucionaria en el núcleo fabril para no caer en el mismo error del primer peronismo, es decir, en la carencia de una estructura organizativa de los trabajadores y en su escaso peso independiente dentro del movimiento peronista. Se reconocía la figura de Perón, pero no se adhería íntegramente a su conducción como sí hacían las posiciones *movimentistas*, que planteaban un acuerdo con el líder. El cierre de *ATM* provino de la identificación política de sus miembros con el Peronismo de Base y con las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y, por tanto, en su paso a la acción política directa. (Barletta, A. y Lenci, M., 2001:192).

A diferencia de *ATM*, que terminó fijando una determinada identificación político-organizativa, la apuesta de *Envido* busco realizarse desde sus páginas, acabando finalmente en tragedia. La publicación pareció llegar tarde a los movimientos coyunturales. No había público para sus preceptos. Por ese entonces, octubre de 1973, Montoneros ya se había fusionado con las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) (junio de 1973) y estaba virando progresivamente hacia el marxismo-leninismo,

¹⁶ H. González lo ilustra con claridad: “(...) es legítimo decir que mi idea de la izquierda estuvo muy vinculada y hasta disuelta en el peronismo” (entrevistado por Trímboli, 1998:80).

hacia un “marxismo sin Perón”. Se distanciaba de sus posiciones *movimentistas*. Paradojas de la historia, Montoneros decidió trabajar en el plano teórico con una de las vertientes de la nueva izquierda, que, como se verá, tantas veces antes *Envido* había enfrentado: *Pasado y Presente*. La opción teórica eran los “gramscianos argentinos”, es decir, *Pasado y Presente*, y no las CN. La tragedia de este derrotero es ilustrada por el propio H. González:

Era más bien el grupo que no era peronista en la universidad, el grupo de las cátedras donde estaba Portantiero, el que finalmente se encontraba con Montoneros, y nosotros, que en los años anteriores habíamos hecho el “campo intelectual” de los Montoneros, de algún modo, éramos más periféricos. En aquel momento Montoneros consideró que el grupo con el cual había que trabajar era el grupo de *Pasado y Presente*. Y nosotros, que durante todos los años anteriores hicimos el papel de peronistas, quedamos descolocados. Firmenich había empezado con un discurso marxista. Y nosotros empezamos a ser peronistas, peronistas de Perón. Un poco lo éramos y otro poco nos atribuyeron eso. (...). Y es una paradoja bastante interesante, que nosotros, que nos considerábamos adentro de Montoneros, fuéramos desplazados, y que Montoneros haya terminado aceptando con más benevolencia a los “verdaderos gramscianos” (H. González, entrevistado por Burgos, 2004:212).

El destino político inmediato de varios de los miembros de *Envido* fue la Juventud Peronista Lealtad (JP Lealtad), una escisión de Montoneros. La agrupación había surgido en 1974, pero tuvo como uno de sus puntos de inflexión el asesinato de J. Rucci el 25 de septiembre de 1973, presumiblemente a manos de Montoneros. Este hecho fue interpretado por los militantes de la futura JP Lealtad como un acto de desafío inaceptable al líder:

Yo no podía estar de acuerdo con el método de Rucci, en vida de Perón. Estábamos todos haciendo elecciones, pensáramos lo que pensáramos de Perón, a mí tampoco me gustaba Perón, pero aceptamos que en la historia hay que valorar de distinta manera los matices que se

presentan. Estábamos haciendo la campaña electoral y se les ocurre matar a Rucci al otro día (H. González, comunicación personal, 11 de marzo de 2015).

Es cierto que Perón ya no despertaba las mismas expectativas que en años anteriores, pero el asesinato de J. Rucci, en el marco de una campaña electoral, suponía el más absoluto naufragio, según H. González. La tragedia política de *Envido*, se reeditaba en tragedia personal. La ruptura con Montoneros era también la ruptura con amistades, con vínculos consolidados, lo cual implicó una experiencia y un momento “muy amargo” para él (H. González, comunicación personal, 11 de marzo de 2015). Entre las coordenadas políticas de la JP Lealtad se destacó su rechazo a la continuidad de la lucha armada en el marco del gobierno peronista, la crítica al accionar del peronismo combativo separado del “sentir popular” y, especialmente, el apoyo incondicional a la conducción y al liderazgo de Perón. El filón político remitía a la izquierda peronista. La oposición de la JP Lealtad frente al accionar guerrillero dejó no pocas polémicas históricas y políticas (Pozzoni, 2013).

Como parte del balance del vínculo con Montoneros, A. Armada ha evaluado que el planteo militarista montonero, suponía un claro retroceso de las posiciones político-ideológicas previas a la publicación, los artículos en las revistas o las discusiones en las CN (Armada, 2010:14). J. P. Feinmann presentó un balance parecido, aunque remarcó la imposibilidad de incidir en Montoneros y dejó entrever su desvinculación respecto a “ese número 10”:

La revista, ese número 10, no le gustó nada a Firmenich. Y no podía ser de otro modo. (...) Quienes hicimos *Envido* teníamos una concepción de la política que la unía con las masas. O se hacía política de masas o lo que se hacía no era política. (...) Yo defendía esta posición desde la Crítica de la filosofía del derecho de Hegel, ese gran texto de Marx, Horacio H. González desde Gramsci y los otros desde el cristianismo (con, por supuesto, abundantes citas de Perón y Evita, ya que se trataba de ser peronistas...) (2000:1)¹⁷.

¹⁷ Más allá de la coincidencia genérica entre A. Armada y J. P. Feinmann sobre este asunto, es posible pensar la permanencia y marca de la tragedia de *Envido* en la escena contemporánea. La animosidad y debate entre A. Armada y J. P. Feinmann sobre la experiencia de *Envido* se

6.2. La universidad como terreno y Gramsci como objeto de disputa

El curso y destino de *Envido* bajo el signo de la politización no debe ocultar otra característica: el valor otorgado a la intervención político–teórica en el ámbito universitario. En otras palabras, el final de *Envido*, marcado por el ansia de la intervención política, no resultó de un proceso lineal y evolutivo sin otro desencadenante posible. La primacía de la política fue una consecuencia, pero no llegó a teñir linealmente el conjunto del trayecto de *Envido*. En su derrotero, la publicación mostró capacidad e interés de disputa político–teórica en el seno de la universidad. Entre los objetos de esa disputa estuvo el legado de Gramsci.

El peronismo combativo atravesó dos grandes momentos en la UBA, siendo el punto de inflexión el Gran Acuerdo Nacional (GAN) (marzo 1971 – mayo 1973) impulsado por el General A. Lanusse (Barletta, A. y Torrti, M., 2002:117; Dip, 2013:4). En el primer momento, que comprendió las dos primeras presidencias de la “Revolución argentina” (1966–1971), el peronismo impulsó su presencia en la universidad en vistas a la nacionalización del estudiantado. Tanto las reivindicaciones específicas de los estudiantes como las políticas estrictamente universitarias eran subestimadas en pos de acercar a los estudiantes al movimiento nacional y denunciar así al régimen. El segundo momento tuvo lugar en los años del GAN. El 1° de mayo en la convulsionada y agitada ciudad de Córdoba, el GAN se anunció sucintamente como una propuesta de transición para la asunción de un gobierno civil. Incluía la retirada estratégica de los militares del poder político central, para concentrarse en el combate a las movilizaciones obreras y a la insurgencia guerrillera. El acuerdo, aunque permeado por una severa desconfianza por parte del peronismo combativo, abrió una posibilidad para el retorno del peronismo al poder. De esta forma se inauguraba otro escenario y específicamente un segundo momento del peronismo de izquierda en la UBA. El posible retorno al poder, exigía propuestas e iniciativas concretas de los sectores del movimiento que estaban insertados en las instituciones.

dirimió en artículos que publicaron a principios de este siglo. El escrito de J. P. Feinmann, publicado el 11 de marzo del 2000 en *Página 12*, y titulado “La historia con pasión”, abrió una polémica expresada en las páginas del *El Ojo Mochó*, número 16, del verano 2001–2002. Al texto del filósofo argentino, le siguió una réplica del propio director de *Envido*, seguida de una reflexión de H. González titulada “Cómo recordar”, y de una respuesta del propio J. P. Feinmann a la réplica de A. Armada bajo el título “Elogio del hombre del subsuelo”. Un análisis de la polémica se puede encontrar en De Grandis (2003).

Este tránsito se cristalizó en *Envido* (Dip, N. y Pis, D., 2011:150). A diferencia de *ATM*, *Envido* replicó documentos que esbozaban políticas futuras para el ámbito universitario¹⁸. Estas políticas en parte se materializaron después del triunfo del peronismo en las elecciones del 11 de marzo de 1973, las cuales colocaron al frente del rectorado de la UBA –entonces rebautizada Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires– a Rodolfo Puiggrós. La juventud peronista conducida por Montoneros tuvo un peso significativo en esta unidad académica. En la FFyL–UBA, el nuevo decano fue nada más y nada menos que el fundador de las CN: Justino O' Farrel, “el decano montonero”.

El proceso de “normalización” de la vida civil impulsado por la dictadura de Lanusse abarcó el ámbito universitario. Forzado por las múltiples presiones, el régimen fijó una serie de medidas, entre otras, la apertura de concursos para el ingreso de profesores en las universidades. En la FFyL–UBA la iniciativa coordinada por el interventor Alfredo Castelán también aspiró a enfrentar y cerrar la radicalización político–pedagógica de las CN. El arbitraje militar trabajó en pos de su desaparición y desmantelamiento. Los jurados fueron adversos al peronismo de izquierda. La única materia que las CN aceptaron concursar fue “Sociología sistemática”. El titular *de hecho*, O' Farrel, perdió la materia. El cargo fue declarado desierto. Roberto Carri, una figura destacada de las CN, y J. C. Portantiero concursaron por la plaza de profesor adjunto, y el jurado designó finalmente a éste último, desencadenando así el conflicto entre dos orientaciones académicas: las CN, preponderantes hasta entonces, y las Cátedras Marxistas, que irrumpieron con el triunfo de J. C. Portantiero. Éstas nacieron pues con el estigma, a los ojos de las CN, de formar parte de una maniobra lanussista. Aunque se buscó llegar a un acuerdo entre las partes que consistía en compartir la materia entre ambos cuerpos docentes, en el transcurso de las clases los/as estudiantes eligieron mayoritariamente el programa y equipo encabezado por J. C. Portantiero (que había ganado el concurso y, por tanto, dirigiría la materia “oficial”), desplazando así al programa y al equipo de las CN.

¹⁸ La revista reprodujo un conjunto de documentos de agrupaciones peronistas con las que confraternizaba y que diseñaban una batería de propuestas dirigidas al ámbito universitario. Algunos de estos documentos fueron elaborados a pedido del propio H. Cámpora. En el n° 8, marzo de 1973, *Envido* publicó “Propuesta sobre inversiones extranjeras y sobre universidad” (pp. 60–64); en el n° 9, mayo de 1973, coincidiendo con la asunción de Cámpora en el gobierno, se transcribió “La Nueva Universidad: pautas para su implementación” (pp. 49–53) de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN.) y “Documento–base sobre la unidad” (pp.54–61) de la Juventud Peronista.

En los escritos de H. González a inicios de los 70 no se detecta, como sí se puede registrar en *Envido*, el tránsito desde ese primer momento de marcada denuncia al régimen y preocupación por la nacionalización de los sectores medios, hasta un momento de elaboración de propuestas para el ámbito académico. El tránsito transcurrió por otros derroteros. Mientras que el primer artículo del sociólogo argentino estuvo más ligado a fundamentar y defender teóricamente el pensamiento de Perón, el resto permaneció más atento a las opciones y peligros políticos inmediatos que el deterioro y las propuestas del régimen militar implicaban para el movimiento peronista. Sin embargo, es importante no perder de vista que en sus escritos, H. González prosiguió la matriz general y fundacional de la CN: la universidad era parte del campo de batalla y un ineludible foco de atención por parte del peronismo. H. González no llegó a desarrollar en sus escritos propuestas específicas para un nuevo gobierno universitario, pero en sus páginas se traslució la asunción de la universidad como un terreno de disputa. Y en esta disputa, el debate con las Cátedras Marxistas y su empleo de Gramsci eran parte del combate.

En 1972 H. González realizó una edición del cuaderno temático *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno* de Gramsci al que rebautizó como *El Príncipe moderno y la voluntad nacional-popular*. En esa edición se incluyó sólo la primera parte de dicho cuaderno, y se conservó el título del apartado de la edición italiana: “El príncipe moderno”: “En una maniobra que hoy los académicos de la semiología llamarían operación semiológica, le cambiamos el nombre al libro de Editorial Lautaro. Si Togliatti le había puesto el nombre que se le antojó ¿Por qué nosotros no podíamos hacer lo mismo?” (H. González, entrevistado por Burgos, 2004:193). El libro salió a la luz en marzo de 1972 por la editorial Puentealsina. Fue la única obra publicada por la editorial que estuvo comandada por M. Hurst y se improvisó para la ocasión:

[La editorial] La inventamos nosotros, éramos populistas, pero populistas medio tangueros, Puente Alsina, o sea, éramos personas equivocadas (risas)... entonces para darle un toque más populista pusimos “Puentealsina” que ya no se llama más Puente Alsina. Y Alsina es una figura del mitrismo pero Puente Alsina es una figura del tango, entonces quizás fue por ahí la cosa (H. González, comunicación personal, 11 de marzo de 2015).

El apartado “El príncipe moderno” reeditado por el libro era presentado con una “Advertencia inicial” donde se pasaba revista al conjunto de escritos del revolucionario sardo y se lamentaba la “alteración” que los editores italianos operaron al agrupar por temas los textos originales de *Cuadernos de la Cárcel*. El libro contenía un prólogo escrito por el mismo H. González, titulado: “Para nosotros, Antonio Gramsci”. Si bien la iniciativa fue personal, el autor parecía actuar como vocero de un colectivo político–intelectual. El libro no era más que un capítulo dentro de un combate político–teórico más vasto, repleto de autores/as y categorías. No debe perderse de vista que las publicaciones del período tejían densas redes, ya sea con otras publicaciones, con el movimiento peronista, con grupos de lectura, etc., por lo que cualquier esfuerzo personal se asentaba en esta trama colectiva, en ese “nosotros”: “No obstante haber sido una iniciativa personal la que me llevó a armar ese libro, no es menor reparar que los grupos de izquierda del peronismo, por lo menos en los que yo participaba, eran grupo de lectura fuerte” (entrevistado por Trímboli, 1998:79).

Si bien en el marco de las CN no existieron grupos de lectura sobre Gramsci, ni tampoco éste tuvo una fuerte presencia, H. González conversaba sobre su obra con miembros de *Envido*, por ejemplo, con A. Armada (H. González, comunicación personal, 11 de marzo de 2015). La alusión al “nosotros”, aun cuando la firma fuera individual y su lectura de Gramsci prácticamente solitaria, mostraba que sus esfuerzos intelectuales eran parte de un gesta colectiva. Es a partir de aquí que se vuelven inteligibles los escritos del sociólogo argentino. La lectura solitaria de Gramsci se envolvía en sí misma y sólo cobraba sentido dentro de un colectivo. ¿A quién se oponía ese “nosotros”? ¿Contra quiénes se forjaba la identidad del “nosotros” en la querrela por Gramsci? El propio título, “Para nosotros, Antonio Gramsci”, era muy ilustrativo del carácter áspero de la contienda. La izquierda peronista llegaba tarde. Gramsci ya había sido apropiado por distintas corrientes. Se debía salir al ruedo para impugnar esos usos y conformar una nueva orientación. El “nosotros” era disruptivo. No había matices, no había aportes a considerar de los otros usos, no había concesiones. El registro pertenecía a las CN: el peronismo de izquierda debía desplegarse y ocupar su lugar, sin pedir permiso, también en el plano teórico, también en la batalla por apropiarse de Gramsci.

El prólogo a esta edición identificaba diversos adversarios: las interpretaciones reformistas (o socialdemócratas), neosindicalistas y “sociologizantes” de Gramsci. El

PCI, de la mano de P. Togliatti, caía en una versión reformista del revolucionario sardo. Sin decirlo, H. González le reprochó a este dirigente del PCI un tratamiento del concepto de sociedad civil gramsciano similar a N. Bobbio (1967). Suponía, como éste, que en Gramsci el Estado, la sociedad política, se *contraponía* a la sociedad civil, siendo esta última el lugar principal de la contienda: la hegemonía se desarrollaba en la sociedad civil y se trataba de ampliar la esfera de influencia del partido hasta que el Estado cayese como un “fruto maduro enteramente en sus manos” (González, 1972:7). Por su parte, los neosindicalistas, que en el debate italiano auspiciaban un retorno al Gramsci “consejista”, también situaban el centro de la disputa en la sociedad civil, pero ya no, por ejemplo, en el parlamento, sino en la fábrica. Su opción devenía “infantil”, “ultraizquierdista”, pero no era más que reformista dado que centraba el combate a nivel sindical, incapaz de plantear un tránsito hacia el marco unitario de la política. Aquí también se *contraponía* la sociedad civil – concretamente el poder de la fábrica– al Estado y, aunque los aires parecían revolucionarios, la iniciativa no dejaba de ser meramente sindical, aseveraba H. González en el prólogo. De este modo, la vertiente consejista se anudaba, finalmente, con el reformismo del PCI. El poder no se podía asaltar repentinamente, sin más, a la manera blanquista, pero también, según H. González, el alpinismo neo-reformista, que establecía campamentos base autoabastecidos en las laderas antes de alcanzar la cumbre, terminaba por permanecer en la constatación estática y ahistórica del “doble poder” o del “empate” que el neocapitalismo incorporaba siempre victoriosamente (González, *Ibíd.*:8).

El resto de los rivales permanecían, de una forma u otra, ligados a *Pasado y Presente*. H. González reconocía que el acercamiento al revolucionario sardo se dio a través del trabajo de los miembros de *Pasado y Presente*, especialmente de J. Aricó, quien había traducido y prologado *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado moderno* para la editorial Lautaro: “La adquisición de Gramsci por parte de los que en ese momento actuábamos en el peronismo, provenía del trabajo de [José] Aricó, no había una fuente independiente, lo habíamos leído por la editorial Lautaro” (H. González, comunicación personal, 11 de marzo de 2015). *Pasado y presente* no oficiaba de mediador interpretativo, sino que H. González leía la obra de Gramsci a través de las ediciones dispuestas por Lautaro a fines de los 50¹⁹. Desde ya,

¹⁹ “Yo tenía mucha lectura de Gramsci, con los viejos libros de la editorial Lautaro que era la editorial del Partido Comunista. Y Gramsci me había provocado otro sacudón enorme (...).”

contraponer otra lectura del comunista italiano a la presentada por los denominados “gramscianos argentinos”, no resultaba sencillo: “Yo tenía la idea de que discutíamos con ese grupo, con *Pasado y Presente*, y tenía la idea de inferioridad de condiciones intelectuales; inferioridad de condiciones, editoriales, etc. Una posición minusválida, digamos” (H. González, entrevistado por Burgos, 2004:188). Quizás sea por este sentimiento y por su pretensión de pasar a la ofensiva teórica, que en la “reedición” de *Notas sobre Maquiavelo*, H. González no hizo referencia alguna a la edición publicada por Lautaro en 1962, a la que el sociólogo argentino había replicado. Más aún, en su prólogo adjudicó llamativamente a los peronistas la traducción de Gramsci. Pretendía desterrar de algún modo el trabajo que había hecho J. Aricó en 1962: la traducción y el prólogo a *Notas sobre Maquiavelo*. Además establecía una demostración: el peronismo era capaz también de traducir, prologar, editar y apropiarse del pensamiento del genio sardo. Es sabido que la traducción de un pensamiento supone su conocimiento cabal y la capacidad de descifrarlo. Quedaba demostrado que el peronismo estaba a la altura de esta rigurosidad.

Entre los 25 números publicados hasta mediados de 1971, *Cuadernos de Pasado y Presente* dedicó el n° 19 íntegramente al pensamiento gramsciano, bajo el título *Gramsci y las ciencias sociales*. Precisamente, H. González arremetió contra un artículo del sociólogo Alessandro Pizzorno, “Sobre el método de Gramsci (de la historiografía a la ciencia política)”, incluido en el Cuaderno. Para el autor A. Pizzorno hacía una lectura “sociologizante” de Gramsci²⁰. Lejos de situar al comunista italiano en su estrategia política, se esforzaba en mostrar conceptos o planteos gramscianos que anticipaban aportes del funcionalismo americano de los años 50 o continuaban con las consideraciones durkheimianas. El fantasma del cientificismo enfrentando por las CN, parecía envolver a Gramsci a través de la pluma de A. Pizzorno. H. González le reprochaba a este sociólogo italiano tornar a Gramsci un frío científico, un cientista social, despreocupado por la estrategia política y, además, inscribir sus conceptos en una veta meramente reformista o modernizante²¹.

Creo que [con los *Grundrisse*] fueron las lecturas que con más fervor hice” (H. González, entrevistado por Trimboli, 1998:95).

²⁰ Recuérdese que A. Pizzorno había organizado el Instituto Superior de Sociología en Milán. Este instituto fue uno de los que cobijo, entre otros, a G. Germani en su regreso a Italia a inicios de la década del 70.

²¹ También desde las páginas de *Envido*, H. González criticó a A. Pizzorno y articuló su tentativa sobre Gramsci con el reformismo del PCI y la matriz modernizante local: “En América Latina se contraataca con la política y el ‘nacionalexpansionismo’. Esto último es lo que quiere decir Furtado. Al pasar del centro a la periferia hubo que variar la colocación de algunos

Ésta era solamente una de las muchas tentativas sociologizantes en que se veía atrapada la obra de Gramsci. La otra, con más desarrollo a nivel local, la expresaba *Pasado y Presente*. A los ojos de H. González, este grupo continuaba la tentativa althusseriana sobre Gramsci. Como L. Althusser, pretendían desembarazar al revolucionario sardo de sus expresiones historicistas y fundamentar la autonomía y objetividad de la ciencia. Se trataba de sistematizar conceptos gramscianos (como la noción de hegemonía) para emplearlos sociológicamente. Si bien la empresa, a diferencia de A. Pizzorno, era estructuralista, culminaba por vertebrar el pensamiento gramsciano con el cientificismo. Recuérdese la pretensión de L. Althusser de librar a la ciencia del curso histórico, así como su confianza en los conocimientos del materialismo histórico para ofrecérselos, *desde afuera*, a la clase proletaria. Sin mencionarlo, aunque con alusiones nítidas como “Cuadernos de laboratorio”, H. González le atribuía a *Pasado y Presente* la calidad de ser una versión althusseriana de Gramsci:

En nuestro medio, también las hormiguitas sociológicas han hecho sus menudas recorridas para obtener categorías prestadas del arsenal gramsciano. Son gramscianos vergonzantes, sin embargo, porque en definitiva están de acuerdo con el intento althusseriano de convertir a Gramsci en la prehistoria del estructuralismo (1972:16).

La animosidad de H. González hacia *Pasado y Presente* seguramente era el resultado directo de las contiendas entre las CN y las Cátedras Marxistas. La escritura del prólogo fue contemporánea al concurso y disputa por la materia “Sociología sistemática”. Existen, al menos, dos razones para explicar la utilización del mote de “althusserianos” por parte de H. González para referirse a *Pasado y Presente*. Por un lado, en el programa de “Sociología sistemática”, J. C. Portantiero incluyó textos del estructuralismo marxista (por ejemplo, de N. Poulantzas) que contrastaban con las lecturas dispuestas por el equipo de las CN. Por otro, *Pasado y Presente* dedicó los

elementos del sistema cambiando la técnica por la política: esta valoración de la política sin romper con los términos del problema no supera la estática comparativa (...) Esta especie de ‘togliattismo’ desarrollista que, a través de autores como Pizzorno, arremete también con Gramsci, ‘descubriendo’ las oportunidades de desarrollo que genera el sistema político cultural en tanto tal, es también un delicado y cortés escalpelo analítico en manos de nuestros expertos ditellianos [Por el Instituto Torcuato Di Tella]. Ahora sabemos qué tiene que ver Togliatti con Di Tella”. González, H. “Humanismo y estrategia en Juan Perón”. *Envido*, año II, n° 4, septiembre de 1971, p. 32.

números 4 y 8 de sus Cuadernos (*La filosofía como arma de la revolución y Materialismo histórico y materialismo dialéctico*, respectivamente) a la obra de L. Althusser. El n° 4, a la fecha del prólogo de H. González, había sido editado en dos ocasiones (noviembre de 1970 y marzo de 1971). En las notas de advertencia a estos cuadernos, *Pasado y presente* planteó distintos pasajes que mostraban simpatía por los textos de L. Althusser (Burgos, 2004:190).

Ante estas tentativas sociologizantes de Gramsci, H. González tejía un paralelismo entre el pensamiento gramsciano y el sociólogo Wright Mills. Consideraba que, de alguna manera, ambos eran críticos de la misma base sociológica. El último a través de su ya clásico *Imaginación sociológica* (1959) y el primero con sus “Notas críticas sobre una tentativa de ‘Ensayo popular de sociología’” [de Nikolái Bujarin]²². En su libro, W. Mills criticaba distintas vertientes sociológicas, especialmente la que denominaba “Gran teoría” correspondiente al funcionalismo de T. Parsons. A nivel local, su libro implicó una recordada polémica. G. Germani a principios de los 60 prologó la edición española del libro de W. Mills e intentó subestimar los alcances de sus críticas. Mientras que en EEUU, con su larga tradición empírica, se toleraba y hasta necesitaba una crítica como la de W. Mills, el escenario en América Latina era, argumenta G. Germani, distinto: el proceso de profesionalización e institucionalización de la sociología recién acababa de comenzar, intentando así superar una tradición opuesta a la americana, caracterizada por el ensayismo, el culto de la palabra y la falta de rigor. Milcíades Peña, animador de la nueva izquierda, embistió contra este prólogo, asegurando que G. Germani quería convertir a W. Mills en un intelectual adscrito a su sociología cientificista²³. En rigor, la obra de W. Mills también expresaba una crítica a la sociología comandada por G. Germani en latitudes latinoamericanas. El esfuerzo del sociólogo norteamericano se dirigía más allá del cientificismo y elevaba a la sociología como una crítica de la sociedad contemporánea. Era, en definitiva, una sociología política, alejada del neutralismo cientificista de corte germaniano.

²² Estas notas ya habían sido reeditadas por *Pasado y Presente* en el ya mencionado Cuaderno n° 19. El ensayo de Bujarin fue publicado por primera vez en Moscú en 1921, bajo el título: *La teoría del materialismo histórico. Manual popular de sociología marxista*.

²³ “Gino Germani sobre W. Mills o las enojosas reflexiones de la paja seca ante el fuego”. En *Fichas*, año I, n° 2, julio de 1964 (seudónimo Alfredo Parera Dennis). Vale destacar que Milcíades Peña le rindió homenaje a W. Mills desde las páginas de su revista *Fichas*. El mismo n° (pp. 3–24), donde se incluyó la crítica a G. Germani, reeditó tres capítulos del libro de W. Mills *Los marxistas (The Marxists)* de 1962, publicado poco después de su muerte. El libro fue editado en castellano en 1964, México: ERA.

H. González articulaba W. Mills y Gramsci. De alguna manera, sobre ambos recaían intentos locales por neutralizarlos a través del cientificismo. Esta articulación producía dos efectos. En primer lugar, distanciaba a Gramsci de las vertientes sociologizantes que neutralizaban la potencialidad política gramsciana comandadas (supuestamente) por *Pasado y Presente*. Si bien A. Pizzorno o el estructuralismo althusseriano difundidos o proseguidos por los “gramscianos argentinos”, no tenían una raigambre funcionalista, buscaban leer a Gramsci de un modo sociológico y, por tanto, proseguían los cánones modernizadores. El fantasma cientificista asumía nuevas modalidades y sus efectos despolitizadores caían sobre Gramsci. Seguramente el título que dio *Pasado y Presente* al único cuaderno por entonces dedicado al revolucionario sardo, *Gramsci y las ciencias sociales*, así como el hospedaje de J. C. Portantiero en el Instituto Di Tella, con sus aires modernizantes y cientificistas, no hizo más que abonar esa apreciación de H. González. En segundo lugar, marcaba una alternativa para la sociología respecto al funcionalismo y al marxismo universalista: la comprensión de lo local y la intervención política. W. Mills se interesó por la cuestión nacional en el capitalismo. Pensó lo local y diseñó estrategias de intervención. La sociología en manos de W. Mills, lejos del estéril cientificismo, se volvía arma política. En definitiva, H. González mostraba que la sociología podía tener otro talante distinto a las variantes cientificistas. Era atinado pensar sociológicamente con Gramsci, pero siempre que se enmarque en el conocimiento profundo de la trama local y en una estrategia revolucionaria nacional, o sea, siempre que se escape al funcionalismo y al marxismo universalista.

El debate principal sobre Gramsci, en la perspectiva de H. González, transcurría entre el estructuralismo althusseriano al que *Pasado y Presente* supuestamente adhería (con sus correspondientes efectos cientificistas) y el historicismo en el que se apoyaba el sociólogo argentino²⁴. En sintonía con J. J. Hernández Arregui y J. W. Cooke, leía a Gramsci desde el historicismo marxista y desde su adscripción al peronismo de izquierda. El trabajo de H. González con Gramsci fue inmediato, no estuvo mediado por otras interpretaciones del revolucionario sardo. Sin embargo, y a contramano de la sugerencia de J. Aricó expuesta en el epígrafe del capítulo, J. W. Cooke, más que J. J. Hernández Arregui, parece que ofició como matriz para el empleo del pensamiento gramsciano:

²⁴ La crítica de H. González al althusserianismo no era aislada, formaba parte de una perspectiva singular de las CN. Ver, por ejemplo: Dri, R. “Tercera posición, marxismo y tercer mundo”, *Envido*, año II, n° 4, septiembre de 1971, pp. 3–13, que recayó sobre el concepto de ciencia del filósofo francés.

A comienzos de los sesenta, para mí la izquierda ya era la izquierda nacional. Las lecturas, por lo tanto, se adecuaban a esa perspectiva. Estaban entonces aquellas obras que pasaron a ser el breviario básico de la izquierda nacional, el vademécum: John William Cooke, Hernández Arregui y Puiggrós. A Cooke, no lo conocía personalmente, pero fue con su obra con la que mayor afinidad tuve. Me gustaba su escritura (...). [Cooke] Me parecía el máximo lugar desde donde se podía pensar la rareza de una izquierda peronista, acentuando el término “rareza”. Al mismo tiempo, la propia vida de Cooke se me presentaba como un drama personal de mucha riqueza. Hernández Arregui, a quien sí conocí, me parecía un académico que iba armado de una teoría muy estricta, casi una camisa de fuerza (...). Con Rodolfo Puiggrós tuve cierto contacto cuando fue rector de la UBA, pero su obra me interesaba menos y la parábola política la conocí mejor bastante después (H. González entrevistado por Trímboli, 1998:81).

El historicismo de J. W. Cooke, su filiación peronista y, al mismo tiempo, su adscripción al marxismo influenciaron a H. González. A su vez, y a contramano de las lecturas althusserianas, H. González comprendía el pensamiento de Gramsci en clave historicista. Un historicismo que encontraba una comunión político–filosófica con el revolucionario sardo, y que se cristalizaba en diferentes planos, entre ellos, el del conocimiento. Se conocía al interior de la actividad práctica del hombre que, en el marco local, se expresaba en el peronismo. No se podía conocer por fuera de los procesos históricos y los movimientos de liberación nacional: “(...) la política sigue siendo lo único que permite proceder y conocer”²⁵. Unidad de la praxis con el conocimiento, como también destino práctico del conocimiento:

La relación general entre la teoría y la acción está explicada, precisamente, por la intervención inmediata de la teoría en el proceso revolucionario, y es ésta la única garantía posible de conocimiento de la

²⁵ González, H. “Humanismo y estrategia en Juan Perón”. *Envido*, año II, n° 4, septiembre de 1971, p. 28.

realidad. La teoría ha de ser una llave que permita la inserción de los sujetos en el cauce revolucionario”²⁶.

Con todo, H. González leía a Gramsci en clave historicista y pretendía alejarlo, ante todo, de las tentativas sociologizantes científicas tan en boga, a sus ojos, en el plano local.

6.3. ¿Qué hacer (con Gramsci)? Las derivas político–pedagógicas gramscianas de H. González

Gramsci era leído desde el historicismo, pero ¿qué operación pretendía H. González? ¿Para qué leía a Gramsci? En otras palabras, ¿en qué contienda y por qué razón evocaba al genio sardo? Para responder estas preguntas es necesario atender a los dos ejes imbricados que marcaron su uso de Gramsci: la *interpretación del peronismo* y la *fundamentación de una estrategia política revolucionaria de cuño peronista*. Es sobre este último eje que se situaron sus derivas pedagógicas gramscianas. Es posible rastrear el encuadre y la tentativa teórica de H. González a inicios de los 70 en su prólogo a la edición del cuaderno temático gramsciano, el cual constituyó una pretendida articulación entre Gramsci, J. W. Cooke y la figura y pensamiento de Perón²⁷. Respecto a la figura del General, volveré más adelante. En lo referido a su pensamiento, H. González se empeñaba en conjugar la reflexión política y militar de Perón con la obra de Gramsci. El revolucionario sardo ofrecía metáforas castrenses para este hilvanado²⁸. En lo que se refiere a J. W. Cooke, el

²⁶ González, H. “Estrategia, ideología, análisis institucional”. *Antropología del 3º mundo*, año II, n° 6, (número especial), sin fecha, p. 113.

²⁷ Es posible rastrearlo porque en el mencionado prólogo explicitó categorías y consideraciones sobre Gramsci, mientras que en el resto de los artículos (en *Envido* y *ATM*) Gramsci prácticamente no fue mencionado, utilizando sus categorías o perspectivas de manera implícita y exaltando el pensamiento de Perón. Así, en el prólogo, H. González realizó una operación inversa a sus artículos en las revistas: la evocación asidua de Gramsci articulada con alguna mención a Perón. Al igual que J. J. Hernández Arregui, sus referencias bibliográficas fueron escasas, muy al contrario de la abundancia de citas del general Perón.

²⁸ “Gramsci se prestaba también para un pensamiento militar, dado sus reflexiones sobre el modo occidental de proceder en la sociedad, a través de la guerra de posiciones y otras metáforas militares” (entrevistado por Burgos, 2004:199).

sociólogo sostenía que éste compartía una “comunidad temática” con el comunista italiano²⁹.

En la lectura del peronismo, H. González reeditaba el debate con los dos rivales centrales de las CN: el cientificismo y la nueva intelectualidad crítica (con énfasis en franjas de la nueva izquierda). En este debate los usos de Gramsci también eran parte de la disputa. Es sabido que G. Germani, *Política y sociedad en una época de transición* (1962), había establecido una interpretación canónica sobre el peronismo. Según esa interpretación, la industrialización acelerada y urbanización masiva de la década del 30, habían dislocado a la sociedad tradicional. Entre las consecuencias de esta vertiginosa transformación, se destacaba la expansión numérica de la clase obrera urbana. Las *nuevas* camadas obreras provenían de áreas aún sometidas a formas tradicionales de dominación social, carecían de experiencia sindical y, por tanto, no habían sido socializadas por los partidos obreros clásicos. Esta masa obrera, en cuyo seno no habían madurado aún las tendencias hacia la acción autónoma de clase, fue la que se integró en el peronismo y dio su apoyo a una élite político–militar de ideología totalitaria y tradicionalista, es decir, al peronismo. Por su parte, el *viejo* sector de la clase obrera, cuyos integrantes estaban ligados a partidos de clase y a la lucha sindical, había resistido los embates de la cooptación nacionalista. Este argumento de G. Germani, rápidamente resumido aquí, también era compartido por sectores de izquierda (Altamirano, 2011b:209). El peronismo expresaba una suerte de anomalía en el proceso de modernización: la clase obrera aparecía *desviada* del patrón normal de conducta clasista, apoyando líderes populistas en lugar de las direcciones políticas tradicionales (Tarcus, 1998:291). Aun con los elementos que aportó al proceso de modernización, era preciso superar y depurar al peronismo.

H. González tejió un hilo de continuidad entre este tratamiento cientificista–modernizante del peronismo y los intentos de Lanusse a inicios de los años 70 de integrar el peronismo al régimen y erradicar así su impronta revolucionaria. Al igual que en el intento del General Lonardi (1955) y de la época desarrollista, se ambicionaba convertir al peronismo en una subcategoría del desarrollo histórico del Estado en el último cuarto de siglo. El peronismo así, no sería más que el afluente encargado de incorporar al Estado un fuerte componente social mediatizado por

²⁹ H. González dispuso una unidad temática implícita entre A. Gramsci y J. W. Cooke: “(...) allí donde Gramsci está presente, lo está por medio de una comunidad temática en acción. En Cooke, por ejemplo. Es posible reconocer en él no pocos ‘temas’ gramscianos pero disueltos en forma llana, esparcidos silenciosamente y alisados en un ejercicio de pensamiento sólidamente crecido desde abajo” (1972:20).

estructuras sindicales. Lanusse parecía actualizar a G. Germani e inscribía al peronismo como la antesala de la modernización futura:

Los maestros sociológicos de cierta juventud ya habían adelantado que el peronismo es la antesala de la sociedad moderna en la Argentina. Nos entregan un Perón sociológico que acierta al formar un estado de “base amplia”, con amplios recursos para provocar el acatamiento social, y al que habría que corregirle, solamente, sus apelaciones al ejercicio de la autoridad por parte de las clases populares. Así, los peronistas tenemos que ser la prehistoria de alguna cosa³⁰.

H. González también arremetió contra las interpretaciones del peronismo provenientes de lo que se ha denominado nueva intelectualidad, las cuales, aun en su pretendida innovación teórica respecto al dogmatismo de la izquierda tradicional, guardaban, según H. González, un similar sesgo cientificista–modernizante y una incomprensión del peronismo³¹.

Presumiblemente sus rivales en la interpretación del peronismo fueron principalmente tres. En primer lugar: Milcíades Peña, *Masas, Caudillos y Elites* (1971), que utilizó la categoría marxista *bonapartismo*, también acuñada por L. Trosky, para caracterizar al peronismo³². Éste, como régimen bonapartista, se basaría en el apoyo de diferentes sectores sociales al tiempo que manipularía y controlaría a la clase obrera para integrarla al proyecto burgués. El proletariado urbano se constituiría de esta forma en la clase de apoyo del bonapartismo peronista. Este esquema suponía un “mínimo de autonomía obrera”³³.

³⁰ González, H. “Estado planificador, movilización popular, socialismo nacional”. *Envido*, año II, n° 5, marzo de 1972, p. 25.

³¹ La crítica hecha por H. González a las interpretaciones antiperonistas del peronismo formaba parte de una gesta colectiva. Por ejemplo, Feinmann, J. P. “Sobre el peronismo y sus intérpretes (I)”, *Envido*, año II, n° 6, pp. 7–23, analizó y desmenuzó las interpretaciones antiperonistas del peronismo (muchas de ellas provenientes de la nueva izquierda), las cuales compartían la teorización sobre las condiciones de heteronomía de la conciencia obrera.

³² Como resulta sabido, L. Trosky se apoyó en Marx en la utilización del concepto de bonapartismo, pero lo empleó de modo diferente: mientras Marx sólo le atribuía una significación crítica y negativa, el revolucionario ruso contemplaba algunos aspectos progresivos.

³³ González, H. “Estado planificador, movilización popular, socialismo nacional”. *Envido*, año II, n° 5, marzo de 1972, p. 29.

En segundo lugar: la izquierda nacional. También desde estas coordenadas se había caracterizado al peronismo en clave bonapartista: Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* (1957), cuyo capítulo sobre el peronismo se editó tiempo después con el título *La era del bonapartismo*. Desde esa perspectiva el peronismo en tanto gobierno bonapartista buscó apoyo en la clase obrera para enfrentar a los enemigos de la burguesía nacional. De ahí que no fuese más que una etapa democrática nacional–burguesa donde el proletariado ocupaba un lugar subsidiario. No obstante y a pesar de ello, la burguesía autóctona se aterrorizaba ante los avances organizativos de las masas y, bajo la presunción de que el gobierno ya no los representaba, se refugió entre sus adversarios. Así, debido a su propio carácter bonapartista, el peronismo no podía llevar hasta el final la revolución nacional. El proceso de liberación nacional en países semicoloniales suponía dos etapas: la primera democrática y burguesa, comandada por la burguesía (peronismo) que era condición para el desarrollo de la siguiente etapa, que estaría comandada por los trabajadores, y sería llamada socialismo nacional. De este modo, el peronismo emergía como una expresión superestructural progresiva para el desarrollo del proletariado. Algunas afirmaciones de J. W. Cooke y ciertas categorías gramscianas (como crisis orgánica) apoyaban su análisis. Ante esta clave interpretativa, H. González arremetía para devolver a J. W. Cooke a su marco historicista³⁴, y de paso, cuestionar la pretendida complejización de la relación estructura–superestructural al estilo gramsciano:

³⁴ Franco, J. P., “Notas para un historia del peronismo”, *Envido*, año I, n° 3, pp.3–18, también había defendido una interpretación similar de J. W. Cooke. En este artículo, J. P. Franco también apeló al acervo de Gramsci para comprender el peronismo. Siguiendo los preceptos gramscianos en *Notas para Maquiavelo*, aseguraba que el peronismo no era un epifenómeno estructural sino que debía comprenderse desde su nivel político y desde su pretensión de forjar un nuevo Estado. También recurrió, como se verá al igual que H. González, al bloque histórico gramsciano para aprehender la singularidad del peronismo.

Vale señalar que desde la izquierda nacional también se ponían en duda las interpretaciones del peronismo provenientes de franjas de las CN. Por ejemplo, Alberti, B. M., “Las ilusiones del ‘peronismo de izquierda’”. El gobierno peronista según Pablo Franco”, *Izquierda Nacional*, año XI, n° 26, octubre de 1973, pp. 33–40.

Esta izquierda nacional publicó algunos extractos del libro de Gramsci *Notas sobre Maquiavelo*, concretamente en el n° 29 (mayo de 1974) de la revista *Izquierda nacional*, que era el órgano de difusión del Frente de Izquierda Popular, donde militaba J. A. Ramos. Estos escritos se referían al cesarismo y a la burocracia (pp. 28–33). Se aludía a la categoría cesarista, junto con las reflexiones sobre la burocracia del revolucionario sardo, para comprender el fenómeno y actualidad del peronismo. Es interesante que ambos extractos estaban contenidos dentro de la misma sección de *Notas sobre Maquiavelo* que H. González había reeditado: “El Príncipe moderno”. Los pasajes seleccionados fueron precedidos por una breve biografía política del comunista italiano firmada por la redacción

La doctrina de la superestructura tolerable y necesaria para la clase obrera demuestra ser a la vez un mal remedo gramsciano y una mala lectura de Cooke. Es cierto: Cooke mal leído, da pábulo a esa interpretación; pero el peronismo para él, como “expresión concreta de la lucha de clases en la Argentina” y como “expresión general de la crisis del régimen” no era ni mera superestructura –acepción que permitiría la primera caracterización– ni el ‘lado malo’ que el régimen ofrece dialécticamente para el progreso histórico. No era “demostración”, resultado u objeto, sino organización de la conciencia del pueblo sujeto³⁵.

En tercer lugar: el tratamiento de Miguel Murmis y de J. C. Portantiero del peronismo, *Estudios sobre los orígenes del peronismo* (1971), fue otra de las interpretaciones con las que discutió H. González. Esta investigación, que acudía al acervo gramsciano (“ampliación del Estado, “bloque histórico”, “hegemonía”) y pretendía oponerse a la canónica visión de G. Germani, se conformó como otro contrincante del sociólogo argentino. Si bien el libro apareció en 1971, sus dos partes ya habían sido publicadas, en tiradas reducidas, como documentos de trabajo por el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella, en los años 1968 y 1969. En resumidas cuentas, M. Murmis y J. C. Portantiero descartaban el clivaje entre *viejos* y *nuevos* obreros, para profundizar en otra fractura: la abierta en el seno de la vieja guardia sindical. La mayoría de los antiguos dirigentes (con excepción de los comunistas y socialistas) se volvió en 1945 por Perón dado que su política social respondía a las reivindicaciones insatisfechas durante una larga década de crecimiento sin distribución. A esta adhesión se sumó el grueso de los trabajadores (con indistinción de si eran *nuevos* o *viejos*). La incorporación de las masas a la vida política nacional no se había producido por la vía de una alianza de clases liderada por el peronismo, sino que la base sindical del peronismo existía con antelación al movimiento y se asentaba en el crecimiento industrial de años anteriores. A su vez, la creación del Partido Laboralista, que fue decisivo en la contienda electoral de 1946, había representado, según los autores, la participación autónoma de los sindicatos en la esfera pública. Por tanto, la base obrera que constituyó el peronismo no era

³⁵ González, H. “Humanismo y estrategia en Juan Perón”. *Envido*, año II, n° 4, septiembre de 1971, p. 36.

heterónoma o pasiva, sino que encontró en el peronismo la resolución de demandas históricas impulsadas por sus sindicatos. La adhesión al peronismo fue pues mediada por las organizaciones sindicales autónomas del movimiento obrero y por su partido de vanguardia: el Partido Laboralista. El problema de la heteronomía obrera en el peronismo había que rastrearlo, en todo caso, en una etapa posterior.

Si bien algunas de las aristas de M. Murmis y J. C Portantiero pueden haber sido recibidas con mayor beneplácito por H. González, al menos en comparación a las tesis de G. Germani, persistía la incompreensión del peronismo como fenómeno político. Su singularidad era desechada y la tesis de la heteronomía obrera persistía: "(...) la autonomía de los trabajadores no pasa de ser una categoría explicitada sólo sindicalmente. En realidad, ciertos sociólogos no hacen más que atosigarnos con historias sindicales"³⁶.

H. González tampoco estaba de acuerdo en aplicar la categoría gramsciana de "cesarismo" para comprender el peronismo como presumiblemente pretendió *Pasado y Presente*. El cesarismo, aun cuando se adjetivaba como "progresista" (para dar cuenta de algunos aspectos progresivos del peronismo), no era más que un aledaño del bonapartismo y se fundamentaba en la heteronomía obrera. Con todo esto, H. González aspiraba a construir otra filiación gramsciana para los peronistas, alejada de *Pasado y Presente* y de sus tentativas "sociologizantes":

Se trata entonces de no ser gramscianos entre nosotros; quien lo son esgrimieron a Gramsci como explicación –en su momento– del "desencuentro de los intelectuales con el pueblo", y eso produjo algún breve y fugaz temblor en ciertas ortodoxias de comités [probablemente en alusión al PCA]. Pero los que así comenzaron, se dedicaron luego a un grosero mimetismo sociológico con las categorías gramscianos. El peronismo se convierte, por ejemplo, en el "cesarismo progresista", concepto más elegante que el bonapartismo de uso diario, pero fabricado con el mismo material de utilería con que hacen todos sus modelos científicistas. El Gramsci que piensa las teorías movilizadoras queda convertido así en un Gramsci de madera balsa para uso de los sociólogos pedantillos y antiperonistas (1972:19).

³⁶ González, H. "Estado planificador, movilización popular, socialismo nacional". *Envido*, año II, n° 5, marzo de 1972, p. 29.

“No ser gramscianos entre nosotros” condensaba una tarea para el “nosotros” peronista: leer a Gramsci más allá de quienes se asumían gramscianos e intérpretes fidedignos de su legado a nivel local. Para H. González, la interpretación del peronismo y la actualización de su estrategia para retomar el poder, debía fundarse en el historicismo y dirimirse por fuera de cualquier variante del esquema estructura–superestructura:

Lo que aquí se discute y debe discutirse es la validez misma de la tesis que enfrenta la estructura con la superestructura, ya sea “dialécticamente”, “interrelacionadamente”, “sin mecanicismos”, con eficacia de la superestructura, con influencia de la estructura “solo en última instancia” o bien conformando ambas un “bloque histórico”³⁷.

Repárese en que la crítica no iba sólo dirigida a la vertiente estructuralista–marxista. Es conocido el desapego y cuestionamiento de esta corriente al concepto de *bloque histórico*. Existían distintas interpretaciones gramscianas que se alejaban del althusserianismo pero que reducían el historicismo del revolucionario sardo a una serie de conceptos teóricos. Tal vez, entre otros, el ya citado artículo de A. Pizzorno, que asumía al bloque histórico “como una de las propuestas más importantes del pensamiento de Gramsci”, haya sido uno de los blancos del sociólogo argentino³⁸. La aclaración no es menor porque, como se verá, la noción de bloque histórico gramsciana resultó estructurante en la disquisición de H. González sobre el peronismo³⁹. En el autor subyacía una suerte de epistemología populista,

³⁷ González, H. “Humanismo y estrategia en Juan Perón”. *Envido*, año II, n° 4, septiembre de 1971, p.36.

³⁸ En el prólogo se expresó un comentario similar: “Sobre Gramsci se lanzan los sociólogos como aves de presa. (...). Y entonces a modo de equipaje conceptual tentativo se lanzarán a tejer hipótesis o a proponer sistematizaciones de los conceptos de ‘hegemonía’ o ‘bloque histórico’” (1972:14).

³⁹ Posiblemente la inspiración del sociólogo argentino fue J. W. Cooke quien en *Informe a las bases* (1966) había apelado, aunque implícitamente, a la noción gramsciana de bloque histórico para abordar el peronismo y el antiperonismo como dos bloques antagónicos: “(...) ese multipartidismo [del antiperonismo] no expresaba los conflictos globales de nuestra sociedad, sino las particularidades existentes en el bloque histórico formado por las clases agónicas pero poseedores de la fuerza. El otro bloque [peronista] estaba excluido, pero su presencia amenazaba a todos en conjunto e imprimía virulencia a esos enfrentamientos secundarios” (1966/2011). H. González juzgaba el escrito de Cooke “como uno de los

característica de la izquierda peronista: sólo desde el seno del peronismo se podía comprender al peronismo. La inspiración del sociólogo para interpretarlo reposaba en J. W. Cooke⁴⁰. El peronismo era el “hecho maldito del país burgués”⁴¹, esto es, el peronismo siempre impidió la realización de la democracia liberal y los intentos integracionistas. Se dirimía una suerte de impotencia doble: el movimiento peronista era impotente frente a la vertiente integracionista del régimen, y éste, a la vez, era impotente ante el movimiento. Sin embargo, y al igual que J. W. Cooke, H. González clamaba por la necesidad de pasar a la ofensiva: “La era del hecho maldito ha terminado”⁴². Para persistir, el peronismo debía seguir siendo revolucionario, o de lo contrario estaría condenado a la inanición. Ante el deterioro del régimen militar, el camino debía marcarlo el retorno al poder del peronismo. Se debían desandar los intentos integracionistas y volver a ocupar el poder.

Así, la preocupación por la *interpretación* del peronismo de H. González se ligaba íntimamente con otro eje: la estructuración de una *estrategia política* que culminase con el retorno al poder. Gramsci fue leído en esa clave. Lejos de asumir al revolucionario sardo como un teórico de las derrotas, como un teórico en que la victoria se alejaba y diluía, lo cierto es que los *Cuadernos*, tal y como lo certificaban las primeras palabras del prólogo de H. González, diagramaban la ofensiva, ya que no eran más que “(...) notas abiertas, dimensiones preparatorias de una estrategia orgánica, completa y total para ocupar el poder” (1972:2). *Interpretación* (del peronismo) y *estrategia* (del peronismo) se conjugaban en el uso gramsciano del sociólogo argentino. La interpretación debía hundirse en y dar cuenta de la singularidad del movimiento. La estrategia, apoyada en dicha interpretación, debía acelerar y marcar el camino del retorno al poder. *El Príncipe moderno y la voluntad nacional-popular*, ambas categorías gramscianas, resolvían productivamente la ecuación. Si las franjas de la nueva intelectualidad asimilaban la figura de Perón a César o Bonaparte, H. González optaba por *El Príncipe moderno* de Maquiavelo (en la versión gramsciana). Y no dejaba de asombrarse con la aplicación de esta última

documentos más importantes surgidos del peronismo en los últimos años”. González, H. “La respuesta peronista a las elecciones trampa”. *Envido*, año II, n° 8, marzo de 1973, p.6.

⁴⁰ No fue el único. Por ejemplo, Feinmann, J. P., “Cooke: peronismo e historia, año III, n° 8, marzo de 1973, pp. 16–24, también recurrió a J. W. Cooke como marco teórico para elucidar al peronismo.

⁴¹ González, H. “Gorilas, integracionistas y lanusardos”. *Envido*, año II, n° 7, octubre de 1972, p. 38.

⁴² *Ibíd.*, p. 40.

figura a A. Frondizi, dado su pragmatismo político⁴³. Era, aducía, una mala interpretación del *Príncipe moderno*. El núcleo vital de éste no residía en el pragmatismo, el utilitarismo o el desinterés por los medios para alcanzar el fin, sino más bien en su pensamiento y afán estratégico. *El Príncipe moderno* de Maquiavelo encontraba asidero, no en A. Frondizi, sino en el General Perón.

El Príncipe moderno y la voluntad nacional-popular (título de la edición temática del cuaderno gramsciano dispuesta por H. González) se anudaban en un bloque histórico. Partiendo desde esa perspectiva, se esgrimía que el peronismo (y su potencialidad revolucionaria) se resumía y dirimía en el seno de este bloque. Al igual que en el maquiavelismo gramsciano, Perón, en su afán de constituir el Estado unitario nacional, se proponía educar al pueblo en un sentido innovador, volverlo orgánico y consciente de un proyecto estatal de transformación. El pueblo acompañaba a su líder y, junto a él, a los métodos que empleaba para alcanzar el fin. En este trayecto las masas se educaban, aprendían de su educador, del “Maquiavelo educador político del pueblo” (1972:4). Para H. González, en Gramsci *El Príncipe* se volvía una metáfora, un mito, una fantasía que obraba suscitando y organizando la voluntad colectiva de un pueblo; operaba y se fundaba sobre la fuerza que consideraba progresista, para modificar y crear un nuevo equilibrio de las fuerzas existentes:

El Príncipe es una figura muy teatral. Lo que le discutía a [José] Aricó es que, dejándose llevar por la idea de que Gramsci escribe metafóricamente, pensaba que cuando [Gramsci] dice el “Príncipe moderno” está diciendo el Partido, cuando dice el “moderno príncipe” está diciendo el Partido Comunista, cuando dice la “filosofía de la praxis” está diciendo “marxismo-leninismo”, cuando dice “Bernstein” dice “Trotsky”, entonces como un sistema, como una novela en clave de David Viñas. Bueno, yo lo que creo, (...) que hay veces donde el príncipe moderno es el Partido, y está claro que habla del Partido, y hay veces que habla del libro que él está escribiendo, que dice “el Príncipe moderno constará de tales o cuales capítulos”, al principio nomás de la edición, la original, no la de [Valentino] Gerratana, que es la más difícil de leer porque es

⁴³ González, H. “Humanismo y estrategia en Juan Perón”. *Envido*, año II, n° 4, septiembre de 1971, p. 31.

cronológica. Y ahí cuando dice “el capítulo”, enumera las cosas que hay que leer en los capítulos... Entonces no es tan equivocado decir que es un texto, es un mito y por lo tanto es un texto, no es el partido solo; ese fue el error de Aricó, creer que era el partido, y eso sólo no era el partido (H. González, comunicación personal, 11 de marzo de 2015).

H. González se esforzaba en desvincular a *El Príncipe moderno* del Partido Comunista, tal como lo había dispuesto J. Aricó⁴⁴. Además, si *El Príncipe* se volvía mito no era palpable, no era algo concreto, aunque también podía cobrar la forma de un Príncipe “realmente existente”. En la adaptación de H. González se conformaba y operaba como un mito, como una fantasía capaz de volverse concreta y actuar sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar la voluntad nacional–popular⁴⁵. En la sociedad nacional, Perón operaba como un mito, como una fantasía concreta que organizaba al siempre caótico pueblo. En este sentido, resulta ilustrativa la portada de la edición peronista del cuaderno temático gramsciano. De alguna manera, Gramsci aparecía vinculado a la celebración peronista. H. González optó por una foto de los primeros festejos del *17 de octubre*, en la cual un grupo de obreros subían por la explanada del Ministerio de Hacienda. Según el autor, el peronismo cuenta dos grandes tratamientos iconográficos y optó por el segundo:

El peronismo tiene dos vías iconográficas, cualquiera podría decir que tiene 200, pero hay una fundamental que es el rostro de Perón, su indumentaria, su sonrisa (...). O mejor dicho, hay un mito central del cuerpo de Perón y su estilo facial digamos, y después hay un conjunto de variaciones que son sutiles. Y eso hace a la idea del jefe, a la idea del culto, a la idea de la liturgia pasan al Estado digamos, es muy difícil encontrar fotos no estatales de Perón, podría ser por la vestimenta, la

⁴⁴ En una “nota del traductor” a la edición *Notas sobre Maquiavelo* de la editorial Lautaro, J. Aricó no dejaba duda de la identificación *Príncipe moderno*–partido político: “Gramsci se refiere aquí, con la designación de ‘Príncipe moderno’, al partido político de la clase obrera” (1962:23). También en su prólogo al libro, J. Aricó insistió en la homologación: “La hegemonía del proletariado implica entonces la alianza con el campesinado y la necesaria incorporación a este bloque de los intelectuales. Pero el protagonista de esta tarea debe ser el *moderno Príncipe*: el partido del proletariado” (Ibíd.:15).

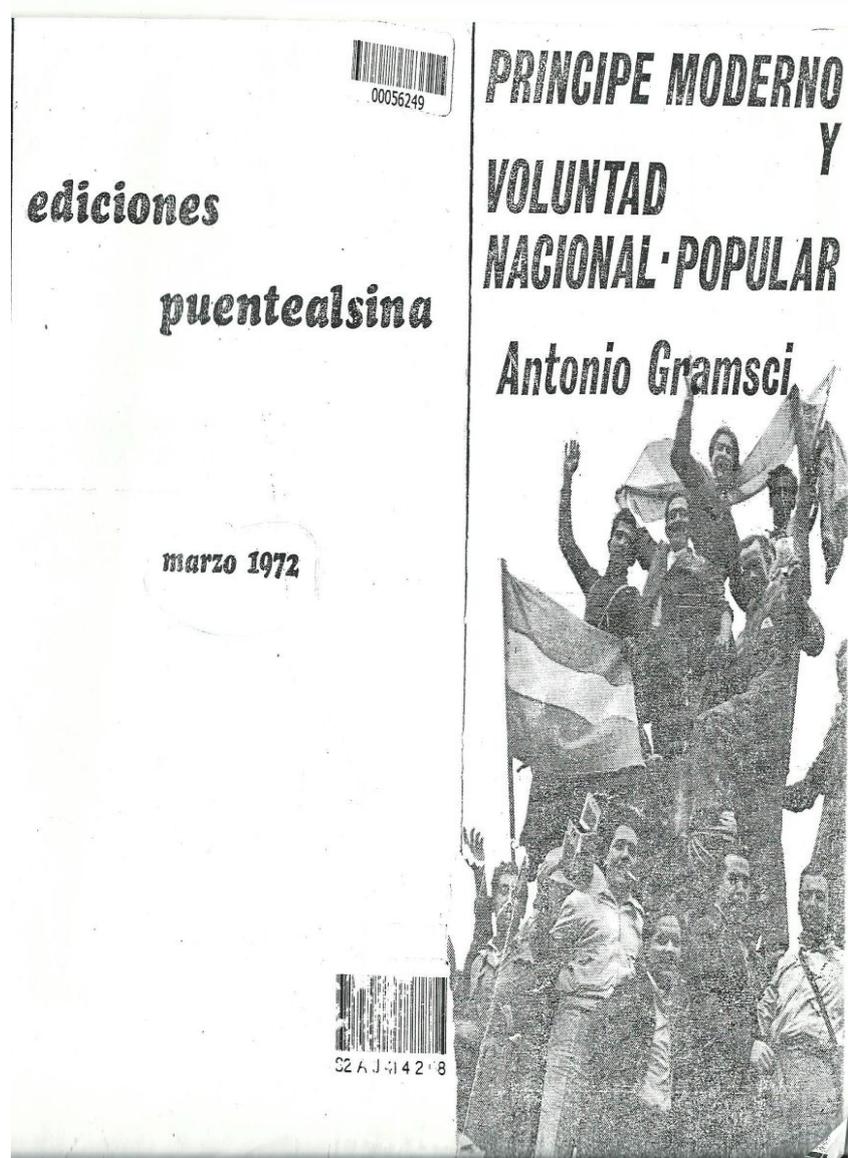
⁴⁵ Quizás el abordaje de Perón en clave de mito afincó en J. W. Cooke, específicamente en su escrito *La revolución y el peronismo* (1967/2005), editado con una tirada mayor en 1971 por Papiro. De todas maneras, este revolucionario peronista no había establecido ninguna analogía entre la versión gramsciana de Maquiavelo y la figura del General.

actitud... La sonrisa es una sonrisa de Estado, y el gusto de Eva Perón es un gusto de Estado (...) Y después está la multitud digamos, los registros paralelos son de la multitud. Ésta [refiriéndose a la foto colocada como portada del libro] es uno de ellos que me interesaba, no necesariamente desde el punto de vista de un sujeto popular, sino de una composición caótica, un poco barroca, acá hay una bandera argentina, gente mostrando un carnet, en fin, una barahúnda... (H. González, comunicación personal, 11 de marzo de 2015).

Perón no aparecía en la tapa. Aquel 17 de octubre de 1947, Perón permanecía exiliado y proscrito. En marzo de 1972, fecha de publicación del prólogo de H. González, la situación persistía. El centro se colocaba, no en la figura de Perón o en su reificación estatal, sino en la voluntad popular dispersa. *El Príncipe moderno* no permanecía desapegado o desvinculado del pueblo. Todo lo contrario, surgía de su seno, como parte del proceso de conformación de la voluntad nacional–popular. Era conciencia y expresión del pueblo, al que había convencido con su trabajo. Perón, pues, reunía la doble condición del Príncipe: mito y realidad, fantasía y expresión concreta. Por un lado, no estaba físicamente en la portada, pero por el otro, las masas –a través, por ejemplo, de levantar su foto– lo convertían en una figura históricamente operante. También el pueblo atravesaba una ambivalencia: voluntad dispersa pero también capacidad de devenir voluntad nacional–popular y, por tanto, organizada. En la fotografía, el pueblo irrumpía en la historia, ofreciendo pues la imagen de un sujeto disperso, en ciernes, pero también indicando su capacidad de volverse concentrado, nucleado. Su manifestación no era fruto del azar ni fortuita: se dirigía a un nudo principal del poder estatal, el Ministerio de Hacienda. Así, la voluntad de aquel 17 de octubre, aparecía como nacional–popular, y expresaba tanto la unidad dirección - espontaneidad, como el papel histórico de los pueblos⁴⁶. Más que espontaneísmo, como solían apreciar franjas de izquierda, el 17 de octubre fue un hecho histórico que condensaba, según H. González, la unidad del pueblo con su líder, con su *Príncipe moderno*, inaugurando así un nuevo ciclo político en la vida popular que se

⁴⁶ González, H. "Estado planificador, movilización popular, socialismo nacional". *Envido*, año II, n° 5, marzo de 1972, p. 31.

caracterizaría por el pasaje catártico de la necesidad a la libertad, de la objetividad a la subjetividad histórica, de lo económico–corporativo a lo ético–político⁴⁷.



Portada del libro prologado por H. González. *Gramsci, A.: Príncipe moderno y voluntad nacional-popular*

⁴⁷ La tentativa de H. González tenía muchos vasos comunicantes con la empresa de Feinmann, J. P., "Sobre el peronismo y sus intérpretes (II)", *Envido*, n° 7, año III, octubre de 1972, pp. 9–34. Sin un registro gramsciano, y luego de desechar las interpretaciones peronistas del antiperonismo en su ya citado artículo incluido en el n° 6, el autor se empeñaba en aprehender al peronismo a partir del vínculo líder–masas: "(...) vamos a postular la relación líder–masa como el hilo conductor de toda auténtica explicación del peronismo, en tanto son sus elementos constantes y los que han determinado el sentimiento revolucionario del movimiento" (p.2). Orientación similar había realizado J. P. Franco en el citado artículo correspondiente al n° 3 de la revista (p.8).

Igual que en el *Príncipe moderno* gramsciano, la escena asumía tintes dramáticos. Esta catarsis suponía, en lo que se refiere al pueblo, atravesar un momento de autoreflexión que concluiría con un grito apasionado. Lejos de un proceso meramente racional, el vínculo del Príncipe con las masas incorporaba el elemento pasional y lo colocaba en el centro del tablero. Presumiblemente, fue debido a estos rasgos que a H. González la figura gramsciana del Príncipe de Maquiavelo le resultaba “muy teatral”. Al igual que en J. J. Hernández Arregui, Gramsci aportaba las claves para repensar el vínculo entre dirigentes y dirigidos, entre educadores y educandos. Permitía distinguirse de una tradición ilustrada que resolvía el vínculo en términos no sólo “bancarios” sino también estrictamente “racionales”, al tiempo que colocaba en el primer plano del diálogo pedagógico las pasiones populares.

La voluntad nacional–popular que comenzaba a gestarse, a su vez devenía Estado. Con huellas historicistas, tamizadas por su adscripción peronista, H. González sugería que la voluntad popular, al organizarse, podía atravesar al Estado, podía atravesar los pilares del poder estatal, el Ministerio de Hacienda. Las banderas nacionales en unidad con el pueblo atestiguaban la formación de un nuevo Estado nacional–popular. Como en la reflexión gramsciana sobre el fracaso italiano en la conformación de un Estado con base popular, El *Príncipe moderno* (léase Perón) aglomeraba un renovado proyecto de Estado fundado en el pueblo–nación. Al viejo Estado argentino ligado a la oligarquía y al imperialismo, comenzaba a oponérsele un Estado con raíces populares y nacionales.

En 1972 el Estado ya no era nacional–popular, pero la fotografía dispuesta por H. González mostraba no sólo la persistencia del “hecho maldito”, sino también un apuesta: el peronismo retornaría al Ministerio de Hacienda, al Estado, al poder, a la sociedad política. El bloque histórico peronista, a pesar del régimen de Lanusse, no se había doblegado. El sociólogo argentino llamaba la atención ante el integracionismo lanussista y sus “ejercicios desmitologizadores”⁴⁸. La vertiente lanussista aspiraba a destruir la relación y comunicación entre el líder y las masas, el mito organizador, sentando así las bases del integracionismo. Para contrarrestarlo, el autor sostenía con visibles reminiscencias gramscianas una tarea medular: la unidad del pasado y del

⁴⁸ González, H. “Gorilas, integracionistas y lanusardos”. *Envido*, año II, n° 7, octubre de 1972, p. 42–3.

presente, la recuperación, en el presente, de la historia del pueblo y la nación⁴⁹. Y esta amalgama pasado–presente sólo se conseguía a través de la continua movilización popular. El paso del peronismo al frente del Estado, y su proyecto de modificar los “resortes oligárquicos burgueses imperialistas”, se volvía consigna y experiencia que, en el presente, estimulaba la imaginación política de las masas. Su recorrido y ambición se volvía “fuerza efectiva, pedagógica”⁵⁰.

La apelación a la unidad pasado–presente tenía varias *derivadas pedagógicas*. H. González, en sintonía con J. J. Hernández Arregui y Gramsci, valoraba la experiencia y las expresiones populares. Las gestas populares dirimidas en el curso de la historia y en el seno del movimiento peronista debían estructurar el contenido programático del diálogo educativo entre el líder y las masas del bloque histórico. A su vez, lejos de un vínculo lineal o “bancario” entre el *Príncipe moderno* y la *voluntad nacional–popular*, el propio líder se modificaba en el recorrido político–pedagógico. El líder concebido en clave de *Príncipe moderno* gramsciano era un estratega, oficiaba de conductor, reunía las fuerzas necesarias, otorgaba sentido a la historia realizada por los hombres, pero también se mimetizaba y se volvía pueblo, “llevaba” y era “llevado”⁵¹. H. González parecía compartir con Gramsci la interpretación del *Príncipe moderno* en términos de manifiesto. El tratado de Maquiavelo no era sólo una reflexión política, sino también un documento que devenía acción, un manifiesto. Bajo esta matriz, H. González leía a Gramsci y editaba *El Príncipe moderno y la voluntad nacional–popular*. El revolucionario sardo no era un sociólogo sino que sus reflexiones eran políticas y movilizadoras, estaban destinadas a fundirse con las luchas populares. Así, el autor leía en lógica de manifiesto el propio legado gramsciano: “Gramsci era un texto en andamio. Estaba preso qué otra cosa podía hacer, y quería escribir un libro como el de Maquiavelo, si Maquiavelo era un libro, era una sombra con un libro, él también” (H. González, comunicación personal, 11 de marzo de 2015).

⁴⁹ González, H. “Estrategia, ideología, análisis institucional”. *Antropología del 3º mundo*, año II, n° 6, (número especial), sin fecha, p. 114; y “Gorilas, integracionistas y lanusardos”. *Envío*, año II, n° 7, octubre de 1972, p. 28–29.

⁵⁰ González, H. “Estado planificador, movilización popular, socialismo nacional”. *Envío*, año II, n° 5, marzo de 1972, p. 27.

⁵¹ González, H. “Humanismo y estrategia en Juan Perón”. *Envío*, año II, n° 4, septiembre de 1971, p. 34 y 37. Vale precisar que el sociólogo argentino no se refirió a la categoría intelectual gramsciana, ni a la temática de la escisión intelectual pueblo como se encuentra en J. J. Hernández Arregui. Más que en la actuación de un conjunto de intelectuales–organizadores populares, la voluntad popular se resumía en su relación íntima con el líder.

Y si además en la versión gramsciana de *El Príncipe moderno* se fundía y confundía con el pueblo en su corolario, el destino de Perón no podía ser otro. El bloque histórico peronista estaba conformado por dos instancias cristalizadas en el título de la edición al cuaderno temático: *El Príncipe moderno y la voluntad nacional-popular*. Sin embargo, estas instancias en el curso histórico estaban predestinadas a su confusión y resolución unitaria. La estrategia de Perón, del *Príncipe moderno*, no era más que hacer lo que “el pueblo y la nación quieren”⁵², lo que la voluntad nacional-popular dispone. *El Príncipe moderno* estaba destinado a fundirse con el pueblo-nación, pero no con una voluntad amorfa sino con la voluntad nacional-popular organizada y animada por él. En definitiva constituía un lazo pedagógico democrático con las masas. No es casualidad pues que al cierre del prólogo, H. González expresara tanto un carácter de manifiesto de la propia edición peronista al cuaderno temático gramsciano, como de unidad, siguiendo al propio Gramsci, entre el pueblo y el “Viejo General en Batalla”:

Nuestras fuerzas en actividad con su horizonte de pensamiento revolucionario, colectivo, nacional, popular proletario y nuestro Viejo General en Batalla perciben interesados la meditación penetrante de este político encarcelado, con su impotencia terrible, con su carga aleccionadora de anticipaciones, con su inteligencia conmovedora obligada –entonces sí, ante la mirada carcelaria– a llamar ‘investigaciones’ a sus reflexiones plenas y directas sobre la revolución (1972:21).

El uso de la noción bloque histórico por parte de H. González para estructurar un vínculo educativo fue una innovación significativa en la literatura sobre Gramsci en aquel momento. Tiempo después sería habitual interpretar el vínculo educador-educando en términos del bloque histórico gramsciano, pero a principios de los 70, supuso una innovación político-pedagógica. El educador debía también ser educado, conformando así una unidad pedagógica democrática, un bloque histórico progresivo. El vínculo devenía progresivo porque apuntaba al progreso y crecimiento intelectual de las masas, no de unos pocos intelectuales.

⁵² González, H. “Humanismo y estrategia en Juan Perón”. *Envido*, año II, n° 4, septiembre de 1971, p. 29.

El sociólogo argentino no rehuía de la posibilidad de interpretar a *El Príncipe moderno* gramsciano en clave de partido político revolucionario, es decir, “de un ‘intelectual colectivo’ que convocaba a su alrededor –y hegemonizaba– a todas las fuerzas que dispersas o derrotadas anteriormente, tendían al cambio de situación” (1972:3–4), pero ponía el énfasis en otra dirección. H. González, como ya mencioné, compartía una impronta *movimentista* con sus compañeros de *Envido*. *El Príncipe moderno* se resumía en Perón y en el peronismo como movimiento nacional; en lugar de expresar e impulsar una conciencia no tradeunionista en las masas y, por tanto, organizarse de manera separada a las organizaciones obreras (al estilo de Lenin), se conjugaba como “la síntesis política de la formación de una voluntad nacional–popular–colectiva” (Ibíd.:8). A diferencia de Lenin, el antieconomicismo en Gramsci se resolvía no en el partido sino “en el bloque histórico, es decir, en el conjunto de fuerzas de la nueva sociedad actuando impugnadoramente sobre la vieja” (Ibíd.:9). El partido, o *El Príncipe moderno*, era el propio movimiento peronista que aglutinaba y movilizaba, al unísono, la voluntad nacional–popular.

La discrepancia con la interpretación del maquiavelismo gramsciano provista por R. Mondolfo no podía resultar más elocuente. Si éste, tal y como se ha mostrado en el marco teórico, consideraba que la figura de Maquiavelo en Gramsci representaba únicamente a la personalidad dirigente que sustituía la voluntad popular, H. González, por su lado, encarnaba un ejemplo vivo, histórico y de progresiva unidad entre el pueblo y su líder. Mientras uno divisaba un vínculo autoritario, el otro lo asumía como democrático. Aquí, H. González también introducía una línea original, al menos a nivel local, al interpretar el maquiavelismo gramsciano. Si la editorial Raigal había publicado el libro de R. Mondolfo en 1956, en el cual su tratamiento del maquiavelismo funcionaba como una impugnación del movimiento peronista y de la figura de Perón recientemente derrocado, quince años más tarde, H. González parecía saldar cuentas con estas reflexiones de cuño social liberal, mostrando la fecundidad del *Príncipe moderno* para comprender el peronismo y proyectarlo.

Además de un “hecho maldito”, el peronismo cumplía un papel histórico con la estructuración del pueblo como sujeto político. Parafraseando a J. W. Cooke, para H. González el peronismo era “la expresión política de la clase trabajadora, el “más alto nivel de conciencia política del pueblo y de la clase obrera”⁵³. Desde el seno del peronismo se refería al tratamiento de la ideología en términos gramscianos: “Los

⁵³ González, H. “Gorilas, integracionistas y lanusardos”. *Envido*, año II, n° 7, octubre de 1972, p. 39.

hombres toman partido cuando se sitúan en el terreno de la ideología”⁵⁴. Esta tesis se comprendía en términos historicistas. El peronismo en tanto bloque histórico se configuraba como el terreno donde los hombres dirimían las luchas, los conflictos y tomaban conciencia. La versión de la ideología gramsciana se articulaba y resolvía en el plano político unitario que ofrecía el movimiento peronista. Las tesis gramscianas sobre la ideología adquirían otro plano: la disputa estatal. La ideología revelaba y plasmaba el antagonismo entre tendencias que pugnaban por la fundación de un nuevo Estado o por la conservación del viejo; por la instalación de un nuevo bloque histórico o por la persistencia del antiguo. El tratamiento historicista de la ideología gramsciana se veía atravesado por la clásica disyuntiva excluyente del populismo de izquierda: peronismo o antiperonismo.

Ahora bien, en Gramsci el bloque histórico también supone la articulación (de diferentes maneras según los intérpretes) de la sociedad civil y la sociedad política. Pero si el movimiento peronista estaba fuera del Estado, del poder, de la sociedad política, de la superestructura, ¿dónde operaba como bloque histórico? H. González, tal y como se ha anticipado, buscaba despojarse del esquema estructura–superestructura. Para el sociólogo argentino, el partido, *El Príncipe moderno* –el peronismo–, no se ubicaba “ni en la estructura, ni en la superestructura” en tanto era “una contradicción de la sociedad civil” (1972:16). Esta afirmación no debe ser entendida en clave socialdemócrata. No se trataba de intervenir en la sociedad civil para ampliar sucesivamente la influencia del peronismo hasta que el Estado cayese en las manos obreras como un “fruto maduro”. Más bien, el peronismo operaba en la sociedad civil en articulación con la sociedad política. En rigor, *El Príncipe moderno*, el peronismo, era una anticipación viva y concreta del futuro Estado y, por tanto, una combinación y unidad de nuevo tipo entre la sociedad civil y la sociedad política, sin contar aún con el poder estatal.

Si la interpretación socialdemócrata de Gramsci suponía la *contraposición* entre el Estado o sociedad política y la sociedad civil (donde se dirimía la hegemonía), H. González parecía más cercano al tratamiento de J. Texier (1967): en Gramsci el Estado o sociedad política *subsumía* o *absorbía* a la sociedad civil y, por tanto, la hegemonía transcurría en el bloque histórico. La versión de J. Texier incluía tanto la dominación burguesa como la posibilidad de fundar un nuevo Estado. En ambos casos, el nudo acontecía en la imbricación de sociedad política con la sociedad civil.

⁵⁴ González, H. “Humanismo y estrategia en Juan Perón”. *Envido*, año II, n° 4, septiembre de 1971, p. 28.

En una línea similar, para H. González el bloque histórico peronista en su afán de devenir nuevo Estado otorgaba centralidad al momento político, a la dirección, al liderazgo que actuaba sobre la sociedad civil: “Organizar es politizar, es arrebatar a las masas del estado de inorganicidad en que las tiene la sociedad civil”⁵⁵. Con todo, la sociedad política gramsciana parecía asumir dos formas distintas en el bloque histórico peronista. En el marco de la proscripción, la sociedad política se materializaba en el movimiento peronista, el cual condensaba la unidad del líder Perón con el pueblo. Una vez en el poder, la sociedad política continuaba expresándose en el movimiento, pero éste operaba también en la sociedad civil desde el propio Estado, desde la sociedad política. El Estado era sólo una instancia más para continuar la batalla con mayores recursos.

La hegemonía gramsciana para H. González acontecía en el bloque histórico “por la acción del partido” (1972:8). Así, era la sociedad política quien la dinamizaba. El sociólogo argentino sugería que existía una distinción en Gramsci entre hegemonía y “concentración de hegemonía”. La hegemonía transcurría al interior del bloque histórico, no residía simplemente en la acción de conquista del poder. Pero en el momento en que el partido, *El Príncipe moderno* consideraba terminada su estrategia de control de la sociedad civil y, por tanto, encaraba el pasaje a la ocupación del poder, se asistía a una situación de “concentración de hegemonía”. Una escena semejante parecía darse en el peronismo a principios de los 70, un peronismo que se tornaba cada vez más hegemónico en la sociedad civil y que se disponía a la conquista inminente del poder⁵⁶.

El tránsito hacia la conquista del poder debía anclarse en una condición y concepto gramsciano particular: la crisis orgánica del “viejo” Estado, en su pérdida de dominio

⁵⁵ González, H. “Estrategia, ideología, análisis institucional”. *Antropología del 3ª mundo*, año II, n° 6, (número especial), sin fecha, p. 114.

⁵⁶ H. González no confiaba en las mediaciones institucionales para el retorno al poder. Aún en la cercanía de las elecciones que significaron el regreso al Estado, permanecía escéptico: “(...) lo primero que podemos decir de estas elecciones es que no sabemos, al día de hoy, si va a haberlas, y lo segundo que podemos decir, es que si las hubiera, necesariamente van a ser sucias e intrincadamente tramposas”, González, H. “La respuesta peronista a las elecciones trampa”. *Envido*, año II, n° 8, marzo de 1973, p.10. Es interesante que la única crítica que se encuentra a Gramsci en el “prólogo” sea su descalificación de la estrategia del “asalto” al poder y de la práctica de los golpes de audacia de los pequeños grupos de asalto (“arditismo”). “El ‘arditismo’, es decir, los cuerpos de voluntarios arriesgados, o más simplemente, los ‘comandas’ o ‘formaciones’, es un método de la clase dominante. Con esta argumentación incorrecta que la experiencia político-militar de las revoluciones en el Tercer Mundo desmiente terminantemente, Gramsci concluye que no hay moda más tonta que oponer el ‘arditismo’ al arditismo” (1972:10).

político-cultural. “No hay revolución sin la crisis de las instituciones de dominio”⁵⁷. Para H. González, la crisis orgánica del viejo Estado se desprendía, fundamentalmente, del enfrentamiento propuesto por el nuevo bloque histórico, por el nuevo estado peronista en ciernes. Si el viejo Estado conservaba su poder a través de la despolitización de la sociedad civil, a base de alienar y despojar de sentido político la vida civil, el bloque histórico peronista realizaba la operación inversa: politizaba, organizaba y conmovía a la sociedad civil. Se podría decir que si el viejo bloque histórico se apoyaba en una *absorción* de la sociedad política en la sociedad civil fundamentada en la alienación y pasividad de ésta última, en el nuevo bloque histórico la sociedad política *absorbía* a la sociedad civil para alentar su elevación ético-política, su organización. De este modo, se asistía a una disputa por la sociedad civil y por sus instituciones. El bloque histórico peronista no se mantenía al margen de las instituciones, sino que más bien penetraba en ellas y abonaba la crisis orgánica:

El movimiento nacional, en su historia y posibilidades, es el reverso de ese control institucional y, a la vez, se ve alimentado cuando las instituciones de dominio se debilitan y entibian el trazado de su estructura jerárquica. El movimiento nacional ha penetrado en ellas, la revolución se acelera, lo corporativo y estamental se pierde para las instituciones⁵⁸.

Para desandar la dominación institucional, H. González se apropió y resignificó los aportes provenientes del análisis institucional. Brevemente, el análisis institucional fue una corriente de estudio de las instituciones capitalistas (escuela, hospitales, etc.) surgida a inicios de los años 60 en Francia en medio de un clima de efervescencia social e impugnación institucional. Explicitaba la dosis alienante propia de las organizaciones básicas de la vida social. A contramano de los planteos de E. Durkheim o T. Parsons, que tendían a concebir las instituciones como entes intocables y heredables, se sostenía que éstas eran producto permanente de la dialéctica que enfrentaba lo instituido con las fuerzas instituyentes (Barriga, 1979). De este modo, el análisis institucional, al tiempo que explicitaba las bases de dominación y alienación de las instituciones, bregaba por abrir zonas de intervención militante.

⁵⁷ González, H. “Estrategia, ideología, análisis institucional”. *Antropología del 3^a mundo*, año II, n° 6, (número especial), sin fecha, p. 116.

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 115.

Según el sociólogo argentino, entre las instituciones que el movimiento nacional disputaba para acelerar la crisis orgánica a inicios de los 70, se encontraba la universidad. Su histórica gestión de cuño cientificista o reformista se asentaba en el corporativismo universitario, en una producción del conocimiento desligada del pueblo y en dinámicas excluyentes. En cuanto a la universidad, sancionaba un régimen jerárquico y profesional interno como reproducción de la estructura plural de los sistemas de conocimiento científico. Se sostenía que la universidad debía ser “científico–democrática”, pues sus normas e instituciones de procedimiento tendrían que “reflejar” el cuerpo normativo de la ciencia que se pretendía desarrollar. Para esta versión liberal, la libertad de cátedra no era más que la transmisión institucional de los “métodos del conocimiento científico”, métodos comunicables, universales, que suponían que “todos pueden llegar por el mismo camino a las mismas conclusiones”⁵⁹. Según H. González, la experiencia de las CN, como manifestación del nuevo bloque histórico, cuestionaba este modelo y oficiaba como ejemplo: “(...) se explica su vigencia [de las CN] por su constante intención de debilitar los mecanismos académicos que protegen el estado de irresolución de las ideologías universitarias, politizando la situación docente y limpiando continuamente las vías de acceso de las teorías hacia su fuerza material”⁶⁰.

Al revés del modelo cientificista, el peronismo alentaba la politización de la vida civil universitaria, de la actividad académica y de la docencia, así como la ligazón de la producción de conocimiento con las luchas populares. La voluntad nacional–popular atravesaba a las universidades, las colocaba en crisis y anticipaba nuevas prácticas y valores. Desde el saber popular, la universidad era repensada y modificada (H. González, entrevistado por Trímboli, 1998:82). Las CN se conformaban como el testimonio vivo frente al cual el corporativismo universitario cedía por las presiones del nuevo bloque histórico y su impronta politizadora. Aunque la victoria no era fulminante: el modelo cientificista podía envolver nuevamente a la universidad en cualquier momento.

Desde luego, el movimiento de impugnación institucional no surgía de ni se reducía a las instituciones. El bloque histórico peronista disputaba la ascendencia sobre las masas “desde dentro y desde fuera de las instituciones de dominio”⁶¹. Estas

⁵⁹ González, H. “Estrategia, ideología, análisis institucional”. *Antropología del 3ª mundo*, año II, nº 6, (número especial), sin fecha, p. 113.

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 114.

⁶¹ *Ibíd.*, p. 115.

reflexiones de H. González bien podían ligarse con la denominada *guerra de posiciones* gramsciana. Sin embargo, el autor repelía dicha categoría por el manto reformista en que había caído:

Gramsci sugería tenuemente el fin del Estado por medio de la conquista de su retaguardia civil: las “casamatas” y “fortalezas” constituidas por las organizaciones sociales, culturales e intelectuales destinadas a conservar la hegemonía del Estado opresor. Aparentemente, habilita así a sus exégetas rutinarios (...) Entonces pareciera como si todo lo que ocurre después en Italia –la producción “progresista” o “frentista”, la ideología de la “reconstrucción nacional” de post guerra– (...) tuviera un inequívoco aliento gramsciano (1972:10).

El filón dispuesto por H. González para asir a Gramsci era otro. No se encontraba en la supuesta interminable guerra de posiciones, sino en la organización de la voluntad nacional–popular para la conquista del poder político. Aquí se expresan dos vetas gramscianas que atravesaron al sociólogo argentino. En primer lugar, compartía con Gramsci el horizonte marxista de una *sociedad autoregulada*, es decir, de la resolución del conflicto político y social en la sociedad futura, en la sociedad emancipada. La matriz de la filosofía política operó sobre Gramsci y también sobre el historicismo de H. González:

Al expandir su hegemonía [el partido] hace “desaparecer” al Estado, pero él mismo duda entre convertirse en un nuevo Estado –a la manera de Maquiavelo– o de desaparecer también, autoeliminado por ser una fuerza consciente que produce la reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil (1972:9).

Si el bloque histórico en gestación suponía la *absorción* de la sociedad civil por parte de la sociedad política, en un sentido movilizador y politizador, el destino final estaba marcado por el recorrido opuesto: la sociedad política ahora era *reabsorbida* por la sociedad civil y se conformaba la sociedad autoregulada. La confianza en la razón y en la resolución del conflicto imperaba.

Esta veta se entrelazaba con una segunda también presente en Gramsci, en particular a través de Maquiavelo. La sociedad civil en el revolucionario sardo aparece como un campo de batalla incesante e irresoluble. La conquista del poder, de la sociedad política por los sectores subalternos, sólo indica una batalla más en la desarticulación del poder del enemigo, pero no el fin de la guerra. Incluso con el poder conquistado, en la sociedad civil se siguen desatando interminables disputas que impugnan al nuevo bloque histórico. Este carácter trágico de la obra de Gramsci (Riniesi, 2011:225), se trasuntó en los escritos de H. González de principios de los 70. “El problema es el mismo *antes* y *después* de tener el poder”⁶². El autor sostenía que la experiencia gubernamental peronista había unido el gobierno con la movilización popular. Existía una preponderancia de la política sobre el resto de los componentes – la planificación, la técnica, etc. – del gobierno, el cual, a su vez, se guiaba por el objetivo de alentar la movilización popular. El autor resumió esta reflexión en su último artículo en *Envido*: “Gobernar, para el peronismo, es movilizar”⁶³. La frase era una suerte de remedo de la aseveración de Juan Bautista Alberdi, “gobernar es poblar” (H. González, comunicación personal, 11 de marzo de 2015). Se acercaba la posibilidad del retorno al poder del peronismo, y el sociólogo argentino instaba a una mayor movilización popular, única vía para sostener y ampliar la influencia. El acceso al poder, si bien era un logro, no resolvía la guerra con el bloque histórico oligárquico. La perspectiva de H. González fue asumida por el conjunto de *Envido*. El n° 9, que coincidió con el retorno del peronismo al poder en mayo de 1973, se tituló: “Gobernar es movilizar”. J. P. Feinmann, en una conversación con el autor, lo recuerda del siguiente modo:

Una frase que larga Horacio y que le pertenece y que a nosotros nos deslumbró mucho es: Gobernar es movilizar (...) Me acuerdo de algo extraordinario que dijiste: “Si total no vamos a poder tomar el poder” (...) Dijo algo así, si total no vamos a tomar el poder. Entonces hagamos todo el ruido que podamos porque gobernar es movilizar, dijo. Y nos pareció fabulosa la frase (J. P. Feinmann, 2013:98).

⁶² González, H. “Humanismo y estrategia en Juan Perón”. *Envido*, año II, n° 4, septiembre de 1971, p. 37.

⁶³ González, H. “La respuesta peronista a las elecciones trampa”. *Envido*, año II, n° 8, marzo de 1973, p. 13.

La ascendencia del bloque histórico peronista sobre el Estado, es decir, la sociedad política, no era más que un capítulo de una contienda interminable, con final abierto. El acceso del partido, es decir, el peronismo a la sociedad política no suponía el control y la absorción progresiva y pacífica de la sociedad civil. Más que el paraíso prometido por la filosofía política moderna –el horizonte de la resolución del conflicto social y político–, asomaba una áspera contienda. Una contienda que atravesaba al conjunto de las instituciones en las que el nuevo bloque histórico tenía influencia, entre ellas, la universidad. El más que probable regreso de los verdugos estaba presente todo el tiempo. La tragedia gramsciana, la irresolución del conflicto social, impregnó así la reflexión político–pedagógica de H. González.

Capítulo 7. El recorrido político-intelectual de Juan Carlos Portantiero y su abordaje de un objeto pedagógico: la Reforma Universitaria

De tal modo que la historia de los intelectuales argentinos (y dentro de ella cabe, preponderantemente, la de los grupos políticos de “izquierda”, pues la actividad de éstos es una clase especial, colectivizada, de la experiencia crítica) sigue líneas paralelas a la historia del pueblo–nación: no se entrecruza nunca con ella, y siempre la conciencia del movimiento de masas ha sido proyectada a éste por intelectuales del tipo tradicional.

J. C. Portantiero¹

7.1. El itinerario político–intelectual de J. C. Portantiero: del comunismo a la nueva izquierda bajo la persistencia del historicismo marxista

7.1.1. El PCA como un refugio que se volvió sofocante

El “Negro” J. C. Portantiero (1934–2007) fue una de las máximas figuras de la denominada nueva izquierda intelectual en la Argentina durante las décadas del 60 y 70, así como animador destacado de una lectura productiva de la obra de Gramsci. Excede largamente al presente capítulo rastrear su gramscismo en aquellos años o pretender una indagación aguda del conjunto de sus escritos. Se considerarán sus producciones para aprehender las preocupaciones, categorías y perspectivas centrales que enmarcaron sus reflexiones en torno a un objeto pedagógico concreto: la Reforma Universitaria de 1918. J. C. Portantiero no era un pedagogo y los temas relacionados con la educación tampoco ocuparon un lugar central en su obra durante el período que abarca esta tesis. Sus reflexiones en ese sentido provinieron más bien de una conjunción característica en él: sociología y política. Sin embargo, la Reforma y su derrotero ocupó un lugar privilegiado entre sus intereses políticos, queriendo contribuir a la historia de los intelectuales argentinos y, puntualmente, a explicar un

¹ Portantiero, J. C. “Socialismo y nación”, *Nueva política*, año I, n° 1, diciembre de 1965, p. 7.

asunto típicamente gramsciano: la fractura de los sectores avanzados de la pequeña burguesía con el pueblo nación².

En 1952, luego de varios intentos frustrados de acceder al Partido Socialista y al Partido Demócrata Progresista, J. C. Portantiero se afilió a la Federación Juvenil del Partido Comunista Argentino (PCA), poco antes de cumplir los 18 años, cuando recién ingresaba a la carrera de Derecho en la UBA –que luego dejó por la Carrera de Letras, en la que tampoco permaneció mucho tiempo–. Este errático trayecto político tenía una razón de ser: encontrar una alternativa a una escena político–intelectual del peronismo que el “Negro” recordaba como “sofocante” (Tortti, C. y Chama, M., 2006:234). Si bien la influencia y el peso en la clase obrera del PCA se había visto disminuida a manos del peronismo, no dejaba de resultar una alternativa: continuaba siendo una fuerza activa y, en definitiva, representaba en la escena local a la humanidad que luchaba por el comunismo en la otra mitad del globo. Además ofrecía, a los ojos del autor, una especie de sociedad paralela respecto al clima político-cultural irradiado por peronismo. Dada su capacidad intelectual, rápidamente, J. C. Portantiero fue incluido en el frente cultural del PCA, específicamente, en la Casa de la Cultura ubicada en el barrio porteño de Flores, que por ese entonces aspiraba a nuclear aliados del medio intelectual. Más adelante, ya en las postrimerías del régimen peronista, se incorporó como redactor en los principales órganos del Partido: el semanario *Nuestra palabra* y el periódico *La Hora*, hasta que fueron clausurados durante la presidencia de A. Frondizi (Casco, 2007:200).

Durante su primer periplo partidario entabló amistades con figuras como Juan Gelman, Andrés Rivera, Manuel Mora y Araujo o Ezequiel Gallo, entre otros. Junto a algunos de ellos, sacó a la luz la revista *Nueva expresión* en 1959, que tuvo una

² Para el desarrollo de este apartado, acudiré a los perfiles político–intelectuales de J. C. Portantiero trazados por Burgos (2004), Tarcus (2007c:520–523), Casco (2007:199–207; 2014), Hilb (2009:13–31) y Altamirano (2011b:171–209). En particular éste último establece coordenadas de un proyecto todavía inconcluso: rastrear el gramscismo en la obra de J. C. Portantiero. El análisis también se apoyará en las entrevistas realizadas a J. C. Portantiero por Tortti, C. y Chama, M. (2006: 232–254), Mocca (2012), así como en la incluida en su análisis por Burgos (2004).

Existen algunos antecedentes en la línea de trabajo dispuesta en este capítulo. Celentano, A. y Bustelo, N. (2012:87–94) y Tortti, C. y Celentano, A. (2014:2011–239) presentan y abordan un texto “inédito” de J. C. Portantiero: “Estudiantes y populismo” que integraba el ensayo introductorio del libro de J. C. Portantiero *Studenti e rivoluzione Studenti e rivoluzione nell’ America Latina. Dalla Reforma Universitaria del 1918 a Fidel Castro*, pero que no fue incluido en la versión en español de 1978. De igual modo el principal antecedente es Bustelo (2013), quien enmarca el ensayo de J. C. Portantiero en los debates sobre la interpretación de la Reforma, y señala algunas huellas gramscianas en la lectura de la Reforma Universitaria por parte del autor.

efímera vida con sólo dos números, y que dirigió junto con Héctor Bustingorri y Mario Jorge De Lellis. En esta revista, además de motivaciones literarias, se compartía una admiración por la cultura italiana de la segunda posguerra, en particular por su narrativa –la de Alberto Moravia, Cesare Pavese, Elio Vittorini y Vasco Pratolini, entre otros– y por el cine neorrealista (Altamirano, 2011b:177). La experiencia italiana, siempre relegada por el PCA, comenzaba a sedimentarse como un insumo crítico capaz de ofrecer un nuevo vínculo entre la política y la cultura a las nuevas camadas intelectuales (Petra, 2010a:25).

Si una figura resultó gravitante en su derrotero político–intelectual partidario esa fue la de Héctor P. Agosti. En su calidad de Secretario de Cultura del PCA ofició como maestro de franjas de la nueva generación comunista³. Tuvo una particular sensibilidad por el “Negro”, al que introdujo en la cultura italiana y, específicamente, en el pensamiento de un mártir del comunismo italiano: Antonio Gramsci con quien J. C. Portantiero establecerá una relación intensa. Después de 1956, ya pasado el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y la Revolución Húngara, los comunistas italianos se habían mostrado como la vertiente más heterodoxa en los confines del comunismo. Comenzaban a nutrirse, bajo la mirada ahora más tolerante de P. Togliatti, de los desarrollos de la cultura contemporánea. Además, H. Agosti propició su acercamiento a otra figura que sería emblemática en las aventuras político–intelectuales que estaban por venir: J. Aricó, quien por entonces militaba en la Federación Juvenil del PCA de la ciudad de Córdoba y que también había conocido a Gramsci a través de H. Agosti. J. Aricó no fue el único miembro de la FJC cordobesa, aunque sí el principal, con quien J. C. Portantiero tejería profundas relaciones intelectuales. También lo hizo con Oscar del Barco y Héctor Schmucler, entre otros.

Con la invitación de H. Agosti, J. C. Portantiero participó del equipo que tradujo y prologó cuatro de los seis cuadernos temáticos de Gramsci publicados por la editorial Lautaro en la década del 50⁴. Asimismo, su maestro lo introdujo en la redacción de

³ Además de ser Secretario de Cultura, H. Agosti dirigía por entonces la principal revista partidaria, *Cuaderno de Cultura* y el semanario partidario *Nuestra Palabra*. Además ejercía la presidencia de la Comisión de Asunto Culturales y era miembro del Comité Ejecutivo del Partido (Bulacio, 2006:71).

⁴ Recuérdese que H. Agosti prologó tanto *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* como *Literatura y vida nacional*. Ambos prólogos, al filo de los límites permitidos por el PCA, iluminaban sobre la potencialidad del pensamiento de Gramsci. Además desarrolló un argumento influyente en el recorrido de J. C. Portantiero: sugería la hipótesis de la analogía

Cuadernos de Cultura, una de las principales revistas del Partido, donde ofició de una suerte de Secretario de Redacción. Poco tiempo después, en 1961 se incorporó a la revista *Che* (de nueve números entre octubre de 1960 y noviembre de 1961) a pedido del partido, junto a Isidoro Gilbert y bajo el ala de H. Agosti. Esta publicación expresaba la tendencia “izquierdista” dentro del Partido Socialista Argentino (PSA) y tejía redes con el peronismo combativo, especialmente con J. W. Cooke⁵. La publicación, dirigida por Pablo Giussani, pretendía constituirse como una herramienta para establecer un diálogo con sectores comunistas, ex “frondizistas”, grupos peronistas y nacionalistas. Decidida a escapar de la encerrona producida por el desencuentro entre la izquierda y el movimiento popular, la publicación impugnaba los ejes a partir de los cuales se desarrollaba la política de 1955 y pretendía forjar un camino para la revolución argentina, tomando la experiencia cubana como referencia principal. En febrero de 1961, en su n° 7, *Che* se transformó, aunque sin pronunciarlo, en un proyecto compartido entre la tendencia izquierdista del PSA y el PCA, como consecuencia de los acuerdos políticos entre ambos partidos, los cuales contemplaban el apoyo a Alfredo Palacios en las elecciones de febrero de 1961 y el financiamiento de la revista (Tortti, 1999:229).

En el n° 10 de la revista *Che* (abril de 1961), J. C. Portantiero fue mencionado como miembro de la redacción. En virtud de su oficio periodístico, viajó como corresponsal de la revista a Cuba en mayo de 1961, inmediatamente después del intento de desembarco de tropas imperialistas auspiciadas por Estados Unidos en Playa Girón, y de la proclamación de la condición socialista de la Revolución cubana. Además de realizar una crónica sobre su recorrido en la que sobresalía la experiencia de resistencia popular a la invasión imperialista y su euforia ante “la primera derrota del imperialismo norteamericano en América Latina”, J. C. Portantiero entrevistó a Ernesto *Che* Guevara y a Raúl Castro. En su relato, mostraba la viabilidad del socialismo en nuestro continente, su admiración por la gesta cubana y por su dirección política –con una descripción que operaba como una crítica velada a la dirección comunista local, al mostrar no sólo el coraje de los líderes cubanos sino también la unidad con su pueblo–, y la inserción plena de Cuba en la historia

entre los procesos políticos culturales italianos y argentinos, específicamente en torno al divorcio entre los intelectuales y el pueblo nación (Kohan, 2000a; 2000b; Bulacio, 2006).

⁵ Para un reciente estudio preliminar y antología de la revista remitirse a Tortti (2014).

contemporánea⁶. Con todo, el joven J. C. Portantiero era ya un activo integrante de la Comisión de Cultura del partido a fines de los años 50 y principios de los 60. Bajo la protección de su maestro, el “Negro” participaba activamente de la línea política-cultural de la organización comunista. Así, redactó un artículo de su autoría en el n° 50 (noviembre–diciembre de 1960) de la revista partidaria *Cuadernos de Cultura* junto con autores como Ernesto Giudici o el propio H. Agosti⁷. Más allá del hecho de que el trayecto partidario de J. C. Portantiero siempre resultó incómodo y de que en su artículo se encontraban algunas vetas o señales de su posterior ruptura⁸, la tentativa respondía a las exigencias comunistas: cuestionar las nuevas variantes dentro de la izquierda surgidas hacia fines del 50 que eran tildadas despectivamente bajo el rótulo de “neoizquierda”. Paradojas de la historia, pocos años después el autor será uno de los protagonistas de esta “neoizquierda”.

Además de su labor partidaria, H. Agosti y J. C. Portantiero compartieron oficio periodístico en el diario *Clarín*. El futuro sociólogo se desempeñó aquí entre 1959 y 1965. Con todo, las redacciones, ya sea las partidarias o las de prensa, fueron espacios de formación de su oficio como escritor, como crítico cultural y, en general, como intelectual sensible a la conjunción de historia y política (Casco, 2014:4). La intensidad del vínculo maestro–alumno que “llegó a los límites del plagio”, como reconoció más tarde J. C. Portantiero (Altamirano, 2011b:186), se vislumbró en el primer libro del autor: *Realismo y realidad en la Narrativa Argentina* de 1961 (editado por Procyón, una de las editoriales oficiosas del PCA). El nudo central del ensayo se hallaba en su diagnóstico: la escisión entre intelectuales y sociedad nacional, entre intelectuales y pueblo, en el desajuste entre cultura y nación. El autor se preguntaba por las causas de esta fractura y, por tanto, ahondaba en una clásica temática gramsciana: la formación histórica de los intelectuales. La literatura suministraba el terreno para ilustrar y exponer su argumento. Así, su ensayo se inclinaba más hacia un análisis sociocultural que hacia un análisis estrictamente literario.

⁶ Portantiero, J. C. “¿Qué es Cuba socialista?”, *Che*, año I, n° 18, julio de 1961, pp. 14–16; Portantiero, J. C. “Cuba: Detenerse es retroceder. Con el Che y Raúl, en Santiago de Cuba”, *Che* año I, n° 19, julio de 1961, pp. 10–11.

⁷ Portantiero, J.C. “Algunas variantes en la neo–izquierda argentina”, *Cuadernos de cultura*, año XI, n° 50, Buenos Aires, noviembre–diciembre de 1960, pp. 59–74. Los cinco artículos dedicados a la polémica con las nuevas expresiones de izquierda, fueron reproducidos en formato de libro al año siguiente. Giudici, E. (et al.) *¿Qué es la izquierda?*, Documentos. Buenos Aires.

⁸ Por ejemplo, en su crítica a la postura de J. W. Cooke no dejaba de reconocer que “La izquierdización del peronismo es muy importante y debe ser estimulada a los efectos de evitar que ese movimiento juegue un papel contrarrevolucionario” (1961:82).

Es sustancial retener esta preocupación temprana del autor porque atravesará, de una u otra forma, al conjunto de sus escritos durante la década del 60 y principios de los años 70. A su vez, constituye un hilo que marcará su producción: la imbricación entre política e intelectualidad. “Yo pienso en función de la política” (Mocca, 2012:86). Todas las tentativas intelectuales de J. C. Portantiero del período estuvieron siempre animadas por los problemas vivos que brotaban de una sociedad conflictiva y de los enredos de la luchas de clases. En la base del recorrido del autor se encontraba el historicismo gramsciano y su reclamo de pensar en estrecha conexión con los problemas históricos para operar sobre ellos, a la manera de la XIª tesis de Marx sobre Feurbach. En sus escritos no cesarán de sobresalir asuntos políticos espinosos, susceptibles de ser sometidos a análisis, y a los que se le agregan líneas para una intervención. Su labor intelectual tenía pues un trasfondo estratégico (Altamirano, 2011b:188).

Derrocado el peronismo en 1955, el hiato entre intelectualidad y pueblo y, por tanto, la indagación sobre la formación y el papel de los intelectuales, era una cuestión tan reiterada como sensible. Tal y como se ha indicado en el curso de esta investigación, el maestro de J. C. Portantiero ya había dinamizado este asunto en *Nación y Cultura* (1959). Ahí, H. Agosti realizó una crítica al liberalismo local, a su *intelligentsia*, expresada por la revista *Sur*, el suplemento cultural de *La nación*, o escritores como Jorge Luis Borges. Esta élite poseía tanta vocación cosmopolita como desarraigo con el pueblo–nación. Una crítica que, por otro lado, no era nueva. Como se ha visto, J. J. Hernández Arregui, igual que otros miembros del nacionalismo popular, también impugnó el liberalismo. Aunque es cierto que H. Agosti tuvo el recaudo de no desembocar en las mismas posiciones. El revolucionario sardo ofrecía el terreno para la diferenciación. Al establecer un paralelismo entre el proceso político–cultural italiano y argentino, se asentaba en Gramsci para afirmar que en Argentina también la burguesía había sido (y era aún) timorata e incapaz de impulsar la revolución democrática. Así, más propensa a alinearse con el poder terrateniente, no fundó una intelectualidad orgánica a sus preceptos. En otras palabras, la estructura agraria del país certificaba la regresividad histórica de la burguesía nacional, base para la formación de una intelectualidad desarraigada del suelo nacional. J. C. Portantiero seguía estos lineamientos gramscianos–agostianos en su ensayo, ubicando la frustrada revolución democrática y nacional como parte de las razones de que la intelectualidad estuviese enajenada del pueblo–nación (Portantiero, 1961:106). Tanto en éste, como en otros pasajes, J. C. Portantiero no hacía más que proseguir la

pluma de su maestro⁹. Sin embargo, asomaban algunos puntos de rupturas y de radicalización del equilibrio dispuesto por H. Agosti (Altamirano, 2011b). Estos puntos no eran nada más que grietas en su vínculo discipular. Más bien, eran los prolegómenos de la ruptura con su partido. El propio autor recuerda su ensayo como una instancia bisagra: “En el 62, publiqué un libro que se llama *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, que vendría a ser un prólogo a la ruptura ideológica con el partido” (Mocca, 2012:39)¹⁰.

¿Cuáles son elementos que hacen de este libro un momento de transición, una expresión de inconformismo partidario? Principalmente, la crítica al liberalismo y de los efectos de éste sobre la cultura nacional y sobre el desarraigo de la intelectualidad. Como ya se ha planteado, en *El mito liberal* (1959) H. Agosti había distinguido entre una tradición liberal y otra democrática en la historia argentina. Con esta última se identificaba, mientras que atribuía a la liberal una complicidad con la condición dependiente del país. Sin embargo, H. Agosti no cortaba amarras rotundamente con la tradición liberal. A sus ojos, ésta guardaba una herencia digna de consideración –como leyes o políticas progresistas que contaban en su haber– y era posible aún recorrer un camino común entre liberales y comunistas. Con todo, se producía un corte parcial con los antiguos aliados. En J. C. Portantiero el juicio sobre la tradición liberal, en cambio, era tajante. El liberalismo estaba entre las causas principales del destierro intelectual:

La inserción del marxismo en la problemática intelectual argentina es tardía. La sofocó desde un principio la vigencia tirana de la tradición liberal, que envolvió a socialistas y anarquistas, hasta transformarlos en prisioneros, en tantos casos voluntarios, de la cultura dominante. Falto de una orientación elaborada, el “progresismo” de nuestras capas

⁹ También J. C. Portantiero tomaba distancia de las posturas populistas que bajo un sesgo antiintelectual pretendían resolver el vínculo intelectual–pueblo. Los nuevos desarrollos del nacionalismo popular luego del derrocamiento de Perón eran cuestionados: “El populismo se basa en la eternización de modos culturales que a raíz del hábito y de la perezosa tradición parecieran ser ‘populares’. Esta actitud niega, por un lado, la aventura renovadora de la expresión, que es ensanchamiento de la riqueza humana. Y por otro lado, parte de la ilusión de suponer que las formas caducas de expresión cultural, a las que el ‘pueblo’ puede haberse habituado, son por ellos populares, siendo que su origen de elite es el mismo que el de las nuevas experiencias, con la desventaja que aquéllas ya están perimidas o superadas como excrecencias retóricas” (1961:63–64).

¹⁰ Resulta llamativo que J. C. Portantiero fecha el libro en 1962, cuando en realidad se publicó a principios de 1961. Tal vez el recuerdo de un libro crítico de la tradición comunista local, llevó al autor a ubicarlo en las cercanías de su ruptura con el partido.

medias intelectuales no pudo estructurarse sino a saltos, en medio de confusiones y vacilaciones (1961:70–71).

Años más tarde, y ya despojado de la unidad con su maestro, J. C. Portantiero no dejará dudas sobre aquello que insinuaba en su primer libro: sus juicios sobre el liberalismo iban más allá de los tolerables por el partido y por el propio H. Agosti:

No hay en la bibliografía comunista argentina una crítica de fondo a la versión liberal de la historia argentina; en todo caso, lo que se halla es un reclamo ante la imposibilidad que el liberalismo tiene para comprender los conflictos de hoy: el “marxismo”, como en un juego de postas, vendría en su reemplazo, como legítimo continuador de ese pensamiento. Porque de lo que parecería tratarse es de descubrir el hilo de la “tradición progresista” (...) “Pero –pregunta Agosti, en un trabajo de 1956, que fue aprobado como base general para el trabajo crítico de los comunistas– ¿Qué es la tradición progresista, qué entendemos nosotros, argentinos, por tradición progresista?” Y responde: “Tradición progresista es todo cuanto está enderezado a prolongar la línea de la tradición de Mayo, es decir, la línea de la revolución burguesa, es decir, la línea que procuró a su debido tiempo la aceleración del desarrollo capitalista en la Argentina”. A partir de este postulado es posible ya comenzar a explicarse muchas cosas y no sólo relativas al análisis histórico: también por qué al PCA le resulta tan difícil establecer relaciones dinámicas con la sociedad real y con las clases destinadas a conformar el bloque revolucionario¹¹.

¹¹ Portantiero, J. C. “Un análisis ‘marxista’ de la realidad argentina”, *Pasado y Presente*, año II, nº 5–6, abril–setiembre de 1964, p. 82. Seguramente el autor se refería al libro de H. Agosti, *Para una política de la cultura*, publicado en 1956 por la editorial partidaria Ediciones Procyon.

Ya alejado del partido, con este artículo el “Negro” saldaba cuentas con el comunismo: su escrito era un comentario crítico a *Argentina, realidad y perspectivas*, un libro de 1964 del historiador ligado al PCA Benito Marianetti. El libro, a sus ojos, no expresaba más que el reiterado abordaje historiográfico del comunismo, de su interpretación canónica del pasado y presente argentino y, en particular, la incompreensión del peronismo, que sólo era situado como un capítulo más de la lucha entre “civilización” y “barbarie”. J. C. Portantiero, anclado en el historicismo marxista, bregaba por una historiografía nacional–popular, desgajada de cualquier cosmopolitismo y que se mostrara capaz de trabajar y comenzar por el terreno nacional, por el examen concreto de la realidad viva en vistas a su transformación.

Siguiendo con el ensayo, J. C. Portantiero aseguraba que el peso del liberalismo en la cultura nacional suponía el retraso en la implantación del marxismo y, por tanto, privaba al progresismo intelectual vernáculo de un punto de referencia que lo dotara de cohesión y continuidad. Hay dos fenómenos significativos en el trayecto del autor que ilustraban este argumento: la Reforma Universitaria de 1918 y el peronismo. Ambos serán objetos privilegiados de su reflexión hacia fines de los 60. Ya detectaba en ellos el nervio de la fractura entre la intelectualidad y el pueblo-nación. El primero, había engendrado una renovación en la intelectualidad progresista, pero al no contar con puntos de anclaje que le diesen sentido y estructura, terminó preso del liberalismo antinacional y antipopular. El segundo, el peronismo, con su irrupción en la escena política, condujo a la intelectualidad “progresista” a refugiarse en el liberalismo. La incompreensión de este acontecimiento conducía a claudicar ante la antinomia liberal: se trataba de un capítulo más en la lucha de la “civilización” contra la “barbarie” en el plano nacional, un fenómeno que en el plano internacional se proyectaba en la lucha de la civilización contra el fascismo. La mentada civilización no era otra cosa más que conservadurismo. El argumento se ilustraba con un ejemplo: el liberalismo hacía gala de la defensa del espíritu “de una vieja universidad que no era ya la de la Reforma” (1961:72). En rigor, la supuesta civilización se traducía en la defensa irrestricta de las instituciones conservadoras.

Al tratar la cuestión peronista en su ensayo, J. C. Portantiero iba todavía más lejos que su maestro. Mientras H. Agosti apenas había mencionado el asunto, para el “Negro” desempañaba un hecho fundador de una fracción y una sensibilidad generacional (Altamirano, 2011b:192). Dentro del arco liberal la generación juvenil comenzaba a desajustarse de la generación adulta. Se contaba con antecedentes: la Reforma Universitaria también había expresado una revuelta de este estilo, pero, a diferencia de aquella rebeldía, en esta oportunidad había un elemento novedoso: la crisis del pensamiento de las élites. En el liberalismo asomaban grietas porque sus preceptos y su literatura no coincidían con la realidad dispuesta por el hecho peronista: “Había un crecimiento objetivo de nuevas fuerzas en el país, para el cual el liberalismo no podía ser dato ni respuesta” (Portantiero, 1961:71).

Según el sociólogo argentino, una nueva generación –la generación *contornista*, nucleado en la revista *Contorno*– comenzaba a bregar por su separación y ofrecía un enfrentamiento, aún en los límites de una conciencia burguesa. A medio camino entre el liberalismo conservador y el peronismo, adoptó el frondizismo, aunque no tardó en llegar la desilusión. Más allá de la “traición”, la nueva generación buscaba otras

fuentes por fuera del liberalismo. A los ojos del “Negro”, la teoría sartreana del compromiso resultaba la principal. Se pretendía practicar una literatura implicada con la verdad nacional, por desagradable que esa verdad pudiera llegar a ser. David Viñas, animador de la revista *Contorno*, era uno de los referentes. Por su parte, J. C. Portantiero, en línea con su artículo en torno a la “neoizquierda” –que incluía a *Contorno* bajo la nómina–, presentaba reservas hacia este movimiento renovador. Si bien rescataba de J. P. Sartre su vocación por elaborar el pensamiento en conjunción con problemas reales y la toma de partido por el proletariado, le endilgaba a éste los males de la tradición francesa a la que pertenecía: moralismo y abstracción. A pesar de su pronunciación sobre los hechos políticos y sociales, los juicios permanecían presos de valoraciones morales. Esta “tendencia moralizante” se basaba en su déficit historicista y, por tanto, en la imposibilidad de proyectar los hechos a los que combatía hacia una praxis transformadora (1961:29).

Ahora bien, ante la delimitación profunda que J. C. Portantiero experimentaba con el liberalismo y la renovación a medias de la “neoizquierda”, ¿qué camino se le ofrecía? Aun en tensión por el hecho de escribir al interior del comunismo local, su ensayo dejaba entrever una alternativa que en poco tiempo tomaría forma: la cultura italiana –no la francesa– y en particular Gramsci, establecían el terreno ejemplar para la ligazón de la intelectualidad con su pueblo–nación. A diferencia del caso argentino, el comunista italiano había ofrecido una inserción del marxismo en la problemática concreta de la cultura italiana, un anclaje del marxismo que se distanciaba tanto del fascismo como del liberalismo y se constituía como una referencia para las nuevas capas intelectuales. De alguna manera, J. C. Portantiero ofrecía un Gramsci convertido progresivamente en el punto de anclaje para muchas franjas de la nueva intelectualidad local en su afán por dirimir el espinoso vínculo con las masas. Su legado en la cultura italiana contribuía a iluminar también la intelectualidad crítica en ciernes¹². Con todo, el primer libro del “Negro” era mucho más que una incursión inicial propia en el ámbito editorial. Delineaba los trazos de un trayecto intelectual todavía por venir, un camino alejado del liberalismo y de la cultura francesa, anclado en el historicismo y en la obra gramsciana, una corriente distintiva en el seno de la nueva izquierda comenzaba a emerger. Como se verá, su gesta también expresaba las inquietudes de otras franjas juveniles.

¹² No debe dejar de recordarse que el beneplácito de H. Agosti hacia Gramsci no era compartido por la dirección partidaria. El anclaje asiduo de J. C. Portantiero en Gramsci a lo largo de su ensayo también dejaban entrever la herejía.

La suerte estaba echada. En poco tiempo se produciría su ruptura con el PCA. Los influjos de la crisis del comunismo post XX Congreso del Partido Comunista (1956), la polémica chino-soviética desde fines de los años 50, las evidentes limitaciones del comunismo local a la hora de interpretar cabalmente la realidad y, ante todo, la nueva oleada proveniente de la Revolución cubana, que recientemente había asumido su condición marxista (1961), fundamentaban un escenario proclive a la radicalización político-intelectual. Entre 1963 y 1964, J. C. Portantiero encabezó una fracción comunista disidente con base en el movimiento estudiantil de la UBA que fue autodenominada Vanguardia Revolucionaria (VR). El fundamento de la fracción que el autor acaudillaba, y que también se denominaba “fracción portanterista”, estaba permeada por el influjo cubano:

En el interior del movimiento universitario (...) había una revolución contra la línea del partido, más bien procubana, y ahí yo me embalo. Ellos se acercaron para conversar conmigo, para ver qué se podía hacer. Yo era un poco mayor que ellos, tenía 29, mientras ellos tenía 22. Y yo era conocido; había sacado un libro, estaba en *Cuadernos de Cultura* (Mocca, 2012:193).

Los rasgos de la ruptura ya comenzaban a esbozarse con su artículo en el primer número de la revista cordobesa *Pasado y Presente* en abril-junio de 1963. Al artículo de J. Aricó que abría la revista, le seguía la colaboración de J. C. Portantiero¹³, en la cual los puntos de tensión con la línea del PCA eran evidentes. Realizaba un análisis de coyuntura, bajo una matriz leninista, en la que sostenía la existencia de una “crisis revolucionaria”. A esta matriz leninista, le adosaba una categoría gramsciana: crisis de hegemonía de las clases dominantes. La categoría era válida para advertir el desajuste de las clases dirigentes en cuanto a la hegemonía de la sociedad política. El ciclo de crecimiento industrial de Argentina desde la década del 30 había conllevado un mayor peso de la nueva burguesía industrial en la vida económica. La segunda etapa de este ciclo, iniciada en 1943, no alcanzaba para consolidar definitivamente la hegemonía burguesa en la sociedad nacional, ya que proseguía las líneas defectuosas de una industrialización asentada en la alianza con los grupos

¹³ Portantiero, J. C. “Política y clases sociales en la Argentina actual”, *Pasado y Presente*, año I, nº 1, abril-junio de 1963, pp. 18-23.

económicos vinculados a las formas agrarias latifundistas y en dependencia financiera con el imperialismo. Así, la nueva burguesía industrial no lograba insertarse en el seno de la sociedad política. El hecho había sido disimulado bajo la expansión económica y bajo una resolución de tipo bonapartista como lo era la peronista, pero la agudización de la crisis económica ya a mediados de los años 50 sacó a la luz el desajuste.

J. C. Portantiero inauguraba una combinación que no resultaría pasajera en su ciclo intelectual de los años 60 y principios de los 70: Lenin y Gramsci, articulados de diferentes maneras según la ocasión, conformaron una dupla teórica permanente. El diagnóstico de J. C. Portantiero se inscribía en la convulsionada situación política que azotaba al país con posterioridad al derrocamiento del gobierno de A. Frondizi. Ante la agudeza de la crisis económica y frente al recrudecimiento de la polarización clasista, los partidos políticos se mostraban impotentes para ofrecer salidas civiles a la situación, y los conflictos interburgueses se canalizaron mediante los “partidos” militares que, divididos entre *azules* y *colorados*, en septiembre de 1962 se habían enfrentado con las armas (Casco, 2014:18). La escena llevó al autor a realizar un juicio contundente: “definitivamente no quedan salidas burguesas para la situación nacional” (Portantiero, 1963:22). Las opciones burguesas del estilo “bonapartista” de 1945 o la “integracionista” de 1958 estaban perimidas ante la nueva escena política económica. La resolución corría por fuera del sistema burgués: el proletariado y los demás sectores asalariados eran alternativas reales para crear el “nuevo bloque histórico con función hegemónica sobre la sociedad nacional”. Bloque histórico y hegemonía proletaria, Gramsci y Lenin, además de ofrecer las claves del diagnóstico, suministraban las claves para su resolución.

La discrepancia con el PCA era más que evidente. Mientras éste, dado el convulsionado escenario, prefería el triunfo de los *azules* sobre los *colorados* (la facción más reaccionaria) y hasta movilizaba a sus militantes, ante todo, los jóvenes, para confraternizar con el bando “azul”, J. C. Portantiero proponía una salida proletaria (Altamirano, 2011b:201). Además, en su escrito, el partido –supuesta vanguardia del proletariado, del cual participaba– no tenía rol alguno, ni siquiera era mencionado. Desnudaba en un doble sentido al PCA: a su reformismo, le atribuía una inoperatividad histórica. En el cierre del escrito asomaba una vez más el historicismo gramsciano: la autoconciencia histórica del proletariado provenía de la experiencia concreta, de su praxis histórica. Este era el pasaje decisivo para que la situación

revolucionaria descrita deviniera en revolución, y no el rol del Partido Comunista: la victoriosa Revolución cubana atestiguaba su innecesidad.

Dos elementos insinuados en su artículo serán ahondados en documentos firmados con la autoría colectiva de Vanguardia Revolucionaria, a principios de 1963. J. C. Portantiero tuvo un rol protagónico en esta agrupación y esos documentos significaron la definitiva ruptura con el partido (Altamirano, 2011b)¹⁴. ¿Qué razones se argüían? En primer lugar, lo inadecuado de una estrategia etapista que dividía el proceso revolucionario en un momento nacional–democrático y, posteriormente, socialista, suponiendo así un rol progresivo de la fracción nacional de la burguesía. En segundo lugar, se criticaba la vía pacífica al socialismo. Si en el país maduraba una situación revolucionaria –como también lo había decretado Víctorio Codovilla en el XII Congreso del PCA–, se abría la posibilidad de una acción de tipo insurreccional (Casco, 2014:14). No obstante, esta posibilidad se había frustrado por las debilidades ideológicas y organizativas de la vanguardia, tal y como se mencionaba alusivamente en el folleto dirigido al PCA. En ambas críticas al partido, la experiencia cubana operaba como referencia y fundamento. Mostraba, no sólo la posibilidad inminente de la revolución, sino que el camino pasaba por una creativa y poco ortodoxa unidad de las izquierdas con el movimiento popular. La discrepancia con el partido no podía ser más notoria. El PCA saludaba y apoyaba la Revolución cubana, pero se distanciaba de sus métodos, defendiendo el modelo de un vía pacífica al socialismo y persistiendo en la escisión del proceso revolucionario en dos etapas. Para las nuevas camadas, sin embargo, el legado cubano demandaba una aprehensión integral, no a retazos.

También gravitaba la crisis y la polémica chino–soviética que desde fines de los años 50 azotaba al comunismo. Mientras el maoísmo optaba por la beligerancia hacia los países capitalistas, el gobierno soviético orientaba su política hacia una “coexistencia pacífica”. Los jóvenes argentinos también se hacían eco de este debate en su radicalización, optando por el primer polo. La influencia de Mao Tse–Tung, especialmente de su folleto *Acerca de la Contradicción* (1937), es notoria en ambos documentos de Vanguardia Revolucionaria. En su escrito, el comunista chino atribuía los errores del partido, en determinados momentos históricos, a la incapacidad de discernir la contradicción principal de las secundarias. Las nuevas camadas aplicaban estas coordenadas al caso argentino: el PCA no era capaz de distinguir la

¹⁴ “Bases para la discusión de una estrategia y una táctica revolucionaria” y “Los Comicios del 7 de Julio y las perspectiva de la izquierda”, ambos publicados por ediciones Vanguardia Revolucionaria.

contradicción principal en la sociedad argentina de las contradicciones secundarias. La contradicción fundamental se daba entre el pueblo y el imperialismo –con sus aliados nativos–, y no entre una burguesía autóctona y un imperialismo externo. En los documentos se enlazaba el acervo maoísta con nociones gramscianas –como bloque histórico– para determinar las clases y las fracciones de clases que componían a los bloques primordiales en pugna.

Con tanta heterodoxia, el *jury* no tardó en llegar. A mediados de 1963 concurrieron autoridades partidarias para “enjuiciar” a J. C. Portantiero, entre ellas, H. Agosti. Sin embargo, la decisión de J. C. Portantiero ya estaba tomada. Se trataba de un camino sin retorno. Incluso los esfuerzos de su maestro, quien luego de la sesión le comentó a sus correligionarios cercanos: “estuve tirándole sogas toda la noche y no agarró” (Mocca, 2012:68), fueron en vano. La crisis de J. C. Portantiero con el partido abarcaba también a su lazo discipular. H. Agosti permaneció dentro del partido y J. C. Portantiero inauguraba un itinerario con un signo compartido por la nueva intelectualidad: la ausencia de maestros. Su desvinculación no fue aislada. Expresaba un descontento agudo entre las franjas juveniles. Por un lado, el distanciamiento de Vanguardia Revolucionaria, implicó una significativa sangría en el frente estudiantil: alrededor de 300 militantes del movimiento estudiantil de la UBA abandonaron el partido. Por otro lado, la inflexión entroncaba con la polémica que algunos jóvenes comunistas cordobeses, nucleados alrededor de la revista *Pasado y Presente*, estaban llevando adelante con la dirección partidaria. Como es sabido, el PCA fomentó la publicación de la revista, pero luego de su primer número dispuso su clausura y la expulsión de sus protagonistas, entre ellos: J. Aricó, H. Schmucler y O. del Barco. En rigor, la animosidad del partido hacia esta fracción juvenil cordobesa era previa a la publicación. Burgos (2004:53–59) ha detalla esta polémica, cuyos nudos principales serán resumidos a continuación.

Raúl Olivieri, miembro de la Comisión de Estudios Filosóficos del PCA, había publicado un artículo de canónico filón marxista-leninista en *Cuadernos de Cultura* de 1962¹⁵. El argumento del autor proseguía al Lenin del *Materialismo y empiriocriticismo*, pilar en la interpretación filosófica del comunismo, y defendía lo que denominaba “ontología científica” en términos de una teoría de los aspectos más generales de la realidad, cuyo objeto remitía a las relaciones necesarias entre los procesos y fenómenos –naturales y sociales– que constituían pautas inmanentes del ser y el

¹⁵ Olivieri, R. “El problema del determinismo en el materialismo dialéctico”, *Cuadernos de Cultura*, n° 58, julio–agosto de 1962, pp. 11–30.

devenir. Tales relaciones se caracterizaban por su “objetividad”, es decir, existían con independencia de cualquier conciencia cognoscente. O. del Barco encabezó una crítica filosófica al artículo que, en rigor, escondía una impronta colectiva de los herejes cordobeses¹⁶. Su artículo fue publicado en el número siguiente de *Cuadernos de Cultura*, aunque con una clara incomodidad: una “Nota de la Redacción” acompañaba el final del artículo, donde el Comité de Redacción de la revista se resguardaba de toda responsabilidad. El hecho de otorgarle centralidad a Gramsci, además de fundamentar la crítica al artículo, permitía evadir *a priori* el mote de revisionista. A fin de cuentas el comunista italiano había sido traducido y publicado por el partido y era parte del acervo marxista. Sin embargo, el dogmatismo era más crudo del imaginado y el calificativo terminó por recaer sobre el autor.

De forma sintética, O. del Barco aludía al historicismo gramsciano, específicamente a las críticas de Gramsci al manual de sociología de Bujarín, sosteniendo la inexistencia, para el materialismo histórico –no metafísico– de una objetividad por fuera de la intervención del hombre, de la praxis histórica, del sujeto cognoscente. Así, la ciencia no podía otorgar pruebas de objetividad puesto que esta pretendida objetividad era una concepción del mundo, una filosofía, no un dato científico. Raúl Olivieri protagonizó personalmente la respuesta a esta herejía dirigida inicialmente a O. del Barco, pero que alcanzaba a Gramsci¹⁷. En el n° 63 de *Cuadernos de Cultura* (mayo–junio de 1963) se cerró la discusión con la publicación conjunta de una respuesta crítica de O. del Barco a R. Olivieri¹⁸, así como de una crítica institucional encargada por la publicación y dirigida a Raúl Oliva y Raúl Sierra (presumiblemente, Raúl Olivieri y Raúl Sciarreta)¹⁹. En su artículo, O. del Barco amplió su argumento y arremetió contra la “teoría del reflejo leninista”, núcleo de la epistemología del marxismo soviético. Por su parte, el artículo institucional reafirmaba la línea del partido y llamaba a una “autocrítica”, a una “retracción”. Estas exigencias fueron desoídas, y un mes antes de la publicación, aparecía en Córdoba una nueva revista: *Pasado y Presente* (nueve números en seis volúmenes entre abril–junio de 1963 y septiembre de 1965, en su primer etapa). La polémica desatada por el primer número, junto con

¹⁶ Del Barco, O. “Notas sobre Antonio Gramsci y el problema de la objetividad”, *Cuadernos de Cultura*, n° 59, septiembre–octubre de 1962, pp. 29–41.

¹⁷ Olivieri, R. “El materialismo dialéctico y la objetividad”, *Cuadernos de Cultura*, n° 60, noviembre–diciembre, Buenos Aires, 1962, pp. 23–39.

¹⁸ Del Barco, O. “Respuesta a una crítica dogmática”, *Cuadernos de Cultura*, n° 63, mayo–junio, Buenos Aires, 1963, pp. 34–57

¹⁹ Oliva, R. y Sierra R. “Crítica una crítica revisionista”, *Cuadernos de Cultura*, n° 63, mayo–junio, Buenos Aires, 1963, pp. 58–82.

los efectos del debate en *Cuadernos de Cultura*, marcaron el fin del pasaje de Gramsci por el PCA durante el período de estudio y la expulsión de los disconformes cordobeses. Tanto los animadores de *Pasado y Presente* como J. C. Portantiero se vieron compelidos a forjar nuevos espacios donde tejer vínculos entre la intervención política y la indagación intelectual. En este camino, sus recorridos se entrecruzarán en más de una ocasión.

7.1.2. Las búsquedas por fuera del comunismo, la Sociología como intervención política y los posicionamientos sobre el “hecho maldito burgués”: el peronismo

La comunión de J. C. Portantiero con el recorrido de los miembros de *Pasado y Presente* se vislumbró desde el inicio. Aunque no figuró en el Consejo Editorial en la primera etapa de la revista (1963–1965), sí acompañó activamente la publicación (Hilb, 2009:16)²⁰. Influidos por H. Agosti y por la cultura italiana, J. C. Portantiero y J. Aricó coincidieron en el nombre de la publicación sin acuerdo previo:

Porque con “Pancho” [José Aricó], rápidamente encontramos afinidades, nos hicimos amigos; él en Córdoba y yo desde acá [Buenos Aires]. En un momento me dice que quiere sacar una revista –dentro del partido– y me manda una carta preguntándome qué nombre me parece que le puede poner. Yo le mando una carta diciéndole que me parece que el nombre que podría tener es *Pasado y Presente*. Y mi respuesta se cruza con una carta en la que me decía que habían decidido ponerle *Pasado y Presente*. Sin conocer la mía. Era un nombre gramsciano, claramente (Mocca, 2012:60–61).

²⁰ El primer número salió bajo la dirección de Oscar del Barco y Aníbal Arcondo. La segunda edición (que unificó los números 2 y 3, julio–diciembre 1963) conservó la dirección e incluyó un Secretario de Redacción: Héctor Schmucler. Recién en la cuarta aparición (que unificó el n° 5 y el n° 6, abril–septiembre 1964) se estructuró un Consejo de Redacción y desapareció la figura de la dirección. Lo integraron: Oscar del Barco, Aníbal Arcondo, José Aricó, Samuel Kieczkovsky, César Guiñazú, Carlos Assadourian, Francisco Delich. El Secretario de Redacción seguía siendo el mismo Héctor Schmucler. Esta disposición continuó. Sólo en el último número de esta primera etapa (el n° 9, abril–septiembre de 1965) se amplió el Consejo de Redacción, incluyéndose a Luis Prieto y Carlo Giordano.

Esta coincidencia evidenciaba la gran cantidad de afinidades político–intelectuales entre ambos. El primer número de la revista abrió con un artículo de J. Aricó titulado “Pasado y Presente”: una suerte de editorial que establecía los alcances, fundamentos y propósitos del emprendimiento. No es desacertado comprenderlo en clave de un programa intelectual que abría las coordenadas para un recorrido político de una nueva generación en la J. C. Portantiero estaba envuelto. En ese sentido, explicitar los postulados de J. Aricó puede contribuir, en cierta medida, a comprender la perspectiva del “Negro”. La asunción del marxismo como historicismo absoluto, como una filosofía de la praxis, era uno de los nudos principales. ¿De dónde provenía este abordaje? Para J. Aricó, de la tradición italiana, especialmente de A. Labriola y Gramsci²¹. Bajo los preceptos del revolucionario sardo, comprendía al hombre como un “bloque histórico”, como la suma de las relaciones en la que se integra de manera viva, histórica, es decir, transformando las circunstancias y haciendo que las circunstancias transformen al hombre. Emergía aquí un filón humanista del marxismo. Así rescataba los *Manuscritos económicos filosóficos de 1844*, otros escritos “juveniles” de Marx y marcaba el interés por los aspectos antropológicos y metodológicos de *El Capital* que, hasta ahora, aseguraba sólo había sido estudiado unilateralmente desde su aspecto económico. El aspecto volitivo del marxismo se volvía central, como confirmaban las experiencias cubana y china, así como la tradición italiana. De manera retrospectiva, J. C. Portantiero ilustraba esta identidad marxista del colectivo *Pasado y Presente*:

Yo siempre digo que éramos un cóctel muy raro, pero que se puede explicar. Éramos gramscianos–guevaristas–maoístas. Los tres

²¹ Es de interés la omisión de R. Mondolfo en la referencia. Es sabido que este filósofo ítalo-argentino había contribuido a esta interpretación del marxismo. Aunque probablemente las polémicas que mantuvo con el legado leninista y del propio Gramsci, como su adhesión al socialismo, condujeron a J. Aricó a la exclusión. En la década del 50, J. Aricó, adscripto al PCA por entonces, criticó las posturas de R. Mondolfo sobre Gramsci a las que tildó de “revisionista” en su artículo “¿Marxismo versus leninismo?”, *Cuadernos de cultura*, n° 33, diciembre de 1957, pp. 90–96. Décadas más tarde, J. Aricó (1988:206–207) realizó una autocrítica de su artículo basada en la imposibilidad político–teórica en que se encontraba de cuestionar la identificación de Gramsci con Lenin, señalando así la justeza de la posición del filósofo ítalo–argentino.

Por otra parte, la impronta de la cultura italiana y su discusión sobre el historicismo marxista en la publicación resultó marcado. En el primer número, bajo la sección “polémica” (pp. 57–87), la revista dedicó 30 páginas a recopilar y reproducir parcialmente un debate entre marxistas italianos. Cesare Luporini había publicado en 1962, “Notas para una discusión entre filósofos marxistas en Italia”, en la revista *Crítica marxista*. El texto estaba destinado a refutar las posturas teóricas de la escuela dellavolpiana que dio lugar a un célebre debate del que participaron Lucio Colletti, Nicolas Baldoni, Galvano Della Volpe, entre otros.

tienen una característica en común, es una especie de himno a la voluntad versus el determinismo, la cosa dura del determinismo histórico (Tortti, C. y Chama, M., 2012:242).

Esta interpretación del marxismo acompañó tanto a *Pasado y Presente* como al “Negro” durante las décadas del 60 y 70. El determinismo económico siempre fue un antagonista. *Pasado y Presente* ponía en el tapete, además de la veta historicista marxista, una demanda sensible para la generación intelectual en ciernes: la unidad entre intelectual y pueblo, entre escritores y territorio nacional. Esta veta estructuró el periplo de J. C. Portantiero. De hecho ya la había ubicado en su primer libro. Tanto para J. Aricó como para J. C. Portantiero, los procesos culturales locales daban cuenta de un divorcio entre los intelectuales y el pueblo–nación. *Pasado y Presente* surgía con la ambición de volverse un instrumento al servicio de un nuevo sentido de la organización cultural, de una unificación cultural destinada a otorgar al proletariado la plenitud de su conciencia histórica. El propio J. Aricó fundamentaba la originalidad de la iniciativa. Aseguraba que eran escasas las publicaciones (entre las excepciones ubicaba a *Contorno*) que mantenían a través de su estructura, de su contenido y empeño una vinculación permanente, orgánica con la realidad nacional y mundial. Se asistía más bien a un provincialismo cultural, expresión de la dispersión y fraccionamiento creciente de la intelectualidad argentina, de la división en pequeñas élites incomunicadas entre sí y aisladas del cuerpo real de la nación. Las nuevas problemáticas y los nuevos conocimientos no tenían canal alguno de expresión.

Bajo este marco, *Pasado y Presente* surgía con ambiciones de renovación de la escena cultural. Su afán quedaba perfectamente ilustrado con la consideración de J. Aricó sobre la situación del pensamiento marxista: lo que estaba en crisis no era el marxismo sino sus versiones dogmáticas. El marxismo –siguiendo el trasfondo argumentativo del historicismo gramsciano–, en cuanto conciencia crítica de la acción transformadora, podía concebirse a sí mismo en forma histórica y, por tanto, someterse a una “permanente y despiadada autocrítica”. Así, no sólo marcaba distancias con la interpretación del marxismo soviético, sino que además priorizaba la innovación en materia político–teórica para mantener viva y operante la tradición. “*Pasado y Presente*” indicaba esta ambición. No se ignoraban las elaboraciones del pasado, pero se reclamaba la autonomía intelectual de una generación en ciernes para indagar el pasado desde el presente, para rectificar, para “rehacer la experiencias de los otros, y construir nuestras propias perspectivas”. En esta

empresa, J. Aricó se servía nuevamente del historicismo gramsciano. El proceso histórico se asumía como unidad en el tiempo, como una cadena de acontecimientos donde cada presente contenía “depurado y criticado” todo el pasado. Era esta unidad la que fundamentaba su investigación y proyección hacia el futuro, en definitiva una política de transformación. De ahí que la indagación del pasado no era una mera tarea teórica, sino fundamentalmente política. Al igual que J. C. Portantiero, J. Aricó cuestionaba cualquier intento enciclopedista o especulativo. Eran las necesidades prácticas, las demandas históricas del presente las que debían estructurar la tarea intelectual y, por tanto, su labor se volvía integralmente política, disruptiva:

Si la vida nos plantea la necesidad objetiva de la formación de un nuevo bloque histórico de fuerzas y si ello presupone como condición imprescindible la presencia hegemónica del proletariado, es lógico que debamos buscar en el pasado —especialmente en el pasado más reciente— las razones que impidieron la concreción de una voluntad colectiva nacional de tipo revolucionaria²².

¿No delinear estas palabras el programa intelectual por venir de J. C. Portantiero? ¿No explicitan la imposibilidad de pensar la historia por fuera de la política como aseveraba el autor? La selección de los objetos de estudio de J. C. Portantiero no será azarosa. Como ya dije, entre ellos se destacaron dos: el peronismo y la Reforma Universitaria que expresaban, ambos, las desventuras en el proceso de formación de una voluntad de colectivo nacional de tipo revolucionaria y la fractura de la intelectualidad con el pueblo-nación. La coincidencia en el título de la publicación era el reflejo de un acuerdo programático: indagar el pasado desde el presente.

La preocupación por el hiato visualizado entre la izquierda y las masas animó, una y otra vez, la producción de J. C. Portantiero. En su primer escrito luego de la ruptura con el comunismo, publicado a inicios del 64 en el órgano de Vanguardia

²² Aricó, J. “Pasado y Presente”, *Pasado y Presente*, año I, n° 1, abril/junio de 1963, p. 5. En sintonía con J. C. Portantiero, el autor tomaba el recaudo de delimitar el proyecto de la revista de las tentativas nacionalistas populares: “Puesto que si bien es cierto que toda historia es contemporánea, que en última instancia sólo hay una historia del presente, vale decir, una proyección hacia el pasado de la política actual, no es menos cierto que esta proyección que yace en el fondo de toda labor histórica, no asume el carácter simplista y esquemático que le asignan los ideólogos del nacionalismo pequeño burgués” (p. 6).

Revolucionaria, *Táctica* (de sólo un número)²³, le atribuía a la izquierda una severa crisis desde 1955 –con el derrocamiento del peronismo– y especialmente a partir de 1959 –con la Revolución cubana–. Ambos procesos mostraban la incapacidad histórica de la izquierda argentina para establecer relaciones operativas con las masas obreras y populares. Nuevamente remitía implícitamente a Mao Tse–Tung para sostener que la izquierda, ante el peronismo, había establecido lazos con el pueblo en base a las contradicciones secundarias, y sin atender a la contradicción fundamental. Así arrastró a la clase obrera industrial al voto por los candidatos de la Unión Democrática en las elecciones de febrero de 1946, cuando cualquier análisis basado en la contradicción principal –entre trabajadores y propietarios de los medios de producción–, debía concluir que allí se aglomeraban los sectores “más retardatarios de las clases dominantes”. Sólo a través de reconocer esta contradicción principal, la izquierda revolucionaria podía fusionarse con las masas asalariadas y estructurar alianzas. El autor sugería que el propio Lenin había enseñado este camino con su teoría acerca de la hegemonía y de las alianzas en el proceso de la revolución.

Expulsados del partido en 1963, los caminos de Vanguardia Revolucionaria y de *Pasado y Presente* se anudaron en una experiencia estrictamente política: el apoyo al “foco” en Salta del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) encabezado por Jorge Massetti, que, como parte de sus planes de extensión revolucionaria en América Latina, contaba con el aval e inspiración de Ernesto *Che* Guevara. No me detengo aquí porque el recorrido de esta apuesta ha sido descrito detalladamente por Burgos (2004: 83–93). Sucintamente, la experiencia terminó en derrota. Al poco tiempo, Vanguardia Revolucionaria, el grupo encabezado por J. C. Portantiero, se disgregó. Lo que sí interesa subrayar aquí es que esta primera prueba política de los “gramscianos argentinos” marcó su drama, su tragedia²⁴. Como con otras expresiones

²³ Portantiero, J.C. “Crisis en la izquierda argentina”, *Táctica*, año I, n° 1, enero–febrero 1964, pp. 15–21.

²⁴ Como ya anuncié en el estado del arte, existe una actual polémica sobre la denominación “gramscianos argentinos” para designar la experiencia *pasadopresentista* (donde se incluiría también el itinerario de J. C. Portantiero). En resumidas cuentas, la impugnación estriba en que proseguir la denominación podría conducir a institucionalizar una identidad teórica (Gramsci) que si bien fue importante, no resultó la única, ni tal vez la principal dado que *Pasado y Presente* estuvo teñida por heterogéneas adscripciones teóricas. De alguna manera, atribuirle una significativa impronta gramsciana al colectivo en la década del 60 y principios de los 70, supondría tejer una linealidad con la experiencia del exilio donde, efectivamente, Gramsci fue una referencia ineludible. Teniendo en cuenta estos recaudos, acudiré a la expresión “gramscianos argentinos” sólo a título indicativo o nominación de un colectivo en la época, en tanto mostraré algunos de los heterogéneos rasgos teóricos que atravesaron el temprano itinerario de J. C. Portantiero y sus usos de Gramsci.

de la nueva intelectualidad, compartían el desencuentro con su tiempo: políticos entre intelectuales e intelectuales entre políticos. La ilación de la práctica intelectual y política fue siempre errática (González, 2014:22). No puede dejar de recordarse el balance del desempeño del grupo *Pasado y Presente* en el período por parte de O. del Barco: “Éramos los más inteligentes pero [en política] nos equivocábamos siempre” (Nun, 2002:148)²⁵. El trabajo de Burgos (2004) ha puesto de manifiesto claramente este desencuentro tanto por las disímiles y erráticas apuestas políticas del grupo como por la imposibilidad de construir un terreno común permanente de diálogo y debate con organizaciones políticas. La desdicha del apoyo guerrillero no era más que el comienzo de un periplo signado por el drama de no encontrar un terreno fértil para las preocupaciones políticas. La amplia influencia político-cultural del colectivo *pasadopresentista* no se tradujo en un anclaje organizativo permanente. El propio J. Aricó, en clave de balance del derrotero de *Pasado y Presente*, ilustra la imposibilidad de resolver la ilación de la práctica intelectual con la organización política:

En los setenta, la incesante búsqueda de un puerto donde anclar pareció concluir para nosotros. Y una vez más nos equivocamos. El espacio más ideológico-político que político a secas que ocupamos no nos preservó de las equivocaciones; por el contrario, las potenció, porque faltaba el pie en tierra que permitiera transformar un razonamiento en una propuesta política. En nuestras virtudes estaban también nuestras limitaciones (Aricó, 1988/2005:106).

El hiato entre intelectualidad crítica y pueblo-nación mencionado una y otra vez por J. C. Portantiero envolvió su propio itinerario y expresó su propia tragedia. Si la vieja izquierda permanecía aún imbuida en esta crisis de desgarramiento, las nuevas

²⁵ Para ilustrar el carácter de los teóricos entre los políticos, vale citar una entrevista que Burgos (2004:135) hizo a Abraham Kozak, alineado por entonces con el Partido Socialista Argentino y figura central en el movimiento estudiantil cordobés (ejerció la presidencia de la Federación Universitaria Cordobesa durante 1964–1966): “Cuando en el 63’ aparece *Pasado y Presente*, ellos comienzan a hacer contacto con nosotros. Y como nosotros no teníamos ‘intelectuales’ de peso, ellos pasan a ser, no digo ‘ideólogos’, pero sí los tipos que nos explican cosas sobre el marxismo, etc. Porque había una gran inquietud por saber todo esto que ellos traían. Nosotros teníamos un ‘antiimperialismo’ y un marxismo medio intuitivos. Así que nosotros organizábamos los cursos internos, y *Pasado y Presente* ponía los intelectuales y la teoría”.

camadas, sin estructura política alguna, visualizaban la densidad del asunto y establecían líneas de indagación e intervención, aunque tampoco podían resolverlo.

Otro ejemplo de recaída en la mencionada fractura se encuentra en un artículo de J. C. Portantiero a fines 1965 para la revista *Nueva política*, de sólo un número, y cuyo Consejo de Redacción estaba integrado, entre otros, por Ismael Viñas y miembros del Movimiento de Liberación Nacional²⁶. En él se hacía una crítica a la intelectualidad de izquierda por su sesgo “retórico”, “libresco”, abstracto, por su predisposición a “consumir” modas intelectuales extranjeras, más que a pensar en ligazón con los problemas reales del pueblo–nación. De este modo, la historia intelectual argentina se resumía en la separación popular. La erudición de la intelectualidad crítica de izquierda era tan vasta como su impotencia. El marxismo tenía el desafío crucial de resolver la fractura producida entre el internacionalismo proletario abstracto y el nacionalismo popular, que, en realidad, siempre había sido “la levadura y la forma de la revolución”²⁷. Nuevamente, el historicismo ofrecía las claves de un escape que siempre resultó trágico para los “gramscianos argentinos”: “asumir la crítica de la sociedad argentina en su pasado –lejano o inmediato– y en su presente; pero asumirla desde el interior de la historia del pueblo–nación”²⁸. Así, concluía el “Negro”, el país podría asistir a una fusión inédita entre las élites revolucionarias y las masas. El propio J. Aricó también ha señalado el carácter trágico de este vínculo entre el sentimiento y la práctica de las clases subalternas en la sociedad argentina y el pensamiento socialista. Una tragedia que envolvió a la propia experiencia de *Pasado y Presente* y a su lectura del comunista italiano: “fue el Gramsci ‘nacional popular’ quien, en 1965 nos ayudó a plantear la cuestión de la caducidad de una forma histórica de pensar la soldadura de los intelectuales con los trabajadores. Y digo plantear, no resolver, porque la pregunta no tuvo respuesta” (Aricó, 1988/2005:78).

Tras su expulsión del PCA, J. C. Portantiero había retomado sus estudios en Sociología, renunciado a su empleo en *Clarín* y empezado a trabajar en las oficinas – clandestinas– de Prensa Latina (que había sido fundada por Jorge Ricardo Massetti) (Hilb, 2009). Al igual que J. Aricó, el “Negro” había decidido abandonar la política activa. Mientras el primero se dedicó al trabajo editorial a través, por ejemplo, de los

²⁶ Portantiero, J. C. “Socialismo y nación”, *Nueva política*, año I, n° 1, diciembre de 1965, pp. 5–19.

²⁷ *Ibíd.*, p. 18.

²⁸ *Ibíd.*, p. 19.

memorables *Cuadernos de Pasado y Presente* y de la editorial Signos²⁹, el segundo fortaleció su inserción académica, que hasta ese momento había estado signada por la irregularidad. Decidido por la Sociología, en 1966, ganó un concurso para el cargo de ayudante –como alumno de la cátedra Sociología sistemática del Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (cuyo titular era Miguel Murmis)–, y ese mismo año egresó como Licenciado en Sociología. Ante la intervención universitaria de la dictadura de Onganía en 1966, M. Murmis se alejó de la Facultad, pero J. C. Portantiero permaneció en su cargo. Tildaba a la política de renuncias impulsada, entre otros, por el PCA, de liberal y políticamente ineficaz (Altamirano, 2011b:206).

Uno de los sitios de refugio de la intelectualidad crítica ante la intervención de las universidades fue el Instituto Di Tella. Desde este nuevo lugar, M. Murmis, quien provenía de la izquierda universitaria socialista, invitó a J. C. Portantiero a incorporarse al Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) del Instituto, por ese entonces comandado por G. Germani, para colaborar en un proyecto sobre el peronismo: “Miguel Murmis (...) me llama para trabajar en el Di Tella. Ahí toco el cielo con las manos, me digo: ‘Voy a poder trabajar de sociólogo’” (Mocca, 2012:72). Junto con M. Murmis, en forma de documentos de trabajo del Instituto, publicaron en 1968 *Crecimiento industrial y alianza de clases en Argentina (1930–1940)* y, un año después, *El movimiento obrero en los orígenes del peronismo*. Por iniciativa de J. Aricó, ambos documentos, sin modificaciones, fueron publicados en formato de libro por la editorial Siglo XXI en 1971 bajo el título: *Estudios sobre los orígenes del peronismo*.

En el capítulo anterior resumí el argumento principal del libro. Interesa recordar aquí al menos dos aspectos. En primer lugar, la cuestión peronista no preocupaba a J. C. Portantiero sólo en términos sociológicos, sino también como parte de la historia del clivaje entre intelectuales y pueblo–nación. Para ello, la cabal interpretación de tal asunto espinoso era una tarea de primera necesidad que debía alejarse, entre otras, de las interpretaciones canónicas hechas por G. Germani –la cual se articulaba con las lecturas de la vieja izquierda sobre el peronismo– y por el arco nacionalista

²⁹ Signos se fusionó con la editorial Siglo XXI en 1971, desde donde J. Aricó encabezó el proyecto de una nueva traducción de *El capital* y la primera traducción al español de los *Gründrisse – Elementos fundamentales de la crítica de la economía política*.

popular³⁰. En segundo lugar, J. C. Portantiero mostraba la actualidad del marxismo como teoría explicativa. Se trataba de poner a prueba al marxismo ante las exigencias de la investigación empírica que reclamaba la Sociología y, por tanto, desplegarlo en conexión con las herramientas metódicas como estadísticas, encuestas, entrevistas (Altamirano, 2011b).

M. Murmis era una destacada figura tanto en la promulgación de la modernización de la carrera de Sociología de la UBA como del marxismo. Formó parte del equipo que apoyaba la gestión de G. Germani en la carrera de Sociología. Tal y como se profundizará en el último capítulo, a partir del ciclo abierto con el derrocamiento del peronismo en 1955 y el retorno a la vida académica de docentes que habían permanecido alejados de la vida universitaria, se abrió un proceso modernizador en las universidades. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA este proceso abarcó la fundación de carreras como la de Sociología. El perfil de éstas se basó en la especialización y énfasis en el trabajo empírico. Se rompía así con el modelo antipositivista –y decididamente antimarxista– de décadas anteriores. M. Murmis participó activamente de este proyecto cuyo punto de inflexión fue la intervención militar de las universidades en 1966. Paralelamente, el Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO), fundado en 1966 con antelación al golpe militar, fue otro de los espacios que conglomeró a jóvenes investigadores/as formados/as en la nueva carrera de Sociología. Su objetivo era doble: instalar en la investigación en Ciencias Sociales el cuerpo teórico del marxismo, y rescatar el imperativo sociológico científico frente al ensayismo. Se trataba de investigar la realidad nacional desde el método teórico propuesto por Marx. Los denominados clásicos del marxismo resultaban fuentes reiteradas (Iñigo, L. y Santella, A., 1999). Entre los miembros del CICSO se destacaron: Silvia Sigal, Inés Izaguirre, Eliseo Verón y Francisco Delich. M. Murmis fue su director y figura central desde su inicio hasta 1975, e invitó a J. C. Portantiero a realizar actividades de investigación y docencia en el Centro. Las dos grandes líneas de investigación de CICSO, “estructura de clases en la Argentina” y “fuerzas sociales, conflictos y enfrentamientos sociales”, repercutieron en los *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Por tanto, J. C. Portantiero no era ajeno a los renovados influjos sobre la Sociología ni a la combinación de los métodos de las Ciencias Sociales con el marxismo. No obstante, las marcas de una sociología científicista en la

³⁰ En *Los Libros*, “El peronismo: civilización o barbarie”, *Los Libros*, año I, n° 5, noviembre de 1969, pp. 10–11 y 22, J. C. Portantiero criticó otras interpretaciones del peronismo, entre ellas las llevadas a cabo por Félix Luna, Rodolfo Puiggrós y Gonzalo Cárdenas, y reivindicó el marxismo como matriz de análisis del fenómeno.

obra compartida con M. Murmis, en el sentido de responder a las exigencias disciplinarias y renovadoras de la disciplina, no deben opacar el hecho de que el foco de la iniciativa suponía un hilo de continuidad con el historicismo³¹. ¿No había sugerido Gramsci que el marxismo no debía dudar en cotejarse con los avances de la cultura contemporánea? ¿No era éste el filón crítico que había fundado y aglomerado a *Pasado y Presente*? ¿Acaso la actitud de J. C. Portantiero no enlazaba con la tradición marxista italiana, que proponía un marxismo en diálogo no sólo entre sus diversas corrientes sino también con otras del pensamiento contemporáneo?

Se ha sugerido, sin realizar precisiones, que en el análisis del surgimiento del peronismo existía una posible influencia del marxismo estructuralista, puntualmente de L. Althusser y N. Poulantzas (Camarero, 2004:16). La ocasión puede servir para balancear la presencia de esta corriente en la producción de J. C. Portantiero. El marxismo estructuralista tuvo un notorio peso en franjas de la nueva intelectualidad y, como se ha destacado, los “gramscianos argentinos” también operaron combinaciones entre categorías althusserianas y gramscianas (Starckenbaum, 2011). Sin embargo, sugiero un balance más taxativo en torno al autor: su historicismo no fue tamizado con el marxismo althusseriano, sino que más bien, fue el prisma desde donde se opuso. En una entrevista a Burgos, recordando las polémicas con las Cátedras Nacionales, en particular con Horacio González, quien le endilgaba un sesgo althusseriano, el “Negro” aseguraba:

Horacio está equivocado. Yo era gramsciano. Y te digo más, yo siempre fui anti-Althusser. El único Althusser que a mí me interesaba era el de “contradicción y sobredeterminación”. Metíamos [en el programa de la materia Sociología Sistemática] sí a Poulantzas, pero más bien lo metíamos críticamente. Trabajábamos mucho Gramsci (Portantiero, 2004:189).

La adhesión al historicismo gramsciano de J. C. Portantiero resultaba impermeable a la tentativa althusseriana. De ahí que Gramsci, a los ojos del autor, apareciera como enemigo del althusserianismo. Sin embargo, en su afirmación, el “Negro” dejaba

³¹ Desde ya, el calor de la polémica no se detenía en matices. Además de H. González, otras figuras del arco nacionalista popular, como Abelardo Ramos (1973:221) descalificaban a J. C. Portantiero por cientificista y por su desempeño como “sociólogo” en el Instituto Di Tella, “donde reina la ciencia y todo verdor perece”.

entrevéer el interés por el tratamiento de dos cuestiones tratadas por el filósofo francés: contradicción y sobredeterminación. J. C. Portantiero no empleó esta última categoría que L. Althusser retomaba del psicoanálisis lacaniano, pero, seguramente, no dejaba de despertarle cierta simpatía en tanto enfrentaba el determinismo economicista e introducía un análisis multicausal. A la largo de su obra, J. C. Portantiero, nutriéndose de las vertientes humanistas del marxismo, rivalizó con el stalinismo y con el economicismo marxista. El análisis partió siempre del lugar que las clases ocupaban en la estructura social y articuló este momento “objetivo”, con la conciencia, voluntad y capacidad de las fuerzas sociales en pugna. En el enfrentamiento contra el determinismo economicista J. C. Portantiero encontraba cierta identificación con L. Althusser, aunque las vías de resolución corrían por vías paralelas.

L. Althusser trabajó el concepto de contradicción inspirándose en el influyente folleto de Mao Tse–Tung: *Acerca de la contradicción*. J. C. Portantiero también apeló a este texto y desarrolló el concepto bajo las coordenadas del comunista chino (Torti, C. y Chama, M., 2006:248)³². Esta coincidencia puede explicar la simpatía puntual de J. C. Portantiero por el concepto de contradicción althusseriano. A pesar de ello, no fue a través del filósofo francés que el “Negro” aludió a dicho concepto. Como se ha visto, con antelación a la difusión del pensamiento de L. Althusser y en el marco de su ruptura con el PCA, apeló a la distinción entre contradicción principal y secundaria siguiendo el razonamiento del comunista chino. En su artículo “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual” explicitaba la influencia maoísta, y mixturaba el imperativo de Mao Tse–Tung enfocado a descubrir la contradicción principal para “descartar la arbitrariedad subjetiva” con el momento objetivo en el análisis de las relaciones de fuerzas en Gramsci³³. Aseguraba que atendiendo a estos preceptos analíticos era posible establecer la serie de parámetros que fijan los límites de

³² El reconocimiento al legado teórico de Mao Tse–Tung era compartido con los “gramscianos argentinos”. En el cuaderno de Pasado y Presente n° 23, *La revolución cultural china*, Córdoba, junio 1971, además de compilarse textos de Mao Tse–Tung, se reunieron artículos sobre el proceso revolucionario en el gigante asiático, algunos destinados al pensamiento del líder chino, como por ejemplo: “Rossana Rossanda, el marxismo de Mao Tse–Tung” (pp. 131–164). A su vez, en el relanzamiento de *Pasado y Presente* en 1973, se incluyó un artículo de Betteheim Charles, “La dialéctica de Mao” (pp. 157–169), el cual proseguía y profundizaba los temas analizados por Rossana Rossanda. Estas y otras iniciativas filomaoístas impulsadas por J. Aricó, se inscribían en los diálogos que mantuvo a inicios de los años 70 con sectores ligados al maoísmo local, específicamente al Partido Comunista Revolucionario (Crespo, 2009:181).

³³ Portantiero, J. C., “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual”, *Pasado y Presente*, año IV (nueva serie), n° 1, abril–junio de 1973, p. 35.

variación posible de las relaciones de fuerzas en los planos político e ideológico. En este marco, introdujo una crítica al marxismo estructuralista, al menos de su vulgata:

Una sociedad no aparece, obviamente, como una yuxtaposición de “niveles estructurales”, sino como un entretejido de relaciones sociales, de comportamientos de actores sociales. Parecía redundante recordarlo, pero ante la ola de nominalismo estructuralista que tiende –al menos en su uso vulgar– a fetichizar los instrumentos analíticos como si fueran estructuras concretas, la reiteración no es inútil³⁴.

El estructuralismo marxista podía conducir a una reificación de las categorías analíticas y, por tanto, a una revitalización del “reformismo”, dado que la historia sería el “producto” de las estructuras, mientras que la acción humana, la voluntad y la experiencia quedarían reducidas a un rol subordinado. La diferenciación de “niveles” era adecuada sólo en la medida que explicase la interrelación de las estructuras concretas. Es posible que el tenor de la impugnación y su aclaración (“al menos en su uso vulgar”) no remitan directamente a L. Althusser sino al difundido manual de su discípula chilena, Marta Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico* de fines de los años 60, que, asumido como “la biblia” en sectores militantes, llegó a ser *best seller* por aquellos años (hacia 1971 ya corría por su sexta reedición). De igual modo, a lo largo de su obra J. C. Portantiero no se refirió a L. Althusser ni a sus categorías. Su historicismo no parecía ser poroso al estructuralismo althusseriano.

Me arriesgo a pensar que el tratamiento de N. Poulantzas corrió una suerte similar. Aunque sí fue estudiado por J. C. Portantiero, no lo integró a sus principales reflexiones. Como planteé en el marco teórico, N. Poulantzas se empeñó en convertir la noción gramsciana de hegemonía en un concepto científico del materialismo histórico. Se distanció del tratamiento historicista provisto por la problemática luckasiana del sujeto, en el cual la unidad de una formación social era referida a una instancia central, dadora originaria del sentido de esa unidad: la clase–sujeto de la historia. Precisamente, como se verá, la hegemonía en J. C. Portantiero presentó una impronta historicista. Atendiendo al lugar que las clases sociales ocupaban en la estructura económica, el sociólogo argentino apeló a la hegemonía para mostrar la

³⁴ *Ibíd.*, p. 33.

cohesión de ciertas alianzas de clases dinamizada por tal o cual fracción. Asimismo, N. Poulantzas empleó el concepto gramsciano para analizar las estructuras del Estado capitalista y la constitución política de las clases dominantes en la sociedad moderna. Respecto al Estado, y a través de la noción de hegemonía, desarrolló una serie de consideraciones: a) el Estado era garante de ciertos intereses económicos corporativos de las clases dominadas, acorde a la constitución hegemónica de la clase en el poder; b) el Estado se volvía ético-político a través de su ideología inscrita en las estructuras propias del nivel político "institucionalizado", es decir, a través de la mistificación que despolitizaba a las clases dominantes y situaba su unificación abstracta a través de la imagen pueblo-nación; c) el concepto de hegemonía gramsciano iluminaba un carácter particular del poder estatal con respecto a las clases dominadas: el de las relaciones de consentimiento articuladas con las relaciones de coerción que ese poder cristalizaba. Este conjunto de vetas sugeridas de la hegemonía gramsciana no fueron profundizadas por J. C. Portantiero. Lo mismo puede concluirse respecto a la noción *bloque en el poder* poulantziana destinada a explicar la constitución de las clases dominantes a través del Estado. Aunque atento al rol de Estado en la lucha de clases, J. C. Portantiero no profundizó en su dinámica de dominación, en su conformación como hegemónico o en su capacidad de unificar a las clases dominantes. Siempre colocó el foco en los bloques de clases en pugna (entre sí o como parte de un mismo bloque) y, a partir de ahí, aludía a la hegemonía y al Estado, pero éste último nunca se convirtió en una instancia de análisis medular para divisar la constitución de la clase dominante y su dominación, como sí sucedió en el caso de N. Poulantzas.

Como se ha mencionado a lo largo del trabajo, el *Cordobazo* y los subsiguientes levantamientos populares implicaron un punto de inflexión en la lucha de clases y en la radicalización político-intelectual. El desprendimiento de una política activa se volvió insostenible. El propio J. C. Portantiero, involucrado en la vida académica y protagonista de la disputa entre las Cátedras nacionales y las Cátedras marxistas, recuerda esta exigencia:

Cuando entro al Di Tella para hacer los estudios sobre los orígenes del peronismo, me transformo en una especie de tipo al que la política le interesa mucho, pero que ha decidido que la política no va a formar parte de su vida activa. Sin embargo, cuando entré a la facultad, ahí es como que me arrebatara el espíritu de tiempo, es una cosa impresionante. De

repente, uno se coloca en la militancia; eran los años de Lanusse... (Moca, 2012:84).

J. C. Portantiero, que había permanecido en la universidad, adquirió amplio protagonismo a partir de la “normalización” institucional dispuesta por Lanusse. En 1971 obtuvo por concurso público de oposición y antecedentes el cargo de Profesor adjunto en dos materias centrales del plan de estudio de la carrera de Sociología: Sociología sistemática (donde se desempeñaba como ayudante) e Introducción a la Sociología. En ambos concursos, J. C. Portantiero aventajó a una de las principales figuras de las Cátedras Nacionales: Roberto Carri. Con la obtención de los cargos, el “Negro” se vio envuelto en la lucha política de la universidad. En ese marco, participó de la fundación de la agrupación docente 29 de Mayo, cuya nominación rendía homenaje al *Cordobazo*³⁵. La línea política de la organización se emparentaba con la que caracterizaba *Pasado y Presente*: el clasismo y la centralidad del poder obrero en las fábricas, en sintonía con los combativos sindicatos cordobeses de trabajadores automotrices SITRAC–SITRAM. A su vez, la agrupación se ligaba con organizaciones que provenían de rupturas del PCA y del PCR: Fuerzas Armadas Revolucionarias y Fuerzas Armadas de Liberación. En esta organización participaba Roberto Quieto que había sido parte de Vanguardia Revolucionaria, de la “fracción portanterista” y unos de los presos políticos que logró fugarse del penal de Trelew en 1972, junto con otros máximos dirigentes del PRT–ERP, FAR y Montoneros. Más tarde, R. Quieto se unirá a las filas de las FAR, y a raíz de la fusión de esta organización con Montoneros, el 12 de octubre de 1973, se convertirá en el “número dos” de la organización, después de Mario Firmenich.

La gravitación creciente de Montoneros, la convulsionada escena política de principios de los 70, la crisis de la dictadura militar, el triunfo electoral del peronismo y los nuevos desafíos para las organizaciones populares exigían la intervención política. La revista *Pasado y Presente* volvió al ruedo. Gracias al prestigio político–cultural acumulado por sus miembros a través de los *Cuadernos*, la fundación de la editorial Siglo XXI y la publicación de artículos y libros –algunos de referencia inexcusable como *Estudios sobre los orígenes del peronismo*– la revista iniciaba su segunda etapa con ansias de intervención en el curso político. Entre junio y diciembre de 1973 se

³⁵ Algunos de los documentos del colectivo fueron publicados por la revista *Los Libros* (ver próximo capítulo).

publicaron dos números (en rigor, tres números en dos volúmenes) de una “nueva serie” que surgieron en estrecha relación con tendencias revolucionarias del peronismo –entre ellas Montoneros–, y alentados por el afán de influir en su política. En concreto, el vínculo político con estas tendencias transcurría a través de R. Quieto:

En el 73, volvemos a sacar la revista, salen los dos números. Es entonces cuando, desde la revista, empezamos a tener cierta relación con Montoneros, una relación que se da sobre todo vía Quieto. Ahí se produce un cambio en nuestra mirada, en el sentido de que pensábamos que inevitablemente la izquierda de la sociedad parecía pasar por el peronismo, y que, sin entrar al peronismo, había que tratar de tener una relación intelectual con ellos para, primero desmilitarizarlos – cosa que era absurda – y favorecer lo que tenían como posibilidad de radicalización de las masas peronistas. No hay que olvidar que *Pasado y Presente* era la heredera intelectual de Sitrac–Sitram, del Cordobazo, del sindicalismo clasista, etc. Ése era el sujeto hacia el cual nosotros queríamos dirigirnos, y eso, de repente se transmuta en el peronismo revolucionario, y entonces hay como un traslado del sujeto –el peronismo– pero con el cual nosotros no nos involucrábamos directamente sino que más bien le criticábamos su militarismo y tratábamos de auspiciar lo que tuviera que ver con esa cosa clasista (Tortti, C. y Chama, M., 2006:249–250).

J. Aricó, el editor responsable de la publicación, había migrado de Córdoba a Buenos Aires, donde se editaba la revista a pesar de que la ciudad de Córdoba figuraba como dirección oficial. La publicación explicitaba esa intimidad del trayecto durante todos esos años. Entre los colaboradores en la preparación de ambos números figuraba J. C. Portantiero, junto con algunos que provenían de la primera etapa: Oscar del Barco, Jorge Feldman, José Nun, Juan Carlos Torre y Jorge Tula. La pretensión de influir en la acción política inmediata se cristalizaba en el cambio del subtítulo de la revista. Si en la primera etapa había llevado la proclama “Revista de ideología y cultura”, ahora pasaba a tener una nominación que sólo remitía a su frecuencia: “Revista trimestral”. En sus dos números no existió ninguna intervención en el área específica de la cultura. El eje se centró en los problemas políticos que emanaban de una aguda coyuntura. El primer número de esta “nueva serie” contenía

tres artículos centrales (Burgos, 2004). El primero, “producto de la discusión y la redacción colectiva”, abría el camino para debatir las posibilidades de articular la lucha del movimiento obrero, tanto con temas y consignas anticapitalistas, como con la prefiguración de “instituciones de democracia revolucionaria”. Se aseguraba que el sentido de este asunto tomaba forma con la asunción del gobierno de H. Cámpora. El título del artículo era sugestivo: “La ‘larga marcha’ al socialismo en la Argentina”, como así también su subtítulo “Antes y después del 25 de Mayo”³⁶. Se intervenía pues sobre el terreno estratégico de las luchas sociales y políticas en el país.

No se había concretado aún la fusión FAR–Montoneros, pero la discusión ya estaba avanzada y la publicación guardaba expectativas en las tendencias de izquierda al interior del peronismo. La línea impulsada por esta editorial colectiva apuntaba a reconocer que los amplios sectores populares del país adherían al peronismo y que, desde allí, debía articularse una dialéctica correcta con las prácticas socialistas. Había que impulsar el desarrollo de la conciencia socialista a partir de las luchas de clases políticamente situadas en el interior de un movimiento nacional y popular. La “cuestión obrera” no podía separarse de la “cuestión peronista”³⁷. El ángulo de enfoque clasista persistía en la publicación para el análisis de la realidad argentina, pero era tamizado con la atención a la adhesión política de las masas. Esto demandaba una tarea estratégica para la izquierda que J. C. Portantiero ya había detectado: superar los análisis –que se reclamaban marxistas– sobre los movimientos nacional–populares. A fin de cuentas, el peronismo había aglomerado al conjunto de clases opuestas al proyecto monopolista e imperialista. Aunque no es posible atribuir la autoría de la editorial a J. C. Portantiero, el análisis tenía muchos vasos comunicantes con otros escritos del autor y, específicamente, con su artículo

³⁶ Editorial, “La ‘larga marcha’ al socialismo en la Argentina”, *Pasado y Presente*, Año IV, n° 1, abril–junio de 1973, pp. 3–30. No quedaban dudas de la afinidad y expectativa hacia el nuevo gobierno de la publicación. Este número reproducía una declaración de la Comisión de apoyo y movilización de Córdoba al FREJULI, donde miembros de *Pasado y Presente* participaban, titulada: “El único voto clasista es el voto al FREJULI” (pp. 141–144).

³⁷ El revolucionario sardo ofrecía el fundamento de esta vinculación: “Parafraseando a Gramsci, si en la Italia de los años veinte la ‘cuestión campesina’ se expresaba como ‘cuestión vaticana’ y como ‘cuestión meridional’, es decir, que la presencia de una clase definida en términos económicos debía ser acotada, para poder operar políticamente con ella, en términos ideológicos y geográfico culturales, en la Argentina de hoy la ‘cuestión obrera’ no puede ser separada de la ‘cuestión peronista’. Se trata de un dato, no de una teoría” (Portantiero, 1973a:19). Desde ya, el filón maoísta también operaba en el escrito. El propio título era indicativo de esta influencia: “La larga marcha al socialismo”. No corresponde aquí explicar esta influencia, pero repárese en la afinidad y acercamiento de miembros de *Pasado y Presente* al maoísmo, en la propia trayectoria de J. C. Portantiero, en la edición y difusión de producciones que leían el gramscismo en clave maoísta como Macciocchi (1975) y un largo etcétera.

aparecido en el mismo número. Esto se aprecia en varios aspectos: la delimitación de dos fuerzas principales en pugna, el capital monopolista y la clase obrera; la aplicación de la situación revolucionaria a la coyuntura; el empleo de categorías como “crisis de hegemonía” o “bloque de poder”. Asimismo, contenía una preocupación claramente portanterista: el socialismo debía nutrirse de las condiciones propias de nuestro país para devenir nacional–popular.

La editorial introducía críticas implícitas a las tendencias predominantes en Montoneros y a las tentativas vanguardistas. Siguiendo a Gramsci, se impugnaba cualquier pretensión de tomar el poder a partir de minorías iluminadas que actuaran en sustitución de las masas. Si bien se reconocía que las elecciones del 11 de marzo habían modificado profundamente la relación de fuerzas políticas y sociales, no se daban todavía las condiciones instrumentales para la instauración de un poder revolucionario socialista. Bajo una perspectiva gramsciana, la editorial aseguraba:

Hoy sabemos que el poder no se “toma” sino a través de un prolongado período histórico, de una “larga marcha”, porque no constituye una institución corpórea y singular de la que basta apoderarse para modificar el rumbo de las cosas. (...) En sociedades complejas como la nuestra, la revolución socialista no puede ser un hecho súbito, sino un extenso y complicado proceso histórico que hunde sus raíces en las contradicciones objetivas del sistema, pero se despliega como un cuestionamiento del conjunto de sus instituciones³⁸.

Más adelante la editorial celebraba la frase de H. González, “gobernar es movilizar”, y en un gesto hacia *Envido*, sostenía que la lucha política independiente de fuerzas peronistas estaba:

Representada, en el nivel organizativo, por la Juventud Peronista, por el sindicalismo combativo, por todos aquellos grupos que distinguen el gobierno de poder y que plantean, como consigna fundamental, que gobernar es movilizar. Una consigna cuya enorme justeza está dada por su capacidad de aunar, de sintetizar, la unidad política lograda por la clase

³⁸ Editorial, “La ‘larga marcha’ al socialismo en la Argentina”, año IV (nueva serie), n° 1, abril–junio de 1973, p.12.

trabajadora, capaz con ella de conseguir *su gobierno*, con la necesidad de avanzar a través de la movilización para que ese gobierno se transforme en poder³⁹.

La base de afinidad entre H. González y los *pasadopresentistas* parecía fundarse en Gramsci, quien había insistido en el carácter relacional de la dominación y, en definitiva, del poder como una relación de fuerzas a ser modificada desde su interior. Nuevamente siguiendo al comunista italiano, la editorial se proponía una estrategia consejista, capaz de ahondar en los órganos propios de democracia directa de la clase y tejer así articulaciones entre, por un lado, las luchas reivindicativas, corporativas y parciales, y por el otro, las perspectivas políticas. Todo ello a fin de conformar un bloque de fuerzas revolucionarias. No obstante, el nudo principal que había atravesado la producción de J. C. Portantiero y la primera etapa de la revista volvía a ocupar la plana principal: el vínculo entre los intelectuales y el pueblo–nación. El cierre de *Pasado y Presente* en 1965, concretamente el artículo de J. Aricó⁴⁰, ya lo había planteado y seguía siendo de vigente actualidad. La editorial citaba esas viejas palabras que desnudaban el drama de la época para los “gramscianos argentinos”:

¿Cómo se plantea en el momento actual la creación por parte del proletariado de una capa de intelectuales que contribuya a otorgarle una plena autonomía ideológica, política y organizativa? El hecho de que este problema siga sin resolución, ¿no significa la quiebra de una forma de concebir la unidad intelectuales–clase obrera, clásica en la izquierda argentina? (...) ¿Qué posibilidades tienen los intelectuales de fundirse con la clase obrera?⁴¹

³⁹ *Ibíd.*, p. 23. Recuérdese que el n° 9 (mayo de 1973) de *Envido*, publicado dos meses antes de la reaparición de *Pasado y Presente*, llevaba como título la expresión de H. González: “Gobernar es movilizar”. La postura hacia *Envido* suponía un cambio de posición de J. C. Portantiero quien, bajo la firma J.C.P, desde las páginas de *Los Libros* en enero–febrero de 1971, había marcado las debilidades teóricas de la publicación (ver próximo capítulo).

⁴⁰ Aricó, J. “Algunas consideraciones preliminares”, *Pasado y Presente*, año III, n°9, abril–septiembre 1965, pp. 46–55.

⁴¹ La ‘larga marcha’ al socialismo en la Argentina”, año IV (nueva serie), n° 1, abril–junio de 1973, p. 29.

La pregunta repercutía en su propia tragedia, pero además, ubicaba el enfoque principal con el que había trabajado J. C. Portantiero y que configuró su interpretación de la Reforma Universitaria. Por su parte, el segundo artículo principal del número, escrito por J. Aricó, presentaba una serie de textos de Gramsci en torno a un problema asumido como central por la revista: las relaciones entre movimiento social y dirección política en el proceso revolucionario. A excepción de “Espontaneidad y dirección consciente”, el resto de los trabajos reproducían documentos del comunista italiano incluidos en *L'Ordine Nuovo*. Se trataba de fundamentar y recuperar una estrategia política de corte consejista⁴². El tercer artículo de envergadura correspondía a J. C. Portantiero⁴³. Con una clara influencia gramsciana, tenía como objeto el análisis de la coyuntura, de las relaciones de fuerzas en la sociedad argentina. Su finalidad era indudable: contribuir a la constitución de un bloque social de poder alternativo al dominante. Retomaba la noción leninista de “situación revolucionaria” para caracterizar la escena. Nuevamente yuxtaponía el argumento leninista con nociones gramscianas, como “crisis orgánica”. En su análisis de coyuntura, sobresalía la categoría “empate hegemónico”: existía una disputa entre un bloque conducido por la fracción monopolista del capital y otro encabezado por los intereses de los trabajadores fabriles. Ninguno lograba imponerse. En sintonía con *Pasado y Presente*, sostenía que el triunfo “del nuevo gobierno popular” condensaba una salida progresiva, siempre y cuando lograra transformarse en “alternativa hegemónica” a través de una serie de medidas, tras el fracaso del bloque encabezado por el capital monopolista.

La siguiente aparición de *Pasado y Presente*, que unificó el n° 2 y el n°3 (julio–diciembre de 1973), encontraba en la fusión de FAR y Montoneros un hecho “de profunda significación histórica” para asentar y profundizar la línea estratégica fundamentada en el número anterior. Por primera vez, según se aseguraba en la editorial firmada de nuevo colectivamente, aparecía un polo organizativo revolucionario sostenido sobre una propuesta estratégica correcta y una gravitación ponderable en las masas, capaz de transformarse en el “núcleo central de

⁴² Aricó, J. “Espontaneidad y dirección consciente en el pensamiento de Gramsci”, *Pasado y Presente*, año IV, n° 1, abril–junio de 1973, pp. 87–103. Los escritos de Gramsci fueron compilados bajo el título “Democracia obrera y socialismo”, *Pasado y Presente*, año IV, n° 1, abril–junio de 1973, pp.103–140.

⁴³ Portantiero, J. C. “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual”, *Pasado y Presente*, año IV, n° 1, abril–junio de 1973, pp.31–64.

agregación” de un conjunto de fuerzas revolucionarias del peronismo⁴⁴. Sin embargo, la celebración de este hecho se realizaba sobre una escena crítica. La editorial afirmaba que la obligada renuncia del presidente H. Cámpora el 13 de julio marcaba el punto central de un complicado proceso signado por el desarrollo de un estado de guerra civil al interior del movimiento peronista y que proyectaba sus consecuencias sobre el conjunto del país. A esta renuncia había que agregarle la *masacre de Ezeiza* y la anuencia del propio Perón de controlar a los sectores radicalizados, la cual explicitaba la inclinación del jefe del movimiento. Con todo, al interior del peronismo se dirimía la puja entre el bloque comandado por la fracción monopolista y el bloque popular en conformación que, a diferencia del ciclo 1945–1955, ahora era incapaz de sintetizarse. Se abría la posibilidad de una dirección revolucionaria en su seno.

Este agudo panorama demandaba la responsabilidad de las vertientes revolucionarias peronistas. Se retomaron las tesis de la “larga marcha” al socialismo y se llamó a consolidar y profundizar la inserción en la clase trabajadora y el pueblo, evitando desembocar en el “ultraizquierdismo”, tal como alentaban la “izquierda vanguardista” y la “derecha peronista”. Se debía permanecer al interior del movimiento nacionalista popular y evadir a toda costa el pasaje inmediato a la lucha armada. A su vez, se instó a las vanguardias políticas a trabajar al interior de un movimiento popular autónomo y organizado en una red de estructuras organizativas⁴⁵. Nuevamente afloraba la preocupación por la unidad de los intelectuales con el pueblo–nación. A diferencia de la propuesta del PRT–ERP, que pugnaba por empujar a la izquierda fuera del movimiento bajo el precepto de “unidad de todos los revolucionarios” en una organización independiente, *Pasado y Presente* sostenía: “*En realidad el objetivo no es unificar a los revolucionarios entre sí, sino a éstos con las clases trabajadoras y ese proceso recorre caminos bastante complicados y contradictorios como para que puedan ser resueltos en una fórmula canónica*”⁴⁶. Finalmente, dentro de este gran movimiento social, la hegemonía debía estar en manos de los trabajadores, dada la centralidad económica y política de la “fábrica”. La hegemonía obrera permitía fusionar la lucha antiimperialista con la lucha socialista (Burgos, 2004).

⁴⁴ *Pasado y Presente*, “La crisis de julio y sus consecuencias política”, *Pasado y Presente*, año IV, n° 2–3, julio–diciembre de 1973, pp. 179–203.

⁴⁵ El artículo de Calo, A. “La concepción del partido revolucionario en Lenin”, *Pasado y Presente*, n° 2–3, año IV, julio–diciembre de 1973, pp. 303–348, también profundizaba esta línea al impugnar el vanguardismo en el legado de Lenin.

⁴⁶ *Pasado y Presente*, “La crisis de julio y sus consecuencias política”, *Pasado y Presente*, año IV, n° 2–3, julio–diciembre de 1973, p. 191.

Las reflexiones gramscianas del número anterior sobre la unidad, dirección y espontaneidad, así como la primacía del momento fabril en la estrategia socialista, no perdían actualidad. Para profundizar teóricamente sobre estas temáticas, la publicación incluía una serie de artículos bajo el título “Problemas del movimiento obrero”⁴⁷. Ahí, se ahondaba en asuntos ligados tanto al control obrero de la producción como al vínculo entre el partido revolucionario y las masas. El ocaso de la revista sobrevino en paralelo al declive de su propósito: los márgenes para una intervención política desde sus páginas se habían reducido considerablemente. Sin dudas, un acontecimiento decisivo fue el acto de 1° de Mayo de 1974, cuando Perón expulsó a Montoneros de Plaza de Mayo, y la organización decidió romper con el líder del movimiento, pasando a la clandestinidad. Las corrientes conservadoras ganaron terreno dentro del movimiento. Nuevamente la tragedia. Las apuestas políticas de *Pasado y Presente*, una vez más, se volvían erráticas. No había objeto para sus preceptos. J. C. Portantiero lo ilustra: “Cuando Firmenich y *tutti quanti*, desafían a Perón, nosotros decimos: “¡Están locos!”. Porque una cosa es que vos seas ala de un movimiento y otras cosa es que quieras sustituirlo.” (Mocca, 2012:91). Vale precisar que la apuesta política de *Pasado y Presente* no suponía una identificación plena con el peronismo. En el marco de una coyuntura política apremiante, los “gramscianos argentinos” buscaban intervenir en Montoneros, específicamente en la tendencia encarnada por R. Quieto. Suponer un cierre plenamente peronista en este ciclo del recorrido de J. C. Portantiero y de la experiencia de *Pasado y Presente* sería desatender esas mediaciones.

Hacia principios de los años 70 la tragedia asomó también en el itinerario político– intelectual del “Negro”. Paradojas de un periplo: cuando J. C. Portantiero había asumido posiciones filoperonistas y abierto expectativas sobre el movimiento popular en torno a H. Cámpora, el nuevo gobierno de la UBA, en manos de R. Puiggrós y J. O’ Farrel en la Facultad de Filosofía y Letras, lo destinó al ostracismo universitario. En la disputa de los “nacionalistas populares” frente a los “marxistas” no había lugar para matices. La nueva gestión peronista no olvidaba la “victoria” de J. C. Portantiero sobre su principal referente, Roberto Carri, en los concursos de las Cátedras Nacionales, así como su participación en la Agrupación docente 29 de Mayo. Decidieron desplazarlo de su lugar central:

⁴⁷ Entre otros, Nun J. “El control obrero y el problema de la organización”, *Pasado y Presente*, año IV, n° 2–3, julio–diciembre de 1973, pp. 205–231; Gorz, A. “Táctica y estrategia del control obrero”, Ídem, pp. 233–248.

Entonces mis cátedras eran muy grandes y pusieron gente de ellos. No me echaron, yo seguía cobrando (...) ‘Se designa profesor titular a fulano... ya no me acuerdo. Y chau, yo ya no tenía más nada. Y entonces me dijeron que si yo quería hacer otra cosa... “y, no sé”, les dije, “algo en el Instituto”... y me quedé en el Instituto (Tortti, C. y Chama, M., 2006:249).

Asomaba la sombra del desconcierto y la perplejidad. La marginalidad, al poco tiempo, se transformó en exclusión. El gobierno de “Isabelita”, la llamada Misión Ivanissevich –que desplazó a rectores, decanos y miles de docentes– y puntualmente la intervención de la UBA a través de Alberto Ottalagano lo expulsaron de la universidad. 1974 fue, un año en el que prácticamente no tuvo trabajo. Recién en 1975, con el ingreso en FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) su penuria económica cambió rotundamente. Aunque la irrupción del golpe cívico–militar en 1976, el apresamiento de compañeros/as de ruta como Emilio de Ípola y la agudización de las amenazas, lo obligaron al exilio en México y en la sede de FLACSO en ese país. El vínculo de un pensamiento forjado en estrecha relación con su tiempo y espacio parecía desgarrarse.

El desenlace del “empate hegemónico” entre los bloques en pugna comenzaba a inclinarse hacia la derrota. Se abría un nuevo ciclo político. Atento a la escena, J. C. Portantiero comenzó a escribir y reflexionar sobre la derrota. La constante fusión del autor entre política y teoría, entre la producción intelectual y la realidad viva, es decir, su historicismo, reclamaba reflexiones de otro orden. El derrumbamiento de las fuerzas y proyectos populares suponía una revisión de su periplo y producción intelectual. *Los usos de Gramsci* representó el inicio de este largo proceso de reflexión en el exilio en torno a la derrota y del paulatino pasaje hacia posiciones de orden socialdemócrata (Campione, 2004:2). Sintomático de la tragedia, del desajuste intelectual entre tiempo y espacio histórico, escribió el artículo en Argentina hacia 1974–75, pero recién se publicó en México en 1977⁴⁸. Este texto ya no tenía un destino político inmediato, no se trataba de intervenir en una convulsionada coyuntura

⁴⁸ Cuadernos de Pasado y Presente, *Antonio Gramsci Escritos políticos (1917–1933)*, n° 54, México, octubre de 1977. El texto de J. C. Portantiero, “Los usos de Gramsci”, introducía el Cuaderno. Fue en 1981 cuando el manuscrito se editó en formato libro junto con otras reflexiones de J. C. Portantiero sobre el comunista italiano, bajo el título *Los usos de Gramsci*, México: Plaza & Janes.

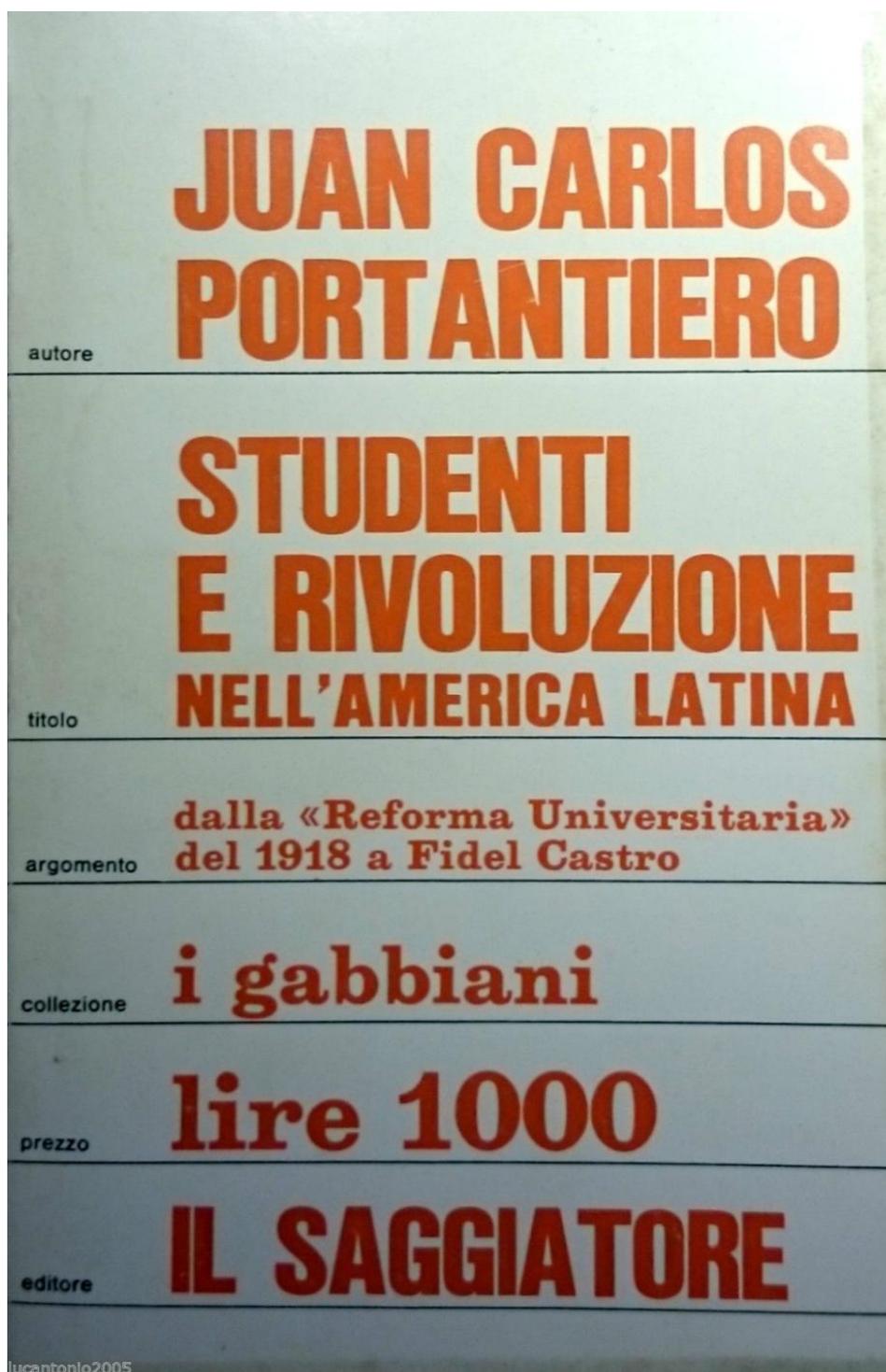
sino de inaugurar una reflexión de largo alcance sobre lo sucedido. Gramsci también acompañará este nuevo periplo, pero esa es otra historia.

7.2. La Reforma Universitaria en Argentina como un capítulo del desgarramiento entre la intelectualidad y el pueblo–nación

Retomando los análisis de J. C. Portantiero durante el período, resulta de interés para la investigación detenerse en uno de los dos objetos privilegiados de su reflexión: la Reforma Universitaria de 1918. En enero de 1971, el autor publicó en Italia –con traducción de Marcelo Ravoni y Gianni Guadalupi– *Studenti e rivoluzione nell'America Latina. Dalla "Reforma Universitaria" de 1918 a Fidel Castro*, que correspondía a la serie *I gabbiani* de la editorial milanese, ligada al PCI, Il Saggiatore. El libro se componía de un ensayo introductorio firmado por J. C. Portantiero en mayo de 1969 con ocho apartados, al que le sucedían dos apéndices: el primero, "Documenti", de unas treinta páginas, compilaba manifiestos estudiantiles argentinos, mexicanos y cubanos; el segundo, "Testimoninze", de casi sesenta páginas, reproducía cuatros documentos de líderes latinoamericanos y del movimiento estudiantil en distintos momentos históricos: Julio Antonio Mella (de 1925), Aníbal Ponce (de 1927), Víctor Raúl Haya de la Torre (de 1928), Fidel Casto (de 1969). De este modo, J. C. Portantiero analizaba la Reforma Universitaria en su ensayo introductorio y le adosaba una serie de crónicas y documentos ligados a la experiencia del movimiento reformista en América Latina (Celentano A. y Bustelo, N., 2012:88).

La versión en castellano del libro se publicó en México recién en 1978, a través de la editorial Siglo XXI en su "colección América Nuestra", pero con algunas significativas modificaciones, en el marco del exilio mexicano y de la reflexión por la profunda derrota. Se reemplazó el término "revoluzioni" del título por "política", se redujo la secuencia histórica hasta 1938 y se suprimió la mención a F. Castro (aunque el último apartado del ensayo, "De Mella a Fidel", se conservó sin alteraciones). El resultado fue: *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria (1918–1938)*. Además, J. C. Portantiero agregó escritos de otros países latinoamericanos en torno a la Reforma Universitaria, bajo tres secciones: "Crónicas y documentos"; "Acción Paralela"; "Testimonios y polémicas". Estas secciones, que aumentaban considerablemente la recopilación de archivos sobre la Reforma en

América Latina, ya no se denominaban “apéndices” sino que aparecían como parte del libro, y el ensayo introductorio era la primera.



Portada del libro de J. C. Portantiero editado en 1971.

Respecto a dicho ensayo, J. C. Portantiero realizó cuatro cambios en relación a la versión de 1969: a) sustituyó el título original del primer apartado, *Università e politica nell'America Latina*, por “La Reforma universitaria: una mirada desde el presente”; b) al interior de este apartado, eliminó tanto los párrafos iniciales en los que instaba a comparar el movimiento cordobés con las rebeliones juveniles a la largo del mundo, así como otros pasajes en que daba cuenta de los transformaciones en la estructura social de las sociedades latinoamericanas a fines del Siglo XIX y principios del XX como base de las demandas de la clase media por la participación política; c) también dentro de este apartado intercaló un análisis sobre la crisis de las universidades desde mediados de los setenta en las sociedades latinoamericanas, la cual representaba el fin del ciclo reformista, en tanto los recintos universitarios ya no eran el reducto de una pequeña burguesía capaz de promover un cambio social profundo; d) aunque el autor mantuvo la subdivisión en apartados (en la mayoría de los casos, con los mismos títulos y, prácticamente, el mismo texto), suprimió el apartado séptimo, “Studenti e populismo”, que antes de abordar el análisis del recorrido de la reforma Universitaria en la Revolución cubana, se encargaba del vínculo entre el movimiento estudiantil argentino y el peronismo⁴⁹.

El historicismo y las preocupaciones gramscianas animaron el ensayo de J. C. Portantiero fechado en 1969. Es posible inscribir su tentativa sobre la Reforma Universitaria como parte de su contribución a una historia del derrotero de los intelectuales argentinos –y latinoamericanos– capaz de explicar las desventuras del vínculo entre la intelectualidad crítica y el pueblo–nación. Éste es el filón típicamente gramsciano que estructuró la labor de J. C. Portantiero y envolvió su escrito. De algún modo, proseguía el programa intelectual fundamentado por J. Aricó en la apertura de *Pasado y Presente*. De hecho, ambos autores aludieron al mismo pasaje gramsciano para evidenciar el sinuoso y conflictivo trayecto de la pequeña burguesía para ligarse con el pueblo–nación. J. Aricó refería a Gramsci sin citar el conocido pasaje del

⁴⁹ Recientemente el aparatado ha sido traducido y publicado en español en la revista *Los trabajos y los días*, nº 3, noviembre de 2012, La Plata, por Natalia Bustelo y Adrián Celentano. Luego, la traducción fue revisada por Vittoria Lovisatti e incluida en Tortti (dir.) (2014:239–252). En el análisis aludiré a esta última traducción. Respecto a los cambios mencionados en la primera parte del ensayo y aún sin traducción al español, atenderé a la versión original en italiano que me facilitó amablemente Natalia Bustelo.

En torno a las razones que condujeron a la supresión del séptimo apartado, “Studenti e populismo”, en la edición en español de 1978 por J.C. Portantiero, ver Tortti, C. y Celentano, A. (2014:227–232).

comunista italiano⁵⁰; J. C. Portantiero lo citaba en la única mención al revolucionario sardo en su largo ensayo:

La burguesía no consigue educar a sus jóvenes (luchas de generaciones) y los jóvenes se dejan arrastrar culturalmente por los obreros y al mismo tiempo se hacen o tratan de convertirse en jefes (deseo “inconsciente” de realizar la hegemonía de su propia clase sobre el pueblo) pero en las crisis históricas vuelven al redil (Portantiero, 1971/1978:84).

No era menor la alusión a la cita de Gramsci, correspondiente a la edición de Lautaro de *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Para J. C. Portantiero daba cuenta de las claves del proceso estudiado. La Reforma Universitaria ilustraba en su despliegue, especialmente en Argentina, los pasajes históricos de unidad de la pequeña burguesía, de la intelectualidad con el pueblo-nación, pero también el subsiguiente desgarramiento. Gramsci había analizado este proceso en Italia. J. C. Portantiero, al igual que su maestro H. Agosti, se disponía a analizar el fenómeno en la historia política argentina.

El autor partía de asumir a la Reforma Universitaria como la mayor escuela ideológica para los sectores avanzados de la pequeña burguesía, como el espacio propicio de reclutamiento de las contraélites que enfrentaron a la vieja oligarquía (1971/1978:14). La empresa del autor se asentaba en trabajos previos como *Juventudes de América* (1946) de G. Bermann, quien fue dirigente de la Reforma y compañero de ruta del PCA hasta mediados de los sesenta. Había abordado la Reforma en términos de una nueva generación signada por la búsqueda de un profundo y pleno conocimiento de la realidad americana y por la construcción de una filosofía capaz de ofrecerse como el alma intelectual del proletariado. Además, alejándose de las interpretaciones marcadamente proletarias del PCA sobre la Reforma de los años 40, sugería que ésta pervivía en el ámbito de la filosofía, espacio en que las clases medias encontraban su vínculo con el proletariado y, con ello, su

⁵⁰ “[La pequeña burguesía] En su permanente aspiración a convertirse en los dirigentes de la sociedad y por ende de la clase que encarna el movimiento real de la negatividad histórica, se traduce ‘en forma inconsciente’ el afán de realizar por su cuenta la hegemonía que su clase es incapaz de lograr. Pero en los momentos de crisis total de la sociedad tienden, como señala con agudeza Gramsci, a ‘volver al redil’” (Aricó, 1963:3)

papel en la historia. J. C. Portantiero dinamizó las claves provistas por G. Bermann⁵¹ al tiempo que tomó distancia de la lectura de la Reforma difundida por el PCA en los años 60, a través de Bernardo Kleiner⁵² y Ernesto Giudici⁵³, entre otros (Bustelo, 2013:3-4).

En su lectura de la Reforma, J. C. Portantiero se distanciaba desde los párrafos iniciales de las posiciones liberales. Lejos de un “mero episodio estudiantil” o una mera intención de “modificar el orden de las casas de estudio”, consideraba que la Reforma supuso en su origen una intención de cambio social. Como fenómeno que excedía la endogamia universitaria, su análisis requería la discriminación de variables específicas para cada país, capaces de indicar el grado de desarrollo económico, social y político de las distintas sociedades latinoamericanas por donde la Reforma se propagó. Las características de una sociología de cuño germaniana, científicista, eran puestas a disposición de resolver una demanda proveniente del historicismo gramsciano: analizar y partir desde el punto de vista nacional.

A algunas tendencias comunes para América Latina J. C. Portantiero les adosó indicadores específicos para cada país. Por ejemplo, en la Argentina, donde la Reforma alcanzó en un proceso conflictivo y contradictorio su plenitud como realización típicamente universitaria, el autor articuló la explicación de un proceso continental de movilización de la clase media –que por ejemplo, ganaba posiciones y acceso al sistema educativo y bregaba por su participación política en disputa con las oligarquías– con procesos específicos ligados a la irrupción del yrigoyenismo. A través de la Reforma Electoral de 1912, un nuevo sector había alcanzado la integración

⁵¹ Es sabido que G. Bermann fue influyente en franjas de la nueva izquierda intelectual, especialmente en los “gramscianos argentinos”. Cercano a H. Agosti, prologó el primer libro de Gramsci traducido al castellano: *Cartas desde la cárcel*, el cual también fue reproducido aparte por el semanario comunista *Orientación*. El escrito de G. Bermann que calificaba a Gramsci como maestro y líder de la clase obrera italiana, contribuyó al interés y conocimiento de J. Aricó por el revolucionario sardo (Aricó, 1988/2005:48).

A su vez, G. Bermann, en tensión con el PCA, había manifestado su simpatía por procesos revolucionarios que iluminaban a la nueva intelectualidad crítica: China y Cuba. En su viaje a la isla conoció al *Che* Guevara y disertó en la Casa de las Américas, La Habana, mientras que en 1965 y 1967, en pleno auge de la Revolución cultural, visitó el gigante asiático.

Los “gramscianos argentinos” le solicitaron su colaboración en el primer número de su revista, donde escribió “Peculiaridades de ser argentino”, *Pasado y Presente*, año 1, n°1, 1963, pp. 106–107. Si bien sus caminos luego se bifurcaron, G. Bermann permaneció ligado al PCA, y los “gramscianos argentinos” le guardaron admiración y atención.

⁵² Kleiner Bernardo (1964). *Veinte años de Movimiento Estudiantil Reformista 1943–1963*. Buenos Aires: Platina.

⁵³ Giudice, Ernesto: *Educación, revolución científico-técnica y reorganización universitaria. (La segunda reforma)*. Buenos Aires: Ateneo.

política e inició un ciclo marcado por la ampliación de la participación –finalizado en 1930, con el primer gobierno de facto, que derrocó a H. Yrigoyen⁵⁴–. En estas demandas e irrupción de la clase media frente a una oligarquía opuesta a la modernización, se gestó la Reforma Universitaria.

En el segundo aparatado del ensayo, “La rebeldía estalla en Córdoba”, J. C. Portantiero realizó una suerte de crónica del proceso de gestación de la Reforma, atendiendo a sus documentos. Córdoba guardaba una singularidad al interior de la Argentina, en rigor, una contradicción. La universidad cordobesa era un reducto de la “tradicción reaccionaria”, un “bastión ultramontano”, en un momento en que el país había iniciado un proceso de modernización al ser introducido por el capital imperialista en el mercado mundial. Mientras las clases medias encontraban canales de participación a nivel nacional, la universidad cordobesa estaba imbuida por un catolicismo “embebido de jesuitismo”. Ligada a las élites sociales, políticas y culturales, la universidad no permitía la más leve filtración de espíritu crítico. Así, de entre las tres ciudades argentinas (Córdoba, Capital Federal y La Plata) que en la década del 10 contaban con universidades nacionales, fue en la capital mediterránea donde irrumpió la generación reformista. Todas estaban sujetas a la Ley Avellaneda promulgada en 1885, que se caracterizaba por atenerse a fijar sólo las bases a las que debían ajustarse los estatutos de las universidades nacionales –en particular la organización del régimen administrativo–, dejando otros aspectos a criterio de cada universidad. La ordenación de cada una de las universidades era distinta. Mientras que en Buenos Aires o La Plata las casas de estudio habían ajustado la enseñanza con el paso del tiempo –gracias tanto al predominio que en las ciudades ejercía una élite liberal como al movimiento coordinado entre estudiantes y profesores para democratizar la selección del cuerpo docente–, en Córdoba, hasta 1917, “nada alteraba la paz colonial, nada conmovía a la oligarquía cultural, apéndice de la Iglesia que controlaba a los claustros” (Portantiero, 1971/1978:31). Según el autor, los aires modernizadores y el liberalismo científicista en ascenso en las otras universidades no introducían grietas en el catolicismo incrustado en las universidades de la ciudad mediterránea. De ahí que en Córdoba el movimiento reformista tuviera una ideología

⁵⁴ Estos pasajes fueron suprimidos en la edición en español de 1978. Para su argumento, J. C. Portantiero se apoyaba en un libro de vasta influencia por entonces, G. Germani (1962), *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós. Como se verá en el capítulo noveno, también J. C. Tedesco prosiguió tesis germanianas expuestas en el libro citado para abordar los orígenes del sistema educativo argentino.

marcadamente anticlerical, mientras que, por ejemplo, en la Universidad de La Plata la oposición viró hacia el antipositivismo.

De acuerdo a J. C. Portantiero, la reforma universitaria en Argentina atravesó tres períodos. El primero, entre 1918–1922, comprendió tanto la formulación y obtención de las reivindicaciones cordobesas –cogobierno, docencia libre, asistencia libre de los estudiantes, modernización de la enseñanza–, como la propagación del movimiento en el resto de Argentina y América Latina. El segundo coincidió con la presidencia de M. Alvear (1922–1928), representante del “ala derecha” de la UCR, la cual implicó un retroceso en las conquistas. Se desató una *contrarreforma*: los estatutos fueron modificados y se estableció que el gobierno universitario permaneciera sólo en manos de los profesores. En el tercer período, con el retorno de H. Yrigoyen a la presidencia en 1928, el movimiento universitario pasó a la ofensiva, pero el repunte duró poco tiempo. La crisis económica tuvo su secuela política: en 1930 el gobierno militar de Uriburu derrocó al presidente plebiscitado y, tres meses después, intervino las universidades. El movimiento estudiantil conoció “los rigores de la represión permanente”.

Para J. C. Portantiero, la ideología del movimiento estudiantil reformista y su radicalización se gestó en el marco del conflicto. En un principio, los objetivos eran tímidos: las demandas se limitaban a cuestiones gremiales movidas por adecuar la universidad monacal de Córdoba a la altura de las tendencias de la Universidad de Buenos y la de La Plata. De ahí que los estudiantes cordobeses, que comenzaron a fundar sus primeras agrupaciones, establecieran un frente común con profesores liberales y laicos. Aunque este “liberalismo científico”, al calor de la férrea oposición clerical junto a la cobardía de los aliados liberales, pronto fue enriquecido con otros contenidos. Los profesores liberales no resistieron la presión ejercida por el aparato monacal y la primera alianza se desestructuró. El movimiento y el programa se fueron radicalizando al advertir la imposibilidad de derrotar pacíficamente en la universidad a los restos de la vieja oligarquía. Dado que el conflicto se asentó en cambios estructurales, es decir, en la irrupción de una clase media, de una nueva pequeña burguesía ansiosa por encontrar canales de participación, el proceso excedió al cauce pensado por la oligarquía cordobesa.

En el curso de su lucha, según el autor, los estudiantes extrajeron una enseñanza decisiva: sólo alcanzarían sus reclamos a través de alianzas extra–estudiantiles. A medida que el movimiento estudiantil trasladaba sus reivindicaciones a la calle ensanchaba su programa, al buscar la coincidencia con otros sectores populares. Se

convertía así en un eslabón, el más detonante, del movimiento político–general. Los estudiantes tejieron alianzas con la Federación Obrera de Córdoba, con el Partido Socialista Internacional –antecedente del PCA–, con el PS y con otras figuras significativas –desde socialistas hasta liberales y anticlericales– que prestaron su apoyo a los estudiantes: José Ingenieros, Alejandro Korn, Alfredo Palacios, Manuel Ugarte. Así el sector más avanzado de la contraélite cultural argentina alentaba la batalla contra los resabios eclesiásticos en la ciudad monacal (1971/1978:42). Esta requerida solidaridad exterior se tradujo, además, en un rasgo saliente del movimiento reformista: su proyección continental, su destino latinoamericano común. El tratamiento de la ideología del movimiento estudiantil dispuesto por J. C. Portantiero parece basarse en el historicismo gramsciano. El comunista italiano había asumido a la ideología como la forma en que los hombres dirimen los conflictos en el plano superestructural y actúan sobre ellos, siendo la *praxis* histórica la fuente de su constitución. Según J. C. Portantiero, la Reforma había comenzado con una retórica “arielista” por lo que carecía de una ideología sólida. Pero al calor de los enfrentamientos, a la dura y represiva oposición clerical, la ideología brumosa de los comienzos adquirió perfiles más trabajados hasta devenir un programa de lucha (Ibíd.:72). En otras palabras, la *praxis* histórica de los estudiantes condujo a dirimir los conflictos en el plano superestructural, a asumirlos conscientemente, conformando una ideología acorde a los ásperos desafíos; una ideología capaz de estimular y orientar su acción histórica, tal y como aseveraba el revolucionario sardo.

La Reforma era la mayor escuela ideológica de los sectores avanzados de la pequeña burguesía dispuesta a enfrentar a la oligarquía. Estuvo atravesada, desde su inicio, por dos tendencias: aquella que confinaba al movimiento a un proyecto de cambio para la universidad, y la que empezaba a suponer que sin reforma social no podía haber una auténtica Reforma Universitaria (Ibíd.:47). El movimiento estudiantil cordobés deambuló entre ambas tendencias, pero, analizado a la distancia, J. C. Portantiero concluyó que la preeminencia estuvo en manos de la primera tendencia. Su aseveración coincidía con su cita de Gramsci: la pequeña burguesía, sus nuevas camadas, pretendían convertirse en dirección del proletariado, pero, finalmente, volvían al redil. Así, luego de varios meses de lucha y apoyado, entre otros, por el radicalismo yrigoyenista, el movimiento estudiantil lograba un triunfo contra el clericalismo que J. C. Portantiero calificó, parafraseando a Gramsci –aunque sin mencionarlo–, como *kulturkampf*, como una lucha cultural, teñida por reclamos de americanismo anticosmopolita y de solidarismo social (Ibíd.:54).

Kulturkampf no fue un concepto frecuente en Gramsci. En rigor, sólo aparece cuatro veces en el conjunto de los *Cuadernos* y siempre fue empleado en términos de una metáfora para describir un proceso. Por tanto, requería indagaciones o precisiones posteriores (Massardo, 1999). Con *Kulturkampf*, el comunista italiano alude al proceso en el que estaba inmersa América Latina a fines de los años 20, donde el Estado moderno debía aún luchar contra el pasado clerical y feudal que representaba la persistencia en el poder de las pequeñas oligarquías tradicionales. El jesuitismo seguía constituyendo un obstáculo para el desarrollo de la civilidad moderna vehiculizada por las grandes ciudades costeras. En sintonía con lo que Gramsci denomina proceso *Dreyfus*, indicaba una situación en la cual el elemento laico y burgués no había alcanzado todavía la fase de subordinación a la política laica del Estado moderno de los intereses y de la influencia clerical. La burguesía solía combatir, aunque de manera blanda, estos resabios clericales.

J. C. Portantiero, atento lector de Gramsci, retomó su metáfora y la convirtió en una categoría heurística. Argentina y América Latina atravesaban un proceso de lucha anticlerical emprendido por la burguesía. La modernización y secularización de la vida social insertaba y enmarcaba a la Reforma. El movimiento estudiantil argentino impulsó el combate que la burguesía sólo sostenía de manera temerosa, pero no logró rebasar los límites burgueses, sino que se mantuvo como *Kulturkampf*. Con evidentes aires gramscianos, para J. C. Portantiero la Reforma constituyó: “la lucha en el terreno de la superestructuras; la confusa voluntad por construir una contrahegemonía; el intento exasperado por producir una ‘reforma intelectual y moral’” (Ibíd.:71). Esta “reforma intelectual y moral” contrahegemónica dinamizada por el movimiento estudiantil terminó planteándose sólo como una oposición a la cerrada hegemonía eclesiástica, y no fue más lejos. Precisamente, la cita de J. C. Portantiero ofrecía las pistas de los límites de la Reforma: fue un enfrentamiento superestructural, con serias limitaciones para arraigarse en el momento estructural, condición *sine qua non* para devenir fuerza ético-política hegemónica. En otras palabras, los sectores avanzados de la pequeña burguesía argentina no establecieron alianzas duraderas. Su destino estuvo atravesado por la imposibilidad de constituirse en fuerza política autónoma y, por tanto, por la incapacidad de estructurar un liderazgo de tipo “jacobino” sobre los contingentes rezagados de su clase y sobre otros grupos populares (Ibíd.:61). Se asistía a una fractura de la intelectualidad crítica con el pueblo-nación, con el proletariado. Si bien es cierto que el movimiento estudiantil atravesó momentos de “maduración crítica” en los que predominó la concepción de la

Reforma Universitaria como un capítulo de la reforma social, alejándose del “liberalismo humanizante”, no logró consolidar una alianza perdurable con el ámbito extrauniversitario. Finalmente se produjo una separación entre la lucha corporativa dentro del aparato educativo y la lucha en el terreno de la política y la reforma social; entre la lucha estudiantil y la lucha política. Se podría decir que para J. C. Portantiero, la pequeña burguesía reformista no logró devenir un organizador permanente de las masas populares, un intelectual orgánico al estilo gramsciano.

En Argentina, según el autor, donde el aspecto específicamente universitario de la Reforma había alcanzado su mayor despliegue, la izquierda acompañó al reformismo entre 1918 y 1923, así como a su marca antiimperialista. Al interior del movimiento universitario, los militantes marxistas, muy escasos por entonces, no buscaron diferenciarse todavía del radicalismo pequeño burgués que le otorgó un tono ideológico al proceso. Fue recién después de 1923 cuando la Reforma se politizó e incluso intentó formar un partido político –el Partido Nacional Reformista, en 1927–, y cuando afloraron las divergencias con el “clasismo” de izquierda. Sintéticamente, desde el filón comunista le cuestionaron tanto el “vanguardismo” implícito en su exaltación de la época juvenil –que conducía a pretender reemplazar al proletariado– como su escasa vocación por vincularse con la clase obrera. Así, a sus ojos, el reformismo no superaba los límites pequeño burgueses y se restringía a un gremialismo universitario. Ante posiciones de esta índole los reformistas encontraron un mejor lugar en el histórico PS –con gravitante representación parlamentaria, inserción en el movimiento sindical y vasta historia– que en el “clasista” e incipiente PCA (Tortti, C. y Celentano, A., 2014:217).

El PS, siempre desapegado de la lucha antiimperialista, no ofrecía un terreno para la radicalización y propagación del movimiento reformista, que fue decantando hacia una disputa netamente universitaria. En este partido, la cuestión nacional siempre había quedado sumergida debajo de una abstracta “cuestión social” planteada en términos sólo del puro reformismo parlamentario. J. C. Portantiero reivindicaba a aquellas figuras del PS, como Manuel Ugarte, que intentaron atender a la cuestión nacional. No obstante, parafraseando a Galasso (1983:9–10), aquellas figuras compusieron el “trágico destino de una generación” de socialistas que, ante la cerrazón y el dogmatismo de la dirección del PS para fundar un socialismo popular, nacional, latinoamericano y revolucionario a principios del siglo XX, fueron expulsados o desplazados. El autor se disponía a recuperar este linaje, al tiempo que rastrear en esta ausencia la explicación del aislamiento de la Reforma y su encapsulamiento en la

cuestión universitaria, en su finalización como una mera “revolución democrática” liderada por la pequeña burguesía, incapaz de radicalización. Según J. C. Portantiero, el reencuentro entre el reformismo y la izquierda recién se produciría a mediados de los años 30, como consecuencia del avance del fascismo que desembocaría en el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Esta reconciliación no asumiría tintes antiimperialistas sino que se dirimió bajo una “coalición antifascista” que, en nombre de la lucha por la democracia, aceptaba la unidad con los sectores liberales y las clases medias. Según el “Negro”, esta unidad implicó un abdicación respecto del original antiimperialismo de la Reforma, lo cual derivaría en su posterior oposición a los populismos latinoamericanos –entre ellos, el peronismo–, sospechosos de simpatía por el eje (Torti, C. y Celentano, A., 2014:220). De alguna manera, en su periplo, el reformismo en Argentina terminó atrapado por el liberalismo.

El análisis de la Reforma de J. C. Portantiero no se restringía a la Argentina. Su ensayo también comprendía consecuencias para la región latinoamericana. Aunque el proceso político asumió formas distintas, para el autor se bifurcó, tempranamente, en dos corrientes enfrentadas: los movimientos populares antiimperialistas y el marxismo cosmopolita –representado entonces básicamente por los grupos ligados a la III Internacional, doblemente abrumados por la discusión interna en la Unión Soviética y por el aislamiento con las masas populares de sus países (Portantiero, 1971/1978:77)–. Así, entre 1922 y 1928, la Reforma se polarizó en un ala antiimperialista ligada a las clases medias y al reformismo, y otra comunista que no consiguió pensar lo nacional (Bustelo, 2013:6). Para el autor, el caso ejemplar de este desencuentro se produjo en Perú, con la fractura producida en la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). A diferencia de Argentina, en dicho país el grado de desarrollo de sus fuerzas sociales permitió que la Reforma deviniera partido político. La sociedad peruana, tradicionalmente inmóvil, comenzó a inquietarse por migraciones internas de la zona de las sierras –donde se asentaban los grupos campesinos de origen incaico– a Lima –sede de un capitalismo burocrático y comercial–. Con esta migración se reforzó la clase media limeña y a ella se sumaron hijos del patriciado del interior, una aristocracia lugareña empobrecida por la penetración del capital extranjero. Hacia 1920, una proporción importante del estudiantado provenía de estos estratos sociales. Así, desde un inicio, las consignas de la Reforma Universitaria tuvieron no sólo un tono ideológico cultural sino también el carácter de reivindicaciones económico sociales. Dentro de una sociedad dependiente, con un proletariado escaso y sin tradición organizativa autónoma y con

una burguesía industrial virtualmente inexistente, las clases medias y el estudiantado universitario asumieron el papel de vanguardia (Portantiero, 1971/1978:90–91). A diferencia de Argentina, la Reforma devino en partido político: en 1924, como producto de este proceso, Víctor Haya de la Torre, promulgó la fundación de APRA.

En su origen el APRA representaba a las élites reformistas y antiimperialistas de los años 20. Inicialmente concebido como movimiento frentista orientado a la unidad latinoamericana, permitía la convivencia de orientaciones democráticas populares y marxistas. Sin embargo, hacia fines de la década, cuando se delinearón con mayor precisión los rasgos del programa del APRA, los debates en torno al carácter “nacional–democrático” o “socialista” de la revolución, sobre el papel que correspondía al Estado y sobre la cual debía ser la clase “dirigente”, precipitaron la escisión entre Haya de la Torre y la izquierda dinamizada por J. C. Mariátegui. En otras palabras, surgieron dos vertientes en la izquierda latinoamericana: el populismo –que convertirá al APRA en un partido nacional y policlasista– y el socialismo –que fundará el Partido Socialista en Perú– (Tortti, C. y Celentano, A., 2014:218). Este último, por entonces ligado a los debates del movimiento comunista de la III Internacional, acordaba con la estrategia del frente único antiimperialista y de la organización de los partidos clasistas y, por lo tanto, admitía el interclasismo pero sólo para las organizaciones frentistas, no para el partido político. En un proceso de bolchevización de los partidos, la III Internacional se aferraba al esquema clasista tradicional. En resumidas cuentas, el comunismo le criticaba al movimiento estudiantil peruano, no su escasa proyección social –como en la Argentina–, sino el contenido programático de ésta proyección hegemónizada por la pequeña burguesía nacionalista. Haya de la Torre por el contrario, pasaba del esquema frentista al partido, conservando una estrategia policlasista y jerarquizando la cuestión nacional. Ante la debilidad del proletariado en países latinoamericanos, privilegiaba la cuestión nacional por sobre la clase y, por tanto, la conformación de un “movimiento nacional” y un “Estado antiimperialista”. Para Haya de la Torre, era la burguesía nacionalista quien debía encabezar la lucha por la hegemonía de la revolución democrática, como aconsejaba el Kuomintang (el Partido Nacionalista Chino).

De este modo, las perspectivas nacionalistas antiimperialistas y comunistas se escindían y rivalizaban, evidenciando las dificultades de sintetizar los problemas democrático–nacionales de la revolución latinoamericana en el interior de una perspectiva socialista.

Si Haya y el aprismo, como expresión del antiimperialismo de las clases medias, al destacar la cuestión nacional, dejaban para un futuro incierto la posibilidad de las transformaciones sociales, los partidos comunistas subestimaban ese primer momento democrático–nacional para proyectar su acción práctica sobre una hipotética revolución socialista “pura” (Portantiero, 1971/1978:98).

La cuestión nacional antiimperialista y la cuestión social –nación y socialismo– se escindían del mismo modo que los sectores avanzados de la pequeña burguesía respecto al proletariado. Cuba fue la excepción. A diferencia del resto de los países latinoamericanos, donde el antiimperialismo y el socialismo carecieron de articulaciones, la Reforma, aunque en un intrincado proceso, encontró su conjunción. En su último apartado del ensayo, “De Mella a Fidel”, J. C. Portantiero expuso la razones de la excepción. Las tradiciones que animaron la liberación del colonialismo español en Cuba dibujaban una constelación ideológica más compleja que el resto de los países: José Martí, conocedor del pensamiento de Marx, trabajó por la liberación del yugo español junto con los incipientes grupos socialistas. Al igual que en Perú, la Reforma Universitaria implicó una inmediata preocupación por ensanchar y proyectar al movimiento estudiantil hacia otros sectores sociales. Al haber sido Julio Antonio Mella –líder del proceso– quien fundó posteriormente el PC Cubano, el comunismo fue el principal heredero de la Reforma. El dirigente estudiantil condensaba el encuentro del comunismo con el nacionalismo democrático liderado por J. Martí. El socialismo y la cuestión nacional tuvieron en Cuba un peso precoz en su historia, que se expresó también en la Reforma. Para J. A. Mella, la Reforma no debía afincarse sólo en el plano universitario –como sucedió en Argentina–, pero tampoco extenderse como una tentativa “vanguardista” de la pequeña burguesía sobre las clases populares (como APRA). Era el proletariado quien debía contar con la hegemonía en una revolución democrática. Así, la Reforma en Cuba se apoyó en las tradiciones locales y nacionales del socialismo, y estaba dispuesta a volverse popular, a fundirse con el proletariado. Antiimperialismo y comunismo encontraban un terreno común. Aunque, en la isla también la Reforma tuvo su momento de reflujó, la aparición del Movimiento 26 de Julio en 1953 bajo el liderazgo de F. Castro, recuperó esta tradición, expresando “la continuidad entre presente y pasado” (1971/1978:121).

Si Gramsci explicaba las limitaciones del movimiento reformista, también iluminaba las sendas victoriosas. J. C. Portantiero parecía retomar el argumento de su ensayo

Realismo y realidad en la narrativa argentina: En Italia, donde Gramsci había introducido la problemática marxista en el seno de la cultura italiana y, por tanto, era una referencia para las nuevas generaciones, el comunismo de J. A. Mella había tejido una ligazón entre el marxismo y las tradicionales locales que F. Castró potenció y dinamizó. El presente se unía con el pasado como pregonaba el comunista italiano. El Movimiento 26 de Julio conglomeró a los sectores avanzados de las capas medias que no encontraban referencia en una burguesía industrial de un país dependiente – estrechamente ligada al imperialismo–, sino en los grupos políticos nacidos al calor de la Reforma Universitaria. Así, los sectores medios cubanos se colocaron a la cabeza de un movimiento nacionalista democrático anclado en su pueblo. La fusión de la élite dirigente de la pequeña burguesía con las masas rurales transformó al Movimiento 26 de Julio en el portavoz, ya no de las clases medias, sino de una revolución agraria que excedía las previsiones iniciales. De alguna manera, F. Castro proseguía a J. A. Mella, y encarnaba la síntesis de una doble perspectiva que en la historia del continente marchaba desencontrada luego de Reforma: el nacionalismo democrático de los primeros apristas y el socialismo abstracto de los primeros marxistas.

La pequeña burguesía se fundía con el pueblo–nación. Socialismo y nación se unían. La inserción del marxismo en la problemática general de la isla guardaba una vasta historia que F. Castro prosiguió a través de fundirse con la herencia del nacionalismo martiano y el comunismo de J. A. Mella (1971/1978:119). Los sectores avanzados de la pequeña burguesía en Cuba tenían puntos de referencia inhallables en otras latitudes del continente. Si bien el autor reconocía las particularidades de la conformación política e ideológica de Cuba y, por tanto, las dificultades de su reedición (Ibíd.:122), la Revolución cubana, tan admirada por la nueva intelectualidad y por el propio autor, marcaba el camino correcto para la intelectualidad argentina: de las clases medias podía surgir un grupo coherente capaz de ligarse con un movimiento popular muy radicalizado. En otras palabras, los éxitos particulares del proceso cubano se tornaban faro político que iluminaba a las nuevas camadas intelectuales críticas, las cuales debían realizar las mediaciones necesarias pero no podían obviar la gesta de un movimiento basado en la rebeldía juvenil que encontró asidero popular. J. C. Portantiero prosiguió el argumento sobre la experiencia cubana en la segunda etapa de *Pasado y Presente*. En la última publicación, dentro de la sección titulada “Textos”, el “Negro” introducía un inédito documento de J. W. Cooke de mediados de 1961, preparado en Cuba para F. Castro: “Apuntes para una crítica

del reformismo en la Argentina”⁵⁵. Este documento constituía una profunda crítica al PCA. En su presentación, el autor subrayaba la preocupación que lo perseguía: la unidad entre intelectualidad y pueblo–nación. La viabilidad de la corriente socialista se afincaba en el terreno nacional–popular. Cuba era el ejemplo de esta fusión y, según J. C. Portantiero, J. W. Cooke también lo había registrado: “Cuba se le revelaba a Cooke como la síntesis perfecta y prefiguradora de un proceso inevitable: la fusión entre nacionalismo revolucionario y socialismo”⁵⁶.

La vigencia del debate propuesto por J. C. Portantiero era contundente. Su ensayo firmado en mayo 1969 coincidía con la ebullición del movimiento estudiantil a nivel local e internacional que reintroducía la discusión sobre la alianza obrero–estudiantil. A fines de los años 60 irrumpieron en la escena local las Cátedras Nacionales y los grupos universitarios ligados al arco del nacionalismo popular que cuestionaron al reformismo universitario, al liberalismo cientificista y al modelo de la universidad como “isla democrática”. Como se vio, esta corriente bregaba por articular el ámbito universitario con las luchas de liberación nacional. Asimismo el estudiantado experimentaba un proceso creciente de politización y movilización. Sin dudas, el *Cordobazo*, prácticamente contemporáneo al ensayo de J. C. Portantiero, manifestaba la potencialidad política del estudiantado y también colocaba en el tapete el debate sobre la unidad obrero–estudiantil. En el plano internacional, sobresalía el papel de los estudiantes en la Revolución cultural china y las barricadas del Mayo francés, entre otros procesos históricos. En marzo de 1968, Cuadernos de Pasado y Presente le dedicó el n° 6 a este último acontecimiento: *Francia 1968: ¿una revolución fallida?*, donde se compilaron artículos de intelectuales sobre el asunto –entre los que se destacaban André Gorz y Ernest Mandel– y se le dedicó una nota de advertencia, presumiblemente a cargo de J. Aricó quien, una vez, expresaba preocupaciones similares a J. C. Portantiero:

Parecía (...) ese viento desatado en las universidades, en las fábricas y en las calles de Francia, echar por tierra la concepción de un movimiento universitario que debe realizar su experiencia sin lazos demasiado estrechos con la clase obrera, sin conexión eficaz con ella, sin posibilidad

⁵⁵ Portantiero, J. C. “Introducción a un inédito” *Pasado y Presente*, año IV, n° 2–3, julio–diciembre de 1973, pp. 369-372.

⁵⁶ *Ibíd*, p. 371.

de aliarse prácticamente y de modo decisivo con el proletariado en accesiones de gran envergadura (Pasado y Presente, 1968:7).

La discusión sobre la capacidad del movimiento estudiantil y su alianza con el proletariado constituía un tema de época. A través de su ensayo J. C. Portantiero pretendía mostrar al público italiano que la ascendente protesta estudiantil en Europa guardaba algunos puntos de encuentro con las revueltas estudiantiles en la región latinoamericana. Pero también éstas tenían antecedentes: la Reforma Universitaria originada en Argentina y con ramificaciones a la largo de América Latina resultaba el principal y su ciclo no estaba cerrado. Se trataba de encontrar diferencias y similitudes entre las gestas estudiantiles de entonces con aquellas reformistas, a sabiendas de la perseverancia de una característica común: la condición estudiantil y juvenil de sus protagonistas.

En la versión italiana, J. C. Portantiero abría el ensayo dando cuenta de la presencia y ascendencia mundial del movimiento estudiantil. Se apoyaba en uno de los ideólogos de la nueva izquierda intelectual, Wright Mills, para fundamentar tanto el estudio de las nuevas generaciones como verdaderos factores reales y vivientes de un cambio histórico, y para olvidar al “marxismo victoriano”, constructor de una metafísica de la clase obrera. Como era usual en el historicismo de J. C. Portantiero, a su análisis le correspondían lineamientos destinados a transformar la realidad. En la versión italiana sugería la pervivencia del ciclo reformista⁵⁷. El desencuentro entre la pequeña burguesía y los trabajadores podía ser saldado. Su último apartado en torno al proceso cubano, había demostrado que la Reforma podía dirigirse hacia la unificación de la cuestión social y la cuestión nacional, del socialismo y la nación.

⁵⁷ También Juan Carlos Torre, en julio de 1969, desde las páginas de *Los Libros* advertía la incidencia del movimiento estudiantil tanto en los países subdesarrollados como en los denominados desarrollados. Se asistía a una nueva oposición, irreductible a los parámetros clasistas (Bustelo, N, y Celentano, A, 2012). Torre, J. C. “Estudiantes: nueva oposición”, *Los Libros*, año I, n° 1, julio de 1969, pp. 22–23.

De todas maneras, existía una evidente discrepancia en el análisis de J. C. Portantiero respecto a J. C. Torre. Éste último asumía como cerrado el ciclo reformista: “[Para el movimiento estudiantil latinoamericano] ya han quedado atrás las banderas de la Reforma. Y hoy, a partir de experiencias y solicitudes diferentes, los estudiantes de Méjico, Venezuela, Chile, Argentina, convergen, en su lucha popular y antiimperialista, con la nueva oposición revolucionaria surgida en los bastiones del capitalismo” (p.23). También más tarde, y en el número 21 que *Los Libros* le dedicó al *Cordobazo*, Cuevas, Ramón y Reicz, Osvaldo (seudónimos de Marimón, Antonio y Crespo, Horacio), “El movimiento estudiantil: de la Reforma al Cordobazo”, *Los Libros*, año I, n° 3, agosto de 1971, pp. 17–19, consideraban que el movimiento reformista carecía de actualidad.

El séptimo apartado, suprimido en la versión española, “Studenti e populismo”, prestaba un análisis de la historia nacional reciente, en estricto, de la oposición del movimiento estudiantil, que retomaba protagonismo, al movimiento popular encabezado por Perón –desde el golpe de junio de 1943 hasta su derrocamiento de 1955– en vistas a introducir un balance distinto, capaz de sentar las bases del reencuentro entre el movimiento universitario y el movimiento nacional popular con que se identificaba la clase trabajadora. No debe perderse de vista que el ensayo del autor resultó contemporáneo a su trabajo con M. Murmis en torno al peronismo. En ambos, apuntaba a una revisión de la lectura del peronismo para dinamizar una opción política de izquierda al interior del populismo.

El autor atribuía gran parte del desencuentro entre ambos a los enfrentamientos que, al calor de la disputa fascismo–dictadura, venían desarrollándose entre el régimen militar y el movimiento estudiantil. En sintonía con *Estudios*, J. C. Portantiero ofrecía otras claves de análisis del movimiento populista: más allá de cierta influencia del fascismo sobre la “ideología populista”, su rasgo central residía en su capacidad de poner en movimiento “energías nacionales y populares”, en la irrupción de una clase obrera que rompiera los equilibrios políticos preexistentes, lo que lo diferenciaba del carácter regresivo de los fascismos europeos. Con tintes gramscianos, argüía que el peronismo constituía un “movimiento nacional popular” surgido de una peculiar alianzas de clases⁵⁸. Encabezado por oficiales nacionalistas, portavoz del desarrollo con un proyecto de crecimiento autónomo, aunque limitado, y apoyado por sectores propietarios y por la enorme mayoría de los trabajadores, se oponía a las viejas clases beneficiarias del esquema librecambista –grandes propietarios terratenientes y ganaderos, y comisionistas de las importaciones y las exportaciones– (1971/2014:243). Al no correrse de la identificación de Perón con el fascismo, el Movimiento Reformista atendió sólo sus propias reivindicaciones y optó –como la izquierda “abstractamente clasista”– por aliarse con el “bloque liberal conservador”, opositor a Perón. La tradición de la Reforma Universitaria y el movimiento estudiantil eligieron el liberalismo. Así, el Reformismo ni siquiera valoró los efectos “socialmente democratizantes” dirigidos al ámbito universitario, en concordancia con la dirección del proceso nacional: la supresión de aranceles, la eliminación del examen de ingreso, el aumento de la matrícula o la creación de la universidad obrera. Medidas todas éstas

⁵⁸ G. Germani también había aludido al concepto de “movimiento nacional popular”, pero su inspiración parecía provenir de otras fuentes teóricas y no de Gramsci (Tortti, C. y Celentano, A., 2014:219).

que resolvían las reivindicaciones económicas sociales propias del movimiento reformista.

Las cargas del balance y del desencuentro de la intelectualidad con el proletariado, recaían sobre el movimiento estudiantil, que era llamado a romper con su liberalismo y reencontrarse con el pueblo–nación. Aplicando una similar matriz maoísta a la crítica que le propinó al PCA a principios de los 60, instaba al movimiento estudiantil a divisar la contradicción fascismo–antifascismo en el peronismo como secundaria, siendo la principal la desplegada entre este movimiento nacional popular contra la oligarquía vernácula. Por entonces cercano al Movimiento de Liberación Nacional (MLN), liderado por Ismael Viñas y que simpatiza con el populismo, J. C. Portantiero depositaba expectativas en corrientes de izquierda al interior del peronismo (Tortti, C. y Celentano, A., 2014:227). Aludiendo al mismo requerimiento que J. Aricó había utilizado para balancear el primer año de existencia de *Pasado y Presente*, J. C. Portantiero cerraba el apartado llamando a un “examen de conciencia”⁵⁹ del Movimiento Reformista para desandar sus pasos y proyectar otros:

El conflicto con Perón saldó la pelea entre padres e hijos al interior de la pequeña burguesía, cerró brutalmente la disputa de las generaciones, eliminó las resonancias de la solidaridad obrero – estudiantil anunciada en el momento inicial de la Reforma. Una bandera caía, y alzarla nuevamente

⁵⁹ Aricó, J. “Examen de conciencia”, *Pasado y Presente*, Año I, n° 4, enero–marzo de 1964, pp. 241–265. Posiblemente, la inspiración de ambos fue la obra *Esame di coscienza de un comunista* de Fabrizio Onofri, publicada en Milán en 1949. Este militante comunista fue expulsado en 1956 del PCI bajo el mote de revisionista y formó parte de una nueva generación de intelectuales. Dos años antes, *Cuadernos de Cultura* le ofreció un espacio inédito al reproducir capítulos sustanciales del ensayo en cuatro números consecutivos: el n° 14 (enero de 1954, pp. 81–90), n° 15 (mayo de 1954, pp. 64–73), n° 16 (junio de 1954, pp. 33–39) y n° 17 (agosto de 1954, pp. 94–111). En tono autobiográfico, el autor analizaba el proceso de formación de grupos de jóvenes intelectuales durante la lucha clandestina contra el fascismo. Estos jóvenes que para 1949 constituían la gran masa del partido habían tenido, aseguraba, una formación intelectual e ideológica muy diferente a los “viejos compañeros” quienes habían podido templar su formación al calor de una vida civil activa y visible, con una clase obrera organizada y una literatura socialista que circulaba libremente. En cambio, una vez que el fascismo destruyó el espacio público y militante, a las generaciones posteriores sólo les quedó la cultura y la vocación literaria como espacio de resistencia (Petra, 2010a:13–15). En mayo de 1957, J. C. Portantiero retomó la clave de análisis de F. Onofri, en su artículo “La joven generación literaria”, *Cuadernos de cultura*, n° 29, mayo de 1957, pp. 27–49. El pensamiento y trayectoria de F. Onofri y de los “gramscianos argentinos” evidenciaban pues puntos de contacto.

Otro influjo pudo haber provenido del artículo de Troiani, Osiris. “Examen de conciencia”, *Contorno*, año II, n° 7/8, julio de 1956.

habría significado para el movimiento universitario argentino un proceso de autocrítica, de examen de conciencia, aún no concluido (1971/2014:252).

El movimiento estudiantil y la tradición reformista debían desapegarse del liberalismo, atender al tibio antiimperialismo del peronismo y, sobre todo, a la identificación política del proletariado con este movimiento. El socialismo no podía continuar descansando en abstracciones imbuidas de liberalismo, sino que debía arraigarse en la nación, en sus movimientos populares, y radicalizarlos; debía superar el divorcio entre masas populares y juventud pequeño burguesa y, por tanto, replantearse la unidad obrero–estudiantil, prosiguiendo así los aspectos más radicalizados de la Reforma. La adhesión de franjas y organizaciones estudiantiles al peronismo hacia fines de los años 60 –lo que J. J. Hernández Arregui denominaba la “nacionalización del estudiantado”– expresaba un dato histórico novedoso, dada la tradicional oposición del movimiento estudiantil al régimen peronista, que J. C. Portantiero pretendía potenciar.

Son indudables las huellas gramscianas en el abordaje de la Reforma por parte del autor. Existe una evidente familiaridad y filiación gramsciana entre su ensayo de 1969 y *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Además del historicismo y la evidente preocupación por la unidad intelectual–masas en la conformación de una fuerza popular, compartían la traducción de específicos conceptos gramscianos como “reforma intelectual y moral”, “hegemonía”, “bloque hegemónico”, “alianzas de clases”, “Estado ampliado” o “bloque de poder” a la realidad histórica local. J. C. Portantiero no se aferró a la letra gramsciana sino que le agregó elementos y la resignificó. El desapego a un principio de autoridad en el empleo de Gramsci, bien podía apoyarse en el propio comunista italiano que había insistido en la necesidad de la “traducción” del pensamiento marxista atendiendo a las condiciones particulares, y alejándose así de cualquier tentativa esquemática. También en las enseñanzas de su maestro H. Agosti, quien había empleado al revolucionario sardo, no para definir al “verdadero” Gramsci o para recurrir a él en clave de criterio de autoridad, sino para pensar con su ayuda los problemas del presente⁶⁰. Tanto para analizar la Reforma como al peronismo, J. C. Portantiero aludió a Gramsci en tan sólo una ocasión, aunque su

⁶⁰ En sus prólogos a las ediciones comunistas de la versión temática de los *Cuadernos*, H. Agosti sostenía que no debía buscarse en Gramsci recetas o respuestas minuciosas a problemas sino aprehender su método de validez general: el análisis de la cultura y literatura popular a partir de lo que el país era, de sus tradiciones, de sus atrasos, y no bajo prestigiosos modelos ideales (Aricó, 1988; Burgos, 2004; Kohan, 2009).

presencia fue palmaria. Y lo hizo, cuando fue imprescindible. En el caso de la Reforma, Gramsci establecía las claves del devenir de su devenir en Argentina. En *Estudios* recurrió al revolucionario sardo para aclarar el empleo de un concepto clave, pero que en el propio comunista italiano resultaba ambiguo:

Utilizamos el concepto de “hegemonía” en la dirección que lo hace Antonio Gramsci, en especial, *Il Risorgimento*, Turín, 1954 y *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y el Estado moderno*, Buenos Aires, 1962, aun cuando nuestro uso en este trabajo se circunscribe a la hegemonía que una clase o fracción de clase ejerce en el interior de una alianza y no a la posibilidad de “consenso” mediante la cual la clase dominante integra en sus valores a la clase dominada” (1971/2012:105)⁶¹.

Ahora bien, en el rastreo de las huellas de Gramsci en J. C. Portantiero durante los años 60 y principios de los 70 no debe despojarse la matriz leninista de su empleo del acervo gramsciano. De alguna manera, la rectificación del filón leninista durante el exilio mexicano y el divorcio definitivo entre Lenin y Gramsci, no tiene que opacar la presencia del revolucionario ruso en las tempranas producciones de J. C. Portantiero. En la frecuente cita del autor en torno a la identidad político–teórica, “Éramos gramscianos–guevaristas–maoístas”, estaba comprendido el dirigente bolchevique. La aseveración del “Negro” continuaba: “Por eso Lenin todavía no nos era ajeno, porque Lenin es otro voluntarista máximo” (Tortti, C. y Chama, M., 2012:242). En otro pasaje recordaba el tono de la ruptura teórica con el PCA: “Evidentemente, de lo primero que nos despojamos es de Stalin y de Codovilla, de Lenin no. Lenin siguió siendo durante bastante tiempo una referencia importante para nosotros” (Ibíd.:240).

Como se ha visto, Lenin y Gramsci fueron combinados en distintas oportunidades por J. C. Portantiero. El tratamiento de la hegemonía no resultó ser la excepción. Es sabido que el término hegemonía fue una de las categorías políticas de mayor centralidad en el movimiento socialdemócrata ruso desde finales de 1908 hasta 1917

⁶¹ La definición se encuentra en una nota al pie, al principio del primer documento que integra el libro. En el curso del análisis recurre a este tratamiento de la hegemonía: “La alianza, en la medida, en que es tal cosa y no una fusión, supone la posición hegemónica por parte de unos de sus componentes. La hegemonía, así, sería la potencialidad legitimada que adquiere un grupo para guiar un sistema de alianzas, para fijar los límites de las orientaciones del nuevo bloque de poder” (1971/2012:99). En la misma clave fue utilizada en su ya citado artículo “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual” de 1973.

(Anderson, 1977/1981:13). Lenin la empleó asiduamente para contraponer una fase hegemónica a otra gremial o corporativa dentro de la política proletaria. La afinidad de la hegemonía leninista y gramsciana es notoria en ciertos aspectos: a) carácter de clase de la hegemonía, o sea, la hegemonía se ancla en y nace de la actividad económica, del lugar ocupado en la producción; b) relevancia en la organización intelectual de la hegemonía –Gramsci prosigue la concepción leninista del partido, aunque insiste en su papel educador–; c) énfasis en la “base social” de la hegemonía, esto es, en la necesidad que tiene el proletariado de apoyarse sobre grupos aliados – así Lenin, por ejemplo, insistió en la consigna “bloque obrero campesino”–; d) en el análisis de las relaciones de fuerzas dentro un sistema hegemónico, dentro de un “bloque hegemónico”⁶².

Gramsci, como ya sugerí a lo largo de esta investigación, al desarrollar el concepto de hegemonía introdujo algunas novedades respecto a Lenin, básicamente en dos planos: por un lado, extendió la noción para analizar los mecanismos de dominación burguesa sobre la clase obrera en sociedades complejas –donde la sociedad civil es robusta y el Estado ampliado–; por otro, jerarquizó la preeminencia de aspectos culturales e ideológicos en el ejercicio de la hegemonía. En el empleo de la hegemonía gramsciana, J. C. Portantiero situó a Gramsci dentro de la matriz leninista. El fragmento citado más arriba correspondiente a *Estudios* es elocuente. Aquellos aspectos en que Gramsci innovó sobre Lenin no son profundizados. La hegemonía no es empleada para divisar la dominación burguesa o bien para ponderar los elementos culturales en la dirección política de una alianza o bloque de poder. Más bien, la hegemonía es tratada frecuentemente en alusión a las relaciones de fuerza dentro de un bloque hegemónico, de un bloque de poder –que supone una alianza entre clases– siempre destacando la fracción de clase capaz de encabezar dichos bloques y, por tanto, constituirse como fracción hegemónica. En esta línea leninista, J. C. Portantiero también reparó en aludir a la base clasista de esta fracción hegemónica, es decir, su lugar predominante en la estructura económica. Quizás lo propiamente gramsciano en el uso del concepto de hegemonía por el autor residió en extender la noción para

⁶² El propio Gramsci considero en los *Cuadernos* que el principio teórico–práctico de la hegemonía es el aporte teórico máximo de Illich [Lenin] a la filosofía de la praxis, y precisamente, requería su desarrollo para distanciar al marxismo de tentativas esquemáticas: “Es por ello necesario combatir al economicismo no sólo en la teoría de la historiografía sino también y especialmente en la teoría y en la práctica política. En este campo la lucha podía y debía ser conducida desarrollando el concepto de hegemonía, de la misma manera que lo fue prácticamente en el desarrollo de la teoría del partido político y en el desarrollo práctico de la vida de determinados partidos políticos” (Gramsci, 1962/2003:45).

divisar la dinámica de los bloques dominantes. En otras palabras, si Lenin había aplicado el concepto de hegemonía para analizar la política proletaria, Gramsci la amplió para comprender las alianzas de clases en los bloques dominantes. J. C. Portantiero prosiguió este camino, pero sin profundizar en las dinámicas o mecanismos culturales dispuestos por la burguesía para conservar su consenso, o sea, sin profundizar en otros costados de la hegemonía inaugurados por el comunista italiano⁶³.

Este marco permite explicar ciertas ausencias gramscianas de J. C. Portantiero en el análisis de la Reforma. Se podría aplicar las limitaciones de M. Murmis y de J. C. Portantiero al subordinar las dimensiones ideológicas, políticas y culturales de la emergencia del fenómeno peronista al exclusivo plano del conflicto social y el interés de clase (Camarero, 2012:34) al análisis del “Negro” de la Reforma Universitaria. Los aspectos o implicancias específicamente culturales del movimiento universitario argentino y latinoamericano fueron relegados en pos de asir su lugar en la estructura social y en el despliegue de sus alianzas. El empleo de la metáfora gramsciana *Kulturkampf* es indicativo de esto. En lugar de desarrollar los aspectos de la lucha cultural emprendida por el movimiento estudiantil argentino, se refiere a ella para iluminar los límites del movimiento. Los costados político–pedagógicos o político–culturales de la Reforma fueron subestimados. Aun al anclar la hegemonía en las alianzas de clases, se desatendió el aspecto ideológico o cultural de la dirección de esta alianza, en los momentos en que el movimiento estudiantil cordobés se fundió con el pueblo.

De todas maneras, esto no soslaya la importante contribución de J. C. Portantiero al análisis de un objeto pedagógico. Su ensayo fue profundamente innovador e iluminó aspectos relegados hasta entonces (Bustelo, 2013:5). El filón gramsciano sobre el vínculo intelectual y pueblo–nación resultó ser una aguda perspectiva para asir el derrotero de la Reforma Universitaria como parte del trágico recorrido de los intelectuales argentinos que albergaban ansias de transformación social. En definitiva, la propia tragedia que lo envolvió también animó su pensamiento político-pedagógico.

⁶³ Éste es otro aspecto para marcar la distancia de J. C. Portantiero respecto a N. Poulantzas, quien trabajó la hegemonía gramsciana para abordar la dominación burguesa.

Capítulo 8. El derrotero de Los Libros (1969–1976), su proyecto crítico y los usos pedagógicos de Gramsci

8.1. El periplo de *Los Libros* (1969–1976) y la permanencia de la crítica cultural

Si hasta ahora he focalizado preponderantemente la mirada sobre la unidad de análisis ligada a los/as intelectuales, en el presente capítulo introduciré un corrimiento. Atenderé a la restante unidad especificada en el apartado metodológico: las revistas. Este capítulo, se abocará al periplo de *Los Libros* (en adelante *LL*), publicación que albergó usos pedagógicos de Gramsci. Por esta revista pasaron un sinnúmero de intelectuales que participaron como articulistas. Ninguno/a de ellos/as expresó una conjunción relativamente estable entre reflexión pedagógica y empleo del revolucionario sardo que amerite un análisis particular. Más bien, Gramsci fue usado por distintos articulistas, configurando una presencia *dispersa*. De todos modos, en el n° 32 (octubre–noviembre de 1973), la revista reprodujo un artículo de Christine Buci–Glucksmann consagrado al pensamiento pedagógico gramsciano. Luego de realizar un *racconto* del derrotero de la publicación y de las características de su proyecto crítico-pedagógico, abordaré el artículo de la filósofa francesa¹.

LL fue una publicación característica de la nueva izquierda local hacia fines de los años 60 y principios de los 70. El primer número apareció en julio de 1969 y el último, el n° 44, en enero–febrero de 1976. Durante su periplo estuvo atravesada por dos procesos característicos de los años 60: la modernización cultural y la radicalización política (Panesi, 2000; AA.VV., 2005; Peller, 2007). En otras palabras, *LL* se dirimió entre un discurso especializado y una pretendida intervención política desde su propia esfera de competencia. Esta tensión productiva atravesó el itinerario de la publicación.

Héctor “Toto” Schmucler promovió el proyecto de *LL* y lo dirigió en soledad hasta el n° 23, cuando se conformó un Consejo de Redacción. En 1968 había vuelto a la Argentina luego de estudiar en Francia con Roland Barthes. Miembro fundador de *Pasado y Presente*, a su regreso de Europa fue invitado por los recientes precursores

¹ Existen una serie de trabajos que han abordado el recorrido de *LL*. En ellos, en general, se ha puesto el eje en el tratamiento de la cuestión literaria, pero la faceta pedagógica y los usos de Gramsci en la publicación han sido inexplorados. Entre los trabajos sobre *LL* se encuentran: Panesi (2000); Fontdevila, E. y Pulleiro, A. (2004); AA.VV. (2005); De Diego (2007); Peller (2007); Somoza, P. y Vinelli, E. (2011); Popovitch (2012); Celentano (2013).

de la editorial a integrarse al nuevo proyecto. Sin embargo, H. Schmucler rechazó la invitación. Sus planes estaban en Buenos Aires, donde fundó *LL* (Burgos, 2004:157). De todos modos, mantuvo canales de comunicación con sus compañeros de antaño.

La revista asumió como modelo de referencia la publicación francesa *La Quinzaine Littéraire* (fundada en 1966 por Maurice Nadeau y François Erva). Como ésta, su propuesta original residía en intervenir mensualmente en el mercado editorial reseñando libros de distintas áreas: literatura, antropología, comunicación, psicoanálisis, filosofía, pedagogía. En sus inicios, el libro fue el formato predilecto constituyéndose como el objeto decisivo. La irrupción de la editorial buscaba alejarse de los cánones predominantes del mercado y otras revistas no especializadas como *Primera Plana*. Se pretendía divulgar conceptualizaciones que hasta entonces eran patrimonio de grupos restringidos de expertos, y desacralizar así la impronta burguesa de la literatura. La revista era vendida en quioscos, lo cual insinuaba su ansia de popularización, sin por ello perder agudeza crítica. Una de sus originalidades residió en la divulgación de una crítica especializada y profunda. Esta intervención disruptiva se sostuvo en una rigurosidad característica de *LL*: un criterio implacable al elegir sus colaboradores/as. Más de doscientos intelectuales transcurrieron por sus páginas, entre ellos figuras de amplio reconocimiento en el campo intelectual contemporáneo, como José Aricó, Oscar Terán, Ernesto Laclau, Juan Carlos Torre, Eduardo Menéndez, Oscar del Barco, Néstor García Canclini, Juan Carlos Tedesco y Justa Ezpeleta.

El primer subtítulo es indicativo del proyecto original de *LL*: “Un mes de publicaciones en Argentina y el mundo”. La publicación estaba animada por objetivos modernizadores: poner al día, actualizar, los saberes producidos en las distintas áreas de conocimiento y, con ello, dar a conocer nuevas corrientes de pensamiento como la antropología estructural, el psicoanálisis lacaniano o el marxismo althusseriano. La nota editorial del primer número, con el título “La creación de un espacio”, ilustraba los propósitos de *LL* y sus aires modernizadores. En principio, buscaba llenar un vacío, sin reconocer antecedentes, ni parentescos. Como en otras franjas de la nueva intelectualidad, se abría camino sin recurrir a maestros:

Las vacilaciones iniciales fueron de orden semántico: ¿cómo definir aquello que enuncia su inexistencia? El vacío, si es que a pesar de todo requiere una formulación lógica, aparece como la zona donde se ha

ejercido un límite. Comienza donde concluye algo determinado, en el momento en que ese algo indica su silencio; el vacío como tal no señala ninguna diferencia².

El proyecto era radicalmente nuevo. Y esta novedad, al igual que en otras franjas de la nueva intelectualidad, estaba signada por la exclusión académica de sus actores. El vacío divisado no se relacionaba sólo con una vacancia en el mercado editorial sino también con las características de una universidad intervenida por los sectores más conservadores. Como es sabido, los efectos de la “Revolución argentina” no fueron uniformes en las universidades argentinas, pero la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA se vio particularmente afectada. Una revista como la mentada por H. Schmucler, editada en Buenos Aires, no encontraba, para sus animadores, eco alguno en la facultad intervenida, reacia a las nuevas tendencias intelectuales. Como se verá, al igual que la *Revista de Ciencias de la Educación*, los parámetros de legitimación de la actividad intelectual transcurrían entre pares y en contraposición con sus “mayores”. La revista tampoco era la expresión de alguna organización política. En suma, *LL* se vio compelida a construir su propio anclaje institucional. El apoyo inaugural de la editorial Galerna, y de Guillermo Schavelzon (que apareció como editor responsable), resultó vital.

Ahora bien, si existía un vacío, ¿en qué consistía ese espacio a ocupar? ¿Cuáles eran los límites de este nuevo espacio? La expresión francesa *nouvelle critique* – “nueva crítica”–, que atravesó una y otra vez a las páginas de *LL*, determinaba los parámetros. Novedad y crítica, modernización cultural y radicalización política, se anudaban en el proyecto original:

Se trata pues, de crear un espacio que en el caso de *Los Libros* tiene un terreno preciso: la crítica, darle un objeto –definirla– y establecer los instrumentos de su realización permitirán dibujar la materialidad con la que se pretende llenar el “vacío” de la recordada expresión de circunstancia³.

² “Editorial”, *Los Libros*, año I, n° 1, julio de 1969, p. 3.

³ *Ibíd.*, p. 3.

Dos aspectos se resaltan aquí (De Diego, 2007:24). Por un lado, la crítica no se definía como una práctica sino como un “espacio”, un “terreno”. Las huellas del influyente estructuralismo se advertían en el proyecto original. Como en otras franjas de la nueva intelectualidad durante los años 60, el faro político intelectual se corría de J. P. Sartre para afincarse en el estructuralismo. Por otro lado, la crítica no se adjetivaba. Ni crítica *literaria*, ni crítica *política*, ni crítica *social*. Crítica “a secas”. También aquí, sobrevolaban las marcas del estructuralismo. R. Barthes ya había proclamado la intransitividad de la escritura, su innecesario complemento. A través de la crítica del libro se cuestionaba y abordaba el pensamiento en su conjunto. Y en este pasaje, la ideología, en tanto objeto de la crítica, operaba como mediación. Se consideraba que en todo discurso existía un nivel de significación que era preciso y posible desentrañar. Al permanecer el lenguaje cargado de ideología, el objetivo se ampliaba a la “totalidad del pensamiento” y no se resumía al lenguaje literario:

Los Libros no es una revista literaria (...) La revista habla del libro, y la crítica que propone está destinada a desacralizarlo, a destruir su imagen de verdad revelada, de perfección ahistórica. En la medida que todo lenguaje está cargado de ideología, la crítica a los libros subraya un interrogante sobre las ideas que encierran. El campo de una tal crítica abarca la totalidad del pensamiento. Porque los libros, concebidos más allá del simple volumen que agrupa un número determinado de páginas, constituyen el texto donde el mundo se escribe a sí mismo⁴.

Si bien es impropio reducir la influencia en este aspecto al legado althusseriano, su ascendencia resultaba más que evidente. Recuérdese que el filósofo francés definió la ideología, en una sociedad clasista, como una *falsa conciencia*. Toda ideología que explicitaba, también enmascaraba. Lejos de suministrar a los hombres el conocimiento objetivo del sistema social, daba pie a una representación *mistificada* y *deformante*. Sólo dejaba divisar ciertas circunstancias, ocultando otras. Se dirimía en un binomio de alusión–ilusión. La *nueva crítica* estaba destinada a desenmascarar, a interrogar las ideas. El enemigo de esta tentativa no era otro que el “*realismo*”. Los nuevos instrumentos liberaban al crítico de la lectura ingenua. Se debía trabajar y desmenuzar, bajo la certeza de contar con los medios adecuados, al

⁴ *Ibíd.*, p. 3.

propio texto, a su “realismo”. También aquí soplaban los aires de un proyecto modernizador (Panesi, 2000:24) que se conjugó con el sitio asignado al trabajo intelectual por parte del proyecto althusseriano (Popovitch, 2007:132). La práctica teórica de una ciencia reclamaba cierta autonomía de la práctica política, trabajaba con los “hechos” ideológicos elaborados por la práctica teórico-ideológica anterior, a la que sometía a crítica, y contribuía decididamente a la lucha de clases al ofrecer un conocimiento objetivo de las leyes de la dinámica social. En *LL*, al igual que en *L*. Althusser, el trabajo teórico se jerarquizaba y, paulatinamente, la publicación le asignó, al igual que hizo el filósofo francés, un lugar específico en la conflictiva escena política y en la tarea de someter a crítica, entre otros aspectos, los desarrollos teóricos e ideológicos circundantes. La escisión althusseriana entre *ciencia* e *ideología* aparecía como fundamento de esta tentativa.

La ascendencia del estructuralismo en la iniciativa de *LL* no era exclusiva. Desde mediados de los 60, el paradigma estructural se encontraba en plena expansión en nuestro país. Fueron jóvenes profesores/as y graduados/as, entre ellos/as, Oscar Masotta, Eliseo Verón, José Sazbón, Emilio de Ípola, Nicolás Rosa, entre otros/as, quienes lo introdujeron con mayor fuerza⁵. Este paradigma contaba con influencia en distintas áreas de las ciencias sociales: antropología, sociología, lingüística, etc. Autores como C. Lévi-Strauss, L. Althusser, R. Barthes y J. Lacan contaron con amplia difusión⁶. *LL* nucleó a un conjunto de jóvenes intelectuales sensibles a estas nuevas tendencias intelectuales y capaces de renovar la crítica. El proyecto francés de *nueva crítica* no resultó impermeable a los convulsos años 60. *LL* surgió en julio de 1969, prácticamente, contemporánea al *Cordobazo*. Desde un comienzo, su proyecto

⁵ Recuérdese que algunos estudiantes en la década del 60 obtuvieron becas doctorales en el exterior. Entre los destinos, se destacó Francia, que por entonces era ícono del estructuralismo.

⁶ O. Masotta fue el primer teórico del arte pop, en clave estructuralista semiológica y el primer comentarista de J. Lacan en Argentina. En 1965 publicó “Jacques Lacan y el inconsciente en los fundamentos de la filosofía”, *Pasado y Presente*, año III, n° 9, pp. 1–15. E. Verón tradujo y prologó en 1961 la *Antropología estructural* de C. Lévi-Strauss para la edición de EUDEBA y publicó, en 1962, el primer reportaje argentino sobre el antropólogo francés en *Cuestiones de filosofía*, año I, n° 2–3, segundo–tercer trimestre de 1962 (Sarlo, 2001).

A fines de los 60, la editorial Nueva Visión comenzó la publicación de una serie dedicada al pensamiento estructuralista. Además de un primer número destinado a la introducción, los restantes desplegaron al estructuralismo en un área particular: en estética, antropología, lingüística, filosofía o historia. También se tradujeron obras de R. Barthes: *S/Z* y *El placer del texto* (a manos de Nicolás Rosa, articulista de *LL*) y *Mitologías* (H. Schmucler) para la editorial Siglo XXI. A fin de indicar el peso del paradigma en cuestión en los años 60, basta atender al titular de la revista *Primera Plana* en 1967: “El estructuralismo. El pensamiento de hoy.” (Mayoral, 2012).

modernizador estuvo destinado a reparar en la radicalización del momento. Si bien en un principio *LL* se mostró plural en términos de las tendencias ideológicas de los articulistas y, por tanto albergaba divergencias profundas en su seno, lo cierto es que durante el proceso de radicalización el proyecto crítico ganó en determinación, estableciendo límites más estrictos.

Existen hilos de continuidad a lo largo del trayecto de *LL*, pero es posible divisar dos etapas, siendo el n° 29 (marzo–abril de 1973) el momento divisorio (De Diego, 2007:23)⁷. En su recorrido, la unidad entre modernización y radicalización persistió, aunque tuvo énfasis distintos. La primera etapa es identificable por la presencia de H. Schmucler en la dirección, el formato *tabloide* y por el rasgo sobresaliente de una revista crítica de libros que se fue extendiendo progresivamente hacia otros objetos culturales y procesos políticos latinoamericanos. La segunda etapa, marcada por la dirección de Carlos Altamirano, Ricardo Piglia y Beatriz Sarlo, así como por el desplazamiento de H. Schmucler, se caracterizó por una mayor extensión y menor cantidad de artículos. Además de operar una mudanza del interés inicial por los procesos regionales a la confrontación entre China y la URSS, la Revolución china y la divulgación de textos de Mao Tse–Tung, se habilitó la inclusión de análisis de la coyuntura y, por tanto, exigió una mayor precisión política. También implicó cambios estéticos: se abandonó el formato *tabloide* por uno reducido y, tendencialmente, desaparecieron las ilustraciones en la tapa, que fueron reemplazadas por los títulos de las notas centrales. Por último, la frecuencia: pasó de una publicación mensual a rodar cada dos meses.

Aunque el n° 29 resultó decisivo, la publicación estuvo atravesada por diversos puntos de inflexión. Uno de ellos acaeció en el n° 8, mayo de 1970. La nota editorial, titulada “etapa”, era la segunda editorialización de la publicación (luego del número inicial) e introducía novedades. En primer término, un nuevo anclaje en América Latina:

Con este número, *Los Libros* comienza su “latinoamericanización”. Los dos últimos meses sirvieron para preparar esta nueva etapa que se

⁷ No existe homogeneidad entre los críticos en torno a las etapas de *LL*, aunque no hay dudas de que el n° 29 fue una instancia bisagra. Por ejemplo, Fontdevila, E. y Pulleiro, A. (2004) distinguen, no dos, sino tres etapas. La primera denominada *modernización* (del n° 1 al n° 15–16), la segunda llamada *politización* (del n° 15–16 al n° 28) y la tercera definida como *partidización* (del n° 29 hasta el cierre).

insinuaba imprescindible tanto por razones de crecimiento interno como por precisas dificultades económicas. *Los Libros* cuenta ahora con el auspicio de algunas de las más importantes editoriales mejicanas, venezolanas, chilenas y argentinas y con un eficiente sistema de distribución que abarca América Latina, Estados Unidos y España⁸.

El n° 8 aparecía con Santiago Funes como Secretario de Redacción y corresponsables por varios países latinoamericanos. La mentada “latinoamericanización” respondía, fundamentalmente, a demandas financieras. En su periplo, *LL* fue financiada por las más importantes casas editoriales latinoamericanas: Fondo de Cultura Económica, Editorial Losada, Siglo XXI, Editorial Universitaria de Chile, Ediciones de la Universidad de Venezuela y de la Universidad Nacional Autónoma de México, entre otras. La proyectada difusión, por otra parte, se alcanzó en escasa medida. La cantidad de ejemplares aumentó, promediando una tirada de 5.000, y su distribución alcanzó gran parte de Latinoamérica, pero el destino del consumo no varió: la mayor parte de las ventas siguieron realizándose en Argentina (Somoza, P. y Vinelli, E., 2012:11). De todas maneras, la cuestión latinoamericana fue un objeto de interés. Esta innovación fundamentó el nuevo subtítulo de la revista. El lugar del mundo lo ocupaba, ahora, la región: “Un mes de publicaciones en Argentina y América Latina”.

La editorial también planteaba un balance de lo actuado en sus diez meses de vida. Junto a los elogios, también reconocía críticas:

Los Libros fue acusada de crítica, elitista, extranjerizante y estructuralista; de ser devota de pensamientos adecuados para otros lugares pero que no se ajustan a la realidad y necesidad del medio en que actúa; sus colaboradores fueron señalados como imitadores serviles de movimientos exóticos y pretenciosos usurpadores de una jerga incomprensible⁹.

⁸ “Editorial”, *Los libros*, año I, n° 8, mayo de 1970, p. 3.

⁹ Ídem.

Estas críticas fueron dirimidas en *LL* en su editorial n° 8 y durante su curso. Se traslucían varias tensiones. Una, expresada en dos calificativos que la editorial conjugó: “extranjerizante y estructuralista”. La tensión fue tratada en términos de la “incomodidad conceptual frente a los modelos” (Panesi, 2000:25). *LL* asumía el estructuralismo en su proyecto renovador de la crítica, pero esta anhelada innovación se basaba en modelos importados, en modelos alejados de un país dependiente como la Argentina y el resto de América Latina. La propia editorial cerraba con esta incomodidad:

Es sabido que con la crítica de libros no se superará el subdesarrollo que padecen los países latinoamericanos. Pero es engañosa toda postulación transformadora que continúe hablando el viejo lenguaje. En la búsqueda de lo nuevo, *Los Libros* justifica su existencia¹⁰.

LL se movía entre ese afán renovador y el lugar histórico que ocupaba América Latina. La Teoría de la dependencia, tan difundida por entonces, parecía atravesar a la publicación desde sus primeros pasos. Los nuevos instrumentos de la crítica, estos modelos importados, ¿constituían parte de la liberación o más bien de la profundización de la dependencia cultural? La respuesta transcurría por la adaptación, esto es, por filtrar los modelos a la realidad latinoamericana. De todos modos, la cuestión no dejó de resultar incómoda (De Diego, 2007:27).

Como es sabido, la Teoría de la dependencia emergió en la escena latinoamericana al calor de la radicalización político–intelectual. El marxismo latinoamericano tomó como objeto de estudio la dependencia y se distanció de las versiones ortodoxas y etapistas del despliegue del capitalismo provistas por los partidos comunistas. En rigor, se apoyó en análisis previos del marxismo latinoamericano –desplazados hasta el momento– a manos del brasileño Jr. Prado¹¹ y del argentino Sergio Bagú¹², quienes habían dado cuenta de la especificidad de la historia económica latinoamericana, incapaz de ser encasillada en la dicotomía feudalismo/capitalismo (Acha, O. y D´Antonio, D., 2009:211).

¹⁰ Ídem.

¹¹ Prado, Jr. C. (1933) *Formação do Brasil contemporâneo. Colônia*. São Paulo: Brasiliense; (1942) *Evolução política do Brasil. Colônia e Império*. São Paulo: Brasiliense.

¹² Bagú, S. (1949) *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*. Buenos Aires: El Ateneo Editorial.

La temática de la dependencia apareció en el marco de la creciente integración del proceso productivo de las economías de América Latina con el capital extranjero en los años 50 y 60. La mentada Teoría del desarrollo, promovida por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe –CEPAL, ubicada en Chile desde finales de 1948– suponía una distinción entre países subdesarrollados y desarrollados, postulando que el atraso de los primeros sería superado a través del desenvolvimiento de las relaciones plenamente capitalistas. En otras palabras, sostenía un tránsito entre una sociedad atrasada y una industrial¹³. Pero las ilusiones de un capitalismo local autónomo y de un papel progresivo de las burguesías nacionales se esfumaron. En los años 60, en los países latinoamericanos, el atraso aún persistía. Desde el seno de la CEPAL, en rigor, de su organismo dependiente, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES, creado en 1962) que reunía –a diferencia de la CEPAL donde predominaban los economistas– a científicos sociales de diversas disciplinas, proliferaron los debates sobre la dependencia. Al supuesto *desarrollo* y tránsito de América Latina se le opuso la *dependencia* capitalista de los países subdesarrollados en relación a los centros de la economía mundial.

Dependencia y desarrollo en América Latina de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, publicado en México en 1969 –aunque había circulado como material interno del ILPES desde 1966–, fue por entonces el escrito con mayor difusión de la denominada Teoría de la dependencia¹⁴. Su análisis, de corte sociológico, se centraba en las clases y sus alianzas para explicar la dependencia. La distinción entre *formas conservadoras de la dependencia* –la economía de enclave– y las *formas progresivas* –la economía integrada– se definía por la composición de las clases dominantes y por la capacidad de presionar de las clases dominadas. Otro trabajo de la corriente dependentista estuvo en manos de André Gunder Frank, quien criticó tanto la teoría del desarrollo como las tesis de una América Latina feudal¹⁵. A estos trabajos se

¹³ Como se verá en el próximo capítulo, el paralelismo y afinidad con la sociología de G. Germani resultaba evidente.

¹⁴ Dos años más tarde también publicaron, en polémica con José Nun, “Comentarios sobre los conceptos de sobrepoblación relativa y marginalidad”, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, año I, n° 1–2, 1971. J. Nun, había publicado previamente, “Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, año I, n° 2, 1969, pp. 174–236.

¹⁵ *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1970. En 1973, los “gramscianos argentinos”, dedicaron el n° 40 (mayo 1973) de sus Cuadernos de Pasado y Presente, *Modos de producción en América Latina*, a publicar un conjunto de artículos en los que se debatían los planteos de Gunder Frank.

añadieron, entre otras, las contribuciones, desde la economía política de Ruy Mauro Marini¹⁶.

En su conjunto, la Teoría de la dependencia colocó en crisis la teoría del desarrollo y permaneció marcada por los siguientes rasgos: el capitalismo latinoamericano era específico, periférico y tenía una legalidad propia de desenvolvimiento –distinta al denominado capitalismo industrial o de los países centrales–; el subdesarrollo de la región resultaba de la expansión mundial y reproducción capitalista; los desequilibrios y manifestaciones de opulencia sobre un mar de miseria y atraso en los países latinoamericanos respondían, no a una insuficiencia de capitalismo, sino a las características del sistema en la región (Osorio, 2004). Sin embargo, sería erróneo asumir la Teoría de la dependencia en términos de un pensamiento unívoco y articulado. Sus planteos han sido disímiles, estructurándose polémicas entre los propios miembros. El nucleamiento respondió, más bien, a un haz de interrogantes comunes (Giller, 2014:1). De ahí que no sólo sea pertinente asumir la Teoría de la dependencia en clave plural –como “teorías de la dependencia”–, sino también pensarla como un *clima de ideas*. Cualquier emprendimiento crítico marxista y heterodoxo en los años 60 y 70 no podía obviar la temática de la dependencia y el cuestionamiento a las tentativas reformistas o desarrollistas.

LL no era una excepción en este sentido. Intentó una adaptación entre el estructuralismo foráneo y la Teoría de la dependencia latinoamericana, aunque, desde luego, la adaptación no resolvía esa incomodidad. En el n° 9, el propio Eliseo Verón cuestionó la *moda* del estructuralismo en países dependientes¹⁷. Esta incomodidad tiño al conjunto del periplo de LL. Retomando las críticas endilgadas a la publicación – su impronta estructuralista, extranjerizante, críptica, elitista–, la editorial n° 8 proponía un doble movimiento. En primer lugar, reafirmaba su proyecto crítico inicial:

En realidad, lo único que se intentaba era introducir un discurso específico, un método riguroso. No se tolera el sustantivo, cuando la

¹⁶ *Subdesarrollo y revolución*, México: Siglo XXI, 1969; y, luego, *Dialéctica de la dependencia*, México: Era, 1973.

¹⁷ Verón, E., “Actualidad de un clásico. La moda del estructuralismo”, año II, n° 9, julio de 1970, pp. 16–18, donde reseñaba el libro de Lévi–Strauss, C. *Las estructuras elementales del parentesco*. Buenos Aires: Paidós. Instaba a reflexionar sobre la distancia cualitativa entre la producción y el “consumo ostentoso” característico de los países dependientes, donde ciertos libros solían oficiar como el único modo de asociarse a las orientaciones predominantes en los países centrales.

facilidad del adjetivo consagra el encantamiento de la palabra escrita. *Los Libros*, justamente, se había propuesto combatir contra ese encantamiento (...) Contra una crítica terrorista de intereses o de grupo, se ha intentado oponer la búsqueda de las estructuras reales que se descubren bajo las formulaciones imaginarias. A ideas cristalizadas por la ideología, se han propuesto instrumentos que pueden develar los mecanismos profundos de esas ideologías¹⁸.

El carácter develador de la *nueva crítica* proseguía. Los nuevos instrumentos de la crítica estaban destinados a desenmascarar la ideología y el pretendido realismo de los textos. En segundo lugar, la editorial parecía dar un paso atrás, reflexivo, autocrítico:

Sin embargo, es preciso reconocer errores. Más de una vez el lenguaje de los artículos aparecidos en *Los Libros* exageró su tecnicismo prescindiendo del hecho de que su público no es necesariamente especialista. Más de una vez, los autores daban por supuestos, datos que no eran forzosamente conocidos por los lectores¹⁹.

La resolución aparecía sencilla: “se superará el inconveniente”, aseguraba la editorial. Pero este segundo movimiento incorporaba cambios aún más profundos:

También se innovará en otros aspectos. Ya se sabe que el formato libro no privilegia ninguna escritura. Es posible que las obras más importantes se estén escribiendo en las noticias periodísticas o en los flashes televisivos. O en los muros de cualquier parte del mundo. Estos textos, al igual que los libros tradicionales, requieren una lectura que descubra su verdad. *Los Libros* se ocupará, pues, cuando sea necesario, de los diarios, la televisión, el teatro, la radio, el cine²⁰.

¹⁸ “Editorial”, *Los Libros*, año I, n° 8, mayo de 1970, p. 3.

¹⁹ Ídem.

²⁰ Ídem.

Como se verá a lo largo de la revista, a los artículos de crítica literaria se le comenzarán a añadir otros ligados a temáticas estrictamente políticas (a partir del n° 15–16, enero–febrero de 1971). No obstante, entre ambas esferas, hubo una serie de textos que ocuparon una posición intermedia: se trataba de ensayos de crítica cultural, esto es, análisis de objetos de la cultura de masas (Peller, 2007:13). En rigor, la editorial n° 8 abrió la mirada hacia nuevos objetos que ya estaban siendo tematizados aunque, es cierto, de una manera marginal: en el n° 1 hubo un ensayo sobre los *Graffiti*²¹ mientras en el n° 2 y n° 7 se abordó el cine²². A partir del n°8 existió una mayor consideración sobre estos objetos aledaños, una suerte de “extensión de las fronteras” (Panesi, 2000:24). Así, en el curso de la publicación se registró una prolífica producción sobre distintos objetos culturales como el cine²³, la televisión²⁴, las historietas²⁵, etc. *LL* los abordó bajo el proyecto crítico original: cuestionar su realismo. Y, nuevamente, la ideología aparecía como instancia mediadora. Se trataba de dar cuenta de la dinámica y de los mecanismos ideológicos de los aparatos o instituciones culturales que producían los objetos populares.

También sobrevolaban las huellas althusserianas en este desplazamiento del objeto. La propuesta de L. Althusser elaborada en el famoso ensayo “Ideología y aparatos ideológicos de Estado”, fundamentaba un análisis ideológico de las instituciones culturales. Trataba los fenómenos culturales como prácticas simbólicas ancladas en aparatos atravesados por tensiones ideológicas (Popovitch, 2007:140). La ideología continuaba operando como instancia analítica mediadora en *LL*, pero ya el centro no era el abordaje intratextual o la mediación libresco, sino su anclaje institucional. Desde luego, el antagonismo social no se subsumía al ámbito ideológico, pero la publicación registraba este espacio como un lugar privilegiado de la disputa a su alcance.

²¹ Kieffer, E. G. “Graffiti”, *Los Libros*, año I, n° 1, julio de 1969, p. 26.

²² Cozarinsky, E., “Escritura y cine: dos tiempo verbales”, *Los Libros*, año I, n° 2, agosto de 1969, p. 13; Pasolini, P. P., “Teorema”, *Los Libros*, año I, n° 7, enero de 1970, pp. 6–9.

²³ Entre otros, Soto, M., “San Martín, mito y consumo”, *Los Libros*, año I, n° 8, mayo de 1970, pp. 24–25; Brasi, J. C., “La captación de una ausencia: a propósito de ‘pequeños asesinatos’”, *Los Libros*, año II, n° 27, julio de 1972, pp. 24–25; Sarlo, B., “Cine argentino. De Juan Moreira a La Tregua”, *Los Libros*, año VI, n° 39, enero–febrero de 1975, pp. 11–14; Sarlo, B., “Sobre Nazareno Cruz y el lobo”, *Los Libros*, año VI, n° 41, mayo–junio de 1975, pp. 24–25.

²⁴ Entre otros, Sarlo, B., “Los canales del Gran acuerdo”, *Los Libros*, año IV, n° 27, julio de 1972, pp. 3–7; Sarlo, B., “Elecciones: cuando la televisión es escenario”, *Los Libros*, año IV, n° 29, marzo–abril de 1973, pp. 4–10.

²⁵ Por ejemplo, Steimberg, O. “El lugar de Mafalda”, *Los Libros*, año II, n° 17, marzo de 1971, pp. 6–7.

El proyecto modernizador original comenzaba a tensionarse con la radicalización. El contexto demandaba el trabajo y análisis de objetos de la cultura de masas que ya no podían juzgarse con la distancia de las élites intelectuales. Ante la crítica recibida por contener un sesgo elitista, *LL* se proponía mostrar que el análisis estructural estaba a la altura de las exigencias de la hora: iluminar la dominación ideológica en los objetos plebeyos (Sarlo, 2001:96). A su vez, la revelación de estos mecanismos de producción social de la ideología se ligaba con la intervención política. La revista se proponía desmenuzar y evidenciar la dominación, la dependencia cultural, para iluminar, de este modo, brechas posibles de intervención en el terreno político-cultural. La crítica devenía prospectiva (AA.VV., 2005:248). Sintéticamente, esta faceta crítica en *LL* se estructuraba en dos momentos. Primero, al emplear la noción de crisis abría aquello que el análisis de la dominación ideológica clausuraba: las brechas al interior de la rutina institucional. Segundo, sugería los caminos prácticos de intervención.

La publicación buscaba distanciarse del marxismo dogmático, pero también de las nuevas tentativas marxistas o populistas de sesgo humanista que colocaban el centro en la praxis histórica. Los rivales eran similares, pues, a los enfrentados por el denominado Althusser *clásico*. A contramano de las tentativas humanistas que desembocaban en caminos ingenuos y utópicos, al situar la transformación en la voluntad y no en las condiciones materiales concretas de un país dependiente, se prescindía de los servicios teóricos del concepto del hombre y se fundamentaba –para utilizar la jerga althusseriana– científicamente la disputa en los aparatos ideológicos. De ahí que, en reiteradas oportunidades²⁶, *LL* apeló, al igual que L. Althusser, a la distinción de Mao Tse-Tung entre contradicciones principales y secundarias. Pero lo hacía con un propósito inexplorado en el filósofo francés: asentar los cimientos para la intervención militante. La crítica suministraba los análisis precisos para actuar en el terreno ideológico y en su arraigo material.

La renovada atención a la cultura popular, inaugurada en el nº 8, no se tradujo en la asunción de posiciones nacionalistas populares. Si en los primeros números se habilitaron algunos artículos en esta línea²⁷, *LL* fue cerrando esta orientación. La extendida imbricación *nación y redención popular* se desplazó paulatinamente hacia

²⁶ Por ejemplo, “Editorial”, *Los Libros*, año III, nº 29, marzo-abril de 1973, p.1.

²⁷ Laclau, E., “Los nacionalistas”, *Los Libros*, año I, nº 1, julio de 1969, pp. 16–17; Laclau, E. “El nacionalismo popular”, *Los Libros*, año I, nº 8, mayo de 1970, pp. 16–17. En ambos artículos opuso la resolución de la cuestión nacional en clave oligárquica o popular/peronista.

una marcada crítica de las expresiones peronistas. Profundizada en la segunda etapa, existieron algunos ecos en los primeros números²⁸. También, la delimitación con la izquierda peronista transcurrió a través de la crítica a revistas teóricas de este espectro. Entre ellas, *Envido*. Más allá de una crítica que se pretendía dialógica, al reconocer puntos progresivos de la experiencia, como su cuestionamiento a la ilusión desarrollista, *LL* arremetió contra la disolución del momento del conocimiento sistemático de la realidad en una postura meramente ideológica. Al sostener la dependencia de la ciencia respecto de la política, *Envido* borraba la especificidad de la ciencia y, por tanto, caía en un mero empirismo. Se le reprochaba, además, un uso inadecuado, asistemático, simplificado de conceptos como “dependencia”, “lucha y alianzas de clases”, entre otros. Así, aun cuando se reconocía la importancia de atender al problema nacional, se le endilgaba falta de profundidad o fundamentación teórica en sus análisis²⁹.

Otro punto de inflexión en el periplo de *LL* lo constituyó el n° 15–16, enero–febrero de 1971 (“un número doble especial”, decía su tapa). Al proyecto original ya no sólo se añadían nuevos objetos. En principio, aparecía un cierto corrimiento de enfoque: el análisis de los procesos políticos latinoamericanos. La publicación se comprometía con la radicalización política en curso. Chile, el segundo faro político latinoamericano –luego de Cuba– para la intelectualidad crítica de entonces, inauguró este nuevo momento. La asunción del presidente Allende en noviembre de 1970 rejuvenecía las esperanzas y azuzaba los vientos revolucionarios en América Latina. La editorial marcaba, pues, la mixtura del proyecto crítico original y esta nueva modalidad de intervención atenta a las novedades políticas revolucionarias en la región:

El material incluido entre las páginas 11 y 52 señala, además, una apertura sin precedentes en nuestra revista. Al mismo tiempo que reforzamos la sección bibliográfica mediante una más estricta información y que insistimos en una crítica de libros poco común en el ámbito de América Latina, procuraremos ofrecer panoramas informativos y analíticos de problemas vinculados al destino de las naciones latinoamericanas.

²⁸ Terán, O. “El robinsonismo de lo nacional”, *Los Libros*, año I, n° 5, noviembre de 1969, pp. 3 y 22, donde reivindicó el marxismo para pensar la cuestión nacional. En el mismo número, Portantiero, J. C., “El peronismo: civilización o barbarie” (pp. 10–11 y 22).

²⁹ S/autor/a, “Dos revistas, y una corriente de pensamiento”, *Los Libros*, año II, n° 15–16, enero–febrero de 1971, p. 51. En rigor, el documento suscribía con las iniciales JCP. Presumiblemente, Juan Carlos Portantiero estaba por detrás.

Manera de asumir, también por este camino, la responsabilidad ahora insoslayable con la transformación que los pueblos del continente parecen haber tomado en sus manos³⁰.

Entre las páginas 11 y 52, bajo la sección “política”, se incluían artículos destinados al análisis del proceso chileno. Aunque algunos fueron reseñas de libros, vistos en su conjunto, asumían un formato de *dossier* temático³¹. La novedad introducida no era pasajera. Varios de los números siguientes estuvieron destinados a “ofrecer panoramas informativos y analíticos de problemas vinculados al destino de las naciones latinoamericanas”, como decía la editorial: el n° 19 (mayo 1971) fue dedicado a Bolivia; el n° 20 (junio 1971) exclusivamente –con excepción de un artículo– a la Revolución cubana y específicamente al polémico caso *Padilla*; el n° 21 (agosto 1971) exclusivamente a Córdoba, “el centro político más destacado de la Argentina”; el n° 22 (septiembre de 1971) al proceso peruano; el n° 24 (enero 1972) a Uruguay, específicamente a la estrategia de Los Tupamaros³². Aunque algunos de estos números incluyeron artículos que remitían al proyecto original de *LL*, lo cierto es que el análisis de los procesos políticos latinoamericanos supuso una complejización de la mencionada tensión entre modernización y politización. Éste último polo comenzó a tensionar y centrar la productividad³³.

³⁰ “Editorial”, *Los Libros*, año II, n° 15–16, enero–febrero de 1971, p. 3.

³¹ Petras, J. “La clase obrera en las elecciones chilenas” (pp. 11–13); Amina, F. “La democracia chilena” (pp. 14–23); Barraclough, S. “Problemas de la reforma agraria en Chile” (pp. 24–27); Nun, J. “Acerca de los militares chilenos”, *Los Libros*, año III, n° 15–16, enero–febrero de 1971, pp. 49–51. De estos cuatro artículos, sólo el segundo y el cuarto eran reseñas (respectivamente, de Lechner, Norbert, *La democracia chilena* y de Joxe, Alain, *Las fuerzas armadas en el sistema político*). También se incluyó un documento de escritores/as de la Unidad Popular, “Por la creación de una cultura nacional y popular” (pp. 30–31). La cuestión nacional–popular reaparecía en *LL* pero alejada de cualquier tratamiento peronista. El documento, crítico con la cultura propagada por el imperialismo, abogaba por la construcción de una cultura atenta a las especificidades nacionales, de “un lenguaje propio que suplante al lenguaje alienado”.

³² El n° 18 (abril de 1971) amplió las fronteras latinoamericanas al dedicar algunos artículos a la intromisión del imperialismo en Vietnam.

³³ En rigor, se podría pensar que la editorial del n° 15–16 retomaba inquietudes expresadas con anterioridad. La editorial del n° 13 (noviembre de 1970) aseguraba: “*Los Libros* aspira a que su propia práctica como revista constituya una manera crecientemente efectiva de denuncia y agitación contra la naturaleza misma de la sociedad capitalista. Sólo una radical transformación de la sociedad argentina hará desaparecer efectivamente la censura. Hacia esa transformación radical que concebimos tiene que dirigirse hoy el trabajo en el ámbito cultural que justifica nuestra existencia” (p.1).

Sin embargo, sería desacertado ubicar en el ciclo abierto a la atención de los procesos políticos una claudicación del proyecto original. La editorial n° 21 (agosto de 1971) daba cuenta de esa permanencia. Al tiempo que anunciaba el autofinanciamiento de *LL* –ante la desvinculación de Galerna y la pérdida de auspicio de importantes editoriales de Latinoamérica–, reafirmaba los propósitos fundadores³⁴. El proyecto original se había resignificado, no evaporado. Parecía establecerse algún paralelismo con la editorial del n° 8. Se complejizaba el objeto de indagación, pero el proyecto de *nueva crítica* proseguía. Se trataba, ahora (aseveraba la editorial del n° 21 en línea con la advertencia de la editorial del n° 15–16), de abordar también “esos otros textos que constituyen los hechos históricos sociales”. ¿Y cuál era la modalidad de análisis? El propósito fundacional se ratificaba una vez más:

Estas formas de la cultura exigen también una lectura que los decodifique para destacar su significado, el mundo ideológico en que se insertan. Requieren ser ordenados a partir de un pensamiento que los observe como síntomas de una estructura que se ofrece opaca y que es preciso develar para modificarla, en la medida que ha mostrado su naturaleza esencialmente opresora³⁵.

La editorial sugería un cambio que estaba por llegar en la publicación. Otra vez las metáforas estructuralistas. Se trataba de un constituir... un espacio. ¿Cuál era la renovada ocupación? “Una crítica política de la cultura”, como sugería la editorial. El n° 22 (septiembre de 1971) salía con un nuevo subtítulo: “Para una crítica política de la cultura”. La presentación sólo mencionaba el proceso boliviano abordado en el número. Las razones de la mudanza ya se habían expuesto en el número anterior. A estas innovaciones le siguieron otras. Desde el n° 23 (noviembre de 1971), por razones financieras, dejó de imprimirse en color. El blanco y negro la acompañará hasta su ocaso. En este número se introdujo otra modificación: apareció un Consejo de Dirección, integrado por H. Schmucler –que prosiguió, a su vez, como “Director responsable”–, Carlos Altamirano y Ricardo Piglia –ambos de filiación maoísta–. La

³⁴ Para otra fundamentación, ver Peller (2007), quien sitúa dos etapas en *LL*, siendo los números 21 y 22 el momento de quiebre, dado que, según su interpretación, se dejaron los libros como objeto principal de la crítica para centrarse en las urgencias políticas y, por tanto, se introdujo una ruptura con las intenciones iniciales.

³⁵ “Editorial”, *Los Libros*, año III, n° 21, agosto de 1971, p. 3.

razón principal de esta innovación reposaba en la voluntad pasajera del director de imprimirle una impronta maoísta a la revista. Como recuerda, R. Piglia: “Toto Schmucler se vuela maoísta por quince días más o menos (risas). En esos quince días, como yo también era maoísta, decidimos darle esa orientación a la revista. Y entonces yo digo: ‘invitémoslo a Altamirano’, que también era maoísta” (entrevistado por Somoza, P. y Vinelli, E., 2011:15)³⁶.

Pero la posición política del director fue efímera. Al igual que sus excompañeros de ruta, los “gramscianos argentinos”, H. Schmucler comenzó a simpatizar con el peronismo, específicamente con Montoneros. Entonces volvió sobre su jugada: amplió el Consejo de Dirección, recientemente creado. En el n° 25 (marzo de 1972) sumó a Beatriz Sarlo, por entonces adherente al peronismo, a Germán García –su amigo y renuente a asumir posición política alguna– y a su compañera, Miriam Chorne. Pero el nuevo esquema, como se verá, no resolvió los desequilibrios políticos divisados por H. Schmucler: B. Sarlo, al poco tiempo, se pasó del peronismo al maoísmo, específicamente al Partido Comunista Revolucionario (el PCR, que surgió en 1968 en ruptura con el PCA); G. García se desentendió de la querrela política en la revista; M. Chorne no asumió una actitud beligerante a la altura de los/as otros/as miembros. La relación de fuerzas al interior de *LL* no era favorable para su fundador.

Ante una escena nacional cada vez más apremiante, *LL* atravesaba el dilema de habilitar o no la toma de posición sobre la coyuntura inmediata. El n° 27 (julio de 1972) destinado a abordar el Gran Acuerdo Nacional (GAN) fue un decisivo punto de inflexión. C. Altamirano había sido designado como responsable para escribir un artículo introductorio sobre el asunto. Pero su manuscrito tenía un tenor inédito hasta el momento: *LL*, de alguna manera tomaba posición política ante la inmediata escena nacional. ¿Este registro se adecuaba al proyecto original? Las posiciones estaban divididas. Para H. Schmucler, no; para el “ala maoísta”, sí. La propia editorial ilustró esta suerte de correlación de fuerzas al exponer ambas posiciones y sostener que la última era la mayoritaria. En rigor, el dilema estaba cruzado por otra cuestión: el artículo de C. Altamirano se explayaba sobre temas en los que, como la propia editorial explicitaba, no existía consenso aún: la concepción de la vanguardia, el papel de las agrupaciones marxistas revolucionarias, la idea del partido, el papel de las

³⁶ No deja de llamar la atención que el recuerdo de una convergencia política se simplifique a un episodio meramente contingente y se solape con la risa, en una suerte de ridiculización del derrotero de la publicación. Tal vez el afán de abjurar de este pasado teórico, sea una de las causas de la forma que asume el recuerdo.

masas en el proceso argentino, entre otros. De todos estos había uno cardinal: la lectura del peronismo. El “hecho maldito burgués” dividió aguas en la nueva intelectualidad y también en *LL*.

La posición política de C. Altamirano estaba lejos de H. Schmucler, quien no avalaba la inclusión de un artículo tan crítico del peronismo. El director de la revista preparó otro, pero fue rechazado por el “ala maoísta” que apoyaba tanto la posición de C. Altamirano como la publicación del artículo (que, finalmente, salió en el n° 27³⁷). Aunque con algún reconocimiento a las franjas combativas del peronismo, C. Altamirano se centró en la dirección del movimiento que, aseveraba, no era otra que la burguesía. En ese sentido, los sindicatos peronistas –anclaje fundamental de la militancia entre 1955 y 1973–, lejos de una fuerza de ruptura revolucionaria, operaban como vehículo de la ideología burguesa. En todo caso, la presencia de corrientes combativas y revolucionarias dentro del peronismo formaban parte de la dialéctica de clases propia de un movimiento de base obrera y con dirección burguesa.

La editorial de este traumático número cerraba evidenciando que en el fondo de la contienda se encontraba un nudo caro para la nueva intelectualidad:

Pensamos, finalmente (...) que este debate es un síntoma de los problemas teóricos, políticos, ideológicos, ligados a la relación de los intelectuales con la política. Ocultar o cerrar este debate supondría de nuestra parte el encubrimiento de una problemática que, de alguna manera, constituye el centro de nuestra tarea³⁸.

El número siguiente, el 28 (septiembre de 1972), intentó retomar el proyecto inicial. La revista abrió con un artículo titulado “Hacia una crítica” que daba cuenta de una encuesta suministrada a un conjunto de intelectuales sobre la definición y función de la crítica literaria. La publicación volvía sobre la metáfora espacial. Se decía que *LL* ocupaba un espacio ligado a la crítica política de la cultura y que debía escribirse “señalando un texto posible –que dé cuenta de la ideología y de los productos de la cultura dominante– y un texto futuro: que pueda ser escrito rompiendo los límites

³⁷ Altamirano, C., “El Gran Acuerdo Nacional”, *Los Libros*, año IV, n° 27, julio de 1972, pp. 10–13.

³⁸ “Editorial”, *Los Libros*, año III, n° 27, julio de 1972, p. 3.

impuestos por las relaciones de producción capitalistas”³⁹. La impronta del n° 28 remarcaba la presencia del proyecto original. Sin embargo, el consenso explícito ocultaba diferencias latentes. En el próximo número, H. Schmucler, G. García y M. Chorne se retiraron del *staff*. El ala maoísta pasó a ocupar el centro de la revista: R. Piglia, C. Altamirano y B. Sarlo comandarán sus destinos.

La densa tensión entre intervención política e intervención cultural característica de franjas de la *nueva intelectualidad* se quebró al interior del *alma mater* de la revista. En rigor, la tensión productiva entre modernización y politización que H. Schmucler supo sobrellevar en el primer ciclo vital de *LL* pareció, ahora, envolverlo. El punto exacto de corte entre el vínculo del intelectual y la política, entre la modernización y la radicalización se corría más allá de su deseo. En el periplo de *LL*, el polo de la politización tensionó cada vez más al primigenio afán modernizador. La radicalización acarreó una doble exigencia para la publicación, estrechamente articulada: nuevas tareas –tomas de posición sobre la coyuntura– y precisión política. El director perdió en ambos planos de la politización. Tal vez sería exagerado calificar este destino como trágico –porque no supuso un cierre abrupto de la publicación o una parálisis en los emprendimientos intelectuales de H. Schmucler durante el período–, pero sí implicó un evidente clivaje entre deseo, pretensión y condiciones reales y, por tanto, los sentidos que guiaron su labor en la publicación se trastocaron profundamente. El destino político–editorial de H. Schmucler será la fundación de otra revista: *Comunicación y cultura* (1973–1985, publicada en Chile y en la Argentina).

Sería desacertado, a la distancia, ubicar sólo la disidencia entre los/as protagonistas en las tareas de la revista, en su espacio a ocupar. En sucesivas oportunidades, H. Schmucler había demostrado capacidad de adaptar la revista a las peticiones políticas del entorno. No rehuía de las demandas de la politización, pero ahora su director no estaba en condiciones de operar una nueva adaptación porque se encontraba en minoría en otro plano: en el debate estrictamente político, en la posición política a asumir. El “ala maoísta”, en un escenario donde la toma de posición era cada vez más urgente y apremiante, no le dejó opción. Una postura maoísta y otra que adheriese al peronismo combativo eran irreconciliables. De este modo, la publicación que el mismo H. Schmucler creó y dirigió, se volvió ajena a él, extraña, incontrolable. Es frecuente afirmar que la nueva conducción de *LL* implicó la acentuación de su politización y, por tanto, una pérdida del proyecto original. Se suele

³⁹ “Editorial”, *Los Libros*, año IV, n° 28, septiembre de 1972, p. 3.

suponer que esta politización fue en ascenso hasta que disgregó las razones iniciales. Es indudable que la nueva dirección maoísta desplazó el interés de los artículos de Latinoamérica a la confrontación China–URSS y la restauración del capitalismo en la URSS, al tiempo que ganó peso tanto la inclusión de textos inéditos de Mao Tse–Tung o ligados a la Revolución china como el análisis y la toma de posición sobre la coyuntura nacional.

Son innegables los cambios mencionados y la aparición de una nueva etapa para *LL* a partir del n° 29, pero estimo desacertado sostener que esta politización resolvió la tensión entre modernización y radicalización “a expensas de una pérdida o de una represión ejercida sobre lo específico” (Panesi, 2000:29). Aquí se reedita, una vez más, la concepción de los años 70 en clave de una *sobrepolitización*, incapaz de atender a las especificidades. Aplicado a *LL*: la crítica cultural se habría subsumido a la política, ergo, se disgregaron los propósitos iniciales. La politización se los llevó consigo. Sin embargo considero posible afirmar que su proyecto de crítica cultural no fue abandonado. La propia editorial del n° 29 reafirmó la orientación de los años previos. De hecho, aparecía como una continuidad con la introducción a la encuesta efectuada a intelectuales del n° 28. El objeto fundamental de análisis proseguía: la ideología y su enraizamiento en las prácticas culturales de las instituciones. Y el proyecto también: “Se trataría de descifrar –elaborando al mismo tiempo los métodos y los instrumentos de análisis– las ‘formaciones’ ideológicas como dimensión específica de la política de las clases sociales y cuya eficacia, si bien subordinada, es real”⁴⁰. La aspiración de la editorial abarcó al conjunto de la segunda etapa de la revista. Lejos de una pérdida de lo específico, *LL* continuó con su análisis sobre los mecanismos y dinámicas de los aparatos culturales. Si la cuestión pedagógica había sido tematizada hasta el momento, su profundización y abordaje ocurrirá, tal y como se verá, en su segunda etapa. Varias de las esferas culturales contempladas en el primer ciclo vital de *LL* continuaron: además de la pedagogía, los análisis sobre la salud mental⁴¹, el problema de la urbanización en las ciudades de Buenos Aires y Rosario⁴², el folklore y la cultura popular⁴³, la antropología y el imperialismo⁴⁴, etc.

⁴⁰ “Editorial”, *Los Libros*, año IV, n° 29, marzo–abril de 1973, p. 3.

⁴¹ El n° 34 (marzo–abril de 1974) fue dedicado exclusivamente a este tema. También, en el n° 38 (noviembre–diciembre de 1974) contuvo artículos sobre el tema. El asunto se retomó en el n° 40 (mayo–junio de 1975) que además de un artículo, le consagró parte de la portada.

⁴² El n° 36 (julio–agosto de 1974) llevó como título: “La urbanización dependiente: Buenos Aires / Rosario”. La mayoría de los artículos abordaban esa problemática.

Indicativo de la permanencia del proyecto, se conservó la estructura de la publicación, la que incluía su característica sección dedicada a libros de reciente publicación (con algunos brevísimos comentarios).

La politización de la publicación y la pérdida de lo específico se suele fundamentar en su creciente partidización (Fontdevila, E. y Pulleiro, A., 2004). A partir del retiro de H. Schmucler, el ala maoísta y, puntualmente, los partidos a los que pertenecían habrían tenido una mayor ascendencia sobre la revista. PCR (al que adherían B. Sarlo y C. Altamirano) y Vanguardia Comunista (aparecido en 1965, producto de la crisis de Partido Socialista de Vanguardia, al que suscribía R. Piglia) constituían las dos agrupaciones maoístas más importantes en Argentina por entonces. Desde luego, la disidencia en el plano partidario atravesó a la publicación. La última crisis de *LL* provino de una discordancia política al interior del arco maoísta. La dirección de la revista vehiculizaba las posiciones partidarias que se dividían en un aspecto sustancial: la caracterización del gobierno de Isabel Perón. El n° 40 presentó, a modo de editorial, dos cartas con sendas posiciones. Para R. Piglia, el gobierno de Isabel Perón, con su política represiva, reaccionaria y antipopular favorecía el golpe de Estado y los intereses del imperialismo norteamericano. B. Sarlo y C. Altamirano reconocían que la represión del gobierno debilitaba el “frente único contra el imperialismo yanqui”, pero la defensa del gobierno era la alternativa contra el golpe y la expansión de dos imperialismos: el norteamericano y el soviético. Este desencuentro se tradujo en la imposibilidad de consensuar una toma de posición política desde *LL*. La discrepancia con el maoísmo al interior de *LL* no residía en el proyecto, ni en el lugar que debía ocupar la publicación en el campo de la cultura, sino en la necesidad de un acuerdo político sobre la coyuntura para sostener la imbricación deseada entre política y cultura. A partir del n° 29 (marzo–abril de 1973), el corte entre ambos planos se había corrido y, por tanto, se reclamaba una coincidencia sobre la coyuntura para fundamentar la continuidad de la tarea. De ahí que, R. Piglia se retiró del Consejo de Redacción (que pasó a llamarse Comité de Dirección) en el n° 40. El siguiente número salió con la dirección de B. Sarlo y C. Altamirano que decidieron un nuevo subtítulo: “Una política en la cultura”; y la editorial del n° 42 replicó las líneas

⁴³ El n° 39 (enero–febrero de 1975) le destinó un artículo al tema. También allí se abarcó el cine argentino, el uso y producción de anfetamina y la dependencia tecnológica en América Latina.

⁴⁴ El n° 43 (septiembre–octubre de 1975) desarrolló esa temática.

del análisis coyuntural esbozados en la polémica con R. Piglia y, por primer vez en la historia de *LL*, fue firmada con sus nombres.

Es incuestionable que, en su último tramo, la discrepancia política y la influencia de los partidos marcaron a *LL*. De hecho, aunque se redujo la publicidad, aparecieron nuevos anuncios vinculados a publicaciones del PCR y VC. Pero la evolución estuvo lejos de la linealidad (Celentano, 2013). En el conjunto de este tramo, la dirección de *LL* se esforzó por no claudicar a una mera partidización. C. Altamirano lo recuerda del siguiente modo:

La presión para que la revista fuera una publicación orgánica del partido era cada vez mayor. Pero yo tenía el mérito o el título del que se había quedado con la revista creada por “Toto” Schmucler, y no por el partido. Eso me daba autoridad para decir qué cosa era posible o no publicar. Entonces, el argumento para evitar la publicación de los colectivos más primitivos y salvajes de la línea política del PCR, era decir: es un órgano de *frente*, y no una revista orgánica del partido (...) Obviamente nunca se terminaba de creer enteramente en este argumento (...) La presión era cada vez mayor, y la ida de Ricardo [Piglia] nos debilitaba en esa posición (entrevistado por Somoza, P. y Vinelli, E., 2011:18).

Aunque sea una veta a profundizar, tal vez esta disposición de la dirección de la revista sea otro argumento para sostener la permanencia de la crítica cultural. En otras palabras, la nueva dirección se habría opuesto a que la articulación entre política y cultura, entre radicalización y modernización, se diluyera bajo las ansias del primer polo. El lugar ganado y ocupado por la revista parecía defenderse ante la pretendida partidización, resguardándose así la crítica cultural. El proyecto, de nítida presencia althusseriana, de establecer una relación orgánica, pero al mismo tiempo autónoma entre el compromiso político y la producción intelectual, entre la práctica teórica y la praxis política, no claudicó linealmente, sino que, aun con sus tensiones y modificaciones, persistió en la segunda etapa de la revista.

El 44 (enero–febrero de 1976) fue el último número de *LL*. La irrupción del golpe cívico–militar en marzo de 1976 significó la clausura y allanamiento de la publicación.

El n° 45 quedó definitivamente perdido. Como otras expresiones de radicalización de los años 70, la tragedia tocó a su puerta con el golpe cívico–militar.

8.2. Gramsci en el proyecto crítico–pedagógico de *LL*

La cuestión pedagógica resultó un tema frecuente. *LL* se ocupó del tema en al menos siete niveles –ilustró cada nivel con algunos artículos por razones de extensión–: a) reseñas sobre libros recientemente publicados⁴⁵; b) artículos que tenían como objeto la obra de un escritor o corriente pedagógica o bien de autores cuyas consideraciones impactaron en el terreno pedagógico⁴⁶; c) artículos que reflexionaron sobre el funcionamiento y mecanismos ideológicos de la institución educativa –escolar o universitaria–⁴⁷; d) artículos que inscribieron el sistema educativo local en los problemas de la dependencia política y económica del país. Si bien la teoría y el problema de la dependencia tiñó a varias de las reflexiones pedagógicas en *LL*, hubo algunos casos ejemplares⁴⁸; e) artículos políticos o reproducción de documentos de colectivos destinados a analizar la situación del movimiento universitario o bien de dar cuenta de experiencias político–pedagógicas⁴⁹; f) el abordaje de los procesos políticos

⁴⁵ Ya en el n° 1, Torre, J. C., “Estudiantes: nueva oposición”, *Los Libros*, año I, n° 1, julio de 1969, pp. 22–3; en el n° 7, cuando apareció por primera vez la sección Pedagogía, Marzoratti, D., “La escuela y el mundo de trabajo”, *Los Libros*, año I, n° 7, enero–febrero de 1970, p. 28; S/autor/a, “Paulo Freire: pedagogía del oprimido”, año II, n° 17, marzo de 1971, pp. 28–30.

⁴⁶ Urzain, R., “Frantz Fanon: Alienación y violencia más allá del tercer mundo”, *Los Libros*, año II, n° 13, noviembre de 1970, pp. 24–25. El artículo, incluido dentro de la sección pedagogía, atendía a las implicancias educativas del pensamiento de F. Fanon.

⁴⁷ Ezpeleta, J., Teobaldo, M. y Villanueva, G. “Educación, ideología y control social”. *Los Libros*, año II, n° 13, noviembre de 1970, pp. 18–22; Altamirano, C., “Universidad: cultura y dependencia”, *Los Libros*, año III n° 23, Noviembre de 1971, pp. 5–6; Tedesco, J. C., “Educación y política en América Latina”, *Los Libros*, año V, n° 40, marzo–abril de 1974, pp. 11–16. Si bien este artículo guardó ciertas líneas de continuidad con el marco teórico y conclusiones de su libro, *Educación y Sociedad en la Argentina (1880–1900)*, la cuestión ideológica, tramitada bajo nociones althusserianas, fue puesta en primer plano al analizar el peronismo.

⁴⁸ Mateo, F. “La enseñanza técnica en Argentina”, *Los Libros*, año VI, n° 43, septiembre–octubre 1975, pp. 19–20.

⁴⁹ Cuevas, R. y Reisz, O. (tal como ya dije en el capítulo precedente, seudónimos de Marimón, Antonio y Crespo, Horacio, dos jóvenes intelectuales alienados al PCR) “El movimiento estudiantil: de la Reforma al Cordobazo”, *Los Libros*, año III, n° 21, agosto de 1971, pp. 17–19; Caballero, A., “Facultad de Arquitectura de Rosario: balance de seis meses de lucha”, *Los Libros*, año III, n° 23, noviembre de 1971, pp. 11–13; S/autores/as, “Chile: La Reforma Universitaria en la Universidad de Concepción”, *Los Libros*, año III, n° 23, noviembre de 1971, pp. 14–17; Agrupación docente 29 de Mayo de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, “Frente a una historia que no es la nuestra”, año III, n° 24, enero de 1972, pp. 20–23; Togneri,

en países latinoamericanos incluyó, en casi todos los casos, reflexiones sobre el plano pedagógico; g) los brevísimos comentarios –algunas veces desdeñosos– que aparecían en el catálogo de “libros publicados” en las últimas páginas de la revista a fin de actualizar la bibliografía al lector/a. En esta parte de la publicación, la sección pedagogía –denominada más tarde educación– estuvo desde un principio y se conservó en casi todos los números de la revista.

El tratamiento del tópico pedagógico permaneció, predominantemente, bajo el proyecto de la *nueva crítica*. Por un lado se actualizaban y comentaban las novedades en el área. Por el otro, la crítica educativa contenía dos ejes: develar los mecanismos de funcionamiento del aparato escolar, en particular, su impronta ideológica y, a partir de ello, estructurar una crítica prospectiva pedagógica. Se trataba de situar el sistema educativo en el conjunto social y, específicamente, en las conflictivas relaciones de fuerzas. La distinción entre dos etapas de *LL* no repercutió específicamente sobre el asunto pedagógico. En tanto la segunda no significó un mero cierre de la crítica cultural, el abordaje del asunto educativo perduró.

La iniciativa crítica inicial de *LL*, esto es, su afán revelador de la ideología intratextual, expresado nítidamente en el terreno de la literatura, abarcó también al ámbito educativo. En la materialidad escolar, donde la ideología se arraigaba y producía sus efectos deformantes, los manuales escolares resultaron un objeto privilegiado de estudio. Así, por ejemplo, Josefina Delgado, Carlos D. Martínez y Julio Schwartzman, en el n° 38 de *LL* (noviembre–diciembre de 1974), analizaron los manuales de literatura de la escuela secundaria en Argentina, para evidenciar su funcionalidad enmascaradora y los desplazamientos de otras manifestaciones literarias⁵⁰. Repararon en los silencios, en los vacíos, en las ausencias de los textos escolares dado que la ideología dominante no aparecía en la superficie textual y, por tanto, demandaba una crítica educativa reveladora. Semejante tentativa realizó B. Sarlo en el n° 28 al analizar la literatura ofrecida por la carrera de Letras de la UBA. El propio título del artículo resulta indicativo de su voluntad iluminadora: “Historia de una castración”⁵¹.

J. “Facultad de Arquitectura de La Plata: una experiencia”, año III, n° 24, enero de 1972, pp. 24–26.

⁵⁰ Delgado, J.; Martínez, C.; Schwartzman, J. “La enseñanza en los textos de la escuela secundaria”, *Los Libros*, año V, n° 38, noviembre–diciembre de 1974, pp. 8–15.

⁵¹ Sarlo, B. “Historia de una castración. La enseñanza de la literatura”, *Los Libros*, año III, n° 28, septiembre de 1972, pp. 8–10.

Al igual que en el periplo de *LL*, los textos no fueron los únicos objetos. Se contemplaron otros bajo el mismo el proyecto crítico. Es decir, el análisis de los textos escolares estuvo acompañado por otros objetos del espacio educativo pero siempre bajo la perspectiva de elucidar la dominación ideológica en su seno. En definitiva, se trataba de leer no sólo los textos escolares sino también el aparato ideológico escolar como un texto a develar. En esta empresa la ideología fue la instancia mediadora privilegiada. El proyecto de *nueva crítica* atravesó la cuestión pedagógica y compartió incomodidades. Por un lado, la temática de la dependencia, en reiteradas ocasiones, reclamó mediaciones a la hora de analizar el aparato ideológico escolar en un país dependiente como Argentina. Por otro lado, en el terreno pedagógico la crítica devenía prospectiva. Además de explicitar los mecanismos ideológicos de la dominación educativa, se sugerían grietas para la intervención político–pedagógica transformadora.

Si *LL* se distanciaba del peronismo, la crítica pedagógica continuaba el camino. Nuevamente, la mediación ideológica se privilegiaba en la demarcación. J. C. Tedesco calificó al peronismo en términos populistas y echó luz sobre su rol ideológico:

El populismo representa el momento en el cual los sistemas educativos asumen su carácter de aparatos ideológicos de estado en forma más ostensible (...) Los regímenes populistas plantean al sistema educativo un claro rol ideológico; la función del sistema educativo es definida, precisamente, en términos de imposición ideológica oficial que, tal como se puede ver, por ejemplo en el 2º Plan Quinquenal del gobierno peronista, se caracteriza por predicar la conciliación de clases, el sentido cristiano de la vida, la exaltación de la Nación como ente unificador (...) y por fin la exaltación de las figuras⁵².

También el tratamiento de la cuestión educativa supuso su delimitación respecto de corrientes pedagógicas del período. Un blanco recurrente fue P. Freire, tan en boga por entonces, y apropiado, en el plano local, por el nacionalismo popular pedagógico (Suasnábar, 2004). El tono y el debate sobre su pensamiento permanecían cruzados

⁵² Tedesco, J. C. "Educación y política en América Latina", *Los Libros*, año V, n° 40, marzo–abril de 1974, p. 13.

por las apreciaciones acerca del peronismo. Escena semejante transcurrió con el discurso fanoniano⁵³. *LL* ofrecía un doble abordaje, en clave modernizador y radicalizado de las obras de P. Freire. Por un lado, daba cuenta de las apariciones de sus libros. Por otro, lo sometía a severos cuestionamientos. La editorial nº 21 (agosto de 1971) explicitaba un criterio que no siempre fue respetado. Allí se decía:

Más de una vez, numerosos temas dejaron de considerarse en las páginas de la revista porque no se encontró la persona adecuada para un adecuado tratamiento. Por otra parte, nos negamos sistemáticamente a repetir comentarios meramente descriptivos o valoraciones cargadas de adjetivos⁵⁴.

Aplicable a los artículos, los breves comentarios que en algunos casos acompañaban a los libros recientemente publicados en la última sección, desmentían esta preocupación por no desembocar en “valoraciones cargadas de adjetivos”. Si bien eran comentarios al paso que no despertaban mayor interés –ni siquiera había firma–, estaban signados por un abandono del rigor de la escritura crítica y caían en descalificaciones contra escritores de quienes la revista se diferenciaba ostensiblemente (De Diego, 2007:36). En el apartado sobre los libros distribuidos del nº 33 (enero–febrero de 1974) se incluyó un libro de P. Freire *¿Extensión o comunicación? La concientización del medio rural*, acompañado de un brevísimo comentario que introducía una afirmación autocrítica del autor: “Paulo Freire, en las palabras que abren el volumen, dice haber preferido ‘mantenerlo casi como lo escribí, con sus omisiones y sus puntos ingenuos’”. Los postulados freirianos por una educación concientizadora eran reiteradamente impugnados y tildados por parte de la nueva izquierda pedagógica de idealistas o ingenuos al no centrarse en la lucha de clases. Pero, si la propia cita del autor no era suficiente para alertar al lector/a, el brevísimo comentario remataba: “El debate está abierto sobre la teoría de la educación que, al parecer, Freire está cuestionando más rápidamente que sus epígonos”.

⁵³ Urzain, R., “Frantz Fanon: Alienación y violencia más allá del tercer mundo”, *Los Libros*, año II, nº 13, noviembre de 1970, pp. 24–25. Destacaba aportes pedagógicos fanonianos, pero los alejaba de las tentativas nacionalistas populares que pretendían apropiárselo.

⁵⁴ *Los Libros*, año III, nº 21, agosto de 1971, p. 3.

El tratamiento crítico a P. Freire también se registró en distintos artículos, aunque sin una adjetivación tan elocuente. Existen varios escritos en esta línea, pero el trabajo de Guillermo García es uno de los más ilustrativos⁵⁵. En el n° 31 (agosto–septiembre de 1973) reflexionó sobre la pedagogía y su papel en los procesos revolucionarios que se venían gestando en “nuestras sociedades dependientes”. Una de sus responsabilidades residía en “efectuar una acción de esclarecimiento y difusión ideológica”⁵⁶. Aclaraba que esta acción de propaganda ideológica, en su interior, no era revolucionaria sino que dependía del marco histórico. En ese sentido consideraba “confusos” ciertos planteos de P. Freire⁵⁷. El hecho de insistir en evitar toda acción pedagógica en términos de “propaganda” o “sloganización” –dado que en sí mismos eran recursos reaccionarios–, conducía a una concepción “pedagoga de la revolución”. Esto quiere decir que se imponían criterios pedagógicos a una teoría–acción revolucionaria cuando su definición debía pasar por otras instancias –económicas, políticas, etc.– que desbordaban “la presunta normatividad pedagógica”. Si bien instaba a un diálogo con los postulados del pedagogo brasileño, le cuestionaba la preponderancia o autonomía de la cuestión pedagógica sobre las acciones revolucionarias:

Freire critica el liderazgo que apela a la propaganda y a la prescripción porque mantiene a los oprimidos en condición de “objetos”. Hay algo de cierto en esto: nadie duda de que los opresores utilizan tales tácticas y que debe evitarse el paternalismo y el dogmatismo en el proceso

⁵⁵ García G., “Pedagogía y revolución”, *Los Libros*, año IV, n° 31, agosto–septiembre de 1972, pp. 20–22. En el epígrafe colocó una cita de Mao Tse–Tung. Este articulista fue un animador de la publicación que analizaré en el capítulo siguiente: la *Revista de Ciencias de la Educación*.

Otros artículos que contuvieron críticas a los planteos de P. Freire en *LL* fueron: Leiva, L. “Argentina 1973: movimiento docente”, *Los Libros*, año V, n° 32, octubre–noviembre de 1973, pp. 18–20; Mallo, C. “Educación popular ¿Concientización o práctica revolucionaria?”, *Los Libros*, año VI, n° 38, noviembre–diciembre de 1974, pp. 27–29; Mallo, C. “Paulo Freire y la pedagogía de la concientización”, *Los Libros*, año VI, n° 40, marzo–abril de 1975, pp. 17–23.

En términos generales, el tratamiento de la obra de Freire fue similar al dispuesto por G. García: al reconocimiento y valoración progresiva de ciertos postulados, le continuaban profundos cuestionamientos que terminaban por desacreditarlo. En la crítica se destacaba el sesgo idealista o utopista de P. Freire, que concebía la educación desapegada de las contradicciones entre estructura y superestructura.

⁵⁶ García G. “Pedagogía y revolución”, *Los Libros*, año IV, n° 31, agosto–septiembre de 1972, p. 20.

⁵⁷ En *La educación como práctica de la libertad y Pedagogía del oprimido*, ambos editados por Siglo XXI.

revolucionario; pero equivoca el enfoque cuando se intenta imponer apriorismos pedagógicos para definir un proceso, cuando en realidad es la inversa⁵⁸.

El sesgo ingenuo atribuido a P. Freire permanecía en sintonía con la crítica althusseriana al humanismo. Para el filósofo francés, el humanismo era tributario de una ideología burguesa, e inscribía al hombre en el principio de toda teoría, desgajándolo de sus condiciones reales. La lucha de clases se opacaba en pos de una teoría basada en algún ideal de tipo moral, religioso o filosófico sobre el hombre. Lejos de cualquier tentativa humanista, LL reclamaba para sí una crítica pedagógica atada a las condiciones materiales de existencia, a la contienda clasista.

Otro costado de la reflexión de G. García, lo constituyó el propio status de la pedagogía. Bajo huellas althusserianas, se esforzaba en conformar a la pedagogía como ciencia para abordar el fenómeno educativo y determinar qué y cómo cumple sus funciones, a través de qué dispositivos, al servicio de quién, en qué contexto político. La confianza de LL en los instrumentos de la crítica también abarcaba al ámbito educativo. Se trataba de configurar una “ciencia pedagógica”, con objetos y métodos precisos, y puesta al servicio de una educación revolucionaria y liberadora. Hasta el momento, sostenía el articulista, la pedagogía en la Argentina no era más que una “seudociencia”, una forma ideológica. La labor residía, en consecuencia, en despojar a la pedagogía de las tentativas ideológicas. Aunque con aciertos, P. Freire expresaba sólo los prolegómenos de la ciencia pedagógica y, por tanto, ameritaba su superación:

Intentos como el de Paulo Freire –sin dejar de admitir sus aportes positivos a una problemática abierta en la que nadie puede pretender tener la última palabra– constituyen lo que podríamos llamar una “Pedagogía utópica”, en el mismo sentido en que Marx y Engels aludían al socialismo de Saint–Simon, Fourier, Owen, etc.: hay aciertos en el diagnóstico de la situación y una acertada denuncia de la índole opresiva del sistema. Pero se requiere una Pedagogía científica para la

⁵⁸ García G. “Pedagogía y revolución”, *Los Libros*, año IV, nº 31, agosto–septiembre de 1972, p. 20.

comprensión y transformación de la realidad educativa y esto es lo que queremos señalar al hablar de revolucionar la pedagogía⁵⁹.

Sin decirlo, los postulados althusserianos en torno a la ruptura epistemológica, la separación de la ciencia respecto de la ideología y las tareas revolucionarias del conocimiento, sobrevolaban el artículo. La crítica no podía dirimirse en términos volitivos sino que debía situarse en la lucha de clases. L. Althusser y P. Freire aparecían, pues, como autores antitéticos.

Resulta ilustrativa de esta incompatibilidad la selección bibliográfica sobre la cuestión educativa incluida en el nº 31 (agosto–septiembre de 1973), preparada por Horacio Cuello y Fernando Mateo. Allí se agrupaba la bibliografía en tres ítems: a) educación y política educacional; b) educación y economía; c) educación e ideología. Dentro de cada ítem se distinguía entre producciones ligadas a una concepción y una ejecución orientada a la conservación y reproducción del sistema y aquellas animadas por una perspectiva crítica. Dentro del tercer ítem, y como parte de las producciones asociadas a la conservación, se ubicaba a *Pedagogía del Oprimido*, mientras que *Ideología y aparatos ideológicos* se integraba a la perspectiva educativa crítica.

En este marco, no llama la atención que los usos pedagógicos de Gramsci en *LL* estén desapegados del legado de P. Freire y se encuentren en tensión o articulación con la obra althusseriana. Para asir esta clave de lectura del comunista italiano, es preciso distanciarse de un consenso historiográfico, ahondando la interesante veta abierta por Starcenbaum (2011) al reflexionar sobre la experiencia del colectivo de intelectuales argentinos nucleados en la revista *Pasado y Presente*. El consenso supone que, con el auge del marxismo estructuralista –en particular althusseriano– en la década del 60, Gramsci comenzó a conocerse a través de la obra de L. Althusser y, por tanto, de una forma difusa, lo cual supuso un obstáculo para su recepción creativa y productiva. Esta tesis es compartida en nuestro país por varios autores (Terán, 1991; 2006; Burgos, 2004; entre otros/as) y se reedita en los estudios sobre la recepción de Gramsci en América Latina en las décadas del 60 y 70: Nogueira (1988) plantea que la obra de Gramsci se encontró con una *intelectualidad inundada* de estructuralismo y del efecto Althusser; Coutinho (1991) sostiene que el *privilegio* alcanzado por la supuestamente radical obra althusseriana relegó la producción gramsciana; Córdova (1991) apunta como *lamentable* el hecho de que la figura de

⁵⁹ Ídem.

Gramsci fuera conocida a través de las críticas althusserianas; Massardo (1999) considera que la legitimidad alcanzada por el althusserianismo *contra*jo una postergación de la recepción de Gramsci, impidiendo una valoración de la productividad de su obra (Starckenbaum, 2011); Hobsbawm (2012), supone que la actualidad de L. Althusser en Latinoamérica *bloqueó* el camino de Gramsci. En el terreno educativo, Torres y Morrow (2002) han señalado la *lectura problemática* de Antonio Gramsci por parte del estructuralismo althusseriano en la década del 60, que tildó su obra de humanista e historicista. Seguramente, el marcado tono antialthusseriano de algunas de estas interpretaciones esté atravesado por el balance crítico de la izquierda latinoamericana respecto al derrotero teórico de los años 60 y 70. Por el contrario, el gramscismo descubierto entrados los años 70, vendría a dar respuesta a cuestiones obturadas por el althusserianismo.

El empleo pedagógico de Gramsci en *LL* estuvo permeado de diferentes maneras por el althusserianismo, dando lugar a relaciones de compatibilidad e intercambio. Es preciso advertir que la propia obra del filósofo francés fue apropiada de manera tensa en la publicación, lo que habilitó a yuxtaposiciones o articulaciones con otros legados, entre ellos, el gramsciano. El althusserianismo atravesó el proyecto crítico de *LL*, al promover una crítica de la ideología arraigada en los AIE, en su materialidad. Bajo este proyecto, Gramsci fue empleado por la revista. De alguna manera, la crítica de inspiración althusseriana resultó ser un prisma para la apropiación gramsciana, pero también un complemento. Si L. Althusser limaba los costados subjetivistas y voluntaristas de Gramsci, la obra gramsciana fundamentaba la crítica prospectiva de *LL*.

El llamado Althusser *clásico* resultó medular en el recorrido de *LL*. Pero sería desacertado suponer que el althusserianismo fue incorporado de forma lineal y acrítica por parte de *LL*. Más bien, la publicación tejió un diálogo tenso. El nº 4, octubre de 1969, destinó un conjunto de artículos a reseñar sus principales obras. A la mencionada incomodidad por resultar un modelo extranjero, le continuó la observación crítica de algunos de sus nudos. En rigor, las cuatro reseñas incluidas en el nº 4 oscilaban entre profundos cuestionamientos y elogios. La primera línea la expresaba claramente O. Terán⁶⁰, quien recaía críticamente sobre varios aspectos del althusserianismo: su antihumanismo –que no reparaba en distinguir entre un humanismo conservador y otro revolucionario–, su ahistoricismo y, por tanto, la

⁶⁰ Terán, O. "Límites de un pensamiento", *Los Libros*, año I, nº 4, octubre de 1969, pp. 22–23.

imposibilidad de explicar tanto las condiciones de emergencia de una “nueva problemática” como la impronta histórica de la ciencia⁶¹. J. Aricó⁶² presentaba cierta ambigüedad. Aunque reconocía elementos progresivos, como lo son importancia de un pensamiento dispuesto a la renovación del marxismo en contraposición al dogmatismo soviético y el sometimiento del marxismo a la aplicación de principios marxistas de investigación, al mismo tiempo impugnaba la disociación entre ciencia e ideología, así como su teoricismo y la desatención a la relación entre filosofía y política. Las alabanzas provenían de la pluma de Raúl Sciarreta⁶³ y Juan Carlos Indart⁶⁴ quienes reivindicaban el modo de lectura althusseriano, su crítica al empirismo y, como contrapartida, la irreductibilidad de la teoría a la práctica, la ruptura de Marx respecto a Hegel. La publicación no destinó otros artículos para abordar su pensamiento, con excepción de un manuscrito de C. Altamirano hacia el ocaso de *LL*. En dicho artículo, el autor marcaba una ferviente perspectiva antialthusseriana. Además de criticar diversos nudos de su pensamiento, lo calificó como una “variante racionalista especulativa interna al campo del revisionismo”⁶⁵. Sin embargo, sería errado decretar una especie de evolución de *LL* desde un vínculo conflictivo original a un rechazo abierto hacia el cierre. Más bien, L. Althusser acompañó al recorrido de la publicación de una manera tensa. Tanto en el proyecto de crítica como a través de innumerables categorías teóricas, el filósofo francés permaneció y animó a la publicación. El vínculo tenso con L. Althusser implicó introducir algunas articulaciones, entre las que se encontró la obra gramsciana.

Como ya se ha anticipado, la presencia del revolucionario sardo en la publicación fue dispersa: no se registra un/a autor/a que haya utilizado sistemáticamente el acervo de Gramsci sino que sus categorías fueron empleadas en distintas ocasiones bajo temáticas disímiles. Pero existió un tratamiento común. Además de la recurrente

⁶¹ O. Terán, en la que presumiblemente fue la primera mención del revolucionario sardo en *LL*, aseguraba que su ahistoricismo lo conducía a considerar como “sorprendentes” la ubicación de la ciencia en la superestructura por parte de Gramsci.

⁶² Aricó, J. “El marxismo antihumanista”, *Los Libros*, año I, nº 4, octubre de 1969, pp. 20–21.

⁶³ Sciarreta, R. “Leer el Capital”, *Los Libros*, año I, nº 4, octubre de 1969, p. 23. Recuérdese que R. Sciarreta tradujo, como miembro del PCA, *Los intelectuales y la organización de la cultura* de Gramsci para la editorial Lautaro y protagonizó la polémica contra los “gramscianos argentinos”. Sin embargo, hacia la segunda mitad de la década del 60 abandonó el partido, vinculándose a la *Revista de Problemas del Tercer Mundo* (1968) y a las posiciones políticas de R. Puiggrós (Tarcus, 2007a:616).

⁶⁴ Indart, J. C. “Lectura de la lectura”, *Los Libros*, año I, nº 4, octubre de 1969, p. 26.

⁶⁵ Altamirano, C. “El último Althusser”, *Los Libros*, año VI, nº 36, julio–agosto de 1974, pp. 26–28.

mención de libros relativos a Gramsci, *LL* situó al comunista italiano en los dos nudos de su proyecto crítico: a) desmenuzar los mecanismos de la dominación ideológica; b) fundamentar una crítica prospectiva. Burgos (2004) argumenta que *LL* puede considerarse como parte de la experiencia editorial de *Pasado y Presente*, ya que no sólo H. Schmucler provino del colectivo sino que también mantuvo diálogos fluidos con los “gramscianos argentinos” (por ejemplo, junto con José Aricó, fundó la Editorial Signos a inicios de los 70, antecedente de Siglo XXI en Argentina), y la actuación *pasadopresentista* en la publicación fue reiterada. En ese sentido, Burgos deja entrever un modo de entrada del legado gramsciano en *LL*. Aunque también es posible divisar otro que no proviene de los “gramscianos argentinos”. El resto de los/as animadores/as principales de *LL*, R. Piglia, C. Altamirano y B. Sarlo utilizaron la obra de Gramsci con frecuencia⁶⁶. Sin ilustrar el argumento, por razones de extensión, su uso del comunista italiano se ceñía al proyecto de crítica mencionado más arriba. Por un lado, se empleaba para explicar la dominación ideológica a través de la organización material de la cultura por parte de la clase dominante⁶⁷. Por otro, a través de Gramsci se fundamentaba la crítica prospectiva, tanto para evidenciar la crisis⁶⁸ como para sugerir caminos de intervención⁶⁹. Desde luego, estos usos, en un plano que excede al pedagógico, no fueron los únicos hallados en la revista, pero, en términos generales, las claves del acervo gramsciano se orientaron a conjugar el análisis de la dominación ideológica burguesa y fijar líneas de intervención. El comunista italiano contribuía a la decisiva batalla cultural de la publicación⁷⁰. Como no

⁶⁶ No se puede dejar de mencionar, además, el siguiente antecedente: R. Piglia, director de la revista *Literatura y sociedad* (1965, de sólo un número), destinada a la “lucha cultural”, apeló a categorías del revolucionario sardo en la editorial inaugural de la publicación. Para explicar la dominación burguesa, sostenía que el imperialismo no creaba una cultura o una ideología, sino que fabricaba un *bloque histórico* y, por tanto, instituciones, valores, relaciones de producción, costumbres y, sobre todo, una visión deformada de la realidad.

⁶⁷ Por ejemplo, Altamirano, C. y Sarlo, B. “Acerca de política y cultura en Argentina”, *Los Libros*, año VI, n° 33, enero–febrero de 1974, p. 19.

⁶⁸ Altamirano, C. “El Gran Acuerdo Nacional”, *Los Libros*, año IV, n° 27, julio de 1972, p. 12.

⁶⁹ Piglia, R. “La lucha ideológica en la construcción socialista”, *Los Libros*, año V, n° 35, mayo–junio de 1974, pp. 4–9. El autor introdujo una larga cita de Gramsci en torno a la unidad espontaneidad–dirección consciente para criticar las vertientes espontaneístas o populistas en la Revolución cultural china. Este uso de Gramsci no era novedoso al nivel local. Uno año antes, Aricó, J. “Espontaneidad y dirección consciente en el pensamiento de Gramsci”, *Pasado y Presente*, año IV, n° 1 (nueva serie), abril–junio de 1973, pp. 87–102, había profundizado en clave gramsciana la temática mencionada por R. Piglia.

⁷⁰ Rivera, J. “Las dificultades de lo explícito en la literatura”, *Los Libros*, año IV, n° 28, septiembre de 1972, p. 12. Ahí lo expresaba con claridad: “No en vano citamos hoy a Gramsci, a Lukács, a Bachelard, a Fanon, al estructuralismo genético de Goldmann (...) no como ornamentos eruditos o como pruebas de obediente ‘aplicación’ colonial sino como herramientas efectivas para una práctica de la crítica cultural que sirva al proceso de

podía ser de otro modo, el arco maoísta de *LL*, tamizaba sus usos del revolucionario sardo con planteos de Mao Tse–Tung.

Gramsci no fue en ningún momento presentado en *LL*, ni tampoco existieron reseñas de sus libros. Inmediatamente ubicado dentro del acervo marxista, se disponía a la apropiación de los articulistas. Tampoco se registraron discrepancias o rechazos a su obra. Más bien existieron algunos elocuentes reconocimientos por parte de los animadores principales. R. Piglia aseguraba: “La publicación de los tres tomos de escritos de B. Brecht sobre arte y literatura es sin duda el acontecimiento más importante de la estética marxista desde la aparición de los Cuadernos de Antonio Gramsci”⁷¹.

El tratamiento de la cuestión pedagógica en general y, en particular los usos pedagógicos gramscianos, respondieron a los dos nudos del proyecto crítico educativo de *LL*. Ambos animaron los números consagrados al tema pedagógico: el n° 31, agosto–septiembre de 1973, y el n° 32, octubre–noviembre de 1973, titulados respectivamente “Argentina: educación e ideología” y “Educación en Argentina (II)”, y aparecidos en el marco del proceso de movilización y organización sindical que culminó en la conformación de la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA). Con ellos, *LL* pretendió tanto evidenciar la dominación ideológica⁷², como ponderar las disputas y posibilidades en el aparato escolar⁷³, por ejemplo, a través de la reproducción de documentos de sindicatos

liberación, críticas cuyos criterios fundamentales parten del análisis de los procesos económicos, políticos, sociales, históricos y culturales de nuestra realidad”.

⁷¹ Piglia, R. “Mao Tse–Tung Práctica estética y lucha de clases”, *Los Libros*, año III, n° 25, marzo de 1972, p. 25.

⁷² Del n° 31: Cuello, H. y Mateo, F. “Un discurso ideológico transaccional: los objetivos de la política educacional de la ‘Revolución argentina’” (pp. 13–19); Tedesco, J. C. “Educación e ideología en Argentina. Notas para una investigación”, *Los Libros*, año IV, n° 31, agosto–septiembre de 1973, pp. 4–12. Este último artículo se había realizado en el marco de la cátedra Historia de la Educación Argentina y Latinoamericana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata que el autor encabezaba y de la que participaban, entre otros/as, Julia Silber, Gerardo Sánchez y Ana Bemon.

⁷³ Cheja, R. y Grego, B. “Apuntes para una teoría de la inserción en el proceso educativo”, *Los Libros*, año V, n° 31, agosto–septiembre de 1973, pp. 24–27. Con un evidente filón althusseriano condensado en la noción de problemática y el trabajo teórico, proponían intervenciones prácticas fundamentadas en conocimientos científicos. Otros artículos que señalaban los quiebres en el sistema educativo en el n°32 se encuentran en: Cuello, H. y Mateo, F. “Crisis ideológica y sindicalización: el magisterio del Gran Buenos Aires” (pp. 10–17); Leiva, L., “Argentina 1973: Movimiento docente” (pp. 18–20); Cuello, H. y Mateo, F. “Algunos datos cronológicos acerca del proceso de sindicalización de la docente (1971–1973)”, (pp. 24–26).

Desde ya, bajo una impronta semejante, otros números de *LL* incluyeron experiencias pedagógicas alternativas. Así, por ejemplo, el n° 23, reprodujo un documento, ya citado, del

docentes⁷⁴. La editorial que inauguró los dos números dedicados a la pedagogía daba cuenta de los trazos de este proyecto crítico:

El análisis de cómo un sistema de explotación se “reproduce” a través de los mecanismos ideológicos y organizativos de sus instituciones escolares se ha revelado particularmente fecundo para la determinación de los complejos y sutiles instrumentos de conservación que detentan las clases dominantes y para denunciar las falacias de la “democratización” burguesa de la enseñanza⁷⁵.

A este indudable aspecto de la crítica educativa, le continuaba su costado prospectivo:

Pero hay un campo de análisis cuyo objetivo sería determinar cuáles son las líneas de ruptura de un sistema, sus desfasajes, sus contradicciones y, específicamente, cómo aparecen en el nivel del aparato educativo. Pensamos que esta línea de búsqueda no sólo es complementaria de la primera sino que aparece orgánicamente conectada a la problemática de la “crisis” que atraviesa hoy el sistema educativo y la sociedad en su conjunto⁷⁶.

Al n° 31, consagrado a desmenuzar los mecanismos ideológicos dominantes del aparato escolar, le prosiguió el n° 32, más atento a la elaboración de propuestas o a la intervención político-pedagógica. Así, la editorial de este número retomaba la deuda:

equipo pedagógico de la Facultad de Arquitectura de Córdoba sobre el proyecto del Taller Total en la Facultad de Arquitectura de Córdoba. La experiencia, de amplia repercusión entre la intelectualidad de la época, formó parte de un intenso movimiento de estudiantes y docentes de Arquitectura (entre otras facultades) que repensó los planes de estudio, la relación entre docentes y estudiantes, así como también los vínculos con los sectores populares.

⁷⁴ S/autores/as. “Declaración del Congreso de la Central Única de Trabajadores de la Educación de la República Argentina y de la Agrupación 18 de noviembre”, *Los Libros*, año IV, n° 32, octubre-noviembre de 1973, pp. 21-23.

⁷⁵ “Editorial”, *Los Libros*, año IV, n° 31, agosto-septiembre de 1973, p.3.

⁷⁶ Ídem.

Las nuevas formas organizativas y los nuevos métodos de lucha de los docentes (...) son un complemento práctico de los análisis ideológicos del número anterior: deben ser leídos en ese marco como un segundo momento para definir –en la articulación de lucha ideológica y lucha política– esa “crítica política de la cultura” que enmarca y define los objetivos de la revista⁷⁷.

Gramsci era situado en este doble nivel de la crítica pedagógica. En el ya comentado artículo de J. Delgado, C. Martínez y J. Schwartzman para descifrar la dominación ideológica de los textos escolares, los/as autores/as referían al comunista italiano, concretamente a una cita del libro *Los intelectuales y la organización de la cultura*⁷⁸. La literatura escolar replicaba la distinción de diversos grados en la actividad intelectual observada por Gramsci. En la cúspide, los creadores de las diversas ciencias, de la filosofía, del arte; en el inferior, los más humildes administradores y divulgadores de la riqueza intelectual ya existente. Anclados/as, en sintonía con L. Althusser, en la crítica a la materialidad del dominio ideológico, asumían esta observación gramsciana para analizar su institucionalización escolar, específicamente, a través de los manuales escolares.

Respecto a la crítica prospectiva, los usos pedagógicos del revolucionario sardo también implicaron dos momentos. En primer lugar, se solía aludir a la crisis orgánica o hegemónica que atravesaban las instituciones educativas como parte de una crisis social más vasta. La noción de crisis estaba mediada por una instancia central de la *nueva crítica*: la ideología, y apuntaba al conjunto social. Espacio propicio, en consecuencia, para categorías gramscianas atentas al papel de la ideología y su arraigo social, como “crisis orgánica”, evocada asiduamente en las páginas de *LL*. Otorgaba no sólo una nominación idónea para el análisis, sino que también remitía a la mediación y al papel de la ideología en las instituciones, entre ellas, las educativas. En el ya citado artículo de H. Cuello y F. Mateo, se argüía que la “Revolución argentina” se vio enfrentada a una “crisis orgánica que afectaba a la hegemonía de las clases dominantes nativas sobre el conjunto de las clases de la sociedad argentina”⁷⁹.

⁷⁷ “Editorial”, *Los Libros*, año IV, n° 32, octubre–noviembre de 1973, p.3.

⁷⁸ Delgado, J.; Martínez, C.; Schwartzman, J. “La enseñanza en los textos de la escuela secundaria”, *Los Libros*, año V, n° 38, noviembre–diciembre de 1974, pp. 11.

⁷⁹ Cuello, H. y Mateo, F., “Un discurso ideológico transaccional: los objetivos de la política educacional de la ‘revolución argentina’”, *Ibid*, p. 13.

También la editorial n° 31 comenzaba el número de la siguiente manera: “La ‘cuestión’ educativa. *Crisis* es, sin duda, la palabra que aparece casi inmediatamente si se quiere definir hoy el problema de la escuela en la Argentina”⁸⁰. La crisis no suturaba gracias a la disputa del movimiento docente y estudiantil. Este diagnóstico corría de la pretendida homogeneidad a la dominación ideológica educativa y fundamentaba tanto la disputa institucional como la proyección de una opción popular.

En esta última línea, evidentes conceptos gramscianos, aunque sin referencia explícita, fueron utilizados en el documento de la Agrupación Docente 29 de Mayo de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, en el n° 23⁸¹. Tal vez, la pluma de J. C. Portantiero, que participaba de la organización, animó esa producción. El documento fundamentaba su línea política docente en la universidad. Sostenía, sin descendencia reformista, que “quien domina en la sociedad civil domina en la sociedad política”, y que, al interior del sistema educativo, se podía desenvolver una “lucha popular contrahegemónica” como un capítulo importante del proceso general de acumulación de fuerzas. Se trataba, pues, de articular la disputa institucional con la constitución de un “nuevo bloque histórico antiimperialista revolucionario” y, por tanto, con la creación de una nueva cultura disruptiva respecto a la dominante.

En suma, la obra de Gramsci respondió a la crítica pedagógica pregonada por *LL*, a la vez que fue articulada, de diferentes maneras, con el pensamiento althusseriano. Si el Althusser *clásico* permitía fundar una crítica centrada en la dominación ideológica y su inscripción en la materialidad institucional, Gramsci era situado en estas coordenadas, al tiempo que respondía a una dimensión clausurada en el filósofo francés: las condiciones para viabilizar una intervención política. Lejos de cualquier salida voluntarista, las categorías y propuestas gramscianas se sometían a la rigurosidad de la lucha de clases.

8.3. La exégesis de Gramsci en *LL* desde el ángulo pedagógico

Como anticipé, *LL* no dedicó un tratamiento particular al pensamiento gramsciano, pero hubo una excepción. En el n° 32 (octubre–noviembre de 1973), dedicado al

⁸⁰ “Editorial”, *Los Libros*, año IV, n° 31, agosto–septiembre de 1973, p.3.

⁸¹ “La agrupación ‘29 de Mayo’ a los compañeros de Filosofía y Letras. Balance de la actividad político–pedagógica en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires”, *Los Libros*, año II, n° 23, noviembre de 1971, pp. 5–6.

ámbito pedagógico, se tradujo un artículo de Christine Buci–Glucksmann, “Gramsci y la cuestión escolar”⁸². El acervo gramsciano evocado a la largo de la publicación tenía por primera vez un abordaje específico que giraba en torno a la pedagogía. ¿Por qué *LL* incluyó este artículo? ¿Cuáles fueron sus móviles para traducirlo? El artículo condensaba los dos ejes del proyecto crítico–pedagógico de la revista: a) desmenuzar los mecanismos de la dominación ideológica escolar; b) fundamentar una crítica educativa prospectiva. Asimismo, el manuscrito presentaba una relación tensa con el legado althusseriano y, específicamente, su interpretación de la obra gramsciana sin caer, por ello, en abordajes de corte voluntaristas o idealistas. El escrito de C. Buci–Glucksmann incluido en *LL* fue contemporáneo a una producción más vasta de la autora que finalizó en 1974 y que fue publicada en 1975 en Francia: *Gramsci et l'État (Pour une Théorie Matérialiste de la Philosophie)*, donde abordó el conjunto de la producción gramsciana⁸³. Además de trabajar con la edición cronológica e íntegra de los *Cuadernos* –que conoció de primera mano en sus visitas al Instituto Gramsci en Roma– contempló los escritos gramscianos precarcelarios. Una ardua tarea de exégesis de casi 500 páginas. Su artículo, incluido en *LL*, sólo gana inteligibilidad al situarlo en este proyecto ambicioso de la autora.

⁸² Buci–Glucksmann, C. “Gramsci y la cuestión escolar”, *Los Libros*, año IV, n° 32, octubre–noviembre de 1973, pp. 4–8. El artículo había aparecido en *Literature/science/idéologique*, n° 3–4, 1972.

⁸³ Traducida al español en 1978, México: Siglo XXI: *Gramsci y El Estado (Hacia una teoría materialista de la Filosofía)*. Otro escrito de la autora contemporáneo al artículo y homogéneo en su fundamentación de la lectura de Gramsci, se encuentra en su introducción al libro de Colletti, L. (1972) *From Rousseau to Lenin: Studies in Ideology and Society*. London: New Left Books, consagrada a la discusión del historicismo y de su interpretación por L. Althusser

Los libros

Para una
crítica política
de la cultura

Nº 32

Octubre-Noviembre/1973/\$ 5.-



EDUCACION EN ARGENTINA

(II)

AGREMIACION Y LUCHAS DOCENTES

**Christine
Glucksmann**

**GRAMSCI y la cues-
tión escolar * Salud
mental : ideología y
poder * Sobre el
guevarismo**



Portada del nº 32 de la revista *Los Libros*

C. Buci–Glucksmann, militante del PCF (al que ingresó en 1966), permaneció bajo las influencias de su maestro, L. Althusser. En su lectura de Gramsci, se registraban los propósitos del althusserianismo: *volver* a las fuentes del marxismo, distanciándose tanto de las versiones mecanicistas como de las nuevas tentativas revisionistas de cuño humanista o historicista. Además, la filósofa francesa se apoyó en los preceptos althusserianos para leer a Gramsci, aunque, a partir de la autocritica de su maestro (ante todo, en 1974 cuando se publicó en París *Éléments d'autocritique*), se diferenció de L. Althusser e inauguró un nuevo camino. No obstante, esta distancia fue sólo parcial. Reiteradamente, el legado althusseriano animó su exégesis sobre el revolucionario sardo. Como había sugerido L. Althusser y, luego, desarrolló N. Poulantzas, C. Buci–Glucksmann emprendió una *lectura sintomática* de Gramsci. Citaba a su maestro, cuando sostenía que “Leer es practicar una problemática” (Buci–Glucksmann, 1975/1978:29).

La filósofa francesa inscribía al revolucionario sardo en la problemática del Estado. Desde esa perspectiva indagó en la originalidad gramsciana y en sus diferentes conceptos. Gramsci, anclado en la tradición marxista–leninista, había introducido una novedad a través de su concepto de *Estado ampliado* o *pleno* y operado un desdoblamiento del concepto de hegemonía, reparando ya no sólo en la constitución de la clase proletaria sino también en el análisis del Estado a través de la noción de aparatos de hegemonía. Esta innovación debía ser leída como una continuación del leninismo en otras condiciones históricas y con otras conclusiones políticas⁸⁴. Al igual que L. Althusser y N. Poulantzas, disponía una afinidad entre Lenin y el comunista italiano. A través de la problemática señalada la autora, como fiel althusseriana, albergaba vastas expectativas. El abordaje del Estado gramsciano contraía implicancias filosóficas. Su teoría del aparato hegemónico se traducía en una teoría del *aparato de hegemonía filosófico (AHF)* y, por tanto, establecía una nueva relación entre filosofía, cultura y política, esto es, una *gnoseología de la política*. En resumidas cuentas, C. Buci–Glucksmann, siguiendo una *lectura sintomática*, rastreaba la filosofía gramsciana no en sus enunciados filosóficos explícitos, sino en su abordaje del Estado. Subyacía aquí, en su política, una filosofía implícita que cualquier lectura literal evadía y sólo era asequible a través del desplazamiento que operaba la inscripción de la problemática del Estado en la obra gramsciana. La política realizaba

⁸⁴ El trabajo de Buci–Glucksmann en Francia no era solitario. La relectura de Gramsci durante la década del 70 en tensión con el legado althusseriano fue dinamizada también por André Tosel.

a la filosofía, le otorgaba un contenido real, material. La autora daba cuenta de esta conjunción de la política y la filosofía –que denomina la *gnoseología de la política*– tanto al analizar la filosofía en su inscripción superestructural –*teoría del aparato de hegemonía filosófico*–, como al derivar conceptos a partir de la nueva estrategia política gramsciana –la guerra de posiciones– para los países capitalistas avanzados. Con su teoría del AHF y su gnoseología de la política, bregaba por elucidar los elementos de una filosofía materialista en Gramsci y, así, ajustar cuentas con la dialéctica idealista (Buci–Glucksmann, 1975/1978:14–29, 404–419). Después de todo, proseguía el combate de L. Althusser contra la hegelianización de Gramsci.

Esta *lectura sintomática* de Gramsci, tensionó a L. Althusser en varios niveles. C. Buci–Glucksmann emprendió una nueva aproximación al comunista italiano, distante de la realizada por su maestro. Básicamente, la crítica al historicismo gramsciano por el althusserianismo, partiendo de una matriz común a todo historicismo –de J.P. Sartre a G. Lukács–, a pesar de que había arrojado luz sobre la presencia hegeliana en el marxismo, era insostenible e inaplicable a Gramsci. La autora demostró que, atendiendo al abordaje gramsciano del Estado, se desprendía una filosofía que lejos estaba de abreviar en el historicismo hegeliano o crociano. El mote historicista endosado por L. Althusser a G. Lukács o K. Korsch no se ajustaba a Gramsci. El revolucionario sardo había emprendido una delimitación tanto del mecanicismo como del revisionismo idealista (Ibíd.: 205–6, 278). Si para L. Althusser debía desgajarse la filosofía historicista gramsciana, para la autora, la filosofía gramsciana tenía un filón, no historicista, sino más bien materialista, tangible sólo a través de la problemática del Estado. Esta línea inexplorada por L. Althusser fue desarrollada por C. Buci–Glucksmann. Aseveró que la ampliación del Estado a través de los aparatos de hegemonía suponía atender a contradicciones secundarias o específicas, y que un modelo expresivo del todo social de origen hegeliano conforme a la matriz teórica de todo historicismo –tal y como proponía L. Althusser en *Para leer el Capital*–, no aplicaba a Gramsci. Según la autora, la unidad social en el genio sardo no se resumía en la praxis sino que presentaba momentos desiguales, heterogéneos.

Igualmente, en este camino original, la filósofa francesa reparó reiteradamente en preceptos althusserianos. Trabajó la ligazón de la filosofía con la lucha de clases. El estatuto de la filosofía gramsciana se dirimía en la disputa clasista, por lo que le había demandado ajustes perpetuos. De ahí que la autora distinguió entre *historización legítima* e *historicismo*. Era preciso situar a Gramsci en la historia, para *desideologizar* los análisis y medir mejor la validez real de sus conceptos. En otras palabras, se

requería una *historización* legítima, pero que jamás debía derivar en un *historicismo* sustituyente de la tarea teórica gramsciana (1975/1978:24). En última instancia, como su maestro, jerarquizaba y sostenía la autonomía de la práctica teórica. Asimismo, intentó desandar un punto cardinal de la crítica althusseriana: la acusación de historicista a Gramsci que se asentaba, entre otros puntos, en su homologación de ciencia o filosofía con ideología. En otras palabras, la comprensión de Gramsci de la ciencia como superestructura desechaba, según L. Althusser, la tarea teórica o la reducía a un mero empirismo –a una contrastación constante con la práctica, con las cambiantes coyunturas–. Anclaba los conceptos marxistas, los conceptos científicos en la situación histórica, al tiempo que identificaba filosofía e historia. Básicamente, C. Buci– Glucksmann respondió a esta crítica trabajando el filón materialista de la filosofía gramsciana e interpretando su tesis de la “ciencia como superestructura”, no en términos de un subjetivismo de clase –del tipo ciencia burguesa/ciencia proletaria–, sino como parte de la búsqueda del conocimiento objetivo.

La autora se apoyaba en aquellas intuiciones productivas divisadas por L. Althusser en Gramsci, entre ellas las relaciones entre filosofía y política, la ampliación del Estado, el carácter material de la ideología. Débil en el terreno filosófico, en el plano del materialismo histórico Gramsci presentaba apuntes dignos de consideración, según el filósofo francés. C. Buci–Glucksmann (Ibíd.:417) profundizó y enriqueció estas intuiciones registradas por su maestro, pero en lugar de escindir las del ámbito filosófico, las trabajó como parte de la filosofía materialista gramsciana a la luz de la problemática del Estado (Ibíd.:91). Mediante el empleo del método de lectura althusseriano y la incorporación de algunas de las observaciones de su maestro, pero distanciándose de otras, la autora emprendió una renovada lectura de la obra del comunista italiano.

La introducción de un artículo de C. Buci–Glucksmann, además de expresar la familiaridad de LL con elaboraciones francesas, suponía tomar alguna distancia del althusserianismo al que nunca pareció adherir linealmente. Seguramente, no fue el conocimiento cabal de las preocupaciones o líneas de trabajo de la autora lo que fundamentó la inclusión del artículo. Más bien, el escrito guardaba una tonalidad coherente con la revista, tanto respecto al tratamiento del legado althusseriano como por el hecho de proponer una clave de lectura de Gramsci alejada del humanismo. Esta afinidad, este registro compartido fue un nivel que justificó la opción por el artículo. Hay otro pegado a éste que también contribuyó y, presumiblemente, resultó más palpable para los protagonistas de la publicación: el manuscrito de C. Buci–

Glucksmann respondía orgánicamente al proyecto crítico de *LL* en el plano pedagógico. En principio, la autora ofrecía una interpretación materialista de Gramsci y, específicamente, de su tratamiento de la cultura. El comunista italiano, en la versión de C. Buci–Glucksmann, no abogaba por un culturalismo idealista que desplazaría al marxismo–leninismo del terreno de la lucha de clases hacia la cultura, sino que abordaba la cultura en su encarnación conflictiva y material, en su enraizamiento en los aparatos hegemónicos.

Además de la más que evidente distancia con el economicismo, esta lectura de Gramsci coincidía con el proyecto de *LL*, “Una crítica política de la cultura”, y con su demarcación de las tentativas humanistas, vehiculizado por las posturas nacionalistas populares, que jerarquizaban el discurso fanoniano o freiriano y, por tanto, las posibilidades de transformación a través de la voluntad, con los consecuentes riesgos de esta orientación al sugerir que el cambio social dependía más de la iniciativa política momentánea que de las condiciones sociales generales. La disputa cultural debía centrarse, no en la voluntad, sino en la lucha de clases y, desde esa posición, asir la dominación, las opciones populares y el papel de los intelectuales. Específicamente, se trataba de aprehender la ampliación del Estado y la dinámica de los aparatos culturales, tema tan reiterado en *LL*, en base al enfrentamiento clasista. De hecho, para C. Buci–Glucksmann la ocultación del concepto de aparatos de hegemonía en la exégesis sobre Gramsci, había conducido a una preeminencia de lo ideológico sobre el análisis de las superestructuras, a una preeminencia de la *problemática* del bloque histórico sobre la de relaciones de fuerza y del Estado, en suma, a una “desviación cultural idealista” en la interpretación del comunista italiano.

La noción gramsciana de aparatos hegemónicos empleada por la autora, contribuía a una de las aristas del proyecto de *LL*: evidenciar los mecanismos ideológicos de dominación en los aparatos culturales, entre ellos, el educativo. C. Buci–Glucksmann trabajaba sobre la ampliación del Estado divisada por L. Althusser en Gramsci. El filósofo francés había traducido las intuiciones gramscianas sobre el Estado a través de su concepto de AIE, como una prolongación de la crítica al economicismo. Tanto los aparatos de hegemonía como los AIE evidenciaban las formas de persuasión, de construcción de consenso de las clases dominantes. Ubicaban, pues, el lugar, las funciones y las eficacias diferenciales de los aparatos en el conjunto social. La interpretación sugerida por C. Buci–Glucksmann sobre Gramsci, encontraba líneas de familiaridad con el modelo de tratamiento del Estado por parte del comunista italiano que Anderson (1978) denominaba como *Estado idéntico a sociedad civil*. Sociedad

política y sociedad civil eran, prácticamente, indiferenciadas, por lo que el Estado comprendía no sólo el aparato gubernamental sino también el aparato “privado” de la hegemonía.

Al igual que su maestro, C. Buci–Glucksmann destacaba el carácter material de las superestructuras. La ideología dominante, tanto en los AIE como en los aparatos de hegemonía se arraigaba en prácticas materiales, en una organización material tendiente a conservar, desarrollar y defender un cierto tipo de consenso. Los aparatos de hegemonía gramscianos, en la versión de la autora, tenían similitudes con los AIE althusserianos y, por tanto, respondían a la demanda de la crítica cultural de *LL*: elucidar la dominación ideológica. Sin embargo, esta crítica de la cultura reclamaba, para la publicación, otro costado: una crítica prospectiva. El artículo de C. Buci–Glucksmann avanzaba y cuestionaba el legado althusseriano y poulantziano sobre Gramsci en un punto sensible: el atravesamiento de la lucha de clases en el Estado producía grietas. El aparato de hegemonía gramsciano no se reducía a los AIE. Éstos últimos, y aquí la autora se apoyaba en las rectificaciones de L. Althusser –respecto a su momento *clásico*–, resultaban un obstáculo cuando se quería determinar políticamente los nexos entre la base, la superestructura y la lucha de clases. Es decir, el concepto de reproducción se mostraba insuficiente para asegurar la riqueza del Estado ampliado gramsciano al escindirlo de la concreta contienda clasista.

Para la autora, Gramsci trabajó con parejas teóricas y metodológicas *bipolares*. Así, la ampliación del concepto de Estado supuso la redefinición de una perspectiva estratégica nueva –la guerra de posiciones– que posibilitaba a las clases subalternas luchar por un nuevo Estado. De ahí el error de N. Poulantzas: reducir la utilización del concepto de hegemonía solamente a las prácticas de la clase dominante, convirtiendo de este modo la hegemonía en sinónimo de ideología dominante. Al conjugar los aparatos de hegemonía con la problemática del Estado gramsciano y la estructuración de una estrategia de nuevo tipo para los países capitalistas avanzados, C. Buci–Glucksmann concluía que al consenso dominante le continuaba, en Gramsci, una impugnación de las clases subalternas y, por tanto, una disputa en los aparatos culturales. Los efectos de la hegemonía devenían más que contradictorios. En su artículo, incluido en *LL*, marcaba las diferencias entre el Estado ampliado gramsciano y los AIE althusserianos:

Lo que interesa a Gramsci es la dialéctica que permite que una “clase subalterna” se convierta en hegemónica. De allí la profundización de conceptos como el de crisis y del modo mismo según el cual se organiza la nueva hegemonía (*teoría del partido* y “reforma intelectual y moral”) en sus relaciones con la clase y el conjunto de la sociedad⁸⁵.

Por ello, C. Buci–Glucksmann colocó como nudo del pensamiento gramsciano el carácter pedagógico de cada relación hegemónica⁸⁶. Expresada de manera neurálgica en el aparato escolar, este vínculo no se reducía, sin embargo, a las relaciones específicamente escolares sino que atravesaba al conjunto social. La impronta vincular, pedagógica, de la hegemonía permitía asir tanto la dominación como las impugnaciones en los aparatos hegemónicos. En su artículo, la autora reparó, siguiendo a Gramsci, en las opciones subalternas a la hegemonía burguesa.

La propia editorial n° 32, se hacía eco de este asunto cardinal: “Toda relación de hegemonía es, a la vez y por su función pedagógica”⁸⁷. La jerarquía de este tema gramsciano se explicaba por la doble respuesta que el artículo de C. Buci–Glucksmann ofrecía al proyecto crítico de *LL*. En otras palabras, además de analizar la dominación en las instituciones burguesas, fundamentaba una arista principal para la publicación: la lucha específica en los aparatos culturales, a fin de desagregar todas las reservas organizativas de la clase dominante. Asimismo, la perspectiva de la autora fundamentaba la crisis del sistema educativo y, por tanto, las bases de la crítica prospectiva. Se ha visto el peso otorgado a la “crisis educativa” del aparato escolar para *LL*. La noción gramsciana de “crisis orgánica”, extendida y diseminada en las páginas de la publicación, tenía en el artículo de C. Buci–Glucksmann un tratamiento particular, denso. La autora profundizaba en las características de la “crisis orgánica” observadas por Gramsci y enfatizaba que no se reducía al ámbito educativo, sino que era una crisis global, una crisis de hegemonía de la clase dirigente, una crisis que comprendía al Estado y a sus aparatos de hegemonía –al *Estado ampliado*–, a la capacidad de dirección ideológica y cultural de la clase dominante. El vínculo pedagógico hegemónico y sus crisis inundaban el vasto y

⁸⁵ Buci–Glucksmann, C. “Gramsci y la cuestión escolar”, *Los Libros*, año IV, n° 32, octubre–noviembre de 1973, p. 7.

⁸⁶ La autora tildó de “muy interesante” el estudio de Broccoli, Angelo (1972). *Antonio Gramsci y la educación como hegemonía*, que acababa de aparecer en Italia y otorgaba centralidad a la relación entre hegemonía y pedagogía (1975/1978:471)

⁸⁷ “Editorial”, *Los Libros*, año IV, n° 32, Octubre–noviembre de 1973, p. 3.

conflictivo tejido social. Es sabido que bajo la noción de crisis orgánica, se jugaba un dilema traumático en Gramsci: o comenzaba a operar un poder apoyado en fuerzas ilegales y cómplices de la burguesía y se preparaba una forma extrema de coerción estatal, o bien, se oponía una fuerza popular organizada y estratégica.

Desde ya, la autora, como LL, bregaba por la segunda opción. Así, y nuevamente emergía la crítica prospectiva, C. Buci–Glucksmann recopilaba las reflexiones de Gramsci como solución ante la crisis. Por un lado, y apoyándose implícitamente en M. Manacorda⁸⁸, sugería en su artículo dos alternativas específicamente educativas: la alternativa escolar y la alternativa pedagógica. La primera suponía el acceso de la clase obrera a una escuela única, general, desinteresada, lejos pues de la mera especialización que proponía la burguesía. La segunda, indicaba una pedagogía de la promoción, una pedagogía activa, pero que no debía desembocar en un mero espontaneísmo. En sintonía con otros usos gramscianos en LL⁸⁹, instaba a un abordaje serio y productivo de la cultura subalterna que encerraba tanto elementos críticos como elementos importados de las ideologías dominantes. A fin de valorar la cultura popular y tejer un vínculo democrático, no paternalista, la autora recordaba la IIIª tesis sobre Feuerbach de Marx, tantas veces aludida por Gramsci: el educador debe ser educado.

La lucha de clases atravesaba al ejercicio crítico, por lo que cualquier alternativa postulada no podía afincarse sólo en el plano educativo o escolar. La suerte que corriesen las soluciones propuestas en el ámbito educativo era indisoluble de la lucha global por la constitución del nuevo bloque histórico. Con ciertos aires maoístas afines a los principales animadores de LL, C. Buci–Glucksmann se centraba en Gramsci, y especialmente en sus consideraciones sobre la *cuestión meridional*, para bregar por la conformación de una alianza entre el proletariado y la gran masa campesina, capaz de romper el bloque agrario conducido por los propietarios terratenientes y sus intelectuales.

⁸⁸ Aunque explícitamente en Buci–Glucksmann (1975/1978:481).

⁸⁹ La reproducción parcial del texto de Satriani, L. y Luigi, M., *Folklore e Profitto. Tecniche di distruzione di una cultura* (luego, publicado por el Centro Editor de América Latina), bajo el título “Folklore y la cultura popular”, *Los Libros*, año VI, n° 39, enero–febrero de 1975, pp. 3–9, abogaba por una comprensión compleja del folklore en tanto manifestación popular y posibilidad de contribuir al despertar, entre los dominados, de su conciencia de clase. El folklore no podía ser descartado por las organizaciones revolucionarias sino que requería un minucioso análisis para insertar su trabajo. Las reflexiones de Gramsci sobre el folklore oficiaban de argumento y respaldo.

La inclusión del artículo de C. Buci–Glucksmann, por tanto, no resultó fortuita. Respondía de forma orgánica y coherente a una serie de singularidades de *LL*. Al tratamiento conflictivo del legado althusseriano y a la demarcación con las tentativas marxistas o populistas de sesgo humanista, le seguía un Gramsci capaz tanto de criticar la materialidad del dominio escolar como de sugerir vetas de transformación social y educativa.

Capítulo 9. Gramsci en la trama de las Ciencias de la Educación. El caso de la Revista de Ciencias de la Educación (1970–1975)

9.1. La modernización cultural y la radicalización política I: Juan Carlos Tedesco y el primer uso gramsciano desde la teoría educativa argentina

Hasta el momento, la cuestión pedagógica en relación al derrotero de Gramsci ha sido tratada en términos de *derivadas pedagógicas*, como parte de una reflexión más vasta que contenía un *objeto pedagógico*, o bien, como una *sección* de un emprendimiento editorial. La particularidad de este último capítulo reside en abordar el itinerario de Gramsci a partir de reflexiones y publicaciones *oriundas* del espacio pedagógico. Las elaboraciones tanto de J. C. Tedesco (1944) como de la *Revista de Ciencias de la Educación (RCE)* se produjeron en el seno del terreno pedagógico y permanecieron en tensión con las contiendas propias de algunas carreras de Ciencias de la Educación¹. La *RCE* irrumpió en abril de 1970 y se extendió hasta septiembre de 1975, con 14 números en su haber, y siempre bajo la dirección de J. C. Tedesco. El mismo año en que apareció la revista, este egresado de Ciencias de la Educación de la UBA (1968), publicó *Educación y Sociedad en la Argentina (1880–1900)*, donde incorporó a Gramsci en su acervo teórico. Presumiblemente, éste fue el primer uso del revolucionario sardo desde la teoría educativa local.

Existe una evidente familiaridad entre la iniciativa de *Los Libros* y la comanda por J. C. Tedesco: en ambas se entrecruzaban y reclamaban la radicalización política y la modernización cultural. Compartían, en palabras del director de la revista, además de vínculos personales con B. Sarlo o C. Altamirano, un “enfoque común en cómo ver las cosas” (Tedesco, comunicación personal, 8 de abril de 2015). La aproximación se dirimía no en un posicionamiento o linaje político específico sino en la afinidad de un

¹ La indagación sobre la *RCE* y la producción de J. C. Tedesco por aquellos años no han sido un tema recurrente en la historiografía educativa. Entre algunos de los abordajes, se destaca Suasnábar (2004:199–215, *Ibíd.*:266–272) que le dedica varias páginas al recorrido de la revista y realiza alguna reflexión sobre el libro de J. C. Tedesco comentado en el capítulo. Aunque no es el centro de su preocupación, resulta interesante porque dispone un abordaje global y agudo sobre los momentos y el periplo de la revista. Por su parte, Amar (2013:29–52), se centra en divisar el itinerario de P. Bourdieu en la publicación. Sus consideraciones también resultan significativas, al iluminar y profundizar intersticios sugeridos por Suasnábar. Por último, Silber (2011:31), miembro del Consejo de Redacción de la revista a principios de los 70, sólo menciona a *RCE* para ilustrar que la publicación expresó y reeditó las tendencias críticas educativas del período: teorías sociológicas crítico-reproductivistas, pedagogías liberadoras (básicamente, los planteos de P. Freire) y las perspectivas desescolarizantes.

discurso crítico generacional que se presentaba como modernizador –pero sin desembocar en el cientificismo– y radicalizado –sin caer en el populismo–. Con sólo 25 años, J. C. Tedesco hacía una doble incursión editorial, por un lado con la aparición de su libro –que a la postre devendrá clásico–, y por el otro, con la emergencia de una experiencia de la nueva izquierda pedagógica: la *RCE*. Para volverlas inteligibles, es preciso profundizar en la indagación de las tendencias modernizadoras y críticas en auge por entonces.

Como ya anuncié en otros pasajes de este estudio, al derrocamiento del peronismo en 1955 le continuó un ciclo comúnmente denominado *modernizador*. Interesa aquí enfatizar el rol de G. Germani que, en el ámbito de las ciencias sociales, encabezó el proyecto modernizador e influyó en el primer libro de J. C. Tedesco. Una vez en el gobierno, el heterogéneo frente opositor al peronismo impulsó la desperonización de la vida social y educativa a manos de la autodenominada “Revolución libertadora” (1955–1958), y, como contrapartida, la conformación de un proyecto desarrollista, expresado cabalmente por la presidencia de A. Frondizi (1958–1962). El desarrollismo, estructurado más como un *clima de ideas* o de época que como una ideología política definida (Neiburg, F. y Plotkin, M, 2004:237), también conformó una respuesta al fantasma comunista que acechaba a América Latina a partir de la Revolución cubana. La Alianza para el Progreso, un programa de ayuda económica, política y social promovido desde por Estados Unidos en 1961 para América Latina, buscaba contrarrestar cualquier avance comunista en la región en el marco de la Guerra Fría. De ahí que la década del 60 estuviera signada por la presencia de importantes contribuciones económicas de organismos extranjeros tendientes a la modernización de los países latinoamericanos y de sus instituciones.

Las universidades estuvieron marcadas por ambos procesos, es decir, por la pretendida desperonización y por el proyecto modernizador (Naidorf, 2009; Riccono, 2014). Estos procesos aglutinaron a franjas intelectuales que habían permanecido alejadas de la academia durante el peronismo y que dinamizaron una importante actividad intelectual. En 1955, varios intelectuales reingresaron a las universidades, ocupando muchos de ellos roles de conducción (Buchbinder, 1997:185–190)². Un emblemático espacio de esta producción *extra muros* durante el peronismo resultó el

² José Luis Romero asumió la intervención de la UBA en 1955. Designó a Alberto Salas como interventor de la FFyL–UBA, quien nombró una Comisión Asesora donde se encontraba Juan Mantovani (el primer director de la Carrera de Ciencias de la Educación de la UBA).

Colegio Libre de Estudios Superiores, donde se desempeñó G. Germani. Por su parte, la implantación del desarrollismo como *clima de ideas* fue decisiva en la conformación de las ciencias sociales en nuestro medio. El desarrollismo era esencialmente interdisciplinario y demandaba saberes específicos, especializados, al tiempo que reclamaba conocimientos técnicos para la planificación y la intervención. Bajo estos influjos, se produjo a fines de los años 50 una profunda renovación intelectual y trastocamientos importantes en las universidades. Por ejemplo, en la UBA, en 1958, se sancionaron nuevos estatutos y, entre 1957 y 1962, se inauguraron una serie de carreras en la Facultad de Filosofía y Letras, entre ellas: Ciencias de la Educación (en mayo de 1957, que reemplazó a la antigua carrera de Pedagogía), Sociología y Psicología (en noviembre de 1957), Ciencias Antropológicas (septiembre de 1958) e Historia de las Artes (a mediados de 1962). En octubre de 1957 se dictó un nuevo plan de estudios para la carrera de Filosofía y, en diciembre del año siguiente para Historia. También en 1958 la Facultad implementó la departamentalización, creándose así los departamentos de Filosofía, Antropología, Geografía y Arqueología, Psicología, Ciencias de la Educación, Lenguas y Literatura Modernas, Lingüística y Literaturas Clásicas. Además, se promovió la formación de institutos y centros de investigación en las facultades. En conjunto, las carreras se inauguraron con una impronta de especialización y énfasis en el trabajo empírico, rompiendo con el modelo antipositivista de décadas anteriores (Buchbinder, 1997:192).

Dentro del denominado proyecto modernizador se fomentaron actividades de investigación y desarrollo. Así, se fundó en 1958 el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), que tuvo como antecedente al Consejo Nacional de Investigaciones Técnicas y Científicas (CONITYC), fundado en 1951 durante el gobierno del General Perón. El CONICET, comandado en sus orígenes por Bernardo Houssay –Premio Nobel de Medicina en 1947–, introdujo las figuras del Investigador y el Profesional de Apoyo, dispuso el financiamiento para la dedicación exclusiva de los científicos a la tarea de investigación y definió un programa nacional de becas para la investigación y otro de subsidios para la investigación privada. También estableció convenios con los gobiernos provinciales, las entidades académicas y el sector privado para dar origen a centros de investigación especializados. Con el gobierno de A. Frondizi se constituyeron, entre otros, el Centro Experimental de la Vivienda Económica en Córdoba, el Centro de Investigación y Desarrollo en Tecnología de Pinturas en la ciudad de La Plata, el Instituto Nacional de Limnología y el Instituto de Desarrollo Tecnológico para la

Industria Química (ambos en la provincia de Santa Fe) y el Plan Piloto de Ingeniería Química en Bahía Blanca.

A fines de los años 50 y en la década del 60 se asistió en toda la región a una constelación de nuevas instituciones y centros privados de investigaciones en ciencias sociales, más allá de las universidades. Desde mediados de la década del 50, la UNESCO promovió el establecimiento de centros de investigación y enseñanza. En 1957 fueron creados FLACSO, en Santiago de Chile, de la que surgió la Escuela Latinoamericana de Sociología (ELAS), y el Centro Latinoamericano de Investigación en Ciencias Sociales (CLAPCS, por sus siglas en portugués) situado en Río de Janeiro (Blanco, 2004:336). En el terreno económico, en 1958 se fundó en nuestro país el Instituto Torcuato Di Tella (ITDT) y su Centro de Investigaciones Económicas (CIE); en 1960 se conformó el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), de fuertes vínculos con el ITDT; ese mismo año nació el Instituto para el Desarrollo de Ejecutivos Argentinos (IDEA); en 1964 apareció la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL) (Neiburg, F. y Plotkin, M., 2004:19). La labor de la ITDT en la modernización de la cultura en la década del 60 fue crucial. En 1968 se componía de nueve centros de investigación y dos centros asociados, uno de ellos el Centro de Investigaciones en Ciencias de la Educación (CICE), creado en 1966 y dirigido por Gilda Lamarque de Romero Brest (directora del Departamento de Ciencias de la Educación de la UBA entre 1961 y 1966).

La figura y papel de G. Germani fue medular en este proyecto modernizador de las ciencias sociales y en el establecimiento de una *sociología científica*. En materia universitaria, en 1955 fue nombrado profesor titular de la Cátedra de Sociología General y más tarde, en 1957, designado Director de la carrera de Sociología y del Instituto de Sociología de la UBA. Desde el ámbito universitario, G. Germani renovó la investigación social, criticando las versiones ensayistas de décadas previas. La tarea no era “modernizar” la ensayística, sino provocar una ruptura metodológica y epistemológica (Sarlo, 2001:82). Bregaba, pues, por la separación de la sociología respecto de la filosofía, por ajustar la enseñanza de la disciplina a una metodología más rigurosa –frente al carácter especulativo y literario predominante–, por contrarrestar el alto grado de politización que invadía a la sociología por entonces y trabajar en pos de la especialización de la disciplina –a contramano de las generalidades a las que, según él, estaba acostumbrada América Latina–. G. Germani instó al estudio empírico predominantemente cuantitativo e interdisciplinario –y a gran

escala— de la sociedad argentina. Su obra *Estructura Social de la Argentina* (1955) constituyó la primera pesquisa local basada en los datos aportados por los primeros cuatro censos generales de población realizados entre 1869 y 1947. El efecto conmovedor de la obra es recordado por J. C. Tedesco: “El libro de Germani *Estructura social de la Argentina* provocó un *shock*, porque era un análisis. Por fin... uno decía ‘bueno, tenés datos, tenés que discutir, no son opiniones’” (Tedesco, comunicación personal, 8 de abril de 2015). La ensayística comenzaba a ser desplazada por el abordaje de material empírico.

El mundo moderno reclamaba la intervención del especialista, sugería el sociólogo ítalo—argentino. A los estudios de problemas concretos debía continuar una intervención tendiente a la modernización de la sociedad. Ciencia y optimismo se anudaban. Además del terreno universitario, los influjos renovadores de G. Germani a la investigación social transcurrieron a través del Centro de Sociología Comparada del ITDT, fundado en 1964 y dirigido por él mismo hasta 1966, cuando abandonó el país tras la intervención militar que echaba por tierra sus proyectos y trabajos llevados a cabo durante más de diez años. Como parte del afán modernizador de las ciencias sociales, editó, prologó y tradujo un conjunto significativo de obras a partir de mediados de la década del 40 y durante casi 25 años, como director de las colecciones Ciencia y Sociedad (de la editorial Abril) y Biblioteca de Psicología y Sociología (de Paidós). A partir de la ilación entre investigación, docencia y edición, G. Germani se constituyó en maestro de toda una camada de científicos sociales y de otras disciplinas (Filippa, 1997; Buccafusca, S., Serulnicoff, M. y Solari, F., 2000; Blanco, 2004; Germani, 2010).

Si bien existieron distintas temáticas que estructuraron su labor, la crisis de la sociedad moderna, en el marco de la transición de una *sociedad tradicional* a una *sociedad de masas*, y, por tanto, las posibilidades del surgimiento de regímenes totalitarios, sin dudas, fue la más decisiva. En Argentina, el fenómeno político y social del peronismo se volvió objeto de su reflexión³. “Nuestra época es esencialmente una época de transición” (1962:89), afirmaba. La idea de transición dominaba el pensamiento de Germani (Vezzetti, 1998:479). Confiaba en la progresiva

³ Es sabido que G. Germani se exilió en Argentina en 1934 a causa del régimen fascista italiano. Su tarea científica tuvo un marcado tono antifascista. De todas maneras, nunca asoció al peronismo con el fascismo y reconoció el otorgamiento de derechos a la clase trabajadora durante la presidencia de Perón. Aunque sí indagó en los orígenes de este movimiento político y en el apego de las masas a un proceso que concibió como totalitario.

racionalización liberal del mundo. Aunque el sociólogo ítalo–argentino presentaba un conjunto de aspectos que diferenciaban las sociedades tradicionales de las sociedades de masas, tres tenían un papel central: a) el tipo de acción y la preponderancia, en la modernidad, de las acciones electivas; b) la institucionalización del cambio –a contramano de la institucionalización de la tradición–; c) la diferenciación y la especialización creciente de las instituciones (Germani, 1962:71–75). Según G. Germani, en las sociedades latinoamericanas el proceso de modernización, es decir, de pasaje de una sociedad tradicional a una sociedad de masas, acarrea un conjunto de contradicciones y conflictos. En otras palabras, la secularización de la vida social junto con los progresos conseguidos, expresaba una serie de peligros, fundamentalmente la potencial instauración de regímenes totalitarios. Más allá que retomó diversos autores y corrientes de pensamiento, la matriz interpretativa residió en el estructural funcionalismo. Su programa de investigación era extenso y reclamaba estudios subsiguientes sobre distintas áreas de la estructura social argentina, entre ellas, la educativa.

El estructural funcionalismo animó a una de las principales obras de G. Germani: *Política y sociedad en una época de transición*. De Talcott Parsons retomó la teoría general de la acción que enfatizaba la cultura como el determinante del comportamiento social y, de Robert Merton, los conceptos de anomia, conflicto, integración, funcionalidad y disfuncionalidad. Abordaba la estructura social como una totalidad, a la cual definía como un mundo sociocultural que expresaba un conjunto de partes vinculadas entre sí e interdependientes. Este vínculo no suponía necesariamente armonía o equilibrio, sino que contemplaba desarticulaciones o desintegraciones. *Asincronía* era un concepto central en la explicación del pasaje de una sociedad tradicional a una sociedad de masas. En América Latina no se reproducía el modelo seguido por las sociedades de temprana industrialización sino que su desenvolvimiento condensaba un asincronismo, o sea, una conjunción de modernización en ciertas áreas y de tradicionalismo en otras. Este proceso contradictorio acarrea crisis que se desplegaban en dos movimientos complementarios. Por un lado, el ascenso de las clases proletarias se gestaba en un contexto mundial donde había sociedades desarrolladas con elevados niveles de consumo, producción y participación política y, por esta razón, el proletariado demandaba los mismos cánones de vida y participación en sociedades que aún no poseían las condiciones para satisfacer tales demandas. Por otro lado, las reivindicaciones populares se producían ante una élite enmarcada dentro de lo que

denominaba *tradicionalismo ideológico*. La preocupación de G. Germani sobre estos fenómenos complementarios residía en que las élites integraban a los sectores populares mediante mecanismos que, bajo la ilusión de mayor participación, cooptaban las libertades políticas y en materia económica –y de forma irresponsable– otorgaban incrementos salariales que generaban posibilidades de consumo. Bajo este escenario, las clases populares se volvían proclives a consentir regímenes totalitarios (Domínguez, J. y Maneiro, M., 2004; Rodríguez, 2009). El tradicionalismo ideológico no rechazaba de forma tajante el desarrollo; lo aceptaba parcialmente e intentaba limitar sus efectos socioculturales tan solo a la esfera técnico–económica. En otras palabras, instaba a una organización económica desarrollada, pero mantenía al resto de la sociedad dentro de las estructuras e instituciones tradicionales. Entre las resistencias u obstáculos que atravesaban las sociedades en su proceso de modernización, se encontraba el rechazo de las élites a ampliar la educación a todos los estratos de la sociedad y a conceder importancia adecuada a la enseñanza científica y técnica (1962:148).

La matriz germaniana animó la primera obra de J. C. Tedesco y, en cierta medida, su uso de Gramsci. La perspectiva, el estilo, las preocupaciones, el marco teórico y las conclusiones de la investigación de J. C. Tedesco expresaban aires modernizadores. El propio título es indicativo: *Educación y sociedad en la Argentina, 1880–1900*, aparece, se podría decir, como una profundización de *Política y sociedad*. Se trataba de inscribir al sistema educativo y su génesis al interior de la estructura social. En ese sentido, su estudio sobre la educación parecía contribuir al programa más vasto de G. Germani sobre el estudio de la estructura social en Argentina. A pesar de su exilio en 1966, las huellas del sociólogo italo-argentino perduraron. En su libro, J. C. Tedesco prosiguió el prisma modernizador germaniano. No sólo porque aludió con frecuencia a *Política y sociedad* y a otras obras de G. Germani para fundamentar su perspectiva teórica y citar datos empíricos, sino porque su tentativa se erguía como profundamente renovadora. El encargado de prologar el libro fue Gregorio Weinberg, quien se había desempeñado como profesor titular de Historia de la Educación y de Historia de la Educación Argentina en el Departamento de Ciencias de la Educación de la UBA hasta la intervención universitaria de 1966, y ofició de referencia para las nuevas generaciones. Con un vasto trabajo editorial en su haber, había impulsado la traducción local de las *Cartas de la cárcel* de Gramsci en Argentina. La atención de G. Weinberg, resultaba un contundente apoyo a la primera publicación de J. C. Tedesco. En su prólogo, certificaba los aires renovadores de la

obra: “La historia aplicada al estudio de un determinado campo de la actividad humana, la educación en este caso, recibe con cierto retardo influjos vitalizadores” (1970:11). A través de su impronta científica –léase el análisis de material empírico, el empleo de estadísticas o variables, etc.–, J. C. Tedesco inscribió a la educación dentro de la *revolución científica* que animaba a las ciencias sociales desde algunas décadas.

La reseña del libro a manos de María González, aparecida en el n° 4 de la *RCE* (pp. 60–63), también insistía en la faceta singular y renovadora de la tentativa del autor dentro del campo educativo:

De los escasos estudios que se han publicado sobre Historia de la Educación Argentina, es necesario señalar que casi todos –entre ellos los realizados por Juan P. Ramos, Urbano Díaz, Abel Cháneton, Juan Probst, Evaristo Iglesias, Horacio Solari y otros más– adolecen de un defecto común en cuanto al enfoque: presentan a la educación como una variable absolutamente aislada, sin aparentes relaciones con el resto de la estructura social, económica, política–ideológica, etc., de la que forma parte. Dentro de nuestro conocimiento, el de Tedesco es el primer trabajo elaborado con un criterio metodológico de historia socio–económica sin desvirtuar el proceso educativo en sí mismo, es decir, sin perder de vista que lo que se trata de interpretar es la educación. Inserta a ésta en la realidad socioeconómica y política de su tiempo, delineando la dinámica educativa en el trasfondo histórico a través de la exposición de las relaciones de compleja interdependencia entre la educación y el resto de la realidad⁴.

El propio J. C. Tedesco vislumbraba la ausencia de estudios y, por tanto, era consciente del carácter innovador de su gesta. En la introducción a su obra, aseguraba: “A pesar de la importancia que todos reconocen a estos años de la historia educacional argentina [1880–1900], llama poderosamente la atención la escasez de trabajos relativos al tema” (1970:19).

⁴ González, M. “Tedesco, J. C.: Educación y sociedad en la Argentina (1880–1900)”, *RCE*, año II, n° 4, p. 60.

De alguna manera, G. Germani ofició como perspectiva o espíritu general de la época y atravesó la labor renovadora de este cientista de la educación. También existieron influencias significativas de otro animador del proyecto modernizador en la universidad durante la década del 60: Gregorio Klimovsky. Como parte de las asignaturas optativas de la carrera de Ciencias de la Educación, J. C. Tedesco había cursado dos materias dirigidas por G. Klimovsky, del Departamento de Filosofía: Lógica y Filosofía de la Ciencia. La admiración del cientista de la educación por la temática impartida por el docente fue tan profunda que pensó abandonar la carrera de Ciencias de la Educación, para incursionar en la de Filosofía. Sin embargo, el golpe militar de 1966 y las consiguientes renunciadas masivas lo impidieron. J. C. Tedesco optó por finalizar rápidamente sus estudios en Ciencias de la Educación en 1968, aprobando de manera libre las materias adeudadas. Dentro de la vasta influencia de G. Klimovsky sobre J. C. Tedesco, destaca un aspecto de raigambre epistemológica: la necesidad de volver fértil a la hipótesis. Se trataba de formular y contar con una hipótesis capaz de explicar una gran cantidad de problemas. El nudo era la capacidad de la hipótesis para resistir la contrastación empírica (Tedesco, comunicación personal, 8 de abril de 2015).

En su reseña crítica, desde las páginas de la *RCE*, al libro de Cirigliano, Gustavo y Zabala Ameghino, Ana (1970), *El poder joven*, Buenos Aires: Librería de las Naciones, J. C. Tedesco utilizó este enfoque epistemológico para evidenciar las debilidades de la obra:

Para valorar cualquier explicación científica que se presenta a sí misma como novedosa, uno de los criterios más aceptados es juzgarla desde el punto de vista de su *fertilidad*. Si la hipótesis presentada logra explicar en forma coherente mayor cantidad de hechos que los que lograban las hipótesis anteriormente aceptadas, entonces se justifica su incorporación al cuerpo de conocimientos existentes, así como la declaración de invalidez con respecto a las anteriores. En ese sentido la explicación propuesta por los autores (...) satisface muy deficitariamente ese criterio⁵.

⁵ Tedesco, J. C. "Cirigliano–Zabala Ameghino. El poder joven", *RCE*, año I, n° 2, julio de 1970, pp. 56–57.

En línea con las enseñanzas de G. Klimovsky, J. C. Tedesco en su libro estructuró una hipótesis que además de expresar ciertas preocupaciones germanianas guardaba un vasto valor heurístico:

Los grupos dirigentes asignaron a la educación una función política y no una función económica; en tanto los cambios económicos ocurridos en este período no implicaron la necesidad de recurrir a la formación local de recursos humanos, la estructura del sistema educativo cambió sólo en aquellos aspectos susceptibles de interesar políticamente y en función de ese mismo interés político (1970:36).

La hipótesis de J. C. Tedesco se basaba en que en los orígenes del sistema educativo argentino los grupos dirigentes mantuvieron la enseñanza alejada de las orientaciones productivas. La modernización económica no se había traducido en una modernización educativa. En rigor, durante 1880–1900, la política económica consolidó los intereses ligados a los sectores rurales de Buenos Aires y el Litoral. El desarrollo del país se asentó en una estructura económica agroexportadora que extendió y fortaleció su predominio a fines del siglo XIX. Si bien existió una complejización en materia económica, la exigencia de recursos humanos era fácilmente cubierta. Al mismo tiempo, el desaliento a las actividades industriales tornaba poco propicia la aparición de una enseñanza especializada en esta rama. Los sectores sociales alejados de los intereses oligárquicos o elitistas, carecían de poder suficiente para modernizar el sistema educativo, dadas las características de la estructura económica. De este modo, se asistía a una distorsión en el proceso modernizador: el sistema educativo no surgía bajo un criterio pragmático, sino que conservaba las características de la enseñanza tradicional, esto es, el enciclopedismo con predominio de las materias humanísticas (Tedesco, 1970:63). La educación, en sus orígenes, no cumplía pues una *función económica* sino una *función política*.

¿En qué consistía esta *función política* sostenida por las élites? En dos aspectos, señalaba J. C. Tedesco. En primer lugar, la difusión de la enseñanza se ligaba al logro de la estabilidad política interna. Tenía una impronta moralizadora. En segundo lugar, y aquí se inscribe la tesis central de la obra, a través de los colegios nacionales y la

universidad se buscaba formar hombres aptos para cumplir papeles políticos, excluyendo otros objetivos, como la formación para actividades productivas. La educación se acotaba a un reducido sector, destinado a cumplir roles directivos. Así, la enseñanza se conformaba como patrimonio de una élite y, por tanto, se volvía oligárquica, pero, nuevamente emergía el prisma germaniano: esta élite se veía compelida a responder ante las demandas de otros sectores sociales por el acceso a la educación. En Argentina, la presencia masiva y creciente de los sectores medios urbanos, a diferencia de otros países, crecía a un ritmo más rápido respecto a la complejización de la sociedad (1970:159). La respuesta oligárquica ante esta eventual crisis educativa fue la expansión y fragmentación del sistema educativo en varias escuelas profesionales para alejar y autonomizar los trayectos educativos propios de la élite directiva. Desde el punto de vista ideológico, la élite de 1880 no podía optar por frenar el progreso educacional, en tanto ideal muy arraigado por entonces. Se dedicó, pues, a modernizar la enseñanza, diversificando los estudios medios hacia carreras técnico–profesionales. El tradicionalismo ideológico de las élites locales operaba y se conformaba como obstáculo para la modernización educativa.

En este marco, J. C. Tedesco aludió al revolucionario sardo: “Antonio Gramsci planteó con agudeza este problema, cuando afirmó que el carácter social de una escuela determinada consiste en que cada grupo posee su propio tipo de escuela para perpetuar a través de ella, una función directiva o instrumental” (Ibíd.:66). Luego citaba una frase del comunista italiano perteneciente a la edición Lautaro de *Los intelectuales y la organización de la cultura*: “La multiplicación de los tipos de escuela profesional tiende, pues, a eternizar las diferencias tradicionales, pero como en esas diferencias tiende a provocar estratificaciones internas, hace nacer por eso la impresión de ser una tendencia democrática” (Gramsci citado en Tedesco, Ídem). Gramsci había planteado este argumento para criticar la reforma educativa del fascismo italiano promovida por el filósofo Giovanni Gentile –el primer Ministro de Educación del régimen fascista– a principios de los años 20, que profundizaba las tendencias a la segmentación entre enseñanza primaria, secundaria y superior, y al interior de cada una de ellas.

Si bien la tesis de J. C. Tedesco guardaba cierta semejanza con el argumento de G. Germani en *Política y sociedad*, también estaba atravesada por la radicalización política. Al igual que el sociólogo ítalo–argentino, y ante las presiones por la democratización educativa y la participación política, sugería la preponderancia del tradicionalismo ideológico y, por tanto, el rechazo de las élites a ampliar la educación

a todos los estratos de la sociedad de una manera igualitaria y retener para sí el acceso al título⁶. No obstante, J. C. Tedesco introducía rupturas con la matriz germaniana. Si ésta observaba a la diversificación institucional como expresión de la modernización, el cientista de la educación la consideraba, en materia educativa, parte de una estrategia de la élite para mantener su poder político. Así, la educación no se situaba sólo dentro del problema germaniano de la modernización sino también dentro del problema de la dominación clasista. En la misma línea, el carácter moralizador otorgado a la enseñanza por J. C. Tedesco no respondía a una adecuada distribución y ocupación de roles sociales en pos de la modernización, sino a explicar la conservación de los privilegios por parte de los sectores dominantes. Estos puntos de ruptura del joven J. C. Tedesco con el legado científicista encontraba comunión con otras camadas intelectuales que acusaban al modelo germaniano tanto de ser ajeno al marxismo como de postular una idea evolutiva de la historia que disimulaba el conflicto de clases (Sarlo, 2001:86).

Para aprehender la veta crítica en la temprana producción del autor, hay que atender a su itinerario político. Desde muy joven, por influencia de su hermano mayor y en la búsqueda de una alternativa de izquierda al stalinismo, ingresó al Partido Socialista:

Yo desde muy chico y siguiendo en ese momento un poco los pasos... yo tengo un hermano mayor, casi 3 años mayor que yo, cuando él tenía 16, 17, yo tendría 14, 15 años recién, estaba en el secundario. Él se metió en el Partido Socialista. (...) No había gran reflexión [en el ingreso al partido], más que cierta consideración de valores, que eran claramente de izquierda, no comunista, es decir, no stalinista, ese era un poco el eje con el cual el comunismo, el Partido Comunista Argentino de esa época era percibido por los que no estábamos ahí. Un partido stalinista, duro,

⁶ La tesis central del autor se complementaba con el análisis de la política educativa yrigoyenista. También aquí se vislumbra la permanencia del prisma germaniano. La acción del radicalismo resultaba *complementaria* de la acción de la Generación del 80. El radicalismo completó, en el plano político, la asimilación al modelo europeo: fue *moderna* allí donde la élite de 1880 había sido *tradicional*. En cambio, en materia económica fue *tradicional* donde la élite había sido *moderna*. En el plano educativo, Yrigoyen disolvió las reformas impulsadas por la élite y regresó al plan tradicional. La postura era coherente con las demandas de los sectores medios: acceder a la educación humanista–enciclopédica como medio para reclamar la participación en el poder político. De este modo, las fuerzas que actuaron en el enfrentamiento político coincidieron –cuando cada una estuvo en el poder– en mantener alejada la enseñanza de las orientaciones productivas.

autoritario, muy sectario en varios aspectos. En cambio, el socialismo tenía como mucha más flexibilidad y una cosa mucho más de ciertas posibilidades de participación mucho más democrática (Tedesco, comunicación personal, 8 de abril de 2015).

Es conocido que la historia del PS hacia fines de los años 50 y principios de los 60 estuvo marcada por sucesivas rupturas. A diferencia del PCA, el socialismo tenía una estructura más abierta y un carácter menos doctrinario, dirimiéndose en su seno explícitas disputas y fraccionamientos. En la sucesiva fragmentación, el joven J. C. Tedesco permaneció siempre en la “tendencia izquierdista”, específicamente en la denominada Secretaría Tieffenberg, expresión de uno de los nucleamientos de la nueva izquierda y antecedente inmediato del Partido Socialista Argentino de Vanguardia⁷.

Hacia 1961, al interior del Partido Socialista Argentino convivían dos corrientes: *moderados* e *izquierdistas*. Éstos últimos, conmovidos por la experiencia de la Revolución cubana, su creciente enfrentamiento ante el imperialismo y la asunción de la condición socialista bregaban por la afinidad del partido con el “fidelismo”. La experiencia cubana se volvía modelo. Era preciso abrirse al peronismo, radicalizar este movimiento, por entonces proscrito, para ganar fuerza en la ola revolucionaria continental catalizada por Cuba. La revista *Che* (a la que ya me referí en el Capítulo siete) surgida en octubre de 1960 constituía uno de los canales de expresión de esta tendencia izquierdista, que manifestaba la admiración por la gesta cubana y tejía lazos con el peronismo revolucionario, puntualmente, con J. W. Cooke. El “fidelismo” y la apertura al peronismo eran algunos de los ejes que dividían aguas entre izquierdistas y moderados en el partido.

Las tensiones y diferencias entre ambas tendencias encontraron un punto de quiebre durante 1961. La corriente izquierdista había ganado influencia y posiciones dentro del partido, ante lo cual la otra ala reaccionó intempestivamente. La Secretaría Muñiz, expresión del ala moderada, no acató los resultados de las elecciones internas para la conformación del Comité Nacional que favorecieron a la corriente izquierdista. Contrariando las normas partidarias, desconocieron los resultados electorales, se apropiaron por la fuerza de los locales e impidieron asumir a los miembros

⁷ En los párrafos siguientes, prosigo el estudio de Tortti (1991:199–242, donde aborda las tensiones al interior del Partido Socialista Argentino)

recientemente electos mientras dejaban que se vencieran los mandatos del viejo Comité. Cuando esto ocurrió, declararon que el partido se encontraba en situación de “acefalía”, designaron un Comité “provisorio” y expulsaron a las figuras más prominente del ala izquierdista, entre ellos a David Tieffenberg –al que también desplazaron de la dirección del periódico partidario *La Vanguardia*–, Alexis Latendorf, Héctor Polino, entre otros/as.

Los/as expulsados/as, con amplia influencia en sectores juveniles y universitarios, se ampararon en el hecho de ser la “mayoría legítima”, reorganizaron la Mesa Ejecutiva del Comité Nacional con D. Tieffenberg como Secretario General, y rebautizaron la publicación partidaria con el título *La Vanguardia “roja”*. En los hechos, comenzaron a funcionar dos partidos en uno (al poco tiempo, el ala moderada pasará a denominarse PSA Casa del Pueblo y el ala izquierdista PSA de Vanguardia). La animosidad entre los sectores en pugna no se detuvo en duelos verbales y acusaciones cruzadas. También supuso incidentes en los intentos por retener o recuperar, muchas veces con armas en mano, los locales partidarios. En uno de esos enfrentamientos hasta fueron detenidos varios militantes de la Secretaría Tieffenberg. La evidente fractura y el tono de los acontecimientos provocaron el alejamiento de muchos afiliados, entre ellos, J. C. Tedesco, enrolado en las juventudes socialistas por entonces:

El Partido Socialista, como todo el mundo sabe, tiene una vocación por la división muy fuerte, y va dividiéndose de a poco. Y yo seguí ese proceso, siempre quedándome del lado más de izquierda del grupo que... también seguía creciendo. Estaba en la universidad... un día me acuerdo, como anécdota muy simpática, viene el que era algo así como el presidente del Comité Central de la juventud socialista y me dijo que pensaban en mí para formar parte de ese comité. Yo dije “¿Cómo? ¿Qué quiere decir, que arriba mío ya no va a haber nadie, y abajo tampoco?” (risas) Porque abajo yo sabía lo que había. Yo era el que salía a pintar la pared, a pegar los carteles... somos nosotros... bueno, se reía; pero efectivamente, éramos dos, tres, cuatro, me acuerdo cuando pintábamos esas cosas que no entendía nadie. Recuerdo ahora y me río: “PART SOC SEC EF” que quería decir “Partido Socialista Secretaría Tieffenberg” (risas). El tipo que se levantaba a la mañana y leía se preguntaba

“quiénes eran estos locos”, “¿quiénes son?”, bueno éramos nosotros. Así que ahí dejé, dejé el socialismo (Tedesco, comunicación personal, 8 de abril de 2015).

A pesar de esto, sus inquietudes políticas “izquierdistas” continuaron. Alejado del stalinismo y de la izquierda tradicional, incursionó en una nueva fuerza trotskista en ciernes: la organización *Política Obrera*, conducida por Jorge Altamira. Con este nombre primero se tituló una revista en 1964, y luego se bautizó a esta nueva agrupación. Como ya anticipé en el marco teórico, resulta polémica la inclusión del trotskismo vernáculo dentro de los confines de la nueva izquierda. Algunas de las razones de la exclusión son su escasa predisposición al estudio específico de la historia argentina, de sus tradiciones políticas o de las estructuras de las clases, o bien su desapego respecto a las tendencias teóricas marxistas renovadoras de los años 60, para concentrarse en debates ideológicos internacionales y en la defensa de la tradición marxista –frente al stalinismo– más que a su desarrollo. De todas maneras, a inicios de los 60, el trotskismo aparecía como un refugio para un intelectual inquieto como lo era J. C. Tedesco, que comenzaba sus estudios universitarios y manifestaba interés por el debate marxista. Encontraba allí elementos que la vieja izquierda no podía brindarle.

Ya estaba en la universidad y, en ese momento, comenzó a surgir el Partido Obrero, con el trotskismo, y me metí un poco a ver qué era eso, a leer a Trotsky, ya que encontraba cierta cosa de afinidad, de entusiasmo. Primero por su combate al stalinismo y después el pensamiento del trotskismo es un pensamiento muy creativo, muy fresco, muy de analizar la realidad a pesar de lo que era... también, había una cosa también, muy sectaria, muy dura, organizativa. Era un grupo muy joven, [Jorge] Altamira en esa época tenía mi edad también, así que éramos todos muy buenos muchachos, estudiantes universitarios (Ídem).

Al igual que el ingreso al PS, la delimitación con el stalinismo resultaba cautivante. Sin embargo, al igual que la izquierda tradicional, el trotskismo no se volvió un espacio capaz de contener aspiraciones intelectuales heterodoxas. Su rigidez organizativa y

los imperativos de proletarización no coincidieron con las búsquedas del por entonces estudiante de Ciencias de la Educación:

La decisión de ruptura fue cuando el PO decidió proletarizarse. Y yo venía de una familia muy pobre, mi viejo era albañil... esto de que haya que proletarizarse no lo entiendo cómo... casi curso de vida, dejar la universidad, meterme en una fábrica. Discutimos mucho todo ese tema, a mí no me cerraba, no me cerraba ni como... ni en lo personal, quizás fue lo que predominó, no tanto una discusión... Por ahí, uno justificaba teóricamente una decisión que era una decisión de vida. Y yo no me veía volviendo a tener una vida de obrero de fábrica, yo quería... ya estaba en la universidad, tenía ambiciones intelectuales, quería estudiar, quería... así que ahí también entonces me alejé del PO, quedé fuera de la vida política en términos de organizaciones políticas (Ídem).

Como algunos miembros de la nueva izquierda, J. C. Tedesco emprendió su búsqueda intelectual sin estructura orgánica de por medio. La izquierda tradicional se mostraba impotente para cobijar itinerarios político-teóricos heterodoxos. Política orgánica y vocación intelectual renovadora correrían, una vez más, caminos paralelos en la historia de la izquierda argentina.

Entonces, *Educación y sociedad* salió a la luz con esta historia de radicalización por detrás. Si bien la obra estaba cruzada por las tendencias modernizadoras en las ciencias sociales y por el marco germaniano, su preocupación también era mostrar la dominación clasista en términos educativos. Los orígenes del sistema educativo no mostraban un mero problema modernizador, un desajuste en el camino del progreso en sociedades atrasadas, sino fundamentalmente una impronta de dominación. Gramsci habilitaba a correrse tanto del marxismo vulgar, que reducía la educación a la estructura económica, como del funcionalismo germaniano. La tentativa era heterodoxa, con una curiosa combinación de autores que podría llamar la atención. Sin embargo, eran las enseñanzas de G. Klimovsky acerca de la fertilidad de una hipótesis, las que oficiaban de encuadre:

Yo siempre me sentí, y me hicieron sentir los demás, como muy heterodoxo. Yo no le tengo miedo a nada, porque hay gente... como que

citar a uno o a otro pareciera una herejía ¿por qué no? ¿Cuál es el límite? ¿Quién me va a poner a mí un límite...? Si cito alguna cosa de Germani ya soy un funcionalista parsoniano y si cito a Gramsci... No... la idea... y eso, eso se lo aprendí de Klimovsky, es la idea de la fertilidad [de una hipótesis] (Ídem).

No fue la universidad la que facilitó el acceso a la obra Gramsci, ni ninguna organización partidaria, sino más bien la propia inquietud intelectual. El genio sardo aparecía por entonces como parte del abanico de autores/as de la tradición marxista que no podía resultar obviado: “Alguien inquieto no podía no leer a Gramsci, como no podía no leer a Marx, no leer a Trotsky”. Según recuerda, existía una preeminencia de una literatura marxista y no atenderla significaba devenir “un marginal completo” (Ídem).

La referencia al revolucionario sardo no se traducía en una perspectiva gramsciana. Su mención resultó puntual para sostener la hipótesis central del libro, pero en ningún caso se convirtió en un marco teórico persistente⁸. De hecho, J. C. Tedesco, en sus inmediatas posteriores producciones, se refirió sólo al comunista italiano en la misma clave –aunque aplicado a otro período histórico⁹– o bien, sin mencionarlo, apeló a nociones extendidas en la nueva intelectualidad, con reminiscencias gramscianas, como “crisis de la hegemonía” oligárquica y de la ideología liberal para caracterizar la escena político-educativa posterior a la crisis del 30¹⁰. Al calor de la radicalización, el prisma germaniano tendría cada vez menor ascendencia sobre el autor, gravitando en contrapartida perspectivas provenientes de la Teoría de la Dependencia y del denominado crítico-reproductivismo (que comenzaba a resultar accesible casi simultáneamente a la aparición de su libro).

⁸ En su posterior libro, publicado en 1986, *Educación y sociedad en la Argentina (1880–1945)*, reprodujo sin modificación alguna su trabajo sobre el período 1880–1900, e incorporó tres capítulos en torno al recorrido del sistema educativo entre 1900 y 1945. Particularmente, en los dos últimos capítulos (en los que se reeditaban escritos de 1979 y 1983 para la *revista Colombiana de Educación y Punto de vista*, respectivamente) la presencia gramsciana fue notoria, y hasta se podría sugerir una perspectiva gramsciana para el análisis histórico-educativo por parte del autor.

⁹ Tedesco, J. C. “Oligarquía, clase media y educación en Argentina (1900–1930)”, *Aportes*, año V, n° 21, julio de 1971, pp. 118–147. Aquí también se remitió a la misma referencia bibliográfica: Gramsci, A. (1960), *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Lautaro (p. 122).

¹⁰ Tedesco, J. C. “Educación y política en América Latina”, *Los Libros*, año V, n° 40, marzo–abril de 1974, p. 13.

Con todo, en la temprana producción de J. C. Tedesco, y al igual que en otras franjas de la nueva izquierda (como J. C. Portantiero o la propia revista *Los Libros*), se entrecruzaban dos fenómenos característicos de los años 60: la modernización cultural y la radicalización política. Una tensa unidad que también animará a la revista que el autor dirigió de manera ininterrumpida entre 1970 y 1975: la *Revista de Ciencias de la Educación*.

9.2. La modernización cultural y la radicalización política II: el recorrido de la Revista de Ciencias de la Educación (1970–1975)

En su periplo, la *RCE* (desde abril de 1970 a enero–septiembre de 1975), al igual que *Los Libros* y la primera obra de J. C. Tedesco, estuvo atravesada por la unidad de la radicalización política y la modernización cultural. Esta tensión, siempre presente, se fue resolviendo con énfasis en uno u otro de sus polos, pero nunca llegó a desaparecer por completo. El propósito central de la publicación daba cuenta de estas dos caras. Por un lado, con un perfil modernizador, intentaba, en animosidad con las posturas católicas hegemónicas por entonces en el Departamento de Ciencias de la Educación de la UBA, reintroducir el debate educativo de manera plural, continuando, implícitamente, elementos de neutralidad y objetividad en torno al conocimiento que eran característicos del cientificismo. Por otro lado, no obstante, la iniciativa tomaba cierta distancia de las posiciones modernizadoras de la carrera de Ciencias de la Educación de la UBA, que se habían refugiado, ante la intervención universitaria de 1966, en el ya mencionado CICE–Instituto Torcuato Di Tella que dirigía Gilda Romero Brest. Se retenía la importancia de la ciencia, como habían enseñado los/as maestros/as modernizadores, pero se la inscribía en una radicalidad que excedía al cientificismo. Modernización y radicalización estructuraron dos grandes etapas de la *RCE*. En la primera, desde su aparición hasta el n° 6 (noviembre de 1971), el polo modernizador primó sobre la radicalización pedagógica, mientras que en la segunda, desde el n° 7 (abril de 1972) hasta su ocaso, el énfasis resultó inverso. Como se verá, dentro del segundo momento y, básicamente, en el último número de la publicación, Gramsci aparecerá con centralidad para sostener y renovar la perspectiva educativa crítica. Para la aprehensión de este empleo es preciso mostrar el recorrido de la *RCE*, una experiencia característica de la nueva izquierda pedagógica.

La *RCE* emergió y se inscribió en un ciclo de disputas de la carrera de Ciencias de la Educación de la UBA. Como anticipé, esta carrera surgió en mayo de 1957 en el marco del proyecto desarrollista que pretendía desperonizar la sociedad y las universidades y modernizar las ciencias sociales. La orientación, en contraposición al período predominantemente humanista y antipositivista 1936–1957, se caracterizó por la observación y el trabajo empírico. El paradigma estructural funcionalista tuvo una marcada ascendencia. La carrera de Ciencias de la Educación implicó un proceso de reconversión de la anterior carrera de Pedagogía, expresando tensiones entre los viejos y los nuevos saberes. En la UBA, el grupo encabezado por Gilda L. de Romero Brest, que dirigió el Departamento de Ciencias de la educación entre 1961–1966 (ante el fallecimiento de J. Mantovani en 1961), buscó instalar un perfil científico y profesional. La intervención universitaria en 1966, con las consiguientes renunciadas masivas, el reemplazo por docentes afines al régimen, sumado al creciente clima de radicalización política y social en el país, modificaron, en parte, las posiciones en juego. A diferencia de otras carreras como ocurría con Sociología de la UBA, la intervención militar no derivó en un proceso de radicalización político–intelectual. Ante la renuncia masiva de los docentes de la carrera, los sectores ligados a la derecha católica ganaron peso. Los grupos de estudio, los centros de investigación y los espacios de militancia por fuera del Departamento de Ciencias de la Educación de la UBA se conformaron como fuentes centrales en la formación. De ahí que la *RCE* no surgió en el marco de la carrera de Ciencias de la Educación, sino por fuera y hasta en animosidad con la institución. Se conformó como una iniciativa de graduados de la universidad porteña que buscaban renovar el debate político–pedagógico, obturado, a su entender, por los pedagogos católicos.

De todas maneras, los maestros modernizadores, que quedaron excluidos del Departamento de Ciencias de la Educación luego de la “Revolución argentina”, tampoco resultaron una referencia para la revista. La iniciativa juvenil nacía con una postura de cierto antagonismo respecto a la generación precedente:

Con un grupo de egresados comenzamos a publicar la *Revista de Ciencias de la Educación*. Fue nuestra primera gran aventura intelectual. Esto nos costó cierto reproche de Gilda Romero Brest, quien no entendía como sacábamos algo que se llamara *Revista de Ciencias de la*

Educación, en la cual ella no estuviera involucrada (entrevista realizada por Arata, Ayuso, Báez y Villa, 2009:275).

Como otras experiencias de la nueva intelectualidad, la iniciativa se forjaba “sin maestros”. Los parámetros de legitimidad se desenvolvían entre pares y en diferenciación con la generación anterior. La revista que se abría paso por fuera de los marcos institucionales se volvió un medio de reclutamiento de jóvenes excluidos o disconformes con la universidad. Esta diferenciación con los maestros iba más allá del inconformismo juvenil. En tensión con las posiciones modernizadoras, la *RCE* irá estructurando un discurso pedagógico radicalizado. Y en esta búsqueda, la afiliación político–teórica debía ser recreada. Como en otras ocasiones, esta franja de la nueva intelectualidad se vio compelida a reconstruir sus propias filiaciones político–teóricas y, en cierto aislamiento, a emprender sus aventuras político–intelectuales.

La *RCE* salió a la luz en abril de 1970 con J. C. Tedesco como director y con un Consejo de Redacción conformado por Román A. Domínguez, Nélide García, Margarita Rotger, Gerardo Sánchez y Nilda Vainstein. De éstos/as, sólo Nélide García persistió en el Consejo hasta el cierre de la publicación. La revista, además, nació asociada al Instituto de Relaciones Internacionales (ILARI)¹¹. Un vínculo que duró hasta el n° 5, cuando se anunció el autofinanciamiento. La estética de la publicación se conservó en sus catorce números. Cada número con un color distinto, sin imágenes en la tapa y con una estructura homogénea: siempre el título de la publicación en el centro y, por debajo, la presentación de los trabajos de los articulistas a modo de índice. El único cambio significativo en la presentación de la revista ocurrió en el último n° (enero–septiembre de 1975), cuando al salir en

¹¹ ILARI en su filial de Buenos Aires y, a través de su Centro Argentino por la Libertad de Cultura, había auspiciado las tareas de investigación de J. C. Tedesco entre 1968–1973, materializadas, por ejemplo, en su libro *Educación y sociedad en la Argentina, 1880–1900*. El Instituto, con sede en Chile, se enmarcó dentro de las políticas desarrollistas impulsadas por la CEPAL a fines de la década del 40 y principios de la del 50. Vale recordar que Chile fue el sitio privilegiado de incubación del desarrollismo. Desde él se irradió hacia América Latina una vasta producción. Además de la CEPAL, se instalaron en Chile las oficinas latinoamericanas de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). El influjo de estos organismos resultó decisivo para la creación de una gran cantidad de instituciones consagradas al estudio y producción de la teoría social. Los gobiernos de Eduardo Frei (1964–1970) y Salvador Allende (1970–1973), sumados a la ayuda financiera de diversos organismos privados, contribuyeron a su desenvolvimiento.

asociación con la editorial rosarina Axis, el formato se volvió ligeramente más pequeño.

Como en otras publicaciones de la época, la revista se asumió en clave militante. Los/as editores/as y colaboradores/as escribían y/o traducían textos de autores/as europeos/as –en algunas ocasiones con el consentimiento y generosidad de éstos, en otros, sin solicitar permiso alguno–, armaban y distribuían paquetes con ejemplares en las facultades, en la librería del “viejo” Hernández –que funcionó desde 1969 hasta 1973 en la Av. Corrientes 1580 y a partir de 1973 en su actual dirección: Av. Corrientes 1436, Ciudad de Buenos Aires–, en los quioscos de la calle Corrientes y en los del interior del país (Amar, 2013:27). Con una frecuencia aproximada trimestral, el esfuerzo no era menor. El propio director recuerda esta gesta militante y comprometida:

La revista era una empresa absolutamente artesanal. Artesanal en el sentido de que no solo buscábamos los artículos, había que ir a la imprenta, diagramarla con el tipógrafo, poner esto, sacarle tal color; salía la revista y había que llevarla a los quioscos para que la vendan, la llevábamos nosotros, había mucho trabajo material alrededor de la revista. Entonces, había en ese sentido lugar para gente no necesariamente grandes intelectuales, que escribieran. Hacía falta gente que estuviera dispuesta a armar un sobre, poner una estampilla, mandar por correo, o caminar la calle Corrientes con los quioscos y los librereros y ver si vendiste, cobrarles; era una empresa casera y funcionaba muy bien para sorpresa de todos nosotros (Tedesco, comunicación personal, 8 de abril de 2015).

La publicación aparecía en el campo educativo como una iniciativa juvenil dispuesta a reinstalar el debate pedagógico en la sociedad. Su influjo modernizador lo expresaba con claridad la primera editorial:

Los motivos que impulsaron a quienes conjugaron sus esfuerzos para hacer realidad este proyecto pueden reducirse a uno solo: el deseo de promover el desarrollo de los estudios educacionales en el marco de un debate abierto, sin prejuicios, sin limitaciones y sin anteojeras,

manteniendo como única exigencia el nivel científico en que deben ser expresadas las ideas.

No debe esperarse, por lo tanto, que la revista mantenga una línea teórica definida, ni debe asombrar que en un mismo número aparezcan expuestas teorías diferentes sobre el mismo problema. El grado de desarrollo de las ciencias de la educación en la Argentina y en el mundo, no permite –si no quiere correrse el riesgo del estancamiento total– otra posición que no sea la de mantener criterios flexibles y una actitud receptiva frente a los aportes de otros sectores¹².

Y, para no despertar duda alguna sobre el espíritu plural, modernizador y promulgador del debate, la editorial cerraba de esta forma: “Esta presentación es, también, una invitación a la polémica. Todas las afirmaciones que estas páginas expresen son discutibles; la revista, con mucho gusto, se hará eco de esas discusiones”¹³.

El propio nombre es indicativo de la impronta modernizadora: *Revista de Ciencias de la Educación*. Trasuntaba las huellas científicistas, es decir, proseguía el legado fundacional y renovador de la carrera. Al igual que *Los Libros*, su posicionamiento modernizador incluía secciones dedicadas a la reseña de libros, a ofrecer bibliografía actualizada, a anunciar congresos o eventos científicos, o bien entrevistas (un apartado inaugurado en el n° 9, mayo de 1973) a especialistas, funcionarios del área de educación o reconocidos pedagogos (como por ejemplo P. Freire). Permanecía atenta a las novedades del campo educativo y buscaba mostrarse como caja de resonancia de los debates y las elaboraciones pedagógicas. También, la traducción de artículos de escritores extranjeros de la talla de J. C. Filloux o J. C. Passeron, que presumiblemente significaron la primera difusión de sus ideas en el medio local, denotaban tanto la actualidad y la audacia como la importancia del proyecto para el espacio pedagógico. Esta impronta característica acompañó el periplo completo de la revista y fue una de las razones de su continuo crecimiento. Con una tirada de entre tres y cuatro mil ejemplares, sus números se agotaban rápidamente. Leída fundamentalmente por la comunidad educativa de la carrera de Ciencias de la

¹² “Editorial”, *RCE*, año I, n°1, abril de 1970, pág. 1.

¹³ Ídem.

Educación, algunos de los artículos llegaron a incluirse como bibliografía obligatoria de las asignaturas.

El primer número de la revista constituyó una cabal expresión de su afán modernizador. Incluía diversas reflexiones sobre la reforma educativa de la “Revolución argentina”, entre las que se destacaban animadores del nacionalismo popular pedagógico como Adriana Puiggrós¹⁴ y Miguel Bianchi¹⁵, quienes señalaban el carácter tecnocrático de la política educativa oficial. Asimismo, el costado modernizador se traslucía en dos escritos que abrían la revista y aparecían, como una suerte de dossier, bajo el título “Las Ciencias de la Educación en la Argentina”. El primero, de Silvia Brusilovsky¹⁶, por entonces miembro del CICE, expuso estadísticas sobre la evaluación de la situación de los graduados en Ciencias de la Educación de la UBA entre 1959 y 1969. En su análisis, se lamentaba de las diferencias entre las características del campo profesional de las ciencias de la educación en países subdesarrollados como Argentina, respecto a los países desarrollados. Aunque, y aquí también sobrevolaba el prisma germaniano, consideraba que, aun con distintos obstáculos, se asistía a una primera etapa de un movimiento de “modernización” de la profesión. El segundo artículo, a manos de Graciela Carbone¹⁷, abordaba la historia del Departamento de Ciencias de la Educación, distinguiendo tres etapas: a) positivista –desde la creación de la primera cátedra en 1896 hasta la tercera década del siglo–; b) antipositivista –hasta la reestructuración de la carrera en 1957–; c) transicional –desde la fundación de la carrera–. El nombre de este último momento respondía a la cercanía en el tiempo que sólo ameritaba a realizar balances y proyecciones parciales, no pudiendo decretar una nominación taxativa. De todas maneras, y aquí también reaparecía el prisma germaniano, el aspecto transicional guardaba otra razón. El nuevo momento reclamaba la actualización de la carrera en diversos puntos y, por tanto, la transición hacia la satisfacción de otras necesidades. Como no podía ser de otro modo, el optimismo modernizador y su consecuente evaporación del conflicto teñían el cierre del escrito, que auspiciaba como posible el

¹⁴ Puiggrós, A. “Reforma y tecnocracia”, *RCE*, año I, n° 1, abril de 1970, pp. 48–53.

¹⁵ Bianchi, M. “¿Cambio en el sistema o cambio del sistema?” *RCE*, año I, n° 1, abril de 1970, pp. 54–60. M. Bianchi, había sido parte del núcleo fundador de la Agrupación Peronista Docente en 1968, junto con Dora Barrancos, Ana Lorenzo, Juan María Gelion, Carlos Grosso, Pepe Aserat, Matilde Scalabrini Ortiz, Jorge Quiroga, Cacho Carranza, Pablo Medina, Noemi Medina, Pocho Muro y Adriana Puiggrós (Puiggrós, 1997:94).

¹⁶ “El campo ocupacional de los profesionales”, *RCE*, año I, n° 1, abril de 1970, pp. 2–9.

¹⁷ Carbone, G. “Notas para la historia del Departamento de Ciencias de la Educación”, *RCE*, año I, n° 1, abril de 1970, pp. 10–22.

logro de esta tarea por parte de la carrera a través del “previo consenso” de sus actores.

Sin embargo, si se atiende no sólo a la radicalización del contexto político a inicios de los 70 sino también a los propios escritos de la *RCE*, aún en sus primeros números, no es desacertado concluir que la promulgación de una ciencia –de la educación– comprometida, también era un propósito medular y fundacional que excedió a los parámetros científicistas. El propio director de la revista, al criticar el libro ya aludido de G. Cirigliano y A. Zabala Ameghino en el n° 2 de la *RCE* (julio de 1970), por sugerir una explicación de las rebeliones juveniles y estudiantiles de fines de los 60 sumamente abstracta, anclada en un supuesto impulso creador y rebelde propio de la edad juvenil y, por tanto, desarraigada de las condiciones socio–históricas específicas y de la dominación clasista, concluía: “los jóvenes que se rebelan no desean comprensión sino compromiso activo con sus objetivos, y la ciencia social exige rigor, coherencia, verificabilidad empírica, en suma, explicación y no opiniones”¹⁸.

El propio director de la revista también recuerda el entrecruzamiento entre modernización y radicalización en la génesis de la publicación:

La revista nació con ese enfoque, diciendo “nosotros queremos hacer algo donde este pluralismo sea un valor”, respetado, y que podamos discutir, manteniendo sí esta idea de que no podíamos renunciar a la... llámalo como quieras, pero a la excelencia académica. No había contradicción en tener excelencia académica y compromiso social; al contrario, compromiso social sin excelencia académica era la chantada total y, excelencia sin compromiso era la tecnocracia y era definitivamente la derecha (Tedesco, comunicación personal, 8 de abril de 2015).

La forma modernizadora de posicionarse en el ámbito educativo que animó la primera etapa de la revista fue sucesivamente tensionada por la radicalización política. En distintas oportunidades, la revista se hizo eco de la convulsionada escena política de principio de los años 70. Esta imbricación entre modernización y radicalización se expresó en distintos niveles. Los primeros números incorporaron

¹⁸ Tedesco, J. C. “Cirigliano–Zabala Ameghino. El poder joven”, *RCE*, año I, n° 2, julio de 1970, pp. 56–57.

artículos propios del debate desarrollista –planificación educativa, economía de la educación, formación de recursos humanos, formación de maestros y actualización de la enseñanza, fundamentación científica de las ciencias de la educación¹⁹– y producciones ligadas a procesos modernizadores dentro del campo educativo: como es el caso de la psicopedagogía²⁰. Se trataba así de dialogar con un público ligado a este nuevo campo profesional en ascenso (Suasnábar, 2004:206). No obstante, sus páginas también expresaron el álgido contexto político y la radicalización de las posiciones pedagógicas. En el n° 4 (marzo de 1971), T. Barreiro criticaba no sólo el diagnóstico sobre la escuela media, sugerida por vertientes tecnocráticas, sino también al “cientificismo liberal” que a una pedagogía eficaz en la enseñanza de la ciencia le atribuía la posibilidad de estructurar un mejor orden social y político²¹. En el mismo número, A. Camilloni reseñó el libro (1969) *Las luchas estudiantiles en el mundo*, Buenos Aires: Editorial Galerna, que contaba con once informes redactados anónimamente por seis estudiantes franceses. Consideraba este libro como una profunda contribución para comprender la complejidad de las luchas estudiantiles en el mundo, la interdependencia de la educación y la política, y para conformar una visión sobre el movimiento estudiantil en clave, no de un grupo de presión –como solía ser reducido–, sino de una fuerza apasionada en la teoría y en la práctica de la acción política para rechazar las ideologías oficiales y postular soluciones revolucionarias²².

También en la sección “Libros e informaciones” del n° 5 (julio de 1971) de la revista, M. Bianchi²³, Secretario del Sindicato de Educadores Argentinos perteneciente

¹⁹ Filloux, J. C. “Escuelas de formación de maestros y renovación de la enseñanza”, (pp. 3–10); Paulstein, R.: “Planificación e investigación educativa: el caso peruano” (pp. 37–49) y Lucarelli, E. “Aspectos metodológicos del enfoque de recursos humanos” (pp. 49–54), *RCE*, año II, n° 2, julio de 1970; Vaizey, J.: “Los antecedentes socioeconómicos en la educación” (pp. 21–32) y “Papel de la historia en el marco científico de la educación” (pp. 33–45), *RCE*, año III, n° 3, octubre de 1970; Montoya, R. y Montoya, O.: “Reforma escolar y sistema de núcleos escolares: el caso de la provincia de San Luis”, *RCE*, año I, n° 4, marzo de 1971, pp. 24–34; Graciarena, J. “Desarrollo, educación y ocupaciones técnicas”, *RCE*, año II, n° 6, noviembre de 1971, pp. 3–19.

²⁰ Rodríguez Tomé, H. “El rol de los adultos significativos privilegiados en la adolescencia” (pp. 15–23) y Rotger, M. “La función de los Gabinetes Psicopedagógicos”, *RCE*, año II, n° 2, julio de 1970, pp. 24–29; Bohoslavsky, R. “La adolescencia conflictuada: síntoma social”, *RCE*, año I, n° 4, marzo de 1971, pp. 21–23.

²¹ Barreiro, T. “El anacronismo de nuestra escuela media y la solución tecnologista”, *RCE*, año II, n° 4, marzo de 1971, pp. 3–13.

²² Camilloni, A. R. W. “La luchas estudiantiles en el mundo”, *RCE*, año I, n° 4 marzo de 1971, pp. 58–9.

²³ Bianchi, M.: “Educación y política: Congreso Nacional de Educación de Mendoza”, *RCE*, año II, n° 5, julio de 1971, pp. 56–58.

a la Confederación General de Educadores de la República Argentina (CGERA), transcribía y analizaba las partes principales del informe del 2º Congreso Nacional de Educación realizado en Mendoza en abril de 1971. El autor sostenía el sentido revolucionario de las posiciones asumidas por ministros de educación del grupo de países andinos (Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela) que apostaban por una educación cuyo objetivo fuera la independencia cultural, en contraste con las posiciones políticas pedagógicas locales, específicamente las autodenominadas “progresistas”. Aquí existían dos corrientes. Una ampliamente conocida: la variante liberal ortodoxa “que abstractiza el papel del Estado” y lo trata en clave liberal oligárquica. Otra, que se pretendía renovadora, pero continuaba la matriz liberal: la “variante liberal marxista”. Para M. Bianchi esta vertiente introducía categorías de análisis del marxismo, pero las empleaba de forma dogmática y proseguía la línea histórica del liberalismo. Ambas, de alguna manera, servían para la permanencia de las viejas estructuras dependientes, o sea, se adscribían a una educación para la servidumbre y no, como los postulados de P. Freire enseñaban, para una educación destinada a la liberación²⁴.

Estos ecos de la radicalización política, que se yuxtaponían a los ecos del debate modernizador, también aparecieron en el n° 6 (noviembre de 1971). Tanto el artículo de A. Camilloni²⁵ como el de J. Cunha²⁶ brindaron análisis educativos capaces de desmenuzar la dominación o sugerir líneas de intervención transformadoras. P. Freire ofició de punto de referencia. El primer artículo rebatía las ideologías pedagógicas dominantes dispuestas a convertir las formas coercitivas y manifiestas de la acción educativa, en formas de agresión encubiertas y aparentemente indoloras. Para la reconversión de la subordinación pedagógica, estas ideologías recurrían a medios de persuasión eficaces provenientes del campo de la propaganda o la publicidad. Criticando este enfoque por sus efectos pedagógicos dominantes y alienantes, y apoyándose en la *Pedagogía del oprimido* de P. Freire, la autora rechazaba la reducción de la educación a propaganda e instaba a la concientización del educando.

²⁴ En el mismo n°, Barbosa, F. “El rendimiento escolar y sus causas”, *RCE*, año II, n° 5, julio de 1971, pp. 3–20, arremetía contra el estructural funcionalismo, instando a colocar el problema educativo dentro de un orden social conflictivo. Para ello, apelaba a la metáfora marxista infraestructura económica y superestructura político-ideológica.

²⁵ Camilloni, A. “Aproximación al análisis de las relaciones entre propaganda y educación”, *RCE*, año II, n° 6 noviembre de 1971, pp. 52–57.

²⁶ Cunha, J. R. “Aspectos metodológicos del sistema de Paulo Freire”, *RCE*, año II, n° 6, noviembre de 1971, pp. 58–59.

Aunque la tarea freiriana tal vez era “irrealizable en el marco de la institución escolar”, sugería un camino pedagógico antagónico a las ideologías pedagógicas dominantes: la promoción de la automotivación estudiantil y una permanente disponibilidad docente para responder a las motivaciones de los alumnos. Por su parte, J. Cunha, en un brevísimo artículo, trataba de operativizar, en clave de pautas de trabajo, la propuesta pedagógica freiriana incluida en *Educación como práctica de la libertad*.

La aparición del n° 7 (abril de 1972), marcó la inauguración de la segunda etapa de la publicación, caracterizada por la radicalización del discurso pedagógico (Suasnábar, 2003:208). El estilo modernizador prosiguió, pero fue cada vez más tamizado con la radicalización. Fundamentalmente, el n° 7 inauguró un ciclo marcado por la difusión o el empleo de nuevos marcos educativos críticos. Si hasta el momento la revista aludió a ellos de manera secundaria, a partir de éste número comenzarán a ganar centralidad. La pretendida neutralidad y el rechazo de la asunción de una línea teórica –tal y como atestiguaba la primera editorial–, se desandaba taxativamente, en pos de ocupar una posición pedagógica marcadamente crítica del orden socio-educativo. Las discusiones sobre los postulados educativos de Ivan Illich y P. Freire, así como la apropiación y difusión del denominado crítico–reproductivismo –fundamentalmente el legado francés de L. Althusser, P. Bourdieu, J. C. Passeron, C. Baudelot y R. Establet, N. Poulantzas– comenzaron a ganar peso²⁷. En un contexto político cada vez más agudo, los ecos del debate modernizador se desplazaban hacia una opción centrada en la elucidación de la dominación educativa y hacia su inscripción en la trama de la dominación educativa clasista. Este cambio no constituyó una ruptura drástica con el tono que la publicación venía desplegando, ni supuso el fin del estilo modernizador, sino que más bien hizo que la tensa unidad modernidad–radicalización comenzara a resolverse con un énfasis distinto. La estructura interna de la publicación, con sus secciones dedicadas a mostrar las novedades en el campo educativo, se conservó y, en sintonía con la primera editorial, prosiguió la pretensión por conformarse como un espacio plural y facilitador del debate pedagógico.

²⁷ El n° 7 inauguró la difusión de las nuevas perspectivas críticas educativas. La revista abrió el número con la publicación de Illich, I., “El derrumbe de la escuela: ¿un problema o un síntoma?”, *RCE*, año III, n° 7, abril de 1972, pp. 3–16. Recuérdese que las tesis de I. Illich fueron elaboradas en el Centro Intercultural de Documentación (CIDOC) fundado en 1961 por I. Illich (de origen austriaco y con estudios en Italia) y Everett Reimer con sede en México. En 1971 apareció una obra decisiva del militante austriaco, *La Sociedad Desescolarizada*, que contenía fuertes críticas a las instituciones educativas modernas, inclinándose por lógicas de aprendizajes autónomas y autogestionadas y, más en general, por sortear las lógicas institucionales del conjunto social. I. Illich mostraba el carácter ineficaz de la educación escolarizada y abogaba por iniciativas alternativas, con bajo grados de formalidad.

Además de la radicalización pedagógica, se fundamenta el establecimiento de una segunda etapa a partir del n° 7, debió a dos modificaciones importantes comentadas en la editorial. En primer lugar, una reafiliación institucional. La revista, que había anunciado su autofinanciamiento en el n° 5, y se había desprendido del marco ofrecido por ILARI, aparecía, ahora, ligada a la Escuela Mundo Nuevo. La ubicación de la escuela, Cuba 1940, en el barrio porteño de Belgrano, era también la dirección de la publicación. Esta nueva asociación se basó no en cuestiones comerciales o financieras sino en “una comunidad de principios frente a los problemas educativos actuales”²⁸. En segundo lugar, se incorporaron graduados de distintas universidades. El Consejo de Redacción rebasaba por primera vez los límites de la universidad porteña. Ingresaron de la Universidad Nacional de La Plata: Guillermo García y Julia Silber; de la Universidad Nacional de Tucumán: María Clotilde Yapur. En ese número se retiró Nilda Vainstein. Básicamente, las innovaciones constituyeron la primera modificación del *staff*²⁹. En próximos números, específicamente, en el n° 9 (mayo de 1973), se sumaron al Consejo de Redacción graduados de Ciencias de la Educación provenientes de otras universidades: Nora Godoy, de la Universidad Nacional de Salta; Justa Ezpeleta y Marta Teobaldo de la Universidad Nacional de Córdoba. Las razones de la ampliación del Consejo se fundaban en las exigencias de un crecimiento cuantitativo y cualitativo nacional de la revista, que se había convertido en la expresión “más representativa de los sectores comprometidos en un análisis crítico de los problemas educacionales contemporáneos”³⁰.

Como ya se ha ido apuntando a la largo del trabajo, la influencia del paradigma estructural tuvo un peso extraordinario en las ciencias sociales desde mediados de la década del 60. La radicalización pedagógica de la *RCE* también se hizo eco de esta influencia³¹. En la segunda etapa de la revista los corolarios del debate promovido por el estructuralismo y, específicamente, del denominado crítico–reproductivismo fueron manifiestos³². En sintonía con *Los Libros*, dirimió su ascendencia en dos grandes

²⁸ “Editorial”, *RCE*, año III, n° 7, abril de 1972, p.1.

²⁹ “Básicamente” porque, en rigor, del Consejo de Redacción inicial, Román A. Domínguez permaneció sólo hasta el n°3 (octubre de 1970), mientras en el n° 5 se integró Roberto Gargiulo, proveniente de la UBA.

³⁰ “Editorial”, *RCE*, año III, n° 7, abril de 1972, p. 1.

³¹ Un elocuente ejemplo del empleo del estructuralismo francés para el análisis educativo, lo constituyó, Gramajo, M. “Estructura e historia en el análisis del fenómeno de la educación”, *RCE*, año III, n° 7, abril de 1972, pp. 17–42

³² No pretendo discurrir en el espinoso debate sobre el carácter estructuralista o no de la obra de P. Bourdieu en la década del 60. Su asimilación al paradigma estructuralista o bien la

líneas pedagógicas: a) la inscripción de la educación en un marco socio-económico conflictivo; b) la elucidación de los mecanismos ideológicos de dominación del sistema educativo. Estructura e ideología se volvieron una habitual e imbricada pareja. El artículo de J. C. Passeron³³ traducido por la revista, así como los escritos de R. Roncagliolo y G. García³⁴ en el n° 8 (agosto de 1972) respondieron a estos imperativos. Como en las dos últimas oportunidades, el legado althusseriano comenzó a operar de referencia teórica para la radicalización pedagógica de la revista³⁵. Resultó paradigmático el caso de G. García, que recurrió en varias oportunidades a L. Althusser y, en menor medida, a N. Poulantzas para abordar la complejidad del fenómeno educativo. Desapercibido el althusserianismo en la primera etapa de la publicación, su presencia resultó decisiva en la segunda etapa.

También hay otras elaboraciones que asumieron categorías teóricas del crítico-reproductivismo para analizar determinadas temáticas educativas: J. C. Tedesco, por ejemplo, recurrió a la edición francesa de *La Reproducción* (1970) de P. Bourdieu y J. C. Passeron para develar el carácter ideológico de la reforma educativa impulsada por Onganía³⁶ y, más tarde, apeló a L. Althusser al abordar el positivismo pedagógico local³⁷; J. Silber³⁸ realizó aproximaciones al análisis de la función ideológica burguesa cumplida por la educación durante el peronismo, tomando como referencia *La revolución teórica de Marx e Ideología y Aparatos ideológicos del Estado*; C. Yapur³⁹ elucidó la dominación ideológica escolar desde el prisma althusseriano; T. Vasconi utilizó conceptos provenientes del crítico-reproductivismo (L. Althusser, C. Baudelot y

asociación entre estructuralismo y crítico reproductivismo, se hace palpable en el hecho de que el althusserianismo operó como marco teórico principal en la RCE, articulándose las contribuciones del sociólogo francés de manera subsidiaria a dicho marco (Amar, 2013:47).

³³ Passeron, J. C. “Los problemas y los falsos problemas de la ‘democratización’ del sistema escolar”, *RCE*, año III, n° 8, agosto de 1972, pp. 3–14.

³⁴ García, G. “La educación como práctica social”, *RCE*, año III, n°8, agosto de 1972, pp. 20–38.

³⁵ En rigor, Roncagliolo, R. “La lectura ideológica de los textos escolares”, *RCE*, año III, n° 8, agosto de 1972, pp. 15–19, tomó las elaboraciones de Eliseo Verón sobre la ideología (que proseguía los planteos L. Althusser) como también de P. Bourdieu, para develar los mecanismos ideológicos inscriptos en los textos escolares, y criticar así la supuesta imparcialidad de la escuela y su pretendida garantía de ascenso social.

³⁶ Tedesco, J. C. “El debate de la Reforma Educativa: un caso de debate tecnocrático”, *RCE* n° 7, año III, abril de 1972.

³⁷ Tedesco, J. C. “El positivismo pedagógico argentino”, *RCE* n° 9, año III mayo de 1973.

³⁸ Silber, J.: “El objetivo nacionalista de la educación y la incorporación de la enseñanza religiosa durante el período peronista”, en *RCE*, año III, n° 7, abril de 1972.

³⁹ Yapur, C. “Educación e ideología: una aproximación teórica y metodológica”, *RCE*, año III, n° 9, mayo de 1973, pp. 34–39.

R. Establet, P. Bourdieu y J. C. Passeron) para iluminar la dominación escolar, al tiempo que esbozó una propuesta educativa, en sintonía con I. Illich, marcada por la destrucción del aparato educativo escolar⁴⁰.

Tal como se sugirió en el capítulo anterior, hacia la década del 60 la perspectiva estructuralista se articuló con la radicalización de franjas intelectuales y académicas. La extendida herencia espiritualista y humanista ya no sólo fue cuestionada por posiciones modernizadoras y desarrollistas, sino también por sectores en proceso de radicalización político-intelectual. La racionalidad científica fue abordada en dos claves fundamentales. Por un lado, como una forma más de la dominación social y política. Esto derivó en cuestionar la concepción neutralista de la ciencia tributaria tanto de los sectores humanistas como modernizadores. Por otro lado, la posibilidad de construir una ciencia liberadora, cuya tarea era asumir la contribución a las luchas de los trabajadores/as para transformar las estructuras de dominación (Suasnábar, 2004:80). Si uno de los propósitos esbozados al inicio de la RCE era conformar una “ciencia –de la educación– comprometida”, el paradigma estructural y, específicamente, el althusserianismo, constituyó un aporte decisivo.

El crítico–reproductivismo permitía distinguirse respecto de las vertientes pedagógicas nacionalistas populares desde un filón científico, pero sin llegar a desembocar en el cientificismo. Más allá del hecho que en reiterados artículos el peronismo fue asumido como un fenómeno político burgués o inculcador de una ideología conciliadora de clases, lo que marcaba la delimitación de forma decisiva en el campo educativo era la caracterización de las elaboraciones pedagógicas nacionalistas populares como verborrágicas y sin capacidad explicativa, en definitiva, no científicas. Esta franja pedagógica, según el director de la revista, orientaba sus prácticas educativas hacia la acción política y social, más que hacia la reflexión epistemológica y metodológica sobre la educación (Tedesco, entrevistado por Amar, 2013:34).

El propio J. C. Tedesco recuerda una anécdota que ilustra bien su distancia con el nacionalismo popular pedagógico.

⁴⁰ Vasconi, T.: “Contra la escuela, borradores para una crítica marxista de la educación”, *RCE*, año III, n° 9, mayo de 1973, pp. 3–22. Para un análisis del derrotero político-pedagógico del autor, ver Suasnábar, C. e Isola, N. (2012)

Yo me acuerdo de una discusión una vez en el Comahue con una de las personas que, políticamente, era la que más o menos comandaba todo el grupo peronista montonero, que discutía la presencia de Piaget en los contenidos de la carrera... porque “Piaget trabajó con chicos de la burguesía en situación de laboratorio”. Esa fue la respuesta. Puta, estamos jodidos, si en educación no vas a conocer a Piaget, me parece de un primitivismo... Pero eso pasaba, eso pasaba. Se privilegiaba mucho más el discurso, la movilización y no el estudio científico, ese era un poco nuestro valor (Tedesco, comunicación personal, 8 de abril de 2015).

Las teorías de I. Illich y P. Freire –ésta última apropiada por parte de sectores de la izquierda peronista– se criticaban por carecer de un análisis material de la realidad socioeducativa y, por tanto, devenir utópicas. El n° 10 (octubre de 1973), dedicado a debatir y exponer ambas corrientes⁴¹, abrió con una editorial que señalaba la sospecha y crítica hacia estas vertientes pedagógicas, ratificando la adscripción al marxismo educativo de la publicación:

Paulo Freire e Ivan Illich. Sus libros se leen y discuten con una pasión inédita desde hace mucho tiempo en el debate pedagógico. Sin embargo, sus planteos no son nuevos. No cabe duda que estamos asistiendo a una reformulación (con todos los ajustes del caso) de postulados pedagógicos vigentes especialmente en los años 30. Nuevamente se cuestiona la educación tradicional opresora y se le opone la alternativa de una educación activa, creadora, revolucionaria. Pero se corre el riesgo que las limitaciones de los teóricos del 30 se reactualicen en los modernos

⁴¹ Prácticamente, el número entero se dedicó al pensamiento de I. Illich. Además de reproducir –traducción mediante– una polémica italiana entre L. Lombardo Radice (quien había mantenido conversaciones epistolares con Gramsci y escrito una biografía junto a G. Carbone en 1952 sobre el comunista italiano), A. Monasta y R. Rosanda, se añadieron dos artículos locales críticos de las tesis de I. Illich: Nassif, R. “Apuntes para una crítica de la teoría de la desescolarización” (pp. 20–34) y García G. “Teoría de la educación y revolución” (pp. 59–61), *RCE*, año III, n° 10, octubre de 1973. Ambos parecían expresar la línea de la revista sobre las propuestas de I. Illich. En este número también se reprodujo una entrevista a P. Freire (pp. 50–58) realizada en Chile por el equipo de la revista *Cuadernos de Educación* (Serie Orientaciones). Cuestionado en distintas oportunidades por la publicación, la inclusión del testimonio se basó en el espíritu autocrítico manifestado por el autor en la entrevista sobre sus obras (*La educación como práctica de la libertad* y *Pedagogía del Oprimido*) que mostraba, según la *RCE*, “un significativo acercamiento de Freire al marxismo” (p. 50).

pedagogos “contestatarios”. Limitaciones que pasan, fundamentalmente, por el hecho de no asumir plenamente que la educación, tanto en su faz teórica como práctica debe ser ubicada en un contexto más amplio, que es, en última instancia, un contexto de lucha de clases⁴².

Los cuestionamientos a estas teorías se fundaban en el crítico-reproductivismo educativo que conducía el análisis del sistema educativo a la dominación clasista. En sintonía con *Los Libros*, cualquier propuesta educativa transformadora debía partir de reconocer este aspecto, para no devenir “utópica”, “idealista”. Las nuevas iniciativas educativas fueron sospechadas de proseguir la impronta escolanovista –tan presente en los años 30- y, por tanto, burguesa. El propio director de la revista recuerda la distancia con el pensamiento freiriano:

El pensamiento de Freire empezaba a tomar cuerpo y con esa cosa muy... atractiva, paradójicamente, para los que no eran de educación... porque los que veníamos de educación no nos tragábamos esto de que el maestro era el amo y el alumno el esclavo y que el proceso de aprendizaje era pura imposición ideológica. No, porque yo decía, “pero carajo, enseñar matemática, enseñar a leer y escribir, no es...”. Sí, estábamos todos contra la didáctica autoritaria, todo estaba muy bien pero... equiparar el proceso de enseñanza aprendizaje con el proceso de explotación capitalista nos parecía un salto, una extrapolación... teóricamente incorrecta y políticamente muy peligrosa, porque entonces te colocabas con los maestros enfrente (Tedesco, comunicación personal, 8 de abril de 2015).

Como parte de su animosidad hacia el nacionalismo popular pedagógico, la *RCE* reprodujo los debates en relación a la reforma del plan de estudio de las carreras de ciencias de la educación elaborados por las mesas de trabajo de las universidades de Tucumán, La Plata y Cuyo, bajo el afán de referenciar a sectores radicalizados, pero el proceso en la UBA no tuvo mención alguna (Suasnábar, 2004:268). Esta universidad y la carrera permanecían dirigidas por la izquierda peronista a partir de la

⁴² “Editorial”, *RCE*, año III, n° 10, octubre 1973, p.1.

asunción de H. Cámpora: Adriana Puiggrós fue directora del Departamento de Ciencias de la Educación de la UBA en 1973, y en 1974 asumió el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad. También el recelo resultaba inverso. La propia A. Puiggrós recuerda la decisión de marginar a J. C. Tedesco del Departamento de Ciencias de la Educación de la UBA:

Cuando en el 73 me nombraron en el Departamento, obviamente, lo que había era una conducción política de la Universidad, por lo menos para las grandes cosas. Yo no era exclusivamente una persona encuadrada, sino que era de la JP [Juventud Peronista], pero era periférica. En ese momento mi jefa era Ana María Caruso de Carri (...) Ana María me transmitía quiénes tenían que ser o qué líneas tenían que tener los profesores que nombráramos. Antes de que se interviniera la Universidad en el 73, había un movimiento de estudiantes muy fuerte que se acentuó en los meses anteriores a la asunción de [Héctor] Cámpora, cuando, por ejemplo, lo echaron a [Manuel Horacio] Solari [Titular de Historia de la Educación] (...) Pero ¿A quién nombrar? Todos eran de izquierda, en general del PC o radicales. Entonces, la decisión fue guardarse una cátedra para el peronismo. Esa cátedra fue Historia de la Educación y nombré a Fermín Chávez. En relación a este hecho, el otro día fui a ver a Juan Carlos Tedesco por otras cuestiones, y una charla informal le dije: te voy a pedir una cosa, por una vez en la vida créeme, te pido que está sola vez me creas, porque hace cincuenta años que no me crees, que no fue en tu contra, porque él tenía que ser el titular (entrevista realizada por Arata, et. al., 2009: 203).

J. C. Tedesco se desempeñaba, por entonces y desde 1971, como profesor titular de Historia de la Educación Argentina y Americana en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de Universidad Nacional de La Plata. Luego, entre 1973 y 1974, fue profesor titular de la misma asignatura en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional del Comahue y, un año más tarde, en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Pampa. Además, ya contaba con otros antecedentes reconocidos en el área de historia de la educación. Claramente, la decisión no se fundamentaba en parámetros estrictamente

académicos, sino en la polémica entre franjas del nacionalismo popular pedagógico y de la nueva izquierda pedagógica. J. C. Tedesco, egresado de Ciencias de la Educación en la UBA, nunca pudo volver a la universidad. A la segregación de la “Revolución argentina”, se le sumaba, ahora, la marginación de las nuevas autoridades de la UBA. Al igual que J. C. Portantiero, la izquierda peronista no reparaba en matices. El dolor por la exclusión y el agrio sabor de una evidente injusticia parecen perdurar todavía hoy:

A la Universidad de Buenos Aires no volví, fui discriminado por marxista. La dictadura me discriminaba por marxista y el gobierno nacional y popular también me discriminaba por marxista. Después me pidieron perdón, muchos años después, muchos años después, pero en ese momento no (Tedesco, comunicación personal, 8 de abril de 2015).

Retomando la radicalización pedagógica de la *RCE*, en sus páginas el crítico–reproductivismo estuvo tensionado por dos ejes: la dependencia político–económica de América Latina y la elaboración de propuestas. El primero daba cuenta de un tema recurrente en la época. *Los Libros* convivió con esta incomodidad. La *RCE* también se vio atravesada por esta tensión: elaborar una crítica pedagógica que, aun atenta a los insumos y contribuciones teóricas extranjeras, no reproduzca la dependencia cultural. De ahí que la Teoría de la Dependencia, tanto en términos de *clima de ideas* como de andamiaje conceptual, acompañó la radicalización pedagógica de la revista. Si bien este agudo problema se volvió acuciante en la segunda etapa de la publicación, es posible rastrear sus marcas desde los primeros pasos⁴³. El privilegio en la divulgación de la producción pedagógica local por la revista no se reducía a una estrategia de mercado, ya que también era un modo de responder y dirimir el problema de la dependencia cultural. Respecto al segundo eje en la publicación se encontraron, en un principio, propuestas pedagógicas que respondían al proyecto modernizador –y por tanto adquirirían un carácter técnico–, mientras que al correr los números otras estuvieron permeadas por la radicalización. La *RCE* buscó sugerir con frecuencia líneas pedagógicas de intervención. De ahí que el análisis del fenómeno educativo se

⁴³ Latapí, P. “Los sistema escolares en América Latina”, *RCE*, año I, n° 3, octubre de 1970, pp. 11–20. El por entonces Director General del Centro de Estudios Educativos de México, supo identificar las diversas dependencias de América Latina y arrojar luz sobre sus consecuencias para los sistemas educativos de la región.

viese tamizado por la preocupación propositiva. Aunque desde un principio –tal y como se ha intentado esbozar– la publicación pretendió acompañar sus análisis con propuestas, el imperativo se volvió denso en la segunda etapa.

La aparición del nº 11 de la *RCE* (abril de 1974) aludió explícitamente a estas tensiones:

A través de sus diez números, la Revista de Ciencias de la Educación concentró la mayor parte de sus esfuerzos en ofrecer material que dilucidara críticamente el lugar de la educación en el sistema capitalista y, especialmente, en las estructuras sociales del capitalismo dependiente de nuestros países. Sin abandonar esta línea (al contrario, enriqueciéndola) creemos que ha llegado el momento de estimular la elaboración de propuestas alternativas concretas que demuestren la fertilidad del planteo crítico, no sólo en el nivel teórico, sino también en el práctico⁴⁴.

Como lo recuerda la editorial del nº 13–14 (enero–septiembre de 1975) en la que se realizó una especie de balance del itinerario de la publicación, las posibilidades abiertas el 25 de mayo de 1973 exigieron una actitud marcadamente propositiva en términos educativos. Más allá de cobijar distintas afiliaciones políticas, lo cierto es que la revista avizoraba la escena abierta por la asunción de H. Cámpora como una oportunidad para profundizar en los esfuerzos de traducir la radicalidad pedagógica en propuestas concretas.

En rigor, el tentativo nuevo encuadre no supuso la apertura de otra etapa. La revista ya había esbozado su preocupación por presentar propuestas a la largo de su periplo y albergado expectativas en el gobierno que asumió en mayo de 1973⁴⁵. Más aún, si se mira con atención desde el nº 11 hasta su cierre, sólo el artículo de C.

⁴⁴ “Editorial”, *RCE*, año IV, nº 11, abril de 1974, p. 1.

⁴⁵ Es posible rastrear en el nº9 la expectativa por el proceso político abierto en mayo de 1973. En ese número, contemporáneo a la asunción de H. Cámpora, la *RCE* incluyó un documento del Consejo Tecnológico del Movimiento Nacional Justicialista, “Bases programáticas para una Gobierno Justicialista. Capítulo de Educación y cultura” (pp. 46–48), e incluyó una entrevista a la Dra. E. Paldao, coordinadora técnica del Plan de Educación Permanente a cargo de la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) y la Dirección Nacional de Educación del Adulto (DINEA) (pp. 58–61).

Antebi y C. Carranza aparecido ese número respondió al nuevo imperativo⁴⁶. El resto permaneció, en términos generales, con el tono inaugurado en el n° 7, esto es, un tono de apropiación y utilización del crítico-reproductivismo educativo bajo la tensión de responder tanto al lugar dependiente del país y su sistema educativo como de fijar líneas de intervención. Es posible asir el n° 11 y su editorial como una explicitación de la tragedia de la publicación: intelectuales críticos de la educación sin encuadre político institucional y buscando la canalización de una voluntad político-pedagógica que se volvía errática. Más allá de la presencia en algunas universidades, la intervención transcurría fundamentalmente a través de la publicación. Igual que en otras franjas de la nueva intelectualidad, el desarraigo político orgánico convertía a la publicación en un fetiche, dotándola de una capacidad desmesurada:

Y era lo que teníamos [la revista], porque recién con la vuelta a la democracia pudimos... se pudo, actores, investigadores, gente que estaba en el mundo académico, de la educación, acceder a puestos de conducción. Pero hasta ahí, lo único que tenías era la posibilidad de influir en el pensamiento y que no te mataran (Tedesco, comunicación personal, 8 de abril de 2015).

El n° 12 (septiembre de 1974) no avanzó en estructurar o precisar propuestas pedagógicas. La intención propositiva se mantuvo al nivel de números anteriores y tampoco se abandonaron las categorías althusserianas⁴⁷. Tal vez la principal novedad residió en la inclusión y traducción de un artículo marcadamente crítico del acervo althusseriano a manos de H. Lagrane⁴⁸, publicado originariamente en Francia en el n° 9 de la revista *Critiques de l'économie politique*, octubre–diciembre de 1972. Con este artículo, la *RCE* abordaba críticamente el legado de L. Althusser, un autor que, como planteaba la editorial de la revista, había “alcanzado vasta repercusión en nuestros

⁴⁶ Antebi, C. y Carranza, C. “Evaluación: una experiencia estudiantil–docente”, *RCE*, año IV, n° 11, abril de 1974, pp. 12–19, que exponía una experiencia didáctica llevada adelante con estudiantes de institutos de profesorado.

⁴⁷ Hernández, I. “La discriminación étnica en la escuela. Propositiones para un nuevo sistema educativo”, *RCE*, n° 12, año IV, Septiembre de 1974, pp. 34–41. Como en otras ocasiones empleaba el marco teórico althusseriano para el análisis educativo, y luego proponía una serie de reformas educativas tendientes a la inclusión escolar de los pueblos originarios.

⁴⁸ Lagrane, H. “A propósito de la Escuela. Críticas a un enfoque de L. Althusser”, *RCE*, año IV, n° 12, septiembre de 1974, pp. 3–20.

medios”⁴⁹. En tanto contribución extranjera, particularmente francesa, su inclusión no podía realizarse sin hacer mención al problema de la dependencia cultural: “Hace falta, tal vez, en este caso, una evaluación de estos trabajos hecha desde nuestra perspectiva de país capitalista dependiente”⁵⁰.

H. Lagrane realizó una crítica a los núcleos del planteo althusseriano expresados en *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Su cuestionamiento, también comprendió los planteos de C. Baudelot y R. Establet en tanto discípulos del filósofo francés. La crítica se resumía en la falta de atención y comprensión de los procesos contradictorios y conflictivos de la reproducción del sistema educativo: “Presentando la escuela como un aparato separado, limitado a inculcar la ideología burguesa, Althusser, Baudelot y Establet, ignoran las exigencias contradictorias de la fuerza de trabajo”⁵¹. Esta conclusión general, fundada en críticas consistentes y precisas, no avanzaba en postular nuevas bases teóricas para el abordaje crítico concreto del fenómeno educativo.

El derrotero de la *RCE* transcurría por la tensión ya señalada. Observaba los límites del estructuralismo althusseriano para la elaboración de propuestas pedagógicas o para aprehender la especificidad latinoamericana, pero no lo descartaba. De ahí que aun reeditándose un artículo crítico con el legado de L. Althusser, no sea posible concluir que en su ocaso la publicación se haya desembarazado del filósofo francés. Distintos artículos prosiguieron bajo el prisma althusseriano y sus preocupaciones: ubicar a la escuela en el conflictivo contexto socioeconómico y elucidar su dominación ideológica⁵². La *RCE* llegó a su final en 1975. La intervención y restauración conservadora sobre las universidades públicas promovidas por el nacionalista católico Oscar Ivanissevich, las operaciones de la sangrienta Triple A, la creciente censura y los primeros exilios condujeron al ocaso y

⁴⁹ “Editorial”, *RCE*, año IV, n° 12, septiembre de 1974, p.1.

⁵⁰ *Ibíd.*, p.1,

⁵¹ Lagrane, H. *Ibíd.*, p. 7.

⁵² Resulta ilustrativo de esto Anadón, M., Argumedo, M., Fossati, C., Marzocchi, R., Oyola, C., E. Squarzon, y M. Valencia “Análisis ideológico de textos escolares”, *RCE*, año V, n° 13–14, enero–septiembre de 1975, pp. 3-15. Es tan nítida y contundente la ascendencia althusseriana para el análisis de los manuales que los/as autores/as asumen sus presupuestos teóricos sin citarlo: “Como se sabe, junto al poder del estado (posesión o manejo del estado) y su aparato represivo (instituciones del orden) se distinguen los aparatos ideológicos del estado (que no necesariamente deben pertenecer a la jurisdicción estatal) cuya característica es la de funcionar predominantemente –como instrumento– con la ideología de la clase dominante (...) Del conjunto de aparatos ideológicos del estado, la escuela constituye uno de los más efectivos” (p.6).

desaparición de la publicación. Tragedias de la historia, la última aparición se concibió como el inicio de un nuevo momento, suponiendo el salto de un trabajo predominante artesanal a uno profesional. La revista comenzaba a salir bajo un acuerdo con la Editorial Axis de Rosario que prometía dotarla de un inédito alcance y regularidad. El acuerdo no supuso grandes cambios: se conservó el Consejo de Redacción, la estructura de la publicación (los artículos seguían acompañados de una sección dedicada a la reseña de libros y a la información bibliográfica sobre las novedades del campo educativo), la dirección de redacción y administración (Cuba 1940), aunque el formato era ligeramente más pequeño y se incorporaba la figura de Subdirector (ocupada por G. García).

Sin embargo, este momento fue tan esperado como efímero. En medio de una situación en la que la revista se volvía aún más necesaria acaeció el intempestivo cierre. La última editorial aparecía como una suerte de plegaria, un intento por sortear un destino trágico cada vez más apremiante y cercano:

La escuela argentina abandonó todo intento de constituirse en una escuela liberadora y el proyecto oficial la concibe cada vez más ostensiblemente con los rasgos y connotaciones más irracionales y represivas de los aparatos ideológicos. El desmantelamiento de los centros de estudios superiores de ciencias de la educación y la dispersión de los cuadros intelectuales más valiosos son el correlato lógico de todo esto. Por ello es que el mantenimiento de la Revista es una tarea que nos compromete profundamente. Cerradas las instancias normales de estudio y de expresión, dispersos todos los cuadros y desalentadas las posibilidades de estudio crítico, la Revista queda como una de las pocas posibilidades abiertas para que siga viva la llama que expresa, en el ámbito de las ciencias de la educación, los intereses populares⁵³.

Los intereses populares tendrán un corolario tan trágico como la revista. A la soledad de la publicación, al lugar histórico que ocupaba como una de las escasas llamas de la crítica educativa aún con vida, le seguirá su desaparición.

⁵³ "Editorial", *RCE*, año V, nº 13-14, enero-septiembre, 1975, p. 1.

9.3. La educación desde la hegemonía gramsciana. Una contribución original en el ocaso de la Revista de Ciencias de la Educación

En el último número de la revista (enero–septiembre de 1975) apareció un artículo titulado “Hegemonía y educación” que fue escrito por Sara Morgenstern (1941)⁵⁴, una egresada de la carrera de Ciencias de la Educación de la UBA (1964) y docente en 1966 del Departamento de Ciencias de la Educación, hasta que la irrupción del golpe militar ese mismo año, la llevó a renunciar. Anclado en el concepto gramsciano de hegemonía, el escrito resultó ser una contribución pionera. La novedad no residía en la mención de Gramsci. De hecho, en la segunda etapa de la *RCE* existieron algunas apelaciones dispersas al revolucionario sardo⁵⁵. La originalidad se fundaba en apoyarse en el marco teórico gramsciano para asir el fenómeno educativo. Se podría sugerir que el artículo intentó resolver la tensión señalada en la segunda etapa de la *RCE*: estructurar un discurso pedagógico crítico, capaz, por un lado, de desmenuzar la dominación escolar y situar el aparato educativo en la trama social conflictiva y, por el otro, atender a las condiciones históricas específicas, habilitando a una intervención pedagógica disruptiva (sin desembocar en salidas utópicas al estilo freiriano). La *RCE* cabalgó por estos intentos, incomodidades y tensiones, y S. Morgenstern buscó ofrecer otra salida. Sin embargo, sería desacertado decretar una ruptura con el althusserianismo por parte de la autora y en general de la revista en su última edición. En el mismo número que apareció el artículo de S. Morgenstern, otros/as escritores/as forjaron la unidad entre la elucidación del dominio escolar y la intervención disruptiva sin que eso implicase un quiebre con el estructuralismo y el althusserianismo⁵⁶.

⁵⁴ Morgenstern, S. “Hegemonía y educación”, *RCE*, año V, n° 13–14, enero–septiembre de 1975, pp 30–42.

⁵⁵ En el n° 9 (mayo de 1973), J. Silber, en una brevísima reseña (p. 64), comentó el libro de Lombardi, F. (1972). *Las ideas pedagógicas de Gramsci*. Barcelona: Ed. Redondo. T. Vasconi, en el artículo ya citado de ese mismo número, se refirió al pasar por Gramsci, para dar cuenta del rol de dominación de los intelectuales orgánicos de la burguesía. En el n° 10, al reproducirse la polémica italiana sobre la tesis de I. Illich, existieron algunas menciones pasajeras al genio sardo o sus categorías.

⁵⁶ En esta línea, además del ya referido artículo de M. Anadón et. al., es posible agregar: Cipelatti, A., Pinna, A., Lobo, M., y Roldán G., “Orientación vocacional: sobredeterminación”, año V, n° 13–14, enero–septiembre de 1975, pp. 57–62. Aunque sin citarlo, el concepto de sobredeterminación aparecía empleado en el sentido acuñado por L. Althusser. Luego de

Como ya indiqué en otras oportunidades, existe un consenso historiográfico acerca de que el auge del marxismo estructuralista en la década del 60 conllevó un conocimiento de Gramsci a través de la obra de L. Althusser y, por tanto, de una forma difusa, siendo un obstáculo para su recepción creativa y productiva. En el capítulo anterior, intenté demostrar zonas productivas de contacto entre L. Althusser y Gramsci. Buscaré hacer lo propio al analizar el artículo de S. Morgenstern. La autora discutió de forma explícita con dos posturas. Por un lado, la corriente funcionalista-liberal que asociaba la educación con la movilidad social. La autora consideró las críticas a esta corriente como sólidas y de amplio conocimiento. Por otro lado, con la perspectiva marxista economicista que reducía la superestructura a la base económica, expresada por Joseph Stalin y Oskar Ryszard Lange⁵⁷. Entonces bien se podría concluir que los rivales teóricos de S. Morgenstern eran semejantes a los asumidos por el marxismo estructuralista de L. Althusser y N. Poulantzas en la década del 60. Éstos emprendieron un profundo debate tanto contra lo que denominaban marxismo economicista como contra las corrientes voluntaristas –entre las que se encontraba el funcionalismo– que, invirtiendo el esquema, situaban el centro y motor de la totalidad social en la política y no en la economía. Una pesimista, otra optimista, coincidían en reducir la totalidad a un principio unívoco y lineal: la economía o la política.

De todos modos, es cierto que S. Morgenstern rebatió las posturas crítico-reproductivistas. Su preocupación era renovar la perspectiva crítica educativa, pero, a diferencia de los casos anteriores, el enfrentamiento no fue abierto sino en clara tensión. Como se verá, el empleo de la hegemonía gramsciana implicará un enfrentamiento con el althusserianismo y con sus posibles corolarios –como la propuesta desescolarizante de I. Illich–, al tiempo que una incorporación de conceptos claves.

El propósito del trabajo de S. Morgenstern consistía en:

desmenuzar la dominación en los enfoques de orientación vocacional, el artículo finalizaba haciendo un llamado a una orientación vocacional capaz de formar personas creativas y críticas del sistema capitalista. También, en el mismo número, el artículo de Yapur, C. “Aportes para una actualización de la teoría didáctica” (pp. 63–70), apelaba al estructuralismo en su análisis de la didáctica y bregaba por una “didáctica contestaría y científica” (p.70).

⁵⁷ S. Morgenstern accedió a la perspectiva de O. Lange a través del trabajo elaborado por Bernard Jobic (1973) *La revolución cultural y la crítica del economicismo*, incluido en *Teoría del Proceso de Transición*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente, n° 46.

Demostrar que en toda *formación social capitalista* la educación no es solamente un *reflejo mecánico de la dominación económica* y por lo tanto *no es solamente el instrumento de la clase dominante sino el instrumento de una sociedad dividida en clases, donde la hegemonía no se da de modo natural y definitivo sino que es histórica y disputada* (1975:32)⁵⁸.

El concepto de hegemonía gramsciano animó la labor de la autora. Le permitió resolver de una manera historicista la metáfora base económica–superestructura, tan en boga por entonces. La inspiración genérica para divisar de otra manera esta unidad provino de Raymond Williams. Atenta a las producciones provenientes de la nueva izquierda, S. Morgenstern no sólo era una lectora asidua de los Cuadernos de Pasado y Presente. También estaba suscrita a la revista inglesa *New Left*. En el n° 82, noviembre–diciembre de 1973, apareció un texto clave del intelectual marxista: *Base and superstructure in marxist cultural theory* (pp. 3–16). Su lectura implicó un quiebre teórico para la autora:

El [artículo] de Raymond Williams. Realmente ese fue el artículo que me cambió, cambió todo, dije “ya está, ya sé lo que quiero hacer”, porque no... no tenía... intuitivamente sabía que eso, que la reproducción no funcionaba pero no sabía qué funcionaba, o cual era la alternativa. Hasta que me di cuenta que la intuición era bastante real (Morgenstern, comunicación personal, 24 de febrero de 2015).

Es sabido que la *New Left Review* además de conformarse como una referencia teórica para la nueva izquierda en los años 60, fue una de las primeras revistas –fuera de Italia– en hacer uso deliberado y sistemático de conceptos teóricos gramscianos para analizar la propia sociedad nacional y debatir estrategias políticas de transformación. Los primeros ensayos en ese sentido fueron los de 1964 y 1965. Luego, entre 1973 y 1975, las categorías gramscianas se tornaron omnipresentes en la revista, en particular el concepto de hegemonía (Anderson, 1977/1981:4; Liguori, 2013:29). La familiaridad de la autora con la producción inglesa respondía a su estadía hacia fines de la década del 60 en Inglaterra. Luego de la autodenominada

⁵⁸ Morgenstern, S. “Hegemonía y educación”, *RCE*, año V, n° 13–14, enero–septiembre de 1975, pp 30–42.

“Revolución argentina” y de su renuncia a la docencia en el Departamento de Ciencias de la Educación de la UBA, viajó al país británico. Su esposo, Carlos Finkel, había logrado una beca de estudio. Allí, continuó su formación y se acercó a la obra de Gramsci a través de la publicación en inglés con el título *Selections from Prison Notebooks* (1971) a cargo de Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith.

El encuadre ofrecido por R. Williams permitía dirimir en otra clave el siempre polémico vínculo estructura–superestructura. Además, introducía la relevancia de la noción gramsciana de hegemonía para asir de manera creativa y dinámica tanto la dominación cultural como la posibilidad de su impugnación. Alejado de una visión abstracta del devenir sociocultural, el autor británico instaba a pensar, a través de la noción gramsciana de hegemonía, el proceso cultural capitalista en términos históricos concretos. Mostraba que el conformismo siempre resultaba activo. A la sugestiva perspectiva de R. Williams, le continuó un aporte decisivo y original a manos de S. Morgenstern: la articulación de la noción gramsciana de hegemonía con el fenómeno educativo. El propio título del artículo de S. Morgenstern es indicativo: “Hegemonía y educación”. El tratamiento gramsciano de la hegemonía se colocaba como punto de referencia para asir el objeto educativo desde una perspectiva crítica. De este modo, sus lecturas previas de Gramsci encontraban con el artículo de R. Williams un apuntalamiento y un impulso para divisar el proceso educativo desde un nuevo ángulo de enfoque.

En esta inmersión en la obra de Gramsci no tuvo un “maestro”. Fue una búsqueda personal o, en palabras de la autora, “intuición pura”. A su regreso de Inglaterra en 1972, S. Morgenstern se afincó en la Universidad Nacional de Salta para promover la organización de la carrera de Ciencias de la Educación. Tampoco allí existía punto alguno de anclaje o referencia para la labor con Gramsci. Más bien, su búsqueda político–teórica transcurrió en soledad y hasta con animosidad respecto a las organizaciones de izquierda, –principalmente, Montoneros y su opción armada–. Así, en coincidencia con los usos pedagógicos gramscianos analizados a lo largo del trabajo, primaba el autodidactismo y, al igual que J. C. Tedesco, se asistía a un pensamiento educativo de inspiración heterodoxa: “Yo fui siempre un poco verso suelto (risas)” (Morgenstern, comunicación personal, 24 de febrero de 2015).

Vale subrayar la originalidad teórica pedagógica local de S. Morgenstern. Como señalé, no sólo inauguraba una perspectiva gramsciana para abordar el objeto educativo que era desconocida hasta entonces en la *RCE*, sino que en el medio local las mediaciones de la obra de Gramsci para abordar el fenómeno educativo eran

escasas, o tal vez desconocidas, dado que no existían prácticamente ediciones en español⁵⁹. A fines de los años 60 y comienzos de los 70 se multiplicaron los trabajos de exégesis sobre el pensamiento de Gramsci, trabajos que la propia autora incluyó en su artículo⁶⁰, pero resultaban exiguas las interpretaciones específicamente pedagógicas. Por primera vez en nuestro país se desarrollaba un planteo desde el terreno pedagógico que no se detenía en apelar a Gramsci, sino que ubicaba al revolucionario sardo en el centro de la reflexión educativa. A lo largo del trabajo, mostré distintos usos pedagógicos de Gramsci, pero éste fue el único que pretendió apoyarse en el comunista italiano para fundamentar una perspectiva educativa.

Conjuntamente a R. Williams, la inclusión del concepto de hegemonía por la autora para comprender de manera histórica y dinámica la metáfora estructura–superestructura, contaba con la influencia del trabajo del político francés Hugues

⁵⁹ En lo que se refiere a la reflexión pedagógica sobre la obra de Gramsci, cabe decir que en el momento del escrito de S. Morgenstern ya existían algunas producciones. Mario Manacorda publicó en 1972 *Il principio educativo in Gramsci, Americanismo e conformismo*. Roma: Armando (en 1977 la editorial Sígueme de Salamanca, España lo tradujo al castellano). También en 1973 publicó *L'alternativa pedagogica* (cuya traducción al castellano fue en 1981 a cargo de Ediciones Fontamara, Barcelona). Este libro que contaba con una introducción de M. Manacorda, era una extensa selección de los escritos carcelarios gramscianos referidos a temas educativos y pedagógicos. En 1966 había publicado *Marx e la pedagogia moderna*. Roma: Editor Riuniti (con traducción al castellano en 1969, Barcelona: Colección Libros Tau). El libro contenía una sección dedicada a la pedagogía marxista en Italia que abarcaba las ideas de Gramsci en torno a la educación.

Un trabajo similar a *L'alternativa pedagogica* fue realizado en 1967, también en Italia, por Giovanni, Urbani, *Gramsci Antonio. La formazione dell'uomo, Scritti di pedagogia*. Roma: Editori Riuniti (reeditado en Italia, aún no cuenta con una versión en español). También hay que mencionar los trabajos de Lombardi, G. (1969) *Gramsci e l'educazione dei figli*. En Rossi P.(coord.), *Gramsci e la cultura contemporanea*. Roma: Riuniti; Lombardi, F. (1969), *Idee pedagogiche di A. Gramsci*, Brescia: La scuola (traducido al español en 1973, Barcelona: Redondo).

Otros trabajos sobre la faceta pedagógica de Gramsci en las décadas del 50 y 60 se hallaban en:

Borghi, L. (1958), *Educazione e scuola nella Italia d'oggi*. Florencia: La Nuova Italia;

Bertoni, J., Lombardi, G., Mazzucco Cosa, C., Mozo Dentice d'Accadia, M., Manacorda, M. (1967), *La formazione del pensiero pedagogico di Gramsci*. Roma: Riuniti;

Borghi, L. (1969), "Educazione e scuola in Gramsci". En Rossi, P. ob. cit.

Tal vez el antecedente más cercano en términos de perspectiva a la labor de S. Morgenstern lo constituía Broccoli, A. (1972), *Gramsci e l'educazione come hegemonia*. Fue traducido al castellano en 1977, México: Nueva Imagen.

Otro antecedente era el trabajo de Buci Glucksmann, C. (1972) analizado en el capítulo precedente: *Gramsci et la question scolaire*, traducido y reproducido –parcialmente– por *Los Libros* (en el n° 32, octubre–noviembre, 1973).

⁶⁰ Además de R. Williams, citó los trabajos de H. Portelli, N. Poulantzas (que refiero más adelante) y L. Coletti (*From Rousseau to Marx*, editado y traducido del italiano al inglés por *New Left Review* en 1972).

Portelli, *Gramsci y el bloque histórico* (1972, traducido al español en 1973 por María Braun, editorial Siglo XXI)⁶¹. S. Morgenstern incluyó el libro como parte de la bibliografía. H. Portelli interpretó los *Cuadernos* a través de la categoría de bloque histórico. Algunos exégetas (Campione, 2007:46–49)⁶² sostienen que en dicha categoría se encuentra la influencia sobre Gramsci del pensador francés Georges Sorel, adscrito al sindicalismo revolucionario y con profundas raíces historicistas.

H. Portelli interpretaba que en los *Cuadernos* la unidad entre estructura y superestructura, y su conformación como bloque histórico, se dirimía fundamentalmente a través de la hegemonía. En términos generales, expresaba una interpretación historicista de la hegemonía gramsciana. Suponía que la unidad de una formación social, su constitución en términos de bloque histórico, remitía al igual que en la totalidad hegeliana, a una instancia central: la clase–sujeto de la historia y su concepción del mundo. Una clase hegemónica se convertía en la clase–sujeto de la historia a base de impregnar y unificar a una cierta formación social. En esta interpretación, la hegemonía gramsciana se ligaba a la voluntad o conciencia de la clase dominante. Los intelectuales orgánicos de la clase fundamental tenían la tarea de sostener y reproducir el bloque histórico, la unidad social a través de la difusión y organización de la concepción dominante en el seno de la sociedad civil. Al contrario del economicismo, era el momento superestructural –la política, la voluntad– el motor de la unidad social.

S. Morgenstern hacia suyo este uso del concepto de hegemonía gramsciano en su artículo:

¿Cómo se gesta la unidad del momento económico y del momento político en el seno de una sociedad? En otras palabras y retomando nuestro problema, ¿cómo se articula la base y la superestructura en el quehacer histórico? Gramsci avanza una respuesta donde el vínculo orgánico entre ambas no es teórico sino concreto: este vínculo está asegurado por la función histórica de la hegemonía cuya organización,

⁶¹ El libro ha contado con una marcada ascendencia en nuestro medio. Cuenta con más ediciones en español que en su versión original en francés (a la fecha transcurre por su vigésima segunda edición en español, siempre a cargo de Siglo XXI).

⁶² Para otra interpretación, ver Buci Glucksmann (1975/1985:340–343).

coherencia interna y unidad es elaborada por los intelectuales orgánicos de toda clase fundamental (1975:36)⁶³.

Como ya mencioné en el curso del trabajo, Gramsci inauguró una vertiente inédita en la historiografía marxista del concepto de hegemonía: la dominación. Hasta Lenin, la hegemonía había permanecido adscripta a la estrategia de la clase obrera. El comunista italiano retuvo esto último, pero también comprendió la dominación de la clase dominante. En el uso historicista que S. Morgenstern hizo de la hegemonía gramsciana se encontraban ambas facetas. Desde luego, este empleo historicista de Gramsci y su concepto de hegemonía se posicionaba a las antípodas del estructuralismo althusseriano y poulantziano. Eran sensiblemente críticos a este tipo de tratamientos arraigados en la problemática lukacsiana del sujeto que ligaban la hegemonía a una instancia central –la voluntad de la clase dominante–, soslayando así otro conjunto significativo de determinaciones de orden estructural. La distancia de la autora respecto del althusserianismo era más que evidente.

Sin embargo, al inscribir la hegemonía para divisar la dinámica de la reproducción escolar o las posibilidades de la transformación en el seno del aparato escolar, S. Morgenstern teñía el concepto gramsciano de hegemonía con categorías althusserianas o poulantzianas. Resulta difícil aprehender la modalidad de trabajo de la autora con la obra de L. Althusser, básicamente porque empleó sus conceptos sin mencionarlo o citarlo, lo que expresa no sólo la gravitación del filósofo francés en la teoría educativa crítica local del período, sino también la dificultad para decretar una ruptura taxativa con su pensamiento. La ascendencia del Althusser *clásico* era tan contundente que operaba como parte inherente a la labor crítica educativa, volviéndose inverosímil suponer un quiebre tajante. A la propia autora, con la distancia, no deja de llamarle la atención la hibridación propuesta en su artículo:

No recuerdo bien qué tendría en la cabeza en ese momento, pero Poulantzas y Althusser... no entiendo por qué los metí ahí, porque no eran muy simpatizantes de Gramsci; más bien ponen el historicismo así con desprecio. Pero la verdad, la verdad es que no sé por qué los metí (Morgenstern, comunicación personal, 24 de febrero de 2015).

⁶³ Morgenstern, S. "Hegemonía y educación", *RCE*, año V, n° 13–14, enero–septiembre de 1975, pp 30–42.

Al explicar la mecánica de la reproducción escolar desde la hegemonía gramsciana, S. Morgenstern recaía sobre el rol de la burguesía y sobre las tareas que ésta le demandaba al aparato educativo: capacitación de la fuerza de trabajo para asegurar la división del trabajo y la difusión de una concepción del mundo legitimadora de tal división. La voluntad de clase burguesa, en otras palabras la perspectiva historicista, se volvía central para explicar el dominio escolar. Sin embargo, la autora apeló también al acervo althusseriano para divisar esta veta del sistema educativo. Por ejemplo, “Como institución el sistema es creado y mantenido como agencia ideológica” (1975:32). Recuérdese que para L. Althusser la característica principal y distintiva de los AIE residía en su funcionamiento, básicamente, a través de la ideología. O bien, “se debe describir a través de qué mecanismos concretos se vehiculiza o se interfiere el cemento ideológico que configura la estructura de dominación” (Ibíd.:38). “Cemento ideológico” era un concepto gramsciano apropiado por el althusseriano –y también por N. Poulantzas– para dar cuenta del rol unificador de la ideología dominante en la totalidad social, en la articulación entre base y superestructura. También resulta ilustrativa la indistinción entre aparato escolar público o privado en la explicación de la reproducción: “La escuela pública del Estado capitalista no es esencialmente distinta de la escuela privada, no obstante las contradicciones que existen entre ambas” (Ibíd.:38). Es sabido que L. Althusser insistió en dicha indistinción dado que lo fundamental residía en la función ideológica del aparato.

En definitiva, el empleo historicista de la hegemonía gramsciana dispuesto por S. Morgenstern para atender la reproducción escolar se tensionó con el marco althusseriano en un doble sentido. Por un lado, colocó categorías althusserianas –tales como la de cemento ideológico– al interior de la difusión de la concepción del mundo de la clase dominante. Es decir, ligó algunas categorías del filósofo francés con el papel y la dinámica histórica de la clase dominante y, por tanto, con el prisma historicista. Por otro lado, apuntó el funcionamiento de determinadas instancias en términos althusserianos, ya que no sólo comprendió a la escuela bajo la jerga althusseriana como “aparato”, sino que también sugirió parte de su funcionamiento en términos de una estructura de dominación que guardaba una especificidad propia, sin vínculo alguno con el papel histórico de los hombres o las clases sociales como reclamaría el historicismo.

En línea con la *RCE*, S. Morgenstern pretendía articular la crítica a la dominación educativa con la elaboración de propuestas. Su registro se mantuvo en un plano teórico, fundamentando la viabilidad de la intervención disruptiva en el seno del aparato educativo. Al dar cuenta de estas condiciones de posibilidad de la transformación educativa, el tratamiento historicista de la hegemonía también se tornó fructífero. El acento, ahora, se corría hacia la clase dominada y, en particular, hacia sus intelectuales en tanto organizadores de una concepción del mundo alternativa y forjadores de un nuevo bloque histórico. La noción gramsciana de intelectual operaba como fundamento. Era a través de los intelectuales orgánicos de la clase subalterna que la transformación educativa se volvía asequible: “Solamente los intelectuales orgánicamente unidos a la lucha del proletariado pueden realizar esta tarea histórica. Después de todo ni Lenin, ni Mao, ni el Che eran trabajadores manuales” (Ibíd.:40). La autora estructuraba la posibilidad teórica de que los docentes, en tanto que intelectuales, gravitasen de manera disruptiva en el aparato escolar. De ahí, que refirió a la conocida IIIª tesis sobre Feuerbach de Marx, tan aludida por Gramsci y, por tanto, a la necesidad de que el educador se eduque para asumir sus propias contradicciones de clase en un proceso en que “él es protagonista y no una marioneta” (Ibíd.:38).

La discrepancia con el althusserianismo no podía ser más notoria. Si bien su análisis –así como el crítico-reproductivismo en general– había realizado un aporte sustantivo al desmitificar la escuela capitalista, era preciso ahondar en las posibilidades de la transformación y en el papel de los docentes. Recuérdese que el teatro constituyó una de las metáforas althusserianas para ilustrar la mecánica del modo de producción capitalista y aprehendió a los “hombres” no como el fundamento y el origen de las estructuras sino como su *soporte*, como los *portadores* históricos de las estructuras. La perspectiva gramsciana acuñada por la autora sugería una veta suturada por el crítico-reproductivismo (Ibíd.:38).

La propia S. Morgenstern recuerda la fertilidad político–teórica gramsciana y, en particular, su tratamiento de los intelectuales:

Gramsci te permite, con todas las limitaciones que puedas encontrar, te permite una teoría para la práctica, todo lo demás desarma, desarma al militante, desarma al maestro, desarma a toda gente que quiera cambiar las cosas. Además (...) la teoría de Gramsci de los intelectuales, que

parece así muy simple, pero el tío tiene detrás un concepto absolutamente marxista y muy próximo a lo que Marx entiende por el trabajador productivo, o improductivo en el capitalismo, es decir, que el concepto intelectual no tiene nada que ver con el contenido material del trabajo. Definir quién es intelectual es una definición social, pero no tiene nada que contenga libros y bibliotecas ni nada de eso. Eso es una cosa muy importante, quién define qué es un intelectual (Morgenstern, comunicación personal, 24 de febrero de 2015).

Para fundamentar el costado emancipatorio de la hegemonía, S. Morgenstern se centró en el hombre y en su praxis histórica. Proseguía a R. Williams, quien partió de la proposición marxista de que el ser social determina la conciencia para aprehender el vínculo estructura–superestructura (1975:34). En coincidencia con el historicismo gramsciano, trabajaba con la unidad existencia y conciencia, base y superestructura, momento objetivo–subjetivo. Existe un claro contraste con la perspectiva marxista estructuralista en que la conciencia no era considerada en términos de una relación entre el hombre y sus condiciones de existencia, sino como una forma de inconsciencia ideológica. Desde este mismo enfoque historicista, utilizó el concepto de práctica para discernir la transformación educativa. También aquí, la discrepancia con el althusserianismo se hacía manifiesta. S. Morgenstern realizó un contraste u oposición entre práctica e ideología que fue inexistente en el marxismo estructuralista. Es sabido que para el Althusser *clásico*, la ideología servía a los hombres para *soportar* sus condiciones de existencia; una suerte de “cemento” de naturaleza particular que aseguraba el ajuste y la cohesión de los hombres en sus roles, funciones y relaciones sociales. A su vez, había postulado la tesis de que la ideología tenía una existencia material. La ideología se insertaba, así, en las prácticas de los AIE y, por tanto, se encontraba regulada por rituales –por ejemplo, una misa en una iglesia, un partido en un club, una clase en una escuela, etc.– que sostenían la ideología dominante.

En el tratamiento de la hegemonía en clave emancipatoria, S. Morgenstern escindió la ideología de su materialidad, al abordar el aparato escolar y se mostró en ruptura con el legado del filósofo francés: “Cuando hablamos de los elementos de ruptura que puede producir el sistema educativo no nos referimos a éste como institución sino a la práctica educativa de quienes están insertos en él” (1975:32). La

autora se refería a la práctica no como una instancia o nivel particular de la totalidad social, tal y como sugería L. Althusser, sino para dar cuenta de la práctica histórica educativa que involucraba a los docentes. Si bien en algunos pasajes comprendió a la escuela, siguiendo al filósofo francés, en términos de “aparato ideológico”, al fundamentar la viabilidad de la ruptura pedagógica jerarquizó la práctica educativa históricamente situada. Sin embargo, al intentar evadirse de cualquier tentativa freiriana o utópica para pensar la transformación educativa, incluyó categorías althusserianas en el seno del tratamiento emancipador de la hegemonía. Sólo es inteligible esta articulación si se atiende a la animosidad, en sintonía con la línea político–pedagógica de la RCE, de la autora respecto a la propuesta freiriana y su “ingenua” educación “concientizadora”. Animosidad gestada en los años 70 que alcanza nuestros días. “Odio” era el sentimiento que le despertaba la obra de P. Freire:

Siempre me pareció un chanta, te lo digo así. Y cuando la gente asocia a Gramsci con Freire me da una enorme indignación. Para mi están en las antípodas uno del otro. Yo creo que toda la industria Freire, porque es una industria, está montada sobre un supuesto que la gente cree que porque hable de la liberación del oprimido, tiene una teoría consistente. Primero, no la tiene, le importa un carajo el oprimido, pero ha vendido, ha hecho un *marketing* del buenísimo, que a los pedagogos les sienta así, porque los pedagogos queremos ser todos buenos, buenísimos, educación crítica, educación revolucionaria (...) Yo una vez discutí con él [Carlos Torres], le digo “mirá, de Freire elogiá todo lo que quieras, pero no me lo aproximes a Gramsci porque no tienen nada que ver” (Morgenstern, comunicación personal, 24 de febrero de 2015).

Para distanciarse de cualquier tentativa voluntarista o subjetivista de la hegemonía gramsciana en el plano educativo, S. Morgenstern apeló al acervo althusseriano. Centralmente a su noción de contradicción, en vistas a iluminar la formación social capitalista y la dinámica educativa. La posibilidad de forjar una nueva hegemonía se dirimía en el curso de las contradicciones. Como planteé, el Althusser *clásico* abordó dicha noción aludiendo al famoso texto de Mao Tse–Tung *Sobre la contradicción* (1937). Así, distinguió contradicciones principales o secundarias dentro de una

formación social, señalando sus posibles articulaciones y la dominación de unas sobre otras. En la totalidad marxista, la contradicción se revelaba *sobredeterminada* por la compleja estructura que le asignaba su papel. Estas reflexiones, L. Althusser las reeditó en el terreno del materialismo histórico, para analizar el complejo vínculo base–superestructura en la formación social capitalista. La autora prosiguió explícitamente este planteo, para correrse de la linealidad de la reproducción:

En la realidad social no encontramos la contradicción principal en estado puro sino una combinación estructural y compleja de contradicciones principales y secundarias que no tienen un desarrollo homogéneo. La complejidad de los procesos reales en la forma en que se condensan esa multiplicidad de determinaciones en el sentido althusseriano es precisamente la forma particular que asumen las contradicciones en el desarrollo desigual y combinado de toda formación capitalista (1975:37).

También, apeló a la categoría de *sobredeterminación* empleada por L. Althusser para mostrar las fuentes materiales de la impugnación escolar y, por tanto, su viabilidad. En rigor, la autora mixturó el planteo de R. Williams en torno a la imposibilidad de la sutura del proceso social, con la categoría althusseriana de *sobredeterminación*. El marxista anglosajón sugería que la dinámica social era constantemente desbordada por la lucha de clases, lo que le permitía a la autora distanciarse de la dialéctica circular que, según ella, proponía el crítico–reproductivismo. La noción althusseriana de *sobredeterminación* también le resultaba funcional:

Existen fuera de la cultura dominante, y por tanto de la cultura escolar, prácticas sociales no integradas a ellas (...) Brevemente: ninguna clase o fracción de clase dominante agota la totalidad de la práctica social. Si aceptamos que la práctica educativa no es aislada sino que está *sobredeterminada* por una multiplicidad de prácticas sociales, debemos aceptar que éstas no pasan inadvertidas ni son eternamente ocultadas por las clases dominantes (Ibíd.:38).

De manera análoga a J. C. Portantiero, el legado althusseriano no la cautivaba, pero sí algunos de sus conceptos, como contradicción y sobredeterminación, precisamente empleados en su artículo:

Los aparatos ideológicos del Estado nunca me gustó, me pareció la vuelta a la reproducción, más de lo mismo. Nunca me gustó, le vi un pensamiento muy rígido en algunos aspectos pero otros me seducían. Yo creo que mientras todo el mundo... mientras la derecha acusaba al marxismo de la falta de una filosofía de la ciencia, por lo menos hizo [L. Althusser] el esfuerzo de entrar en categorías explicativas. Determinación, determinación en última instancia, sobredeterminación, por lo menos... entonces, esa parte de él siempre me gustó (Morgenstern, comunicación personal, 24 de febrero de 2015).

Si bien S. Morgenstern emprendió un empleo tácito de L. Althusser, asumió como referencia explícita otro representante del marxismo estructuralista, también para vislumbrar la contradictoria dinámica social y educativa: N. Poulantzas, específicamente su trabajo *Clases sociales y poder político en el Estado capitalista* editado por Siglo XXI en 1969. Aunque la referencia explícita le sirvió para plantear el funcionamiento contradictorio de la burocracia escolar, otro empleo se basó en demostrar las contradicciones de fracciones dominantes en el seno del Estado burgués y, específicamente, en el aparato escolar. La autora, al igual que el marxismo estructuralista, planteó la distinción entre *poder de clase y aparato de Estado*. A diferencia de algunas franjas del historicismo que homologaban Estado a la voluntad de clase dominante, en el trabajo citado, N. Poulantzas insistió en las contradicciones y disputas entre fracciones dominantes en el seno del Estado y en los posibles *desajustes* entre el papel político dominante de la burguesía y las estructuras objetivas del Estado.

Si bien S. Morgenstern continuó con el tratamiento historicista de la hegemonía gramsciana, el enfoque poulantziano le permitió divisar las disputas entre las fracciones de clase dominante al interior del Estado, específicamente en el aparato escolar argentino, y los desajustes entre el papel dominante de cierta fracción y su influencia en el sistema educativo:

Puede ocurrir, y el caso argentino es un excelente ejemplo de ello, que una fracción de clase haya logrado la hegemonía en el plano económico y no en el educativo. El liberalismo, ideología burguesa terrateniente es, después de todo, la ideología educacional dominante a pesar de que la burguesía industrial ha hegemonizado el proceso económico desde hace por lo menos tres décadas. Quizás esto explicaría en parte el destiempo del sistema educacional con respecto al grado de desarrollo de las fuerzas productivas, destiempo que se traduce en un enfrentamiento entre las posiciones desarrollistas y liberales que marcan las contradicciones más importantes a nivel de las fuerzas dominantes en el sistema educativo (Ibíd.:39)

Vale señalar que si bien S. Morgenstern empleó el concepto de contradicción tratado por el althusserianismo para mostrar la complejidad y las grietas en la dominación socioeducativa, su perspectiva epistemológica remitía al historicismo. Al asir la dominación y la transformación a través de la hegemonía gramsciana, el punto de vista epistemológico no era la reproducción o el análisis de la formación social capitalista desde un prisma estructural –como sugería el Althusser *clásico*–, sino desde el punto de vista histórico de la clase subalterna. Se distanciaba así de lo que denominaba “la circularidad elíptica de la dialéctica de la reproducción” (Ibíd.:36). Si bien, igual que el filósofo francés, recurrió a Mao Tse–Tung, puntualmente a su concepto de contradicción, lo hizo para jerarquizar una faceta de su dialéctica que L. Althusser no parece haber profundizado:

El materialismo histórico reconoce otro tipo de negación (...) la que está precisamente en el fondo de todo proceso revolucionario: la dialéctica de la destrucción (...) La teorización más importante de esta dialéctica de la ruptura la formuló Mao en su análisis de la contradicción (Ibíd.:36–37).

Así, argumentaba la autora, bajo el concepto de hegemonía gramsciano subyace una dialéctica distinta, imposible de ser reducida a la reproducción–conservación infinita; una dialéctica que no constituye simplemente la nueva síntesis de la negación sino una síntesis en la que lo negado era destruido (Ibíd.:36). La noción de

contradicción expuesta reclamaba su aprehensión histórica concreta, lejos de las abstracciones del estructuralismo. Como en otras franjas de la nueva intelectualidad, Gramsci aparecía yuxtapuesto con el pensamiento de Mao Tse–Tung, tan influyente por entonces⁶⁴.

En suma, la perspectiva gramsciana para pensar el fenómeno educativo acuñada por S. Morgenstern resultaba profundamente pionera, pero no supuso un quiebre taxativo con el althusserianismo. Existieron algunos puntos de contactos entre su gramsciano y algunos conceptos del filósofo francés. La fundamentación teórica educativa sugerida por la autora no podrá ser ahondada en nuestro medio. El secuestro y desaparición de compañeros/as de ruta, sumado a las crecientes amenazas y apremios recibidos en Salta, la condujeron finalmente al exilio. Un mes después del golpe cívico–militar abandonó el país, al que no regresó nunca de manera definitiva. La dictadura ponía fin de forma dramática a un ciclo signado por la conformación de una alternativa político–pedagógica de izquierda de nuevo tipo.

⁶⁴ La fuente de inspiración de la autora era un artículo de C. Bettelheim consagrado a la dialéctica de Mao Tse–Tung aparecido en la revista de los “gramscianos argentinos”: Bettelheim, C. “La dialéctica de Mao”, año IV, n° 1 (nueva serie), abril–junio de 1973, pp. 157–169. La segunda parte del artículo se titulaba “La dialéctica de destrucción en Mao”.

Capítulo 10. Conclusiones

A lo largo del estudio he pretendido elucidar la recepción y usos pedagógicos de Gramsci por parte de la intelectualidad crítica argentina durante la década del 60 y principios de los años 70. Busqué prescindir tanto de las posiciones historiográficas laudatorias como condenatorias de una época convulsionada. La preocupación no se afincó en rastrear las huellas de la “barbarización” política posterior o las “fallas” en la modernización del campo cultural. Tampoco en exaltar a los hombres y mujeres de aquella época en clave romántica. Más bien, el intento reposó en perseguir la comprensión de una compleja trama a través del ingreso en su densidad, iluminando recorridos gramscianos en tradiciones político–pedagógicas. El hecho de asumir el ejercicio de la recepción y usos en términos de operaciones significantes sobre la obra de Gramsci que demandaban la atención a condiciones históricas y modalidades de empleo, y no tanto a la fidelidad respecto a la letra gramsciana, también contribuyó en esta orientación. De todos modos, seguramente la investigación sea tributaria de sesgos. Entre ellos, destaca, quizás, un apego a la reconstrucción ofrecida por los/as intelectuales. Los testimonios –tanto en su versión de fuente primaria como secundaria– ofrecieron un registro relevante para comprender el período, pero demandarían una indagación o cuestionamiento más agudo, capaz de explicitar ciertos vacíos o inconsistencias entre el recuerdo y lo fácticamente sucedido.

Es innegable que durante el período tratado la política fue operando, crecientemente, como ámbito fundamental de la sociabilidad y como la práctica dadora de sentido de todo ejercicio intelectual. Sin embargo, y a contramano de la tesis de una supuesta *sobrepolitización* que habría acarreado la subordinación general del ámbito cultural a la política y, por tanto, obturado la estructuración de un discurso específico sobre distintos objetos culturales –entre ellos el educativo–, en los casos analizados persistió una actitud intelectual capaz de asir la singularidad pedagógica. Durante el período estudiado las fronteras de la pedagogía fueron sensiblemente porosas respecto a las preocupaciones políticas, pero sería desatinado ilustrar la escena en clave de una sobrepolitización asfixiante y sin márgenes para atender al hecho educativo.

Resulta extendido en la historiografía educativa caracterizar ciertas elaboraciones político–pedagógicas del período en clave crítico–reproductivista. La calificación de distintas obras de autores de cuño marxista sobre el sistema educativo en los años 60

y 70 se vuelve categoría heurística sobre el período. Si bien, a falta de una nominación más certera y en vistas a ganar en claridad, en el estudio he empleado el rótulo en cuestión; sería de interés una pesquisa específica que rastree su emergencia histórica. Más allá de los títulos de determinadas obras –como *La Reproducción* de P. Bourdieu y J. C. Passeron– que justifican la nominación, es válido preguntarse por las condiciones históricas en las que surgió y se propagó. Tal vez, las revisiones críticas sobre los derroteros teóricos educativos de los años 60 y 70 acuñaron una nominación en línea con el abordaje global del período en términos de sobrepolitización. Los crítico–reproductivistas contribuirían a esta línea, porque no habrían dejado vestigio para la mediación pedagógica específica, encerrando al sistema educativo en una reproducción circular y, por tanto, clausurando la potencialidad de las intervenciones educativas en el aparato escolar¹.

¿Aconteció el crítico–reproductivismo en la pedagogía crítica argentina realmente existente? Como apunté a lo largo de la investigación, esta corriente –en particular el estructuralismo marxista– resultó gravitante y contó con vastos efectos sobre el pensamiento pedagógico. Su influencia resultó decisiva y tiñó varias producciones. Aunque, si se atiende al tono de una experiencia más vasta donde se inscribió su ascendencia, como *Los Libros* o la *Revista de Ciencias de la Educación*, es posible asegurar que su influencia devino *incómoda*. En estas publicaciones, en las cuales predominó el crítico–reproductivismo, su legado se encontró tensionado, por un lado, por el discurso de la dependencia –que obligaba a tejer mediaciones entre las categorías exógenas y la realidad educativa de los países latinoamericanos–, y por otro, por la exigencia de proveer propuestas de intervención pedagógica. No desconozco la evidente gravitación del crítico–reproductivismo sobre franjas del pensamiento pedagógico durante el período, sólo insto a preguntar si su recepción no estuvo realmente tensionada por incomodidades que le imprimieron no pocas resignificaciones. Quizás exista un esfuerzo mancomunado entre agrietar el rótulo

¹ Es sabido, por otra parte, que los propios autores afincados en el rótulo en cuestión lo han criticado. Por ejemplo, P. Bourdieu: “La posición de representante emblemático de un nuevo paradigma teórico que los críticos, y en particular los más críticos y los más simplistas entre ellos [S. Aronowitz y H. Giroux] han atribuido a *La Reproducción*, dejándose guiar por el efecto de marbete o etiqueta ejercido por el título, ha tenido como contrapartida una extraordinaria simplificación de los análisis que allí se encuentran expuestos (...) El análisis de los mecanismos extremadamente complejos a través de los cuales la institución escolar *contribuye* a reproducir la distribución del capital cultural y, con ello, la estructura del espacio social, se ha encontrado reducido a la tesis simple según la cual el sistema escolar reproduciría la estructura social sin deformación ni transformación” (1997:125).

crítico–reproductivista y problematizar la extendida sobrepolitización que pesa sobre franjas de los/as pedagogos/as críticos/as de la década del 60 y 70.

La apelación a la figura de la tragedia para asir trayectos o pensamientos político–pedagógicos del período contribuyó a cuestionar la hipótesis de la sobrepolitización. A *contrapelo* de un abordaje general sobre el período, la tragedia buscó iluminar las contradicciones o desgarramientos de los/as intelectuales y sus publicaciones. Además del dramático cierre de experiencias con el advenimiento de la última dictadura cívico–militar, la tragedia intentó ilustrar los quiebres o clivajes entre el momento político y el momento cultural, entre la propuesta político–intelectual y las condiciones reales, entre la voluntad político–pedagógica transformadora y las posibilidades de acción. Lejos de ser conducidos linealmente por la politización, ensayaron erráticas apuestas desde la condición intelectual, con vastos efectos subjetivos. Así, la tragedia pretendió elucidar algunas de las opciones y densas tensiones que atravesaron a la intelectualidad pedagógica crítica de entonces.

El hecho de reparar en Gramsci durante el período también contribuyó a cuestionar la hipótesis de la sobrepolitización. El revolucionario sardo suele ser apropiado como parte de la relectura crítica de los años 60 y 70. Su arsenal categorial dispara contra experiencias de aquel tiempo que no supieron atender a las mediaciones democráticas e institucionales en la vertebración de una estrategia política. Los *Cuadernos* elaborados por Gramsci, entre tantos otros propósitos, para reflexionar sobre la derrota del movimiento comunista en la década del 20, son asumidos en la misma clave para asir la década del 60 y 70. Aunque sin la centralidad de los años que estaban por venir, intenté demostrar que Gramsci, y específicamente sus *Cuadernos* –en la versión temática–, fundamentaron algunos análisis o propuestas político–pedagógicas dispuestas a articular la transformación social con disputas al interior de las instituciones educativas. Desconocidos, prácticamente, los escritos precarcelarios gramscianos, los *Cuadernos* fueron inscriptos en un clave de *ofensiva político–pedagógica* durante el período. Tanto en H. González, como en *Los Libros* o en la *Revista de Ciencias de la Educación*, el comunista italiano cimentó la relevancia del trabajo político–pedagógico intrainstitucional en pos de la subversión social.

Seguramente, un efecto indeseado de un estudio anclado en el itinerario de un autor sea sobredimensionar su ascendencia. He intentado exponer una escena en la que el peso del comunista italiano en las elaboraciones teóricas críticas resultó

acotado. Si no he logrado el cometido, valga, nuevamente, la aclaración², pero el otro reverso de la cuestión también es cierto. Cuando inicié la investigación, suponía que la presencia pedagógica gramsciana resultaría sumamente marginal en el período y hasta llegué a dudar de la validez de la iniciativa. Un Gramsci “expulsado” de la vieja izquierda, con escasa pregnancia en el nacionalismo popular y con una intelectualidad marxista supuestamente “inundada” de althusserianismo esbozaban un cuadro escasamente fructífero. Sin embargo, el resultado es mayor al esperado. Del nacionalismo popular fue posible extraer determinadas *derivadas pedagógicas* que se basaron tangencialmente –como en el caso de J. J. Hernández Arregui– o con mayor centralidad en Gramsci –en el caso de H. González–, mientras que en la nueva izquierda, intelectuales de renombre –como J. C. Portantiero o J. C. Tedesco–, revistas importantes de la época –*Los Libros*– o del espacio pedagógico –*Revista de Ciencias de la Educación*– remitieron a Gramsci para pensar cuestiones ligadas a la pedagogía.

La presentación densa de la querrela entre estructuralismo althusseriano e historicismo marxista que atravesó la obra de Gramsci en el período, no sólo se volvió analíticamente fecunda, sino que además habilitó a cuestionar el consenso historiográfico en torno a un aparente antagonismo entre gramscismo y althusserianismo. Fértil para ciertas experiencias, el supuesto enfrentamiento oscurecía otras. Tal vez, la relectura crítica de la década del 60 y primeros años de la del 70, signada tanto por el cuestionamiento al acento althusseriano de la producción teórica de entonces como por una historiografía que comenzaba a centrarse en Gramsci, haya resultado insensible a los entrecruzamientos entre ambas vertientes del marxismo durante el período. Especialmente, en los últimos capítulos del trabajo busqué mostrar, en el plano pedagógico, zonas productivas de contacto, no necesariamente de mutua exclusión.

La *invención* de tradiciones pedagógicas como el nacionalismo popular y la nueva izquierda para asir el itinerario de Gramsci esperan religaciones presentes (Williams, 1977). Como decía en los comienzos del estudio, el deseo historiográfico crítico está movido por una alteración del momento contemporáneo. Más allá de que el

² El estudio seguramente fue también tributario de otro sesgo. Al determinar la muestra, me centré en recorridos y elaboraciones fundamentalmente “porteñas”. Aunque los/as intelectuales y revistas considerados resultaron animadores de la nueva izquierda pedagógica y el nacionalismo popular pedagógico, presumiblemente un corte muestral que jerarquice la dimensión geográfica, podría dar con otros usos pedagógicos críticos de Gramsci en el período.

nacionalismo popular pedagógico sea una tradición reconocida en el campo de los estudios educativos, mientras que la nueva izquierda pedagógica no suele ser empleada, la *invención* de tradiciones pedagógicas pasadas se asienta en un presente que se reconoce aludido en ellas. En otras palabras, el conformismo amenaza y somete compulsivamente a las tradiciones derrotadas y sólo es conmovido cuando, desde el presente, se teje algún diálogo con sus creaciones desterradas. De alguna manera, lo vivo se apodera del pasado, corriendo la capa de olvido que lo envolvía.

Las tradiciones en cuestión guardaron un conflictivo vínculo con los partidos políticos de izquierda tradicional y con las instituciones universitarias. Conformadas en oposición a las organizaciones de la vieja izquierda, en sus recorridos políticos se vieron compelidas a gestar formas de agremiación e institucionalización. Las revistas fueron un ejemplo característico. Como sostenía Gramsci (1962/2003:30), en determinados momentos históricos un periódico –o un grupo de periódicos– o una revista –o un grupo de revistas– pueden volverse partidos políticos o actuar como partidos políticos, al ejercer funciones de organización, de dirección y ascendencia. ¿No habrán asumido las revistas culturales indagadas un rol de partido, ante la desafiliación política de sus protagonistas? O bien, en aquellos casos que los/as intelectuales guardaron vínculos orgánicos con partidos de la nueva izquierda, ¿acaso las revistas no se tornaron un fenómeno político específico y, por tanto, cumplían tareas irreductibles al lazo partidario de sus miembros? En suma, el haz de revistas de la nueva izquierda y el nacionalismo popular que actuaron, fundamentalmente, sobre el terreno cultural en los años 60 y 70, parecen haber asumido tareas de partido, incluso sin funcionar o asumirse como tales. Dirimían en su seno vastos y complejos anhelos, pero su institucionalización no podía ser más que laxa, débil.

Si los partidos políticos tradicionales de izquierda no albergaron sus inquietudes, las universidades tampoco ofrecieron un cobijo apacible. Como se mostró a lo largo del estudio, las sucesivas intervenciones conllevaron renunciadas, desplazamientos o segregaciones de actores del nacionalismo popular y la nueva izquierda. Es cierto que algunos momentos históricos e institucionales fueron proclives al despliegue de elaboraciones teóricas en las universidades –como la experiencia de las Cátedras Nacionales–, pero las mismas, además de finalizar forzosamente, no constituyeron la escena recurrente. En varias oportunidades, el itinerario de un autor/a o revista estuvo marcado por cierta animosidad o desencuentro respecto a la universidad. Con todo, el concepto de formaciones (Williams, 1997) parece aplicable al nacionalismo popular

pedagógico y a la nueva izquierda pedagógica, que resultan reconocibles más como tendencias y movimientos conscientes en la vida intelectual y cultural que por su encarnación institucional –política o académica–.

Aunque el tenso lazo de las experiencias político-pedagógicas con la universidad es evidente, sería necesario un estudio sobre el errático recorrido de las mismas a través de la institución. El formato conflictivo del vínculo no debe oscurecer su importancia. Ernesto Laclau (1990/2000) realizó una sugestiva dedicatoria de su libro *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*: “A Viamonte 430, donde todo empezó”. Viamonte 430, la actual dirección del rectorado de la UBA, oficiaba en los años 50 de sede de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UBA (hasta 1962, cuando se trasladó a la Avenida Independencia 3065). La relevancia insinuada por E. Laclau, bien podría aplicarse a los itinerarios estudiados: para H. González, el ingreso a FFyL–UBA resultó significativo no sólo en términos de formación académica sino también en lo referido a su adscripción al peronismo de izquierda, a su protagonismo en las Cátedras Nacionales y en la revista *Envido*; J. C. Portantiero, además de graduarse en la carrera de Sociología, FFyL–UBA, se desempeñó como docente desde fines de los 60 y encabezó importantes polémicas en la unidad académica; J. C. Tedesco y S. Morgenstern, formados en la carrera de Ciencias de la Educación de la FFyL–UBA y docentes en distintas universidades nacionales, recuerdan la influencia de ciertas asignaturas y figuras en su trayectoria; tanto *Los Libros* como la *Revista de Ciencias de la Educación* se estructuraron o surgieron con algunos jóvenes egresados de la FFyL–UBA y varios articulistas provenían de esta casa de estudio. Con todo, es indudable que las revistas e intelectuales del nacionalismo popular pedagógico y de la nueva izquierda pedagógica mantuvieron un conflictivo vínculo con la universidad, pero también es innegable que su derrotero permaneció marcado por sus experiencias académicas. Quizás, la voluntad original de la presente tesis, estudiar la recepción y usos de Antonio Gramsci en los confines académicos, concretamente en la FFyL–UBA, durante los años 60 y 70, sea una veta para proseguir y profundizar la presente investigación³.

³ Entre las piezas que aguardan un abordaje historiográfico atento a la vida institucional de la FFyL–UBA se encuentra una tesis de licenciatura de la carrera de Filosofía escrita en 1964 por un estudiante, Juan Blengino, titulada: *La vinculación entre élite y masas en el pensamiento de Antonio Gramsci*.

La condición de “generación sin maestros” atravesó a la propia recepción de Gramsci. Sin un sólido anclaje institucional, los/as intelectuales y revistas que apelaron pedagógicamente al comunista italiano lo hicieron en clave autodidáctica. Espíritus independientes, inquietos, rebeldes y militantes profundizaron en la obra del comunista italiano por medios propios. Tarcus (1996), emulando explícitamente a Lowy (1978), al estudiar las trayectorias y pensamientos de Silvio Frondizi y Milcíades Peña, les endilgó el título del “marxismo olvidado en la Argentina”. Valdría preguntarse si el pensamiento pedagógico revelado en la investigación no ha sido también “olvidado”.

Se podría convenir que, en líneas generales, los planteos o categorías teóricas de las corrientes pedagógicas estudiadas ya han sido “superadas” o no “presentan actualidad” en materia educativa. Evocarlas para el análisis socioeducativo contemporáneo podría conducir a severos anacronismos. En este sentido podrían hacerse propias las palabras de Gramsci:

La propia concepción del mundo responde a determinados problemas planteados por la realidad, establecidos y “originales” en su actualidad ¿Cómo es posible juzgar el presente –un concreto presente– con un pensamiento trazado para problemas de un pasado con frecuencia remoto y ya superado? Si así ocurre, quiere decir que uno padece anacronismo o es un fósil, no un ser viviente o que, al menos “se es un tipo muy raro” (1958/2003:9).

Esta cuestión es indubitable, pero ¿qué sucede con aquella voluntad teórica innovadora?, ¿con aquella escritura refinada en argumentos y envuelta de responsabilidad política?, ¿con aquella intelectualidad crítica que, aun sumida en la perplejidad, la preocupación y el desatino que le contraía la opción armada, no rehuía de palabras como socialismo, socialismo nacional o luchas de clases? Durante el estudio, no reparé en determinar la gravitación precisa de los/as intelectuales y las publicaciones contempladas del nacionalismo popular pedagógico y de la nueva izquierda pedagógica. Más allá de su marginalidad o alcance, interesó reconstruir sus trayectorias o pensamientos. Rememorar las vanguardias pedagógicas de entonces contribuye al debate de las actuales pretensiones críticas en materia educativa. Después de todo, los proyectos emancipatorios se dinamizan por voluntades e ideas

que aglutinan y conmueven a un público más vasto y, por tanto, reclaman su recuerdo y examen permanente. También aquí, la dimensión trágica adquiere espesor. La recurrente tragedia de los proyectos y pensamientos emancipatorios conduce a preguntarse si no es preciso asumir el desgarramiento como parte constitutiva e irresoluble de la iniciativa, más que imaginar un desvío o una evasión que siempre se torna quimérica. Seguramente, el diálogo pedagógico con esta generación crítica continúe siendo una tarea pendiente. Como sugería Walter Benjamín (1940/2007), la fuerza del proyecto utópico reposa en la unidad con el pasado vencido. La pesquisa apostó por la reconstrucción de aquella pedagógica crítica ligada o cercana a Gramsci para que aspiraciones o pretensiones del ahora encuentren ecos pasados de referencia. Sin duda, tejer una unidad o dialéctica entre aquel pasado y éste presente es, a todas luces, complejo. Se trata de cortar en su justa medida aquello pretérito y aquello que guarda actualidad para los problemas del hoy. Quizás, el epígrafe gramsciano con que se abrió el estudio (1977:11) sea una sugerente ilustración de una faena aún en curso:

Se debe rechazar lo que el presente ha criticado “intrínsecamente” y esa parte de nosotros mismos que le corresponde. ¿Qué significa esa cosa? Que debemos tener conciencia de esta crítica real y dar una expresión, no sólo teórica sino también política. O sea, que debemos adherirnos al presente que nosotros mismo mismos contribuimos a crear, teniendo conciencia del pasado y su continuidad (y revivirlo).

Bibliografía

- AA.VV.** (2005). "Los Libros: la construcción de un texto posible, entre el Cordobazo y el Golpe". *El Matadero. Revista crítica de literatura argentina*, año I, n° 4, pp. 241–260.
- Acanda González, J. L.** (2000). "La recepción de Gramsci en Cuba". En: Kanoussi, D. (comp.) (2000). *Gramsci en América. II Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos*. México, D.F.: Plaza y Valdés, y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- (2007): *Traducir a Gramsci*. La Habana: Tesis Colección.
- Acha, O.** (2009). *Historia crítica de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2012). *Un revisionismo histórico de izquierda. Y otros ensayos de política intelectual*, Buenos Aires: Herramienta.
- (2014). "Releer Pasado y Presente: ¿por qué, desde dónde y para qué?" *Prismas*, vol.18, n° 2, diciembre 2014. Versión online ISSN 1852–0499.
- Acha, O. Altamirano, C. y Sarlo, B.** (1983). *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Centro editor.
- Acha, O. y D'Antonio, D.** (2010). "Cartografía y perspectivas del "marxismo latinoamericano". En: *A Contracorriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*, vol. 7, n° 2 www.nesu.edu/project/acontracorriente.
- Acuña, C.** (2004). *El itinerario del estructuralismo en la Universidad de Buenos Aires (1958–1966)*. Buenos Aires: XII Anuario de Investigaciones Facultad de Psicología – UBA / Secretaría de Investigaciones.
- Altamirano, C.** (1993). *Literatura/Sociedad*. Buenos Aires: Edicial.
- (2001). *Bajo el signo de las masas (1943–1973)*. Buenos Aires: Ariel.
- (2005). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2011a). "Imágenes de un Robespierre incorruptible", en *Revista Ñ*, 1 de septiembre de 2011.
- Recuperado de <http://colectivoeprosario.blogspot.com.ar/2011/09/colectivo-cultural.html>.

- (2001/2011b). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2013). *Intelectuales. Notas de investigación sobre un tribu inquieta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Altamirano, G.** (1999). "Metodología y Práctica de la Entrevista" en Graciela de Garay (coord.) *La historia con micrófono*. México: Instituto Mora.
- Althusser, L.** (1965/2004). *La revolución teórica de Marx*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1968/2006). "Al lector". En: Althusser, L. y Balibar, É. *Para leer el Capital*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1968/2011). *La Filosofía como arma de la Revolución*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1969/2014). "Carta de Althusser a M. A. Macciocchi del 15 de Marzo de 1969". En: Feltrinelli, Giangiacomo (ed.). *Lettere dall'interno del P.C.I.* Traducción y edición de Valentín Huarte. Recuperado de <http://www.democraciasocialista.org/?p=3971>.
- (1970/2005). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado. Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (1955–1972/2007). *Política e historia. De Maquiavelo a Marx. Cursos en la Escuela Normal Superior, 1955–1972*. Buenos Aires: Katz.
- (1976/2004). *Maquiavelo y nosotros*. Madrid: Akal.
- Althusser, L. y Badiou, A.** (1969). *Materialismo histórico y materialismo dialéctica*. Córdoba, Argentina: Cuadernos de Pasado y Presente, n° 8.
- Althusser, L. y Balibar, É.** (1967/2006). *Para leer el Capital*. Bs As: Siglo XXI.
- Amar, H.** (2013) *Las apropiaciones y usos intelectuales de la obra de Pierre Bourdieu en el campo educativo argentino (1971–1989)*. Tesis de maestría en Ciencias Sociales con orientación en Educación, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) – Sede académica Argentina.
- Amaral, S.** (2005). "Silvio Frondizi y el surgimiento de la nueva izquierda". *Serie Documentos de Trabajo*, n° 313, pp. 1–43. Recuperado de <http://www.ucema.edu.ar/publicaciones/documentos>.
- (2010). "En las raíces ideológicas de Montoneros: John William Cooke lee a Gramsci en Cuba". *Temas de historia argentina y americana*, n° 17, pp. 15–51. Recuperado de: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/raices-ideologicas-de-montoneros.pdf>.
- Anderson, P.** (1977/1981). *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*. Barcelona: Editorial Fontamara.

- (1979/1987). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. España: Siglo XXI.
- (1985). *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*. España: Siglo XXI.
- (1986). *Tras las huellas del materialismo histórico*. Madrid: Siglo XXI.
- Angoso, R.** (2013). "La 'vendetta' de Kirchner contra el ejército seguirá mientras persista el Unicato". *Revista Cambio 16*. 16 de marzo de 2013. Recuperado de <http://cambio16.es/not/2607/>.
- Arata, N., Ayuso, M. L., Baéz, J. y Díaz Villa, G.** (2009). *La trama común. Memorias sobre la carrera de Ciencias de la Educación*. Buenos Aires: Editorial de la FFyL-UBA.
- Aricó, J.** (1962). "Prólogo". En: Gramsci, A.: *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Lautaro.
- (1963). "Pasado y presente", *Pasado y presente*, año I, n° 1, abril-junio de 1963, pp. 1-17.
- (1964). "Examen de conciencia", *Pasado y Presente*, año I, n° 4, enero-marzo de 1964.
- (1988/2005). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1999). *Entrevistas, 1974-1991*. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba.
- Armada, A.** (2002). "Envido. Por sus frutos los conoceréis". *El Ojo Mocho*, n° 16, pp. 154-158.
- Apple, M.** (1996). *Política cultural y educación*. Madrid: Ediciones Morata.
- (1997). **Teoría Crítica y Educación. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.** .
- Artaraz, K.** (2011). *Cuba y la nueva izquierda. Una relación que marcó los años 60'*. Buenos Aires: Capital intelectual.
- Asson, P.** (1997). "El psicoanálisis en la escuela de Frankfurt. Genealogía de una recepción". En: Blanc A. y Vicent, I (dir.) *La recepción de la escuela de Frankfurt*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Babini, N.** (1984). *Fronzizi. De la oposición al gobierno*. Buenos Aires: Celtia.

- Badaloni, N.** (1969). "La tarea del filósofo". En: Althusser, L. y Badiou, A. *Materialismo histórico y materialismo dialéctica*. Córdoba, Argentina: Cuadernos de Pasado y Presente, n° 8.
- Baranger, D.** (2009). *Bourdieu en América Latina. Ponencia presentada en el XXVII Congreso de ALAS*, Buenos Aires, septiembre de 2009.
- (2010). "La recepción de Bourdieu en Argentina". *Desarrollo económico – Revista de Ciencias Sociales*, vol. 50, n° 197, pp. 129–46.
- Barletta, A.** (2000). *Universidad y política. La "Peronización" de los universitarios (1966–1973)*. Recuperado de <http://lasa.international.pitt.edu/Lasa2000/Barletta.PDF>.
- (2002). "Una izquierda universitaria peronista. Entre la demanda académica y la demanda política (1968–1972)". *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 6, pp. 275–286.
- Barletta, A. y Lenci, L.** (2001). "Politización de las ciencias sociales en Argentina. Incidencia de la Revista Antropología del 3er mundo", *Sociohistórica: Cuadernos CISH*, año III, n° 8, pp. 177–199.
- Barletta, A. y Tortti, M.** (2002). "Desperonización y peronización en la Universidad en los comienzos de la participación de la vida universitaria". En: Kortsch, P. (comp.). *La unidad cautiva*. La Plata: Ediciones Al margen.
- Barriga, S.** (1979). El análisis institucional y la institución del poder. Recuperado de <http://www.quadernsdepsicologia.cat/article/view/374/369>.
- Benjamin, W.** (1940/2007). *Sobre el concepto de historia. Tesis y fragmentos*. Buenos Aires: Piedras de Papel.
- Berger, J.** (1979). *Puerca tierra*. Madrid: Alfaguarra.
- Bhabha, H.** (2002). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.
- Bidussa, D.** (2011). "Por qué hoy". En: Gramsci, A. *Odio a los indiferentes*. Buenos Aires: Ariel.
- Blanco, A.** (2004). "La sociología: una profesión en disputa". En: Neiburg, F. y Plotkin, M. (comp.). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Bobbio, N.** (1967/1985). "Gramsci y la concepción de la sociedad civil". En: Bobbio, N. *Estudios de historia de la filosofía. De Hobbes a Gramsci*. Madrid: Editorial Debate.

- Borón, A. y Cuellar, O.** (1983). “Apuntes críticos sobre la concepción idealista de hegemonía”. *Revista Mexicana de Sociología*, n° 45, pp. 18–44.
- Bórquez, E.** (2013). “Gramsci en América Latina”. En: Modonesi, Massimo (coord.). *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci*. México: Facultad de Ciencias políticas y sociales, Universidad Autónoma Nacional de México.
- Bourdieu, P.** (1997). *Capital cultural, escuela y espacio social*. España: Siglo XXI.
- (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- (2006). *Autoanálisis de un sociólogo*. Buenos Aires: Anagrama.
- Bourricaud, F.** (1980). *Essai sur les intellectuels et les passions démocratiques*. París: PUF.
- Brachetta, M.** (2010) “El peronismo como ‘socialismo nacional’. El programa de la revista Envido en la coyuntura del retorno del peronismo al poder”. Ponencia presentada en el *segundo Congreso de Estudios sobre el Peronismo*, Buenos Aires, noviembre de 2010.
- Broccoli, A.** (1987). *Antonio Gramsci y la educación como hegemonía*. México: Editorial Nueva Imagen.
- Buccafusca, S., Serlunicoff, M, y Solari, F.** (2000). “Temperaturas de época: Gino Germani y la fundación de la carrera de sociología”. En: González, H. (comp.). *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*. Buenos Aires: Colihue.
- Buchbinder, P.** (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras–UBA*. Buenos Aires: Eudeba.
- (2005). *Historia de las Universidades Argentinas*. Buenos Aires: Sudamérica.
- Buci–Gluksmann, C.** (1975/1978). *Gramsci y el estado. Hacia una teoría materialistas de la Filosofía*. México: Siglo XXI.
- Bulacio, J.** (2006). “Intelectuales, prácticas e intervención política: la experiencia gramsciana en el Partido Comunista Argentino”. En: Biagini, H. y Roig, A. (comps.). *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo II: Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930–1960)*. Buenos Aires: Biblos.
- Burawoy, M.** (2014). “La dominación cultural, un encuentro entre Gramsci y Bourdieu”. *Gazeta de Antropología*, n° 30.

Recuperado de http://digibug.ugr.es/handle/10481/31815#.VVyFNfl_Oko.

Burgos, R. (1997). "La interferencia gramsciana en la producción teórica y política de la izquierda latinoamericana". *Periferias*, nº 3, pp. 47–63.

(2004). *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires: Siglo XXI.

(2007). "Entre Gramsci y Guevara: Pasado y Presente y el origen de la concepción armada de la revolución en la ideología de la nueva izquierda de los años sesenta". En: Schmucler, H. (comp.) *Política, violencia, memoria, génesis y circulación de las ideas en la argentina de los años sesenta y setenta*. Buenos Aires, La Plata: Al Margen.

(2010). "Sesenta años de presencia gramsciana en la cultura argentina, 1947–2007". *La revista del CCC*.

Recuperado de <http://www.centrocultural.coop/revista/articulo/166/>.

(2012). "Los avatares de una herencia incómoda: el complicado diálogo entre Gramsci y la izquierda en América Latina". En: *Controversias y Concurrencias latinoamericanas*, año III, nº 5, pp. 237–261.

Burgos, R. y Pérez C. (2002). "The gramscian intervention in their Theoretical and Political Production of Latin American Left". En: *Latin American Perspectives*, vol. 1, nº 29, pp. 9–37.

Bustelo, N. y Celentano A. (2012). "Estudiantes y populismo de Juan Carlos Portantiero. Presentación". En: *Los trabajos y los días*, nº 3, pp. 87–94.

Bustelo, N. (2013). "La Reforma Universitaria como Kulturkampf. La lectura gramsciana de Juan Carlos Portantiero", *Sociohistórica*, nº 31, Recuperado de <http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/>.

Calello, H. (2003). *Gramsci, del "americanismo" al talibán. Globalización, imperialismo y reconstrucción de la sociedad civil en América Latina*. Buenos Aires: La Cuadrícula.

Camarero, H. (2009). "Apogeo y eclipse de la militancia comunista en el movimiento obrero argentino de entreguerras. Un examen historiográfico y algunas líneas de interpretación". En: Ulianova, O. (ed.): *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*. Santiago de Chile: Universidad de Santiago de Chile/Ariadna Ediciones.

(2012). Claves para la relectura de un clásico. En: Murmis, M. y Portantiero, J. C. (1971/2012). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Campione, D.** (1996). "Los comunistas argentinos. Bases para reconstrucción de su historia". En: *Periferias*, n° 1, pp. 103–115. Recuperado de <http://fisyp.rcc.com.ar/DC-BasesReconstruccHistoria.1.1.pdf>.
- (2004). *Intelectuales y política. Una relación en tiempos difíciles*. Recuperado de <http://www.rebellion.org/docs/5948.pdf>.
- (2007). *Para leer a Gramsci*. Buenos Aires: Ediciones Centro Cultural de la Cooperación.
- Carli, S.** (2013). "La visión sobre la universidad del intelectual argentino Juan José Hernández Arregui (1913–1974). En torno a la educación política y la nacionalización del estudiantado". Ponencia presentada en el *VII Encuentro Nacional y IV Latinoamericano: La Universidad como Objeto de Investigación*, San Luis, Agosto 2013.
- Caruso, N. y Fairstein, G.** (1997). "Las puertas del cielo. Hipótesis acerca de la recepción de la psicogénesis y constructivismo de raíz piagetiana en el campo pedagógico argentino (1950–1981)". En: Puiggrós, A. (dir.). *Tomo VIII, Historia de la educación argentina. Dictadura y utopías en la historia reciente de la educación argentina (1955–1983)*. Buenos Aires: Galena.
- Caruso, M.** (2011). "El lugar político de la historia de la educación. Historiografía de la educación y política educativa en la Argentina (1983–2008)". En: *Historia de la educación–Anuario*, vol. 12, n° 1, Buenos Aires.
- Casco, J.** (2007) "Juan Carlos Portantiero: La persistente vocación intelectual de la sociología argentina", *Nómadas*, n° 27, pp. 199–207.
- Casco, J.** (2014). "Los años juveniles de Juan Carlos Portantiero". Recuperado de <http://geshal sociales.uba.ar/actas-de-congresos>.
- Caviasca, G.** (2002). "Rodolfo Puiggrós y la construcción del peronismo revolucionario". Recuperado de <http://eltopoblindado.com/files/Articulos/10.%20Organizaciones%20de%20origen%20peronista>.
- Celentano, A.** (2006). "El humanismo de Gregorio Bermann". Recuperado de <http://www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/argentina/bermann.htm>.
- Celentano, A.** (2013). "Libros, revistas y periódicos para una práctica política. El maoísmo argentino entre 1963–1976". *Políticas de la memoria*, n° 14, pp. 151–165

- Celentano, A.** (2014). "Insurrección obrera y compromiso intelectual", *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 4, pp. 53–76.
- Cernadas, J, Pittaluga, R., y Tarcus, H.** (1998). "La historiografía sobre el Partido Comunista de la Argentina. Un estado de la cuestión", *Rodaballo*, n° 8, pp. 30–39.
- Coben, D.** (2001). *Gramsci y Freire, héroes radicales. Políticas en educación de adultos*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Coggiola, O.** (1985). *Historia del troskismo argentino*. Buenos Aires [Centro Editor de América Latina](#).
- Cooke, J. W.** (1965). "Bases para una política cultural revolucionaria", *La Rosa Blindada*, n°6, pp. 16–22.
- (1966). "Definiciones", *Cristianismo y revolución*, año I, n° 2–3, pp. 14–15.
- (1966/2005). Informe a las bases. En: Duhalde, Eduardo (comp.). *John William Cooke. Obras completas, Tomo V*, Buenos Aires: Colihue.
- (1967/2005). La revolución y el peronismo. En: Duhalde, Eduardo (comp.). *John William Cooke. Obras completas. Tomo V*. Buenos Aires: Colihue.
- Córdoba, A.** (1987). "Gramsci y la izquierda mexicana". *Revista la Ciudad Futura*, n° 6, pp. 83–96.
- Coutinho, C.** (1986). Gramsci en Brasil. En: *Cuadernos políticos. N° 46*. México: Ed. Era
- (coord.). (1988). *Gramsci e America latina*. Rio de Janeiro: Paz e terra.
- Crespo, H.** (1997). "Córdoba, Pasado y Presente y la obra de José Aricó. Una guía de aproximación", *Prismas*, n° 1, pp. 139–146.
- (2009). "En torno a Cuadernos de Pasado y Presente, 1968–1983". En: Hilb, C. (comp.). *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*. Buenos Aires: Siglo XX.
- (2011). "A manera de prólogo: el marxismo y la política en José Aricó". En: Aricó, J. *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*. México, D.F.: El colegio de México.
- De Certau, M.** (1990). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana
- De Diego, J.** (2001). *Campo intelectual y literario (1970–1986)*. Tesis de doctorado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.

- (2007) *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970 – 1986)*. La Plata: Al Margen.
- De Garay, G.** (1999). “La entrevista de historial oral: ¿monólogo o conversación?”. *Revista electrónica de Investigación Educativa*, n° 1, pp. 82–89.
- De Grandis, R.** (2003). “Apostar de nuevo a la polémica: *Ojo Mocho* inquiera, *Envido* responde como puede”. En: *Anuario n° 5*, Facultad de Ciencias Humanas– Universidad Nacional de La Pampa.
- De Ípola, E.** (1980). “La presencia de Poulantzas en América Latina”. *Controversia*, n° 6., pp. 24–27.
- (2005). “Prólogo”. En: Aricó, J. *La Cola del diablo. El itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2007). *Althusser, el infinito adiós*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2012). “Louis Althusser y Jacques Derrida. La Fuerza de la amistad”. En: De Ípola, E. y Lezama A. *Althusser. Una introducción*. Buenos Aires: Editorial Quadrata.
- De Felice, F. y Parlato V.** (1966). “[Introduzione](#)”. En: Gramsci: *La Quistioni Meridional*. Roma: Editori Riunit.
- Della Rocca, M.** (2013). *Gramsci en la Argentina. Los desafíos del kirchnerismo*. Buenos Aires: Editorial Dunken.
- De Santis, D.** (2010). *La historia del PRT–ERP por sus protagonistas*. Buenos Aires: Estación Finlandia.
- Dal Maso, J. y Rosso, F.** (2014a). “La Hegemonía light de las ‘nuevas izquierdas’”, *Revista Ideas de Izquierda*, n° 8, pp. 33–36.
- (2014b). Revolución pasiva, revolución permanente y hegemonía. *Revista Ideas de Izquierda*, n° 13 pp. 35–38.
- Dal Sasso, R.** (1969). “Método de lectura”. En: Althusser, L y Badiou, A. *Materialismo histórico y materialismo dialéctico*. Córdoba, Argentina: Cuadernos de Pasado y Presente, n° 8.
- Devoto, F.** (2004). “Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía argentina”. En: Devoto, F. y Pagano, N. (eds.) *La historiografía académica y la historiografía militantes en Argentina y Uruguay*. Buenos Aires: Biblos.
- Dip, N. y Pis Diez, N.** (2011). “Itinerarios de la revista Envido: de la ‘Ciencia rebelde’ a la ‘Universidad Nacional y Popular’”. *Conflicto Social*, n° 4 pp. 1–24.

- Dip, N.** (2013). “El peronismo universitario en un mundo de tensiones – Una aproximación al itinerario de las organizaciones de estudiantes y docentes peronistas de los años sesenta a través del estudio del proyecto de Universidad Nacional–Popular propuesto en la revista *Envido*”. En: *Nuevo Mundo, Mundo nuevos*. Cuestiones de tiempo presente. Recuperado de <http://nuevomundo.revues.org/65755>.
- Domínguez, J. y Maneiro, M.** (2004). “Revisitando a Germani: la interpretación de la modernidad y la teoría de la acción”. *Desarrollo Económico*, n° 175, pp. 397–413.
- Donghi, T.** (1985). “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional”, *Punto de Vista*, n° 23.
- Ellis, C.** (1969). “The origin, Development and impact of the New Left in Britain”, En: *International documentation and information centre*, n° 10, pp. 35–50.
- Enricca Collotti, P. et al.** (1971). *La revolución cultural china*. Córdoba, Argentina: Cuadernos de Pasado y Presente, n° 23.
- Faigon, M.** (2011). “Las Cátedras Nacionales: una experiencia nacional–populista al interior de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA”. Recuperado de <http://publicaciones.ffyh.unc.edu.ar/index.php/filolat/article/view/259>.
- (2014) “La montonerización de la izquierda juvenil peronista (1972–1973): el caso de la revista *Envido*”. Recuperado de http://polhis.com.ar/datos/Polhis13_FAIGON.pdf.
- Feinmann, J.** (2000). “La historia con pasión”. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/2000/00-03/00-03-11/contrata.htm>.
- Feinmann, J. y González, H.** (2013). *Historia y pasión. La voluntad de pensarlo todo*. Buenos Aires: Planeta.
- Fernández, O.** (1987). Tres lecturas de Gramsci en América Latina. En: Fernández, O. *Gramsci, actualidad de su pensamiento y lucha*. Roma: Claudio Salemi.
- (1996). “Gramsci y Mariátegui: frente a la ortodoxia”, *Nueva sociedad*, n° 115, pp. 135–145.
- Filippa, G.** (1997). “La sociología como profesión y la política en la constitución de la disciplina”. En: Oteiza, E. (coord.). *Cultura y política en los años ‘60*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales–UBA.
- Fiori, G.** (1966 / 2009). *Vida de Antonio Gramsci*. Buenos Aires: Peón Negro.
- (1991). *Gramsci, Stalin, Togliatti*. Roma: Gius, Laterza y Figli.

- Flaskamp, C.** (2002). *Organizaciones Político–Militares*. Buenos Aires: Ediciones Nuevos Tiempos.
- Fontdevila, E. y Pulleiro A.** (2004). “Los Libros. De la modernización a la partidización”, *Revista Zigurat*, n°5, pp. 168–173.
- Gadotti, M.** (1996). *Pedagogía de la praxis*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Galasso, N.** (1983). *La Izquierda Nacional y el FIP*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1997/2005). *J. W. Cooke, de Perón al Che*. Bs. As: Nuevos tiempo
- (2012). *J. J. Hernández Arregui. Del peronismo al socialismo*. Buenos Aires: Colihue.
- Gallino, L., Pizzorno, A., Gramsci A. y Debray, R.** (1970). *Gramsci y las Ciencias Sociales*. Córdoba, Argentina: Cuadernos Pasado y Presente, n° 19.
- García Canclini, N.** (1990). “Introducción: la sociología cultura de Pierre Bourdieu”. En: Bourdieu: *Sociología y cultura*. México: Editorial Grijalbo.
- García Moral, M.** (2008). “Las tensiones de un ‘intelectual’: Juan José Hernández Arregui y el primer peronismo”. Ponencia presentada en el *Primer Congreso de Estudios sobre el peronismo: la primera década*, Mar del Plata, noviembre de 2008.
- Gentili, P.** (1997). *Cultura, política y currículo: ensayos sobre la crisis de la escuela pública*. Buenos Aires: Paidós.
- Gerlo, M.** (2014). “El debate Hernández Arregui: peronistas y comunistas en la construcción de un ideario nacional y popular”. *Revista www.izquierdas.cl*, n° 18, pp. 111–127.
- Germani, G.** (1955). *Estructura social de la argentina. Análisis estadístico*. Buenos Aires: Raigal.
- (1961). “Prólogo”. En: W. Mills, *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura económica.
- (1962). *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós.
- (2010). Sobre la crisis contemporánea. En: Mera, C. y Rebón, J. (comp). *Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada*. Buenos Aires: Clacso.
- Ghilini, A.** (2011). “Sociología y liberación nacional. La experiencia del grupo universitario de las cátedras nacional”. *Question*, n° 29. p. 1–14.

- Gilman, C.** (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gimeno Sacristán, J.** (1978). "Explicación, norma y utopía en las Ciencias de la Educación". En: Escolano, A. y otros/as: *Epistemología y educación*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Giussani, P.** (1984). *Montoneros, la soberbia armada*. Buenos Aires: Sudamericana Planeta.
- Gillespie, R.** (1987). *Soldados de Perón. Historia Crítica sobre Los Montoneros*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Giller, D.** (2014). "¿'Teoría de la dependencia'? Orígenes y discusiones en torno a una categoría problemática". *Revista del Centro Cultural de la Cooperación*. Recuperado de: http://www.centrocultural.coop/revista/autor/292/giller_diego_martin.html.
- Giroux, H.** (1992). *Teoría y resistencia en educación. Una pedagogía para la oposición*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1996). *Placeres inquietantes*. Buenos Aires: Paidós.
- (1997). *Cruzando límites. Trabajadores culturales y políticas educativas*. Buenos Aires: Paidós Educador.
- (2004). *Pedagogía y política de la esperanza*. Buenos Aires: Agenda educativa.
- Giroux, H. y Aronowitz, S.** (1987). *Education under siege*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Giroux, H. y McLaren, P.** (1998). *Sociedad, cultura y educación*. Buenos Aires: Miño y Dávila editores.
- Glasser, B. y Strauss, A.** (1967). *The discovery of Grounded Theory. Strategies for Qualitative Research*. Chicago: Aldine.
- Gómez, G., Flores, J., Jiménez, G.** (1996). *Metodología de la investigación cualitativa*. España: Ediciones Aljibe.
- Gómez, S.** (2013). "La recepción de Antonio Gramsci en Argentina. Apuntes para una historiografía de los actuales usos académicos de la noción gramsciana de hegemonía. Tras las huellas de Louis Althusser". Ponencia presentada en *II Encontro de História da educação do Centro-Oeste. História da educação: Fronteiras, Movimentos Sociais e Instituições educativas na Região Centro-oeste*.

Doraudos. Mato Grosso do Sul, Brasil, 29–31 de octubre de 2013. ISSN 2237–4310. .

González, H. (1989). “Hernández Arregui”. *Sur*, 7 de mayo de 1989, pp. 7–9.

(1999). *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*. Buenos Aires: ediciones Colihue.

(2011). *Envido, un frente intelectual en el lodo del lenguaje político. Envido. Revista de política y ciencias sociales. Edición facsimilar*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional.

(2012). “Prólogo: Hernández Arregui, un capítulo de la tragedia de los intelectuales argentinos”. En: Galasso, N. J. J. *Hernández Arregui, del peronismo al socialismo*. Buenos Aires: Colihue.

(2014). “Pasado y Presente: la tragedia de los gramscianos argentinos”. En: *Revista Pasado y Presente. Edición facsimilar*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca nacional.

Gramsci, A. (1958). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Lautaro. Traducción de I. Flaumbaun.

(1960). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Lautaro. Traducción de R. Sciarreta.

(1961). *Literatura y vida nacional*. Buenos Aires Lautaro. Traducción de J. Aricó.

(1962). *Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado moderno*. Buenos Aires: Lautaro. Traducción de J. Aricó.

(1971). *La política y el Estado moderno*. Barcelona: Península.

(1977). *Pasado y Presente*. México: Juan Pablos Editor. Traducción G. Ojeda.

(1958/2003). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Nueva Visión.

(1962/2003). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva visión.

(2004). *Antología*. Buenos Aires: Siglo XXI. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán.

(2008). *El Risorgimiento*. Buenos Aires: Las cuarenta.

(2011). *Odio a los indiferentes*. Madrid: Ariel. Traducción: Cristina Marés.

(2014). *Crónicas de Turín*. Buenos Aires: Editorial Gorla. Traducción: Patricia Dip.

- Grüner, E.** (2002). *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*. Buenos Aires: Paidós.
- Gruppi, L.** (1969). "La relación hombre–naturaleza". En: Althusser, L. y Badiou, A. *Materialismo histórico y materialismo dialéctica*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente, n° 8, Córdoba.
- Gutiérrez, G.** (1972). *Teología de la liberación. Perspectiva*. España: Ediciones Sígueme.
- (2009). "Antropología del 3er mundo. Cuatro décadas, algunas reflexiones sobre el contexto de origen". En: *Antropología del 3er mundo. Selección de artículos*. Buenos Aires: FFyL UBA.
- Hall, S.** (2002). Introducción. ¿Quién necesita identidad? En: Hall, S. y Du Gay, P. (coords.) *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harnecker, M.** (1968/1971). *Los conceptos elementales del materialismo históricos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hernández Arregui, J. J.** (1957/2005). *Imperialismo y cultura*. Buenos Aires: Continente.
- (1960/2011). *La formación de la conciencia nacional*. Buenos Aires: Continente.
- (1963/2005). *¿Qué es el ser nacional?* Buenos Aires: Continente.
- (1969/2011). *Nacionalismo y liberación*. Buenos Aires: Continente.
- (1972/2011). *Peronismo y socialismo*. Buenos Aires: Continente.
- Herrera Zgaib, M.** (2009). "Introducción a la praxis política gramsciana: hegemonía y contrahegemonías". *Ciencia política*, n° 8, pp. 8–37.
- Hilb, C. y Lutzky, D.** (1984). *La nueva izquierda argentina: 1960–1980. (Política y violencia)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Hilb, C.** (2013). *Usos del pasado. Qué hacemos hoy con los setenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hirsch, A.** (1981). *The French New Left*. Boston: South End Press.
- Hillert, F., Ouviaña, H., Rigal, L. y Suárez, D.** (2011). *Gramsci y la educación: pedagogía de la praxis y políticas culturales en América Latina*. Buenos Aires: Noveduc.
- Hobsbawm, E.** (1980). Gramsci. En: Hobsbawm, E. (dir) *Historia del Marxismo*. España: Bruguera.

- (1983/2002). "Introducción". En: Hobsbawm, E. y Ranger, T. *La invención de las tradiciones*. España: Crítica.
- (2011). *Cómo cambiar el mundo*. Buenos Aires: Crítica.
- Infranca, A.** (2003). "La cola del diablo: el marxismo de José Arico y su interpretación de Gramsci". *Periferias*, n°11. Recuperado de <http://www.fisyp.org.ar/docs/Periferias11.pdf>
- (2014). "Introducción". En: Gramsci, A. *Crónicas de Turín*. Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Iñigo, L. y Santella, A.** (1999). "El CICSO: Aporte a la Ciencia Social Argentina", *Dialéctica. Revista de filosofía y teoría social*, n° 11, pp. 37–46.
- Jacobs, J. y Schwartz, H.** (1984). *Sociología cualitativa. Método para la reconstrucción de la realidad*. México: Editorial Trillas.
- Jauss, H.** (1978). *Pour une esthétique de la réception*. París: Gallimard.
- (1992) *Experiencia estética y hermenéutica literaria*. Madrid: Taurus.
- Jessop, B.** (2007). "Althusser, Poulantzas, Buci-Glucksmann: Weiterentwicklung von Gramscis Konzept des integralen Staats". Recuperado de <http://bobjessop.org/tag/hegemonic-project/>.
- Jocobic, B.** (1973). "La revolución cultural y la crítica del economicismo". En: *Teoría del Proceso de Transición*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente, n° 46.
- Jones, S.** (2006). "Why Gramsci?" En: *Antonio Gramsci*. London: Routledge.
- Jozami, E.** (2013). "Prólogo". En: Della Rocca, M. *Gramsci en la Argentina. Los desafíos del kirchnerismo*. Buenos Aires: Editorial Dunken.
- Kanoussi, D.** (comp.) (2000). *Gramsci en América. II Conferencia internacional de estudios gramscianos*. México, D.F.: Plaza y Valdés, y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- (2003). "Introducción". En: *Antonio Gramsci. Cartas de la cárcel: 1926–1937*. México: Ediciones Era, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Fondazione Istituto Gramsci. Traducción de Cristina Ortega Kanoussi.
- (comp.). (2004). *Gramsci en Río de Janeiro*. España: Plaza Valdés.
- (2012). *Notas sobre el maquiavelismo contemporáneo*. México: LunArena editorial, Fondazione Istituto Gramsci Onlus, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla e Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélaz Pliego.

- Kaplan, M.** (1960). *Política y vida cotidiana*. Buenos Aires: Liberación.
- Kohan, N.** (1998). *Marx en su (tercer) mundo. Hacia un socialismo no colonizado*. Bs. As: Biblos.
- (1999): *La Rosa Blindada. Una pasión de los 60*. Buenos Aires: Ediciones de La Rosa Blindada.
- (2000a): *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires: Biblos.
- (2000b). "Gramsci en Argentina". En: Kanoussi, Dora (comp) (2000). *Gramsci en América. II Conferencia internacional de estudios gramscianos*. México, D.F.: Plaza y Valdés, y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- (2004). "Gramsci y Marx. Hegemonía y poder en la Teoría marxista". *Utopías, nuestra bandera: revista de debate político*. n° 182, 2004, pp. 3–45.
- (2005). "José Aricó, Pasado y presente y los gramscianos argentinos". *Revista Ñ de Clarín*, 5 de febrero de 2005, pp. 10–11.
- Kohan, N. y Bologna, M.** (2003). "A propósito de la edición completa de sus Cuadernos de la cárcel en castellano". Recuperado de <http://laventana.casa.cult.cu>.
- Korsch, K.** (1978). *Marxismo y Filosofía*. Barcelona: Ariel.
- Labastida J.** (coord.) (1985). *Hegemonía y Alternativas política en América Latina*. México, Siglo XXI.
- Laclau, E. y Mouffe, C.** (1985/2004). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: FCE.
- Laclau, E.** (1990/2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Lepre, A.** (1998). *Il prigioniero. Vita di Antonio Gramsci*. Roma: Laterza.
- Lezama, A.** (2012). "Louis Althusser. El pensar como síncope". En: De Ípola, E. y Lezama A. En: *Althusser. Una introducción*. Buenos Aires: Editorial Quadrata.
- Lombardo Radice L. y Carbone, C.** (1952). *Vita di Antonio Gramsci*. Roma: Edizioni di cultura sociale.
- Lowy, M.** (1970/2010). *La teoría de la revolución en el joven Marx*. Buenos Aires: Editorial El Colectivo y Herramienta ediciones.

- (1972). Después de Marx. En: *La teoría de la revolución en el joven Marx*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1978). *El marxismo olvidado*. Barcelona: Editorial Fontamara.
- (1982). *El marxismo en América Latina*. México: Ediciones Era.
- (2005). “Prólogo”. En: Kohan, N. *Ernesto Che Guevara: el sujeto y el poder*. Buenos Aires: Nuestra América.
- (2001/2012). *Walter Benjamín: aviso de incendio: una lectura de las tesis “sobre el concepto de historia”*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lukács, G.** (1971). “*Lukacs on His Life and Work*”. *New Left Review*, n° 68, pp. 49–58.
- Macciocchi, M.** (1975). *Gramsci y la revolución de Occidente*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Madariaga, J.** (1969). *¿Qué es la izquierda nacional? Manual del socialismo revolucionario*. Buenos Aires: Ediciones Izquierda nacional.
- Magnone, C.** (1997). “Revolución cubana y compromiso político en las revistas cultural”. En: Oteiza, E. (coord.). *Cultura y política en los años ‘60*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales – UBA.
- Manacorda, M.** (1970/1977). *El principio educativo en Gramsci, Americanismo y conformismo*. España, Salamanca: Sígueme.
- (1973/1981). “Introducción”. En: Gramsci, A. *La alternativa pedagógica*. Barcelona: editorial Fontamara.
- Manson, E.** (2003). El peronismo en los sectores medios durante el cesarismo de Onganía. Pensamiento Nacional, Edición online.
- Mao Tse–Tung** (1937). Acerca de la contradicción. Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/mao/escritos/OC37s.html>.
- Marcuse, H.** (1954 / 1993). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada* Buenos Aires: Planeta Agostini.
- Marx, K.** (1859 / 1975). *Contribución a la crítica de la economía política*. Buenos Aires: Ediciones estudio.
- Massardo, J.** (1999). “La recepción de Gramsci en América Latina: cuestiones de orden teórico y político”. En: *International Gramsci Society Newsletter*, n° 9. Recuperado de <http://www.italnet.nd.edu>.
- Massari, R.** (1996). “Trosky y Gramsci”. En: *Defensa del marxismo*, n° 13, pp. 5–22.

- Matheron, F.** (2007). "Presentación". En: Althusser, L. (1955–1972/2007). *Política e historia. De Maquiavelo a Marx. Cursos en la Escuela Normal Superior, 1955–1972*. Buenos Aires: Katz.
- Matusevicius, J.** (2013). "Nuevas apuestas, viejos problemas. Apuntes para una caracterización de la nueva izquierda argentina". En: *Contra-Tiempos*, n° 0, pp. 95–130.
- Mayo, P.** (2003). *Gramsci, Freire y la educación de Personas adultos. Posibilidades para la acción transformadora*. España: Ediciones del Creó.
- Mayoral, V.** (2012). "La crítica literaria frente al estructuralismo: ecos locales de un debate internacional". Ponencia presentada en VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata "Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales", Universidad Nacional de La Plata, **diciembre de 2012**.
- McLellan, D.** (1999). "Then and Now: Marx and Marxism", *Political Studies*, n° 47, pp. 955–966.
- Modonesi, M.** (2013). "Presentación". En: Modonesi, Massimo (coord.). *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci*. México: Facultad de Ciencias políticas y sociales, Universidad Autónoma Nacional de México.
- Mondolfo, R.** (1956). *El materialismo histórico en F. Engels y otros ensayos*. Buenos Aires: Editorial Raigal.
- (1969). *Marx y marxismo. Estudios histórico-críticos*. México: FCE.
- (1973). *El humanismo de Marx*. México: FCE.
- Morgenstern, S.** "Hegemonía y educación", *Revista de Ciencias de la Educación*, n° 13–14, pp. 30–42.
- (2000) "Las vicisitudes de la interpretación de Gramsci". En: Mendoza, Agustín (comp). *Del tiempo y de las ideas. Textos en honor de Gregorio Weinberg*. Buenos Aires: FCE.
- Moss, W.** (1991). "La historia oral. Qué es y de dónde proviene". En: Schwarztein, D. (comp). *La Historia Oral*. Buenos Aires: CEAL.
- Murmis, M. y Portantiero, J.C.** (1971/2012). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Naidorf, J.** (2005). *Los cambios en la cultura académica de la universidad pública*. Tesis de doctorado en Educación, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Naidorf, J. y Ferrero, R.** (2007). “La militancia con compromiso, la universidad nacional entre 1966 y 1976”. En: *Revista Fundamento de Humanidades*, año VIII, n° II, pp. 27–42.
- Naidorf, J., Martinetto, A. B., Sturniolo, S. A. y Armella, J.** (2010). “Reflexiones sobre el rol de los intelectuales en América Latina”. En: *Archivos Analíticos de Políticas Educativas*. Recuperado de: <http://epaa.asu.edu/ojs/article/view/730>.
- Nassif, R.** (1984). “Las tendencias pedagógicas en América Latina (1960–1980)”. En: Nassif y otros. *El sistema educativo en América Latina*. Buenos Aires: Ed. Kapesz
- Negri, A.** (2004). “Introducción. Maquiavelo y Althusser”. En: Althusser (1976/2004) *Maquiavelo y nosotros*. Madrid: Akal.
- Neiburg, F.** (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo: estudios de antropología social y cultura*. Buenos Aires: Alianza.
- Neiburg, F. y Plotkin, M.** (2004). *Intelectuales y expertos. La constitución de la ciencia social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Nun, J.** (2002). “Comentario a la ponencia de Horacio Crespo”. Recuperado de <http://www.saavedrafajardo.org/Archivos/Prismas/01/Prismas01–11.pdf>
- Oelgart, B.** (1970). *Idéologues et idéologies de la nouvelle gauche*. París: Union Générale d’Éditions.
- Osorio, J.** (2004). “El marxismo latinoamericano y la dependencia”. En: Osorio, J. *Crítica de la economía vulgar. Reproducción del capital y dependencia*. México: Porrúa/UAZ.
- Ouviña, H.** (2000). “Antonio Gramsci: un intelectual orgánico de carne y hueso”. *Periferias*, n° 19, pp. 185–187.
Recuperado de <http://fisyp.org.ar/media/uploads/periferias19.pdf>.
- (2011). “Escritos inéditos de Gramsci sobre educación”. En: Hillert, F., Ouviaña, H., Rigal, L. y Suárez, D. (2011). *Gramsci y la educación: pedagogía de la praxis y políticas culturales en América Latina*. Buenos Aires: Noveduc.
- (2013). “Praxis educativa y transformación social en la ‘obra’ de Antonio Gramsci”. En: Modonesi, M. (coord.). *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al*

pensamiento de Antonio Gramsci. México: Facultad de Ciencias políticas y sociales, Universidad Autónoma Nacional de México.

- Paggi, L.** (1970). *Antonio Gramsci e il moderno Principe*. Roma: Editori Riuniti.
- Panesi, J.** (2000). "La crítica argentina y el discurso de la dependencia". En: Panesi, J. *Críticas*. Buenos Aires: Norma.
- Pasado y presente** (1968). "Advertencia". En: Gorz, A., Mandel, E., Lettiere, A., Santi P., Martinet, G. y Barjonet, A. *Francia 1968: ¿Una revolución fallida?* Córdoba, Argentina: Cuadernos de Pasado y Presente, n° 6.
- (1969). "Advertencia". En: Badiou, A., Althusser, L. *Materialismo histórico y materialismo dialéctico*. Córdoba, Argentina: Cuadernos de Pasado y Presente, n° 8.
- (1970). "Advertencia". En: Pizzorno, A., et al. *Gramsci y las ciencias sociales*. Córdoba, Argentina: Cuadernos de Pasado y Presente n° 19.
- (1973). "Advertencia". Luporini, C., Sereni, E., Buci Glucksmann, C., Gallisot, R., Dhoquois, G., Texier, J., Herzog, P. y Labirca G. *El concepto de "formación económico social"*. Buenos Aires: Cuadernos de Pasado y Presente, n° 39.
- Peller, D.** (2007). "Crítica literaria, crítica cultural y política en la revista Los Libros (1969–1976)". Ponencia presentada en *IV Jornadas de Historia de las Izquierdas*. Ciudad de Buenos Aires, 14, 15 y 16 de noviembre de 2007.
- Peña, M.** (1958/2004). *Introducción al marxismo*. Buenos Aires: Editorial Colectivo Último recurso.
- Pérez Lindo, A.** (1985) *Universidad, política y sociedad*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Petra, A.** (2007). "El pequeño mundo: revistas e historia intelectual El caso de *Pasado y Presente* (1963–1965)". Ponencia presentada en *IV Jornadas de Historias de las Izquierdas*. Prensa política, revistas culturales y emprendimientos editoriales de las izquierdas latinoamericanas. Ciudad de Buenos Aires, noviembre de 2007.
- (2010a). "El momento peninsular. La cultura italiana de posguerra y los intelectuales comunistas argentinos". *Revista Izquierdas*, n° 8, pp. 1–25.
- (2010b). "En la zona de contacto: Pasado y Presente y la formación de un grupo sociohistórico", n° 31, 1er. Semestre de 2013. ISSN 1852–1606 cultural. En: García, D. y Agüero, A. C. (comps.). *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*. La Plata: Al Margen.

- Petrucelli, A.** (2009). “Los orígenes perdidos del marxismo argentino”. *Revista Herramienta*. n° 40. Recuperado de <http://www.herramienta.com.ar/revista-impres/revista-herramienta-n-40>.
- Piglia, R.** (1965). “Literatura y sociedad”, En: *Literatura y sociedad*, n° 1, pp. 2–9.
- Piñeiro Iñiguez, C.** (2013). *Hernández Arregui. Una interpretación marxista del peronismo*. Bs. As: Peña Lillo–Ediciones Continente.
- Piovani, J.** (2007). Otras formas de análisis. En: Marradi, M., Archenti, N. y Piovani, J. (coords.): *Metodología de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Emecé.
- Pizzorno, A.** (1967/1970). “Sobre el método de Gramsci”. En: Pizzorno, A., et al. *Gramsci y las ciencias sociales*. Córdoba, Argentina: Cuadernos de Pasado y Presente n° 19.
- Ponza, P.** (2008). “Gramsci en Argentina”. *A contracorriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*. n° 2, pp. 273–276.
- (2010). *Intelectuales y violencia política 1955–1973*. Buenos Aires: Babel Editorial
- Popkewitz, T.** (1988). *Paradigmas e ideología en la investigación educativa*. Madrid: Mondadori.
- Popovitch, A.** (2012). “La recepción de Althusser por la Nueva Izquierda Argentina: el caso de *Los libros* (1969–1976)”. En: Granados García, A. (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina*. México: Universidad Autónoma Metropolitana / J. Pablos.
- Portantiero, J. C.** “Algunas variantes en la neo–izquierda argentina”, *Cuadernos de cultura*, año XI, n° 50, Buenos Aires, noviembre–diciembre de 1960, pp. 59–74.
- (1961). “Algunas variantes en la neo–izquierda argentina”. En: Giúdice, E., et. al. *¿Qué es la izquierda?* Buenos Aires: Documentos.
- (1961). *Realismo y realidad en la narrativa argentina*. Buenos Aires: Procyón.
- (1963). “Política y clases sociales en la Argentina actual”. *Pasado y Presente*, n° 1, pp. 18–23.
- (1964). “Un análisis ‘marxista’ de la realidad argentina”. *Pasado y Presente*. n° 5–6, pp. 82–86.
- (1977). “Los usos de Gramsci”. En: Gramsci, A. *Escritos Políticos (1917–1933)*. México: Cuadernos de Pasado y Presente, n° 54.
- (1991). “Gramsci en clave latinoamericana”. *Nueva sociedad*, n° 115, pp. 152–157.

- Portelli, A.** (1991). “Lo que Hace Diferente a la Historia Oral”, en Schwarzstein Dora (comp.) *La historia oral*. Buenos Aires: CEAL.
- Portelli, H.** (1972/2011). *Gramsci y el bloque histórico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
(1974/1977). *Gramsci y la cuestión religiosa*. España: Editorial Laila.
- Potash, R.** (1980). *El ejército y la política en la Argentina, 1945–1962. De Perón a Frondizi*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Poulantzas, N.** (1968/1985). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. Buenos Aires: Siglo XXI.
(1969/1986). *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*. Buenos Aires: Cuadernos de pasado y Presente, n° 48.
(1977/2013). “El Estado y la transición al socialismo. Entrevista realizada a Nicos Poulantzas por Henri Weber”. *Revista Critique Communiste*, n° 16, junio de 1977. Recuperado de <http://www.democraciasocialista.com.ar>.
(1978/1991). *Estado, poder y socialismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pozzi, P.** (2013). *Partido revolucionario de los trabajadores–Ejército Revolucionario del pueblo*. Chile: Escapate.
- Pozzoni, M.** (2012). “Una mirada sobre la militancia en los primeros años ‘70 a través de la revista *Envido* (1970–1973)”. En: *Nuevo Mundo, Mundo nuevos*. Cuestiones de tiempo presente. Recuperado de <http://nuevomundo.revues.org/62672>.
(2013). “‘Leales y ‘traidores’: la experiencia de disidencia de la Juventud Peronista Lealtad (1973–1974)”. En: *Nuevo Mundo, Mundo nuevos*. Cuestiones de tiempo presente. Recuperado de <http://nuevomundo.revues.org/65393>.
- Pucciarelli, A.** (1999). “Introducción”. En: Pucciarelli, A. (comp.): *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba.
- Puiggrós, A.** (1997). “Espiritualismo, normalismo y educación”. En: Puiggrós, A (dir.). Tomo VIII, *Historia de la educación argentina: Dictadura y utopías en la historia reciente de la educación argentina (1955–1983)*. Buenos Aires: Galena.
- Puiggrós, R.** (1959). “Reportaje”. En: Strasser, C. (comp): *Las izquierdas en el proceso político Argentino*. Buenos Aires: Editorial Palestra.
- Raffoul, N. y Beltramini, R.** (2008). “Entrevista a Arturo Armada”. Recuperado de <http://www.croquetadigital.com.ar>

- Ramos, A.** (1959). "Reportaje". En: Strasser Carlos (comp.): *Las izquierdas en el proceso político Argentino*. Buenos Aires: Editorial Palestra.
- Ramos, A.** (1973). *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*. V Tomo: La Era del Bonapartismo. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Recalde, A. y Recalde I.** (2007). *Universidad y liberación nacional*. Buenos Aires: Nuevos tiempos.
- Rigal, L.** (2011). "Gramsci, Freire y la educación popular: a propósito de los nuevos movimientos sociales". En: Hillert, F., Ouviaña, H., Rigal, L. y Suárez, D. (2011). *Gramsci y la educación: pedagogía de la praxis y políticas culturales en América Latina*. Buenos Aires: Noveduc.
- Rinesi, E.** (2001). *Política y tragedia. Hamlet, entre Maquiavelo y Hobbes*. Buenos Aires: Colihue.
- Rodríguez, C.** (2009). "Germani y el estructural funcionalismo, evolucionismo y fe en la razón. Aspectos de la involución irracional". En: *Revista UNIVERSUM*, n° 24, pp. 12–20.
- Rodríguez, L.** (1997). "Pedagogía de la liberación y educación de adultos". En: Puiggrós, A. (dir.) *Tomo VIII, Historia de la educación argentina. Dictadura y utopías en la historia reciente de la educación argentina (1955–1983)*. Buenos Aires: Galena.
- Rodríguez Sánchez, N.** (2014). "Pensamiento heterodoxo para contextos en crisis. Recepción de la teoría política de Gramsci en Argentina en la década de 1979". *Estudios Políticos*, n° 45, pp. 95–114.
- Sábato, E.** (1947). "Epistolario de Gramsci". En: *Realidad, revista de ideas*, n° 6, p. 410.
- Saravia, G.** (2011). *Thomas Hobbes y la filosofía política contemporánea: Carl Schmitt, Leo Strauss y Norberto Bobbio*. Madrid: Dykinson.
- Sánchez Vázquez, A.** (1968/1970). "Estructuralismo e historia". En: Lefévre, H. et al. *Estructuralismo y marxismo*. México: Editorial Grijalbo.
(1967/2003). *Filosofía de la Praxis*. México: Siglo XXI.
- Sarlo, B.** (1992). *El rol de las revistas culturales*. Buenos Aires: Universidad, Facultad de Filosofía y Letras.
(2001): *La batalla de las ideas (1943–1973)*. Buenos Aires: Ariel.

- Sautu, R.** (comp.) (2004). *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires: Lumiere.
- (2005). *Todo es teoría: objetivos y métodos de investigación*. Buenos Aires: Lumiere.
- Sautu, R. y Wainerman, C.** (comp.) (2011). *La trastienda de la investigación*. Buenos Aires: Manantial.
- Schwarztein, D.** (2001). "Historia oral, memoria e historias traumáticas". En: *Historia oral*, n° 4, pp. 73–83.
- Sebreli, J.J.** (1956). "Aventura y revolución peronista (Testimonios)". En: *Contorno*, n° 7–8, pp. 45–49.
- Seoane, M.** (1997). *Todo o nada*. Buenos Aires: Planeta.
- Sigal, S.** (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Ediciones Punto Sur.
- Silber, J.** (2005). "Algunas cuestiones relativas a la especificidad del saber pedagógico". En: Vogliotti, A. et al (Comp.), *Aportes a la Pedagogía y a su enseñanza. Debaten y escriben los pedagogos*. Córdoba, Argentina: Universidad Nacional de Río Cuarto.
- (2011). "Tendencias pedagógicas en la carrera de Ciencias de la Educación. La incorporación y el desarrollo de las pedagogías tecnocráticas (1960–1990)". En: Silber, J. y Paso, M. *La formación pedagógica: políticas, tendencias y prácticas en la UNLP*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (EduLP).
- Sirvent, C.** (1980). *Gramsci y la política*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Somoza, P. y Vinelli, E.** (2011). "Para una historia de Los Libros". En: *Los Libros: edición facsimilar*. Buenos Aires: Biblioteca nacional.
- Southwell, M.** (1997). "Algunas características de la formación docente en la historia educativa reciente. El legado del espiritualismo y el tecnocratismo (1955–1976)". En: Puiggrós, A. (dir.). Tomo VIII, *Historia de la educación argentina. Dictadura y utopías en la historia reciente de la educación argentina (1955–1983)*. Buenos Aires: Galena.
- Spriano, P.** (1988). *Gramsci in carcere e il partito*. Roma: Editorial: l'Unità Roma.

- Starcenbaum, M.** (2011a): “El marxismo incómodo: Althusser en la experiencia de *Pasado y Presente*”. En: *Revista izquierdas*, n° 11, pp. 35–53. Recuperado de <http://www.izquierdas.cl>.
- (2011b). “Ciencia y violencia: una lectura de Althusser en la nueva izquierda argentina”. Ponencia presentada en *II Jornadas Espectros de Althusser: diálogos y debates en torno a un campo problemático*. 29, 30 y 1 de diciembre, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, Argentina.
- (2013a). “De autonomías y superposiciones. En torno a los usos de Bourdieu en la historiografía sobre intelectuales y política en la Argentina de los sesenta–setenta”. En: *Revista Eletrônica da ANPHLAC*, n.14, pp. 223–240, enero–junio 2013. Disponible en <http://revista.anphlac.org.br/index.php/revista>.
- (2013b). “Derivas argentinas de Althusser: marxismo, estructuralismo, comunismo”, En: *Revista El laberinto de arena*, Río Cuarto, Córdoba, vol. 1, n° 1.
- (2013c). “Qué hacemos hoy con los setenta: una respuesta a Claudia Hilb”. En: *Revista Sociohistórica*, n° 31, 1r semestre de 2013. Disponible en <http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/> (no lo cité al final)
- Strasser, C.** (1959). “Introducción”. En: Strasser, C. (comp): *Las izquierdas en el proceso político Argentino*. Buenos Aires: Editorial Palestra.
- Suasnábar, C.** (2004). *Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955–1976)*. Buenos Aires: FLACSO/Manantial.
- (2013). *Intelectuales, exilios y educación. Producción intelectual e innovaciones teóricas en educación durante la última dictadura*. Rosario: Prohistoria.
- Tadeu Da Silva, T.** (1993). *Teoría Educacional crítica en tiempos pos–modernos*. Porto Alegre: Artes Médicas.
- Tamarit, J.** (1992). *Poder y educación popular*. Buenos Aires: Coquena Grupo Editor.
- Tarcus, H.** (1991). *Debates sobre el Estado capitalista*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- (1996). *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Buenos Aires, Ediciones el Cielo por Asalto.
- (2007a). *Marx en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (dir.) (2007b). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda (1870–1976)*. Buenos Aires: Emecé.
- (2007c): “Falleció nuestro socio Juan Carlos Portantiero (1934–2007)”. *Boletín Electrónico* n° 1/07–CEDINCI.

- Tedesco, J. C.** (1970). *Educación y Sociedad en la Argentina (1880–1900)*. Buenos Aires: Ed. Pannedille.
- (1983). *Educación y sociedad en la Argentina (1880–1945)*. Buenos Aires: Ediciones Solar.
- Terán, O.** (1991). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956–1966*. Buenos Aires: Puntosur.
- (2006). *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un Camino Intelectual*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2012). *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810–1980*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Texier, J.** (1968/1975). *Gramsci, teórico de las superestructuras*. México: Ediciones Cultura Popular.
- Thomas, P.** (2009). *The gramscian moment. Philosophy, hegemony and marxism*. Boston: Brill.
- Thompson, E.** (1978). *The poverty of theory*. Londres: The Merlin Press.
- Thwaites Rey, M.** (2007). “Complejidades de una paradójica polémica: estructuralismo versus instrumentalismo”. En: Thwaites Rey, M. (comp.): *Estado y marxismo. Un siglo y medio de debates*. Buenos Aires: Prometeo.
- Togliatti, P.** (1953). “El antifascismo de Antonio Gramsci”. *Cuadernos de Cultura*, n° 9–10.
- Toer, M.** (coord.) (1988). *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín /1*. Bs.As: Centro Editor de América Latina.
- Torres, C.** (1996): *Las secretas aventuras del orden. Estado y educación*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- (2006). *Educación y Neoliberalismo. Ensayos de Oposición*. Madrid: Ediciones Popular.
- (2008). *Teoría crítica y sociología política la educación: argumentos*. En: Mora–Ninci, C. y Ruiz, G. *Sociología política de la educación en perspectiva internacional y comparada*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Torres, C. y Morrow, R.** (2002): *Las Teorías de la Reproducción Social y Cultural. Manual Crítico*. Madrid: Editorial Popular.
- Tortti, M.** (1999). “Izquierda y ‘nueva izquierda’ en la Argentina. El caso del Partido Comunista”. *Cuadernos del CISH*, n° 6, pp. 221–232.

(2009): *El “viejo” partido socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda*. Buenos Aires: Prometeo.

(2012a): “La renovación socialista, el tema del populismo y la nueva izquierda en los sesenta” *PolHis. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, n° 10, pp. 106–109.

(2012b): “Introducción. El lugar de la ‘nueva izquierda’ en la historia reciente”. *PolHis. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, n° 10. pp. 110 – 121.

(2014). *Che, una revista de la nueva izquierda*. Bs. As: Cedinci.

(2015). *La nueva izquierda argentina (1955–1976)*. Buenos Aires: Protohistoria ediciones. .

Tortti, M. y Chama, M. (2006). Los nudos político–intelectuales de una trayectoria. Entrevista a Juan Carlos Portantiero. *Cuestiones de Sociología. Revista de Estudios Sociales*, n° 3. pp. 232–254.

Tortti, M. y Celentano, A. (2014). Estudiantes, izquierda y peronismo en la Argentina: una visión desde la nueva izquierda. En: Tortti, C. (dir): *La nueva izquierda argentina (1955 – 1976)*. Socialismo, peronismo y revolución. Rosario: Prohistoria.

Trimboli, J. (1998). *La izquierda en Argentina*. Buenos Aires: Manantial.

Vacca, G. (1985). Presentación. En: Kanoussi, D. y Mena, J. *La Revolución pasiva: una lectura a los Cuadernos de la Cárcel*. México: Universidad Autónoma de Puebla.

(1995). *Vida y pensamiento de Gramsci*. México: Plaza Valdés y unidad Xochimilco.

Valles, M. (1997). *Técnicas cualitativas de investigación social*. Madrid: Síntesis.

Varela, R. (1963) “Gramsci y los gramscianos”. *Revista Izquierda Nacional*, n° 4, pp. 28–29.

Vázquez, M. (2005). “El proceso político entre el 55 y los setenta a través de las sucesivas ediciones de Imperialismo y Cultura, de Juan José Hernández Arregui.” *Revista Pilquen*, n° 7.

Recuperado de

http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851.

Vezzetti, H. (1998). Enrique Pichon Riviere y Gino Germani: el psicoanálisis y las ciencias sociales. *Anuario de Investigaciones Facultad de Psicología – UBA*, n° 6, pp. 476–486.

- Wanderley Neves, L.** (org.) (2009). *La nueva pedagogía de la hegemonía. Estrategias del capital para educar el consenso*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Weinberg, G.** (1970). Prólogo. En: Tedesco, J. C. *Educación y sociedad en la Argentina (1880–1945)*. Bs. As: Ed. Pannedille.
- Weisz, E.** (2004). “El PRT–ERP: Nueva izquierda e izquierda tradicional”. En: *Estudios críticos sobre Historia Reciente, Los ´60 y ´70 en Argentina. Parte I*. Recuperado de <http://eltopoblindado.com>.
- Williams, R.** (1973). “Base and superstructure in Marxist cultural theory”. *New Left Review*, n° 82, pp. 4–11.
- (1977). *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Ediciones península.
- Wright Mills, C** (1960). “Carta a la nueva izquierda”. *New Left Review*, n° 5. Recuperado: <http://www.marxists.org/subject/humanism/mills-c-wright/letter-new-left.htm>.
- Ynoub, R.** (2015). *Cuestión de método. Aportes para una metodología crítica. Tomo I*. México: Cengage Learning.

Anexo 1: entrevistas

Entrevista a Sara Morgenstern

Fecha y hora: 24/02/15 a las 20.30 hs.

Lugar: Restaurant Mala, Marcelo T. de Álvarez 1500, CABA.

SG: Bueno, mi idea era más o menos estructurar la entrevista en dos momentos. Primero preguntarte cuestiones más biográficas tuyas para conocerte, y después, tu itinerario, trayectoria política, intelectual en los 60, 70. Mi periodo de estudio va del 59, la revolución cubana al 76, ese trayecto. Y después algunas reflexiones tuyas en torno a la lectura de Gramsci, en su momento histórico...

SM: Vos me estás dando demasiada importancia, te lo digo en serio, yo no me considero... considero que fue un artículo pionero ese, sí, pero tampoco fui mucho más allá eh. Lo que sí, en... ese artículo... fue digamos el germen del marco teórico de mi tesis. Yo quería pelearme con los de la reproducción de alguna forma, entonces... me resultaban muy mecanicistas, no me gustaban pese a que estaban muy de moda, y en eso... leí en el número 100, de la revista *New Left Review*, que yo siempre la he seguido, tengo la colección entera en casa.

SG: El artículo de Raymond Williams

SM: El de Raymond Williams. Realmente ese fue el artículo que me cambió, cambió todo, dije "ya está, ya sé lo que quiero hacer", porque no... no tenía... intuitivamente sabía que eso, que la reproducción no funcionaba pero no sabía qué funcionaba, o cual era la alternativa. Hasta que me di cuenta que la intuición era bastante real. Por lo menos en esa época Bourdieu era un funcionalista puro, no había ninguna diferencia entre él y... en el fondo hablo eh, no en el lenguaje ni en la retórica ni en todo lo demás, en el fondo era un... correspondía al... a toda la concepción funcionalista de la... que toma de Weber la acción racional ¿no? Como que todo está planificado. Bueno entonces, ese artículo fue un poco lo que tiró el marco teórico de la tesis y sobre todo el tratamiento de la tesis

SG: ¿Y sobre qué fue tu tesis?

SM: La política educativa argentina, 1880-1914, me ayudó muchísimo el periodo para aplicar esto, porque están todos... eh, los actores de Gramsci, están todos ahí, los anarquistas, los socialistas, faltan los judíos pero también podrían haber estado, los liberales, la construcción del Estado, eh, y todo lo que decía Gramsci, eh, suponte la... división de Italia ¿no? Mas la cuestión meridional, pero aun antes de eso, el Estado italiano es de una construcción reciente, como... entonces venia fenomenal, a parte... donde los anarquistas no es que... no es que lo busqué a Gramsci por eso, o el periodo para que se ajuste, es que los mismos anarquistas que estaban en España y en Italia, tenían su sede en Argentina; Argentina era una de las principales eh, cómo es, cosa regional...

SG: ¿Y en qué año publicaste la tesis?

SM: No la publiqué, nunca. No la publiqué, no creo que se merezca una publicación, yo no publico nada...

SG: Ah, pero eso fue posterior digamos... fue posterior al artículo...

SM: Sí. La tesis yo la terminé en el 78, gracias a Onganía y a Franco porque ya... a mí no me interesaba hacer tesis, pero me di cuenta que viviendo en España, viviendo allá había que tener tesis, sí o sí.

SG: ¿Y a la *New Left* cómo accedías? A los escritos de la *New Left*, por ejemplo de Raymond Williams, vos decías que tenías todos los números ¿cómo accedías?

SM: ¿Cómo accedí?

SG: Sí, a la revista.

SM: Bueno, los tengo, hasta hoy, todos. Y después, a ver... primero yo estudié en Inglaterra, entonces estábamos... pero antes de ir a Inglaterra ya estábamos suscriptos.

SG: ¿Y en Inglaterra en qué año estudiaste?

SM: 69 - 72

SG: ¿Y allá qué estudiaste?

SM: Sociología

SG: ¿Te fuiste a hacer una beca de estudios digamos?

SM: No, al que le dieron la beca fue a mi marido, y yo no sabía exactamente qué podía hacer, porque tenía una niñita de 2 años, insoportable, muy demandante como dicen los ingleses, que había que dedicarle mucha atención. La niña es un amor eh, ahora es una mujer. Y estaba embarazada de mi hijo que nació en Inglaterra, con dos bebés prácticamente no sé qué voy a poder hacer. Y sí, sin saber demasiado inglés, sin saber demasiado sociología...

SG: ¿Y acá en Argentina dónde estudiaste?

SM: Buenos Aires

SG: Ah, en la UBA. ¿Y qué estudiaste? ¿Sociología acá?

SM: Educación.

SG: Ah, educación. Y eso qué fue ¿en la década del 60?

SM: Si

SG: ¿Y después cuando fue la intervención de la universidad, en el 66?

SM: Fuimos tan idiotas que renunciarnos.

SG: Ah, vos estabas como docente, hubo varios que renunciaron, María Terese [Sirvent]...

SM: Idiotas totales, no sé qué nos creíamos, a Onganía no se le movía un pelo por la renuncia, que ni siquiera era toda la universidad, ni siquiera era toda la UBA, éramos Exactas y Filosofía nada más.

SG: ¿Y vos ahí estabas ligada a organizaciones, o colectivos políticos, estudiantiles?

SM: No

SG: No militabas. Y a los miembros de la revista, Tedesco, Ezpeleta, otros ¿cómo los conociste?

SM: Andaban por ahí, no éramos amigos, nunca fuimos amigos. Le mandé un artículo y lo publicó.

SG: Ah, claro, porque fue la única intervención tuya en la revista. Y ahí en esa época, ¿vos tenías alguna, aunque no participabas, alguna simpatía por alguna tendencia política en ese entonces?

[Silencio]

SM: No, no, de militancia no. Yo no era una excepción, porque todos éramos de izquierda, todos estábamos en el... en el CEFYL [Centro de Estudiante de Filosofía y Letras], todos estábamos... como proximidad me veía, eran amigos gente del partido socialista, pero nada más.

SG: Claro, no tenías una militancia orgánica. Y después también en el artículo citás varias veces los Cuadernos de Pasado y Presente ¿qué vínculo tenías con los Cuadernos?

SM: Nada, interés intelectual, que los guardo como una joya, son una joya eh.

SG: Sí, porque varias veces los citaste como...

SM: También tengo la colección, me faltan algunos pocos números, pero... no, los compraba por interés y los leía por interés, yo fui siempre un poco un verso suelto eh (risas)

SG: Y después, yo ahí lo que veía en el artículo, que vos discutías con el mecanicismo digamos, pero también funcionalista por un lado, también con mecanicismo más economicista o marxista, pero sin embargo, vi que algunas categorías de Althusser como sobredeterminación o contradicción también utilizabas ¿no?

SM: Si...

SG: Y cómo era... porque Althusser era como un faro intelectual en aquella época, ¿qué relación tenías en ese momento con ese pensamiento?

SM: ¿Con Althusser?

SG: Si

[Silencio]

SM: Mirá... yo creo que no tenía demasiada... eh, los aparatos ideológicos del Estado nunca me gustó, me pareció la vuelta a la reproducción, más de lo mismo. Nunca me

gustó, le vi un pensamiento muy rígido en algunos aspectos pero otros me seducían, yo creo que mientras todo el mundo... mientras la derecha acusaba al marxismo de la falta de una filosofía de la ciencia, por lo menos hizo el esfuerzo de entrar en categorías explicativas ¿no? Determinación, determinación en última instancia, sobredeterminación, por lo menos... entonces, esa parte de él siempre me gustó, hay mucho en debate sobre los aparatos, hasta él se retractó varias veces, qué se yo. Es una idiotez, no se puede escribir... para qué escribió eso.

SG: Y después, en algunos pasajes también, referís una cita de Mao también sobre la contradicción...

SM: Otra idiotez que estaría de moda. Para hablar de Mao... para hablar de la contradicción... ayer les estaba diciendo a los chicos justamente, eh, todo aquel que quiera hacer análisis marxista tiene que tener claro el tema de la contradicción. Ahora, qué es la lógica marxista, puede ser muy discutible, pero a mí me parece que la idea en sí de la contradicción es fundamental, pero en Marx no en Mao. Mao es muy primitivo, no sé qué me había gustado. Te digo la verdad, de los autores marxistas, yo creo que, salvo... bueno, por supuesto Marx, Gramsci, Trotsky, que es otro intelectual, intelectual de verdad, hasta Lenin me pareció poco serio... Rosa Luxemburgo me gusta.

SG: Y después te quería preguntar cómo te acercaste a los escritos de Gramsci, o al pensamiento de Gramsci en esa época.

SM: ¿De dónde? [Silencio] Yo tenía todas las cosas que había editado Gregorio Weingberg pero después cuando hice la tesis, cuando empecé en serio con la tesis, dije acá tenía que buscarme otras cosas. Y ya había salido la edición de [Valentino] Gerratana, la los *Cuadernos de la cárcel*. ¿Qué pasaba con la edición tana? Era fantástica, era una maravilla, pero estaba en italiano. Tuve la suerte en ese entonces, ya estaba en el exilio, estaba de profesora en Canarias, de tener como alumna a una monja italiana, loca, exiliada. A ésta le encantaba leer, yo ya había leído las cosas previamente, pero lo que quería... porque el italiano más o menos se sigue, pero lo que quería especial era... se prestó a traducirme, estuvimos bastante tiempo trabajando, ella encantada porque decía que era su oportunidad para leer a Gramsci, y yo encantada de que me lo tradujera. Y... eso porque... ¿Cómo se llega a la edición en italiano? Yo la tengo en italiano, toda la obra de Gramsci la tengo en italiano, lo cual no... pero no me fio de mi lectura eh, para nada. En ese entonces, en Inglaterra, salió la selección de las notas de la cárcel que hizo Quintin Hoare que es un gran especialista de Gramsci.

SG: Si, en tu artículo que me pasaste lo citaste.

SM: Ah, lo tengo por ahí bue, entonces ese era mi guía, y con ese trabajaba con la monja.

SG: Ah, allá en Inglaterra.

SM: Ya en Canarias

SG: Ah, en el exilio. Pero cuando escribiste el artículo, por ejemplo acá, en la década del 70, ahí cómo...

SM: Ahí no estaba, no... ahí estaba de profesora en Salta.

SG: Ah, y ahí cómo... a través de Gregorio Weingberg, o cómo te acercaste al pensamiento en esa época antes del exilio digamos, a Gramsci.

SM: Porque había ediciones en castellano...

SG: No, si, obviamente, estaba Lautaro, Nueva Visión, pero ¿alguna persona, algún referente? No, fue más de autodidacta...

SM: Intuición pura.

SG: Intuición pura, claro, porque en ese momento histórico vos ¿Cómo percibías la circulación de la obra de Gramsci?

SM: En el momento al artículo nadie le hacía mucho caso eh, nadie nadie. Empezaba ese movimiento en Inglaterra, como yo estaba suscripta a la revista, digo "anda, esto es lo que yo andaba buscando", y fue Raymond Williams en realidad el que me abrió los ojos.

SG: Sí, la novedad tuya era citar ese artículo que después Raymond Williams lo hace conocido cuando literatura y marxismo digamos, vos lo citás en la versión del inglés.

SM: Y otro artículo muy importante es el de Perry Anderson, el de las antinomias.

SG: Claro, pero eso es posterior, en el 78...

SM: Ahora, cómo llego a Gramsci, yo creo que fue intuición pura. Y, Weingberg, cuando escribí ese artículo no sabía que él había sido el primer editor. Los hijos me dijeron "qué regalo le hiciste al viejo", y es un libro homenaje ¿no? Nadie sabía.

SG: ¿Nadie sabía?

SM: Gregorio fue un gran editor ¿no? Tenía mucha intuición para saber lo que era importante.

SG: En esa época ¿Weingberg estaba vinculada al Partido Comunista?

MS: ¿Si estaba? En esos años posiblemente sí, porque... él nunca lo dijo eh, pero habrá sido una cosa... porque Lautaro no te publicaba si no eras del PC.

SG: Claro, por eso, pero después Agosti fue el que publica con Aricó...

SM: Si, pero hay toda una discusión atrás de eso. Yo creo que el que lo descubra a Gramsci es Gregorio, y además, te voy a decir, esos años [silencio] que Weinberg es editor y sigue como editor, tenía necesidad de trabajar, porque tenía que ganar dinero... en tonterías que le publicaban ahí en la CEPAL... pero, eh, la parte de Gregorio, por ejemplo *El pasado argentino* de J.A. Beaumont, y él no le daba las traducciones a cualquiera. Fijate que la *Lógica de Hegel* tardó como 5, 10 años, no sé, y él no se la quiso dar a nadie hasta que Mondolfo, Rodolfo Mondolfo accedió a que la iba a editar él, a traducir él.

SG: Y en ese momento que vos te desempeñabas como profesora ¿había un vínculo entre tu lectura, por ejemplo, éstas y tu desempeño ahí en la universidad o...? sobre todo después de, cuando cayó la intervención, digamos.

SM: Yo en Salta, la verdad que hice más tareas de gestión que académicas propiamente dichas, daba cursos, clases, qué se yo, pero era la locura del 73, esa etapa loca ¿no?

SG: Y ahí, porque yo lo que tenía entendido que en esa época, 66 – 73, se habían formado distintos grupos de estudios sobre distintos temas, autores.

SM: ¿Dónde?

SG: Algunos sobre Piaget, sobre Althusser, etc. ¿no? Pero por lo que tengo entendido o por lo que me decís vos, no sé si Gramsci fue una decisión más personal tuya o como parte de un colectivo.

SM: No, fue pura intuición mía, estaba en Salta como te imaginarás...

SG: Claro, pura intuición. ¿Y a Salta en qué año te fuiste?

SM: Volvimos de Inglaterra en el 72, volvimos un día antes que Perón, con eso te digo todo. Y la primera oferta que salió fue Salta, así que nos fuimos a Salta.

SG: Y ahí hacías gestión y docencia.

SM: Me pusieron de..., no sé para qué diablos yo acepté [silencio] en la organización de la carrera de Ciencias de la Educación, lo cual despertó un montón de problemas ¿no? Porque claro, a la gente local no le gustaba que esta de afuera... pero, eh, ahí tenía a la mitad de la universidad, a la mitad de la Facultad encantado con las cosas y la otra que...

SG: Claro, y acá en UBA en qué año terminaste la carrera de Ciencias de la Educación

[Silencio]

SM: Creo que en el 64, estoy pensando porque... a ver, en el 63... la verdad que no me acuerdo.

SG: ¿Y qué vínculo tenía con el grupo de Gilda Romero Brest?

SM: Yo, ninguno. Y no creo que yo hubiese sido una persona grata para ellos. No porque... ya te digo, ella se manejaba de una forma muy patrimonialista, y yo nunca quise ser chica de ella, yo estaba con Bravo y con Weinberg.

SG: ¿Y Bravo ahí qué rol tenía en ese momento?

SM: Muy buen tipo, muy buen tipo, muy serio.

SG: Tuvo varias intervenciones en la revista, escribió varios artículos.

SM: Bravo era una persona absolutamente... un liberal pero coherente, que nunca... bueno Weinberg tampoco eh, estos de izquierda no tenían... pero la defensa de la escuela pública, laica, todas esas cosas siempre fueron coherentes con eso, y además siempre tomaron una actitud de protección a los alumnos, muy respetuosos con los alumnos, muy buena gente los dos.

SG: ¿Y vos ahí en qué cátedra te desempeñabas?

SM: En las dos

SG: En las dos, ah.

SM: Historia de la Educación y Política.

SG: Ah, claro ¿eras ayudante?

SM: Sí, pero era ayudante *ad honorem*, ganamos los concursos de las dos, yo los gané, yo creo que no me iban a dar las dos, pero me dieron las dos ayudantías y al mes Onganía dio el golpe, renunciarnos, o sea que efectivamente nunca... Yo quería trabajar en la Universidad todo el tiempo, tener un *full time* con esto pero bueno, ya ahí decidimos "nos vamos"... a Inglaterra.

SG: Y después... o sea, tu vínculo con la Universidad volvió en Salta, acá, a nivel local.

SM: Sí, tenía ofertas..., me llamó Oteiza a Inglaterra para decirme que, nada, que tenía un puesto en algún Di Tella, no sé cual era y le dije que "no era lo mío", yo no sería militante, pero siempre supe para quien trabajar, me voy a trabajar con los indios en Salta, y no me gustó mucho la idea de entrar al Di Tella, y todas esas cosas. Y es buen tipo también Oteiza, pero bueno, era un hombre del sistema.

SG: Y ahí vos nombraste al CEFYL como un espacio de encuentro, de discusión, de debate...

SM: Sí, pero no hacíamos gran cosa ahí, no se hacía gran cosa ahí, no. Había en ese entonces gente mucho más comprometida de lo que podía estar yo, como también estaban más convencidos. Yo no era por otra cosa que por falta de convencimiento; no veía que la causa justificara... sí, esas cosas de que ibas a todas las manifestaciones, la Revolución cubana, que esto, que lo otro, siempre estuvimos ahí, pero eso no era militar, era asistir a un acto, nada más.

SG: ¿Y ahí a qué acto asististe por ejemplo? Que te acuerdes...

SM: ¿Yo? A todos, a todos.

SG: Eras una ferviente activista.

SM: Sí, me gustaba bastante la efervescencia de... eran todas cosas pequeño burguesas, porque los obreros estaban en otra cosa, no nos engañemos ¿no? Eso también lo tenía claro.

SG: Y en ese momento, 60, 70 ¿cómo leías al peronismo?

SM: ¿Cómo lo veía?

SG: Sí, o qué lectura hacías del fenómeno peronista

SM: Mirá, si me preguntás mi relación con el peronismo nunca fue próxima, ni cercana... Nunca fui demasiado cercana ni entendí mucho, pero cuando cayó Perón yo era peronista, me hice peronista, vivía en Santa Fe, tenía... cuando veía que la gente, los obreros lloraban en la calle, y en Santa Fe eso se veía muy claro, me di cuenta del sentido de clase que tenía eso ¿no? Para la clase obrera, para la gente pobre, la verdad que esa caída la sintieron. Cuando después vine a Buenos Aires,

estuve en Universidad, nunca me planteé demasiado la idea del peronismo. Cuando volvimos de Inglaterra, '73, '74, tomamos..., con mi marido también, no entendíamos nada, nada, porque a toda la pequebú, que era antiperonista, gorila y no sé qué más, de pronto estaban todos en la JP, Montoneros, etc.... Eh, no me gustó, no me gustó, lo vi muy irracional, no entendía tampoco qué querían... te imaginás esto en una ciudad como Salta, este... fue terrible, porque la represión, murieron un montón de... mataron, secuestraron un montón de alumnos, de compañeros profesores, a mi íntima amiga, pero yo nunca suscribí. Me costó bastantes enfrentamientos con Montoneros, concretamente con Montoneros, pero podría haber sido con el ERP, el PRT, estaban ahí en plena evolución. Nunca me sentí, y ahora tampoco, eh, ligada al peronismo, ni me parece que proceda mi interpretación del peronismo en términos gramscianos, por más que lo diga Laclau ¿Y vos qué? ¿Vos estuviste en el peronismo, cerca?

SG: No, no, en general siempre participé en espacios más ligados a lo que se llama Nueva Izquierda, fuera del dogmatismo stalinismo o economicista, o el trotskismo también, también por fuera del peronismo, un poco un lugar un incómodo...

SM: No, ahí no, está solo. Yo en Salta me sentía pero realmente sola, aislada. Por un lado, por supuesto, la derecha de Salta lo que quería era romperte el alma, y mis compañeros afines estaban todos en Montos.

SG: ¿Y cómo fue la decisión del exilio?

SM: No nos quedó otra.

SG: ¿En qué año fue?

SM: '76, después del golpe, nos fuimos un mes después del golpe, teníamos amenazas de todos los colores. Porque vos no le podés hacer sutilezas a la policía, que yo sepa estábamos fichadas, teníamos amenazas por teléfono, amenazas de todo.

SG: Y volviendo un cachito para atrás, en los años de la *Revista de Ciencias de la Educación*, yo lo que básicamente veía que había un proceso de radicalización...

SM: ¿Qué año es esto? ¿73?

SG: 70 al 75, pero que se empieza a radicalizar digamos en el 73, se incorpora discusiones de Althusser, de Bourdieu, de Freire, antes tenía una impronta más de proyecto modernizador digamos...

SM: ¿La revista?

SG: La revista... ¿cómo circulaba la revista en esa época o qué recuerdo tenés?

SM: Se compraba, eh, pero yo no creo que fuera una revista que llegara a los maestros, no, eso nada.

SG: Más como de debate intelectual. ¿A qué público llegaba?

SM: Estudiantes de Educación, nada más, como mucho.

SG: Y respecto del pensamiento de Freire, en esa época ¿qué relación tenías?

SM: Odio. Siempre me pareció un chanta, te lo digo así. Y cuando la gente asocia a Gramsci con Freire me da una enorme indignación. Para mí están en las antípodas uno de otro. Yo creo que toda la industria Freire, porque es una industria, está montada sobre un supuesto que la gente cree que porque hable de la liberación del oprimido, tiene una teoría consistente. Primero, no la tiene, le importa un carajo el oprimido, pero ha vendido, ha hecho un *marketing* del buenísimo, que a los pedagogos les sienta así, porque los pedagogos queremos ser todos buenos, buenísimos, educación crítica, educación revolucionaria... Siempre vivimos poniendo aditamentos a lo que hacemos. En un congreso aquí, eh, de... cómo se llama, la red Estrado, me pidieron que de la charla inaugural. Entonces bueno, que por favor dejemos esas cosas, que si es una educación crítica hay que demostrarlo en la práctica, si es una educación... etc. Es la única profesión que se pone todos esos adjetivos. Yo no creo una química crítica, una medicina crítica, un... nada. Y bueno, entonces como nos gusta pasar por buenos, nos sentimos buenos porque hablamos de temas como la liberación y no sé qué, entonces Freire es ideal. Ahora, es un latinoamericano... yo todavía no termino de asombrarme el éxito de Freire en otras partes, por ejemplo, en Estados Unidos, está claro, ahí está montada toda la industria Freire en torno a... cómo se llama este... Carlos... [Silencio]... me olvidé, este chico que es profesor... freireano... Carlos Torres, pero ha hecho toda una exaltación, una institucionalización de Freire. Yo una vez discutí con él, le digo "mirá, de Freire elogió todo lo que quieras, pero no me lo aproximes a Gramsci porque no tienen nada que ver".

SG: Y en esa época el peronismo de izquierda tomaban bastante a Freire....

SM: Todo el tiempo, era el libro de base de... que todos, las campañas de alfabetizaciones, los cursos, todo...

SG: Y vos con toda esa tendencia digamos, no tenías mucha afinidad.

SM: Nada, nunca, nunca puse un libro de Freire en mi bibliografía; lo podría haber puesto para criticarlo pero tampoco tendría sentido. Cuando yo me acerco a Gramsci, casi por divertimento, porque todo lo que me rodeaba era o reproducción o Freire. Tenía que montarme en algo propio, es la verdad.

SG: Y algo nombraste al principio de Bourdieu ¿con Bourdieu qué relación tenías? El pensamiento de Bourdieu en educación.

SM: No lo conocía... en ese entonces no lo conocía prácticamente, lo único que... tampoco... él lo único que había sacado era *La reproducción*; y a mí me pareció que era... a mí no me gustó nada, nada, nada, nada... otro que vendía humo pero a la francesa, con un lenguaje harto difícil, eh, que no se entendía nada, y al final hay cuatro ideas básicas ahí.

SG: Eso ya en la década del 70 lo leían, *La Reproducción*.

SM: Sí, *La Reproducción*, yo la leí antes de irme a Inglaterra y... claro, a partir de... *La Reproducción*... El otro, la antiescuela, el antiintelectual, eh, [Christian] Baudelot y [Roger] Establet... después cambiaron, pero andaban también por ahí, dije "contra estos tipos hay que meterse". Pero no sabía cómo, ni por qué, ni por donde, ahí fue cuando descubro a Raymond Williams.

SG: Por ese entonces había algunos inicios de vinculación de Gramsci y la pedagogía, pero eran en italiano, eran muy escasos, y vos introducís una novedad en el sentido de articular a Gramsci con la pedagogía acá, en el nivel local, que a vos te parece una tontería ahora...

SM: Te juro que era una tontería, lo veo como una tontería. Mirá, para que me conozcas un poco, yo tengo poquísimas publicaciones, muy pocas, nunca se me ha dado por publicar, lo verás en Google, eh, pero cuando... siempre dije "yo voy a publicar cuando tenga algo original que decir, sino, nada". Creo que algo original había por más que lo seguía a Raymond Williams, y lo mismo un artículo que... sobre el capital humano...

SG: Ese es posterior, ¿no?

SM: No, no, Más o menos por ahí, son casi de la misma época...

SG: Ah, mirá.

SM: Porque también, estaba harta del desarrollismo que te vendían la educación, la educación lo podía todo. Estos eran los funcionalista, la economía marginalista y todo lo demás, mientras que por el otro lado, la educación reproduce la dominación y es una mierda... y no hay diferencia entre ideología y ciencia, entonces, tenía que darle un palo a cada uno. Era mi forma de oponerme a todo lo que me había enseñado, y bueno, así terminó eso; pero nunca les tuve... a Bourdieu... yo no lo tengo muy bien leído, te voy a decir, no tengo la lectura de Bourdieu que podría tener de Gramsci, a lo mejor ahora hay muchas cosas que se me escapan pero sé dónde encontrarlas ¿no? Tanto los escritos políticos como los *Cuadernos de la cárcel* leídos pa' arriba y pa' abajo (sic) pero no me acuerdo de nada, estoy muy perdida, a Bourdieu nunca lo abordé así.

SG: Y en ese momento, ya para ir terminando, en ese momento, qué es lo que... cuando leías a Gramsci, qué es lo que te impresionaba, o qué es lo que te llamaba la atención, o qué te inquietaba de su pensamiento...

SM: Bueno, varias cosas. Primero que escribe y habla claro, para mi es esencial; después la idea de que Gramsci te permite, con todas las limitaciones que puedas encontrar, te permite una teoría para la práctica, todo lo demás desarma, desarma al militante, desarma al maestro, desarma a toda gente que quiera cambiar las cosas. Después ideas de él que me gustaban, a parte de la idea de hegemonía que es la central, me emocionaba cómo el tío iba trabajando, eh, todos los grados de la ideología, desde la filosofía hasta el sentido común. Hoy les estaba diciendo a los chicos, de la importancia del sentido común, como nosotros solemos pasar por alto ¿no? Eso era fundamental en Gramsci. Además no está tan bien, yo creo que hay cosas que deberían trabajarse más, por ejemplo, la teoría de Gramsci de los intelectuales, que parece así muy simple, pero el tío tiene detrás un concepto absolutamente marxista y muy próximo a lo que Marx entiende por el trabajador productivo, o improductivo en el capitalismo, es decir, que el concepto intelectual no tiene nada que ver con el contenido material del trabajo. Definir quién es intelectual es una definición social, pero no tiene nada que con que tenga libros y bibliotecas ni nada de eso, eso es una cosa muy importante, quién define qué es un intelectual.

SG: Y ahí en el artículo, entre otros dos autores que apoyas digamos, uno es el artículo de Portelli sobre *Gramsci y el bloque histórico*, ahí recién se publicaba, después se publicaron muchísimas más ediciones...

SM: La verdad que..., estas nombrando... que no sé yo por qué, por qué me preguntas...

SG: No, porque justamente porque trabaja el tema del intelectual, el bloque histórico, él pone bastante énfasis y vos lo articulabas con Raymond Williams... me parecía interesante esa ecuación, y al mismo tiempo hacés una cita muy puntual de Poulantzas sobre poder y clases sociales. Entonces quería saber cómo articulabas desde Raymond Williams, y por qué también incorporabas a Poulantzas

SM: ¿Qué decía de Poulantzas?

SG: Por un lado en torno a la burocracia y, por otro, en torno a las fracciones de la clase burguesa y el Estado.

SM: No recuerdo bien qué tendría en la cabeza en ese momento, pero Poulantzas y Althusser no entiendo por qué los metí ahí, porque no eran muy simpatizantes de Gramsci; más bien ponen el historicismo así con desprecio. Pero la verdad, la verdad es que no sé por qué los metí. Pero Poulantzas tiene una... a mí lo que me gusta, a mí me gusta Poulantzas pero hay que matizarlo, sacar lo que sea útil, sobre todo es muy lindo su libro sobre el fascismo, trabajó muy bien los casos históricos. Y después en el nuevo, hay uno... el *Estado, poder y clase social* (sic) ese es el primero.

SG: Ese es el que vos citás.

SM: Es el que cito. El otro, que no me acuerdo cómo se llama...

SG: ¿Sobre socialismo?

SM: No, no, también es el Estado capitalista...

SG: Ese es antes, del 68...

SG: Ese tiene un capítulo muy bonito que se llama "la nueva pequeña burguesía", que es muy muy útil, eh, si querés entender por qué la educación es tan importante para la pequibú, aunque él la llama "nueva pequeña burguesía", yo creo que se equivoca ahí. Distingue la vieja y la nueva, estos no son pequeños burgueses, son los profesionales, la clase media que no quieren nombrar la palabra clase media; pequeña burguesía, vieja o nueva tiene... controla y tiene sus medios de producción, confunde eso.

SG: Bueno, ya por último, para terminar...

SM: Tranquilo...

SG: ... tu opinión, o qué balance hacías de esos años, 60, 70 en torno al desarrollo de la pedagogía crítica, por lo menos acá en Argentina, qué opinión tenías...

SM: 60, 70...

SG: Sí, antes de la dictadura...

SM: ¿Antes o después?

SG: Antes, antes.

SM: Yo personalmente creo que era más una lucha verbal que una lucha militante, que se hablaba mucho, que había mucho entusiasmo, pero que era más producto del momento que de claridad teórica, o claridad política para decirlo claramente ¿no? No tuvimos nunca, y creo que ahora tampoco, cómo construir la alternativa de izquierda en educación, porque yo... el tema de los contenidos, es esencial. La lucha por los contenidos, no si es autoritario, si las nuevas tecnologías, todas las chorradas, no, la pelea tiene que ser por los contenidos esencialmente. Otra cosa, el tema del esfuerzo, el tema de la disciplina, temas gramscianos...

SG: Sí, sí, he leído tus artículos, me parecían muy interesantes...

SM: Andá a contarle a un freireano estas cosas... o los contenidos, porque él ignora todo el tema de los contenidos, ¡vamos! Ni los menciona, no entra en su... pero junto a esto, la mayoría... el tema del esfuerzo es un tema que la izquierda tendría que tener una posición clara, porque muchas veces se confunde izquierda o democracia con... eh, pedagogía, ¿cómo lo llaman? La pedagogía sin límites... La educación, la izquierda tiene que tener no solo objetivos claros, sino medios, métodos...

SG: Bueno ¡muchas gracias! Un placer conversar contigo.

Entrevista a Horacio González

Fecha y hora: 11/03/15 a las 16:30 hs

Lugar: Biblioteca Nacional, Agüero 2502, CABA.

SG: Los puntos principales que me interesaban (algo que también le comentaste a Burgos) era, bueno, cuáles considerás que fueron los propósitos centrales de las Cátedras Nacionales cuando surgieron a finales de los '60, o sea cuáles eran sus intencionalidades principales y ahí habías comentado un poco algunas impugnaciones o cuestionamientos pedagógicos y algunas propuestas pedagógicas que tenían las Cátedras Nacionales, por un lado me interesaba indagar en eso.

HG: Bueno, exceptuando que todo esto pasó hace mucho tiempo y no tengo una memoria muy precisa, pero por otro lado tampoco son acontecimientos que me gusta recordar. Las Cátedras Nacionales, creo que su propósito tenía cierta inmediatez política vinculada parcialmente a los movimientos insurgentes de la época; en su trasfondo había experiencias pedagógicas que nunca se pensaron acabadamente. Recuerdo escritos al respecto, pero que tenían que ver con el espíritu de lo que pasaba en ese momento. El predominio de una relación del cuerpo docente con la clase de tipo más colectiva, quizás, un eco asambleario, y no la relación profesor-alumno de la tradición liberal, digamos. Y en ese sentido creo que hubo cierta innovación, en cuanto a las calificaciones, a los exámenes, había una "proto formulación" de una reforma pedagógica que nunca se llevó a cabo; incluso hoy pensaría que sería necesario, indagaban sobre los dispositivos de control de formación, a través de las facultades del profesor para ejercer calificaciones e... incluso se avanzaba en preguntas sobre los exámenes, en un sentido muy parecido al de Deodoro Roca en la Reforma Universitaria solo que al provenir toda esta experiencia del peronismo, no se había valorado, ni siquiera leído, los manifiestos de la Reforma donde ya el tema del examen como constitución de una situación oscura, asimétrica y antipedagógica, había sido cuestionado; el tema es que tarde o temprano siempre se trata en cualquier universidad, en este caso se insinuó ese tratamiento, se produjeron hechos en relación a esa cuestión sin que se trataran específicamente en ninguna discusión que yo recuerde. Eso se traducía en una extrema politización del vínculo del profesor con el alumno, digamos que si había una tradición clásica de discipulado, el maestro y el discípulo, no como vínculo político sino como vínculo místico, la relación profesor-alumno es más del tipo liberal, individualista, contractualista digamos, la que hay ahora, y esta era algo que tomaba más de la tradición mística pero había muchos curas en la experiencia, yo me acuerdo de [Justino] O'Farrell...

SG: [Gonzalo] Cárdenas

HG: Cárdenas, venía de la iglesia, no era un cura... era de extrema politización digamos.

SG: ¿Y te acordás de alguna experiencia concreta?

HG: La toma de exámenes colectivos, la conversión del examen en una gran conversación, la relativización de las notas, este... eso lo hicieron muchos profesores,

yo me acuerdo de haberlo hecho, queda siempre la duda de si esa politización o la transformación del curso en asamblea es una solución adecuada al conjunto de problemas pedagógicos que la tradición más asentada, que es la tradición iluminista digamos, tiene bien claro. En esa época se leía mucho los trabajos de Max Weber sobre la neutralidad valorativa, eh... se cuestionaba la neutralidad valorativa que, si mal no recuerdo, Weber aceptaba solamente en la clase. Weber era un político, pero se lo concebía como alguien ajeno a la política y vinculado a un (objetivismo) abstracto de la ciencia. En realidad, que yo recuerde, cada vez que habló de neutralidad científica, habló de una suerte de puesta, entre paréntesis, de lo que ocurre en el aula. Ese tema hoy lo revalorizaría mucho él. Entonces yo volvería a ese Weber, la neutralidad valorativa... habrá que discutir en todo caso qué significan distintos campos de conocimientos, pero si significara algo en cuanto la relación de profesor-alumno, lo pondría como un momento fundamental del ejercicio pedagógico. Neutralidad situada, digamos, una neutralidad retrabajada, habría que darle otro nombre quizás, un objetivismo crítico quizás.

SG: Y vos ahí te desempeñabas en Problemas de Sistemática, eras ayudante.

HG: Sí

SG: ¿Y en alguna otra materia más?

HG: Con Ana Aronso, una materia que se llamaba Nación y Estado.

SG: En el libro de Burgos está clara la disputa, digamos, por el legado de Antonio Gramsci, en la querrela que tuvieron con las denominadas cátedras marxistas...

HG: Es que más que disputa, se puede decir que la adquisición de Gramsci por parte de los que en ese momento actuábamos en el peronismo, provenían del trabajo de Aricó, no había una fuente independiente, lo habíamos leído por la editorial Lautaro. Habíamos hecho lo que hubiese hecho cualquier militante de izquierda, y el grado de problematización que había era mucho menor. Lo que llamaba la atención era, nosotros, nacional y popular que, también usábamos de una manera más incipiente, porque tampoco era del modo en que Gramsci tomaba dando alcance catártico, y la hegemonía cultural que no era un lenguaje específico de las Cátedras Nacionales, que tenían más influencia de la Escuela de Frankfurt, venía más de la crisis de la razón, del fetichismo de la mercancía... Se podría decir que eran una variante nacionalista del marxismo las Cátedras Nacionales, del marxismo no gramsciano, pero a algunos nos interesaba más Gramsci, de ahí que podríamos decir que era un fenómeno más localizado, en cambio toda la experiencia *Pasado y Presente* es casi íntegramente gramsciano o casi íntegramente vinculado a la discusión italiana.

SG: Te quería preguntar, porque vos anunciaste que había grupos de lectura en el marco de las Cátedras Nacionales, y quería saber si vos participabas, o si existían grupos de lectura en torno a Antonio Gramsci.

HG: No, eh, un grupo de la revista *Envido*, había conversaciones de tres o cuatro personas, me acuerdo de Arturo Armada, no así con Feinmann porque... eh, él se mantenía en un campo estrictamente hegeliano. Las Cátedras Nacionales quiero decir que fueron un... sub, sub, subcapítulo de la lectura de Hegel. El lector más profundo de Hegel que conocí en esa época fue Aronso y Justino [O'Farrel], el cura, provenía más bien del funcionalismo norteamericano, una adaptación rápida a la vida popular a

la luz del populismo argentino, este... Justino tenía como una ética cristiana por un lado, y un conjunto de visiones de la sociedad con un... si no recuerdo mal, porque Justino tenía varios libros, intrincados, pero en el fondo subyacía el funcionalismo norteamericano.

SG: Y, vos recién mencionabas, además de la Editorial Lautaro ¿tenían acceso a otros escritos de Gramsci en la época?

HG: No, creo que los únicos que existían en los 70 era Lautaro...

SG: Después Nueva Visión hizo una edición...

HG: Hizo una antología...

SG: Que editó digamos los Cuadernos temáticos de Lautaro, sin los prólogos de Aricó, Agosti.

HG: Claro, sí, lo recuerdo vagamente, yo la verdad que los leí en los libros originales, con las traducciones de Sciaretta, Aricó... Después me dediqué a discutir no la traducción sino las interpretaciones de Aricó, pero ya un poco más a la luz de la lingüística, del Gramsci filólogo, que no es el que toma Aricó. Ese es el que me interesó después y me sigue interesando ahora, si es que ahora me sigue interesado algo.

SG: Ahí, que le comentabas también a Burgos, en el prólogo de la edición colocaste una foto que habías dicho que era un aniversario del 17 de octubre, si no recuerdo mal, de 1947 [González mira la foto de la portada del libro que editó] y el título del libro era *Príncipe moderno y la voluntad nacional y popular*. Lo que quería saber era, por un lado por qué habías elegido esa foto

HG: Bueno, el mismo problema que tengo hoy con un homenaje que se va a hacer, pero... por el 11 de marzo, que se va a poner un busto acá... Este... el peronismo tiene dos vías iconográficas, cualquiera podría decir que tiene 200, pero hay una fundamental que es el rostro de Perón, su indumentaria, su sonrisa, este... acá hay una colección de miles de fotos del peronismo, con Perón y Evita, es muy difícil encontrar una variación. O mejor dicho, hay un mito central del cuerpo de Perón y su estilo facial digamos, y después hay un conjunto variaciones que son sutiles. Y eso hace a la idea del jefe, a la idea del culto, a la idea de la liturgia, pasan al Estado digamos, es muy difícil fotos no estatales de Perón, podría ser por la vestimenta, la actitud... La sonrisa es una sonrisa de Estado, y el gusto de Eva Perón es un gusto de Estado, sólo que esta descamisado por lo tanto también es del Estado, o sea... el descamisamiento... Y después está la multitud digamos, el registro los registros paralelos son de la multitud. Ésta [refiriéndose a la foto de la portada del libro] es uno de ellos que me interesaba, no necesariamente desde el punto de vista de un sujeto popular, sino de una composición caótica, un poco barroca, acá hay una bandera argentina, gente mostrando un carnet, en fin, una barahúnda... Y ahora pusimos para hacer el cartelito, los sindicatos son peronistas, UPCN y ATE, pusimos la de gente subiendo a un tranvía, que lleva... o sea, en esta foto Perón es llevado, no es un Perón pleno tomado de frente por el fotógrafo oficial de la Casa de Gobierno.

SG: Claro

HG: Es como Las Meninas de Velázquez, está reflejado un espejo, pero los personajes son menores, el pueblo en su visión caótica. Esa foto del tranvía es muy conocida porque... el tranvía puede ser una parte del Estado pero en realidad es una foto simpática de la ciudad, hoy extinguido, y está lleno de gente, acá casi no se nota que es un tranvía. Es un panal de abejas digamos... No interpreto con esto al peronismo. Después hay otra que me gusta que... pensé que era ésta, me había olvidado. Es del 46 creo, es un conjunto de gente entrando por Hipólito Yrigoyen, esa la busqué en Internet hoy, a ver si la encontraba, porque encontré la del tranvía que también es famosa, esa no está en Internet, que suben tocando un tamboril y vestidos con overol, esa es del 47, y Perón chiquitito con un corazoncito llevado en un palito, un corazón de cartón, una foto de Perón pegada, la oficial, o sea que debe ser una foto de dos o tres años después del 46. Están subiendo obreros de una tornería... con mameluco, muy diferente a cualquier manifestación.... No hay más obreros vestidos de obreros, no existe eso, la gente no se viste más de nada, no sé cómo es eso, se viste como los Rolling Stones (risas) Entonces esta es el inicio de una marcha, me pareció que el gesto ahí es igual al famoso cuadro de Rembrandt, "La guardia nocturna", el comienzo de la marcha...

SG: Lo que me interesaba del prólogo era...

HG: ¡Olvidate de todo eso! ¡No me hagas...! ¡Si seguimos acá... cuarenta años! Ustedes los investigadores matan a las personas! ¡No soy más esto!

(Risas)

SG: Desde luego, pero me llamaba la atención, justamente, la unidad que establecía entre el príncipe moderno y la voluntad nacional, popular...

HG: Bueno, era un esfuerzo que... Aricó lo menciona en... yo tengo una gran simpatía por Aricó, nunca tuve una amistad con él, este... menciona en *La cola del diablo*. Lo sorprendió también a él porque, eh, un tema fuerte, ellos hicieron su ruptura del PC [Partido Comunista] con Gramsci de por medio... este, y no eran peronistas obviamente, pero después ocurrió que fueron un poco peronistas. Les pasó lo mismo que a mí antes, cuando ellos ya eran peronistas yo ya dudaba... De alguna manera no era equivocado, la expresión nacional y popular que en Gramsci viene de Croce, de los bolcheviques o de los Naroditsky rusos, una larga prosapia, viene de... hasta de Renan te diría... de Durkheim, de la voluntad colectiva de Durkheim. En el peronismo no está... esa expresión en el gobierno peronista, estaba en los '60. Y si se recibe de Gramsci, ustedes que son, que estudian la recepción tendrían que ver de dónde vino, porque que yo recuerde es de la época esa, nacional-guion-popular, que hoy es tan frecuente, convertida en Nac&Pop, la presidenta la cita, Recalde hace la campaña diciendo nacional y popular... pero no desde los '50, Perón jamás dijo esa palabra, no era un concepto, no usaba conceptos con guiones, no me parece... o sea... y no creo que en los '60 cuando se lo adopto se haya pensado que podría ser una eco gramsciano tardío, no creo, pero sin embargo... evidentemente ¿de dónde salió?

SG: Y, por lo que tengo entendido ediciones Puente Alsina, que ayudaba Miguel Hurst, editó sólo el libro *El príncipe moderno y la voluntad nacional popular*. Hasta donde sé fue la única edición que hizo la editorial, después desapareció ¿puede ser?

HG: La inventamos nosotros, éramos populistas, pero populistas medio tangueros, Puente Alsina, o sea, éramos personas equivocadas (risas)... entonces para darle un toque más populista pusimos Puentealsina que ya no se llama más Puente Alsina. Y Alsina es una figura del mitrismo pero Puente Alsina es una figura del tango, entonces quizás fue por ahí la cosa. Sí, se vendió mucho, tuvo una acogida, o sea, era algo que habla del equívoco de la... incluso dura hasta hoy, de la izquierda, el peronismo, este... ¿qué era ser peronista? Es muy difícil decirlo hasta hoy, los muchachos acá abrieron una biblioteca... era como una carrera política sindical, qué era la marcha, por ejemplo, cantar la marcha es peronista... no se equivoca mucho este muchacho, Godoy, el poeta mendocino, dice "ser peronista es rascarse las pelotas detrás del *jogging*, los fideos del domingo, un piropo obsceno". O sea el peronismo se convirtió en una especie de metafísica urbana, un poco desvergonzada y picaresca; y después trenzas políticas, cierres de listas, yo que sé, este... Te digo esto porque, eh, no se puede decir que haya una izquierda gramsciana en Argentina, quedó el PC, por el lado de los trotskistas, siguen leyendo a Trotsky que no es un gramsciano evidentemente, tomó problemas de cultura pero los hizo pasar por una tamiz fuerte de lucha de clases, cosa que Gramsci aminoró la lucha de clases..., y este, y el peronismo no sé qué se lee... la figura de Cristina y Néstor es tan fuerte como emblema, un dique se llama Néstor Kirchner, una represa se llama Néstor Kirchner, un poste de luz se llama Néstor Kirchner; el kirchnerismo deja poco texto, o sea... Gramsci es puro texto, escritura. Reapareció [Arturo] Jauretche que tiene un paralelo con [Pierre] Bourdieu, en realidad, esto de los símbolos de prestigio de Jauretche está más en Bordieu que en Gramsci. Entonces Gramsci fue medio abandonado me parece. Reapareció con Chávez, Chávez lo citaba. Yo lo escuché en una charla, con un grupo de personas acá en Argentina a Chávez, que pensó que iba a quedar bien citando a Gramsci, que quedó bien ¿no es cierto? Pero era un memorista, citaba de memoria los párrafos, tenía cartas de Bolívar en la cabeza, enteras, y canciones... y... párrafos enteros de Gramsci.

SG: Y, una pregunta, ¿tenían un proyecto más vasto de editar otros libros o...?

HG: No, Miguel Hurst vivía de editar apuntes de profesores.

SG: Tenía una librería era Cimarrón ¿No?

HG: Cimarrón, en la esquina donde ahora no sé qué hay, al lado del bar Buenos Aires, que ahora se llama de otro modo. Sí, él era un muchacho que falleció, tenía un quiosko creo... hizo cierto dinero haciendo esto, por eso editaba libros de los amigos, porque... como retribución... La sorpresa que me causó no que editaba libros míos, sino que dijera que gané mucho dinero... porque no tenía la idea en la época que yo... ahora tampoco tengo muchas ideas pero hay que ganar un poco de dinero. Y este, ahí me di cuenta que vender apuntes era un negocio muy rentable, era la casa de apuntes más conocida. Y el hermano de él era un combatiente de Montoneros; el otro hermano es un político del partido justicialista; uno hacía apuntes, el otro murió en un combate, un combate real, no inventado por el ejército ni inventado por los Montoneros... no es alguien muy mencionado.

SG: Y vos, en distintas entrevistas mencionaste que de alguna manera John William Cooke, sobre todo digamos, del arco nacionalista y popular, y Gramsci eran como dos figuras o que te conmovían digamos en el pensamiento...

HG: Por su tragedia, uno por la prisión, aparte de enfermo, la escritura... donde el marxismo es una pieza más dentro de la gran cultura italiana, que incluye a Dante... no te olvides que es un estudioso de Dante, si vos estudiás a Dante, ya después si sos marxista, es diferente; lo mismo que Marx que cita a Dante varias veces. Marx es un estudioso de Dante como de Shakespeare. Gramsci de Dante, de Petrarca, de Maquiavelo, de Virgilio, entonces a medida que vas cumpliendo más años el marxismo se va haciendo más chico y Virgilio, Dante y los demás se van agrandando, no al punto de opacar a Marx, porque también sería una injusticia muy grande.

SG: Y qué era lo que te llamaba la atención de ambos, de John William Cooke y de Gramsci.

HG: La idea trágica de la política. De Cooke la gran frase “el comunismo en Argentina somos nosotros los comunistas”, perdón... “el comunismo en Argentina somos nosotros los peronistas” que era un dislocamiento fundamental, no de orden gramsciano, un dislocamiento lingüístico, o sea era la idea de que los nombres estaban equivocados, en el lugar donde había una compulsión revolucionaria no estaba el nombre de la revolución, y en el lugar donde estaban los nombres había solo burócratas, entonces eso... era un acertijo que a mí me parecía fundamental ¿no? Y en Gramsci lo mismo, cuando habla de la catarsis es aristotélico, es lo mismo, el pasaje de lo económico a lo político es catártico dice. Es una cosa de Aristóteles, del teatro digamos, él es teatral no solo por interés Pirandello, que es un gran crítico Pirandello, sino también porque no escuchaba radio, todavía no existía la televisión, estaba preso... todo eso lo privó de la radio y... es un mundo teatral, como el de Maquiavelo, cada exposición es un teatro. “El Príncipe” es un personaje muy teatral. Yo lo que le discutía a Aricó es que, dejándose llevar por la idea de que Gramsci escribe metafóricamente, él lo dice, este... cuando dice el “príncipe moderno” está diciendo “el Partido”, cuando dice el “moderno príncipe” está diciendo “el Partido Comunista”, cuando dice la “filosofía de la praxis” está diciendo “marxismo-leninismo”, cuando dice “Bernstein” dice “Trotsky”, entonces como un sistema, como una novela en clave de David Viñas. Bueno, yo lo que creo, está bastante claro y Aricó no lo pudo leer así porque no vivió... él es un realista crítico, no vivió el giro hacia las metáforas, alegoría, más después el giro lingüístico ¿no? Él fue contemporáneo pero no le interesaban esas cosas y está bien, no le interesaban... pero de todas maneras en Gramsci, hay veces donde el príncipe moderno es el Partido, y está claro que habla del Partido. Y hay veces que habla del libro que él está escribiendo, que dice “el príncipe moderno constara de tales o cuales capítulos”, al principio nomás de la edición, la original, no la de Gerratana, que es la más difícil de leer porque es cronológica. Y ahí cuando dice el capítulo, enumera las cosas que hay que leer en los capítulos... entonces no es tan equivocado decir que es un texto, es un mito y por lo tanto es un texto, no es el partido solo; ese fue el error de Aricó, creer que era el partido, y eso solo no era el partido, al ser un texto, y un texto no escrito, porque él estaba escribiendo el borrador, lo acerca mucho a todas las experiencias contemporáneas de escritura, lo que hoy se llama genealogía del texto, cosa que no me gusta, te lo digo porque me parece... Gramsci era un texto en andamio, estaba preso qué otra cosa podía hacer, y quería escribir un libro como el de Maquiavelo, si Maquiavelo era un libro, era una sombra con un libro, él también.

SG: Yo cuando leí el prólogo me daba la impresión de que también, el mismo prólogo era una suerte como de manifiesto, en el sentido de llamar a la acción.

HG: ¿Cuál?

SG: El prólogo que vos escribiste...

HG: Ah, sí... intenta ser gramsciano. Aricó creo que lo percibe, yo hablé varias veces con él, nunca a fondo, pero él era un espíritu abierto... muy conmemorable hoy eh, te voy a dar *Pasado y Presente* ¿la tenés?

SG: Sí, sí, la tengo

HG: Ah, la tenés, ¿la compraste acá?

SG: Sí, acá.

HG: Porque... creo que hicimos una gran obra al editar.

SG: Y en eso que hablabas del dislocamiento, hay una frase tuya que está en un artículo de Envido, el N° 8, que después es el título del N° 9, que es "gobernar es movilizar".

HG: Un remedo de Alberdi... pero éramos jóvenes peronistas equivocados, algo hay que olvidarse de esas cosas... (Risas)

SG: Sí, sí, está bien, pero me interesaba el... también, como el dislocamiento del... Lo dijo [Juan Pablo] Feinmann hace poco...

HG: Sí, Feinmann me pone siempre en ese período, como si después no hubiese pensado más nada.

SG: (Risas) Y después quería saber, cuando termina la experiencia de Envido, del 73 al 76...

HG: No, pero antes termina Envido...

SG: El último número es el número 10...

HG: ¿El facsimilar tenés?

SG: Sí, sí, es el número 10

HG: ¿No es 72 eso?

SG: 73. Y después está la JP Lealtad. Quería saber si en ese ciclo se habías desarrollado otros escritos, que recuerdes...

HG: No, y no porque era época de mucha militancia, este... No, hice un librito espantoso, que no es recomendable, que editó Hurst se llama "El hombre que dio un grito de corazón", una pobre imitación de Scalabrini... te pido que ni lo consultes. Y después no, lo de Lealtad era una cosa funesta, porque... aun me lo recuerdo... porque por un lado era evidente que los Montoneros, sobre todo después de lo de [José Ignacio] Rucci, parecía que habían perdido la brújula, pero de todas maneras, perder la brújula y muchos perdieron un mínimo indicio de lo que es la tradición humanística aun cuando sos un hombre armado... hoy estas cosas se saben. Muchos quedamos disconformes con eso y como siempre hay un cura de por medio, y un cura te convence más... en este caso el Padre Jorge Galli. Hay personas que vienen de cierta mística jacobina, a muchos los convencieron de seguir, los que estábamos en

desacuerdo en un grupo que se llamaba Lealtad, para mí fue un momento muy amargo, separarse, o sea, la gente que uno quería estaba en Montoneros... lo otro era entrar en la argamasa del peronismo real, que era un sufrimiento... O sea, por un lado, yo no podía estar de acuerdo con el método de Rucci, en vida de Perón. Estábamos todos haciendo elecciones, pensáramos lo que pensáramos de Perón, a mí tampoco me gustaba Perón, pero aceptamos que en la historia hay que valorar de distinta manera los matices que se presentan. Estábamos haciendo la campaña electoral y se les ocurre matar a Rucci al otro día... era medio... yo qué sé... Incluso ahora tengo que ir a declarar por eso, en cualquier momento me llama el juez; yo pienso lo siguiente, yo que no tuve nada que ver, que los cuestione, voy a caer preso yo (risas). Y entonces ese grupo, es un grupo que Perón mismo llamó a hablar a Olivos, no fui yo... o sea, a Perón le interesó como buen oficial de inteligencia que era... si un grupo como el de Montoneros contra el que él peleaba se dividía, una división menor... y ahí aprendí eso, cuando te vas, aunque no estés de acuerdo, a un lugar, lo mejor es irte a tu casa, porque después te ves envuelto en mil cosas que también... son peores que las cosas que criticaste cuando te fuiste; después hablás sin ser vos, es muy difícil... esa experiencia fue para mí muy amarga.

SG: Y después, ya para ir terminando, cuando sacan la revista *Envido*, ese famoso número 10, conflictiva, un poco ya habías dicho que, bueno, Montoneros parece, entre comillas, optar por las cátedras marxistas, por *Pasado y Presente*...

HG: Era paradójico eso, porque... exactamente ocurrió así, porque...

(Interrupción)

SG: La revista *Pasado y Presente*, Montoneros...

HG: Bueno, eh, cuando yo leo el número de *Pasado y Presente*, que decía esa frase gramsciana, del "peronismo en la Argentina y la cuestiones meridionales", creo que lo escribió Portantiero, y Aricó escribió "la unidad FAR y Montoneros es el hecho más importante del siglo XX", yo no lo podía creer, los que habíamos sostenido el peronismo en la universidad, en contra del PCR éramos nosotros; igual nosotros éramos como el peronismo de derecha al lado del verdadero peronismo gramsciano. Pero eso fue un número de *Pasado y Presente*, es un número muy trágico también, eso interesa, por eso me interesa *Pasado y Presente*, por eso salió acá con los facsimilares, yo escribí un largo prólogo. Y después, este, creo que todo ese grupo tuvo alguna reunión con Firmenich, creo eh, no estoy seguro; en cuanto al nuestro no, porque *Envido* era un grupo con afinidad hacia Montoneros, pero algunos venían del cristianismo social digamos, lo nuestro venía de un movimiento humanista con raíces en Córdoba también medio cristiano. A Feinmann nunca le gustó nada vinculado a la lucha armada, aun cuando produjera heroísmo más nítido. Y otra persona, [Jorge] Bernetti estaba vinculado a Montoneros, pero en general era... bueno, había un cura, Domingo Bresci, que es el cura que, ahora, sucedió a Hernán Benítez en la parroquia de Saavedra; éramos Montoneros menos uno (risas)... y Montoneros ya tenía una cartilla tipo althuseriana que no nos gustaba, a ninguno, ninguno era althuseriano, tipo Marta Harnecker, un lenguaje muy duro, un marxismo muy duro. Por más esfuerzo que hacíamos siempre había un... en esa biblia se decía somos, este... peronistas por las banderas inmediatas del pueblo argentino y marxistas en el análisis de todo... eso a mí no me parecía mal pero, bueno, eso tiene una larga tradición, eso es [Georg] Lukács, es el marxismo de Lukacs, es el marxismo metodológico que después puede

asumir distintas corrientes, pero había una sociedad teórica y crítica en Montoneros que tampoco me gustaba. Y una vez, con ese número 10, que si lo lees hoy es medio Montoneros, pero leído en aquel momento era como... era más formaciones especiales, era más esta tesis de Perón de que estaba bien lo que hacían pero eran formaciones especiales... Y alguien hablando con [Mario] Firmenich, esto me lo contó una persona, y dijo "no me gusta el número, saquémosle la financiación"

SG: Y nunca...

HG: No, nunca la habían financiado porque tenía una venta muy grande. O sea Firmenich creía que financiaba todo. Yo creo que eso es parte de los errores que cometió, creer que todo se puede financiar...

SG: Sí. Y una pregunta era... en el prólogo, algunas veces has tildado o endilgado a... *Pasado y Presente* como una corriente althusseriana, como una interpretación althusseriana de Gramsci de alguna manera en..., quizás por el debate en las cátedras marxistas...

HG: ¿En dónde?

SG: En Burgos o en el Prólogo por ejemplo...

HG: Son diferentes Althusser... en realidad está la frase de [Emilio] de Ipola, la muy iluminadora, como todas las cosas que dice él cuando no está sobrio, cuando está mejor... Ahora me dicen que sigue más sobrio, pero cuando no está sobrio dice sus mayores genialidades. Mi gramscismo dice Emilio de él, fue Althusser, mi Gramsci fue Althusser... Bueno, se nota, era un analista del lenguaje, de las instancias, de la determinación en última instancia, no es el lenguaje de Gramsci, no está el tema de la hegemonía acá en Althusser, está tema de la determinación en última instancia, del corte epistemológico, pero bueno, de Ipola participaba del grupo, lateralmente de *Pasado y Presente*

SG: Y esa era una de las razones que vos pensabas...

HG: Yo me siento más cercano a de Ipola en cuanto a su modo de... abismal digamos, menos a Portantiero por su convicción politológica, y más a Aricó por su notoriedad de la izquierda.

SG: Bueno, era eso... muchas gracias

HG: Te voy a mostrar mis fotos en mi oficina para que veas, cual es mi confusión mental.

Entrevista a Juan Carlos Tedesco

Fecha y hora: 8/04/15 a las 12:00 hs.

Lugar: Universidad Nacional de San Martín, Paraná 145, CABA.

SG: Bueno, un poco por donde quería comenzar es por tu itinerario político en la década del 60, tengo entendido que habías participado del Partido Socialista, las tendencias izquierdistas decías en alguna entrevista, y después también en Política Obrera, lo que hoy sería Partido Obrero. Cómo fue ese itinerario en esos años, cómo recordás esa experiencia.

T: Si, bueno, a ver, yo desde muy chico y siguiendo en ese momento un poco los pasos... yo tengo un hermano mayor, casi 3 años mayor que yo, cuando él tenía 16, 17, yo tendría 14, 15 años recién, estaba en el secundario. Él se metió en el Partido Socialista y bueno, nada, yo... ahí no había gran reflexión más que cierta consideración de valores, que eran claramente de izquierda, no comunista, es decir, no stalinista, ese era un poco el eje con el cual el comunismo, el Partido Comunista argentino de esa época era percibido por los que no estábamos ahí. Un partido stalinista, duro, autoritario, muy sectario en varios aspectos. En cambio, el socialismo tenía como mucha más flexibilidad y una cosa mucho más de ciertas posibilidades de participación mucho más democrática. Yo vivía en Lomas del Mirador en esa época, entonces nos metimos en el centro socialista de Liniers. Un grupo humano formidable de gente, yo era un pibe pero bueno, tenía por ahí... un grupo de gente que me parecían muy divertidos y además militantes, que con mucho entusiasmo el día que ganó Alfredo Palacios la elección en la ciudad de Buenos Aires, una fiesta descomunal. El Partido Socialista, como todo el mundo sabe, tiene una vocación por la división muy fuerte, y va dividiéndose de a poco. Y yo seguí ese proceso, siempre quedándome del lado más de izquierda del grupo que... también seguía creciendo. Estaba en la universidad... un día me acuerdo, como anécdota muy simpática, viene el que era algo así como el presidente del comité central de la juventud socialista y me dijo que pensaban en mí para formar parte de ese comité. Yo dije "¿Cómo? ¿Qué quiere decir, que arriba mío ya no va a haber nadie, y abajo tampoco?" (risas) Porque abajo yo sabía lo que había. Yo era el que salía a pintar la pared, a pegar los carteles... somos nosotros... bueno, se reía; pero efectivamente, éramos dos, tres, cuatro, me acuerdo cuando pintábamos esas cosas que no entendía nadie. Recuerdo ahora y me río: "PART SOC SEC EF" que quería decir "Partido Socialista Secretaria Tieffenberg" (risas). El tipo que se levantaba a la mañana y leía se preguntaba "quiénes eran estos locos", "¿quiénes son?", bueno éramos nosotros. Así que ahí dejé, dejé el socialismo. Ya estaba en la universidad, y en ese momento comenzó a surgir el Partido Obrero, con el trotskismo, y me metí un poco a ver qué era eso, a leer a Trotsky, y que encontraba cierta cosa de afinidad, de entusiasmo. Primero por su combate al stalinismo y después el pensamiento del trotskismo es un pensamiento muy creativo, muy fresco, muy de analizar la realidad a pesar de lo que era... también, había una cosa también, muy sectaria, muy dura, organizativa. Era un grupo muy joven, Altamira en esa época tenía mi edad también, así que éramos todos muy buenos muchachos, estudiantes universitarios. La decisión de ruptura fue cuando el PO decidió proletarizarse. Y yo venía de una familia muy pobre, mi viejo era albañil... esto de que haya que proletarizarse no lo entiendo cómo... casi curso de vida, dejar la universidad, meterme en una fábrica. Discutimos mucho todo ese tema,

a mí no me cerraba, no me cerraba ni como... ni en lo personal, quizás fue lo que predominó, no tanto una discusión... Por ahí uno justificaba teóricamente una decisión que era una decisión de vida. Y yo no me veía volviendo a tener una vida de obrero de fábrica, yo quería... ya estaba en la universidad, tenía ambiciones intelectuales, quería estudiar, quería... así que ahí también entonces me alejé del PO, quedé fuera de la vida política en términos de organizaciones políticas. Y comenzó una suerte de militancia por la educación, en ese momento estaba casi terminando la carrera, vino el golpe del 66. A mí el golpe del 66 me ayudó a definir, a terminar la carrera de educación, porque estaba a punto de cambiar...

SG: ¿A cuál te ibas a cambiar?

T: A Filosofía, ese ambiente en la facultad, donde había materias optativas. Y yo había hecho Lógica con [Gregorio] Klimovsky, y me entusiasmó muchísimo; hice después Filosofía de la Ciencia con Klimovsky, y estaba a punto de cambiarme de carrera. Viene el golpe, renuncian todos, se va a la mierda todo... 4, 5 materias para terminar, digo "las termino y me voy", y así fue, terminé, di libres varias materias que me quedaban y me alejé de la universidad, del ambiente.

SG: ¿Y ahí tuviste algún vínculo con el instituto Di Tella, con Gilda Romero Brest?

T: No, no, Gilda y su grupo se fueron al Di Tella, eh... pero no..., después ahí tuvimos un contacto con un instituto que había, el ILARI, instituto de relaciones internacionales, que sacaba una revista, *Aportes*, que lo manejaba una especie de..., un tipo, Luis Mercier Vega, que era un anarquista francés, medio raro...

SG: Que te apoyó en tu libro...

JCT: Claro, claro, y la revista, en ese sentido me apoyaron bien. Era un grupo más independiente. Gilda... nunca vio con buenos ojos la revista, porque entendía... y "cómo podía ser que se hiciera algo sin ella" y "cómo podíamos sacar una revista sin que ella fuera...", y yo dije "bueno, la revista somos nosotros, somos tu producto", salimos... pero bueno, Gilda era personalmente era una mujer muy, así como muy de SU grupo y muy como la patrona de estancia, entonces... La revista salió por su lado y el grupo del Di Tella sacó algunas investigaciones, en ese momento interesantes, pero no... nosotros, no teníamos contacto ni institucional y ni siquiera personal, no había... éramos como dos mundos distintos.

SG: Y en alguna entrevista, además de Klimovsky, mencionaste la influencia de Gino Germani en esa época, y de alguna manera en tu libro "Educación y Sociedad" tiene algunas como huellas de...

JCT: Y bueno sí, vivíamos todos en una facultad donde... imagínate, la carrera de Filosofía con todo esto, en Sociología Gino Germani, Jorge Graciarena, Miguel Murmis... eh, era, era... había un ambiente intelectual de una gran riqueza. Y Germani, con todo lo que se pueda decir ¿no? En ese momento... yo personalmente, y bueno un poco alguna gente que estaba conmigo, estábamos en una situación bastante... [silencio] no digo incomoda, pero sí marginal con respecto a los grupos dominantes, porque Germani y todo el sector del rector, de Risieri Frondizi, acusados de cientificismo por toda esta corriente más popular, populista, que tenía contenido social, qué se yo, pero... nosotros decíamos "pero esto desde el punto de vista de la calidad académica, es cero"; la verdad que el rigor, la seriedad en los análisis, la

introducción de la metodología científica en el conjunto de las Ciencias Sociales, incluso la educación, venía de toda esta gente, y para nosotros era muy valioso eso, muy valioso. No lo podemos perder en función de un discurso demagógico, populista, todo esa ideología, todo... Me acuerdo en esa época [José] Nun denunciado como agente de la CIA porque estaba haciendo un proyecto sobre marginalidad...

SG: Sí, a Portantiero también lo acusaban de científicista

JCT: Claro, porque recibía fondos de la Fundación Ford era un agente de la CIA, una locura total, un delirio completo. Y bueno, en ese mundo y en el contexto de esos grupos había que moverse, y así nació la revista. La revista nació con ese enfoque, diciendo "nosotros queremos hacer algo donde este pluralismo sea un valor", respetado, y que podamos discutir, manteniendo sí esta idea de que no podíamos renunciar a la... llámalo como quieras, pero a la excelencia académica. No había contradicción en tener excelencia académica y compromiso social; al contrario, compromiso social sin excelencia académica era la chantada total, y excelencia sin compromiso era la tecnocracia y era definitivamente la derecha. Pero si, el libro de Germani *Estructura social de la Argentina* fue un... provocó un *shock*, porque era un análisis... por fin... uno decía "bueno, tenés datos, tenés que discutir, no son opiniones".

SG: Y ahí, en un pasaje de tu tesis, central del libro, citás a Antonio Gramsci, digamos, es un pasaje puntual, pero te quería preguntar por qué lo citaste, cómo accediste a él...

JCT: Y bueno, porque en ese mundo, y en ese contexto de discusión política, ideológica, el enfoque de Gramsci me permitía salir del marxismo vulgar, de las interpretaciones del desarrollo la educación argentina como una variable dependiente exclusivamente de los datos y el enfoque del tipo de desarrollo económico, que, curiosamente era, sin tener absolutamente nada de marxista, el enfoque de [Gustavo] Cirigliano y de alguna otra gente, que hacía una extrapolación lineal entre modelo agroexportador y sistema educativo. Y cuando... vos veías el análisis, el pensamiento político educativo de Sarmiento, la gente de la generación del 80, las decisiones que se tomaron... esa explicación no, no era fértil, no te permitía explicar un montón de cosas, porque para ese modelo económico no hacía falta tener una educación primaria obligatoria, laica, un Estado activo en la educación. Y bueno, la hipótesis iba por el lado de lo político, es decir, introducir una variable política como una variable fundamental; y bueno, en la búsqueda de ciertos marcos teóricos que permitieran poner esta idea de lo político en un contexto que no fuera una cosa muy parcial, el aporte de Gramsci con el concepto de hegemonía y con su enfoque... a ver, era muy fértil, porque me permitía seguir cierta tradición marxista de análisis y no caer en el marxismo vulgar, y tampoco ir a una explicación funcionalista o de otro tipo. Es decir, yo no soy, no fui nunca un estudioso de Gramsci, pero leí sus obras, sus cosas, y me inspiró...

SG: Vi una suerte de combinación entre Gino Germani en esa obra, y Gramsci por el pensar la política, me pareció interesante...

JCT: Eh, a ver... yo siempre me sentí, y me hicieron sentir los demás, como muy heterodoxo. Yo no le tengo miedo a nada, porque hay gente... como que citar a uno o a otro pareciera una herejía ¿por qué no? ¿Cuál es el límite? ¿Quién me va a poner a

mí un límite...? Si cito alguna cosa de Germani ya soy un funcionalista parsoniano y si cito Gramsci... No... la idea... y eso, eso se lo aprendí de Klimovsky, es la idea de la fertilidad.

SG: Si, de formular una hipótesis

JCT: Claro, y que vos promuevas una hipótesis y la hipótesis es válida si te explica una gran cantidad de problemas, cuanto más expliques más fértil y más válida, punto; si eso es Gramsci, Germani o quien sea no importa, lo importante es el contenido de la hipótesis. Y bueno, además en ese libro yo tenía 25 años cuando lo escribí, así que era un... ahora decir que era un pendejo, un pibe...

SG: Y lo que me interesaba preguntarte era cómo accediste al escrito de Gramsci, en el sentido... fue Gregorio Weinberg te hizo un puente, fue una lectura tuya personal, lo leíste en la universidad...

JCT: Sí, estaba ahí, estaba, o sea... no, alguien inquieto no podía no leer a Gramsci, como no podía no leer a Marx, no leer a Trotsky, la literatura de la época era toda una literatura política. Tenías *Pasado y Presente* como revista, como colección de libros; estábamos rodeados de una literatura, toda de origen marxista. Althusser vino después, pero bueno... en la universidad, en esa época, no leer y no estar al tanto de estos autores era ser un marginal completo. Así que no te puedo decir de quién, cualquier con alguna inquietud llegaba, y además los tenías ahí a los libros, no hacia falta hacer un gran esfuerzo para conseguirlos.

SG: Y después, terminaste la carrera en el 66, después vi que al principio del 70 fuiste titular, o docente de alguna materia, pero cómo fue ese trayecto entre el 66, la dictadura digamos, hasta el 70.

JCT: A ver, yo ahí hice toda la...

SG: Porque te pregunto, porque está la paradoja, vos estudiaste Ciencias de la Educación en la UBA y de alguna manera nunca regresaste.

JCT: Yo al mismo tiempo trabajaba en una escuela secundaria, era profesor y director de un secundario, con Nervi, Juan Ricardo Nervi, que fue mi profesor en la escuela Normal, y después en la facultad, entonces siempre tuve un pie en el sistema educativo real, hasta que sí, en el 73 cuando... nada, cuando sube el peronismo, es notable, ahí yo... En la universidad de Buenos Aires no volví, fui discriminado por marxista. La dictadura me discriminaba por marxista y el gobierno nacional y popular también me discriminaba por marxista. Después me pidieron perdón, muchos años después, muchos años después, pero en ese momento no. Y ahí me fui, me fui primero al Comahue, porque se empezaban a crear estas nuevas universidades; en el Comahue estaba [Roberto] Domecq de rector, se había armado un lindo grupo, estaba Portantiero, bueno, en educación también se armó un grupo lindo. Fui, viví un año hasta que ahí ya... nada, los procesos ya se empezaron a acelerar, en el 74 vino la intervención... tuvimos que salir corriendo. Y hubo un paso intermedio por La Pampa, por la universidad de La Pampa, que había un rector, [Alfredo] Domínguez, que nos captó a varios de educación, a Juan Carlos Geneyro, Alfredo Furlan, Susana Rodríguez, Justa Ezpeleta, que iba y venía de Córdoba a La Pampa, estuve yo, y también eso duró un año, un año, ahí hubo que salir corriendo. Y ahí bueno, yo volví, volví a Buenos Aires y en ese momento, estamos hablando del 76, el golpe, una

circunstancia personal compleja porque... Justa, por ejemplo, Alfredo Furlan, todos empezaron a migrar, Geneyro, se iban a México, y yo tenía mi padre internado, con un cáncer, murió unos días antes del golpe. No me podía ir. Y, al mismo tiempo, apareció una posibilidad, se había instalado acá en Buenos Aires, un año antes, la oficina de la CEPAL. La CEPAL de Santiago... con el golpe de Pinochet... en lugar de... por ejemplo, la oficina de UNICEF, estaban todas las oficinas de Naciones Unidas en Santiago de Chile, UNICEF decidió irse, se fue, pero la CEPAL, la UNESCO, la FAO, decidieron quedarse. La CEPAL empezó a abrir oficinas en los países, entonces abrieron la oficina acá en Buenos Aires, en México, que todavía existen; abrieron la oficina de CEPAL en Buenos Aires y vino, con un proyecto de educación, Germán Rama, a dirigir un proyecto de educación y desarrollo para América Latina con sede aquí en Buenos Aires, porque no lo podían tener en Santiago y él se vino para acá. Se instalaron antes del golpe. Claro, cuando vino el golpe ya... y él, yo lo conocía a él por el libro, él había visto el libro, Graciarena, que era también... Aldo Solari, gente toda de la CEPAL, habían visto el libro, lo habían considerado bueno, me llamaron, me llamó, me dijo “mirá, tengo un puesto de asistente de investigación acá en el proyecto”, ni siquiera de profesional. Y yo dije “mirá, lo agarro”, con tal de quedarme y además me daba una cierta cobertura al estar dentro de un organismo de Naciones Unidas, la fantasía era que te protegía un poco...

SG: Y sí

JCT: Y bueno, así fue que empezó mi carrera en la UNESCO

SG: ¿Pero ahí te fuiste del país?

JCT: No, me fui después, porque el proyecto duró hasta el año 80,81, ahí termina el proyecto y había una posibilidad de que yo siguiera en la UNESCO en Caracas, en Venezuela, pero como son los trámites de estos arreglos internacionales, demoran, lentos. Bueno la cuestión es que el proyecto con German terminó y no había salido lo de Venezuela. Entonces como ya a esa altura todo empezaba a ser un poquito más blando, más *light*, eh, fue que... ahí se armó la maestría en educación de FLACSO. Hablé con Jorge Feldman, que era nuestro director, en esa condición, le dije “bueno mirá...”, dentro de la maestría en Ciencias Sociales, proponer una especialidad en educación, le interesó mucho, la armamos; nuevamente ahí tuvimos cierto roce con Gilda, porque para armarla llamamos a varios, de los viejos y de los jóvenes, y cuando Feldman la llama a Gilda para convocarla a una reunión, Gilda dice “pero ¿cómo no me pediste a mí que lo organice?”, pero... “escúchame... (Risas)... este proyecto lo trajo Juan Carlos, no es que yo se lo pedí...”

SG: Un poco eso que dijiste alguna vez que Gilda no podía creer que ustedes saquen una revista...

JCT: Claro, no podía creer que saquemos una revista, no podía creer que armemos una maestría, no, no... subestimaba totalmente, “pero ¿por qué no lo hago?” “y bueno, porque no tomaste la iniciativa, la tomó él”. Bueno, y largamos entonces la maestría y ahí se sumó Cecilia [Braslavsky], estaba [Carlos] Borsotti, había un grupo lindo de gente, empezamos, ahí salió... el producto de ese periodo más importante fue el libro sobre el *Proyecto Educativo Autoritario*. Y como al año, año y pico de estar ahí, finalmente la UNESCO decidió..., en ese momento una decisión difícil, lo que

pasa todavía nadie preveía que la dictadura iba a terminar, eh... en la UNESCO ya había varias personas que se habían movido mucho para conseguir que me dieran el puesto, porque no era fácil, porque normalmente el gobierno controlaba mucho los nombramientos... entonces para nombrar un argentino había que pasar a todas las autoridades del gobierno que estaban en la UNESCO, al delegado permanente de Argentina ante la UNESCO, que en ese sentido de portó muy bien, era Víctor Massud, y Víctor hizo la vista gorda, porque... dejo pasar, acá nadie informó de nada. Ahí estaba Luis Nasif, Ricardo Nasif, bueno toda esa gente que se había movido mucho me dijeron "ahora no nos dejen en banda, habíamos encontrado ese laburo para que te nombren, no digas que no", estaba Oteiza, Enrique Oteiza, porque el puesto era en el CRESALC [Centro Regional de Educación Superior en América Latina y el Caribe] en Venezuela, y el director del CRESALC era Oteiza en ese momento. Bueno, y acá estaba Cecilia que ya mostraba una polenta bárbara para hacerse cargo de la maestría, yo por supuesto no me desvinculaba del todo, no es que me iba a otro planeta, entonces me fui a Caracas.

SG: Ahí entendí entonces un poco mejor el ocaso del 76... lo que me interesaba retomar era lo de la revista, la experiencia, por un lado una pregunta introductoria ¿por qué el nombre? ¿Por qué revista de Ciencias de la Educación?

JCT: Y porque, porque eso era, en ese momento el campo disciplinario de las Ciencias de la Educación era una novedad. No hacía mucho habría sido pedagogía. Ciencias de la Educación, era esta idea de meter a la educación dentro de un enfoque científico. Superaba la idea de lo pedagógico, superaba la idea de lo filosófico, entonces esa era la... nosotros como que para... yo creo que, eh, la mía debe haber sido segunda generación, la primera fue la de Fernández Lamarra, los primeros estudiantes de Ciencias de la Educación.

SG: Si, eso me interesaba porque era una cuestión bastante juvenil también

JCT: Si, si, pero además como enfoque, antes no existía la carrera de Ciencias de la Educación, era pedagogía, y pedagogía espiritualista además, [Juan] Mantovani, todo el enfoque anti positivista. Entonces venía toda una tradición de los estudios de educación, muy basados en un enfoque no científico, y esto no, esto decía "aquí vamos a meterle ciencia", por eso el nombre...

SG: También debía llamarle la atención a Gilda digo, con ese nombre...

JCT: No! Claro... se ofendió profundamente, nos apropiábamos de un enfoque, que ella había sido la que había impulsado. Pero en vez de considerarlo como un triunfo de ella, lo consideraba como que estábamos usurpando; todo lo contrario de profesores como Weinberg, Gregorio Weinberg tenía una generosidad fabulosa. Cuando yo fui con el libro a Gregorio, el de Educación y Sociedad, fui con mucho miedo, le dije "profesor, mire...", pero inmediatamente se entusiasmó, me dijo "yo te escribo el prólogo", fue una cosa humana, era una diferencia más de tipo humano que de otra cosa; Weinberg era... y Gilda era todo lo contrario.

SG: Weinberg fue el que impulsó acá la traducción de las cartas de Gramsci...

JCT: Y sí, era un hombre culto, una especie de humanista que leía todo, un tipo... y además como era editor, entonces editaba. Estaba ofendido con él mismo porque

había sacado libros de [José Luis] Busaniche... la edición 1960 es peor que la primera edición que era de 1920, así como producto, como libro.

SG: Y la revista, por lo que tengo entendido, surge de egresados de la UBA en un primer momento, hasta el número 7 ¿o había otros?

JCT: No, no, había otros, estaba Julia Silber de la Universidad de La Plata.

SG: Claro, pero estaban desde el principio o se fueron agregando?

JCT: Se fueron agregando, originalmente sí fue un grupo de la UBA, pero poco a poco fuimos buscando gente en Córdoba, en La Plata, en Tucumán, y ahí aparece Justa Ezpeleta, aparece Julia Silber, Clotilde Yapur, gente que se fue incorporado...

SG: Sí, había como un eje digamos... La Plata, Buenos Aires, Córdoba.

JCT: Y sí, eran en ese momento las principales universidades y además las que tenían carreras de Ciencias de la Educación.

SG: Y... Roberto Gargiulo...

JCT: Y no, Roberto estaba estudiando en Ciencias de la Educación pero él venía del profesorado, un muchacho un poco raro, se vinculó..., no tenía un gran perfil académico, pero eh, sabés que pasa...

SG: ¿Y él donde estudiaba?

JCT: Yo creo que en el profesorado, Joaquín V. González, o no, o quizás... te miento... si no estaba en la UBA también. El que venía del profesorado era García, Guillermo García. Pero... lo que te quería decir es que la revista era una empresa absolutamente artesanal. Artesanal en el sentido de que no solo buscábamos los artículos, había que ir a la imprenta, diagramarlo, con el tipógrafo, eh, poner esto, sacarle tal color, salía la revista y había que llevarla a los quioscos para que la vendan, la llevábamos nosotros, había mucho trabajo material alrededor de la revista. Entonces había en ese sentido lugar para gente no necesariamente grandes intelectuales que escribieran. Hacía falta gente que estuviera dispuesta a armar un sobre, poner una estampilla, mandar por correo, o caminar la calle Corrientes con los quioscos y los librerías y ver si vendiste, cobrarles; era una empresa casera y funcionaba muy bien para sorpresa de todos nosotros. Fue creciendo la cantidad de suscriptores, de ejemplares que se vendían, al punto tal que ya... por eso, la última etapa, en un momento dado que vino una oferta de la biblioteca Vigil, de Rosario, de editar la revista con ellos...

SG: El último número sale con ellos ¿no? Que unifican 13 y 14...

JCT: Y ahí después se pudrió todo y ya no la pudimos sacar más. Pero ya pasábamos a una fase no artesanal, ya no podíamos... el volumen de actividad que esto exigía requería... una empresa, alguien que se ocupara de la imprenta, de la distribución, de los cobros. Y bueno alcanzamos a sacar un número, y ahí se terminó, nosotros teníamos la dirección y el depósito en la calle Cuba, Cuba...

SG: Creo que está en los últimos... Cuba 1940.

JCT: Cuba 1940, que es donde funcionaba la escuela Mundo Nuevo. Y un día me llama la directora de la escuela, y me dice “mirá Juan Carlos, vino un tipo acá medio sospechoso, con la excusa de que se quería suscribir a la revista empezó a hacer preguntas, quienes eran dónde estaban”, nos, nos me pareció muy raro, y bueno, era una escuela, no podíamos poner en riesgo... así que ahí tuvimos que improvisar autos, amigos, y en eso la CEPAL... el director de la CEPAL acá en Buenos Aires en esa época era Calcáneo, el padre del actual senador, el viejo... [Silencio] y bueno nada, le expliqué, y sin duda me dice “tráelo acá, traé todo acá”. La oficina estaba ahí en Cerrito y Carlos Pellegrini. Y la verdad fue esa cosa de solidaridad que había en esa época, gente que yo apenas conocía, otros que bueno, eran de la revista, tuvimos que armar en horas, ir con autos, con lo que teníamos, vaciar todo el depósito y llevarlo; pero ahí ya decidimos que no... y también la Vigil en Rosario empezó a ser perseguida así que... ahí se interrumpió.

SG: Y hay un momento, que es el número 7, donde hay dos grandes cambios, por un lado dejan el apoyo institucional de ILARI pasan a Mundo Nuevo, e ingresan justamente nuevas camadas o nuevos graduados de otras universidades, y también aparece ahí como un punto donde se empieza a difundir de manera más fuerte todo lo que es la discusión marxista en educación, Illich, Freire, Althusser, Bourdieu, eh, un poco te quería preguntar cómo era eso de introducir esa discusión en el ambiente de la época...

JCT: Es que, te repito, esa era la discusión de la época, no entrar en esa discusión era estar al margen de lo que estaba pasando, si esa era la discusión.

SG: Pero parece como un punto de quiebre digamos, entre lo que se venía discutiendo hasta el número 6, y como una especie de salto, capaz que...

JCT: No, más que salto es... a ver, cuando uno publica una revista publica lo que se produce, no publicás lo que no se produce. Entonces se empezaba a producir, la gente empezaba a producir sobre estos temas, y bueno entonces había ya condiciones de publicarlo. Hasta un poco antes todavía no había una madurez suficiente para esa discusión, era una discusión que empezaba, y tenías por un lado toda la corriente Freire, Illich, anti escuela... que... ahí... después empezamos a distinguir las posiciones de cada uno. Yo personalmente le tenía una profunda desconfianza a todo ese enfoque... desconfianza desde el punto de vista teórico y político; la idea ésta de que justo, en el momento, en América Latina, que los sectores populares estaban teniendo acceso a la escuela nosotros le venimos a decir que la escuela no sirve para nada. Hay un libro, del que era Ministro de Educación de Bolivia en ese periodo, cuando estaba el periodo ahí medio de la revolución, Miranda, Baptista Gumucio, que se llama *Salvemos a Bolivia de la escuela*, prologado por Ivan Illich; pero si... los que no quieren que los bolivianos vayan a la escuela es la oligarquía boliviana. Bolivia ha estado desescolarizada toda la vida, o sea, percibir la escuela, al maestro como el enemigo. Esa era una corriente. Después empezaba a aparecer todos los enfoques de la teoría de la reproducción.

SG: ¿En ese momento cómo se la denominaba a esa teoría? Porque la reproducción fue después, un mote posterior.

JCT: Nada, teoría de la reproducción, además el libro... el primer libro de Bourdieu y Passeron se llama así, se llama “La reproducción”, eh... Estaba todo dentro de este

encuadre de pedagogía crítica. Y además con una particularidad, y es que los portadores de ese tipo de pensamiento llegaban al poder. Porque no es que... no es como antes que estábamos contra de la dictadura, no, no, ahora el tipo que pensaba que había que desescolarizar era el Ministro de Educación, o el que pensaba que los maestros eran los enemigos era... una autoridad aquí, en Perú, en Chile menos, porque en Chile había una gran influencia del Partido Comunista, entonces el Partido Comunista en esto también era muy tradicional y bastante resistente a estos enfoques, el sandinismo en Nicaragua; entonces eran teorías que salían del nimbo de la pura teoría y empezaban a aplicarse con consecuencias que no eran así banales. Ahora, en ese momento, ese era el debate que había, una cosa, otra, los que opinaban de una manera de aquella, fue muy incipiente, y yo creo que ahí sí, ahí el golpe del 76 y la dictadura como que taponaron todo el debate. Y bueno, dejaron que corriera por ciertos carriles más marginales. Pero ya te digo, a veces yo creo que hay como un exceso de reflexión sobre las cosas, se hacían, las cosas se hacían, no había mucha planificación. Y en cuanto a qué se publicaba o que no se publicaba, dependía de lo que había para publicar, lo que se producía. Nosotros tratábamos siempre de privilegiar la producción local, traducimos pocas cosas pero a veces... traducíamos, o empezamos a publicar también cosas del resto de América Latina, eh... textos de [Tomás] Vasconi por ejemplo, uno de los exponentes de todo este enfoque marxista, crítico, anti escuela fue el trabajo de Vasconi que estaba en Chile, era argentino pero estaba en Chile. Lo mismo el pensamiento de Freire empezaba a tomar cuerpo y con esa cosa muy... atractiva, paradójicamente, para los que no eran de educación... porque los que veníamos de educación no nos tragábamos esto de que el maestro era el amo y el alumno el esclavo y que el proceso de aprendizaje era pura imposición ideológica. No, porque yo decía "pero carajo, enseñar matemática, enseñar a leer y escribir, no es...". Sí, estábamos todos contra la didáctica autoritaria, todo estaba muy bien pero... equiparar el proceso de enseñanza aprendizaje con el proceso de explotación capitalista nos parecía un salto, una extrapolación... teóricamente incorrecta y políticamente muy peligrosa, porque entonces te colocabas con los maestros enfrente. Y así fue, la reforma peruana por ejemplo, reformas anti maestros; y la verdad... tenés escuelas, tenés maestros, tenés contenidos. Pero bueno, ya te digo, en ese momento,... el golpe abortó todo y a partir de ahí ya las discusiones, eh, más bien pasaron a otro nivel, el anti autoritarismo, la lucha contra el pensamiento., que en educación, el libro *El proyecto educativo autoritario*, en ese sentido fue también para mí, para el grupo que estamos un libro importante, porque pusimos en la agenda del debate los nuevos problemas, esto de discutir a Freire y compañía me parecía anacrónico.

SG: Ahora lo que me interesaba es que ustedes se trataban de desenmarcar de Illich, de Freire pero a su vez tomaban, Althusser, Bourdieu, pero a su vez estaban atentos a tratar de incursionar un tipo de propuesta educativa, y esa combinación me llamaba la atención y te quería preguntar cómo trataban de resolverla desde una publicación digamos...

JCT: Y era lo que teníamos, porque no... recién con la vuelta a la democracia pudimos... se pudo, actores, investigadores, gente que estaba en el mundo académico, de la educación, acceder a puestos de conducción. Pero hasta ahí lo único que tenías era la posibilidad de influir en el pensamiento, y que no te matarán. Pero te digo, fue recién con la democracia. Y antes... no es que fueron los años de la

dictadura, no, mucho tiempo... antes ningún intelectual tenía posibilidades de tener acceso a puestos, porque los gobiernos democráticos de corta duración, Illia, compañía, tampoco. Es decir, nosotros veníamos, todos desde el peronismo del 45 en adelante, la posibilidad de que personas así de orientación política de izquierda, tuviera acceso a manejar algunos dispositivos de poder era impensable... entonces la idea de propuesta estaba un poco descartada, hasta la propia teoría te hacía descartar la idea de que pudiera postular propuesta de transformación. Eso recién empezó a ser posible con la democracia, congreso pedagógico, ahí empezaron a aparecer ya con más legitimidad la idea de que era no solo posible sino necesario hacer propuesta.

SG: Yo cuando leía la revista en paralelo leía la revista *Los libros* también, y había mucha familiaridad, no solo porque ustedes escribían en una o en otra, sino también como proyecto. Y quería preguntar cómo era el lazo entre esa revista...

JCT: Y bueno, eran más bien lazos... a ver, en el sentido último esto, afinidad como de cierto enfoque común de cómo ver las cosas, y después ya eran vínculos personales, con [Carlos] Altamirano, con Beatriz Sarlo, todos participábamos además de ese juego artesanal, de sacar la revista, de estar en el día a día, en algún punto era muy divertido (risas)... era muy divertido porque, eh, lo que tenía, esto, vos lo veías desde el artículo escrito a máquina al producto final, y después venderlo en el kiosco, era como actividad, era muy linda. Y en un mundo... este país en ese momento, intelectualmente, era muy rico, se debatía mucho, se discutía, se leía mucho, así que bueno... y *Los libros*, sí, también *Los libros* hizo su evolución, se fue transformando...

SG: Y después, ya para ir terminando, te quería preguntar, digamos en alguna entrevista lo has mencionado, que había como diversa afiliación política en la revista, si bien no era una revista partidaria... pero te quería preguntar... vos por un lado en ese momento, entre tanta ebullición política dónde te enmarcabas, y en otro, si te acordás la afiliación política de alguno de los principales miembros.

JCT: Si, no, yo en ese momento no, estaba como un especie de independiente, había dejado el trotskismo, no me metía... no estaba puesto en ninguna organización, había algunos miembros del consejo que estaban más vinculados al peronismo, incluso al montonerismo, Justa... otros, eh... en general, salvo así dos o tres que estaban vinculados al peronismo, el resto éramos independientes, éramos como personas, eh, sin una afiliación política clara. No era fácil mantenerse en esa posición porque había una presión muy fuerte... pero ya te digo, quizás justamente, los que estábamos en el núcleo duro de la revista, esa idea de la independencia desde el punto de vista de los grupos políticos nos daba, eh, más libertad de opinión, de acción, dialogábamos con todo el mundo, con alguno nos peleábamos bastante. He tenido... ya te digo, cuando discutieron quién iba a dar la cátedra de Historia Educación Argentina en la UBA, la que en ese momento era la decana dijo "no, no porque es marxista" y se la dieron a Castiñeira de Dios, bueno, qué se le va a hacer...

SG: ¿Cómo viviste vos, o el núcleo de la revista, la asunción de Cámpora, el FREJULI, tenían expectativas, no tenían expectativas?

JCT: Sí, si claro.

SG: Porque muchas veces se desmarca del peronismo la revista, bueno mismo el artículo que escribiste vos en *Los libros* en el sentido de análisis crítico del peronismo en su faceta educativa.

JCT: Sí claro, lo veíamos obviamente muy bien, pero veíamos con mucha preocupación el tema de la lucha amada como mecanismo, veíamos con mucha preocupación la penetración en el pensamiento educativo de la gente que estaba en el montonerismo de Freire y todos esos enfoques, veíamos con mucha simpatía, en cambio, por ejemplo, el programa justicialista para la reforma educativa que lo manejaba muy bien Rolando García, era una cosa mucho más, para ellos tecnocrática... pero bueno, era seria, era "bueno vamos a hacer esto, vamos a resolver este problema, tales medidas". En todo este discurso... yo me acuerdo de una discusión una vez en el Comahue con una de las personas que, políticamente, era la que más o menos comandaba todo el grupo peronista montonero, que discutía la presencia de Piaget en los contenidos de la carrera... porque "Piaget trabajó con chicos de la burguesía en situación de laboratorio". Esa fue la respuesta. Puta, estamos jodidos, si en educación no vas a conocer a Piaget, me parece de un primitivismo... Pero eso pasaba, eso pasaba. Se privilegiaba mucho más el discurso, la movilización y no el estudio científico, ese era un poco nuestro valor; podemos ser socialmente comprometidos a fondo pero con propuestas sólidas científicamente, porque estas otras que parecen muy comprometidas socialmente dejan a los pibes sin aprender, porque esta es la verdad, vos con estas propuestas los chicos no aprenden, y si no aprenden estamos jodidos, nuestro trabajo es que aprendan no que no aprendan, y aprender a leer y escribir, aprender matemáticas, aprender ciencia no es todo ideología, porque si fuera así estaríamos cediendo a la derecha todo el patrimonio cultural de la humanidad. En ese sentido... y te digo que eso se sigue manteniendo eh, ese debate es...

SG: Sí, sí, es actual, Sara Morgenstern me decía lo mismo en la entrevista, el debate con Freire, la pedagogía de ese estilo.

JCT: Y sí, y hasta hoy, en muchos aspectos yo lo veo a veces discutiendo con gente, grupos políticos ¿no? Incluso hasta del propio gobierno que siguen con la misma historia y no estamos resolviendo los problemas de aprendizaje que tienen los sectores populares.

SG: Claro. Y ya lo último ¿qué difusión tuvo la revista? ¿En sectores universitarios, sectores medios?

JCT: Mirá, la revista se difundía fundamentalmente entre los estudiantes de Ciencias de la Educación de las universidades. Un poco maestros, pero básicamente era bibliografía de las cátedras de las universidades. Esa era la fuente básica que permitía que la revista se vendiera y que fuera utilizada. El público eran los estudiantes, los profesores... que además a esa altura ya era un público masivo, porque si vos tomabas la cantidad de estudiantes de Ciencias de la Educación en las distintas universidades y la de los profesores, y bueno, tenías varias decenas de miles de personas, veinte mil, treinta mil, bueno, una revista que editaba tres mil ejemplares...

SG: ¿Siempre editó tres mil?

JCT: Tres mil, bueno, cuando la tomó la Vigil sacó un poco más, pero siempre estuvimos ahí, en tres mil, cuatro mil ejemplares.

SG: El vínculo con el ILARI, ¿es solamente financiera la ruptura o alguna otra razón?

JCT: No, bueno, al principio... no tenía mucho que ver con esto, Mercier, yo... como yo estaba ahí me tenían simpatía, me dieron un apoyo financiero para empezar a sacarla. Pero la verdad que ya después del tercer, cuarto número, la revista empezó a autofinanciarse, no necesitaba... tampoco ganábamos nada, o sea que se autofinanciaba la revista. En ese sentido... eso también nos dio mucha libertad, poder eh, pero fue... y después teníamos mucha presencia los canjes de avisos, que entonces...

SG: Que también publicaban ustedes en *Los libros* por ejemplo...

JCT: Claro, era... todo era canje, nadie ponía un mango... "yo te publico el aviso a vos, vos me publicás el aviso a mí". Ahora, eso daba mucha difusión, mucha vida, porque por ahí gente que no era de educación, se enteraba, veía algún artículo que le interesaba y podía buscarlo pero ya te digo, era todo a pulmón.

SG: Bueno, era eso básicamente. ¡Muchas gracias!

Anexo 2: matriz de análisis

A continuación se presenta la matriz de datos, en base a la fundamentación expuesta en el apartado metodológico. La misma se estructura a partir de las dos unidades de análisis contempladas en el estudio: a) intelectuales; b) revistas. De todas maneras, algunas categorías expuestas en la primera unidad de análisis también se aplicaron a la segunda. Por razones de extensión y a fin de evitar la redundancia, no las replicó¹. A través de esas categorías se buscó elucidar posiciones político-teóricas como usos pedagógicos del comunista italiano en publicaciones periódicas de la época.

Unidad de análisis: Intelectuales

Categorías	Dimensiones	Propiedades	Definición operacional de la categoría
Datos personales	Fecha de nacimiento		Información vital y contextual del intelectual.
	Fallecimiento		
	Origen social		
	Familia		
	Otras		
Trayectoria educativa	Secundario	Carreras	Recorrido educativo, con especial atención a su desempeño en el ámbito universitario.
	Universidad		

¹ Ellas son: Consideraciones sobre corrientes teóricas; Consideraciones sobre corrientes político-pedagógicas; Consideraciones sobre autores/as; Estrategia política; Escuela; Universidad; Movimiento estudiantil; Vías de acceso a Gramsci; Consideraciones sobre la vida de Gramsci; Consideraciones sobre la obra de Gramsci; Obra de Gramsci; Empleo de Gramsci; Modelo filosófico de lectura de Gramsci; Interpretación del marxismo; Concepción del Hombre/Sujeto; Ideología; Hegemonía gramsciana; Conocimiento; Vínculo estructura – superestructura; Relación sociedad civil y sociedad políticas en Gramsci; Instituciones estatales; Relación Gramsci – Lenin.

		Cambios de carrera		
		Período		
		Apreciaciones sobre la universidad		
		Apreciaciones sobre la carrera		
		Apreciaciones sobre la asignaturas		
	Estudios en el exterior			
Experiencia laboral	Escuela		Trabajos realizados durante el período del estudio.	
	Universidad	Tiempo		
		Docencia		
		Concursos		
		Universidad		
		Facultad		
		Carrera		
		Asignaturas		
		Gestión		
		Renuncia		
	Periodismo			
Otras				
Universidad	Experiencias político-pedagógicas	Finalidad de la experiencia	Rastrea la participación en experiencias pedagógicas (como las Cátedras Nacionales) en el seno de universidades. A diferencia del desempeño en un cargo docente (categoría experiencia laboral), alude al carácter colectivo de la tarea.	
		Carácter de la participación		
		Debates		

		Propuestas	
		Otra	
Formación intelectual	Espacios formativos	Militancia política	Cercana a la categoría trayectoria educativa, indaga en espacios de formación no ligados formalmente al sistema educativo. Además, aunque la nueva intelectualidad se forjó como una “generación sin maestros”, no sólo existieron excepciones sino que también se tejieron distintos vínculos y apreciaciones con sus generaciones mayores.
		Centros de investigación	
		Grupos de lectura o discusión	
		Otras	
	Maestros	Consideraciones sobre sus maestros	
		Influencias	
Relación establecida			
Posicionamiento en el campo intelectual	Antiintelectualismo	Consideraciones sobre la universidad	Modalidad de tramitar la posición crítica en el campo intelectual. En líneas generales, el nacionalismo popular asumió posiciones cercanas al antiintelectualismo mientras que la nueva izquierda pretendió articular la radicalización política con la modernización cultural. Se indaga y determina estas posiciones a la luz de un conjunto de planos.
		Contribuciones teóricas extranjeras	
		Intelectualidad	
		Nueva izquierda	
		Cientificismo	
		Otras	
	Modernización/radicalización	Consideraciones sobre el nacionalismo popular	
		Cientificismo	
		Contribuciones teóricas extranjeras	
		Consideraciones sobre la universidad	
		Otras	
Revistas	Carácter de la participación	Miembro del Consejo de Redacción	Características del vínculo de la intelectualidad con revistas de la

		Colaborador	época.
		Otras	
	Razones de la participación		
	Nombre de la revista		
	Relación con los miembros de la revista		
	Suscripciones a revistas	Nacionales	
		Internacionales	
Lecturas			
Participación política	Organizaciones	Partidos políticos	Rastrea el derrotero político. Atiende tanto al pasaje por organizaciones, a la participación política en la universidad como a las consecuencias de hechos políticos nacionales, entre otros planos.
		Agrupaciones	
		Independiente	
		Período	
	Trayectoria al interior de las organizaciones	Debates	
		Roles	
		Exclusión	
		Rupturas	
		Relaciones con otros miembros	
		Otras	
	Vínculos con el activismo militante		
	Razones		

	Proyectos			
	Universidad	Consideraciones los grupos, colectivos, tendencias		
		Proyectos		
		Debates		
		Gestión		
		Centro de estudiantes		
	Consecuencias de la Triple A			
	Consecuencias del golpe cívico-militar (1976)	Exilio		
		Refugio en organismos internacionales		
		Otras		
Intelectual – pueblo	Conceptualización	Problemas	Conceptualización del vínculo con el pueblo establecido por la intelectualidad crítica. ¿De qué manera la intelectualidad crítica concibió el vínculo con el pueblo? ¿Qué tareas y problemas comprendió en la relación? ¿Cuáles perspectivas impugnó? ¿Cuáles propuso? ¿Qué apreciaciones realizó sobre la cultura popular?	
		Origen social de la intelectualidad		
		Crítica a otras perspectivas		
		Apreciaciones sobre las manifestaciones populares		
		Tareas		
		Otras		
Peronismo	Interpretación	1° Gobierno de Perón	La interpretación del peronismo, a partir del derrocamiento del General Perón, como fenómeno político atravesó a la intelectualidad crítica. Innumerables planos de análisis se desplegaron para su comprensión, siempre en polémica con otras interpretaciones. La categoría también indaga en los vínculos establecidos con el movimiento peronista y, específicamente, su	
		2° Gobierno de Perón		
		3° Gobierno de Perón		
		Rol de los sindicatos		

		Rol de Perón	líder.
		Papel histórico del peronismo	
		Política universitaria	
		Consideraciones sobre Perón	
		Relación líder – masas	
		Orígenes del peronismo	
		Relación Estado y sindicatos	
		Alianzas de clases	
		Autonomía obrera	
		Heteronomía obrera	
		Tendencias en el peronismo	
		Sectores opositores al peronismo	
		Papel educativo	
		Otras	
		Críticas a otras interpretaciones	
	Vínculo político con el movimiento peronista	Afinidad	
		Distancia	
		Otras	
	Vínculo político con Perón		
Lectura de la coyuntura nacional	Derrocamiento del peronismo		Rastrea las consideraciones sobre gobiernos nacionales y hechos políticos relevantes a nivel nacional.
	Revolución libertadora		

	Gobierno de Frondizi		
	Gobierno de Illia		
	Revolución argentina		
	Cordobazo		
	Levantamientos populares		
	Gran Acuerdo Nacional		
	FREJULI		
	Gobierno de Isabel de Perón		
	Otras		
Lectura de procesos o hechos políticos internacionales	Revolución cubana	Consideraciones	Atiende a las apreciaciones sobre acontecimientos políticos internacionales, con especial atención a la revolución cubana.
		Relación con el peronismo	
		Papel de la juventud	
		Tradiciones	
		Estructura social	
		Otras	
	Revolución China		
	Mayo francés		
	<i>Caso Padilla</i>		
	Otras		
Interpretación de la Reforma	América Latina	Diferencias	En algunos intelectuales, la Reforma Universitaria de 1918 fue objeto de sistemática reflexión. Por razones de extensión, aquí sólo se puntualizan algunas dimensiones para el análisis de dicha
		Semejanzas	

Universitaria de 1918	Lugar histórico de Córdoba		reflexión.	
	Relación con el presente			
	Sectores sociales en pugna			
	Reacciones de los sectores sociales			
	Vínculo con el pueblo			
	Tendencias internas			
	Repercusiones			
	Repercusiones en América Latina	Cuba		
		Perú		
		Otros países		
	Influencia del pensamiento marxista			
	Rol del movimiento estudiantil			
	Reclamos			
Otras				
Editoriales	Nombre		En algunos casos, intelectuales fundaron o participaron de editoriales para intervenir en la esfera pública. Se rastrea la experiencia.	
	Propósito			
	Miembros			
	Participación			
	Fundación			
	Duración			

	Ciudad		
	Cantidad de ejemplares		
Producción intelectual	Formato de publicación	Libro	Una vasta categoría que indaga en las publicaciones, tanto en su formato como en el contenido. Respecto a esto último, para no yuxtaponerse con otras categorías, aquí se alude a los rasgos centrales de la producción: propósitos, temáticas recurrentes, hipótesis principales, influencias teóricas evidentes, articulaciones frecuentes (con corrientes teóricas, pedagógicas o autores/as), etc.
		Capítulo de libro	
		Artículo	
		Otras	
	Año de la publicación		
	Originalidad		
	Propósitos centrales		
	Preocupaciones centrales		
	Temáticas centrales		
	Repercusiones		
	Estilo		
	Principales hipótesis		
	Principales conclusiones		
	Inclusión de fotografías	Razones	
		Temática	
	Articulaciones	Corrientes teóricas	
		Corrientes pedagógicas	
Autores/as			
Influencias teóricas			

	Otras		
Corrientes políticas	Vieja Izquierda	Stalinismo / comunismo	Alude a las apreciaciones sobre las principales tendencias políticas del período. Exceptuando al stalinismo y socialismo que se identifican con partidos políticos (Partido Comunista Argentino y Partido Socialista, respectivamente), el resto comprendió a distintas organizaciones, colectivos o publicaciones.
		Socialismo	
		Troskismo	
	Nueva intelectualidad	Nueva izquierda	
		Izquierda peronista	
		Izquierda nacional	
Consideraciones sobre corrientes teóricas	Marxismo		Apreciaciones de los intelectuales sobre corrientes teóricas que animaron o atravesaron el debate intelectual en el período. No interesa aquí las articulaciones realizadas (ver categoría Producción intelectual) sino sus consideraciones.
	Teoría de la Dependencia		
	Desarrollismo		
	Funcionalismo		
	Estructuralismo		
	Otras		
Consideraciones sobre corrientes político-pedagógicas	Pedagogía de la Liberación		Similar a la categoría anterior, enfatiza el plano pedagógico.
	Crítico-Reproductivismo		
	Perspectiva desescolarizante		
	Otras		
Consideraciones sobre autores/as	Anterior al período de estudio	Hegel	Indaga en las reflexiones, comentarios, apreciaciones, etc. sobre autores/as del período o anteriores.
		Marx	
		Trosky	

		Otros/as		
	Contemporáneo/a al período	Althusser		
		Bourdieu		
		Mao Tse – Tung		
		Otros/as		
Estrategia política	Consideraciones sobre la cuestión nacional		Preocupados por la transformación social, los/as intelectuales esbozaron líneas de intervención política. Se inquiriere en sus dimensiones a través del tratamiento y consideraciones de determinados conceptos o tópicos.	
	Caracterización del capitalismo local			
	Articulación de tradiciones políticas			
	Consideraciones sobre los movimientos de liberación nacional			
	Apreciaciones sobre fuerzas o sectores sociales	Oligarquía		
		Imperialismo		
		Burguesía		
		Campesinado		
Clase obrera				
Clase media				
Pueblo				

		Otras	
	Alianzas de clases		
	Hegemonía		
	Toma del poder		
	Estado		
	Movilización popular		
	Consideraciones sobre la lucha armada		
	Guerra de posiciones		
	Fundación de un nuevo Estado		
	Bloque histórico		
	Crisis orgánica		
	Disputa institucional		
	Otras		
Escuela	Finalidad	Reproducción	La escuela fue objeto de reflexión en ciertos casos. Se abordan las principales elaboraciones, atendiendo fundamentalmente a las tendencias a la reproducción o transformación enunciadas, al diagnóstico sugerido, el análisis del rol docente y las propuestas forjadas para la institución.
		Transformación	
	Crisis	Causas	
		Salidas	
		Otras	
Crisis orgánica			

	Papel del docente	Expresiones populares	
		Pueblo	
		Dominación	
		Transformación	
		Intelectual	
		Otras	
	Origen social del docente		
	Propuestas político-pedagógicas		
Universidad	Finalidad	Reproducción	Cercana a las dimensiones de la categoría anterior, refiere específicamente a la universidad. También se articula con la categoría que continúa.
		Transformación	
	Crisis	Causas	
		Salidas	
		Otras	
	Crisis orgánica		
Papel del docente			
Propuestas político-pedagógicas			
Movimiento estudiantil	Consideraciones	Surgimiento del peronismo	Consideraciones de los/as intelectuales sobre el movimiento estudiantil en distintos momentos históricos. También se atiende, entre otros planos, a la reflexión sobre sus tradiciones políticas, el origen social, la relación con otros sectores (principalmente, el pueblo).
		Durante el peronismo	
		Revolución libertadora	
		Década del 60	

		Década del 70	
	Tradiciones políticas		
	Origen social		
	Relación con otros sectores		
	Otras		
Vías de acceso a Gramsci	Editoriales	Editorial Lautaro	Refiere a la modalidad de acceso a los escritos de Gramsci. ¿Qué editoriales se consultaron? ¿Algunos intérpretes de su obra posibilitaron el acceso?
		Editorial Nueva Visión	
		Revista <i>Pasado y Presente</i>	
		Otras	
	Intérpretes	H. Agosti	
		R. Mondolfo	
		Otras	
Consideraciones sobre la vida de Gramsci	Presentación de la biografía		Rastrea apreciaciones durante el período por parte de los/as intelectuales en torno al trayecto vital de Gramsci.
	Apreciaciones políticas		
	Otras		
Consideraciones sobre la obra de Gramsci	Propósitos atribuidos		Coloca el centro en las apreciaciones sobre la obra de Gramsci, ya sea en los propósitos atribuidos, en la distinción de momentos o etapas, en la formulación de críticas, en comentarios sobre sus ediciones. Abarca también el conocimiento que el propio intelectual concibe de la obra gramsciana.
	Momentos		
	Críticas		
	Apreciaciones sobre las ediciones de la obra de Gramsci		
	Conocimiento de la obra		

	Otras		
Obra de Gramsci	Lectura	Individual	Refiere a las razones de acercamiento a la obra de Gramsci, cuáles escritos se consideraron, y si su lectura fue de manera individual o compartida (con otros/as compañeros/as, colegas, etc.).
		Colectiva	
	Razones de la lectura		
	Escritos considerados		
Empleo de Gramsci	Discusión con otras interpretaciones	Stalinismo	Se alude al trabajo teórico con el acervo gramsciano.
		Estructuralismo	
		Reformismo	
		Consejistas	
		Otras	
	Articulación con otros autores/as o corrientes		
	Categorías gramscianas empleadas		
Temática			
Modo de lectura filosófica de Gramsci	Lectura sintomática		Como se expuso en el marco teórico, el estructuralismo althusseriano propuso una lectura sintomática de la obra gramsciana, mientras la filosofía de la praxis una acercamiento de cuño historicista. Se indaga en cómo se dirimió el asunto, o bien que lectura filosófica se desplegó.
	Adhesión al historicismo		
	Otra		
Interpretación del marxismo	Abordaje	Humanismo historicista	Se inquiera en la interpretación del marxismo como marco del uso del acervo gramsciano, jerarquizándose la querrela entre estructuralismo althusseriano y el historicismo marxista. A diferencia de las categorías que continúan en la matriz, el centro aquí se coloca no en el tratamiento de ciertos conceptos sino en el
		Estructuralismo	
		Otras	

	Momentos en la obra de Marx		abordaje general (humanismo historicista o estructuralismo, fundamentalmente) del marxismo que se desprende de la distinción de momentos en la obra de Marx, de la relación considerada entre Marx y Hegel, entre otros aspectos. En ese sentido, también se consideran las críticas a otras interpretaciones del marxismo.
	Relación Marx – Hegel		
	Relación Marx – Feurbarch		
	Críticas a otras interpretaciones		
Concepción del Hombre/Sujeto	Esencia		En línea con divisar el tratamiento historicista o estructuralista del marxismo, se aborda la concepción del sujeto u hombre, atendiendo a algunos aspectos del debate.
	Alienación		
	Papel	Sujeto y estructura Inversión de la praxis	
Ideología	Estructuralismo marxista	Cemento ideológico	El concepto de ideología dividió aguas entre el historicismo y el estructuralismo. Se trata de buscar el modo de tratamiento a partir de una serie de rasgos.
		Ilusión / falsa conciencia.	
		Ciencia e ideología	
		Cambio de conciencia	
		Grados de elaboración de la ideología	
		Existencia material de la ideología	
		Interpelación	
	Historicismo marxista	Papel	
		Transformación	
		Manifestaciones culturales	
		Praxis	
		Cemento ideológico	
		Ciencia e ideología	
Hegemonía gramsciana	Estructuralismo marxista	Crítica al historicismo marxista	También la hegemonía gramsciana ha sido una categoría de disputa entre el estructuralismo e historicismo marxista. A luz de los principales nudos del debate, se rastrea su resolución por la intelectualidad crítica.
		Estado hegemónico	
		Ideología	
		Articulación consenso – coerción	
		Crisis orgánica	
		Bloque en el poder	
	Historicismo marxista	Crítica al estructuralismo	
		Predominio de la clase	
		Conquista del poder político	
		Dirección política	
		Dirección cultural	

Conocimiento	Modalidad	Extensión	El conocimiento ha sido concebido de formas distintas por el historicismo y el estructuralismo. En base al debate expuesto en el marco teórico, aquí se enuncian las principales dimensiones y subdimensiones para rastrear su tratamiento.
		Función	
		Otra	
	Criterio de verdad	Objeto de conocimiento	
		Praxis	
	Fundamento	Conocimiento	
Praxis			
Vínculo Estructura – Superestructura	Estructuralismo marxista	Determinación en última instancia por la economía	El estructuralismo y el historicismo marxista contemplaron de manera disímil el vínculo entre estructura económica y superestructura político- ideológica. Sin poder agotar la discusión, las subdimensiones expuestas rastrean asuntos nodales del vínculo.
		Autonomía relativa de la superestructura	
		Eficacia específica de la superestructura	
		Contradicción	
		Sobredeterminación	
		Crítica al abordaje voluntarista – historicista del Estado	
		Crítica al abordaje economicista del Estado	
	Historicismo marxista	Determinación en última instancia por la economía	
		Inversión de la praxis	
		Determinación en última instancia por la economía	
		Inversión de la praxis	
		Determinación en última instancia por la economía	
		Crítica al economicismo	
		Crítica al estructuralismo marxista	
Relación sociedad civil y sociedad política en Gramsci	Estado en contraposición a la sociedad civil	Predominio de la sociedad civil sobre el estado	Anderson (1978/1981), como se expuso en el marco teórico, sugiere que la obra gramsciana contiene tres modelos distintos de plantear la relación sociedad civil y sociedad política. Se indaga en la preminencia de los modelos al aludir a la sociedad civil y sociedad política gramsciana por parte de la intelectualidad.
		Predominio de la hegemonía político-cultural sobre la coerción	
	Estado abarca o subsume a la	Estado ampliado	

	sociedad civil	La hegemonía se ubica en la sociedad política y en la sociedad civil	
	Estado es idéntico a la sociedad civil	Estado abarca al aparato público y privado de hegemonía.	
Instituciones estatales	Estructuralismo marxista	Distinción poder de Estado y Aparato de Estado	Centrada en las polémicas sobre la conceptualización del Estado, se ahonda en las reflexiones en torno a las instituciones estatales. Sabido resulta que el estructuralismo marxista jerarquizó el aspecto material de la dominación institucional, mientras el historicismo en la penetración de la voluntad de la clase dominante. La categoría también tiene en cuenta las grietas o posibilidades de intervención institucional contempladas en ambas corrientes, ya sea a través de la lucha de clases o la organización de la voluntad de la clase dominada.
		Aparatos Ideológicos de Estado y lucha de clases	
		Materialidad de la dominación estatal	
	Historicismo marxista	Voluntad de la clase dominante	
		Voluntad de la clase dominada	
Relación Gramsci – Lenin	Vínculo	Adhesión	Ya por fuera de la polémica entre estructuralismo e historicismo marxista, se aborda a la relación de Gramsci con Lenin sugerida, atendiendo al tratamiento de un asunto cardinal: la hegemonía. ¿Se considera que Gramsci rompió amarras con Lenin en este punto, o bien, continuó su enfoque y lo complejizó? Para evaluar el debate se plantean a una serie de subdimensiones.
		Ruptura	
		Otras	
	Semejanzas		
	Diferencias		
	Hegemonía	Predominio de la clase	
		Conquista del poder político	
		Dirección política	
Dirección cultural			
Extensión			
		Función	
Maquiavelismo gramsciano	Interpretación autoritaria	Principios de la filosofía de la praxis	Como se comentó en el marco teórico, al interior del historicismo marxista existen dos grandes interpretaciones del maquiavelismo gramsciano: autoritaria y democrática. Atendiendo al debate, interesa rastrear el abordaje del mismo en intelectuales adherentes al historicismo.
		Escisión vanguardia pueblo	
	Interpretación democrática	Unidad ciencia e ideología	
		Organización de la voluntad colectiva	
		Intervención sobre las fuerzas en disputa	
		El Príncipe se confunde con el pueblo	

		Reforma y renacimiento Voluntad nacional – popular	
		Nuevo Estado	
Balances	Década del 60-70	Debate político-teórico Debate político-educativo Lucha armada Otras	Aquí se rastrean, específicamente en las entrevistas, aquellos balances realizados sobre la década del 60-70 por parte de la intelectualidad.
Recuerdos	Ejercicio de la memoria		Atiende a los efectos que el recuerdo de aquellos años produce en los autores/as en el presente. También contempla el registro o tono del recuerdo.
	Registro	Melancolía	
		Bronca	
		Alegría	
		Otras	

Unidad de análisis: Revistas

Categorías	Dimensiones	Propiedades	Definición operacional de la categoría
Nominación	Razones del título		Razones y cambios del título y subtítulo de la publicación
	Cambios en el título		
	Razones del subtítulo		
	Cambios del subtítulo		
Difusión	Cantidad de ejemplares	Por número	Capacidad de llegada. Atiende a distintos aspectos, entre ellos: la

		En total	cantidad de ejemplares (por número y contabilizando todas sus apariciones), las formas y roles (de los miembros) en la distribución, los lugares de venta, la frecuencia, el público lector.
	Forma de distribución	A cargo de la editorial	
		Miembros del Consejo de Redacción	
		Otras	
	Roles	Venta	
		Registro de las ventas	
		Otras	
	Lugares de venta		
	Frecuencia		
Público lector			
Otras			
Estética	Color de la tapa		Rastrea distintos aspectos estéticos de la publicación a la largo de su existencia. A través de esta categoría se busca atender a cambios que remiten a su trayectoria.
	Tamaño		
	Ilustraciones	Razones	
		Temática	
		Número de la revista	
	Índice		
Otras			
Organización interna	Editorial	Firma	Refiere a la disposición interna de la publicación: la presencia o ausencia de editoriales, sus secciones, el tipo de publicidad, etc.
		Sin firma	
	Artículos	Firma	

		Sin firma	
	Secciones	Temáticas	
		Reseñas	
		Entrevistas	
		Otra	
		Publicidad	
	Otras		
Residencia	Domicilio		Lugar de edición
	Ciudad		
Director/a	Nombre		Las principales características del director/a de la publicación, atendiendo a los motivos que lo condujeron al cargo, el período al frente, si fue revelado, etc.
	Profesión		
	Universidad / carrera de pertenencia		
	Motivos		
	Período		
	Cambios		
	Relación con los miembros del Consejo de Redacción		
	Otras		
Consejo de Redacción	Roles		Si bien la institucionalidad interna de la revistas fue laxa, en términos de sus reglas o códigos de convivencia, el Consejo de Redacción resultó una instancia vital que guardó implícitamente lógicas de funcionamientos. Se trata de indagar en ellas, visualizando también los cambios y polémicas en el seno del
	Integrantes	Profesión	
		Universidad / carrera de pertenencia	

		Profesorado de pertenencia Afiliación política Relación con el director/a	Consejo de Redacción.
	Modificaciones		
	Cambios de nombre		
	Criterios de incorporación		
	Criterios para incluir artículos		
	Criterios para la traducción de artículos		
	Debates		
	Otras		
Propósitos	Relaciones con organizaciones	Sindicales	
		Partidarias	
		Estudiantiles	
		Barriales	
	Finalidad		
	Cambios en la finalidad		
	Problemas divisados		
	Propuestas		
	Otra		
Números de la revista	Propósito		Se focaliza en cada número de la publicación, rastreando sus propósitos particulares, la/s temática/s analizada/s, la diferenciación
	Temática/s		

	Debates		o debate con otros enfoques, entre otros aspectos.
	Enfoque		
	Otras		
Período	Años de publicación		Franja temporal de la publicación.
Antecedentes	Agrupaciones	Estudiantiles	Rastrea los antecedentes, en términos de trayectorias previas de los miembros, que facilitaron o promovieron la fundación de la publicación.
		Partidarias	
	Universidad	Carreras	
		Otras experiencias compartidas	
Cierre	Razones		Indaga en el cese de la publicación, tanto en sus razones como consecuencias.
	Consecuencias	Personales	
		Para el campo de inserción	
	Otras		
Instituciones	Universidad	Relación	Las revistas tejieron distintas articulaciones con instituciones. La categoría comprende el vínculo establecido con la universidad y las consideraciones de la publicación sobre la misma. También, en algunos casos, institutos de investigación apoyaron a las publicaciones, por lo que se indaga en las razones, el período, entre otros aspectos.
		Consideraciones	
	Institutos de Investigación	Apoyo	
		Período	
		Razones	
		Relación con integrantes de la publicación	
Otras			
Editoriales	Nominación		Algunas publicaciones establecieron vínculos con editoriales. Se rastrea las razones de la relación, el período, entre otros aspectos.
	País		

	Período		
	Razones		
	Proyectos		
Financiamiento	Fuentes	Editoriales	Aunque las editoriales oficiaron de fuentes de financiamiento, no fueron las únicas. Las publicaciones atravesaron distintos problemas en este plano que se rastrean.
		Ventas	
		Otras	
	Problemas		
Filiación político-teórica	Consideraciones sobre la Vieja Izquierda	Stalinismo / comunismo	Refiere a la identidad política de la publicación. Para ello abarca una serie de dimensiones y propiedades que no analizan sólo a las editoriales sino también el conjunto de las secciones de la revista (artículos, reseñas, etc.). De alguna manera, el registro o tono político-teórico de la publicación es indagado.
		Socialismo	
		Troskismo	
	Nueva intelectualidad	Nueva izquierda	
		Izquierda peronista	
		Izquierda nacional	
	Consideraciones sobre revistas de la época		
	Consideraciones sobre corrientes político-teóricas	Teoría de la Dependencia	
		Desarrollismo	
		Funcionalismo	
		Otras	
	Consideraciones sobre corrientes político-	Pedagogía de la Liberación	
		Crítico-Reproductivismo	

	pedagógicas	Enfoque desescolarizante	
		Otras	
	Lectura de la coyuntura		
	Lectura sobre los gobiernos nacionales		
	Lectura de procesos históricos	Peronismo	
		Revolución cubana	
		Revolución China	
		Otras	
	Adhesión a autores/as		
	Adhesión a corrientes teóricas	Marxistas	
Nacionalistas populares			
Tercermundistas			
Otras			
Referencias a Gramsci	Formato	Editorial	Como señalé en la introducción a la matriz de análisis, los artículos de las publicaciones que apelaron a Gramsci fueron indagados atendiendo a categorías expuestas en la unidad de análisis correspondiente a intelectuales. Pero existieron otras menciones dignas de atención en las revistas, ya sea en editoriales, reseñas, etc. Aunque frecuentemente puntuales, se analiza bajo qué temática fue colocado Gramsci, en debate con cuáles corrientes, bajo cuáles propósitos, entre otros planos.
		Reseñas	
		Publicidad	
		Otra	
	Propósitos		
	Debate con corrientes político-teóricas		
Debate con corrientes político-pedagógicas			

	Temáticas		
	Apreciaciones sobre Gramsci		